



ANTONIO
GARRIDO
EL ÚLTIMO
PARAÍSO



PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2015

AE
GI
*

Antonio Garrido



El último paraíso

Premio de Novela Fernando Lara
2015

*A mis padres, Antonio y Manuela, con todo mi amor.
Son pocas palabras, pero necesitaría un libro interminable
para decirles cuánto les quiero.*

Pese a estar inspirada en hechos reales, las situaciones, lugares y personajes descritos en esta novela son producto de la ficción. Cualquier parecido con algún personaje vivo o muerto es mera coincidencia.

Invierno de 1932

Brooklyn. Nueva York

Jack Beilis se adentró por los callejones de Danielsburg con la desesperación de un chacal acorralado. De vez en cuando, la mortecina luz de una farola iluminaba su rostro enjuto macerado por el hambre, en el que destacaban unos ojos azules sin rastro de brillo. Mientras avanzaba, rebuscó en los bolsillos los restos de algún mendrugo, en un gesto vano, por lo repetido. Su estómago protestó. Durante el año que llevaba en Brooklyn, sus ahorros le habían permitido soslayar las colas de la beneficencia, pero la crisis los había ido devorando del mismo modo en que su cuerpo había consumido hasta las últimas onzas de grasa. Maldijo a la Ford Motor & Co. y a Bruce Tallman. Especialmente a Bruce.

Acosado por la pertinaz lluvia, se refugió en un portal y ascendió por la escalera desvencijada que conducía hasta el apartamento de su padre, Solomon. Se detuvo en el rellano del quinto piso. Mientras buscaba la llave en los pantalones, paladeó el sabor de la impotencia.

Nada más abrir, accionó sin confianza el interruptor de la luz porque adeudaban varios recibos. Por suerte, la estancia se iluminó. Se despojó de su gabardina para cambiarla por una manta que encontró sobre el sofá. Luego se adentró en lo que había sido el comedor antes de que su padre lo convirtiera en una leonera atestada de zapatos viejos, retales de cuero y leznas

desperdigadas. En el pasillo escuchó los ronquidos de Solomon, a quien halló dormitando en su cama como si se hubiera desplomado sobre ella. Estaba vestido y desprendía un penetrante olor a alcohol. A su lado descansaba una botella de bourbon medio vacía. Cubrió al hombre con la manta y se apoderó de la botella. De vuelta al comedor, prendió la *menorah*, el candelabro judío de siete brazos que presidía la mesa. Cuando su padre se despertara, le alegraría encontrarla encendida.

Aquella noche tardó en conciliar el sueño. Se le habían hinchado los pies de tanto caminar y estaba aterido. Boca arriba, sobre el sofá desfondado, añoró los días en los que al regreso del instituto su madre le recibía con unos bollos recién horneados que perfumaba con mantequilla caliente y se deshacían en la boca... Unos tiempos que jamás volverían. Abrió un cajón de una mesilla cercana y sacó un retrato deslavado por el tiempo. Era una fotografía de su madre, Irina. Lo contempló con nostalgia. Aún podía acariciar aquel rostro suave y delicado, cuyos profundos ojos negros parecían protegerle y aconsejarle: «Aguanta, hijo. Tienes que cuidarte tú... y cuidar a tu padre». Y eso era lo que llevaba intentando desde que regresó de Detroit.

Sin embargo, Solomon no se dejaba. La única preocupación de su padre consistía en procurarse su ración de alcohol diaria, tal y como había venido haciendo desde el mismo día en que enfermó Irina.

Aferró la botella y le dio un trago largo. El licor le abrasó la garganta pero le reconfortó. Por primera vez en mucho tiempo, una sensación cálida le recorrió el estómago. Cerró los ojos para disfrutarlo. Los restantes sorbos entibiaron su ánimo lo suficiente como para ensoñar un atisbo de esperanza. A diferencia de su padre, él era joven y fuerte, con dos manos hábiles y la enfermiza obsesión por conseguir un trabajo que les sacara de la ruina. Por un instante, se consideró afortunado al compararse con los miles de desahuciados que atestaban los campamentos de barracas esparcidos por los arrabales de Nueva York. Al menos, él y su padre conservaban un techo bajo el que cobijarse. Mientras Kowalski lo permitiese.

Contempló de nuevo el retrato de su madre. Cinco años atrás, cuando aún eran tiempos propicios, Solomon había trasladado su negocio de reparación de calzado a un local más céntrico en Broadway. Por desgracia, al poco de la inauguración del Solomon's Shoes Workshop, aparecieron en Irina los

terribles síntomas de una enfermedad inexorable. El cáncer no sólo acabó con ella. También agotó los ahorros de Solomon, dejándole únicamente con las deudas. Por aquel entonces, Jack trabajaba en Detroit. El día que le avisaron, ya era demasiado tarde. Cuando, durante el sepelio, pidió explicaciones a su padre, Solomon apenas acertó a murmurar que se había limitado a cumplir la voluntad de su esposa. Irina nunca quiso que su hijo supiera de su enfermedad y que sufriera por su causa.

El bourbon alivió su pesar, aunque él lo atribuyó a la medalla que pendía de su cuello: un antiguo sello con caracteres hebraicos que su madre le había regalado por su décimo cumpleaños. Desde que ella murió, jamás se la había quitado. Al fin y al cabo, era lo único que le recordaba sus días de felicidad. Por eso la apretó entre los dedos antes de caer vencido por el sueño.

El frío del alba despertó a Jack como si hubiera dormido al raso. Miró hacia la ventana. El viento había arrancado los periódicos que tapaban los cristales rotos, convirtiendo la sala en una nevera. Se desentumeció, acudió al lavabo y permaneció de pie, frente al espejo, contemplando el semblante demacrado en que se había convertido su rostro. Inspiró con fuerza antes de sumergir la cara en un barreño de agua helada, se secó con una toalla raída y restañó con pedacitos de jabón los pequeños cortes que se había producido durante el afeitado. Volvió a mirarse e intentó dibujar una sonrisa que el espejo no le devolvió. Cada día le resultaba más difícil aceptar que las profundas ojeras que enmarcaban aquellos ojos azules pertenecieran al mismo joven que un año atrás había provocado suspiros de admiración entre las muchachas que frecuentaban la Sociedad de Baile de Dearborn. Pero la realidad era que hacía tiempo que había dejado de ser el atractivo supervisor de la Ford Motor & Co. que vestía chaquetas francesas y frecuentaba los mejores clubs de Detroit. Y eso era algo que le corroía.

Prefirió no pensar en ello. Últimamente, pensar sólo le provocaba espasmos en el estómago. Le acuciaba encontrar un trabajo, o tarde o temprano él y su padre se verían obligados a vagar por las calles y dormir bajo cartones en Central Park, rodeados de mendigos y criminales.

Abrió el armario y cogió su única camisa, un modelo de algodón blanco de corte clásico. La prenda aún conservaba la etiqueta de los almacenes Abraham & Strauss donde la habían confeccionado. Rozó con delicadeza los

botones con los dedos antes de ajustársela sobre su cuerpo fibroso. Se enfundó un chaleco de lana, y encima de éste, la gabardina ajada que le había prestado su padre. La suya la había cambiado la semana anterior por un poco de manteca y una libra de patatas. No se la abotonó porque le quedaba pequeña. Cogió su reloj Bulova, que tantas veces había intentado vender y por el que le habían ofrecido menos que una sopa. Antes de abrochárselo, miró el grabado que lucía en la tapa posterior. «Al mejor trabajador del año, de la Ford Motor Company». Sonrió con amargura. Por último se caló el sombrero y volvió a mirarse al espejo. La sombra del ala ocultaba su rostro consumido, de modo que cualquiera que le viese pensaría que las cosas no le iban tan mal, o al menos, no tan mal como a los miles de americanos que en aquellos días morían a puñados como piojos en el hielo. Entumecido por el frío se frotó las manos, apagó la luz y salió de la habitación.

Se disponía a abandonar el apartamento, cuando una voz pastosa le detuvo.

—¿Adónde vas?

Al volverse, Jack se dio de bruces con la figura que representaba lo que quedaba de su padre. El anciano tenía el pelo alborotado como un estropajo usado, su barba cana aún conservaba restos de comida y los ojos permanecían entornados, como si se negaran a contemplar el cuerpo desfondado que se ocultaba bajo una camiseta llena de cercos.

—Al trabajo —mintió Jack. Le disgustaba mentir, pero no quería atribular más a su padre.

—¿Disfrazado de dandi?... —carraspeó el hombre mientras intentaba exprimir una última gota de la botella vacía de bourbon—. Maldito dolor de cabeza... ¿Qué hora es? —Tosió.

—Temprano... —Se le hacía tarde—. ¿Ha tomado su jarabe?

Solomon Beilis no contestó. Se rascó las axilas y se le quedó mirando con los ojos vidriosos, como si rebuscara en su cerebro la frase adecuada para contestarle. No la encontró. Se sentó en el sofá y miró a su hijo.

—Ayer estuvo aquí Kowalski.

—¿Otra vez? ¿Y qué quería? —preguntó por preguntar. Kowalski siempre quería lo mismo.

—Ese polaco sarnoso no atiende a razones. Dice que está harto de fiarnos

la luz y que tiene inquilinos en lista de espera dispuestos a entrar en nuestro piso.

—Se habría levantado con mal pie. Hablaré con él un día de éstos. Aún queda un poco de puré de patatas en la olla. Luego veré si nos fian algo en la panadería. Y abríguese, o jamás curará ese pecho.

—¿Y de beber?... —repuso el anciano—. Hoy es día de celebración. Tendré que salir a buscar un trago.

Jack sacudió la cabeza. Aún no alcanzaba a comprender cómo se las apañaba su padre para conseguir alcohol, sin dinero, y pese a la existencia de la Ley Seca, que prohibía su comercio. Observó cómo su padre se levantaba tambaleante y se dirigía hacia la *menorah* con la intención de encender uno de los pábilos que se había apagado. Tras un par de intentos, el anciano consiguió prender un fósforo, pero se le escurrió de entre los dedos.

—¡Se acabará quemando, padre! Vamos, le llevaré a su cuarto.

—¡Suéltame! ¡Por todos los diablos! Los cristianos tienen su maldita Navidad y nosotros tenemos nuestra Janucá, así que prenderé el sagrado candelabro. ¡Y a ti con él, si es preciso!

Al intentar zafarse, el anciano salpicó de cera el chaleco de Jack. Al advertirlo, el hombre balbuceó algo parecido a una disculpa, pero Jack no le dio importancia. Se limpió como pudo y abandonó el apartamento.

En el exterior, la ventisca aullaba entre los edificios, levantando remolinos de polvo y hojarasca. Jack se arrebujó en su gabardina. Hacía días que el sol permanecía escondido, como si le avergonzara iluminar aquel panorama de pesadumbre y desolación.

Levantó la vista para observar a su alrededor. El apartamento de su padre estaba situado en 2nd South Street, tres manzanas al norte del puente de Danielsburg, en un antiguo bloque de viviendas ocupadas en su mayoría por inmigrantes judíos, los mismos que habían llegado de Europa a principios de siglo y se habían establecido en la zona como una forma de protegerse los unos a los otros. Muchos habían americanizado sus apellidos para allanar su integración, pero Solomon Beilis se mostraba orgulloso de sus orígenes rusos. Por ello se había empeñado en que su hijo americano aprendiera el idioma de sus ancestros. Eran otros tiempos. Ahora, el bullicio y las risas de los niños que antaño poblaron las aceras de Danielsburg se habían evaporado,

convirtiendo el barrio era un erial de callejones abandonados y parques desnudos.

Pese al frío, distinguió a algunas personas deambulando por las calles y dejó de recordar. Debía apresurarse, o para cuando llegara a los almacenes del mercado de abastos, los más madrugadores ya habrían arrancado las ofertas de trabajo que en ocasiones colocaban en los tablones.

No tuvo suerte ni en el mercado, ni en las obras de la nueva línea de metro de la Independent Subway System, ni en los muelles de Brooklyn, donde compañías como la petrolera Exxon, la Pfizer Pharmaceuticals o la D. Appleton & Co. contrataban de tanto en tanto a algún que otro mozo de carga. Durante horas, anduvo de fábrica en fábrica cosechando las mismas negativas que las cuadrillas de desempleados que le rodeaban. Incluso en los gigantescos astilleros de Red Hook habían limitado las contrataciones, destinando las vacantes a los emigrantes italianos que pagaban extorsiones a las mafias.

A media tarde, las empresas cerraron sus verjas y los desempleados emprendieron el regreso con los bolsillos vacíos, los huesos reventados y la moral derrotada. Era el peor momento de la jornada, justo cuando el hambre afilaba más las garras.

De camino a Danielsburg, Jack se detuvo junto a la casa de la caridad del puente de Brooklyn para contemplar lo que los neoyorquinos habían bautizado como «la fila del pan». Así denominaban a los establecimientos benéficos a los que cada día acudían miles de hambrientos con la esperanza de llevarse un tazón de sopa a la boca. Aquel día, la cola daba la vuelta a la manzana y se perdía más allá de donde alcanzaba su vista. Entre sus integrantes reconoció a Isaac Sabrun, el tendero cuyo negocio de venta de muebles quebró al poco de empezar la crisis. Arrastraba los pies, encorvado, con la mirada ausente. Un poco más atrás divisó a Frank Schneider, el abogado de River Street cuyas cuantiosas inversiones se convirtieron en polvo de un día para otro. El infeliz solía comentar que acudía a la fila del pan porque había enviudado, pero en la cola todos sabían que, tras arruinarse, su esposa se había fugado con un acaudalado ganadero de Nebraska. Detrás de Schneider descubrió al conocido periodista Dave Leinmeyer, de quien decían que vivía bajo el puente, y que se había dejado crecer el bigote y la

barba para evitar que le reconocieran.

Jack se apiadó de ellos mientras su estómago rugía para que se les uniera. Dudó si escucharlo. Hacía semanas que no probaba un bocado caliente, pero algo en su interior le impedía hacer uso de la caridad. Era como si tal hecho implicara que, además de haberlo perdido todo, hubiera perdido también la esperanza.

Se alejó, cabizbajo. No quería que nadie le viera roer el mendrugo de pan que había cogido de la mesa de una cafetería antes de que lo retiraran.

Mientras devoraba su comida del día, pensó en el casero y en los recibos pendientes. Hasta ahora había conseguido contentarlo bajo la promesa de devolver lo adeudado con intereses, pero si tal y como le había asegurado su padre disponía de inquilinos dispuestos a pagar por adelantado, Kowalski no tardaría en afilar los colmillos.

Se lamentó. Descargar mercancías de tarde en tarde no iba a remediar la situación. Necesitaba dinero, y de forma inmediata. Durante un buen rato pensó qué hacer. Finalmente rebuscó en su cartera hasta encontrar su último billete de cinco dólares, que miró como si fuera un tesoro. Era cuanto tenía, suficiente como para alimentarse durante tres semanas, pero una migaja incapaz de salvarlos de la calle. De repente lo estrujó con rabia. Entró en el colmado más próximo y preguntó si disponían de teléfono. El tendero se limpió las manos en el delantal, evaluó el aspecto de Jack y negó con la cabeza hasta que se fijó en el billete que el joven esgrimía entre los dedos. Sin decir palabra, lo cogió, abrió la caja registradora y le devolvió el cambio. Luego le señaló el aparato que descansaba en una esquina del mostrador. Jack lo contempló. Dudó qué hacer. Finalmente descolgó el auricular y marcó un número que sabía de memoria. Cuando terminó la conversación, rogó por que aquella llamada funcionara.

Le sobraba tiempo, así que acudió a la entrada de la factoría American Sugar Refining Co. treinta minutos antes de la hora convenida.

Construida en los Docks del East River, la American Sugar seguía procesando más de la mitad de todo el azúcar que se consumía en el país, y gracias a ello ocupaba a cientos de operarios en faenas de estiba,

manipulación y transporte. Sabía que obtener un trabajo allí era una tarea complicada, pero si alguien podía ayudarlo, sin duda ése era su amigo Andrew. Mientras aguardaba, advirtió que la humedad del río había deteriorado los ladrillos rojos que componían la fachada hasta convertirla en una piel negruzca que contrastaba con los marcos azules de las ventanas. Sin embargo, eso no mermaba la majestuosidad de la edificación, cuya descomunal chimenea parecía retar por sí sola a la crisis.

Empezaba a llover y el vigilante de la American Sugar había salido un par de veces para ordenarle que se alejara del porche porque causaba mala impresión a los clientes. Jack murmuró algo y obedeció a regañadientes. Bajo la lluvia, aguardó impaciente a que su cita apareciera.

Pese a haber sido su mejor amigo, hacía tiempo que no veía a Andrew Scott. Durante años habían compartido pupitre y recreos en la Brooklyn Technical High School hasta convertirse en inseparables. Recordó aquellos días. Aunque de naturaleza endeble y enfermiza, Andrew siempre parecía de buen humor, disfrutaba cazando lagartijas y contagiaba a Jack con sus bromas y sus risas. Su valía como bromista corría pareja a su facilidad para meterse en líos, lo que obligó a Jack a hacer frente a cuantos escogían a Andrew como objeto de sus burlas. Por aquel entonces, el cuerpo de Jack comenzaba a sobresalir respecto a los de sus compañeros, a quienes sacaba casi una cabeza. Sus brazos eran robustos y sus manos hábiles, lo que le granjeó el respeto de los chicos y la admiración de las chicas. A veces Andrew le envidiaba, pero Jack se las apañaba para hacerle ver que, pese a su fortaleza, él sacaba peores notas en las asignaturas de letras en las que Andrew se desenvolvía como pez en el agua. Por fortuna, Jack encontró una solución a sus limitaciones cuando empezó los estudios de mecánica. Interpretaba los planos, analizaba los mecanismos y resolvía sus fallos como si se tratase de rompecabezas. Según aprendía, se acrecentó su fascinación por cualquier artilugio que pudiera desmontar, entender y reparar: bicicletas, máquinas registradoras, cerraduras o fonógrafos. Le daba igual su naturaleza o procedencia. Cuanto más complicados fueran, más aguzaba su ingenio, y mayor satisfacción le producía conseguir que volvieran a la vida. Por su parte, Andrew se interesó por la política. Había cumplido los dieciséis y pasaba las horas muertas leyendo extraños libros sobre los violentos sucesos

que estaban transformando Europa. A veces le preguntaba a Jack la opinión de sus padres respecto a los revolucionarios rusos, pero Solomon nunca hablaba de aquellos asuntos en casa.

Pese a sus gustos opuestos, la amistad entre ambos creció firme como una secuoya. Juntos disfrutaron de sus primeros cigarrillos, asistieron a sus primeros bailes de fin de curso, se enamoraron de las mismas chicas y éstas les correspondieron con desengaños que duraron lo que un viejo paraguas en un día ventoso. Así transcurrieron seis largos años durante los que construyeron un vínculo que juraron jamás se quebraría. Sin embargo, el día de la ceremonia de graduación, un suceso enturbió aquella amistad para siempre. Jack acababa de cumplir dieciocho años y toda su familia había acudido a la planta alta del hotel Bossert para celebrar el evento. Entre los asistentes se encontraban su tío Gabriel y su primo Aarón, a quienes apenas veía porque vivían en un barrio de ricos en la isla de Manhattan. Y porque Solomon censuraba la forma en que su hermano Gabriel se ganaba la vida.

Desde su llegada a América, los caminos de ambos hermanos se habían separado. Mientras que Solomon había perseverado en su oficio de zapatero, Gabriel había rentabilizado su falta de escrúpulos empleándose en una casa de empeños de dudosa honorabilidad, para luego prosperar con su propio despacho de préstamos. No obstante, y con motivo del evento, Irina había convencido a Solomon para que invitara a Gabriel, en un intento de acercamiento familiar para bien de su hijo. Por su parte, Jack había logrado que su padre convidara a Andrew porque la familia de su amigo carecía de medios para sufragar el coste de la ceremonia.

Quizá por esa razón Andrew comió como un poseso y bebió el ponche como si acabara de atravesar un desierto. No estaba acostumbrado. Cuando el alcohol empezó a surtir efecto, comenzó a envalentonarse, y al enterarse de que el primo de Jack conducía su coche propio y tenía a su disposición un criado de librea, la emprendió contra él, tildándole de ruin capitalista.

Ése fue su primer error. El segundo lo cometió Jack cuando, al intentar separarlos, sólo logró que Andrew empujara a Aarón escaleras abajo. Cuando su tío Gabriel comprobó que su hijo permanecía inmóvil, maldijo a Jack como si hubiera sido el culpable de la desgracia. Aarón nunca más volvió a caminar. A partir de aquel día, Gabriel Beilis rompió los débiles lazos que

aún le ataban a su hermano Solomon, y éste, como escarmiento, prohibió a Jack cualquier contacto con su amigo Andrew.

Tras el accidente, la relación entre Jack y su padre se enturbió. Durante años, Solomon había imaginado que algún día su hijo heredaría su pequeño taller y perpetuaría así el oficio de sus ancestros, pero aunque Jack trabajara de sol a sol con ahínco, su interés por el calzado terminaba en el instante en que Solomon bajaba la persiana del negocio. Por ese motivo, cuando el director de la Brooklyn Technical High School, Theodorus Rupert, ofreció a Jack la posibilidad de obtener un puesto en la gigantesca factoría que la Ford Motor & Co. había levantado en Dearborn, el joven no lo dudó. Por lo visto, el responsable de contrataciones de la factoría había solicitado a distintas escuelas de la nación candidatos dispuestos a viajar hasta Detroit, y el habilidoso Jack Beilis del que Theodorus le había hablado parecía el aspirante adecuado.

La idea de perder a su único ayudante enojó a Solomon como si le hubieran robado los ahorros, pero Jack no se arredró. En Dearborn no sólo percibiría un sueldo que cuadruplicaría el que le proporcionaba su padre como zapatero, sino que además podría ascender hasta conseguir un puesto acorde con sus capacidades. Además, Jack argumentó que les enviaría cada mes la mitad de sus ganancias, pero Solomon persistió en su negativa hasta que Irina se percató de la conversación. La mujer fue tajante al resolver que ni Solomon ni la zapatería antepondrían sus intereses a los de su hijo. Al fin y al cabo, en su juventud ellos también dejaron a sus padres en Rusia para emigrar a América en busca de un futuro mejor.

Días después, con el respaldo de su madre y la resignación de Solomon, Jack preparó las maletas, sacó un billete de autobús y se trasladó al estado de Michigan para disfrutar de lo que el destino parecía haberle deparado.

Durante un tiempo, supo de Andrew Scott por antiguos compañeros de clase con los que se carteaba de vez en cuando. Le contaron que Andrew se mudó a Long Island, donde, al parecer, ejercía de sindicalista en favor de los obreros más desfavorecidos. Luego, con el paso de los años fue perdiendo el contacto, hasta que le perdió la pista. Lo lamentó porque añoraba su amistad. En algunas de sus visitas a Nueva York estuvo tentado de buscarle, pero siempre le pudo la prohibición de su padre.

Había transcurrido una década desde la aciaga cena de la graduación en la que Aarón quedó inválido. Ahora, con veintiocho años y acuciado por la necesidad, desobedecía por primera vez a Solomon.

Cuando por fin apareció Andrew, Jack apenas si lo reconoció.

Su antiguo amigo aún conservaba su aspecto de intelectual desaliñado, con las mismas gafas de carey desgastadas y la misma típica bufanda roja anudada al cuello. Sin embargo, estaba en los huesos, y sus ropas antaño lustrosas eran ahora un saco de harapos. La sorpresa fue tan enorme que Jack no supo bien qué decir. Andrew también enmudeció. Finalmente, se fundieron en un largo abrazo.

—¡Qué alegría verte, Andrew! Estás... Estás estupendo... —acertó a mentir.

—¡Vamos, Jack, no es necesario que me adules! —sonrió el joven—. Las cosas han cambiado un poco desde que íbamos al instituto, ¿eh? Pero, bueno, no me quejo. ¿Y tú? Cuéntame. Ayer por teléfono apenas tuvimos ocasión de charlar. ¡Pero mírate! Estás hecho todo un galán. ¿Sigues causando furor entre las chicas?

—Te aseguro que las mujeres son ahora la última de mis preocupaciones.

—Siempre hay que buscar tiempo para las chicas... ¡Siempre, Jack! —Y silbó a una mujer madura que cruzaba por delante de ellos bajo un paraguas.

Jack comprobó que, al contrario de lo que le había sucedido en el pelo, Andrew no había perdido ni un ápice de su optimismo. Su sonrisa le animó. Sin embargo, su aspecto no se correspondía precisamente con el de alguien en disposición de proporcionarle un empleo. No quería parecer un interesado, pero llovía con fuerza y se estaban empapando, así que se atrevió a preguntarle.

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Entramos? —Señaló la puerta de la refinería.

—¿Aquí? ¿Para qué?

—No sé. Cuando mencionaste este lugar pensé que...

—¿Que el trabajo sería aquí? Ja, ja... ¡No, por Dios! ¡En la Sugar, a los sindicalistas los cuelgan de la chimenea! No. Te cité aquí porque queda cerca de una cafetería donde se está caliente y tienen un gramófono en el que suena el último éxito de Bing Crosby. ¡Venga! ¡Apresurémonos o nos moriremos

de frío!

De camino a la cafetería, Jack se preguntó cómo haría para pagar la consumición, porque él necesitaba hasta el último centavo. Andrew pareció adivinar su preocupación.

—Invito yo. Allí todavía me fían. —Rio, confiado, y le pasó el brazo a Jack por encima del hombro.

Nada más entrar en el establecimiento, Andrew repartió sonrisas y saludó febrilmente a cuantos clientes encontró a su paso. A Jack le agradó comprobar que su amigo seguía siendo el mismo tipo afable y dicharachero de antaño, de la clase de personas que con su sola presencia podían alegrar un velatorio.

Se acomodaron en una mesa frente a una ventana y solicitaron dos cafés cargados. Jack lo pidió doble. Apenas si se podía respirar por el humo de los cigarrillos, pero la temperatura era agradable y la música que emitía el aparato de radio invitaba a creer que en algún recóndito lugar del mundo todavía existía la felicidad. Sorbió nervioso su café. Quemaba, y aunque traslucía un sospechoso sabor a achicoria, le supo igualmente delicioso. Tabaleó sobre la mesa y dio otro sorbo.

—Bueno, Andrew. Gracias por venir. Imagino que te sorprendería mi llamada, ¿no? Apuesto a que estarás preguntándote sobre esta aparición repentina, después de tanto tiempo y... En fin... Quizá te suene a excusa, pero te habría localizado antes si mi padre me lo hubiera permitido. Lo cierto es que yo nunca te culpé por lo que le ocurrió a Aarón. Sin embargo, para mi familia fue un auténtico mazazo. Ya sabes cómo son estas cosas... Luego fueron pasando los años y... Bueno. ¿Qué más puedo decir? Que te he echado de menos.

—¡Vamos, vamos! No tienes por qué disculparte, y menos aún por algo que yo debería haber evitado. —Andrew apuró su café y posó la mirada en el tablero de la mesa, como si sobre su superficie contemplase el pasado—. Te aseguro que por más que lo he pensado, aún no comprendo por qué actué de aquella manera. Estaba indignado, no sé... Ese primo tuyo, tan joven y presuntuoso, tenía de todo y yo no podía ni pagarme aquella cena. El alcohol

me trastornó, y cuando se burló de mi ropa perdí la cabeza y... —Agachó el testuz y enmudeció—. Pregunté varias veces por ti y por Aarón. Me dijeron que no se recuperó.

—Así es. En fin: dejemos ese asunto y brindemos por nosotros.

—¡Maldita Ley Seca! Un brindis con café... ¡A lo que hemos llegado, Jack! —Y entrechocó su taza vacía con una sonrisa—. Por cierto. ¿Cómo conseguiste el número de mi patrona?

—Me lo proporcionaron unos sindicalistas del puerto. ¿De modo que sigues viviendo en Long Island?

—Digamos que malviviendo. Pero háblame de ti. Oí que te fue bien por Detroit. Incluso alguien mencionó que te compraste una casa. Tus padres estarán orgullosos de ti.

Al instante, el rostro de Jack se ensombreció, y al contemplarle, Andrew recordó lo unido que estaba Jack a su madre.

—Lo siento. Había olvidado lo de tu madre. Mis padres también murieron. Pero es ley de vida, Jack. Tenemos que sobreponernos.

—Fue como un preludio de la maldita crisis. Primero perdí a mi madre y luego... Luego todo lo demás —suspiró.

Jack no pudo evitar que su memoria retrocediera hasta la fatídica tarde del 23 de marzo de 1931, cuando Bruce Tallman le llamó a su despacho de la factoría Ford de Dearborn. Por aquel entonces, Tallman se desempeñaba como capataz del área de matricería, el lugar donde se estampaban las relucientes bobinas metálicas de las que salían las puertas y los guardabarros del «modelo A». Jack imaginó que le llamaba para ascenderlo. Pese a la crisis, las líneas de fabricación funcionaban a pleno rendimiento, y entre los empleados circulaba el rumor de la inminente puesta en producción de un novedoso vehículo con el que Henry Ford iba a arrasar el mercado.

Nada más entrar en la oficina, Tallman pidió a Jack que se sentara y le ofreció un pitillo. Jack desconfió porque Bruce nunca era tan amable. De hecho, dos meses antes le había entregado el diploma al mejor trabajador de sección del mes y ni siquiera le había estrechado la mano. No obstante aceptó el cigarrillo. Sin embargo, antes de que la primera calada alcanzara sus pulmones, el capataz sacó un papel de su cajón y se lo tendió sin decir palabra. Jack carraspeó al reconocer el documento. Por un segundo quiso

pensar que se trataba de una confusión, pero Tallman mantuvo la carta de despido en la mano hasta que Jack la cogió. Tras leerla, guardó silencio. En efecto, el escrito reflejaba la resolución de su contrato sin especificar el motivo del despido. Al alzar la mirada, advirtió en el capataz un amago de sonrisa, que pensó en borrarle de un puñetazo. Sin embargo, agredirle sólo serviría para que le encarcelaran y no iba a darle ese gusto. Tras abandonar la oficina con un portazo, se dirigió a la sede sindical, donde le aseguraron que no podían ayudarle. Henry Ford, el dueño de la fábrica, había ordenado personalmente que despidieran a todos los judíos.

—Incluyeron nuestros nombres en una lista negra que hicieron circular por todo Detroit y no hubo forma de encontrar trabajo. Cuando flaquearon los ahorros, el banco me quitó la casa, así que regresé con mi padre, que no estaba en mejor situación. No me lo había dicho, pero las deudas de la zapatería y los gastos ocasionados por la enfermedad de mi madre le habían arruinado. Durante un tiempo trabajé en un garaje, arreglando pinchazos y lavando coches por un sueldo miserable hasta que el dueño vendió el local a un empresario de espectáculos. Después hice un poco de todo: mecánico, tornero, electricista, estibador, mozo de carga..., pero el desempleo se cebó en Nueva York y a finales del verano me vi en la calle, sin un céntimo. ¡Qué te voy a contar que tú no sepas! Y lo irónico de todo esto es que mi padre aún cree que trabajo. Está enfermo y no quiero disgustarlo. Por eso me atreví a llamarte. Pensé que por tu condición de sindicalista podrías ayudarme, y espero haber acertado.

Nada más concluir Jack su relato, Andrew apartó la mesa y se levantó como impelido por una furia asesina.

—¡Asquerosos malnacidos! Te aseguro que de cualquier otro podría haberlo imaginado, pero que te sucediera a ti... ¡Y en la mismísima Ford! ¡Empresarios desgraciados! Las cosas están mal..., muy mal..., en serio. Deberías haberte sindicado. —Gesticuló—. Los trabajadores necesitan defenderse de los buitres, y compañeros comprometidos que los amparen. ¿Lo habéis oído? —Alzó la voz para que los presentes le escucharan—. ¡Así es como nos machacan los capitalistas!...

Jack se azoró. Había olvidado lo vehemente que podía llegar a ser Andrew e intentó calmarle, pues no quería que los echaran del local, y menos

aún que se corriera la voz de que él era uno de los exaltados que azuzaban a los parados contra los patrones. Por fortuna, los pocos clientes que se encontraban en la cafetería continuaron con sus cafés sin prestar atención a Andrew. A Jack le dio la sensación de que no era la primera vez que escuchaban sus arengas.

—Ya ves —dijo su amigo, dejándose caer abatido sobre su silla—. ¡Gente sin sangre! Los que carecen de empleo aguardan a alguien que baje del cielo y les ayude, y los que lo conservan se santiguan y agachan la cabeza mientras esperan que escampe. ¡Jodido país!

Jack se incomodó. Aunque Andrew fuera su mejor amigo en otros tiempos, eso no implicaba el tener que comulgar con sus extravagantes ideas. De hecho, en lo que concernía a Estados Unidos, Jack estaba convencido de que aún ofrecía grandes oportunidades y que si se esforzaba lo suficiente, tarde o temprano escaparía de la miseria. Su única duda se limitaba a saber si lo conseguiría antes de morir de hambre.

Contuvo sus pensamientos y regresó a Andrew.

—¿Y sólo ejerces de sindicalista?

—Bueno. Digamos que ejercía... La imprenta en la que trabajaba quebró y el cabrón del jefe nos echó a todos. Lo del sindicato daba para malvivir, pero ahora ni eso. ¡Aunque te aseguro que a esa sanguijuela le dimos su merecido! —Y golpeó con el puño la palma de su mano.

—Pero entonces, ¿tú también estás desempleado?

—¡Ja! ¿Y quién no? ¡Espabila, Jack! ¿O acaso crees que visto un traje remendado porque sea carnaval?

Jack se retorció sobre su asiento. Desde el estallido de la crisis, hasta el chiquillo más ingenuo sabía que en América la gente se iba a la cama sin saber si al día siguiente conservaría aún su empleo. De hecho, no había más que fijarse en la apariencia andrajosa del propio Andrew, quien parecía un pedigüeño de la fila del pan, con más aspecto de robarle los zapatos que de poder ayudarle en algo. Lo sintió por él. No obstante, su amigo se mostraba sonriente y confiado, como si escondiera un conejo en la chistera.

Tomó aire. Aunque lo pertinente fuera continuar interesándose por los viejos tiempos, había llegado el momento de hablar con franqueza. Cuando le preguntó por la clase de trabajo que iba a ofrecerle, Andrew le devolvió una

sonrisa maliciosa, se ajustó las gafas, extrajo un recorte de periódico de su gabardina y lo desplegó sobre la mesa.

—Tranquilo, Jack. Lo tengo todo controlado —dijo ufano, y le acercó el recorte arrugado.

Jack cogió la hoja, la alisó con cuidado y le echó un vistazo. Mientras avanzaba en la lectura, su rostro fue virando del desconcierto al estupor.

—Andrew, si esto es una broma, no estoy de humor como para...

—¿Una broma? Pero ¿qué dices? ¡Ésta es la solución a todos nuestros problemas! ¡Los míos y los tuyos! —Y le señaló de nuevo el trozo de periódico.

Jack hubo de leer dos veces el anuncio del *New York Times* para convencerse de que Andrew hablaba en serio.

LA AGENCIA COMERCIAL AMTORG
OFRECE A LOS DESEMPLEADOS AMERICANOS MILES DE PUESTOS
DE TRABAJO EN LAS FACTORÍAS DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

—Debes de haber perdido el juicio. —Se levantó visiblemente decepcionado—. ¿De veras piensas que voy a dejar el país donde nací para regresar al mismo infierno del que escaparon mis padres?

—¡Escúchame, Jack! Las cosas ya no son como antes. Ahora los sóviets ofrecen...

—Pero ¿aún sigues con ésas? ¡Por el amor de Dios, Andrew! ¡Nosotros somos americanos! Has olvidado que esos bolcheviques son la misma ralea de sanguinarios que liquidaron a los zares y a cuantos encontraron a su paso. ¡Si hasta nuestro propio país ha impugnado la legitimidad de sus gobernantes!

—¡Por favor, cálmate y escucha! Ayer estuve en Amtorg y todo lo que anuncian es cierto. Tendrías que haber visto las colas de solicitantes llegados de toda la nación: texanos, sureños, californianos... Familias enteras hambrientas, en busca de una vida mejor.

—Ya. Pues lo siento, pero no cuentes conmigo para esa locura.

—¡Venga, Jack! Tú hablas ruso a la perfección y allí hay trabajo para todos. ¿Sabes cuánto están pagando en sus fábricas? ¡Ciento ochenta dólares

mensuales! ¿Me has oído? ¿Cuánto cobrarías aquí ahora, en el hipotético caso de que consiguieras un trabajo? ¿Cuatro dólares?... ¿Cinco, quizá? Y no sólo eso. ¡En Rusia te proporcionan vivienda gratuita! ¡Y medicinas! ¡Y vacaciones pagadas en balnearios! Mira: sólo el año pasado recibieron más de cien mil solicitudes de americanos como tú y yo. ¡Cien mil, Jack! Con tu habilidad y mis contactos, si fuéramos a Rusia, nos convertiríamos en los amos del mundo.

Jack movió la cabeza, en señal de desaprobación.

—Rusia... Desde luego, no sé quién te ha llenado la sesera de pájaros.

—¿Pájaros, yo? Pero ¿te has parado a mirarte? —Andrew guardó silencio un segundo—. ¿De verdad crees que vas a engañar a alguien con tu pose orgullosa y una gabardina que ni siquiera te abrocha? Confiérame algo. ¿Cuándo fue la última vez que comiste un plato de espaguetis calientes, o una hamburguesa, o unas buenas costillas de cerdo? ¿Cuánto tiempo aguantarás así? ¿Qué ha hecho este país por ti para que le defiendas con tanto ahínco?

Jack no supo bien qué contestar, pero lo que sí sabía era que en Detroit había tenido la oportunidad de disfrutar de la vida, y que aunque ahora hubiera perdido cuanto logró, algo en su interior le decía que podía volver a conseguirlo.

—Lo siento. No puedo aceptar, Andrew. Sabía que en el instituto te gustaban estas extravagancias, pero nunca imaginé que llegaras tan lejos. No sé. Quizá la culpa haya sido mía por suponer que hablabas de un empleo normal. De todas formas, gracias por la oferta. Espero que si finalmente vas tú, tengas toda la suerte del mundo. —Rebuscó en sus bolsillos para invitar él a los cafés.

—Aguarda, Jack. ¿Es que no te das cuenta? Siempre fuimos inseparables y ahora apareces como por obra del destino. Yo no hablo una palabra de ruso y allí me sentiría huérfano. Si el problema son los bolcheviques, te aseguro que...

—No es sólo por ellos. Ya te he dicho que mi padre está enfermo. No puedo dejarle solo.

—¿Y qué harás aquí por él? ¿Ponerte a mendigar para pagarle la bebida?

—¡Cuidado, Andrew! ¡No te permito que faltes a mi familia! —La voz de Jack se tornó amenazadora. Dejó dos centavos sobre la mesa y se dio la

vuelta para marcharse, pero Andrew le retuvo por el brazo.

—Lo sabe todo el mundo. Ese borracho te está sacando los ojos y tú aún consientes...

Un puñetazo le impidió terminar la frase, derrumbándolo entre un revuelo de sillas. Jack permaneció paralizado hasta que advirtió lo desproporcionado de su reacción y trató de incorporar a Andrew, pero su antiguo amigo lo rechazó.

—Estoy bien, estoy bien. —Disimuló mientras intentaba recomponer las gafas que Jack acababa de partirle—. ¡Parece mentira, Jack!... En la escuela me defendías de los matones y ahora te has vuelto uno de ellos.

Pese a la desazón que le embargaba, Jack no halló fuerzas para disculparse. Sólo se caló el sombrero y salió del establecimiento. Nada más pisar la calle, la lluvia azotó su rostro. Lamentaba haberle golpeado, pero él se lo había buscado. Los problemas con su padre eran sólo suyos, y nadie, ni siquiera Andrew, tenía por qué restregárselos.

De regreso a Danielsburg, Jack advirtió la presencia de un par de figuras achaparradas sentadas en la escalinata de su portal. El humo de sus cigarrillos los emboscaba, pero al acercarse reconoció al casero Lukas Kowalski, acompañado por uno de sus esbirros. Cuando el casero distinguió a Jack, se incorporó con un bufido.

—Hombre, chico. ¡Por fin apareces! Últimamente, los judíos os hacéis de rogar —dijo.

—Buenas noches, señor Kowalski. Lo siento, pero no sé a qué se refiere.

—¿No? Pues entonces te lo voy a explicar para que lo entiendas.

Kowalski hizo un gesto y antes de que Jack pudiera evitarlo, el matón le agarró por el brazo y se lo retorció. Jack dejó escapar un quejido mientras luchaba por soltarse, pero el matón sabía ganarse su sueldo.

—Tranquilo, chico —susurró Kowalski a su oído—. No soy tan tonto como para dejarte manco, todavía. Sólo quería que supieras que ya estoy harto de esperar, así que dile a tu padre que deje de esconderse como una cucaracha y pague lo que debe, o derribaré la puerta y le sacaré a rastras de su madriguera.

Jack no comprendió la ira de Kowalski por un par de recibos del suministro eléctrico. Cuando se lo señaló, el casero enrojeció.

—¡A la mierda la electricidad! ¡Quiero el dinero del alquiler y del whisky que le he ido fiando a tu padre! ¡Y esto no es un deseo! —vociferó—. Díselo

para que se entere. Dile que me da igual que no abra la puerta. Si mañana al cierre no tengo en mi oficina mis cien dólares, vendré a por vosotros y os romperé los huesos.

Kowalski repitió la seña y el matón empujó a Jack hacia la puerta. Luego ambos dieron media vuelta y desaparecieron bajo la lluvia.

Jack se arregló como pudo el desgarró de la gabardina. De buena gana habría espetado al casero lo que pensaba de él y de su familia, pero todo el mundo en el barrio sabía que los hombres de Kowalski siempre iban armados. Se sacudió el polvo del sombrero y subió al apartamento. Los peldaños crujían. Nada más entrar se dirigió a su padre con la intención de averiguar qué había sucedido. Al verle, Solomon rezongó.

—Traes mala cara. ¿Tampoco te han pagado hoy? —le dijo a su hijo.

Solomon siempre le preguntaba lo mismo. Jack ni siquiera le escuchó.

—Me he encontrado abajo al casero...

—¿Sí?... ¡Ja! El muy cabrón intentó entrar aquí, pero no le abrí la puerta. Estaría bien jodido.

—¿Por qué asegura que le debemos cien dólares?

—¿Qué? ¿Y cómo quieres que lo sepa? Ya conoces a ese bocazas, siempre soltando estupideces. —Miró hacia otro lado. Luego se dirigió hacia la cocina, y agarró una botella de bourbon.

—¡Padre! —insistió Jack.

—«Asegura»... «Asegura»... ¡Ya le pagaré! ¿Acaso no llevo toda mi jodida vida haciéndolo?

—¿Cómo que ya le pagaré? Pero entonces, ¿las cantidades que le fui entregando a usted para que saldara el alquiler...?

Solomon, aferrado a la botella de bourbon, enmudeció. Lentamente dejó el envase de vidrio sobre la mesa y bajó la mirada. Jack no podía creer lo que su padre confesaba con su silencio.

—No puede ser. Dígame que no es verdad, padre —tartamudeó.

—¡Diablos! ¿Es que no me has oído? ¡Te he dicho que le pagaré!

De repente, Jack sintió una punzada de terror. Se volvió y corrió hacia el aparador de la cocina, abrió una portezuela y sacó una pequeña caja de puros mientras rogaba a Dios por que estuviera equivocado. Sin embargo, cuando levantó la tapa se confirmaron sus sospechas. Aferró la caja vacía y la blandió

ante el rostro de su padre.

—¿Dónde está la pulsera de madre? ¿Qué ha hecho con ella?

—¿No tienes ojos en la cara? No está —masculló nervioso. Luego, vencido por la evidencia, se derrumbó sobre una silla.

Jack arrojó la caja al suelo con el irrefrenable deseo de golpear a quien acababa de beberse su última esperanza. Por un instante sintió lástima por su padre, pero la perspectiva de verse en la calle endureció su corazón. Miró a su alrededor, desesperado.

—¡De acuerdo! ¡Venderemos la *menorah*! Es de bronce macizo, y el mismo usurero que nos compró los otros enseres puede que nos pague lo suficiente como para convencer a Kowalski de que nos conceda un plazo...

—¡Jamás! ¡Antes entregaría mi alma al diablo! —bramó Solomon al tiempo que se interponía entre Jack y el candelabro.

Lo dijo tan exaltado que Jack se convenció de que su padre cumpliría la amenaza. Aun así, intentó que recapacitara.

—Esos hombres no bromean, padre. Si no les pagamos, nos arrojarán a la calle con las piernas rotas en más trozos de los que podamos contar.

—¡He dicho que no! ¿Me oyes? Vende lo que quieras. Las mesas..., las sillas..., los zapatos... Pero ni se te ocurra tocar mi sagrada *menorah*, o juro por la memoria de tu madre que haré que te arrepientas.

Jack apretó los dientes. Por toda la basura que sugería su padre no conseguiría ni tres dólares. Trató de serenarle, asegurándole que el empeño de la *menorah* sólo sería provisional y que la recuperaría en cuanto consiguiera un empleo digno.

—¿Y cuándo ocurrirá eso? —respondió Solomon, fuera de sí—. Desde que regresaste de Detroit con el rabo entre las piernas llevas cacareando que buscas trabajo, pero lo más lejos que has llegado ha sido a reparar unos cuantos neumáticos en un taller de mala muerte.

Jack no dio crédito a lo que oía. Se había dejado la piel y sus ahorros para proteger a su padre y así era como se lo agradecía. Aun así intentó serenarse.

—Será mejor que aplacemos esta conversación. Hablaremos más tarde, cuando esté usted más sobrio.

—¡No! ¡Hablaremos ahora! No necesito lucidez para saber quién tiene la culpa de todo —continuó Solomon—. ¡Tú y tus ínfulas de grandeza! Si te

hubieras quedado en la zapatería, nada de esto habría sucedido.

—Dejémoslo, padre. Ahora no es el momento de...

—¿Y cuándo lo será? ¿Cuándo tú lo decidas? Ah, claro. Lo olvidaba... El señorito Jack es quien decide cuándo hablar y cuándo callar. El señorito Jack no tiene por qué rebajarse a trabajar de mísero zapatero como su padre. De hecho —se levantó entre resoplidos—, el señorito Jack fue lo bastante importante como para dejar en la estacada a su familia y largarse a vivir a la otra punta del país mientras su madre se moría y yo me mataba a remendar zapatos.

Jack sintió una puñalada en el corazón. Él no había abandonado a nadie. Para ser sinceros, lo que jamás había perdonado a Solomon era que no le hubiese avisado cuando su madre enfermó. Además, durante su estancia en Dearborn había girado mensualmente a sus padres la mitad de su sueldo. La rabia le consumió.

—¡Todo el mundo tiene derecho a elegir qué hacer con su vida! ¡Yo al menos he vivido bien, y no como un miserable, como usted pretendía!

—¿Cómo te atreves?! ¡Fuera! —gritó Solomon al tiempo que se daba la vuelta. Intentó apurar la botella de bourbon vacía, y al comprobar que no quedaba ni una gota, la estrelló contra el suelo—. Yo os saqué a ti y a tu madre adelante. Si ahora no tenemos lo suficiente, es por...

—¡Porque se gasta el dinero en alcohol que compra a precio de oro! —le espetó Jack.

—¡Que te vayas! Sal de esta casa. Aquí ya nadie te necesita.

Jack apretó los puños. Luego se dirigió a su cuarto, arrojó la ropa que le quedaba sobre su maleta y la cerró dejando fuera el puño de una camiseta. Cogió el retrato de su madre y lo miró. Pensó qué hacer. Finalmente dejó la maleta sobre la cama, abandonó la habitación y atravesó el salón.

—¿Adónde vas?

Él no respondió. Salió de la casa y dio un portazo que hizo retemblar toda la escalera.

Mientras se disponía a mal dormir acurrucado en el zaguán, alcanzó a escuchar la voz apagada de su padre, sollozando tras la puerta: «Por favor, hijo... No me abandones ahora».

Conforme Jack avanzaba hacia el norte de Manhattan, los viejos edificios de ladrillo fueron cediendo el puesto a construcciones cada vez más altas y modernas para, finalmente, dejar paso a un ejército de flamantes colosos de piedra entre los que hervía un tropel de peatones y vehículos que, pese al demonio de la crisis, parecían reivindicar que Nueva York continuaba siendo el ombligo del mundo.

Las manecillas de su reloj aún no marcaban las doce cuando se detuvo para observar el descomunal conjunto de edificios que componían el complejo del Rockefeller Center. Algunos de los inmuebles aún continuaban en construcción, pero la torre principal ya era un coloso de hormigón y acero que se elevaba desafiante hasta donde la vista se perdía. Jack lo contempló con admiración. Quizá no fuera tan alto como el Empire State, ni tan elegante como el Chrysler Building, pero incluso antes de su inauguración oficial, el Rockefeller podía presumir de algo de lo que los demás edificios carecían: en su interior, los hombres más ricos de América decidían los destinos del mundo. Imaginó que su tío Gabriel Beilis sería uno de ellos.

Se tomó su tiempo para encontrar la forma de acceder al edificio. Tras merodear por los alrededores, descubrió una de las entradas por las que una interminable hilera de oficinistas entraba y salía sin interrupción. Por un instante los envidió. Sus trajes impolutos y sus corbatas estrechas le recordaron su exitosa etapa en Dearborn, pero alejó de sí aquellos pensamientos y apretó los puños. Sabía que si intentaba mezclarse con ellos, lo descubrirían y lo detendrían. Por fortuna advirtió la presencia de un grupo de obreros que se dirigía hacia la entrada y, sin pensarlo, se despojó de su sombrero y disimuladamente ayudó al último operario con la vigueta que transportaba.

Una vez en el interior, se apartó y se escondió tras una columna desde donde admiró el majestuoso recibidor. Nunca antes había visto nada igual. El vestíbulo refulgía con decenas de murales dorados que contrastaban con el mármol negro del suelo y unos paneles en madera de raíz en un conjunto que habría hecho palidecer al mismísimo Madison Square Garden. Cuando recuperó la cordura buscó la zona de los ascensores, que encontró situada a lo largo de un pasillo sin fin. Contó quince elevadores. En realidad, desconocía el lugar exacto al que debía acudir, pero aprovechó el instante en el que un

par de oficinistas se encaminaban hacia uno de ellos para seguirlos. Sin embargo, cuando se disponía a entrar en el ascensor, un vigilante uniformado le agarró por el hombro.

—Perdona, hijo, pero no creo haberte visto antes por aquí. ¿Acaso tienes una cita?

—Desde luego —mintió Jack.

—Ya. Pues en tal caso, haz el favor de dirigirte al mostrador. Y procura no hacer tonterías —desconfió.

Jack se zafó del vigilante, se sacudió la chaqueta tratando de recuperar algo de la dignidad que a su parecer le habían arrebatado y se dirigió al interminable mostrador de madera coronado por una impresionante encimera de mármol pulido. Tras él, una recepcionista de mediana edad, escrupulosamente maquillada, se aprestó a atenderle.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —La mujer sonrió sin apenas alzar la mirada.

Jack se sintió reconfortado. Le agradaba que le llamaran «señor», aunque sólo tuviera veintiocho años y su nuevo estatus sólo fuera fruto del engaño.

—Desearía ver al señor Gabriel Beilis. Trabaja para Schwalbert y asociados.

—¿En qué edificio? —La recepcionista deslizó sus gafas de pasta hasta la punta de la nariz con la intención de contemplar a su interlocutor por encima de ellas, pero al comprobar el aspecto desaliñado de Jack, mudó su amabilidad por un rictus de desaprobación.

—Pues lo desconozco. Sólo sé que trabaja aquí, en el Rockefeller.

—Señor, el complejo consta de dieciocho edificios: El Time-Life, el Holland House, el RCA, el Associated Press, el Center Theatre... En fin, déjelo. Ya lo compruebo... —Abrió un dossier y buscó el apellido—. Beilis..., Beilis... Sí. Aquí está: Beilis, Gabriel, de Schwalbert y asociados. Edificio Time-Life, piso cuarenta y seis. ¿Estaba citado?

—No. Es una visita de cortesía —volvió a mentir.

La mujer enarcó una ceja, pero descolgó el teléfono.

—¿Para qué compañía trabaja?

—¿Perdón?

—¿Que a qué compañía representa usted? Necesito saberlo para

anunciarlo.

—A Zapatos Solomon. Mi nombre es Jack —fue lo primero que se le ocurrió.

La recepcionista marcó una extensión y efectuó la comprobación. Al cabo de unos segundos colgó el auricular.

—Lo siento, pero tenemos algunos problemas con las líneas internas. Por favor, si es tan amable, retírese para que pueda atender al siguiente visitante.

—Es urgente. Inténtelo de nuevo —le suplicó.

—Señor, lo lamento, pero hasta que la línea no vuelva a estar operativa no puedo ayudarle.

—Ya. ¿Y cuándo sucederá eso?

—Lo ignoro. Retírese, por favor. En cuanto la línea esté libre, le avisaré.

Jack se disponía a insistir, cuando el guardia que le había dado el alto se acercó al mostrador.

—¿Algún problema, Beth?

—Supongo que no, Tom. El joven ya se iba... —La mujer retó a Jack con la mirada.

—Mire, señorita. He venido caminando desde Danielsburg y no me voy a mover hasta que...

—¡Ya está bien, muchacho! —El guardia aferró a Jack por el hombro.

—¡Suélteme!

El vigilante no se inmutó. Sujetó a Jack con la firmeza de una tenaza y lo apartó de la fila que se había formado tras él para conducirlo por la fuerza hacia la salida. Iba a expulsarlo cuando un desconocido se interpuso entre ellos.

—Aguarde un instante, Tom. ¿Jack? ¿Eres tú?

El guardia reconoció al hombre trajeado que acababa de interpelarlo y soltó al joven de inmediato.

—Lo siento, señor Deniksen. ¿Le conoce?

—¿Ben? ¿Benjamin Deniksen? —Jack le miró incrédulo.

El joven se fundió en un cariñoso abrazo con el hombre que acababa de salvarle. Cuando se separaron lo observó sorprendido. Realmente se trataba de Benjamin Deniksen, el viejo Ben, el íntimo amigo de la familia a quien hacía diez años que no veía. Su pelo había encanecido, pero lucía las mismas

patillas y el mismo mostacho poblado. Advirtió que el impecable traje a rayas que llevaba disimulaba su talle desgarrado.

—Jack, el pequeño Jack... —En su rostro se dibujó una sonrisa—. ¡Dios! ¡Por poco no te reconozco! Me sacas una cabeza, y la última vez que te vi aún usabas pantalones cortos —exageró—. Pero, bueno, cuéntame, ¿qué haces en Nueva York? Pensé que andabas por Michigan... Hace tiempo que no veo a tu padre. Ya sabes... Las cosas con él ya no son como antes. —Torció el gesto—. En fin, ¿qué te trae por el Rockefeller?

—Bueno. He venido a... —Se interrumpió por un instante—. Quería hablar con mi tío Gabriel.

El rostro de Benjamin dibujó una mueca de estupor.

—Vaya, Jack. —Meneó la cabeza—. No creo que ésa sea una buena idea.

—Me da igual si es buena idea o no. Necesito hablar con él.

Benjamin reparó en lo atribulado de su rostro.

—Bien. Acompáñame. Veré qué puedo hacer.

Jack siguió a Benjamin a través del corredor interminable. Finalmente alcanzaron otro vestíbulo presidido por cuatro ascensores. Tomaron el primero. Jack nunca había subido en uno tan moderno. El artilugio se desplazó a una velocidad de vértigo hasta detenerse en la planta 46. Benjamin le indicó que esperase junto a la secretaria que hacía guardia y desapareció tras una puerta presidida por una placa de bronce en la que podía leerse:

SCHWALBERT Y ASOCIADOS
GABRIEL BEILIS. JEFE EJECUTIVO

Mientras esperaba, Jack se preguntó si acudir al Rockefeller Center habría sido una decisión acertada, pero para proteger a su padre no disponía de otra opción. De repente, la puerta del despacho se abrió de par en par, y Benjamin, con semblante circunspecto, le invitó a que entrara. Jack se adecentó la gabardina y se peinó hacia atrás con la mano. Pese a su elevada estatura y sus profundos ojos azules, en poco tiempo había aprendido que, sin dinero, el atractivo se esfumaba tan rápido como una bocanada de humo en un día huracanado.

En el interior del despacho, sentado sobre un butacón tapizado en

capitoné rojo, un hombre de sienes blancas y arrugas marcadas contemplaba el informe que descansaba sobre su mesa. Jack aguardó en silencio junto a Benjamin hasta que el contable tosió, propiciando que Gabriel Beilis apartara la vista del informe y la fijara en el recién llegado. El hombre observó en silencio a Jack.

—Está bien, Ben. Déjanos solos.

Benjamin obedeció.

A solas frente a su tío, Jack inspiró con fuerza. Gabriel Beilis se levantó, dejando a la vista un immaculado traje oscuro que parecía recién comprado. Había envejecido, pero su mirada continuaba siendo la de un lobo. Ambos permanecieron en silencio durante el tiempo suficiente como para que Jack lo percibiera como amenazador. Finalmente, fue el joven quien lo rompió.

—Cuánto tiempo... —comenzó conforme le tendía la mano, pero Gabriel la rechazó. En su lugar, el hombre se dirigió hacia el ventanal que se abría desafiante al cielo.

—Ven. Asómate —dijo con un tono que transformaba cada sílaba en una orden—. ¿Ves eso de ahí? Central Park, el orgullo verde de Nueva York, convertido en una pocilga infestada de pordioseros. Hace veinte años podías pasear tranquilamente los domingos con tus hijos. Ahora, esos muertos de hambre que lo invaden no dejarían de ti ni los huesos. —Meneó la cabeza con un gesto de desaprobación—. Bien —se volvió finalmente hacia el joven—, dime: ¿a qué debo el honor de esta extraña visita?

Jack tragó saliva. No sabía bien por dónde empezar, ni cómo expresar hasta dónde alcanzaba su desesperación. Al final, lo soltó sin más.

—Van a desahuciarnos.

El hombre se quedó mirándolo sin responder. Sacó un paquete de habanos, encendió uno y aspiró una profunda calada, deleitándose con su sabor.

—Vaya. ¿Eso es todo? —Paseó por el despacho—. Después de diez años te presentas aquí con total desfachatez y sueltas: «Tío Gabriel: van a echarnos a la calle...». Ni una palabra de arrepentimiento, ni una disculpa... Nada. —Dio otra calada al habano—. Dime una cosa, Jacob... O Jack, como parece que te haces llamar ahora. ¿Qué se supone que debería responder? ¿Fingir que no pasó nada? ¿Tragarme mi orgullo y ayudar al perro que me mordió la

mano? Ni siquiera entiendo cómo tu padre te ha enviado a verme —añadió.

Jack dudó en replicar. Aún no alcanzaba a comprender la razón por la que le culpaba a él del accidente que provocó Andrew.

—Mi padre no sabe que he venido. De haberlo sabido, me lo habría impedido.

—Y entonces, ¿por qué quebrantas sus deseos?

—Ya se lo he dicho. No tenemos dónde ir.

—Bueno. Los desahucios son algo común en estos días. La vida es dura. Para ti, para Solomon, para todos.

Jack contempló el lujo que le rodeaba.

—No igual de dura para todos. —Hasta aquel día había subestimado cuánto había progresado su tío.

Al advertirlo, Gabriel no disimuló una mueca de satisfacción.

—En efecto. De hecho, tú aún puedes caminar, y mi pobre hijo, no.

Jack se levantó para acercarse al hombre que parecía complacerse con su infortunio.

—Olvídese de mí y piense en Solomon. Su hermano le necesita.

—¡Ese hombre ya no es mi hermano! —gritó—. ¡Por todos los diablos, ni siquiera sé qué hago hablando contigo!

—Se lo pido por favor, tío. Llevan la misma sangre, y nuestra religión nos obliga a...

—¿Cómo? ¿Te atreves a hablarme de religión? —Se revolvió, clavando su mirada en Jack—. ¿Me lo dices tú, Jacob, que te haces llamar Jack porque te avergüenzas de tus orígenes hebreos? ¿Tú, que comías lo que te venía en gana y que nunca respetaste el sabbat? No. *Jacob*. Si de verdad te hubieras preocupado por tu religión, habrías aprendido que un judío jamás ataca a otro judío.

Jack se defendió.

—Yo sólo intenté separarlos. No fui quien le empujó. Además, fue usted quien, pese a la prohibición, se presentó en la fiesta con los barriles de ponche.

Gabriel resopló.

—Espero que tu padre salga de ésta. —Se ajustó la chaqueta y dio una calada profunda a su habano. Luego se acercó a su pupitre, abrió una cajonera

de la que sacó dos tiques y se los tendió a Jack—. Ten. Son para el nuevo espectáculo del Radio City Music Hall. Divertíos. Es cuanto puedo hacer por vosotros.

Si en aquel instante Jack no le arrojó los tiques a la cara, fue porque su rabia pudo menos que su impotencia. Cogió las entradas, se despidió de él y abandonó el despacho sumido en la desesperación. Iba a tomar el ascensor cuando el contable de su tío le llamó.

—Jack. Lo siento. No he podido evitar oíros. —Bajó la mirada, incapaz de sostenerla.

—No te preocupes, Benjamin. En realidad, ha sido culpa mía. Fue una insensatez imaginar que mi tío...

—Es un hombre muy estricto. Trabaja noche y día, y ha sufrido mucho por lo de su hijo —intentó exculparlo—. No sé qué decir.

—Ya. En fin. Gracias de todas formas. Me ha alegrado mucho volver a verte. ¿Estáis todos bien?

—Sí. Todos bien. Todos...

—De veras que lo celebro. Saluda a tu mujer y a los niños.

—Jack, tú sabes cuánto apreciábamos en casa a tu padre...

—Sí. Antes todo el mundo le apreciaba. En fin... Adiós, Ben. Cuídate.

Le abrazó.

—Tú también, hijo.

De nuevo en la calle, Jack se sentó sobre la escalinata de acceso al complejo. No podía regresar con las manos vacías. Mientras intentaba pensar algo, jugueteó con las entradas que acababa de regalarle su tío para el Radio City Music Hall, el magnífico teatro del que todo el mundo hablaba y que nadie conocía. Le parecieron bonitas. Anunciaban el estreno de un espectáculo de *starlets* denominado Las Rockettes, con Caroline Andrews como diva, y el grupo de funambulistas Los Wallendas. Al advertir en el anverso que el local se situaba a la espalda del Rockefeller, se encaminó hacia sus taquillas para informarse del precio de las entradas y preguntar si era posible devolverlas.

Cuando llegó a la taquilla, hubo de pellizcarse al averiguar que el valor de cada entrada ascendía a nueve dólares, un precio escandaloso si se comparaba

con los veinticinco centavos que costaba una entrada de cine o el dólar con veinticinco de un partido de béisbol. Los dieciocho dólares de sus dos entradas habrían servido para satisfacer una mensualidad del apartamento y aún le sobraría dinero, pero el problema consistía en que no se admitían devoluciones.

Decidió no darse por vencido. Recordó que, durante su estancia en Detroit, en alguna ocasión había adquirido entradas de reventa para los partidos de los Tigers en Navin Field por el doble de su precio habitual. Si encontraba el comprador adecuado, tal vez pudiera sacar un buen pellizco.

La ocasión se presentó cuando, tras varias horas de espera, un Duesenberg el doble de largo que un coche normal aparcó bajo los impresionantes luminosos del Radio City Music Hall y de su interior se apeó una pareja que parecía recién salida de un casino. Él tendría unos cuarenta años, peinado engominado y bigote fino, rasurado a la moda. Le acompañaba una joven pulcramente maquillada, a la que sin duda trataba de impresionar. Nada más apearse, el hombre se dirigió a la taquilla, metió la cabeza por la ventanilla, discutió unos segundos con la encargada y se volvió para susurrarle algo a su pareja. La joven hizo un mohín al conocer que las mejores entradas estaban agotadas. En su lugar, la taquillera le había ofrecido unas del tercer entresuelo mucho más baratas, que el recién llegado había rechazado como si acabaran de sacarlas de una cloaca.

Jack comprobó de nuevo que las suyas se correspondían con localidades situadas en las butacas de patio de orquesta, centradas y adelantadas, y esperó a que la pareja retrocediera. Cuando se disponían a subir al automóvil, Jack se apresuró a ofrecérselas. En un primer instante, el ricachón le miró con desdén, pero luego pareció valorar la propuesta. Las cogió y las examinó.

—No serán falsas...

Por toda respuesta, Jack se las mostró a la taquillera, quien confirmó su autenticidad.

—Señor, le aseguro que si mi esposa no hubiera enfermado, nada me impediría asistir a un espectáculo como éste, en el día de su inauguración — se inventó.

—¿Y dice usted que las vende por treinta dólares? —intentó regatear.

—A este evento acudirá la flor y nata de Nueva York. Usted y la señorita

estarían codo con codo junto a Jean Harlow, Douglas Fairbanks o Kid Chocolate. Como ya ha visto, no quedan localidades. Pero, en fin..., si no puede pagar cuarenta dólares, lo comprenderé...

—¿Douglas Fairbanks? —le interrumpió la joven acompañante, cuyos ojos acababan de abrirse como platos—. ¡Oh! Por favor, querido, ¡cómpralas! ¡Por favor! ¡Di que sí!

El hombre soportó con estoicismo los meneos de la jovencita hasta que finalmente sacudió la cabeza resignado. Contó los billetes y se los entregó a Jack.

—¿Seguro que vendrá Douglas? —rezongó.

—Completamente —mintió Jack, mientras se despedía con su mejor sonrisa y aceleraba el paso.

De camino a Brooklyn, lamentó haber discutido con su padre. Aunque le durara un suspiro, no era la primera vez que, en un arrebató de furia, Solomon le instaba a marcharse del apartamento. Pero al menos ahora su padre tendría motivos para alegrarse. Pese a sus problemas con el alcohol, Jack estaba convencido de que tarde o temprano todo volvería a su cauce, y la mejor forma de comenzar era pagando algunas de las mensualidades que adeudaban a Kowalski. Luego conseguiría un empleo de lo que fuera y buscaría la forma de que Solomon dejara la bebida. No le cabía duda. Saldrían adelante juntos, él y su padre.

Tras dos horas de camino, la barriada de Danielsburg emergió en el horizonte.

Cuando llegó a 2nd South Street, casi había anochecido. A aquellas horas, los vecinos que aún conservaban sus casas ya se habían encerrado en ellas para celebrar la Nochebuena. Por eso le extrañó encontrar una muchedumbre congregada frente al portal de su bloque de apartamentos. Imaginando algún percance, apretó el ritmo. Conforme avanzaba, advirtió que algunas mujeres corrían de un lado a otro entre lloros y lamentos. Una de ellas le dirigió una mirada lastimera y su pulso se aceleró.

Como pudo, se abrió paso entre el tumulto hasta llegar al lugar donde un corro de hombres agachados se afanaba en reanimar un cuerpo

ensangrentado. Jack supuso que se trataba de algún atropello, pero varios tipos señalaban hacia una ventana abierta en su propio edificio. A Jack se le detuvo el corazón. Intentó hacerse un hueco, sin éxito, hasta que finalmente uno de los que atendían al infortunado se levantó implorando ayuda a gritos, y dejó a la vista un cuadro desolador.

Aplastado contra el asfalto, sobre un enorme charco de sangre, yacía el cuerpo sin vida de Solomon Beilis, aferrado a su adorada *menorah*.

El cementerio de Bay Parkway era la última estación por la que deambulaban los desheredados de Brooklyn: un pedregal de tumbas ennegrecidas, cargadas de miseria, de lágrimas y de desolación. Jack no había vuelto a pisarlo desde el fallecimiento de su madre. Ahora, ataviado con una corbata negra prestada, avanzaba a trompicones bajo la lluvia y el peso de un féretro de pino barato cuyas aristas se le clavaban en el hombro.

Mientras caminaba, aguantó el irritante silencio de los escasos piadosos que habían acudido al sepelio, imaginando sus ojos fijos en su espalda, convencido, como lo estaba, de que todos le responsabilizaban del suicidio de su padre. Cuando se detuvieron frente a la fosa, Jack lamentó haber discutido con él, pese a tener la certeza de que sus palabras no habían obrado la tragedia. De hecho, sabía muy bien a quién culpar. Durante el velatorio, una vecina del rellano le había asegurado que momentos antes del suicidio había escuchado cómo el casero Kowalski y sus secuaces aporreaban la puerta de Solomon, conminándole a que saliera. La habían golpeado con saña, una y otra vez, pero Solomon no les había abierto. En lugar de eso, había preferido arrojararse por la ventana. A la mujer no le había extrañado. No había sido el primero, ni sería el último que se quitara la vida.

Jack se mantuvo impertérrito mientras la fosa engullía el cadáver de su padre. Aunque no hubo oraciones porque la Ley de Moisés las prohibía para los suicidas *anusim*, él elevó una plegaria, ajeno a los lamentos de las

ancianas y a las murmuraciones de sus maridos. Luego arrojó la primera paletada de tierra. Cuando los sepultureros colocaron la lápida que identificaba los restos de Solomon Beilis como judío ruso, sus ojos dejaron escapar unas lágrimas.

A la salida del cementerio, Jack recibió las condolencias de Benjamin, el contable de su tío, con quien se había encontrado el día anterior en el Rockefeller Center. El hombre bajó la mirada cuando trató de justificar la ausencia de su jefe, que achacó a compromisos ineludibles. Jack no le creyó. Estaba convencido de que su tío Gabriel era el tipo de persona que podría anular una reunión con el presidente de su compañía, escupir a la cara a sus socios, y aun así ganar más dinero que antes. Con los ojos humedecidos, el contable lamentó no haber podido ayudar a su padre.

—No se dejaba... Tú le conocías.

Jack asintió. Solomon nunca se había dejado.

Poco a poco, los asistentes se fueron retirando hasta dejar a Jack solo. Permaneció unos instantes, mudo, empapándose bajo la lluvia hasta que alguien se le acercó. Jack le miró en silencio. Era Andrew, con las gafas arregladas con esparadrapo. Se avergonzó. Sin embargo, su antiguo amigo le trató como si nada hubiera sucedido y apoyó un brazo sobre su hombro.

—Vamos, Jack. Regresemos a casa.

Jack se preguntó a qué casa se referiría.

La última persona a la que habría imaginado encontrar apostada a la entrada de su edificio habría sido al casero Lukas Kowalski. El hombre aguardaba sentado en las escaleras que daban acceso al zaguán, flanqueado por dos de sus matones. Nada más reconocerlo, una oleada de ira golpeó a Jack en los pulmones.

—¡Cabrón malnacido! ¿Qué diablos hace aquí? —Escupió en la acera.

—Hola, chico. —La voz de Kowalski sonó maliciosamente modulada. Ni siquiera miró al joven mientras apuraba una bocanada de su puro—. Quería entrar en mi casa..., pero tú tienes la llave.

Andrew logró detener a Jack cuando éste hizo ademán de abalanzarse sobre Kowalski. Los secuaces del casero también se interpusieron, pero el

polaco siguió fumando sin inmutarse. Tan sólo dedicó al joven una sonrisa condescendiente, como si tuviera enfrente a un pelele.

—Mira, chico. Hace frío y este lugar me resulta desagradable, así que te aconsejo que...

Jack no le dejó terminar. Se zafó de Andrew, sacó el dinero que había conseguido por la venta de las entradas y lo arrojó a la cara de Kowalski.

El casero enarcó las cejas mientras contemplaba los billetes caídos a sus pies. Sin dignarse a recogerlos, volvió la mirada hacia Jack.

—¡Vaya! ¡Treinta dólares! ¿Qué pretendes que haga con esto? ¿Comprarme un sombrero de saldo?

—La próxima semana tendrá el resto —respondió Jack—. Y ahora lárguese de aquí si no quiere que le mate.

Kowalski permaneció sentado en silencio, como si meditara la oferta. Finalmente se levantó con dificultad.

—La próxima semana..., la próxima semana... ¡La de veces que habré escuchado esa cantinela! Y luego decís que la siguiente, y después que la otra, y entonces: ¡zas! Desaparecéis de repente y yo me quedo con cara de imbécil. —Paso a paso bajó los escalones y acercó su rostro hasta casi rozar el de Jack—. Dime, muchacho: ¿te parece que tengo cara de imbécil?

Jack retrocedió para alejarse del hedor a sudor rancio que despedía el casero.

—Mire, Kowalski, no quiero problemas. Coja el dinero y vuelva mañana. Si para entonces no he conseguido lo que le debo, empaquetaré mis cosas y...

—Parece que no me has entendido, chico. No he venido a recoger limosnas. Vengo a llevarme lo que me pertenece..., incluidas todas tus cosas.

—¡Joder! Le he dicho que mañana...

Kowalski se echó las manos a la cabeza.

—Pero ¿por qué los judíos nunca comprendéis lo que se os dice? —alzó la voz—. ¡A saber qué sucederá mañana! —Aspiró una bocanada profunda de su cigarro para saborearla—. Pregúntale, si no, a tu padre.

—¡Hijo de perra!

Jack se abalanzó de nuevo sobre Kowalski, pero antes de que pudiera alcanzarle, el matón más cercano se interpuso y le derribó a él de un puñetazo. Andrew acudió en su auxilio, aunque el segundo secuaz lo detuvo

en seco con un rodillazo en el estómago.

Los dos jóvenes se retorcieron en el suelo, mientras el casero disfrutaba del espectáculo.

—¡La llave! —le exigió.

Jack trataba de incorporarse cuando recibió una patada en las costillas que le arrojó contra la barandilla de la escalera. Andrew, entumecido por el dolor, contempló impotente cómo se ensañaban con su amigo.

—¡Dejadle en paz, cabrones! —bramó.

Los dos hombres se revolvieron contra Andrew y le patearon sin conmiseración. Jack, encorvado junto a la barandilla, aprovechó el respiro para apropiarse de un barrote suelto y estrellarlo contra la tibia del agresor más próximo. El hombre exhaló un alarido y se derrumbó sobre las escaleras con la pierna machacada. Al advertirlo, la bestia que seguía pateando a Andrew abandonó su presa y saltó sobre Jack, pero éste se apartó lo suficiente como para hundirle la barra de hierro en el estómago. Luego corrió hacia Andrew para auxiliarle.

—¡Cuidado! —le advirtió éste.

Jack se horrorizó al comprobar cómo, a su espalda, el matón al que acababa de golpear desenfundaba su revólver. No lo pensó. Saltó sobre él y le sujetó el brazo antes de que lograra apuntarle. Los dos forcejearon mientras el revólver ejecutaba una espasmódica danza en el aire hasta que, de repente, un disparo restalló en la noche.

Por un instante, el tiempo se detuvo mientras Jack y su oponente permanecían paralizados, mirándose el uno al otro. Luego aflojaron su presa y se separaron muy despacio mientras, unos pasos más allá, el cuerpo de Lukas Kowalski se desplomaba sobre las escaleras y quedaba inerte.

—¡Jefe!... —balbuceó el secuaz antes de soltar el arma en las manos de Jack.

Andrew se acercó a él por la espalda y le agarró del brazo.

—¡Vámonos! —le urgió.

Jack permaneció inmóvil, contemplando el pecho ensangrentado de Kowalski.

—Pero... yo..., yo... —balbuceó, y dejó caer el revólver.

—¡Por Dios, Jack! ¡Corre!

Jack y Andrew huyeron por un callejón solitario, tropezando y trastabillándose en una carrera desenfrenada a través de las avenidas que cruzaban Danielsburg, en el intento de dejar atrás Brooklyn lo más rápido posible. Jack seguía a Andrew a ciegas, convencido de que en cualquier instante aparecerían los sicarios de Kowalski para acribillarlos. A cada poco escuchaban voces lejanas, sirenas o frenazos de automóviles que les hacían buscar refugio en un soportal o agazaparse tras algún cubo de basura. En los instantes en los que se detenían a recuperar el resuello, Jack trataba de recordar en qué momento se había producido el disparo, pero Andrew no le daba tregua, apremiándole a que corriera. Según se alejaban, las luces de las farolas se fueron espaciando, y las avenidas, transformándose en un laberinto de pasadizos y callejones por los que Andrew se escabullía como si hubiera nacido en ellos. Jack imaginó que debían de encontrarse cerca de Long Island, el barrio en el que vivía su compañero de huida, aunque no estaba seguro. Finalmente, se detuvieron frente a un portalón que, a juzgar por el óxido que lo cubría, parecía llevar cerrado años. Andrew sacó una llave de su bolsillo, liberó el candado que aseguraba la persiana de hierro e intentó subirla.

—¡Vamos! ¡No te quedes ahí parado! ¡Ayúdame, antes de que esas ratas nos encuentren!

Jack tomó resuello, acosado por un agudo dolor de costillas. No obstante, tiró del enganche con todas sus fuerzas y la persiana se elevó con un quejido metálico que Andrew ignoró. Tan sólo se adentró bajo la persiana medio levantada y se volvió hacia él para conminarle a que entrara. Cuando le obedeció, bajó la persiana y una densa oscuridad se apoderó del recinto. Jack se mantuvo vigilante. Apenas si distinguía la silueta de su amigo, pero escuchaba su respiración agitada, como la de una fiera enjaulada. Transcurrieron unos segundos hasta que se oyó un chasquido y una llama surgió en la mano de Andrew. Jack miró a su alrededor. El intenso olor a tinta y a humedad, procedente del cadáver de una vieja linotipia, le hizo comprender que se encontraba ante una imprenta abandonada. A sus pies, decenas de paquetes de periódicos viejos con titulares ya olvidados escoltaban unas paredes empapeladas con pasquines enmohecidos que

parecían querer cobrar vida bajo el titilante fulgor de la llama del encendedor de Andrew.

—Es la imprenta donde trabajaba antes de que me echaran —le informó—. Cuando la cerraron me quedé con un juego de llaves, y desde entonces la he empleado como local sindical.

—Pero ¿es segura?

—Más que tu casa.

Jack enmudeció. No dejaba de pensar en Kowalski.

—¿Estará muerto? —le preguntó, con la esperanza de que Andrew contestara que no.

—No lo sé, pero sangraba como un cerdo.

—¡Mierda! Deberíamos ir a la policía...

De repente, se escuchó un ruido y Andrew apagó el encendedor. Jack sintió cómo su corazón se aceleraba. Un instante después volvió a encenderlo, y las gafas de Andrew resplandecieron a un palmo de su nariz.

—Shhh... ¡Ratas! —musitó Andrew.

—¿Nos han descubierto?

—No. Ratas auténticas. —Y pateó a un bicho que salió volando con un chillido agudo.

Jack suspiró aliviado.

—Te decía que deberíamos acudir a la policía. No podemos permanecer siempre escondidos. Tarde o temprano, los matones de Kowalski acabarán encontrándonos.

—Pero ¿qué dices? Si ése ha muerto, irás de cabeza a la silla eléctrica.

—El tipo iba a dispararnos. Tú lo viste, Andrew.

—¡Claro que lo vi! Pero ¿qué crees que dirán sus matones cuando el juez les pregunte? ¿Que se les disparó el arma a ellos? Además..., esa gente tiene contactos, Jack. ¿O cómo crees que han conseguido enriquecerse en esta época de miseria? Capitalistas corruptos... —murmuró.

—¡Diablos! Yo no lo maté —insistió.

Andrew miró el rostro compungido de Jack. El sudor perlaba su frente.

—No adelantemos acontecimientos. Nadie dice que haya muerto.

—Ya... ¿Y qué vamos a hacer? ¡Joder! Casi no puedo respirar. Esos bastardos deben de haberme roto una costilla.

—No sé. Déjame pensar... —Se alejó de Jack, rebuscó por encima de un banco de trabajo y regresó con una vela en la mano—. Por lo pronto, deberíamos quedarnos aquí hasta que se calmen las cosas. Atrás hay un lavabo con agua corriente y un retrete. Podríamos...

—Espera. ¿Y mis cosas? Están todas en mi casa.

—Por Dios, Jack. ¡No pretenderás que volvamos! Ya habrán dado aviso a la policía. Te estarán buscando, o esperando.

—¡Me da igual! Allí está todo cuanto tengo.

—¡Escucha! Ahora, lo único que te queda es tu libertad.

Jack enmudeció. Sabía que Andrew estaba en lo cierto, pero por insignificantes que a él pudieran parecerle, no se resignaba a perder los últimos vestigios de su vida.

—Allí están mis fotos —respondió.

—¿Fotos? —El rostro de Andrew dibujó una mueca de incredulidad.

—De mis padres.

—¡No digas estupideces! Lo que hemos de hacer es escapar, y para eso sólo necesitamos nuestras licencias de conducción.

—¿Cómo?

—Nos harán falta para gestionar el pasaporte. Llevas la tuya encima, ¿no?

—Yo ya tengo pasaporte. Pero ¿para qué diablos lo necesito?

—Desde luego, no pretendo obligarte a dejar el país, pero si Kowalski ha muerto...

—¡Demonios, Andrew! ¡Tú mismo has dicho que no lo sabemos!

—Está bien. Tranquilicémonos. —Encendió un cigarrillo arrugado y aspiró una calada. Le ofreció una a Jack, que aceptó para llenar de humo sus pulmones. La bocanada le supo a tinta—. ¡De acuerdo! ¡Dame las llaves!

—¿Qué?

—¡Que me des las jodidas llaves! Iré a tu casa y recogeré tus cosas.

—¿Estás loco? No voy a permitir que te arriesgues. Iré yo.

Andrew introdujo las manos en los bolsillos de Jack y se las arrebató.

—Tú no puedes ni moverte. Además, ¿me crees imbécil? Sólo entraré si está despejado. —Limpió sus gafas y se caló el sombrero hasta las orejas—. En el barrio nadie me conoce. Si tengo ocasión, preguntaré por Kowalski. Esos cabrones tienen más vidas que un gato. Quizá la bala sólo le hizo un

rasguño.

—Está bien. Pero ve con cuidado. No soportaría perder a mi único amigo.

—No te preocupes, Jack. Saldremos de ésta. Seguro que saldremos.

Jack observó cómo los rayos de luz se filtraban por las rendijas que el óxido había horadado en la persiana metálica de la entrada. Apretó los dientes. Le dolía la cabeza como si se la hubieran pisoteado, pero los responsables no eran ni el hedor a tinta ni el efecto de los golpes. Retrocedió hasta la silla donde había sufrido toda la noche recordando la trágica desaparición de Solomon Beilis. Quizá no hubiera sido el más cariñoso de los padres, pero había sido el suyo. Pateó un fardo de periódicos, que salieron volando como hojas arremolinadas por el viento.

Miró de nuevo hacia los rayos de luz. Andrew le había asegurado que estaría de vuelta antes del amanecer, pero de eso hacía ya un par de horas. Comenzó a barajar la posibilidad de que lo hubieran detenido.

Decidió encender lo que quedaba de la vela para inspeccionar por encima el local, cosa que había evitado realizar durante la noche ante el temor de que alguien reparase en el resplandor y lo descubriera. Cuando la llama prendió el pábilo, una débil luz iluminó la estancia, dejando entrever una maraña de máquinas en apariencia inservibles, más pasquines abandonados por los bancos de trabajo, rodillos de impresión resecos y guillotinas oxidadas. Examinó alguno de los pasquines, y tras comprobar que sólo contenían soflamas anticapitalistas los dejó tan desordenados como estaban. Luego se dirigió hacia el cubículo donde Andrew le había indicado que se hallaba el retrete, para toparse con un sumidero abierto en un suelo, igualmente poblado

de panfletos. Enarcó una ceja mientras se congratulaba por que alguien hubiera encontrado alguna utilidad a aquellos pasquines comunistas y miró a su alrededor. Junto al retrete descubrió un ventanuco clausurado con una portezuela. Tras un par de golpes, el cerrojo saltó por los aires y la portezuela se desprendió de uno de sus goznes. Miró a través del hueco y comprobó que la ventana daba a un pequeño patio de luces. Respiró con satisfacción al saber que en caso de necesidad podría saltar afuera. Apagó la vela. La luz de la mañana entraba por el ventanuco e iluminaba la estancia. Su estómago se quejó como si un cuervo le picoteara las entrañas.

Dejó pasar las horas. Seis más de lo acordado con Andrew. Su reloj marcaba las doce. Caminó de un rincón a otro. Cada vez se sentía más como una rata enjaulada a la espera de que un gato la devorara. Estaba comenzando a plantearse la huida, cuando de repente escuchó en el exterior unos pasos rápidos que se detenían junto a la entrada. Jack aguzó el oído y permaneció en silencio. Luego dio un respingo al advertir que manipulaban el candado. Rezó por que fuera Andrew, pero retrocedió hasta el ventanuco ante el temor de que se tratara de la policía. Poco a poco, empezó a elevarse la persiana. Con la mirada fija en el portón metálico, sintió cómo su pulso se desbocaba. A mitad del recorrido olvidó cualquier precaución y preguntó por Andrew, pero nadie contestó. Decidió que debía escapar.

Se disponía a saltar por la ventana cuando, de repente, una voz inusualmente suave le pidió que se detuviera. Sin saber bien por qué, Jack se volvió lentamente hacia la persiana. Cuando sus ojos se acostumbraron al contraluz, no dio crédito a lo que veía. Bajo el quicio de la entrada, recortada contra la claridad de la mañana, permanecía de pie la figura inequívoca de una muchacha esbelta.

Una vez dentro, dijo llamarse Sue y ser la prometida de Andrew. Antes de que Jack articulara palabra, la joven bajó un poco la persiana y añadió que Andrew la había enviado para ayudarla. Acto seguido sacó una hogaza de pan de su bolso desgastado y se la entregó.

Jack no replicó. Mientras daba cuenta del pan, examinó a la recién llegada de reojo. Quizá no fuera una belleza de revista, pero sin duda era el tipo de chica pizpireta que atraería la mirada de cualquier muchacho. Pelirroja, le calculó una edad cercana a la suya, aunque aparentara menos debido a su

delgadez. De repente se sorprendió por estar obviando lo más importante.

—Pero ¿dónde está Andrew? —acertó a preguntar al fin.

—¡Oh! La verdad es que no lo sé. Me comentó que debía resolver algún asunto, pero no me aclaró nada más. —Sonrió.

Jack engulló el último bocado y se relamió las migajas. Le pidió un cigarro, pero Sue se disculpó: los había olvidado.

—¿Y te dijo cuándo regresaría? —No quiso ser más explícito porque desconocía hasta qué punto la chica estaba informada de la pelea con Kowalski.

—No, aunque no creo que tarde mucho. Lo cierto es que lo encontré bastante misterioso y mi Andrew no es así. ¿Es que ha sucedido algo?

Tras asegurarle que no, Jack procuró cambiar de conversación. A las jóvenes neoyorquinas les entusiasmaba hablar de sus novios, y hacia ese punto viró él la charla. Sue confirmó la regla y habló por los codos. Le comentó que había conocido a Andrew cuatro años atrás, en el restaurante donde ella servía cafés, y que desde entonces no se habían separado.

—El Moody's estaba ahí afuera, frente a la imprenta. Andrew desayunaba en él cada mañana, y a veces, cuando le atendía, aprovechaba para contarme sus maravillosas ideas sobre la igualdad entre las razas y los pueblos. Era tan interesante... y tan distinto a los otros chicos vulgares. —Su rostro sembrado de pecas se iluminó—. Pero eso fue antes de que cerraran el restaurante... Bueno: el Moody's y todos los de los alrededores —se lamentó—. Ahora limpio escaleras por una miseria.

Jack la creyó. Lo demostraban sus medias raídas, cuyas carreras había intentado remendar con escaso acierto. La joven permaneció un rato en silencio.

—¿Te ha hablado Andrew de nuestros planes? —Sus ojos nacarados brillaron de alegría—. Seguro que sí. ¡Andrew se lo cuenta a todo el mundo! ¿Sabes? Pronto dejaremos este condenado país y viajaremos a un lugar en el que el trabajo y la felicidad no son sólo para los ricos. Sí. Iremos a Rusia... El último paraíso...

Jack se levantó con dificultad y cojeó hasta la persiana, dejando a la chica con la palabra en la boca. Miró por una rendija y bajó la cabeza.

—Espero que os vaya bien. —Fue lo único que comentó antes de cerrarla

por dentro con el candado y volver a su asiento.

—¡Vaya! ¡Eres poco hablador! Mi Andrew, en cambio...

—¿Seguro que no sabes dónde está él ahora? —la interrumpió. La sonrisa se congeló en el rostro de Sue.

—Ya te lo he dicho. Tenía que resolver unos asuntos —respondió molesta—. Me dijo que no nos preocupáramos y que esperáramos hasta que volviese.

—Muy bien. Pues entonces, esperemos.

Jack cogió algunos de los panfletos y se dispuso a hacer tiempo leyéndolos.

Transcurrieron dos horas antes de que un chirrido de frenos le sacara de sus pensamientos. De inmediato corrió hacia el ventanuco, pero Sue, que se había acercado a la persiana metálica para vislumbrar a través de sus rendijas, le tranquilizó.

—Es Andrew.

—¿Andrew tiene coche? —Se detuvo extrañado.

—¡Vamos! ¡Ayúdame con la persiana!

Jack corrió a auxiliarla. Nada más elevarla, apareció la cara atribulada de Andrew bajo sus grandes gafas de carey.

—¡Haced sitio! ¡Tenemos que esconder este cacharro! —apremió.

A Jack le resultó difícil imaginar de dónde había sacado Andrew un vehículo, pero supuso que debía de formar parte de su plan de huida. Entre él y Sue apartaron los trastos que entorpecían el paso y Andrew aceleró el viejo Studebaker hasta casi empotrarlo contra la linotipia. Luego salió del coche como si le llevara el diablo, y junto a Jack, bajó la persiana.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó Jack. La cara de Andrew aparecía congestionada cuando le cogió por el brazo y lo apartó de Sue.

—Malas noticias —susurró mientras miraba hacia atrás para cerciorarse de que la muchacha no los escuchaba—. Kowalski... —Negó con la cabeza y apretó los dientes.

—¿Qué? —Jack sintió un nudo en el estómago.

—Falleció esta mañana.

—¡Dios mío! —Se derrumbó sobre una silla.

—La noticia ha corrido como la pólvora. Tenemos que desaparecer, Jack. Coger un barco para Rusia, ya. O eso, o la cámara de gas.

—¡Por todos los diablos! Pero ¿cómo he de decirte que no quiero ir a Rusia? —gruñó.

Sue dio un respingo, pero simuló no enterarse de nada.

—Pues deberías replanteártelo. Además, no sólo te persiguen a ti. A mí también me buscan... —replicó Andrew—. En fin, Jack. He arriesgado el pescuezo por ayudarte, pero si prefieres malograr tu vida, no seré yo quien te lo impida. Tus cosas están en el asiento del coche.

Jack no contestó. Simplemente se dirigió al automóvil y abrió la portezuela. Sobre el asiento apenas había nada que mereciera la pena. Un par de mudas, un abrigo raído, una carpeta con documentación diversa, un antiguo fonógrafo roto y el marco astillado con la foto de su madre, que contempló con toda la intensidad que le permitía la penumbra.

—¿Y mi pasaporte?

—No había mucho más —se excusó Andrew—. Cuando llegué, la puerta estaba reventada y la casa revuelta. Eso era lo que habían dejado. En el maletero metí un baúl con algunos trastos. Ten. Tu licencia de conducir. Ya puedes largarte y terminar de arruinar tu vida.

Jack pareció no oírle. Sus manos temblaban apretando el retrato de Irina. Finalmente se maldijo. La única opción que había contemplado pasaba por huir a Canadá a través de Buffalo, pero para ello necesitaba un pasaporte. Se diría que Andrew le leía la mente.

—Yo podría proporcionarte uno —escuchó decir a su amigo.

Jack le miró en silencio y comprendió que estaba en sus manos.

—Las oficinas de Amtorg cierran a las cinco. ¡Vamos, muñeca, termina con el colorete, que de Long Island a la Quinta hay un trecho! —animó Andrew a Sue.

Jack estaba convencido de que acudir a la agencia de comercio soviética era meterse en la boca del lobo, pero se había resignado a aceptar la propuesta de Andrew. Antes de subir al coche, comprobó la vigencia de la

documentación que presumiblemente iba a necesitar.

A bordo del Studebaker, los tres repasaron en voz alta el plan. Andrew, sabedor del interés que los soviéticos mostraban por difundir las bondades de su revolución en los países capitalistas, solicitaría formar parte de alguna de las unidades de propaganda extranjeras que los soviéticos mantenían en Moscú. Para ello, aduciría su militancia en el Partido Comunista de Estados Unidos, además de su experiencia como impresor. A Sue la presentaría como bibliotecaria y simpatizante de la causa.

—Y tú, Jack, serás mi ayudante. Dado que hablas ruso perfectamente, alegraré que te necesito como intérprete.

Jack se caló el sombrero tanto como pudo y apretó el pisapapeles de hierro que por prevención se había escondido en el bolsillo a modo de arma. Seguía sin estar convencido, pero había resuelto confiar en su amigo.

—Está bien. ¡Arranca!

El Studebaker se estremeció cuando Andrew aplastó sin piedad el acelerador. Mientras atravesaban el puente de Queensboro en dirección a Manhattan, Jack volvió la vista para contemplar cómo languidecía sobre el horizonte la espina dorsal de Brooklyn. Luego se volvió y miró hacia el frente, conforme intentaba convencerse de que, tras él, sólo dejaba el humo grisáceo que escupía el Studebaker por su tubo de escape.

Faltaban diez minutos para las cinco de la tarde cuando aminoraron la marcha hasta casi detenerse. A aquellas horas, el tráfico que congestionaba Manhattan se asemejaba a un enjambre de termitas afanadas en devorar los restos de un gigantesco cuerpo de cemento. Sin embargo, para Andrew sólo era una manada de inútiles que intentaban regresar a sus casas al ritmo de un ejército de caracoles. Serpenteó entre el dédalo de conductores, blasfemando y tocando el claxon como un desesperado, hasta que un camión de reparto frenó en seco y le obligó a dar un volantazo. Finalmente, a medio camino entre el Flatiron y el Empire State, estacionó el automóvil. Sue aguardó en el interior para evitar una multa mientras Jack y Andrew se apeaban y penetraban a toda velocidad en el 261 de la Quinta Avenida. Jack ni siquiera prestó atención al piso al que ascendían. Su amigo le arrastraba, sin permitirle pensar. Ambos aspiraron con fuerza, a la espera de que el ascensor terminara de detenerse y el botones abriese la puerta. Cuando por fin el muchacho

descorrió la reja, se dieron de bruces contra una interminable fila de harapientos que guardaban cola frente a una puerta con una placa en la que figuraba la leyenda:

AMTORG TRADING CORPORATION
AMERIKANSKOE TORGOVLYE

Nada más verla, Jack sintió un estremecimiento en el estómago. Era la segunda vez que leía un texto ruso aquella semana. La primera había sido el epitafio que había mandado grabar sobre la lápida de su padre.

Andrew no se desalentó. Le entregó a Jack un panfleto de Amtorg para que se entretuviera y se coló sin atender a los improperios y recriminaciones que le dedicaban.

Mientras aguardaba, Jack advirtió que el aspecto de los solicitantes que le precedían apenas si difería de los pobres que acudían cada mañana a la cola de la sopa. De hecho, la mayor diferencia consistía en que a los comedores de la caridad casi no acudían mujeres, y en la fila de Amtorg esperaban familias completas en cuyos ojos lucía un inusitado fulgor de esperanza. Observó que esas mismas familias parloteaban animadamente sobre las hermosas ciudades que visitarían, los sueldos que recibirían, las casas que les proporcionarían, o los novios y novias que encontrarían. Algunos obreros empuñaban documentos que acreditaban su capacitación como mineros, electricistas o albañiles, al tiempo que especulaban sobre las gigantescas industrias que se estaban levantando al otro lado del mundo y que convertirían a Rusia en la envidia de América. Incluso un par de ellos portaban su propio hatillo de herramientas.

A Jack le sorprendió escuchar que la familia de cuáqueros que le precedía había liquidado sus tierras yermas de Illinois para adquirir los pasajes de barco, tras averiguar que unos vecinos habían hecho lo propio y ya disfrutaban de una nueva vida en Leningrado. O que a la mujer de pelo ralo que sostenía en brazos a su hijo enfermo le habían asegurado que los soviéticos le suministrarían las medicinas de las que carecía en América. Le pareció impresionante. Hombres y mujeres que tras perder hasta la dignidad de creerse personas, sonreían ilusionados y levantaban de nuevo la cabeza.

Para acortar la espera, abrió el folleto publicitario que le había entregado Andrew y empezó a leerlo con atención. Estaba repleto de fotos y presentaba los progresos soviéticos como si fuesen la solución a los problemas de la humanidad.

La súbita aparición de Sue interrumpió su lectura. Se alegró al verla. La chica había subido por las escaleras y la respiración agitada había teñido su rostro de rojo, haciéndole resplandecer de vida. Al tiempo que le preguntaba por Andrew, la joven tomó a Jack por el brazo como si fuera su prometido. Él se incomodó un poco, pero permitió que Sue le agarrara mientras la joven se asombraba ante el cúmulo de personas que aguardaban en la cola. Le explicó que Andrew había saludado a la recepcionista y se había colado en un despacho.

—¿Y tú por qué has subido?

—Me aburría —se justificó ella sin más. Le aseguró que había convencido al guardia de la zona para que no les multara—. Fíjate, Jack, incluso hay negros esperando —señaló admirada.

Jack los había visto y también se había extrañado. No obstante, los dos hombres de color permanecían ajenos a las miradas de los demás y charlaban confiados.

En ese instante, apareció un representante de Amtorg embutido en un traje dos tallas más pequeño de lo que su corpachón precisaba e informó a voces a los solicitantes que la oficina procedía al cierre de sus puertas.

—Mañana les atenderemos con el número que se les ha asignado —añadió con marcado acento ruso.

Jack no se dio por aludido hasta que el mismo interlocutor insistió en que abandonaran la oficina.

—Esperamos a un amigo que está dentro.

—En Amtorg no tenemos amigos —repuso el empleado soviético.

En ese instante apareció Andrew tras una puerta y les hizo una seña para que accediesen al despacho.

—Pues es una pena —sonrió Sue al empleado, y tiró de Jack hacia el interior de la oficina.

Una vez dentro, Andrew les presentó a un hombre en la cincuentena, de aspecto fornido y semblante serio, cuya mirada huidiza encontraba acomodo

bajo unas tupidas cejas de estropajo.

—Es Saúl Bron, el jefe de la agencia soviética Amtorg en Estados Unidos. A todos los efectos, es como si fuese el embajador —añadió ufano.

Jack observó que Andrew exteriorizaba un gesto de satisfacción que jamás le había visto dedicarle a él y miró con recelo al hombre que les brindaba asiento. Sin embargo, Sue se soltó de Jack y ofreció su mano al importante hombre de negocios.

—Encantada —dijo, e improvisó una reverencia ridícula.

—Bien —dijo Saúl Bron, tomando asiento tras la enorme mesa de caoba que presidía el despacho—. Tú debes de ser Sue, y supongo que tú, Jack. Acomodaos, por favor. Andrew me ha comentado que deseáis uniros a la honrosa causa de nuestra amada Unión Soviética... —Y señaló el retrato que colgaba en la pared a su espalda.

Sue asintió con una sonrisa de anuncio, mientras Saúl Bron esperaba la confirmación de Jack, quien en aquel instante sólo tenía ojos para el hombre de semblante severo y grandes bigotes que aparecía en el retrato. Lo reconoció como Iósif Stalin, porque era la misma fotografía que había visto en los opúsculos de la imprenta.

—¿Y tú?... —le insistió el jefe de Amtorg.

—Yo también —se limitó a contestar Jack, con la emoción de una figura de cera.

Saúl Bron carraspeó, abrió el expediente que descansaba sobre su escritorio y echó un vistazo.

—Andrew ya me ha hablado de Sue. De ti, me ha informado que tus padres eran rusos...

—Así es. De San Petersburgo.

—Querrás decir Leningrado...

—Perdón. Sí, de Leningrado —se corrigió Jack, al recordar que, tras la revuelta, los sóviets habían rebautizado la ciudad con el nombre del líder bolchevique.

—¿Conservas aún familia en Rusia?

—No. Mis abuelos eran ucranianos, de Odesa, pero nunca los conocí. Murieron al poco de nacer yo.

—¿Y en América? ¿Tienes parientes?

—Tampoco. —Andrew le había señalado la inconveniencia que supondría mencionar a su tío el capitalista, pero para él, Gabriel Beilis ya no era su tío.

—Y dime, Jack, ¿por qué emigraron tus padres a Estados Unidos?

—Por el hambre, supongo. —Su gesto se endureció.

—¿Sabes si ese apellido tuyo, Beilis, está emparentado con los Beilis de Kiev?

—Que yo sepa, no. Sería la primera noticia al respecto. ¿Por qué lo pregunta?

—Simple curiosidad. En Rusia hubo un tal Menahem Beilis acusado de asesinar a un niño. Un caso popular. Se le juzgó y fue declarado inocente. Ahora reside aquí, en Estados Unidos, y ha escrito un libro sobre los atropellos que los rusos dispensaron a los judíos. Comprende mi pregunta. No queremos malentendidos.

—Ya le he dicho que desconozco el asunto.

—Bien. Una última cuestión: ¿tu familia estuvo vinculada de algún modo a las fuerzas zaristas, a la nobleza, a los burgueses, al Ejército Blanco o al monacato ortodoxo?

—No. En modo alguno. Mi padre era un honrado zapatero judío, y mi madre... En fin... Ella tocaba el piano. Vinieron a este país como otros miles que emigraron, buscando el futuro que se les negaba en Rusia. —Hizo un silencio—. Pero, por lo visto, ahora las cosas han cambiado... —Miró a Andrew, en busca de su aprobación.

—En efecto. Han cambiado, y mucho. Muy bien. Pues entonces os resumiré cuál es la situación. —Se levantó para dirigirse a los tres solicitantes—. La Unión Soviética es una nación generosa que abre sus brazos a todos los oprimidos sin distinción de raza, religión o nacionalidad. Nuestra lucha es la de los débiles, la de los pobres, la de los esclavos del capital, la de los parias de la tierra. Andrew, a quien conozco desde sus días de sindicalista, me ha comentado vuestros planes, y os aseguro que nada me complacería más que poder ayudaros. No obstante...

—¿No obstante? —intervino Andrew despojándose de sus gafas de carey.

—No obstante, las cosas no son tan sencillas ahora —prosiguió—. Cada día acuden a esta oficina cientos de parados: cocineros, oficinistas,

electricistas, aviadores, vendedores, químicos, tenderos, bibliotecarios, dentistas y hasta directores de funerarias en busca de un trabajo. Nuestros empleados apenas si dan abasto. Hemos tramitado más de cien mil solicitudes, y el cupo de vacantes comienza a reducirse.

—Pero un momento —le interrumpió Andrew—. La última vez que hablamos...

—La última vez que hablamos te expliqué que las peticiones nos habían desbordado. —Sacó un fardo de periódicos y los extendió sobre la mesa—. Mirad: Roy Howard, del *Scripps-Howard*, Karl Bickel del *United Press*, o los corresponsales Eugene Lyons, William Chamberlin, Walter Duranty o Louis Fischer. ¡Todos! Todos hablan de Rusia como el edén redescubierto. ¡Hasta la propia Cámara de Comercio estadounidense ha editado un boletín en el que anima a sus ciudadanos a emprender el viaje!

—Sin embargo, usted me aseguró que atendería nuestra petición.

—Y lo haré, Andrew, seguramente lo haré, pero no con la premura que me exigés. Ahora mismo no hay plazas para todos.

—¿Y toda esa gente que aguarda en la cola?

—Sólo aceptaremos a obreros especializados. El resto deberá esperar turno, igual que vosotros.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó Jack.

—No lo sé. Déjame ver... —El responsable de Amtorg se colocó unas gafas sobre la nariz que tenía por nariz, echó un vistazo a sus informes y se las quitó de nuevo—. Cinco meses. Quizá seis. Antes, imposible. Los barcos están completos, y la verdad: con tal cúmulo de publicidad, lo que menos precisamos son trabajadores que se ocupen de la propaganda, como sería tu caso. No obstante, en cuanto aparezca una oferta que se ajuste a vuestro perfil, os tendré en cuenta. —Y se encaminó a la puerta para invitarles a que se marcharan.

Andrew y Sue se levantaron, pero Jack permaneció en su asiento.

—¿Y en el Autozavod? —preguntó Jack.

—¿Cómo dices? —Saúl Bron clavó sus ojillos en los de Beilis.

—Sí. En la Ford rusa. Este panfleto suyo afirma que necesitan urgentemente personal para la planta de automóviles que Henry Ford está levantando en la ciudad de Gorki. Y está fechado en esta semana.

Saúl Bron refunfuñó como un oso mientras se apoderaba del documento que Jack le tendía y comprobaba la noticia.

—Así es. Pero no sé qué tiene que ver esto con vuestra solicitud. Esta oferta se refiere a operarios de automoción altamente cualificados y...

—Sí, lo he leído... Pero ¿es cierto que los necesitan con urgencia? —le interrumpió Jack.

—Tan cierto como que, de encontrarlos, zarparían mañana sin duda.

—Entonces, aquí tiene a sus hombres —afirmó Jack con su mejor sonrisa.

De regreso a la imprenta, Andrew abrazó a Jack hasta crujirle las costillas y soportó sin rechistar el que Sue plantara a su amigo un efusivo beso en la mejilla. Ni uno ni otro daban crédito a lo sucedido. Jack había convencido a Saúl Bron para que la agencia de turismo soviética Intourist les gestionara tres pasajes urgentes, junto al compromiso de un puesto de trabajo cuando arribaran a la Unión Soviética.

—No sé cómo te las ingeniaste, pero lo de asegurar que yo era el mejor estudiante del Tecnológico debió de sonarles convincente —dijo Andrew—. Te lo agradezco, Jack. Me has salvado la vida.

El otro negó con la cabeza.

—De haber entendido el ruso, tú mismo habrías persuadido al técnico soviético que me interrogó. Además, al fin y al cabo, tampoco conté ninguna mentira. —Enarcó una ceja—. Tan sólo olvidé mencionar que durante los últimos dos años cambiaste las clases de mecánica por las de «política de cantina».

—Jack, no sé bien qué es lo que esperan de ti en esa factoría rusa —terció Sue, boquiabierta—, pero para soltar esa pasta así como así, deben de apreciar mucho tu trabajo. ¡Pasajes gratis!

—Bueno. Gratis, gratis... —Andrew se despojó de las gafas y frotó los cristales con el faldón de su camisa—. Cuando hablé con los gestores me explicaron que, una vez en la Unión Soviética, según vayamos ahorrando nos detraerán el importe de nuestros sueldos. Aun así, no me negaréis que es un auténtico regalo. —Se colocó las gafas igual de sucias y sonrió ufano.

—¡Oh! Sí, claro, claro —balbuceó Sue.

—Y tampoco sería de recibo que nosotros, como emigrantes comprometidos, hubiésemos aceptado un trato preferente..., ¿no crees, Jack?

—Supongo que no... —contestó perplejo. Por un instante había imaginado que quizá la Unión Soviética fuera realmente el paraíso del que Sue y Andrew se habían enamorado.

Andrew palmeó el hombro de Jack con satisfacción.

—Y yo, ¿cómo debería agradecerse a mi nuevo esposo? —sonrió Sue con cara pícara mientras se aproximaba a Jack, contoneándose.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Dejaos de bromas! —rio Andrew, y apartó a Sue con un beso que no impidió que ella siguiera mirando a Jack y mantuviera su sonrisa—. Que conste que esa treta no me hizo ninguna gracia. Pero ¿cómo demonios se te ocurrió decir que Sue era tu esposa?

—¿Otra vez? Ya lo he contado tres veces...

—¡Lo siento, pero tratándose de mi prometida, vas a tener que repetírmelo!

Jack observó los dos rostros ilusionados de sus amigos aguardando como niños a la espera de caramelos.

—Está bien..., está bien... —Y se levantó para escenificar lo sucedido—. Ese técnico soviético ante el que tuve que acreditar mi experiencia desconfiaba como un gato de una tina. Cuando le informé detalladamente de mi antigua posición en la Ford quedó convencido, pero con Andrew resultó más complicado. Finalmente aceptó su solicitud a regañadientes, pero se negó en redondo a que Sue nos acompañara. No sabía qué hacer, así que cuando ella me susurró que le asegurase que era mi esposa, se lo solté sin darle más vueltas.

—¡Caramba, Sue! ¿Y por qué no le susurraste que éramos tú y yo quienes estábamos casados? —le reprochó Andrew.

—No sé. En ese momento, con los nervios, fue lo primero que se me ocurrió. Pensé que si yo era la mujer del operario imprescindible, no pondrían impedimentos. Tú tampoco dijiste nada. Además, ¿qué más da? ¿No predicán los sóviets el amor libre? —le guiñó un ojo.

—¿Eh? ¡Pues ya os estáis divorciando, que aún estamos en América! —apostilló Andrew, y todos rieron con ganas.

Para celebrarlo, descorcharon una botella de soda recién adquirida y

calentaron una lata de salchichas sobre una hoguera improvisada con restos de pasquines y panfletos. Jack contempló la escena hipnotizado. Andrew y Sue eran el espejo de la felicidad, riendo y dando saltitos. Él no podía mirarse, pero sabía que si el desencanto tuviera rostro, debía de parecerse bastante al suyo.

—Ya no los necesitaremos. —Y echó un pasquín más al fuego—. ¡Por el último paraíso! —brindó Andrew alzando la botella.

—¡Por el último paraíso! —brindó Sue, enarbolando su salchicha.

Tras apurar el refrigerio, Jack propuso elaborar un inventario de los enseres que permanecían en el portabultos del Studebaker para cotejarlo con el listado de aduanas suministrado por los empleados de Amtorg. En él se relacionaban los artículos que la agencia recomendaba llevar, así como los que les serían confiscados en la aduana soviética. Entre los objetos prohibidos figuraban artículos tan dispares como cámaras fotográficas, armas, instrumentos musicales, joyas que demostrasen ostentación, juguetes de cualquier tipo, libros escritos en idiomas diferentes al ruso o medicinas no prescritas por facultativos soviéticos. Al respecto, Andrew comentó con sorna que lo de las joyas sobraba, porque ningún capitalista adinerado viajaría nunca a la Unión Soviética, pero a Jack le inquietó imaginar qué sucedería cuando algún enfermo sin conocimiento del ruso precisara un tratamiento urgente y no dispusiera de sus medicinas.

Respecto a las recomendaciones, el listado mencionaba incluir en el equipaje, además del pertinente visado, comida enlatada, galletas, dulces secos, fruta deshidratada, abundante ropa de abrigo, calzado de invierno, gorros de piel y cualquier clase de tabaco. El oficial de Amtorg que les proporcionó la relación también les había informado que los dólares estadounidenses les serían canjeados por rublos soviéticos en la misma frontera, algo que no preocupó demasiado a Jack, teniendo en cuenta que el total de su efectivo ascendía a poco menos que nada.

—No sé cómo vamos a hacerlo. ¿De dónde sacaremos el dinero para los gastos del viaje? —Sue se dejó caer al suelo, para desinflarse como la cámara pinchada de una bicicleta. Su puchero recordó a Jack al de una niña a la que acabaran de robarle su muñeca.

—¡Eh!, ¡Sue! Aquí hay varias cosas que podemos vender —la animó

Andrew mientras rebuscaba entre sus pertenencias—. Veamos: una pitillera de alpaca, un reloj de pulsera... ¡Mira! ¡Mi radio Emerson!... También tenemos una antigua máquina de escribir Kenwood que creo que funciona, la pluma que me regalaste cuando nos prometimos y mi vieja bicicleta... Además, en casa queda algún mueble en buen estado, y tú tienes el aspirador que compraste a plazos cuando trabajabas en la cafetería. ¿Y tú, Jack?

—Lo mismo que vosotros. Basura... —masculló.

—Pero ¿qué dices? —Andrew se revolvió como si le hubieran empujado—. ¡Sólo la radio costó setenta y cinco dólares! Vale. No suena, pero seguro que si le cambian las válvulas, podrían repararla. Y la puta bicicleta costó siete dólares. —Le arreó una patada—. Sue pagó veinte por el aspirador. Si sumamos todo...

—No te esfuerces, Andrew. Ya he intentado vender trastos antes y sé de lo que hablo. Mira mi fonógrafo. Cuando quise venderlo se rieron en mi propia cara. Por toda esta chatarra no conseguiríamos ni diez dólares. Lo único que posee algún valor es el Studebaker, y no es nuestro. En fin. Nos conformaremos con lo que tengamos.

—¡Pues vendámoslo! —dijo de repente Sue.

—¿Cómo? —Andrew pareció no dar crédito a sus palabras.

—Siempre dijiste que ese vecino tuyo era un capitalista explotador, ¿no? Pues vendamos su coche. Seguro que él vuelve a comprarse otro, exprimiendo a sus trabajadores.

—¡Por todos los santos! A un coche robado no se le cuelga un anuncio para vendérselo al primer incauto que pase por delante —masculló Andrew—. Pero no es mala idea, ¡joder!, no lo es... Déjame pensar... ¡Un momento! Jack, tú trabajaste en un garaje, ¿verdad?

—Así es, pero no comprendo qué...

—Entonces conocerás a la gente adecuada: mecánicos, taxistas, viajantes... Tal vez alguno de ellos acceda a comprarlo...

—¿Y que se nos eche la policía encima? Pero ¿es que los comunistas estáis todos locos?

Ante la ausencia de alternativas, Jack propuso aparcar los asuntos económicos para concentrarse en la organización del viaje y todos estuvieron de acuerdo.

Nada más salir de Amtorg, Andrew había telefoneado a un antiguo contacto para cerciorarse de que aquella misma noche confeccionaría a Jack un pasaporte falso con la foto de su licencia de conducción. Para evitar riesgos innecesarios, decidieron que Jack permanecería oculto en la imprenta mientras él recogía su pasaporte y devolvía el Studebaker. Después pasaría por su pensión para pertrecharse con ropa de abrigo, pernoctaría allí y al amanecer se dirigiría de nuevo a Amtorg para sellar los visados. Sue, que ya había devuelto la llave a su casera, se quedaría en la imprenta con Jack para ayudarle con los equipajes. Por la mañana los dos se trasladarían a los muelles del margen oeste de North River, donde adquirirían todos los víveres que pudieran. Finalmente, Andrew se reuniría con ellos en el puerto para canjear los vales de Intourist por los pasajes.

Una vez repartidas las tareas, Andrew localizó los linotipos con los que imprimir un certificado de matrimonio falso, al que Jack había pensado otorgar visos de legalidad, estampando sobre el mismo los caracteres hebraicos de la medalla que colgaba de su cuello.

—Era de mi madre —susurró mientras lo apretaba entre los dedos—. Desconozco su significado, pero diremos a los rusos que es el sello de un rabino.

Poco después de la puesta de sol, Andrew arrancaba el Studebaker y bajaba su ventanilla.

—Pórtate bien —bromeó con Sue antes de engranar la marcha atrás—. Y tú, cuídala. Nos vemos mañana en los muelles.

Jack suspiró con alivio mientras el desvencijado automóvil traqueteaba hacia la lejanía. Su amigo había hecho un buen trabajo, y el certificado de matrimonio que viajaba con él en la guantera parecía tan auténtico como las antiguas nóminas que le había entregado a Andrew para que acreditara oficialmente su experiencia en la Ford Motor & Co. Cerró la persiana y volvió al trabajo. Mientras ordenaba el resto de sus documentos, Sue se dedicó a empaquetar la ropa y a especular sobre la cantidad de víveres que podrían adquirir con los treinta dólares que habían destinado a alimentos. Sin embargo, como el tiempo transcurría sin que Jack realizara ningún comentario, dejó las maletas y comenzó a pintarse las uñas conforme canturreaba una musiquilla. Finalmente se acercó a Jack e interpuso sus

manos entre su rostro y los papeles en los que estaba trabajando.

—¿Te gustan? —Le mostró los dedos coronados por un rojo brillante, como si fueran un tesoro. Pese a tenerlos a un palmo de la nariz, Jack los miró de reojo.

—Prefiero las salchichas —musitó.

—¡Vaya! —Sue escondió las manos avergonzada, como si acabara de descubrir que no eran bonitas—. ¿Qué haces? —intentó cambiar de conversación, aderezando el comentario con un simulacro de sonrisa.

—Contabilizo mis riquezas —ironizó, y apartó los papeles con desgana.

—Pues yo ya he terminado con las maletas. —Se levantó y giró sobre sí misma en un improvisado paso de baile durante el que su sonrisa recobró su esplendor—. ¡Oh, Jack! ¡Rusia!... ¡Todo esto es tan emocionante que no sé si lograré conciliar el sueño! Y a propósito de sueños: ¿cómo haremos para dormir?

Jack mantuvo impertérrita su mirada sobre la mesa.

—No sé tú. Yo supongo que cerraré los ojos y esperaré hasta que amanezca.

A Sue se le congeló la alegría.

—¿Por qué eres tan seco? Yo sólo intento ser amable.

—Lo siento. Es simplemente que no tengo ganas de conversación. —Se enderezó como una fiera atosigada y comenzó a alinear varias sillas—. Puede que viajar a Rusia sea vuestro sueño, pero te aseguro que no es el mío, de modo que no pretendas que finja sonrisas ni que me entusiasme la idea de pudrirme en un país en el que, haga lo que haga, siempre seré un pobre don nadie.

—¡Oh! —El rostro de Sue se endureció—. ¿Y qué eres tú en América, si puede saberse? ¿Un distinguido muerto de hambre?

Jack miró a Sue como si ésta le acabara de propinar una bofetada.

—Ya te he dicho que lo siento —fue lo único que acertó a responder.

—No te entiendo, Jack. Aquí no queda futuro. Quizá sea cierto lo que Andrew cuenta de ti, que tuviste suerte e hiciste dinero en la Ford, pero ese tiempo se acabó. Esta odiosa crisis no acabará nunca. Deberías olvidar lo que fuiste y conformarte con lo mismo que los demás, en lugar de ofuscarte con esos delirios de grandeza...

Jack se volvió para no oírla. De buena gana le habría replicado cuanto pensaba, pero bastante tenía con soportar su propia situación como para, además, tener que justificar ante una mocosa asuntos que jamás comprendería. ¿Qué sabía ella de la vida? ¿Quién era Sue para aconsejarle que olvidase la fortuna de la que una vez gozó? Quizá para ella cambiar de país supusiera la solución a sus problemas porque su mayor aspiración consistía en casarse con Andrew y parir una recua de hijos. Pero en tal caso, ésa sería la ambición de Sue, no la suya. Y desde luego, que él hubiera conseguido prosperar en la Ford no había obedecido a ninguna cuestión de suerte. No. La vida holgada que había disfrutado en Detroit era el tipo de existencia por la que se había esforzado desde que tenía uso de razón. Aquella por la que había trabajado como un perro quitándose horas de sueño, por la que había renunciado a su familia, por la que se había sacrificado, sudado y sufrido. Todo por labrarse un porvenir que de la noche a la mañana le había sido arrebatado de una forma cruel e injusta.

Terminó de extender las mantas sobre las sillas y se detuvo para contemplarse.

Él, que en su día había usado delicadas fragancias de pachulí, ahora debía soportar el olor a rancio que despedía su cuerpo porque ni siquiera disponía de jabón con el que asearse. Añoraba volver a vestir trajes confeccionados a medida y no los harapos con los que se cubría, y se moría por volver a degustar, aunque fuera por una sola vez, un bistec tierno en un restaurante con manteles de hilo. ¿Y Sue lo recriminaba por ello? ¿Por qué? ¿Con qué derecho podía nadie reprocharle que soñase con recuperar los pequeños caprichos por los que tanto había luchado? Nadie se los había regalado entonces, ni nadie se los iba a regalar ahora. Delirios de grandeza... Quizá sus sueños parecieran frívolos en comparación con los de Sue, pero ¿tan horrible era desear volver a tener un buen trabajo? ¿Sentirse querido y admirado? ¿Qué había de malo en ello?

De repente, el aullido de una sirena lejana le arrancó de sus pensamientos. Jack imaginó que procedería de un coche policial y de inmediato corrió hacia la persiana para mirar por las rendijas, pero más allá de la luz de las farolas sólo apreció la oscuridad. Mientras aplastaba los párpados contra la persiana, el sonido fue amainando hasta desaparecer. Al darse la vuelta, se encontró a

Sue frente a él.

—¿Te preocupa algo? —le preguntó.

—No. Sólo curioseaba.

—En este barrio es habitual que las sirenas te despierten. Hay más destilerías clandestinas que gente sin trabajo. —Hizo una pausa—. Deberíamos descansar. Mañana nos espera un día muy largo.

Él asintió. No había muchos lugares donde escoger, así que se acurrucó en un rincón y se tapó con su gabardina. Desde allí vio cómo Sue cogía la vela y se dirigía hacia la hilera de sillas que había dispuesto para ella. Luego la sopló y su cuerpo se desvaneció en la penumbra.

Jack intentó dormir, pero el silencio de la noche retumbó en sus oídos, atrayendo a su memoria la imagen de su padre. Lo recordó cuando su pelo aún era oscuro, cuando se mantenía sobrio y disfrutaba relatando historias sobre su lejano país, cuando le abrazaba de niño y le fabricaba juguetes con retales de zapatos o cuando acudían juntos a la sinagoga. Le inundó una inmensa pena por no haber sabido ayudarlo. Cuando su recuerdo se desvaneció se concentró en Andrew y Sue. No comprendía por qué le costaba mostrarse agradecido. Después de todo, ellos eran los únicos amigos que le quedaban. Los únicos que le habían ayudado. Quizá no compartiesen los mismos sueños, pero los de ellos eran limpios y sencillos mientras que los suyos parecían más propios de alguien sin escrúpulos. Y sin embargo, pese a reconocerlo, no podía evitar envidiar a su tío Gabriel Beilis, la única persona a la que la Gran Depresión parecía no haber afectado. Lo imaginó fumando un habano y riéndose del mundo desde su oficina del Rockefeller Center. Lo odiaba por ello, pero envidiaba su holgada posición porque sabía que su tío jamás padecería estrecheces. Fue entonces cuando se juró a sí mismo que a partir de aquel momento, haría cuanto estuviera en su mano para dejar de ser un muerto de hambre.

Quizá no hubiera sido una buena idea.

Desde primera hora de la mañana, los muelles de North River eran un hervidero de marinos, estibadores y mozos de carga, afanados en vaciar las entrañas de los gigantescos cargueros que aguardaban pacientes a que desalojaran sus barrigas. Se anduviera por donde se anduviera, los gritos de los capataces arengando a los operarios se confundían con el vocerío de los subasteros de pescado, con las sirenas de los vapores que zarpaban y con los agudos graznidos de unas gaviotas tan ávidas de comida como los desempleados que pululaban por los almacenes en busca de un jornal.

Y donde había desempleados, siempre había policías.

Jack oteó a su alrededor, pero no distinguió a ninguno. A través del gentío, ayudó a Sue a arrastrar su equipaje, sorteando fardos y viajeros, mientras paladeaban el intenso aroma a sal que penetraba en sus pulmones a bocanadas. Había mejorado su demacrado aspecto merced a un cuidadoso rasurado, y a la pizca de colorete que Sue se había empeñado en extenderle sobre las mejillas, tras conocer que precisarían aparentar buena salud para esquivar el control sanitario de la tuberculosis. Sin embargo, Jack, cuya mayor preocupación consistía en pasar desapercibido, caminaba encorvado para disimular su estatura y ocultar el contraste entre el colorete y sus llamativos ojos azules.

Cuando llegaron al muelle en el que operaban los navíos de la American

Scantic Line, hubo de esforzarse para que Sue le oyera bajo el incesante chirrido de las grúas.

—Bueno. Éste es el lugar convenido con Andrew —gritó Jack, y apoyó sus bultos contra el muro de un barracón—. Lo mejor será que le esperes aquí mientras yo adquiero los víveres que faltan. —Echó un vistazo al puñado de billetes mugrientos que custodiaba e intentó localizar una lonja cercana—. ¡Y ten cuidado con los rateros! ¡Abundan como piojos!

Sue retó a Jack con la mirada.

—Te aseguro que ningún rufián va a amargarme el mejor día de mi vida —respondió, y se sentó sobre las maletas, adoptando la pose más resuelta que él hubiera contemplado nunca.

Jack dejó atrás a la muchedumbre que se agolpaba a la entrada de la naviera que cubría el trayecto Nueva York-Copenhague-Helsinki, para encaminarse hacia un gigantesco almacén de pescado en cuya puerta se anunciaban las salazones más sabrosas de todo el puerto. Nada más entrar, el aroma a sal y a mar le arrastró hasta el tenderete de un pescadero que se desgañitaba pregonando las bondades de sus arenques. Sin embargo, en lugar de sucumbir a sus cacareos, Jack permaneció inmóvil, con la vista fija en la elegante joven tocada con un sombrero que examinaba con detenimiento unos artículos en un colmado cercano.

Hacía tiempo que no veía a una dama tan distinguida, hasta el punto de que aquella joven le pareció recién salida de los salones del Waldorf-Astoria. Hipnotizado, se acercó a paso lento hacia el puesto de ultramarinos para comprobar cómo la desconocida, ataviada con un elegante abrigo de pieles, inspeccionaba una lata de caviar Petrossian Beluga, sin atender a los aspavientos de su sirvienta, que le advertía sobre lo desorbitado de su precio. Jack observó los dedos enguantados de la joven acariciando las carísimas latas como si se tratara de joyas. Sin premeditarlo, se colocó a su lado y cogió una lata amarilla del mostrador.

—No deje que la engañen. Haría mejor en comprar este Avruga. Lo elaboran aquí cerca, en Delaware. Es más barato y sabe excelente —le aconsejó, sorprendiéndose de su propia desfachatez.

La joven se volvió hacia él y lo miró de arriba abajo.

—¿Es usted pescadero? —le preguntó con desdén.

Jack enrojeció. Por un instante había imaginado encontrarse en Detroit, flirteando con una secretaria a la que pudiera deslumbrar con el sonido de su descapotable.

—No. Lo cierto es que no, pero todo el mundo sabe que el caviar de Delaware es tan bueno como el...

—Mire, joven: lo que todo el mundo sabe es que los esturiones del río Delaware se extinguieron hace veinte años y desde entonces sólo venden sucedáneos. Envuélvame seis latas —pidió la joven al tendero—. Del Petrossian —apuntilló, y dejó a Jack con la palabra en la boca.

Jack la vio alejarse mientras él permanecía impávido, deslumbrado ante la irreal estampa de una sirena entre estibadores. Luego dirigió su mirada hacia el carísimo envase de caviar ruso Petrossian y lo comparó con el sucedáneo barato que él le había recomendado. Al hacerlo, intuyó que entre aquellas dos latas había tanta diferencia como la existente entre las mujeres que hasta entonces había frecuentado y la distinguida joven que acababa de desaparecer.

Cuando Jack regresó al lugar donde había dejado a Sue, cargado con una provisión de olorosos arenques ahumados, la encontró abrazada a Andrew, besuqueándole como una adolescente a su primer amor de verano. Aguantó una punzada de envidia mientras su amigo le saludaba y esgrimía los pasajes de barco que los sacarían de Estados Unidos. Tras forzar un simulacro de sonrisa para corresponder a la de Andrew, Jack tomó entre sus manos el billete y comprobó que en su anverso figuraba el nombre y la foto del navío *S. S. Cliffwood* junto al desorbitado precio de ciento ochenta dólares. No pudo evitar carraspear al recordar que aquella cifra equivalía al alquiler anual del apartamento del que le habían desahuciado.

—Ten. Tu pasaporte.

Jack echó un vistazo al documento falsificado que acababa de proporcionarle Andrew. Se trataba del típico modelo de tapas burdeos y ventanita perforada. Jack deslizó los dedos sobre el cartón con textura imitación de cuero. El material parecía auténtico, pero el sello seco que validaba la fotografía no engañaría ni a un niño de cría.

—El tipo que lo confeccionó me aseguró que en la Unión Soviética sólo se fijarían en la recomendación de Amtorg —dijo Andrew, al advertir su expresión de escepticismo.

—Es un consuelo saberlo. —Jack apretó los dientes—. Y supongo que ese mismo tipo estará tan a gusto en el sofá de su casa cuando yo tenga que explicarle a los rusos por qué intento entrar en su país con un pasaporte que parece ganado en una tómbola.

—Venga, Jack. Deja que lleve yo los arenques y no seas aguafiestas. Te aseguro que, en comparación con los que tienes aquí, los problemas que encuentres en Rusia serán una bendición. —Y cerrando los ojos con suficiencia, lo empujó hacia la pasarela del *S. S. Cliffwood*.

Mientras aguardaban a que se iniciase el embarque, Jack contempló con desconfianza el destartelado casco del transatlántico y suspiró. Pese a su considerable tamaño, el navío sólo se parecía a la fotografía que ilustraba el reverso del pasaje en poco más que el color negro de la tinta que la emborronaba. Aspiró el olor a barniz y a alquitrán que provenía de la reciente mano de pintura con la que el armador había intentado adecentar el buque, y que a su juicio le confería el aspecto de un artefacto supurante camino del desguace. Sin embargo, ninguno de los pasajeros que los precedían parecía reparar en los desperfectos. Al contrario, aquellos obreros de semblante demacrado y trajes de beneficencia charlaban ilusionados, maquillando con sus sonrisas las huellas que el hambre y la desesperación habían añadido a sus rostros.

A las doce en punto, el marinero que custodiaba la entrada desanudó la soga que clausuraba la pasarela y operó su silbato, provocando que la impaciente fila de pasajeros con su cargamento de baúles, fardos y enseres se pusiera en marcha como una caravana de buhoneros. Jack, Andrew y Sue se prepararon. La hilera ascendió hacia cubierta al perezoso ritmo impuesto por el control de pasajes, hasta que a falta de unos metros para que Andrew mostrara el suyo, se detuvo inesperadamente a causa de unos gritos.

—¿Qué sucede? —preguntó Jack. Miró hacia delante, pero no acertó a ver nada extraño.

Andrew, que en previsión ante cualquier contingencia avanzaba un par de puestos adelantado, comprobó que se trataba de un altercado. De inmediato

se volvió hacia Jack para advertirle de la presencia de un oficial de policía que había comenzado a solicitar los pasaportes.

—La gente comenta que han cazado a un tipo que pretendía subir a bordo sin billete. Si intentamos embarcar ahora, nos detendrán —susurró Andrew. Sus ojos brillaban aterrados. Jack advirtió la llegada de otros policías y lo sujetó para calmarlo.

—Demasiado peligroso. Si abandonamos la cola ahora, despertaremos sus sospechas. Tenemos que seguir.

—¿Y tu pasaporte?... ¡Mierda! En Rusia podría pasar por verdadero, pero aquí lo descubrirán y nos detendrán.

—Pásame los arenques y déjalo de mi cuenta. Sue, tú quédate con Andrew.

Andrew le obedeció entre balbuceos. Jack tomó el lugar de su amigo en la cola y susurró algo al oído de Sue. Luego cargó con los arenques sobre el hombro, sujetó su pasaporte entre los dientes y, con paso decidido, tiró del baúl en el que viajaban sus pertenencias.

—¡Vamos, vamos! ¡No se detengan! —gritó el policía que comprobaba los documentos.

Jack se acercó a él con determinación y tras apoyar el baúl en el suelo, sacó su pasaje con la mano libre. Cuando se lo entregó, el hombre uniformado clavó la vista en él y entornó los párpados.

—El pasaporte —le demandó.

—¿Eh? ¡Ah, sí!, el pasaporte... —farfulló Jack entre dientes, sin soltar el documento de su boca.

En ese mismo instante, Sue se trastabilló y propinó un empujón a Jack, provocando que éste soltara los arenques y cayeran junto al pasaporte sobre el asfalto.

—¡Mierda! Lo siento. Lo siento, agente —dijo Jack mientras se arrodillaba para recoger los pescados y el documento—. Disculpe a mi mujer. Es la primera vez que sube a un barco y está muy nerviosa. Aquí tiene. —Le entregó el pasaporte abierto por la página en la que figuraba su foto.

El policía cogió el documento y escrutó a Jack sin conmiseración. Jack apretó los puños mientras percibía cómo su corazón intentaba escapar por la boca. Sin embargo, se tragó los nervios mientras volvía a arrodillarse para

terminar de recoger los arenques. El policía frunció el ceño.

—Penosa forma de ensuciar un pasaporte nuevo —dijo al fin el agente, limpiando los restos de pescado que se habían adherido sobre el sello falso—. Su esposa debería tener más cuidado si pretende conservar su matrimonio. Tenga su documentación. Y circule.

Una vez a bordo, Jack negó con la cabeza mientras terminaba de despegar del pasaporte los restos de arenque que él mismo había aplastado contra el sello en el momento en que se había agachado para recogerlo del suelo.

—¡Grandísimo truhan! ¿De modo que lo hiciste a propósito? —exclamó Andrew—. El empujón... Los arenques...

—Y yo fui su cómplice —presumió Sue, al tiempo que cogía a Jack del brazo—. Decididamente, Andrew, este joven vale su peso en oro. Deberías tomar nota.

A Andrew se le congeló su incipiente sonrisa.

—Debería... —repitió, y arrastró su equipaje hacia el lugar donde se congregaba el resto de pasajeros.

Un oficial de la American Scantic Line, impecablemente uniformado, condujo al grupo hacia las dependencias ubicadas en la bodega de proa. Durante el trayecto, el oficial les comentó que el *S. S. Cliffwood* había servido como carguero a la Armada durante la Gran Guerra hasta que, después del armisticio, fue adquirido por la naviera McCormack para habilitarlo como navío mixto de carga y pasajeros. Por tal motivo, sólo contaba con un reducido número de camarotes individuales reservados a los viajeros más pudientes y una zona de pernocta común destinada a los pasajeros de segunda.

—Por favor, presten atención —avisó el oficial mientras los pasajeros terminaban de ocupar sus literas—. Como ya sabrán, y si Dios lo permite, arribaremos a Helsinki en cinco días. Durante la travesía podrán subir a cubierta cuantas veces lo precisen. Arriba, junto al puente, encontrarán una pequeña cantina en la que podrán adquirir tabaco, bebida y comida. En cuanto al aseo, hallarán las letrinas al fondo de la bodega.

—Eso explica por qué esta chalupa se parece al *Aquitania* lo que un asno a un Mustang. —Escupió al suelo un pasajero.

—Le he oído, señor —dijo el oficial sin hacer demasiado aprecio, para a

continuación guardar silencio durante unos segundos—. Quizá este barco no sea un lujoso transatlántico como el que menciona..., pero debería responderle que los jinetes que cabalgan sobre purasangres tampoco se parecen a los cuatreros que viajan en asnos. —Se caló la gorra a modo de saludo y se giró para volver a cubierta—. Y hablando de cuatreros. —Se dio de nuevo la vuelta—: El acceso a las bodegas está terminantemente prohibido. Quien contravenga esta orden será severamente castigado.

A las dos de la tarde, aferrado a la barandilla de cubierta, Jack escuchó el silbido de la sirena que anunciaba la partida del *S. S. Cliffwood*. Prestó atención a los viajeros que le flanqueaban mientras saludaban a los familiares que habían acudido a despedirlos. Algunos lloraban. Otros contemplaban con la mirada perdida los gigantescos edificios que quizá no volverían a ver. Él también los miró, con el frío viento del East River hiriéndole en los ojos. Sobre el horizonte, algunas cristaleras resplandecían tímidamente bajo los rayos de sol de diciembre, como si quisieran aventajar al infinito gris del cemento. En ese instante, conforme el barco comenzaba a abandonar el muelle, Jack recordó las palabras que había pronunciado Andrew para justificar su permanencia en la bodega. «Sue y yo nos quedamos abajo para vigilar los equipajes. Y tú deberías imitarnos. Tendrías que ser precavido y guardar contigo tus cosas de más valor, a menos que quieras que te las roben». Y eso era lo que él había hecho: subir a cubierta para guardar en su retina la imagen de Nueva York y conservarla consigo para que nadie jamás se la robara.

La tercera jornada fue la peor de la travesía. Al poco de levar anclas, Jack comenzó a indisponerse, pero aguantó sobre cubierta el tiempo suficiente como para apartar los recuerdos que le atormentaban. Sin embargo, los constantes envites de mar gruesa que avisaban de la inminente tormenta habían terminado por recluir a los pasajeros sobre los jergones de sus literas. Sue y Andrew mataban el tiempo en el dormitorio común, junto a él, fantaseando sin parar sobre su destino. Ella se imaginaba en su pequeña casa soviética con jardín y columpios para sus retoños, mientras que Andrew se veía a sí mismo como futuro representante de los obreros norteamericanos. Sin embargo, los sueños de sus amigos entusiasmaban tanto a Jack como contemplar una mano de pintura mientras se secaba. En Rusia ya no habría automóviles lujosos con los que soñar, trajes elegantes que vestir, ni clubs de jazz en los que disfrutar. Con suerte, su mayor logro consistiría en matarse a trabajar por un sueldo miserable el resto de sus días. Tomó aire y se volvió sobre su camastro. El continuo vaivén del casco le estaba mareando. Finalmente se levantó para deambular por el dormitorio común y estirar las piernas.

En uno de sus paseos, observó que uno de los ojos de buey que comunicaban con la bodega había quedado entreabierto y se acercó para husmear. Intentaba vislumbrar el contenido de los contenedores que se amontonaban al otro lado del mamparo cuando un brazo le apartó sin

miramientos de la ventana.

—¿Se puede saber qué demonios miras?

Jack dio un respingo al toparse de bruces con el rostro airado de un hombre de barba cana a quien creyó identificar como uno de los marineros rusos que de cuando en cuando acudían a la bodega para comprobar el estado de la carga. Pese a que su tono no había sido el de alguien que quisiera invitarle a una copa, intentó contemporizar.

—Sólo curioseaba —se justificó.

—Ya... Pues en la Unión Soviética no nos gustan los curiosos —dijo el hombre, con marcado acento soviético.

Jack imaginó que la determinación de aquel rostro preñado de arrugas no pertenecía a un simple operario. Aunque no deseaba problemas, tampoco iba a consentir que un desconocido le avasallara.

—Que yo sepa, este barco no pertenece a la Unión Soviética.

—Quizá el barco, no, pero esos coches, sí. —La voz del ruso resonó autoritaria.

Jack tensó los músculos. Se disponía a responderle, cuando Andrew se le acercó por la espalda y tiró de él hacia las literas. Mientras retrocedía, Jack advirtió que el ruso de pelo cano le retaba con la mirada.

—¡Quédate con ellas! —farfulló Jack en voz baja mientras se dejaba arrastrar por Andrew—. ¡Si te soy sincero, esas cajas me interesan lo mismo que tu hermana!

El hombre no escuchó la ironía. Simplemente aseguró el ojo de buey, comprobó que la puerta de la bodega permanecía cerrada y regresó de nuevo a cubierta. En cuanto desapareció, Andrew se encaró con Jack.

—¿Te has vuelto loco? ¿Acaso pretendes que nos enemistemos con los rusos antes de pisar tierra?

—Pero ¿tú has visto cómo me ha tratado ese tipo? Yo sólo estaba mirando y me apartó como si fuera un perro meándole en las botas.

—¡Joder! ¡Pues te aguantas! Después de todo lo que hemos pasado, no quiero que por una bravuconería nos facturen de vuelta a Estados Unidos.

—Esas cajas eran de la Ford.

—¿Cómo?

—Digo que esos contenedores gigantescos eran de la Ford Motor & Co.

Estaban grabados con tinta roja: *Ford Motor & Co. Detroit. USA.*

—¿Y qué? ¿Qué más da si son de la Ford o de la General Motors? Algún caprichoso habrá encargado un par de coches para pasear en ellos a su fulana.

—Eso mismo intentó hacerme creer ese operario soviético, pero esas cajas no contienen coches. Trabajé en la Ford durante nueve años y puedo asegurarte que ningún coche de esa compañía abulta como un autobús.

—Pues quien los haya comprado tendrá muchas fulanas y necesitará un autobús para pasearlas. Pero ¿puede saberse qué importancia tiene eso?

De repente, un violento golpe de mar azotó el costado del barco, haciendo que éste se inclinara. Jack logró sujetarse a una litera, pero Andrew rodó por los suelos. Una alarma procedente de cubierta avisó de la presencia de temporal.

Jack dio por terminada la conversación y ayudó a Andrew a volver a su litera. Poco a poco, los obstinados cabeceos con los que el *S. S. Cliffwood* había ido confirmando la proximidad de la tormenta fueron aumentando hasta convertirse en un vendaval de crujidos, bandazos y estremecimientos. Pronto, las primeras maletas comenzaron a desperdigarse por los suelos sin que sus propietarios pudieran hacer más que rodar tras ellas y gritar aterrorizados. Jack comprendió el peligro que los acechaba cuando uno de los pasajeros perdió el equilibrio y se golpeó en la cabeza contra una columna. La gente chilló a su alrededor. De inmediato, se despojó de su cinturón y lo empleó para rodear a Sue por la cintura y asegurarla contra su litera. Andrew le imitó e hizo lo propio con el suyo. Por su parte, Jack se aferró a los barrotes confiando en la fortaleza de sus músculos, mientras la tempestad sacudía sin piedad el navío, amenazando con descoyuntar mamparos y traviesas.

En medio de la vorágine, algunos pasajeros imploraron auxilio a los miembros de la tripulación que habían acudido desde la cubierta para asegurar la carga de las bodegas. Sin embargo, antes de que lo consiguieran, un violento golpe de mar hizo que la proa del barco se encabritara, y tras unos segundos eternos suspendida sobre el vacío, cayó a plomo con un horrísono estruendo.

Jack perdió el asidero y salió despedido, dando tumbos hasta impactar con sus huesos junto a la entrada de la bodega. Cuando logró incorporarse, contempló cómo el barco zarandeaba a viajeros y equipajes como peleles en

medio de la galerna. Un hilo de sangre procedente de una brecha abierta sobre su ceja le cegó. Se limpió como pudo y miró a su alrededor, buscando la forma de volver junto a sus amigos cuando, de repente, un desgarrador grito a su espalda le detuvo. Se volvió. Provenía de la bodega. A través del ojo de buey distinguió un tumulto de hombres que intentaban desesperadamente desplazar un contenedor volcado. Parecía que había alguien herido. Un nuevo alarido le heló la sangre. No lo pensó. Abrió la puerta y penetró en el recinto para darse de bruces con un caos de operarios rusos afanados en apartar los restos del contenedor roto y extraer al hombre que aullaba atrapado bajo una gigantesca máquina. Jack reconoció el artefacto como una prensa Cleveland: un monstruo de metal cuyo peso superaría las treinta toneladas. A través de la maraña de operarios, advirtió que la máquina había aprisionado el brazo izquierdo del herido, de forma que para liberarle se hacía necesario elevarla, pero tal y como lo estaban intentando jamás lo lograrían.

Trataba de encontrar alguna solución cuando se percató de que el mismo soviético con el que había discutido momentos antes sugería amputarle el brazo.

—Si no lo hacemos, morirá —pronunció en un inglés con marcado acento extranjero.

El atrapado negó con la cabeza y ordenó a gritos que continuaran levantando la máquina. Los operarios obedecieron, pero otro golpe de mar zarandó el barco, y provocó que la máquina machacara el codo. El hombre exhaló un aullido como si le hubieran partido en dos. Los operarios se quedaron paralizados, pero uno se agachó y aferró una sierra mojada. Al advertirlo, el herido recuperó el aliento y vociferó como un energúmeno.

—Si alguien se atreve a rozarme un músculo, juro que le mataré.

Los operarios se miraron entre sí, dudando, pero el que enarbolaba la sierra se acercó a él, decidido a amputar.

—¡Espere! —le contuvo Jack—. ¡Creo que sé cómo sacarlo!

Todos se pararon atónitos, a excepción del soviético de pelo blanco.

—¡Americano entrometido! ¡Sal de la bodega ahora mismo! —le echó atrás con violencia.

—¡Le digo que sé cómo apartar la máquina! ¡La conozco como si la

hubiera parido! —se resistió.

El soviético hizo ademán de golpear a Jack, pero la voz del herido resonó imperativa.

—¡Condenado Serguéi! ¡Deje que se acerque! —bramó como si fuera el amo.

El soviético de la barba cana murmuró algo en ruso antes de apartarse y Jack pudo arrodillarse junto al herido. No parecía eslavo. Sus facciones, salpicadas de sudor, eran el espejo de la desesperación. Calculó que rondaría los cincuenta años largos.

—¿De verdad puedes liberarme? —preguntó el herido, en un inglés perfecto.

—Eso creo, señor. —Jack comprobó la situación del brazo atrapado y la posición de la máquina—. Necesitaré un par de llaves hexagonales y un martillo.

—¿Sí? De acuerdo, muchacho: espero que sepas lo que vas a hacer. ¿Es que no le habéis oído? —se desgañitó—. ¡Dadle lo que pide! ¡Rápido!

En cuanto Jack tuvo en su poder las herramientas se volcó sobre la máquina con la agilidad de un gato. De inmediato comenzó a desenroscar unos gruesos pernos, extrajo una leva y accedió a través del hueco a una portezuela por la que introdujo otra llave. Trabajaba tan rápido como podía, pero las continuas sacudidas y zarandeos del casco dificultaban su progreso.

—¡Maldita sea! —se lamentó Jack, al escapársele una de las llaves—. ¡Necesito que alguien me ayude! ¡Vosotros! ¡Venid! —reclamó el auxilio de los operarios soviéticos que le rodeaban y de los que sólo obtuvo miradas de estupor. Jack reiteró su demanda, pero nadie obedeció—. *¡Condenados necios!* —bramó entonces en ruso—. *¡Dejad de mirar y echadme una mano!*

Al oír la orden en su propio idioma, los operarios dieron un respingo e ignorando el crujido de los mamparos se apresuraron a obedecer. Jack volvió a empuñar la llave y continuó dando instrucciones en ruso ante el asombro del herido, quien observaba las maniobras de salvamento con el rostro ya desfigurado por el dolor. Finalmente, saltó una última tuerca y la máquina se dividió en dos bloques, como si la hubieran decapitado.

Jack aspiró una bocanada de aire antes de dirigirse a los operarios.

—*¡Ahora! ¡Todos juntos!* —ordenó.

A su voz, los operarios agarraron al unísono la sección que aún retenía el brazo del herido, tensaron los músculos, y con un esfuerzo sobrehumano, intentaron elevarla. Sin embargo, la máquina no se movió ni un ápice. Jack volvió a intentarlo por sí solo hasta que desfalleció.

—¡Es inútil! —se quejó Serguéi—. No la levantaríamos ni con un trinquete. Vasil, coge la sierra.

Jack miró al herido mientras trataba de recuperar el resuello. Sintió lástima por él. Comenzó a retirarse para no presenciar la carnicería, cuando de repente, se detuvo.

—¡Un momento! ¿Cuántos coches como ése viajan en la bodega? — señaló un automóvil negro que aún permanecía amarrado junto a una pared, al fondo de la estancia.

—Doce... —respondió con un hilo de voz el herido.

—Suficientes —dijo Jack, y se precipitó con decisión hacia ellos. Pasados unos instantes, regresó corriendo, cargado con seis gatos de los utilizados para cambiar las ruedas de repuesto—. ¡Rápido! Metedlos debajo. Buscad puntos de apoyo firmes. Ahí... —señaló—, y debajo de esa plancha, ahí...

Como si les fuera la vida en ello, varios operarios dispusieron los gatos conforme a las indicaciones de Jack, y a su voz, comenzaron a accionarlos de forma simultánea mientras los demás mantenían la pieza en equilibrio. Jack avisó para que se prepararan. Les advirtió que dispondrían de un par de segundos para extraer al herido antes de que la máquina volviera a caer a plomo.

—¡Ahora! —gritó.

Como uno solo, los operarios tiraron del herido hasta lograr extraerlo, justo antes de que un golpe de mar hiciera que la pieza perdiese su soporte y se derrumbara con estrépito.

Cuando Jack recuperó el resuello, se frotó las manos cubiertas de magulladuras y volvió la vista hacia el hombre que acababa de salvar para interesarse por su estado. No lo logró: el sanitario ya se lo había llevado para atenderlo.

Aunque durante el desayuno, el tema de conversación entre los pasajeros giró en torno a los daños causados por la tormenta, poco a poco, Jack fue erigiéndose en objeto del principal comadreo. Mientras unos se admiraban ante el espigado joven que, según se decía, había levantado en vilo una máquina de acero con la única ayuda de sus músculos, otros se cuestionaban sobre el tipo de persona capaz de hablar ruso a la perfección y al mismo tiempo desmantelar un artefacto industrial tan complejo. Sólo algunos pocos lo tacharon de insensato, por haber contravenido la prohibición de acceder a las bodegas.

Andrew parloteaba alegremente con los viajeros, ofreciendo detalles sobre lo sucedido, como si hubiera sido él el protagonista, y celebrando la hazaña mientras participaba de las botellas de vodka que un oficial soviético había regalado a los viajeros como reconocimiento por el salvamento. Cuando Andrew no supo qué más inventar, se guardó los cigarrillos que había conseguido de sus contertulios, apuró la botella, se apropió de otra medio llena y regresó al lugar donde Jack paladeaba la segunda de las dos galletas en que iba a consistir su desayuno. Sacó un cigarrillo y se lo ofreció. Luego esperó a que Jack le diera la primera calada para preguntarle por la identidad del herido.

—Ya te dije que no tengo ni idea —insistió éste mientras aspiraba el humo caliente con delectación—. Pero era americano. De eso estoy seguro.

Al escucharle, Andrew descargó su frustración con un puntapié contra su litera. Por un momento se había hecho a la idea de que el hombre a quien Jack había salvado hubiera sido un importante dirigente ruso que pudiera haberles correspondido con alguna situación provechosa.

—Americano... —se lamentó, y dio un trago largo—. Pues esos ingenuos habían picado el anzuelo. —Le mostró el manojito de cigarrillos que había esquilado al grupo de viajeros—. ¿Te imaginas los titulares que podría habernos dedicado el *Pravda*, Jack? —Describió con las manos un arco sobre su cabeza—: «Inmigrante americano salva a mandatario soviético». ¡Eso sí que habría sido entrar con buen pie en la Unión Soviética!

—Bueno. Si he de serte sincero, me preocupa más entrar con buenas manos. —Y se frotó las heridas que se había producido en las suyas. Luego miró a Andrew advirtiéndole que sus párpados apenas le obedecían, y se entornaban perezosamente para esconder sus ojos vidriosos—. Y tú harías bien en tener cuidado con el vodka. Te tambaleas más que ayer durante la tormenta.

—Debe de ser alguien importante, o esos rusos no habrían perdido el culo por salvarlo —insistió Andrew.

A Jack le extrañó el comentario. Al fin y al cabo, si los rusos eran tan equitativos como Andrew proclamaba, deberían haber puesto el mismo empeño aunque el herido hubiera sido un trapero.

—Desde luego —intentó enmendarlo Andrew cuando Jack se lo hizo notar—. Sólo pretendía decir que ese tipo debe de ser un personaje influyente. Quizá no alguien rico, pero tal vez un periodista afín al régimen, o a lo mejor un importante comunista americano. Deberíamos sacar partido de esto. —Volvió a beber y le palmeó en el hombro, añadiéndole de regalo una bocanada de aliento pastoso.

Jack enarcó una ceja. Ignoraba si el hombre al que había salvado sería realmente alguien importante, pero aunque lo fuera, desconfiaba lo suficiente de esa ralea como para saber que lo mejor que podía hacer era mantenerse alejado.

Se disponía a dar cuenta de un sorbo de su café, cuando apareció Sue. Había subido a cubierta para respirar un poco de aire puro y regresaba con la sonrisa de una cría a la que hubieran confiado un asombroso secreto. Andrew

le ofreció la botella, pero ella la rechazó. Se sentó entre los dos y los abrazó para acercárselos.

—No vais a creéroslo.

—¿Creernos, el qué? —contestaron Jack y Andrew casi al unísono.

—El hombre a quien salvaste, Jack. He averiguado quién es —presumió con una risa nerviosa.

—Es ruso, ¿verdad? —se adelantó Andrew. Jack aguardó, expectante.

—¡No! ¡Mucho mejor que eso! ¡Es Wilbur Hewitt! ¡El director de la fábrica a la que vamos destinados!

—¿Seguro? ¡No puede ser! —En el rostro de Jack se dibujó una sonrisa nerviosa.

—¿Has oído, Jack? Te lo dije. ¡Menuda lotería! Salvaste el culo de nuestro futuro jefe. —Los ojillos de Andrew brillaron bajo sus gafas como si acabara de desenvolver su regalo de cumpleaños.

—Pero ahí no acaba lo mejor —anunció Sue.

—¿No? ¿Qué es? ¡Vamos! ¡Suéltalo! —le apremió Jack.

Sue hizo una pausa dramática, consciente del interés que había despertado en los dos jóvenes.

—Está bien. —Miró a Andrew y luego a Jack—. ¡Atentos! ¡El señor Wilbur Hewitt invita hoy a Jack a comer en el puente de mando!

—¿Qué dices? —Jack creyó que bromeaba.

—¡Ja! ¿Es que no la has oído? —Andrew se levantó y esbozó unos ridículos pasos de baile mientras intentaba en vano apurar la botella de vodka vacía—. ¡Esto es fantástico, Jack! ¡Tienes que ganártelo! ¡Tienes que metértelo en el bolsillo! Tú háblale de nosotros. Tenemos que intentar sacar partido de esto. —Le palmeó en el hombro—. No: ¡mejor aún! ¡Pídele una recompensa por haberle salvado! ¡Una para ti, y otra para nosotros por haberte embarcado! —Y rio desencajado.

Jack rompió a reír ante las extravagancias de Andrew. Se notaba que estaba bebido. Cuando logró dominar su emoción, le preguntó a Sue cómo se había enterado. La joven les detalló que se lo había oído decir a un soviético de barba canosa mientras lo hablaba con el capitán del barco. Al parecer, no era un operario cualquiera, sino una especie de oficial que los soviéticos habían asignado al señor Hewitt para escoltarle durante su estancia en Rusia.

—Oí que le llamaban Serguéi Loban.

Jack escuchó la narración de Sue con el entusiasmo de un niño al que leyeran *Las aventuras de Tom Sawyer*. Por fin, pasados unos segundos, dio un sorbo a su taza de café para cerciorarse de que estaba despierto.

—Bueno. No sé —repuso—. Entonces supongo que esto hay que celebrarlo. ¿Un trago? —Ofreció un sorbo a Sue. Sin embargo, inesperadamente, Andrew le detuvo.

—Sue no toma café. A estas alturas... —Su lengua apenas le obedecía—. A estas alturas, deberías saber que a Sue no le gusta el café, ¿verdad, cariño? —De repente, en lugar de alegría, su voz traslució un tono avinagrado.

Jack se sorprendió ante la salida de Andrew, pero guardó un prudente silencio.

—Y tú deberías saber que no me gusta que decidan por mí —le reprochó a su prometido, y a continuación esquivó los bamboleos de Andrew y aceptó la taza de Jack. Los párpados de Andrew se abrieron incrédulos, pese al aldabón del alcohol.

—Vaya. ¡Pero en cambio sí obedeces a Jack! ¿Por qué será que no me extraña? ¡Ah! ¡Claro! ¡Jack, comiendo con los capitostes! ¿Eh, Jack? De pronto, tú también vas a convertirte en alguien importante —se burló. Sus ojos vidriosos parecían incapaces de enfocar. Se volvió hacia Sue y miró el café que la joven se disponía a beber—. Deja eso, cariño. Si quieres café, ya te preparo yo uno —balbuceó, e intentó arrebatarse la taza con tan mala fortuna que derramó el café sobre su hermoso pañuelo naranja.

Sue enmudeció. Luego enrojeció de ira, estrelló la taza contra el suelo y tras maldecir a Andrew abandonó las literas camino de cubierta.

Jack contempló la escena sin saber qué decir, incómodo por el hecho de que Andrew pudiera malinterpretar lo que sólo había sido un gesto de amabilidad hacia Sue.

—Lo siento, Andrew. No pretendía...

—¿De veras? —Se levantó como si lo acabaran de apuñalar—. Si de verdad lo sintieses, no coquetearías con mi novia cada vez que se te presenta la ocasión —le espetó, mientras se agarraba a la litera para no caerse.

—Pero ¿qué dices? Sólo intentaba ser amable. —No daba crédito a lo que escuchaba.

—¡Joder! Pues sé amable con tu vecino de litera, o baila con el capitán, o echa de comer a los delfines..., pero deja de entrometerte en nuestra vida. — Le miró como si hablara con un desconocido—. ¿Te crees que no me he dado cuenta? Siempre haciéndote el simpático, siempre haciéndote el importante... ¿A qué vino decir que estabais casados? —Le pegó una patada a la taza de café al tiempo que se despojaba de sus gafas—. ¡Mierda! Ni siquiera sé por qué te he ayudado...

Jack miró su amigo. Era obvio que había bebido más de lo aconsejable, aunque eso no excusaba que sus palabras comenzaran a herirle. Intentó hacerle recapacitar, pero sólo consiguió enfurecerle aún más.

—¡Ahórrate tu palabrería de seductor para otras! —bramó Andrew—. Ni estamos ya en el instituto, ni Sue es una de aquellas quinceañeras que siempre me robabas.

—Andrew. Por favor. Todo el mundo te está mirando.

—¡Oh! ¡Vaya! Cuando me golpeaste en aquella cafetería no te importó que me miraran. ¿Te fastidia no ser tú el protagonista? —farfulló.

Jack comprendió que era el vodka el que hablaba, de modo que optó por zanzar la conversación y alejarse. Sin embargo, cuando se disponía a hacerlo, Andrew se lo impidió agarrándole por el brazo.

—¡Suéltame! —gruñó Jack, al tiempo que se zafaba—. Pero ¿te has fijado en Sue? ¡Debes de ser muy iluso, si crees que es el tipo de mujer por la que yo perdería la cabeza!...

Según las pronunciaba, Jack advirtió la crueldad de su respuesta. Intentó disculparse pero el orgullo le atenazó. En su lugar, bajó la mirada en silencio, se sentó en la litera y hundió la cabeza entre los hombros. Cuando alzó de nuevo la vista, descubrió a Sue, con lágrimas en los ojos, observando la escena desde la escalera. Se sintió como un perro. Aunque hubieran sido fruto de la provocación, ni Andrew ni Sue se merecían sus palabras.

A falta de cinco minutos para las doce, Jack se miró por última vez en el espejo y por un instante volvió a verse como el atractivo joven que años atrás había conquistado Dearborn. Se ajustó bien la chaqueta, comprobó lo esmerado de su afeitado y se caló el sombrero de fieltro que le había prestado

Harry Daniels, su vecino de litera, con una mueca de satisfacción. A su juicio, aquel atuendo conformaba la estampa de alguien lo bastante respetable como para no ser catalogado de menesteroso. Dio un último toque a su corbata, comprobó la hora y contempló las literas vacías de sus compañeros. Lamentaba no encontrarlos porque le habría gustado compartir aquel instante con ellos, pero hacía rato que habían desaparecido. Finalmente cogió la invitación que un marinero le había hecho llegar, aspiró una bocanada de aire y se dispuso a subir a cubierta. Ignoraba lo que le depararía su encuentro con Wilbur Hewitt, pero a poco que le diera la oportunidad, iba a exprimirlo hasta la última gota.

Tal y como Sue había supuesto, en el puente de mando se encontró con Serguéi Loban embutido en una casaca verdosa con charreteras rojas, con el semblante de un perro de presa dispuesto a defender su hueso. El oficial soviético gruñó en inglés algo parecido a un «buenos días» y, sin mediar palabra, le condujo hasta la dependencia anexa en la que iba a servirse la comida. Una vez dentro, Jack advirtió que se trataba de un antiguo camarote lo suficientemente reformado como para hacer palidecer a la mismísima suite de un auténtico hotel. Las paredes forradas en tela adamascada entonaban con el tapizado beige de las sillas, y sobre la mesa, vestida con un ostentoso mantel de encaje marfil, descansaban seis servicios de porcelana, escoltados por un ejército de tenedores, cucharas y cuchillos tan numeroso como el de un desfile del Cuatro de Julio. A Jack le extrañó encontrar el comedor vacío, pero no se lo observó a Serguéi. En su lugar, aguardó de pie junto a él, hasta que, al cabo de unos minutos, aparecieron impecablemente uniformados el capitán del barco y su contra maestre, seguidos de un desconocido de traje marrón y pajarita roja, casi igual de llamativa que su poblado mostacho. Por último, con la chaqueta desabrochada y el brazo izquierdo en cabestrillo, hizo su entrada Wilbur Hewitt, el hombre a quien había salvado.

Nada más tomar asiento, el herido se quedó mirando a Jack a través de su monóculo de oro antes de estallar en un efusivo reconocimiento.

—¡De modo que éste es el joven a quien debo el honor de haberme despertado hoy junto a mi brazo! —bramó—. ¡Pero, pardiez! ¡Borra ese gesto de velatorio y sonríe un poco! De no ser por ti, estos rusos me habrían convertido en un lisiado.

Entre gestos de dolor, el propio Wilbur Hewitt hizo las presentaciones. Nicholas Raymeyer, el capitán del *S. S. Cliffwood*, con más de veinte años de servicio en la American Scantic Line, y su contramaestre, el señor Jones, felicitaron a Jack por lo afortunado de su intervención. El hombre de la pajarita roja resultó ser Louis Thomson, reputado periodista del *New York Times*, periódico del que Hewitt confesó ser un ferviente lector. De Serguéi Loban, sólo mencionó que, para ser el oficial de enlace que le habían asignado las autoridades soviéticas, hablaba un inglés penoso.

—Sin embargo, si olvidamos sus modales toscos, he de reconocer que ejerce su trabajo con una eficacia sorprendente.

»En cuanto a mí —se quitó el monóculo y sacó pecho, introduciendo el pulgar de su mano sana bajo su axila—, probablemente ya te habrán informado de quién soy: mi nombre es Wilbur Hewitt, industrial graduado por el Instituto Tecnológico de Massachusetts, economista y responsable general de la puesta en marcha de la Gorkovsky Avtomobilny Zavod, más conocida como el Autozavod, la factoría de automóviles más grandiosa que jamás se haya construido en la Unión Soviética. —Y acto seguido, le ofreció una tarjeta a Jack en la que, bajo el membrete, figuraba el título de “Mánager General para Asuntos Extranjeros de la Ford Motor & Co. USA”.

—¿Tomamos asiento? —propuso el capitán.

Por el tono empleado, Jack advirtió que la pregunta en realidad no era una sugerencia, sino una consulta. Desde su asiento, Wilbur Hewitt miró por un instante la silla que aún permanecía sin ocupante.

—Sí, sí. ¡Qué le vamos a hacer! Comencemos. Ya lo ves —se dirigió a Jack—, a una voz mía, soy capaz de movilizar a cinco mil trabajadores para que aprieten el culo y atornillen pernos durante diez horas, pero cuando se trata de mi querida...

En ese momento, el sonido de la puerta del salón al abrirse interrumpió su soliloquio.

—Siento el retraso —se escuchó.

Al instante, los recién sentados se levantaron precipitadamente y se inclinaron en un amago de reverencia. Wilbur Hewitt sonrió desde su silla, llenó su copa y la alzó en un brindis junto a una enorme sonrisa.

—Jack Beilis, tengo el placer de presentarle a la joya de mi corona:

Elizabeth Hewitt. Mi única sobrina.

Jack atinó a balbucear un «encantado» antes de besar la mano que le tendía la recién llegada. Después esperó a que los demás tomaran asiento y, sin dejar de mirarla, los imitó. En cuanto pudo, bebió un sorbo de agua para intentar deshacer el nudo que atenazaba su garganta. Descubrir que la persona a quien esperaba el todopoderoso Wilbur Hewitt era su propia sobrina había resultado una formidable sorpresa, pero lo que en verdad le había dejado sin habla había sido comprobar que aquella joven de belleza arrebatadora era la misma que le había cautivado justo antes de embarcar, en el mercado de salazones.

Aunque la sorpresa fue mutua, Elizabeth Hewitt pareció no mostrarse tan complacida como Jack. No obstante, la joven mantuvo la compostura y ocupó el asiento contiguo al del homenajeador. Por su parte, Jack apenas si se atrevió a mirarla, abochornado aún por el ridículo cometido en el mercado. Dudaba si le habría reconocido, y de ser así, sólo le faltaba adivinar en qué momento se burlaría de él. Afortunadamente, en aquel instante Wilbur Hewitt se interesó por las habilidades de Jack, e hizo que éste olvidase sus temores.

—Tal vez no lo creáis, pero este joven es un diamante en bruto —dijo Hewitt al respecto de Jack—. Muchacho, aún no acierto a comprender cómo pudiste dismantelar con tanta habilidad la maquinaria que me mantenía aprisionado. Dijiste que tenías conocimientos de mecánica pero ¡por todos los santos!, en mis veinticinco años dirigiendo fábricas automotrices jamás vi nada parecido.

—Bueno... Para ser sincero, fue una casualidad, señor. Conocía esa máquina porque reparamos un modelo similar en un taller donde trabajaba. —Jack mintió sobre su pasado en Dearborn para ocultar cualquier posible relación con la muerte de su casero.

—¿Casualidad? ¡No seas modesto, muchacho! Esa máquina era una prensa Cleveland último modelo, un prodigio de la técnica, y según me han contado, tú la desmontaste como quien le saca la cadena a una bicicleta. Un tipo al que le hubiera tocado la lotería sin haber comprado el boleto habría tenido menos suerte que yo. ¿Qué opinas, Elizabeth? ¿Tengo o no tengo razón con que este joven es un diamante en bruto?

La sobrina examinó a Jack con suficiencia y sonrió.

—Querido tío, creo que la morfina con la que te han atiborrado te hace mostrarte demasiado indulgente. Aunque a juzgar por su apariencia, me da la impresión de que este operario tiene más de bruto que de diamante. —Y volvió a sonreír.

Todos rieron la ocurrencia. Sin embargo, el tono con el que la joven había pronunciado ese *operario* hirió a Jack. Para él, trabajar con las manos era algo de lo que nadie debiera avergonzarse. Al contrario, se mostraba orgulloso de haber comenzado como operario, del mismo modo que lo estaba de haber trabajado más duro de lo que la sobrina de Wilbur Hewitt jamás pudiera imaginar. Pensó en replicarle. Sin embargo, enmudeció al contemplar la delicadeza con la que se aproximaba una copa de vino a los labios. De haberse tratado de un hombre, habría hecho que se sonrojase por sus palabras, pero al igual que en el mercado, su simple presencia le perturbaba.

La comida transcurrió entre platos de besugo fresco aderezado con limón, vino francés y almejas. Jack habría preferido engullir una succulenta hamburguesa de carne de Montana acompañada de cerveza fría, pero no por ello dejaba de valorar el brillo de la cubertería de plata, la finura de la vajilla y la delicadeza de la cristalería.

Con todo, lo que más le fascinaba eran los modales de la sobrina de Wilbur Hewitt. Aun observándola de reojo, Jack admiró sus educados ademanes, la exquisitez con la que manejaba los cubiertos, a pesar del bamboleo del buque, o la elegancia y distinción de su lenguaje. Una elegancia que contrastaba con la desafortunada espontaneidad de su tío, quien, pese a su aparente formación, no dejaba de expresarse como si se hubiera criado entre los estibadores de Brooklyn.

Mientras paladeaba el delicioso sorbete de champán que los camareros habían servido entre plato y plato, Jack se imaginó a sí mismo disfrutando de la misma vida lujosa que parecía ser propia de Wilbur Hewitt. Se fijó en él: su monóculo de oro; sus gemelos a juego; el pasador de su corbata... Sólo su impecable traje podría valer más que su antiguo sueldo de un año, y el reloj de bolsillo que lucía sobre el chaleco, probablemente el doble. Pese a su aparente familiaridad, a Jack le dio la impresión de que Hewitt era el tipo de hombre que no sólo era capaz de manejar con firmeza las riendas de su vida, sino que además podría dirigir con severidad el destino de la de los demás. Y

eso le admiraba. No le preocupaba admitirlo: le atraían los relojes lujosos, los manjares exóticos o la ropa a medida, pero lo que en verdad envidiaba era algo que los hombres como Hewitt poseían, y que él ansiaba como una imperiosa necesidad. Una posición. Porque si algo había aprendido Jack de la crisis, eso era que, aunque el mundo amaneciese convertido en un erial, los tipos como Hewitt jamás llegarían a verse como él se había visto, sin trabajo, con el agua al cuello, y a punto de mendigar por un trozo de pan. Ésa era la razón por la que los hombres normales envidiaban a los tipos como Hewitt. Por su posición inalcanzable. Por eso los admiraban y los respetaban. Miró a Elizabeth e inspiró con fuerza. Y por esa misma razón, él estaba dispuesto a derribar cualquier obstáculo que se interpusiera en su aspiración de conseguir el respeto de los demás.

Continuaba ensimismado en sus pensamientos, cuando Elizabeth Hewitt hizo una seña al camarero y le comentó algo al oído. El camarero asintió con gesto hierático, y acto seguido desapareció, para regresar a los pocos minutos con una fuente repleta de hielo sobre la que descansaba una bandeja colmada de caviar.

—No he podido evitarlo. —Miró a su tío con gesto travieso, como si aguardase una aprobación que en verdad no necesitaba—. Espero que a nuestro invitado le guste el beluga. —Sonrió.

Jack enrojeció. Por un instante imaginó que Elizabeth iba a ridiculizarle, relatando el embarazoso episodio del mercado de salazones, pero para su sorpresa, no sólo no lo hizo, sino que, gentilmente, le sirvió una cucharada sopera.

—Gracias —se limitó a tartamudear.

Engullía atento a la conversación sobre las portentosas hazañas del régimen soviético, cuando Wilbur Hewitt volvió a mencionar el Autozavod, la gigantesca factoría que iba a dirigir, y las dificultades a las que habría de enfrentarse. Según los últimos exámenes, la tormenta había inutilizado la mayor parte de la maquinaria que viajaba en las bodegas, y desde Detroit le habían informado por radiograma que hasta dentro de tres meses no estaría disponible un nuevo suministro.

—Si a eso unimos los desalentadores informes sobre las cifras de producción que me han proporcionado, comprenderéis que esté preocupado.

No es que dude de la capacidad organizativa soviética —miró a Serguéi para ganarse su aprobación—, pero tratándose de automóviles, da la sensación de que necesitan a un americano con redaños para poner en orden lo que parece ser un patio de colegio del tamaño de Wisconsin —fanfarroneó.

Serguéi terminó de masticar el trozo de pescado que acababa de meterse en la boca.

—En nuestro descargo —apuntó el oficial con su acento eslavo—, debería señalar que la Unión Soviética es un país joven e inexperto, pletórico de energía, y, como a cualquier joven impetuoso, su entusiasmo en ocasiones le puede conducir por caminos tortuosos. —Se limpió el mostacho con la servilleta—. Quizá cometamos errores, pero somos capaces de reconocerlos y, desde luego, enmendarlos. Nuestra hospitalidad y generosidad para con cualquiera que precise forjarse un porvenir es decidida. Pero no le quepa duda, señor Hewitt, repito, no le quepa ninguna duda de que nuestros líderes poseen la determinación más absoluta para conseguir que el pueblo soviético progrese imparable hasta erradicar la desigualdad y la pobreza de la faz de la tierra.

Wilbur Hewitt permaneció un instante en silencio, como si meditase valorar las vaticinadoras palabras de Serguéi. Finalmente levantó su copa.

—Pues brindemos por ello.

Todos le imitaron al unísono y elevaron sus copas para acompañar el brindis de Wilbur Hewitt. Serguéi sonrió como si aprobase la iniciativa del ingeniero, pero a Jack le dio la sensación de que si las hienas pudieran sonreír, sin duda lo harían del mismo modo en que el ruso lo hacía.

Finalizados los postres, los comensales cumplieron de uno en uno a Jack, para ir abandonando el salón en dirección a sus diferentes aposentos. Elizabeth, que aguardaba junto a su tío, volvió a tender su mano a Jack durante menos tiempo del que él habría deseado y se alejó con la misma apostura con la que le había cautivado al entrar. Por un instante, permaneció de pie, abrumado, sin percatarse de que Wilbur Hewitt esperaba para despedirse. Lo advirtió cuando oyó a su espalda un leve carraspeo. Jack, que se había colocado ya el sombrero, volvió a descubrirse.

—Señor Hewitt. —Se aclaró la garganta—. No sabe cuánto le agradezco la oportunidad de haber compartido mesa y conversación con usted. Ha sido una experiencia inolvidable. Yo...

—¡Eh, muchacho! Guarda tus lisonjas para otro momento. Si te pones así por una comida, no sé qué habrías hecho si te hubiera invitado a mi casa de campo.

—¿Perdón? —titubeó Jack.

—¡Bah! No me hagas caso. Lo que quiero decir es que si hay alguien aquí que debe mostrar su agradecimiento, ése es Wilbur Hewitt, el hombre que gracias a ti aún podrá vestirse y comer sin un garfio en la mano. Dime una cosa, muchacho: ¿cómo lo hiciste? ¿Cómo demonios sabías qué piezas desmontar para descabezar en cinco minutos una maquinaria de veinte toneladas? ¿Y dónde aprendiste ruso? —Hewitt permaneció a la espera de una respuesta que Jack demoró.

—Mis padres eran rusos. Y trabajé en un taller de suministros para Buick, señor —improvisó.

—¿En Buick? Mira, chico. Conozco bien a esos manazas y no distinguirían a una cigüeña de un cigüeñal. Está bien... —refunfuñó—, si no quieres decírmelo, no lo hagas. De todas formas, no me gusta deberle favores a nadie. —Metió la mano en su billetera y extrajo cien dólares—. Ten.

Jack retrocedió como si le estuviera ofreciendo dinero robado.

—Yo... No puedo aceptarlo —balbuceó.

—No seas necio, muchacho. Si crees que es poco, es que eres un insensato, y si crees que es demasiado, te aseguro que mi brazo vale mucho más. Cógelo. No es la primera vez que viajo a la Unión Soviética y puedo afirmar sin temor a equivocarme que vas a necesitar hasta el último dólar que puedas encontrar.

—No le entiendo, señor...

—Pues ya lo entenderás, hijo. Ya lo entenderás...

Los cinco mil caballos de vapor generados por la poderosa turbina General Electric-Curtis del *S. S. Cliffwood* bufaron con fuerza para empujar el navío a una velocidad de diez nudos por las heladas aguas del mar del Norte, en la

última etapa de su travesía. Ajeno a ello, Jack paseó por la cubierta de proa arrebuñado en su chaqueta, disfrutando de la ligera llovizna que batía su rostro. A cada nube de salpicaduras, imaginaba que el agua le arrancaba la miseria que se había adherido a su piel, para convertirle en un hombre nuevo, limpio y diferente. Porque así era como se sentía ahora. Aún mantenía fresco en el paladar el delicioso sabor salado del caviar y la delicada fragancia del champán. Al recordar la comida, Jack se vio a sí mismo entre la élite de capitanes de navío, oficiales soviéticos, periodistas, directivos poderosos o mujeres inalcanzables, aceptado por todos, hablando de igual a igual con aquellos a quienes envidiaba, siendo admirado por ellos y recibiendo sus alabanzas. Era una sensación absolutamente embriagadora, superior a cualquier otra que hubiera sentido antes, y a cualquiera que hubiera podido imaginar.

Su reloj marcaba las cinco de la tarde. Pronto anochecería. Decidió que ya era hora de regresar con sus amigos y compartir con ellos la experiencia.

Nada más penetrar en el dormitorio común, la emanación de las decenas de hombres, mujeres y niños escuálidos que se hacinaban sobre las literas sacó a Jack de su ensoñación. Le sorprendió porque anteriormente no había reparado en ello. De hecho, desde su partida habría jurado que comían lo suficiente, que viajaban con dignidad e incluso, por momentos, que sus vidas se encaminaban hacia un futuro esperanzador. Pero tras haber participado de los fastuosos tapizados de seda y las refinadas cristalerías del comedor de los oficiales, tras paladear los succulentos manjares y disfrutar de una compañía exquisita, advertía por completo el auténtico rostro de la realidad. Aquel mundo sórdido, oculto bajo la cubierta, el mundo de las carencias, del hambre y de la miseria, el de los emigrantes sin esperanza, era el mundo al que él pertenecía.

Encontró a Sue y Andrew royendo unos arenques salados junto a un ojo de buey desde el que se divisaba el atardecer. Nada más advertir su presencia, Sue miró hacia otro lado. Sin embargo, Andrew se levantó para saludarle y le ofreció un trozo de pescado. Frunció el ceño, como si le doliera la cabeza.

—Yo... No sé. No se me dan bien estas cosas, Jack —acertó a decir—.

En fin... Perdona por lo de esta mañana. La verdad, no sé lo que me pasó. No estoy acostumbrado a beber, y por lo que me ha contado Sue, me comporté como un imbécil.

A Jack le agradó comprobar que Andrew volvía a ser el de siempre. Aceptó el arenque y se sentó junto a él.

—Todos cometemos errores. Yo el primero. —Y miró a Sue para cerciorarse de que le escuchaba—. Tú eres una chica magnífica —se disculpó—. Estaba indignado y perdí los papeles. Te aseguro que cualquier hombre sería afortunado con tu compañía. Yo...

—¡Ya basta de lamentos! —Andrew simuló una pose de seriedad—. Si en Nueva York hay algo que todo el mundo sabe mejor que la alineación de los Yankees, es que mi amigo Jack Beilis siempre ha sido el campeón de las estupideces. —Y le abrazó al tiempo que le guiñaba un ojo.

Según daban cuenta del pescado, Jack relató a sus compañeros de viaje los pormenores de su encuentro con Wilbur Hewitt, concitando de inmediato la atención de Joe Brown y los hermanos Smith. Los ojos de sus interlocutores eran platos ávidos de detalles, pero Jack, que conocía las penurias por las que pasaban, evitó mencionar aspectos como la abundancia de las viandas o la calidad de la vajilla.

—Entonces, ¿el tal Hewitt es de verdad un auténtico mandamás? —preguntó Andrew a la primera pausa.

—Eso parece...

—¿Y sabes si podrá ayudarnos?

—Pues no tuve oportunidad de...

—¿Comentó algo sobre los salarios de los obreros? —le interrumpió Joe Brown.

—¿Dijo si nos proporcionarían casa y médico? —terció Brady, un minero a quien todos apodaban «el Silicoso».

Jack sacudió la cabeza. Cuando les confesó que no había encontrado ocasión para hablar de aquellos temas, vio que la decepción se adueñaba de sus rostros. Se fijó de nuevo en los harapos que escondían sus cuerpos famélicos y bajó la mirada.

—Pero aseguró que harían falta americanos con redaños para hacer que esa fábrica funcione como es debido —alzó la voz—. ¡Y esos americanos vamos a ser nosotros!

Durante la noche, Jack fue incapaz de conciliar el sueño. Faltaba un día para arribar a Helsinki y no dejaba de lamentarse por la irrepetible oportunidad que había desperdiciado. Debería haber seguido el consejo de Andrew cuando le sugirió que sacara partido de su reunión con el directivo, pero en lugar de eso, se había dejado fascinar por la presencia de su sobrina, malogrando cualquier tipo de acercamiento. Ahora ya era demasiado tarde. Tras desembarcar en Finlandia, les perdería la pista, pues según había mencionado el propio Hewitt, él y su sobrina permanecerían allí hasta que curaran sus heridas.

Se revolvió en su camastro soñando con el rostro perfecto de Elizabeth mientras se preguntaba de dónde habría salido y por qué razón acompañaría a su tío Wilbur Hewitt a un país tan remoto. ¿Estaría prometida? ¿Cuáles serían sus gustos, sus cualidades o sus miras? Se incorporó desesperado. Tenía mil problemas más importantes de los que ocuparse, y en lugar de intentar solucionarlos, dedicaba su tiempo a exasperarse pensando en una mujer que ni se había fijado en él y a la que apenas conocía. Y no sólo eso. Estaba convencido de que mientras ella lo viera como un simple operario, jamás lo haría.

El jergón le agobiaba. Se desprendió de su única manta y se levantó en medio de la noche, procurando no hacer ruido. Andrew roncaba a su lado, abrazado a su almohada como un niño. Sue lo hacía en la litera superior. Deseó que parte de aquel plácido sueño obedeciera a los cien dólares que había repartido con ellos. Como en ocasiones anteriores, se dirigió hacia la puerta de la bodega para mirar por el ojo de buey y observó los contenedores destrozados por la tempestad, que dejaban a la vista las máquinas inutilizadas. Las contempló durante un largo rato, hasta que el frío comenzó a entumecerle los dedos. De repente su corazón se aceleró. Quizá fuera una locura, pero tenía que arriesgarse. Abrió la puerta prohibida y se adentró en la bodega.

El puerto de Helsinki amaneció cubierto por unos amenazadores nubarrones grises, semejantes a inhóspitos guardianes que parecieran acechar a los pasajeros del *S. S. Cliffwood*. Desde su escondite, Jack aspiró el pegajoso olor a pescado y petróleo. Mientras aguardaba bajo el toldillo que cubría el bote salvavidas, se frotó los puños cubiertos de grasa. Contraviniendo la orden por la que hasta la finalización del ataque los viajeros debían esperar en sus literas, había accedido al puente de mando con la esperanza de encontrarse con Wilbur Hewitt. Sin embargo, llevaba más de una hora congelándose sin que el ingeniero diera señales de vida. Desde su escondite, observó cómo el buque era remolcado pesadamente a través de las brumosas aguas por un minúsculo lanchón que sorteaba la miríada de islotes que salpicaban la bahía. La imagen de aquel gigante de los mares conducido por un miserable paquebote le hizo pensar que, en consonancia, quizá los desheredados americanos que se habían visto obligados a abandonar su país también pudieran desempeñar un papel trascendental en el devenir de la Unión Soviética.

Se masajeaba las contusiones de las manos cuando advirtió la presencia de Wilbur Hewitt junto a Serguéi y el contramaestre. Jack no lo pensó. Salió de su escondrijo, se atusó el pelo como pudo y se estiró la gabardina para causar buena impresión. Sin embargo, cuando se acercó para saludarle, Hewitt apenas le prestó atención.

—Lo siento, muchacho. Ahora estoy ocupado con la desestiba.

—Disculpe, pero lo que debo decirle es importante —insistió.

—¿Eres duro de oído? —intervino Serguéi. Su voz resonó irritada, como la de alguien a quien le resultara imposible deshacerse de un guijarro en una bota.

—Señor Hewitt. Durante la comida olvidé comentárselo, pero yo también viajo a Gorki para trabajar en el Autozavod y tengo un negocio que proponerle —vociferó Jack, intentando hacerse oír entre el ruido de las grúas.

—¿Un negocio, tú? ¿Y de qué se trata? —preguntó extrañado, e hizo un ademán a Serguéi para que permitiera hablar al joven.

—Quisiera trabajar directamente para usted.

—¡Caramba! —Enarcó una ceja—. Si ésa es tu forma de entender los negocios, no llegarás muy lejos. —Y se volvió hacia el contraamaestre para continuar dirigiendo el desembarco de la maquinaria.

—Señor, usted aseguró que la producción se retrasaría tres o cuatro meses hasta que llegara una nueva remesa de repuestos, ¿no es así?

—Sí, eso dije. Pero ¿qué tiene que ver...?

—Puedo arreglar las máquinas.

Wilbur Hewitt dejó de leer el listado de mercancías y fijó la mirada en la de Jack a través de su monóculo.

—¿Cómo has dicho?

—Las máquinas deterioradas. Puedo repararlas —repitió Jack—. La prensa Cleveland. La que le atrapó. Trabajé en ella durante toda la noche y está casi lista. Si me contratara, yo podría...

El monóculo saltó del ojo de Hewitt como si hubiera adquirido vida.

—¿Has arreglado la Cleveland?

—Así es. Bueno; queda ensamblar alguna pieza pesada pero los daños principales ya están subsanados. A falta de alguna soldadura, funcionará como el primer día. Respecto a las otras que se averiaron durante la tormenta, si me facilitase un torno, una fresadora y algún operario que me ayudara, podría repararlas en tres o cuatro semanas.

—No sé cómo presta atención a este charlatán —terció Serguéi—. Llevamos retraso y...

—¡Por favor, calle un momento! —Hewitt se volvió para retar a Jack—.

Mira, hijo: estoy muy atareado, de modo que voy a perder un minuto de mi valioso tiempo en formularte una pregunta. ¿Estás afirmando que podrías poner en funcionamiento toda la chatarra que hay amontonada en la bodega?

—Con absoluta seguridad, señor.

Hewitt frunció el ceño y escudriñó a Jack como si fuera la primera vez que lo veía. Carraspeó antes de continuar.

—De acuerdo. Entonces respóndeme a una cosa más: ¿por qué un simple operario como tú sabría más que los ingenieros soviéticos que han determinado la completa inutilidad a la que ha quedado reducida toda esa maquinaria?

—Verá, señor. Si me permite el atrevimiento, me importa un bledo lo que hayan dicho los rusos. Conozco esas máquinas y puedo resolver sus problemas —contestó.

—Mmm... —Hewitt apretó los dientes como si valorase el desparpajo de Jack. Finalmente se volvió hacia el soviético—. Serguéi —lo llamó—. Por favor, ordene a sus hombres que examinen la Cleveland que me atrapó y determinen si sería posible su reparación definitiva sin tener que esperar a los repuestos.

—Señor, ese examen ya se realizó, y nuestros expertos dictaminaron que...

—¡Pues que lo repitan! ¡Por todos los diablos!

Serguéi lanzó a Jack una mirada asesina antes de acatar la orden de Wilbur Hewitt.

A la espera del informe, Wilbur Hewitt dejó de lado a Jack y se concentró en comprobar el estadillo de la carga. Verificó el número de contenedores pendientes de desestiba, examinó los vagones de carga a los que serían trasladados y repasó el registro del control de aduanas mientras Jack aguardaba junto a la barandilla. Finalmente, pasados unos minutos, Serguéi regresó, escoltado por un técnico soviético a quien Jack no había visto antes. El desconocido, un hombre de aspecto oriental y gesto huraño, dedicó a Jack una mueca de desdén antes de agacharse para susurrar algo al oído de Hewitt. Nada más terminar, el ingeniero se volvió hacia Jack, con el asombro dibujado en el semblante. Escrutó al joven en silencio y aguardó unos segundos.

—Bien, muchacho. Según parece, además de arrestos, también dispones de facultades. Podría plantearme lo de tu contrato. Sin embargo, aún tengo una curiosidad que me gustaría satisfacer.

Jack inspiró con fuerza, convencido de que Hewitt le obligaría a revelar el origen de sus habilidades. Sintió cómo su corazón bombeaba con fuerza borbotones de sangre caliente. Hewitt entornó los párpados y se atusó el bigote.

—¿Por qué te arriesgaste a desafiar la prohibición de entrar en las bodegas para intentar arreglar unas máquinas, que ni siquiera sabías si serían reparables?

Jack controló sus nervios mientras rumiaba la respuesta. Fijó sus ojos en los de Wilbur Hewitt y respondió:

—Porque como usted dijo, este país necesita a americanos con redaños, para hacer que las cosas funcionen.

De regreso a los dormitorios, encontró a Andrew y Sue haciendo tiempo, con los petates dispuestos.

—Pero ¿dónde diablos estabas? ¡Pensábamos que te habías caído por la borda! —le increpó Sue.

Jack recogió rápidamente sus pertenencias y disimuló como pudo, a la espera de encontrar el momento adecuado para revelarles los resultados de su encuentro con Wilbur Hewitt.

—Me distraje en la cubierta con el paisaje. Ahí arriba hace un frío de muerte —carraspeó—. Haríamos bien en vestirnos con todo lo que hemos traído.

—¿Y qué crees que hemos hecho?

Jack, que no había reparado antes en sus atuendos, soltó una carcajada. Sus amigos iban tan forrados que parecían un par de salchichas enrolladas en lonchas de beicon a las que les hubieran superpuesto varias capas de cebolla. Mientras terminaba de empacar su equipaje, advirtió que, a unos pocos pasos, aguardaban ocho bocas: los Daniels y los Miller con sus respectivos hijos.

—¿Y éstos, a qué esperan? —murmuró Jack al oído de Andrew.

—¿Te refieres a los Daniels? Los vi un poco perdidos, así que los invité a

que viajaran con nosotros. Los Miller estaban cerca y cuando me preguntaron si podían unirse, no pude negarme —respondió Andrew, con cara de circunstancias.

—¿Los invitaste?... Pero ¿qué les has contado? ¿Que viniendo con nosotros van a regalarles pavos de Navidad?... —susurró—. ¡Piensa por un segundo! No es ya que puedan complicarnos el viaje, que lo harán. Es que si nos acompañan, fiarán su suerte a la de unos tipos buscados por asesinato. —Negó con la cabeza.

—¿Y qué querías que hiciera? —replicó Andrew—. ¿Que les recordase que éramos americanos, y que los americanos no se auxilian entre ellos? Al fin y al cabo, por eso estamos aquí ahora, ¿no? Porque nadie en nuestro país nos ha ayudado. ¡Diablos, Jack! No nos causarán problemas. ¡Mira sus ojos!... ¡Están entusiasmados! Saben que hablas ruso y que estás en buenas relaciones con Hewitt, así que pensaron que podrías ayudarlos. Pero en fin. Tú eres quien ha despertado su esperanza, de modo que tú decides.

Jack se volvió hacia los Daniels y los Miller, y en sus rostros no encontró ni un ápice del entusiasmo mencionado por Andrew. Más bien al contrario, escondido bajo unas ojeras profundas y unos cuerpos famélicos, sólo adivinó el terrible rostro de la desesperación. Suspiró mientras se maldecía. Aquella gente iba a ocasionarles más de un contratiempo, pero si alguien no cuidaba de ellos, se verían en problemas. Tomó aire y agarró su baúl.

—¡Condenado sensiblero!... De acuerdo. Que recojan sus cosas y nos sigan.

Un viento helado acuchilló el rostro de los viajeros que descendían por la pasarela del *S. S. Cliffwood*, provocando que se acurrucaran unos contra otros como una hilera de carámbanos fundidos por la escarcha. Jack fue el primero en pisar el suelo empedrado de Helsinki, un muelle como cualquier otro, a excepción de su suelo barnizado de hielo y de sus pequeños edificios rojos blanqueados por la nevada. Sue propuso dejar los equipajes a cargo de algún viajero y aprovechar para visitar la ciudad, pero Jack y Andrew opinaron que resultaría más adecuado guardar energías y encaminarse directamente a la estación ferroviaria.

El edificio de la estación resultó ser una primorosa construcción *art nouveau* de dos alturas, insignificante en comparación con la Grand Central de Nueva York, pero con una sala de espera lo suficientemente amplia como para albergar a sus ataridos pasajeros. Jack se apresuró a adelantar a los emigrantes que le precedían y acomodó a su grupo en unos bancos de madera situados junto a los despachos de billetes. Tras asegurar los equipajes contra la pared, miró a su alrededor. Junto al enorme reloj francés situado en el frontis del vestíbulo, el termómetro de la estación señalaba veinte grados bajo cero. No necesitó traducirlos a Fahrenheit para saber que era un frío inhumano. Por fortuna, la sala de espera se veía limpia, y los lugareños que los miraban extrañados vestían abrigos de evidente calidad y de atractiva factura, lo que le hizo suponer que no habrían de preocuparse por los ladrones. En realidad, todo parecía nuevo y cuidado, a excepción de los menesterosos recién desembarcados. Jack se ajustó su gabán raído mientras añoraba el abrigo de piel de gamo que usaba en los inviernos de Detroit. Sin embargo, al alzar la mirada y observar los harapos con los que se cubrían los hijos de los Miller, no pudo sino compadecerlos. Aspiró con fuerza y contempló sus rostros atribulados. Pese al frío y al hambre, los dos chiquillos aguantaban en silencio como si sus padres se lo hubieran ordenado. Sin mediar palabra, se despojó de su abrigo y se lo tendió a la señora Miller, quien de inmediato lo aferró como si fueran a arrebatarárselo y corrió a arropar a sus pequeños. Jack correspondió a los aspavientos de gratitud de la mujer con una sonrisa de compromiso, y se apartó a un extremo del banco para planificar su entrada a la Unión Soviética.

Durante la travesía había averiguado que a bordo del *S. S. Cliffwood* viajaban dos tipos de emigrantes: por una parte, un puñado de afortunados que pisarían Rusia con un contrato de trabajo bajo el brazo, alojamiento reservado y billetes de tren pagados, y por otra, los que viajaban a su suerte con un simple visado de turista. El caso de Andrew y el suyo era distinto, ya que, debido a la premura, Amtorg sólo les había proporcionado un informe de capacitación que deberían canjear en el Comisariado del Pueblo para la Industria y la Energía de Moscú por el contrato definitivo. No disponían ni de transporte ni de hotel: tendrían que gestionarlo por sus propios medios. Los Daniels y los Miller pertenecían al grupo de los desempleados que entrarían

en Rusia como turistas, de modo que viajarían con ellos, al menos, hasta Leningrado. Suspiró. Sin duda iba a ser un viaje largo y severo.

Meditaba sobre el particular cuando Andrew se le acercó con una sonrisa en la boca para comentarle que acababa de reunirse «en asamblea» con algunos «camaradas de fatigas», refiriéndose así a un grupo de emigrantes americanos con los que había trabado amistad.

—Al final acordamos que, dada tu situación de privilegio, podrías pedirle a Hewitt un trato de favor para todos nosotros. Tenías que haber visto sus caras, Jack. Incluso Bob Green, el carpintero de Wisconsin que te presentó a sus hijos en el barco, aseguró que tú eras lo mejor que le había sucedido desde que abandonaron sus hogares. Les he asegurado que no los defraudarías.

Jack soltó un exabrupto. Primero fueron los Daniels, luego los Miller, y ahora los Green. A aquel paso, pronto dejaría de ser Jack, el mecánico, para convertirse en Jack, el Moisés, de camino a la Tierra Prometida.

—Pero ¿cómo has podido?... Sabes muy bien cuál es nuestra situación. Hewitt es un industrial que mira por sí mismo. A saber la de compromisos que tiene con los soviéticos.

—Venga ya, Jack. Le salvaste. Él también es americano. No puede dejarlos en la estacada.

—¿Y qué? Te repito que seguramente tendrá sus obligaciones. De hecho, ahora estará camino de un hospital, Dios sabe dónde. Cuando esta gente se embarcó, sabía a lo que se atenía. Además, muchos conseguirán trabajo nada más llegar. Porque eso era lo que tú proclamabas, ¿no? Que el trabajo manaba del cielo. Que había trabajo para todos.

—Vamos, hombre. Nadie está hablando de necesidad, pero sabes tan bien como yo que cualquier ayuda sería bienvenida. Averiguaremos dónde van a atenderle. Hewitt tiene la obligación moral de corresponderte...

Jack calló. Miró a Andrew y bajó la cabeza.

—Ya lo ha hecho.

—¿Cómo?... —Andrew se desprendió de sus gafas para enfocar mejor, como si quisiera asegurarse de lo que Jack parecía querer decirle.

—Lo que oyes. Me entrevisté con él antes de desembarcar y me ha ofrecido un puesto de ayudante. En un principio habían pensado retornar a

Detroit la maquinaria que se deterioró durante la tormenta, pero le convencí de que podía arreglarla y finalmente van a trasladarla a Gorki.

—¿En serio? ¡Pero eso es fantástico! ¿Cómo no lo has contado antes? ¿Y le hablaste de nosotros? ¿Le dijiste que viajabas con dos compañeros que también podrían serle útiles?

—Sí. Claro. Claro que se lo dije...

—¿Y?...

—Lo siento, Andrew. Le insistí, pero me respondió que ese puesto era sólo para mí.

—¿Qué? Pero ¿con quién diablos se pensaba que trataba ese viejo capitalista? ¡Con una panda de harapientos! Seguro que desconocía que nosotros viajamos con un puesto de trabajo asegurado. ¿Y tú qué le contestaste? ¡Oh, Dios! Te juro que habría pagado hasta mi último dólar por verle la cara cuando rechazaste su oferta —sonrió ufano.

Jack enmudeció. De repente Andrew advirtió que en el rostro de Jack se instalaba la misma expresión que adoptó su jefe el día en que lo despidió de la imprenta.

—¿Eh? Jack. ¿Qué sucede? No aceptarías, ¿verdad?... No aceptarías...

—Lo intenté. Le insistí para que también os hiciera una oferta a vosotros, pero me contestó que sólo tenía dos opciones: aceptar su propuesta y comenzar a labrarme un futuro prometedor, o rechazarla y trabajar en una cadena de montaje el resto de mi vida.

—Pero si te separas de nosotros, ¿cómo haremos para integrarnos? Tú eres quien conoce el idioma. Quien podría emplear su valía para situarnos holgadamente. —Andrew se colocó las gafas con tal furia que casi partió una patilla—. ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé, Andrew. No sé cómo funcionan aquí las cosas. Sobre la Unión Soviética, tú eras quien tenía todas las respuestas.

Jack tomó asiento en un banco fuera de la sala de espera. Se sentía en deuda con Andrew y Sue, pero ignoraba de qué forma corresponderlos. Los dos se habían alejado para dar un paseo por los alrededores. Él no deseaba ver a nadie. Algunos viajeros que sabían de su conocimiento del idioma ruso le

habían estado importunando, solicitándole traducciones de folletos y pasajes, pero él necesitaba tiempo para meditar cómo compensar a sus amigos. No encontró la forma, hasta que reparó en los viajeros que continuaban asediándole con las traducciones.

Se levantó con decisión y comprobó en un tablón cercano las tarifas correspondientes a los trayectos internacionales. Tras tomar varias notas se dirigió hacia un grupo de viajeros y comenzó a congregarlos bajo la promesa de un trato que no podrían rechazar: él se encargaría de adquirirles los billetes, ahorrándoles los problemas del idioma y con una rebaja del cinco por ciento sobre el precio oficial estipulado hasta Leningrado.

—Así, ¿sin más? —preguntó un hombre barbudo de gesto desconfiado.

—Como lo oís, amigos. ¡Que no se diga que los americanos no nos ayudamos entre nosotros! —dijo, recordando las palabras de Andrew.

Algunos recelaron, pero la mayoría estuvo de acuerdo. Le entregaron las cantidades exactas, y Jack, tras extender a cada emigrante el correspondiente recibo, se encaminó hacia las taquillas de tránsitos internacionales, donde, para su sorpresa, encontró a Elizabeth Hewitt junto a su doncella de compañía, discutiendo de negocios con dos soviéticos.

Mientras aguardaba su turno, Jack no pudo evitar prestar atención al contenido de la conversación que la doncella intentaba mantener en un ruso rudimentario. Sin embargo, la mayor parte de su interés lo concitó el propio aspecto de Elizabeth: vestía un abrigo de piel rojo con mitones blancos, tocada con una *ushanka*, el célebre gorro ruso con orejeras que la tornaba aún más arrebatadora. Jack trató de pasar desapercibido, pero la joven, que ya había advertido su presencia, le dedicó una mirada furtiva. A él se le aceleró el pulso. Entre mirada y mirada, fantaseó sobre cuáles serían las aficiones de la joven. Quizá practicara hípica y tenis, hablara francés y tocara algún instrumento refinado.

Conforme avanzaba la cola, Jack se concentró en recontar el dinero que le había entregado una cincuentena de pasajeros. Si los números no le fallaban, aun descontando el cinco por ciento de rebaja, todavía obtendría un beneficio sustancioso, toda vez que la oferta por adquisición conjunta ascendía al veinticinco por ciento. Una vez llegado su turno, adquirió los billetes, comprobó el cambio y ocultó sigilosamente las ganancias en el bolsillo

interior que se había cosido dentro del pantalón para evitar cualquier hurto. Se estaba dando la vuelta aún con la mano en la entrepierna, cuando se dio de bruces con el rostro de Elizabeth.

—¡Vaya! —exclamó la joven con fingido asombro—. ¿Otra vez manejando maquinaria, señor Beilis?

Jack sacó la mano de su pantalón como si se la hubiera quemado con un hierro al rojo.

—¡Elizabeth! ¡Qué..., qué grata sorpresa! Yo estaba..., estaba... —Le mostró algunos rublos que le habían entregado como cambio para disimular su sonrojo.

—¡Oh! ¡Una forma original de fabricar dinero! Pero no es necesario que nos proporciones los detalles, ¿verdad, Gertrud? —le dijo volviendo al tuteo.

—¡Señorita Elizabeth! Debo recordarle que al señor Hewitt no le agrada que hable usted con desconocidos. ¡Y menos aún —dibujó un rictus de desagrado como si le hubiesen plantado de postre un plato de vísceras— con desconocidos que van por ahí... tocándose en ese sitio!

La joven dedicó una sonrisa a su dama de compañía, dejando entrever una dentadura radiante como el nácar.

—No te alarmes, Gertrud. Jack es un viejo conocido, y por lo que sé, te aseguro que es del agrado de mi tío.

—Me alegra que piense eso, Elizabeth —dijo Jack, aún azorado, intentando ofrecer su mejor cara.

—Bueno, Jack. Que seas del agrado de mi tío no significa que lo seas del mío. —Su intensa mirada lo turbó, porque sus ojos parecían contradecir sus palabras.

Jack terminó de recomponerse, se alisó la chaqueta con las manos y trató de recuperar la calma. No quería malograr una ocasión que quizá no volviera a repetirse.

—Tengo entendido que permanecerán unos días en Helsinki —acertó a decir.

—Veo que incluso en este lado del mundo las noticias vuelan. Así es: nos quedaremos hasta que los médicos determinen el alcance de la lesión de mi tío. Y si todo va bien, viajaremos luego hasta Moscú, donde debe resolver unos asuntos, de modo que, según parece, aquí se separan nuestros caminos

—le espetó.

—Quizá no. Nosotros cogemos el tren que parte ahora hacia Leningrado, pero luego también nos desplazaremos a la capital, a canjear unos documentos... No sé. Puede que allí volvamos a encontrarnos.

—¿Sí? No lo creo. Moscú es una ciudad tan grande, que el que coincidiéramos sería tan disparatado como el que un oso polar se topase con un pigmeo. Buenos días, señor Jack —e hizo ademán de retirarse.

—Ya. Y en tal caso, ¿yo qué sería? ¿El oso o el pigmeo? —se atrevió a retenerla por el brazo mientras le ofrecía su mejor sonrisa.

Elizabeth se la devolvió, lo que provocó que, por primera vez, Jack pensase que la joven comenzaba a rendirse a sus encantos.

—Supongo que el oso.

—¿Y ese oso podría bailar contigo el próximo viernes en tu fiesta del hotel Metropol en Moscú? —la tuteó.

—Pero ¿cómo sabes...? —Se quedó sin palabras.

—Lo siento. No pude evitar escuchar tu conversación con esos soviéticos de Intourist a los que encargabas los detalles de la celebración de tu cumpleaños.

—¡Ah! Comprendo... Está bien, Jack. Dejemos un par de cosas claras. —Se soltó suavemente de su mano—. Puede que en algún momento me hayas parecido un chico divertido. Sí. Eres atrevido, ocurrente, e incluso bien parecido... Pero mírate. —Lo escrutó de arriba abajo, como si sumara el precio de cada una de las prendas que vestía—. Te aseguro que no eres, ni de lejos, la clase de hombre con el que una Hewitt se presentaría ante sus amigos.

Jack observó cómo la figura de Elizabeth Hewitt desaparecía poco a poco entre la muchedumbre. Cuando la perdió de vista, continuó de pie, inmóvil, embelesado con los últimos retazos de su caminar y permaneció así un rato hasta que las campanadas del reloj de la estación le recordaron que debía regresar con los suyos. Sin embargo, no se apresuró. Comprobó que sus billetes de tren seguían a buen recaudo y se encaminó despacio hacia el lugar donde aguardaban sus compatriotas con el propósito de finalizar su negocio. No obstante, mientras avanzaba, olvidó por un momento los beneficios y centró su pensamiento en la sobrina del ingeniero. Quizá él en aquel instante

no fuera el tipo de hombre con el que saldría una acaudalada como ella, pero lo que Elizabeth Hewitt ignoraba era que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para conseguirlo.

La gigantesca caldera de la locomotora *Lokomotive Factory Octoberrevolution* bufó con rabia, orgullosa de la estrella roja de cinco puntas que lucía en su frontal, y escupió una inmensa fumarola de vapor que inundó de blanco el andén de la estación. De inmediato, el tren se estremeció, y entre sacudidas y chirridos comenzó a tirar pesadamente del convoy mientras los últimos viajeros ascendían de un salto a sus vagones, apremiados por los silbatos de los ferroviarios. Jack se alegró de haber anticipado su subida porque le había permitido negociar con el interventor el acomodo de los Miller y los Daniels en un compartimento contiguo al que había conseguido para él y sus amigos. Aunque fuera de tercera clase, al menos viajarían holgados y separados de los campesinos finlandeses, que lo hacían cargados como mulos. Andrew se retrepó para descansar la espalda y Sue se acomodó en su regazo. Sin embargo, al poco de partir, una familia de aldeanos soviéticos ocultos bajo un cargamento de gallinas vio los asientos libres, y saludando a voces los ocuparon de inmediato.

Tras los primeros instantes de sorpresa, Jack observó a los recién llegados. La mujer parecía una gigantesca muñeca de trapo a la que alguien hubiera rellenado de lana hasta hacerle saltar las costuras. En cuanto a su marido y sus hijos, era obvio que se alimentaban del mismo modo. Por fortuna, lo que tenían de obesos lo tenían de amigables, y al poco de abandonar Helsinki les ofrecieron unas mazorcas cocidas junto a una porción

de pastel de cardamomo, que a Sue, Andrew y Jack les supieron como el mismísimo cielo.

Pasados los primeros kilómetros, la pareja de campesinos se mostró tan abierta y lenguaraz que Jack hubo de esforzarse para recordar lo mejor de su vocabulario ruso. Entre bocado y bocado, Constantin, como dijo llamarse el cabeza de familia, se mostró interesado por las costumbres americanas, y se asombró al averiguar que los estadounidenses podían viajar con libertad de un estado a otro sin que nadie lo autorizara. Luego, entre risas que dejaban al aire sus encías salpicadas de piezas de oro, presumió de conocer a los americanos gracias a los documentales que exhibían algunos cines soviéticos, resumiendo su sabiduría en dos sentencias palmarias: el béisbol era un juego ridículo consistente en atizar a una pelota con un palo, y los vaqueros habían conquistado el viejo Oeste porque los indios siempre atacaban trazando círculos para que les dispararan como en una atracción de feria. Jack escuchó complaciente mientras se asombraba por la rapidez con la que Constantin vaciaba la botella de vodka por su garganta. Entretanto, su esposa Olga, que parecía prestar especial atención a la ropa y los zapatos de Sue, le preguntó a ésta por las actrices de moda.

Jack hizo de intérprete como pudo.

—Está realmente fascinada —tradujo Jack a Sue—. Ahora pregunta si le cambiarías tu falda por su abrigo de piel.

—¿En serio? —respondió ella, incrédula—. Pero si está destrozada... —Se la miró—. Además, no sé si él lo aprobaría... —Y señaló el hueco que había dejado Andrew al abandonar el compartimento para tomar un té en la cafetería del vagón de cola.

—¡Pero qué bobada! Si llevas todo el viaje quejándote del frío. ¡Aprovecha! —la animó Jack.

—¿Tú crees? —puso tono de niña caprichosa—. Es que no parece que ese abrigo sea de mi talla...

—¡Toma! Ni tu falda de la suya. ¿Qué importa? Recortas lo que sobre y con el retal te confeccionas un gorro.

Pese a no entender la conversación, la campesina soviética se despojó del abrigo de piel y se lo tendió a Sue con una sonrisa que escondió sus ojillos bajo las rechonchas mejillas. Sue acarició la prenda con cuidado,

maravillándose con la suavidad de su pelo e imaginando que un buen lavado eliminaría el olor a gallina.

—¿Me ayudas a probármelo afuera? Aquí no tengo espacio —le pidió a Jack.

—Por supuesto. —Cogió la prenda y salió al pasillo tras Sue, quien en un rápido movimiento deslizó un brazo bajo la manga del abrigo y dejó que Jack terminara de enfundarle la otra.

—¿Cómo me queda? —E imitó la pose de una actriz de vodevil.

—Te van a ver —respondió Jack, y señaló a los pasajeros que se abarrotaban fuera. Se disponía a volver al compartimento, cuando Sue se lo impidió.

—Espera. Aún tengo que entregarle la falda.

Sin dejar que Jack respondiera, se volvió hacia él y, utilizándolo como parapeto, se despojó de la falda, dejando que contemplara la palidez de sus piernas rematadas por una ajustada braga blanca. A Jack le incomodó el descaro de Sue, aunque no pudo evitar que el agujijón del deseo le sobrevolara.

—Termina ya —dijo mirando hacia otro lado.

Sue se abotonó el abrigo con un gesto rápido y entró en el compartimento, donde Olga, que aguardaba mascullando «*Krasivyy...*, *krasivyy...*», recogió impaciente su nuevo tesoro.

—¿Qué dice? —preguntó Sue.

—Que aunque no le valga, es preciosa —le tradujo Jack, mientras tomaba asiento.

Sue se dejó caer sobre el banco de madera, permitiendo que su abrigo semiabrochado mostrara a Jack el inicio de su entrepierna. Él inspiró con fuerza para sacudirse la incomodidad que le azoraba e intentó distraerse mirando las gallinas que sacudían espasmódicamente las cabezas dentro de sus jaulas, pero su vista le desobedeció, atraída por la blancura de unos muslos delgados y prietos, que contrastaban con la oscuridad del abrigo. Hacía meses que no gozaba de una mujer. Conforme su respiración se aceleraba, dejó de lado su recato y sus ojos se clavaron en el pubis de Sue, mientras ella, imperturbable, manejaba la escena. Nadie más parecía darse cuenta de lo que sucedía. Sólo Sue y él, pese a estar rodeados por un par de

críos adormilados y un matrimonio de campesinos soviéticos entretenido en descubrir hasta el último encaje de una vieja falda americana. Jack se retorció en su asiento, incomodado por un intenso calor cuya procedencia no sabía si atribuir al tosco radiador de la ventanilla, o a la actitud de Sue. Pensó en Andrew. Finalmente, se desabrochó el cuello de la camisa y se levantó.

—No aguanto este olor. Voy a ver qué hace tu prometido —dijo, y salió del compartimento en dirección al vagón de cola.

De camino a la cafetería, Jack hubo de sortear a las decenas de viajeros que se hacinaban en los pasillos, algunos envueltos en tantos harapos que apenas si se distinguían de los petates en los que transportaban sus míseras pertenencias. Los contempló con lástima. Al contrario que él, ninguno de ellos había pagado al *provodnitsa* los cinco rublos que cobraba por reservar un asiento ni los cinco suplementarios por unas mantas. Sin embargo, entre traqueteo y traqueteo, lo que más le sorprendió fue el desagradable aroma que despedían la mayoría de los compartimentos ocupados por ciudadanos rusos y finlandeses, incluidos los de primera clase. El mismo olor que él había achacado a las gallinas de los campesinos.

Transitaba por los vagones posteriores preguntándose por su procedencia, cuando se topó con Andrew, que regresaba de la cafetería.

—¡Eh!, Jack. Ahora mismo iba a avisaros. Unos lugareños me han informado de que en cualquier momento llegaremos a Viipuri, la última ciudad finlandesa. ¿No te parece increíble? Sortearemos la aduana y en un par de horas nos plantaremos en Leningrado. —Se desprendió de sus gafas para limpiar el vaho que empañaba los cristales. Su rostro era el espejo de la felicidad.

—Eso es estupendo. —Jack se alegró de que Andrew, mudo desde su desencuentro en la estación, volviera a dirigirle la palabra—. Pero mejor esperemos aquí. Sue está durmiendo y el compartimento apesta —dijo en un intento de postergar su reencuentro con la joven. Aún le turbaba la imagen de su entropierna.

En ese instante, los frenos de la locomotora chirriaron y los vagones retemblaron como si circularan sobre raíles de madera. Lentamente, entre resoplidos y bufidos, el tren se fue deteniendo hasta exhalar su último suspiro frente al andén de la estación de Viipuri. Cuando por fin sonó el silbato del

provodnitsa, una estampida de finlandeses abandonó el convoy y corrió hacia los puestos de provisiones que los campesinos del lugar habían instalado en el andén, junto a la vía. Jack y Andrew desafiaron el frío de la noche y bajaron a estirar las piernas. Mientras caminaban, Jack se maravilló con las decenas de estelas de vaho que exhalaban los viajeros y que, a modo de fumaradas, iluminaban la noche a cada bocanada.

—¿Qué hacen? —preguntó Andrew.

—No lo sé. Parece que compran alimentos —dijo Jack, aterido por el frío.

En ese momento, Jack advirtió que Constantin, su compañero de compartimento, regateaba con un granjero el precio de un saco de patatas. Dejó a Andrew un momento y se acercó a preguntarle.

—¿Qué te ha dicho? —se interesó su amigo a su regreso, mientras sus ojos parpadeaban tras el cristal empañado de sus gafas.

—Que si no queremos morirnos de hambre en Rusia, gastemos hasta el último rublo en comprar carne y hortalizas.

Cuando Sue comprobó que Andrew, Jack y Constantin regresaban al compartimento cargados hasta las cejas, no supo qué pensar. Jack había comprado salchichas de venado ahumadas, pudin de arroz y galletas de canela, además de un paquete que olía igual de mal que dentro del vagón. Al preguntarle a Jack por su contenido, Constantin se adelantó.

—*Klavo, Gvozd*. —Enseñó unos polvos marrones y sonrió.

—Es clavo machacado —aclaró Jack—. Eso era lo que olía extraño. Coged un poco y extendéoslo. Por lo visto los rusos lo utilizan para ahuyentar a los piojos.

Mientras guardaba los alimentos, les explicó que Constantin le había asegurado que de esa forma prevenían el tifus transmitido por aquellos parásitos.

—Así que he comprado suficiente como para revenderlo a los demás viajeros —añadió orgulloso.

Andrew dedicó a Jack una mirada de desaprobación.

—Lo que no comprendo es de dónde diablos has sacado el dinero para toda esta compra. ¿A tanto asciende la oferta de Hewitt?

—¿Qué oferta es ésa? —se interesó Sue.

Jack carraspeó. La policía de fronteras estaba a punto de subir y no quería que los sorprendieran discutiendo.

—Para tu tranquilidad, no tiene nada que ver con la propuesta de Hewitt.

—¿No? Y entonces ¿de dónde lo has sacado? Porque que yo sepa, nadie más ha comprado medio mercado esta noche.

Jack permaneció en silencio, sopesando si revelarle a Andrew el origen de sus ganancias. Sabía que se lo reprocharía pero debía sincerarse.

—Es por los billetes.

—¿De qué billetes hablas?

—De los de tren que adquirí en Helsinki. Al comprarlos conjuntamente, me hicieron un descuento del veinticinco por ciento.

—¿Y te has aprovechado de tus compatriotas en tu propio beneficio?

—¡Eh! No me vengas con ésas, Andrew. A ellos les ofrecí una rebaja del cinco por ciento, y en cuanto a vosotros dos, hasta hace un segundo parecíais bien dispuestos a engullir parte de mis «beneficios». —Y señaló los paquetes de comida que les había repartido.

Sue miró a Jack y luego se volvió hacia Andrew.

—Jack tiene razón. Necesitamos la comida y no ha hecho nada malo.

—¿Que no? —gritó Andrew—. Engañó a los demás y se quedó con su dinero.

—¡Yo no he engañado a nadie! —El gesto de Jack se tornó severo.

—Pero ¿por qué te pones así? Lo que dice Jack es cierto. Él sólo ofreció a los viajeros comprar sus billetes con un determinado descuento. Si luego obtuvo un descuento mayor y se benefició con ello, no creo que...

—¡Joder, Sue! ¿De lado de quién estás?

Sue se disponía a responder cuando inesperadamente se abrió la portezuela del compartimento y una linterna les enfocó a los ojos. Jack, Andrew y Sue enmudecieron.

—¿Algún problema, señores? —preguntó el oficial finlandés, en un inglés espeso.

Jack y Sue permanecieron en silencio. Sólo Andrew desafió el foco de luz, que le deslumbraba.

—No, señor. Ningún problema. Por el momento.

Jack obvió el insistente golpeteo de nudillos que le apremiaba para que saliera del retrete y continuó ocultando los billetes en el bolsillo secreto. En total sumó setenta dólares, resultado de añadir a sus exiguos ahorros los beneficios obtenidos con la adquisición de los billetes de tren y los que le acababa de proporcionar la venta de los polvos de clavo a los atemorizados americanos. Para disimular, dejó afuera algunos billetes y el puñado de rublos que había cambiado en la agencia ferroviaria de Helsinki. Estaba abrochándose cuando aporrearon la puerta de nuevo. Jack gritó que lo dejaran en paz. Las manos le titubeaban casi tanto como el cerebro. No estaba seguro de hacer lo correcto. Llegarían a la frontera de Beloostrov de un momento a otro. El silbido de la locomotora pareció anunciar su proximidad.

Se lavó la cara con un hilo de agua helada. Al abrir la puerta se dio de bruces con un viejo iracundo que le amenazó con orinarle encima. Jack lo apartó como pudo y se encaminó hacia su compartimento, con la duda carcomiéndole las entrañas.

Horas atrás, el agente de cambio de la estación de Helsinki le había advertido que el rublo aún no era una divisa reconocida y, en consecuencia, su valor dependía de lo que los bancos internacionales decidieran pagar en cada momento por ella. Por tal razón, la valía de los rublos no podía ni preverse ni, menos aún, garantizarse. Horas antes, Constantin se lo había confirmado.

Entre trago y trago, el campesino le había asegurado haber sufrido en sus carnes las continuas devaluaciones que habían depreciado sus ahorros hasta otorgarles el valor de un puñado de nieve. Y por esa misma razón le había aconsejado a Jack que ocultara su dinero. Si no lo hacía, la guardia fronteriza le entregaría dos rublos por cada dólar, pero si lo escondía, en el mercado negro ruso podría obtener hasta cuarenta y cinco.

—He visto que manejas dólares. Yo podría ayudarte, a cambio de una pequeña comisión. Sólo hay que conocer a las personas adecuadas —le había propuesto, justo antes de que su mujer le propinara un codazo para recriminárselo.

A Jack le había interesado. Obsequió al matrimonio con alguno de los manjares adquiridos y animó a Constantin a que continuara. Quizá sólo fuera

una corazonada, pero las palabras de aquel hombre destilaban la sinceridad de quien no tiene nada que perder porque ya lo ha perdido todo. Recordó que, tras vaciar la primera botella, el campesino le había hablado sobre su antigua condición de *kulák*, un próspero terrateniente heredero de las tierras que sus padres heredaron de sus abuelos. Constantin se tenía por un patrón honesto, que trataba a sus trabajadores con aprecio a cambio de un jornal justo. Aun así, los bolcheviques lo tacharon de explotador al que se debía exterminar. Tuvo la suerte de sobrevivir. No como otros. Odiaba tanto a los bolcheviques que, de haber tenido la oportunidad, los habría matado a todos con sus propias manos. Mediada la segunda botella, le explicó que tras las expropiaciones que sucedieron a la Revolución de 1917, él y los suyos subsistieron trabajando como esclavos en una granja colectiva. Durante años soportaron las amenazas y las burlas de sus antiguos siervos hasta que en 1921, el presidente Lenin implantó el NEP, el Nuevo Plan Económico que conduciría a la Unión Soviética a la cima de la prosperidad. Aquellas siglas tan asépticas significaron para Constantin un atisbo de esperanza, pues de la noche a la mañana la propiedad privada volvió a considerarse algo legal. Su rabia y su determinación le impulsaron a trabajar a destajo, robándole horas al sueño y ahorrando lo suficiente como para hacer rentables los cultivos de la pequeña parcela que los bolcheviques le permitieron adquirir. Poco a poco, y con inmensas privaciones, volvió a florecer, sin caer en la cuenta de que los bolcheviques jamás tolerarían la prosperidad individual aunque ésta se hubiera logrado con sudor y sangre. Stalin se encargó de demostrárselo cuando, a los tres años de llegar al poder, abolió la propiedad privada aprobada por Lenin. Sin embargo, en esa ocasión, cuando los bolcheviques vinieron a expoliarle, su hijo mayor se enfrentó a ellos a pedradas. Ahora yacía enterrado bajo la misma tierra que aró hasta morir.

Por eso Constantin bebía, y por eso los odiaba. Desde entonces, él y los suyos vivían del contrabando bajo la apariencia de una familia campesina que viajaba de vez en cuando a Finlandia para visitar a unos parientes.

Antes de entrar a su compartimento, Jack se ajustó el pantalón. Quizá Andrew hubiera rebatido la versión de Constantin para justificar a los

bolcheviques, pero él no era Andrew ni sabía de política. Y conocía muy bien el lenguaje de la desesperación. Imaginó que el mismo lenguaje que Constantin debía de haber atisbado en él, al hacerle partícipe de sus confidencias.

Dentro, todos dormitaban. Jack se acomodó frente a Andrew y miró a Sue, recostada sobre su hombro, con su abrigo nuevo cuidadosamente abotonado hasta las rodillas. Intentó olvidar sus piernas y volvió a cuestionarse la conveniencia de ocultar los dólares en la aduana. A ojos de Andrew, y estando a las puertas de un empleo seguro, quizá resultase una temeridad, pero su decisión no obedecía a un simple deseo de enriquecimiento. En realidad, no sabían lo que se iban a encontrar en Rusia, ni en qué condiciones firmarían sus contratos. De hecho, el puesto prometido por Wilbur Hewitt sólo era eso: una promesa. El ingeniero podría empeorar de su herida y verse obligado a permanecer en Helsinki, regresar a Estados Unidos, o incluso podría suceder que, aunque sanara conforme a sus previsiones, olvidara su oferta en cuanto llegara a Gorki. Por otra parte, si los aduaneros le descubrían el dinero, siempre podía hacerse el ignorante. Al fin y al cabo, lo único obligatorio era declarar los dólares que iba a introducir en el país, pero no cambiarlos. Constantin le había explicado que si decidía conservarlos, el servicio de aduanas le entregaría un justificante en el que constaría la cantidad de divisas que había decidido guardar y que debería exhibir con posterioridad cada vez que acudiera a un banco soviético para canjearlas. En cada transacción que efectuara, le proporcionarían un nuevo recibo que justificaría los dólares cambiados, de forma que el gobierno tendría siempre controlado hasta su último centavo.

Y eso no le agradaba.

El susurro de Andrew le arrancó de sus pensamientos.

—Pásame tu pasaporte —le dijo, y se incorporó con un bostezo.

Jack se lo entregó.

Los tres habían acordado que fuera Andrew el encargado de afrontar los trámites de inmigración, ya que éstos se llevarían a cabo en inglés, y confiaban en que su entusiasmo, su desparpajo, y sobre todo, su conocimiento del régimen soviético facilitarían el papeleo. Andrew tomó el documento, lo colocó junto al de Sue y el suyo y miró por la ventanilla. Unas

luminarias parpadearon en la lejanía.

—¡La primera ciudad soviética! Despertemos a Sue. —Y lo hizo besando a su novia en la mejilla.

A Jack le pareció que los funcionarios de aduanas soviéticos de Beloostrov realizaban su trabajo con la misma eficacia y falta de entusiasmo que los operarios de una cadena de montaje. Nada más descender del tren, separaron a los emigrantes por nacionalidades, les enumeraron en un inglés precario el listado de artículos prohibidos, comprobaron sus visados y emprendieron un exhaustivo registro sin que cupiera ningún tipo de objeción al respecto.

Se los veía entrenados. A Bishop Mcgee, un cuáquero de Arizona cuya sordera le impedía comprender las instrucciones, estuvieron a punto de detenerlo cuando se negó a que le cachease una funcionaria. Por fortuna, los chillidos de su esposa alertaron a Andrew, quien convenció al viejo de que en la Unión Soviética las mujeres desempeñaban los mismos trabajos que los hombres. Quizá tuviera su lógica. Sin embargo, a los ojos de Jack, otros casos resultaron más incomprensibles. A Berthold Finns, un médico californiano que se había embarcado en el *S. S. Cliffwood* impelido por un afán de solidaridad comunista, le resultó inconcebible que los agentes de aduanas le retuvieran su fonendoscopio porque desconocían la función del artilugio. De igual modo le sorprendió que obligasen a Richard Barnes, el abogado de convicciones socialistas que le precedía, a desprenderse de sus libros de leyes porque estaban escritos en inglés. Pero lo que más le impresionó fue el momento en el que uno de los agentes requisó a un pequeñuelo su patinete, justificando su acción por el hecho de que un juguete de aquel tipo provocaría la envidia de los niños soviéticos menos afortunados.

Cuando le tocó el turno a Jack, Andrew se adelantó conforme a lo convenido, con los pasaportes en la mano.

Jack observó al joven funcionario soviético mientras éste hacía su trabajo. De unos veinte años y coloretos de pastor, examinaba los documentos con una minuciosidad exasperante.

—Esperen un minuto —dijo en una jerga similar al inglés. A continuación se retiró con los pasaportes y cuchicheó algo con quien parecía

ser el jefe de la unidad. Jack advirtió que el joven señalaba, en concreto, su pasaporte.

—¿Algún problema? —preguntó Andrew, parpadeando como si le hubiera entrado una mota en los ojos.

El oficial que retenía los documentos se les acercó con cara de pocos amigos.

—Lo siento, pero será necesario hacer unas comprobaciones. —Y agitó en el aire el pasaporte falso.

Jack enmudeció. En cuanto realizaran las pertinentes averiguaciones, descubrirían que era un prófugo acusado de asesinato. Por un instante pensó en escapar, pero se hallaba en medio de la nada y comprometería a sus amigos. Andrew pareció adivinarlo.

—Mire, oficial, somos gente honrada. —Se despojó de sus gafas—. Trabajadores proletarios que...

—¿Tienen algo que declarar? ¿Dinero, joyas?... —le interrumpió.

—¿Cómo? No, no...

Andrew se colocó de nuevo las lentes y depositó sobre su baúl de forma precipitada un puñado de monedas, un antiguo carnet del Partido Comunista de Estados Unidos y un lápiz despuntado. Sue entregó el certificado de matrimonio que habían confeccionado en la imprenta y una foto antigua en la que aparecía en bañador junto a una amiga. Por su parte, Jack dejó diez dólares arrugados y la carta de recomendación que le había proporcionado la agencia Amtorg. Pese a la advertencia, mantuvo oculta la medalla de su madre. El agente de aduanas echó un vistazo al carnet y a la recomendación, pero se detuvo en la fotografía de Sue, que cogió y miró con delectación.

—¿Así es como visten en su país? —Sonrió.

Jack le arrebató la fotografía, simulando el papel de marido afrentado.

—Los americanos hemos venido a la Unión Soviética a ofrecer nuestro trabajo, ¿entiende? *Sólo* nuestro trabajo.

El hombre esbozó una sonrisa y hojeó de nuevo los pasaportes.

—Jack Beilis. Tiene un apellido curioso...

—¿Sí? Ignoraba que un apellido pudiera despertar curiosidad... ¿Cuál es el suyo?

—El mío no le importa. —Borró la sonrisa de su rostro—. Abran sus

equipajes.

Una vez cumplimentada la orden, el oficial examinó su contenido. No comentó nada, aunque le asombró el acopio de alimentos. Cuando terminó, enarcó una ceja, insatisfecho.

—¿Todo bien, camarada? —intentó confraternizar Andrew.

—Alexei Petrov y Mijaíl Lévedev eran mis camaradas. Los dos murieron durante la Revolución del diecisiete —espetó con gesto avinagrado—. Está bien. Recojan sus cosas.

Jack, Sue y Andrew no necesitaron oírlo dos veces. Amontonaron sus pertenencias como si fueran a introducirlas en un saco de ropa sucia y se aprestaron a obedecer. Sin embargo, cuando Jack extendió la mano para recoger su pasaporte, el oficial de aduanas se lo denegó.

—Usted espere. Aún he de realizar unas comprobaciones. Pura rutina — le aseguró en un tono que afirmaba lo contrario—. Mi ayudante le entregará un resguardo con el que podrá desplazarse por toda la nación hasta que resolvamos este asunto.

—Pero ¿cuál es el problema? —intervino Sue.

—En la Unión Soviética no suele haber problemas. Tan sólo, de vez en cuando, los que ocasionan los extranjeros.

Aunque la distancia entre Beloostrov y Leningrado acostumbrara a cubrirse en un par de horas, a Jack el trayecto se le antojó eterno. No había expresado sus temores en voz alta por no preocupar a Sue, pero en su mente comenzaba a barajar escenarios poco halagüeños. Sin embargo, su única opción consistía en seguir adelante, y mejor cuanto más lejos.

Durante los últimos kilómetros, intentó conciliar el sueño sin éxito. Hewitt..., su sobrina Elizabeth..., el incidente de la aduana... Demasiadas emociones con el regusto común de un futuro incierto. Mientras intentaba relajarse, su mano hurgó en el bolsillo donde había ocultado sus dólares. Le alegró que no le hubiesen cacheado, aunque en ello hubiera tenido que ver la mala fortuna de Brady *el Silicoso*. Durante el registro, un inoportuno ataque de tos había delatado su enfermedad y el posterior revuelo había interrumpido los cacheos. Lo sintió por él. Lo imaginó solo y asustado en alguna celda

oscura, a la espera de ser repatriado.

Aspiró una bocanada de aire y miró a su alrededor.

Comenzaba a amanecer, y las ventanillas empañadas por el vaho dejaban entrever los nevados sembrados de la antigua San Petersburgo. Cuando limpió el cristal descubrió que el paisaje era como se lo había descrito su padre en su niñez: campos limpios, impolutos, como recién pintados de blanco, salpicados por alguna dacha solitaria con su pequeño jardín poblado de abetos y su chimenea moteando el cielo de humo. Sin embargo, conforme el tren se acercaba a la estación de Leningrado, empezaron a surgir, uno tras otro, oscuros edificios de cemento a los que Constantin se refirió como las colmenas de los obreros.

—Y pronto seréis vosotros las abejas que viven dentro.

En el andén de la estación Finlyandsky de Leningrado se produjeron las primeras despedidas. Algunos de los americanos que viajaban con contratos firmados por la Leningradsky Metallichesky Zavod habían extendido el rumor de que en la gigantesca fundición situada a orillas del Neva se necesitaba mano de obra adicional y los Miller habían decidido dar por concluido su periplo para probar fortuna en San Petersburgo. Andrew y Sue les desearon toda la suerte del mundo. Jack, temblando por el frío y atareado en averiguar la forma más rápida y económica de desplazarse hasta Moscú, les dedicó un saludo desde lejos.

De camino hacia el despacho de billetes, se fijó en los dos formidables carteles que colgaban de la fachada de la estación, con las efigies de Stalin y Lenin representadas cual héroes mitológicos. Lucían impecables, en contraste con las paredes agrietadas, que, al igual que el resto del edificio, parecían caerse a pedazos. Sin embargo, lo que más le inquietó fueron las decenas de campesinos andrajosos que deambulaban de un lado para otro con la mirada perdida, y unos pies descalzos cubiertos de una suciedad tan antigua que hacía imposible discernir su verdadero color.

Jack estuvo tentado de pellizcarse. Le resultaba difícil creer que la misma Unión Soviética que se autoproclamaba el país de la abundancia en el que sobraban el pan y el trabajo apareciera ante sus ojos como una vieja fotografía amarilleada por el paso del tiempo. Se volvió para contemplar la

horda de mendigos, obreros y campesinos que deambulaban en el exterior. Ni un taxi, ni un vehículo a motor, ni una motocicleta. Nada que pudiera asociarse al progreso. Sólo gente a pie, un viejo tranvía y carruajes de caballos sobre el pavimento nevado.

Se disponía a preguntar por los billetes, cuando de repente alguien le aferró el brazo. Al volverse encontró a Constantin, con el rostro completamente desenchajado.

—¿Has visto a mi hijo Nikolai? —gritó.

—Pues no. La última vez que lo vi estaba contigo en el andén. ¿Qué sucede?

—¡Diablo de chiquillo! Desapareció mientras descargábamos las gallinas y no lo localizamos.

Jack escrutó a su alrededor. Observó que en una esquina hacía guardia un hombre uniformado.

—¿Has preguntado a aquel policía?

—¿Pedir ayuda a un miembro de la OGPU? —escupió con asco—. Ése me haría mil preguntas antes de mover un solo dedo. ¡Dios! Tú no sabes cómo funciona esto. Aquí una vida no vale nada. Si le pasa algo a Nikolai...

Jack compartió el pesar del campesino. Pese a no comprender el motivo por el que no recurría a la policía, se ofreció a ayudarlo.

—Separémonos —propuso Constantin—. Tú quédate con Olga y busca por la estación mientras yo salgo a comprobar los alrededores. El primero que lo encuentre que espere junto a los carruajes.

Nada más asentir, el ruso salió al exterior de la estación como si le llevara el diablo. Por su parte, Jack advirtió a Andrew de sus intenciones y sugirió a Olga que vigilase el vestíbulo mientras él inspeccionaba los andenes.

A toda prisa, subió a varios trenes estacionados y recorrió sus vagones por si al pequeño se le hubiese ocurrido regresar al compartimento en el que habían viajado, pero en su interior sólo halló obreros y campesinos afanados en alcanzar cuanto antes su destino. Corrió de nuevo al apeadero y miró bajo los coches, en los aseos públicos, en la cafetería y en la barbería.

Se detuvo a recuperar el aliento. Nikolai no aparecía. Era como si se le hubiera tragado la tierra y hubieran tapado el agujero con cemento.

Se disponía a regresar al vestíbulo cuando, de repente, semioculta junto al

muelle de vías, distinguió la figura de un pequeñuelo, agazapada sobre un hombre tendido. El niño era Nikolai. Su pulso se disparó. Corrió hacia él mientras advertía que el pequeño introducía las manos en el abrigo del hombre y extraía algo que escondía en su bolsita de cuero. Jack aceleró el paso, sin comprender bien lo que sucedía. Por un momento le sobrecogió la idea de que pudiera tratarse de un depravado aprovechándose de la inocencia de un chiquillo, pero borró la imagen de su pensamiento y cruzó la maraña de vías a trompicones, gritando el nombre de Nikolai. Le faltaba una vía para alcanzarle cuando, inesperadamente, surgió de detrás de un vagón la figura del policía que había visto en el vestíbulo, y en un suspiro aferró a Nikolai en volandas y lo apartó del hombre tumbado.

Jack trató de recuperar el resuello mientras rogaba por que sus sospechas fueran equivocadas y el pequeño se encontrara indemne. Sin embargo, conforme se acercaba al policía, su duda se transformó en estupor al comprobar que el hombre que permanecía tendido, y al que había catalogado de depravado, en realidad era un cadáver congelado.

Iba a agradecer al policía su ayuda, cuando éste, en lugar de prestarle atención, le encañonó con una pistola.

—¿Es usted el padre de este niño? —gritó.

—Tranquilo. Por favor, baje el arma. Soy un amigo de la familia. Precisamente estaba...

Sin permitirle que terminara, el policía de la OGPU agarró la bolsa de cuero que pendía del cuello de Nikolai, se la arrancó de un tirón y sacó un documento.

—El crío estaba robando a un muerto y va a quedar detenido —afirmó, mirando al niño con la misma piedad de quien golpea contra el suelo un saco de gatitos recién nacidos.

Jack permaneció perplejo, sin saber qué responder. No comprendía cómo era posible que, en lugar de comprobar las circunstancias del fallecimiento, el policía se preocupara de detener a una criatura. Miró el rostro compungido de Nikolai, a quien el agente sostenía en brazos como si se tratara de un trofeo. Se disponía a recriminárselo, cuando de pronto advirtió la presencia de Constantin, oculto tras una columna. No logró imaginar por qué se escondía, pero supuso que obedecería a algún motivo poderoso. Trató de improvisar.

—Oficial, no pretendo poner en duda su palabra, pero ¿cómo puede estar tan seguro de que el crío estuviera robando al muerto? Yo me encontraba casi a la misma distancia que usted, y a mí me dio la impresión de que le tocaba el corazón para comprobar si tenía pulso.

El policía dejó a Nikolai en el suelo y enfundó su pistola, pero cuando éste intentó escapar hacia Jack, lo aferró por el brazo, zarandeándolo como a un muñeco.

—Ya. Y entonces supongo que esta cartilla de racionamiento a nombre de... —sacó el documento que había extraído de la bolsa de Nikolai, lo leyó y se lo mostró a Jack—, de Leonard Kerensky, debe de ser un certificado de defunción extendido por el crío, ¿no?

Jack contempló el papel mientras el agente se jactaba de capturar con asiduidad a los ladronzuelos que se dedicaban a vender las cartillas de quienes fallecían de hambre o de frío. Comprendió que quizá no fuera la primera vez que Nikolai hacía algo semejante, o que tal vez hubiera visto hacerlo a alguno de los suyos. En cualquier caso, sus opciones para rebatir al policía se habían reducido a cero. Apretó los labios. Volvió a mirar a Constantin, pero éste permaneció inmóvil tras la columna, como un venado asustado. Pensaba en renunciar a la defensa de Nikolai cuando, en el último instante, se le ocurrió algo. Fijó su mirada en la del policía y endureció el gesto.

—El muerto no era Leonard Kerensky. Leonard Kerensky soy yo. El crío debió de cogerme la cartilla jugando.

El policía esbozó una mueca de incredulidad. La ropa americana de Jack no habría engañado a un ciego, y su acento extranjero, menos.

—Kerensky... Dice usted que es Leonard Kerensky. —Miró de nuevo la cartilla y después al muerto, a sus pies, congelado.

—Así es.

—Muy bien. Entonces, dígame, ¿cómo es posible que en su cartilla de racionamiento conste que tiene usted sesenta y cinco años? —Sonrió.

Jack carraspeó. Sin embargo, estaba preparado.

—Porque ésa es mi edad —afirmó—, y aquí tengo el documento que lo demuestra. —Introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, manipuló algo y finalmente le tendió un sobre con la carta de recomendación

de Amtorg.

—¡Vaya! Americano... —dijo el policía, simulando sorpresa, y desplegó la carta que acababa de entregarle Jack—. Recomendado por la agencia soviética para desempeñar un inexcusable trabajo en la factoría de automóviles de Gorki —leyó.

Jack deseó que la información hiciese dudar al policía. De repente el hombre alzó una ceja. En el sobre, bajo la carta de documentación, había diez dólares ocultos.

Ambos enfrentaron sus miradas. La del agente perdió fuerza en su desafío.

—¿Sabe cuál es la pena por intentar corromper a un policía?

—Me gustaría no tener que saberlo. —Y sin añadir palabra, Jack sacó otros diez dólares y los introdujo bajo la carta que el policía sostenía en sus manos—. Hace mucho frío aquí afuera —miró las vías metálicas cubiertas por la escarcha—, y con esto podría comprarse calzado nuevo —agregó, señalando las deterioradas botas reglamentarias que dejaban al aire los pulgares del policía.

El agente miró a un lado y a otro, cogió los dólares de Jack y los guardó en su chaqueta. Aunque intentó que no se notara, Jack dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Qué relación ha dicho que le une a este diablillo? —preguntó el policía, mientras escrutaba a Jack de arriba abajo.

—Amigo de la familia —repitió.

—Pues esa familia debería enseñarle al crío que el uso ilegal de cartillas de racionamiento se considera un atentado contra las propiedades del Estado, y está penado con diez años de trabajos forzados.

—Desde luego. Sin embargo, convendrá conmigo en que el muchacho no ha empleado la cartilla de forma ilegal. Tan sólo la había cogido, con toda probabilidad para devolverla a las autoridades.

El guardia fijó de nuevo la vista en Jack hasta que por fin asintió con la cabeza. Se disponía a soltar a Nikolai cuando, inesperadamente, lo retuvo.

—Quíteselos —ordenó el agente.

—¿El qué? —Jack no comprendía.

—Su calzado. Es cierto que hace mucho frío aquí fuera.

Jack obedeció. Se desprendió de los estupendos zapatos que le había confeccionado su padre poco antes de su muerte y se los entregó al policía. Sintió que las piedras le congelaban los pies. Por fortuna, el policía se quitó lo que quedaba de sus botas y se las entregó a cambio.

—Una cosa más.

—¿Sí? —dijo Jack, mientras se calzaba las botas rotas.

—No intente este truco con otros. —Se palpó el lugar donde había guardado los dólares—. Seguramente acabará fusilado.

Constantin abrazó una y otra vez a Jack, hasta el punto de asfixiarlo.

—Deja algo para Nikolai —sonrió el americano.

De camino al vestíbulo, Constantin le confió que tiempo atrás había tenido un grave enfrentamiento con aquel mismo guardia corrupto.

—Un hijo de puta con delirios de grandeza —escupió—. Era minero antes de afiliarse al partido y comenzar a trabajar para la OGPU, como ellos denominan al Directorio Político Unificado del Estado, pero que en realidad es la policía secreta del gobierno. Lo destinaron al mercado de abastos, donde la Organización le pagaba un soborno para que hiciese la vista gorda a sus actividades clandestinas.

—¿La Organización?

—Ya sabes..., «amigos» que se ayudan mutuamente. No imaginarías que en un país como éste, un contrabandista podría sobrevivir operando en solitario. Aquí, el que carece de *blat*, carece de respaldo —aclaró.

Constantin le explicó que la Organización le había proporcionado los pasaportes falsos con los que su familia cruzaba la frontera de vez en cuando.

—Decimos que vamos a visitar a unos familiares enfermos, y así podemos organizar el envío de las mercancías. Gracias al *blat*, cruzamos sin problemas —agregó.

—¿Y lo que contabas del policía corrupto?

—¡Ah, sí! Ese cabrón comenzó a exigir sobornos cada vez más altos, sin caer en la cuenta de que la Organización también tenía en nómina a su inmediato superior. Un día lo degradaron sin darle explicaciones y lo mandaron a patrullar esta estación. Yo ya había tenido algún encontronazo

con él en el mercado y me culpaba de lo sucedido. Si hubiera intervenido cuando capturó a Nikolai, me habría detenido y habría puesto en peligro todo el sistema de correos de la Organización con Finlandia.

—Pero era tu hijo...

—Desde luego. Y ten por seguro que si tú no lo hubieras resuelto, habría acudido yo a solucionarlo. —Y abrió su abrigo para mostrarle un cuchillo que cortaba con sólo mirarlo.

Olga rompió a llorar cuando vio a su hijo correr hacia ella y saltarle encima de un brinco. Las lágrimas le impidieron contemplar la despedida de Jack.

—Jamás olvidaré lo que has hecho por Nikolai —le aseguró Constantin, sin dejar de estrecharle la mano—. He oído que ese cabrón leía que vas a Gorki. Ten. —Le entregó un papel—. A partir de ahora tú también tienes *blat*. Y un último consejo: jamás confíes en nadie. En Rusia no existen los amigos.

El tren con destino a Moscú partía de la estación de Moskva, situada en el margen opuesto del río Neva, por lo que Jack y el resto de americanos hubieron de atravesar el centro de Leningrado tirando de sus bártulos. El frío inhumano que le robaba el aliento impidió a Jack prestar atención a los formidables palacios de estilo francés y a las espectaculares iglesias ortodoxas que, coronadas por una miríada de cúpulas doradas, engalanaban la ciudad con sus exóticas formas de cebolla. Sin embargo, volvió a llamarle la atención que por las calles no transitase ni un automóvil, como si sus habitantes hubieran pretendido conservar el encanto de antaño. Tan sólo, y muy de vez en cuando, una reata de coches de caballos interrumpía el silencio de los transeúntes con el chacoloteo de los cascos sobre el empedrado. Y aun así, pese a lo exuberante de aquella belleza atávica, la ciudad de los zares parecía estar habitada por una plaga de andrajosos cuyos harapos habrían avergonzado hasta a los desempleados americanos que mendigaban en las filas de la sopa.

Por fortuna, ellos se dirigían hacia Moscú, la capital que, en palabras de Andrew, era el estandarte del progreso de la Unión Soviética.

El *provodnitsa* que los acomodó en el vagón de tercera se disculpó por las modestas instalaciones que ofrecía el convoy que iba a conducirles a Moscú, pero presumió al asegurarles que cuando se inaugurara el *Flecha Roja*, no sólo cubriría la distancia entre las dos capitales en menos de ocho horas, sino

que, además, desde su vagón restaurante se podría telefonar a cualquier lugar del mundo.

Jack le agradeció la información mientras extendía sobre el asiento de madera el colchón que acababa de alquilarle. Las quince horas de viaje que emplearía el mercancías no le parecieron demasiadas, máxime considerando que la mayor parte del trayecto sería nocturno y lo pasaría durmiendo.

Necesitaba descansar. Si no lo hacía, caería desmayado.

Giró el mando varias veces, pero la calefacción no funcionó. El frío le obligó a guarecer las manos en los bolsillos, donde se toparon con el papel que Constantin le había entregado justo antes de despedirse. Lo sacó y volvió a leerlo en la penumbra: «Iván Zarko. Upravdom del número 25 de la avenida Tverskaya de Gorki». El propio Constantin le había aclarado que un *upravdom* era una mezcla de casero, administrador y portero, contratado por el Estado para velar por los edificios que le hubiera asignado el partido. Plegó de nuevo el papel con cuidado y lo guardó en su bolsillo, mientras a su memoria acudía la imagen ensangrentada de Kowalski, el casero por cuya muerte le buscaban en Estados Unidos. Imaginó que, a aquellas horas, el policía de aduanas que le había retirado el pasaporte ya lo habría enviado a Moscú. Que determinaran su falsedad y ordenaran su detención sólo era cuestión de tiempo.

Contempló a Andrew, dormido plácidamente junto a Sue, ajeno a cuanto había sucedido en la estación y a los peligros que los acechaban. Según Andrew, era hartamente improbable que en Moscú detectaran la falsificación de su pasaporte por dos razones: en primer lugar, porque sus minúsculos fallos resultarían imperceptibles a ojos de quien no estuviera familiarizado con los nuevos documentos norteamericanos y, en segundo lugar, porque en su opinión, el motivo por el que se lo habían retenido no obedecía a una sospecha sobre la autenticidad del documento, sino que probablemente se debería a la misma causa por la que en la oficina de Amtorg en Nueva York le habían interrogado sobre la ascendencia de su extraño apellido ruso. Además, el hecho de que Estados Unidos no mantuviera relaciones diplomáticas con la Unión Soviética aseguraba en la práctica que las autoridades soviéticas jamás pedirían a las americanas sus antecedentes delictivos.

Pero aquéllos eran los pensamientos de Andrew, no los suyos.

En cualquier caso, quiso creer que su amigo estaba en lo cierto. Además, ahora tenía *blat*. Desconocía para qué podría servirle, pero lo tenía, aunque hubiera sido a costa de perder sus zapatos nuevos.

Miró por la ventanilla del tren. Andrew le había prevenido sobre la belleza arrebatadora de la catedral de San Basilio, las formidables murallas del palacio del Kremlin y la imponente extensión de la plaza Roja, pero en comparación con la decadente majestuosidad de Leningrado, la periferia de Moscú resultó ser un suburbio vulgar, gris y gigantesco, que más que a la capital del Estado, a Jack se le asemejó a una explotación industrial atestada de almacenes transformados en viviendas. Andrew argumentó que los edificios más emblemáticos estaban por llegar, pero por el momento, Jack sólo tenía ojos para las silenciosas riadas de obreros cuyas facciones e indumentarias eran igual de grises y sucias que las barriadas por las que deambulaban. Finalmente, a las once de la mañana, el tren hizo su entrada en la antigua estación de Leningrado en Moscú.

Andrew fue el primero en bajar. Dejó atrás su equipaje, saltó al andén y contempló cuanto le rodeaba como quien viera el mar por primera vez. Sonrió henchido de satisfacción. Por fin su sueño se hacía realidad. A Jack, sin embargo, la visión de la estación no le produjo ningún entusiasmo. Los enormes retratos de Stalin y Lenin repetían presidencia en el frontis de un edificio calcado al que habían visto en Leningrado: el mismo monótono almohadillado de piedra, las mismas ventanas estilo *risorgimento* y el mismo torreón central con reloj francés, en cuyo centro destacaba la omnipresente estrella de cinco puntas. Hasta el frío era igual de despiadado. En lo único que a su juicio Moscú difería de Leningrado era en los moscovitas. Allá donde mirara, una multitud envuelta en abrigos, pañuelos y gorros de piel transitaba en silencio de un lado a otro como autómatas cuyos recorridos, oficios e incluso gestos estuvieran inmutablemente predeterminados.

Se fijó en una pobre mujer, doblada bajo un haz de fardos cuyo peso no soportaría ni un carro. Caminaba descalza, pidiendo monedas sin que nadie la mirara, mientras los que parecían ser sus hijos la seguían con sus escuálidos

rostros de ojos espantados. Un poco más lejos contempló cómo dos soldados se llevaban a rastras a un mendigo mutilado que culpaba de su desgracia a la Revolución y de cuyo cuello colgaba un cartel en el que pedía una limosna con la que sobrevivir al invierno. Apretó la mandíbula. Demasiada gente y demasiada pobreza.

Hubo de mirar hacia otro lado. En su papel de guía, debía extremar las precauciones para evitar que alguno de los viajeros acabase extraviado, de modo que dirigió la descarga de equipajes e informó a los componentes de la comitiva de que, nada más salir de la estación, se dirigirían a las oficinas de Intourist, donde quienes aún no tuvieran hospedaje, podrían gestionar uno. Y por diez centavos por cabeza, él les ayudaría en los trámites que fueran necesarios. Todos aceptaron la sugerencia. Sin embargo, Andrew se acercó en silencio para interrumpirle.

—Es impresionante ver cómo eres capaz de transformar una simple información en algo provechoso —le reprochó en un aparte.

Jack interpretó el comentario como el fruto de un picotazo de envidia y obvió responderle. Ciertamente era que su amigo había sido quien le había proporcionado todos los datos sobre Intourist, pero él, a cambio, le había ofrecido participar de sus ganancias, cosa que Andrew había rechazado.

—¿También les cobrarás por acompañarlos al Comisariado del Pueblo? —había añadido Andrew.

Jack persistió en su mutismo. No había pensado cobrarles, pero tampoco entendía el porqué de tantas objeciones. Al fin y al cabo, él estaba proporcionando un servicio útil que los viajeros americanos podían contratar o rechazar sin ningún tipo de reparo.

—Tú no me pagaste por la información —insistió Andrew.

—No me pediste que lo hiciera —contestó Jack, y descargó con hartazgo una de las maletas que se había atorado en un altillo.

—Esta gente no tiene dinero.

—Ni yo tampoco.

Andrew lo sujetó.

—Pero ¿qué es lo que no entiendes, Jack? Ahora estamos en un mundo distinto. En la Unión Soviética, la gente comparte con los demás sus esfuerzos, sus recursos y sus ilusiones. Además, tú tienes apalabrado un buen

contrato.

Jack miró a su alrededor.

—Pues ¿sabes qué, Andrew? Yo sólo veo que comparten su pobreza. En cuanto a mi contrato, acabas de definirlo a la perfección. Lo tengo apalabrado. Sólo apalabrado. —Y tras darse la vuelta, siguió descargando maletas.

De regreso de la oficina de Intourist, Jack se lamentó por el trato que le había dispensado a Andrew. Quizá, según lo visto, la Unión Soviética no fuera el paraíso que su amigo había profetizado, pero lo único verdaderamente cierto era que, en Nueva York, Andrew había arriesgado su vida para salvarle de la cárcel.

Lo miró con remordimiento. Andrew caminaba delante de él, ilusionado, con sus gafas rotas rumbo a un hostel desconocido, siempre cerca de Sue. No parecía necesitar nada más. Tan sólo el aire que respiraba, la compañía de la chica que amaba, y saberse en un mundo en el que, según él, no tenía cabida el egoísmo.

Apretó los puños y se observó a sí mismo. Ya no vestía la chaqueta deslucida con la que inició el viaje, ni la camisa raída y remendada, ni siquiera las botas destrozadas que le cedió el policía corrupto de Leningrado a cambio de los zapatos. Con los beneficios obtenidos de su actividad como guía y los de la venta del clavo, se las había apañado para ir adquiriendo las mejores prendas de cada viajero hasta procurarse una indumentaria que, en conjunto y comparada con la del resto de compatriotas, le hacía parecer un personaje adinerado.

Le incomodaba la situación, pero no se arrepentía. Lo que había conseguido era fruto de su trabajo, al igual que todo lo que había logrado en su vida. Desde que tenía uso de razón sólo recordaba jornadas de esfuerzo, el ahínco con el que había trabajado, las horas en vela estudiando y los sacrificios que había realizado. Hasta donde era capaz de recordar, su vida había consistido en un empeño constante por progresar, por salir de la miseria a la que su padre parecía haberle predestinado. Cada mañana se había levantado lamentándose por su destino y envidiando lo que conseguían los

demás. Su propio tío Gabriel, el banquero, había sido su espejo. Por eso siguió luchando cuando abandonó su Nueva York natal y se trasladó a Detroit. Por eso peleó allí por labrarse un porvenir, dejándose la piel tras jornadas agotadoras, estudiando cada tornillo, analizando cada engranaje y memorizando cada proceso. Por eso había disfrutado de los pequeños privilegios con los que su sacrificio había sido recompensado: un coche con el que pasear, un traje a medida y un precioso apartamento. Por esa razón odiaba a los responsables de la maldita crisis que le arrebató todo aquello por lo que había luchado, y por esa misma razón estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para que, lo mucho o lo poco que pudiera conseguir en la Unión Soviética, nadie jamás volviera a arrebatárselo.

Alzó la mirada y contempló el suntuoso muestrario de edificios en cuyas fachadas y balcones agrietados podían intuirse heridas sin cicatrizar que alguien atribuyó a los latigazos de la Revolución y que él comparó con un elenco de antiguas actrices, de belleza marchita por el correr de los años. Enfocó la vista hacia el horizonte. Todo era extraño. A los ojos de alguien acostumbrado a los desafiantes rascacielos y a las tumultuosas avenidas de Nueva York, Moscú era una inexplicable mezcla de antigüedad y decadencia, desmesurada y provinciana a la vez, como una inmensa villa medieval en la que los palacios de ensueño y las relucientes iglesias hubieran tenido que apretarse para dejar hueco a las nuevas construcciones socialistas, grandilocuentes, enormes y grotescas.

Atardecía y el frío arreciaba.

Mientras aguardaba la llegada del tranvía que debía conducirlos a la pensión que habían contratado con Intourist, Jack se reprendió por sus celos. Por un instante se vio a sí mismo como un resentido que despliega todo su rencor contra los soviéticos. Aspiró una bocanada de aire. Era gélido, pero limpio. Sintió que lo necesitaba. El grupo de americanos que los acompañaban se había reducido a cinco personas: los cuatro miembros de la familia Daniels y el negro Joe Brown. Los demás viajeros habían preferido contratar a un guía oficial de Intourist que los distribuiría por sus correspondientes alojamientos. En total, ocho viajeros. Ocho emigrantes americanos perdidos en la Unión Soviética. Pudiera ser que todos ellos sólo fueran un puñado de menesterosos que se alojaran en pensiones de mala

muerte y viajaran en vagones de tercera, pero si lo consideraba con detenimiento, en realidad eran unos auténticos privilegiados. Habían cambiado una vida miserable y sin esperanzas por otra nueva. Distinta, quizá, pero vida, al fin y al cabo. Una vida en un país que les había abierto sus puertas, más viejas o más modernas, eso no importaba tanto. Lo verdaderamente importante era lo que los aguardaba tras esas puertas: trabajo, prosperidad y esperanza.

Quiso creer que sería así, pese a que el tranvía en el que hubieron de amontonarse como arenques le recordó que la prosperidad que anhelaba aún quedaba tan lejana como la parada a la que iban.

—¿De veras pretende que durmamos aquí? Hace más frío dentro que afuera.

Sue se volvió incrédula hacia Andrew, como si éste poseyese otra respuesta.

—Es *lo mejora* habitación, señorita —sonrió el *upravidom* del edificio, despojándose de la gorra y dejando a la vista unos dientes negros como granos de maíz chamuscado.

Andrew dejó caer su equipaje en el suelo del cochambroso cuarto por el que acababan de pagar diez rublos por cabeza. Desde luego, no se parecía a lo que hubiera esperado por aquel precio, pero por lo visto era la consecuencia de la superpoblación que sufría la capital soviética. Jack enarcó una ceja. Miró las paredes desvencijadas, las ventanas desportilladas cuyos cristales parecía que no se hubieran limpiado nunca y un camastro que, por su aspecto, invitaba a dormir en el suelo.

—Menuda pocilga —masculló finalmente Andrew.

—No deberías extrañarte. Tú mismo clamaste al cielo cuando os informé sobre los precios de hoteles como el Moscú, el Lux o el Europa —respondió, y apartó con el pie una alfombra que dejó a la vista un agujero desde el que se vislumbraba el piso de abajo—. Por favor, ¿me enseña mi habitación? —le pidió al *upravidom*.

El casero miró a Jack, extrañado.

—Ésta. Habitación es ésta. —Y le señaló el destartado sofá de muelles que encontraba descanso contra una de las paredes.

Por más que Jack intentó hacerle comprender al *upravidom* que habían pagado por habitaciones independientes, resultó imposible convencerle. Según el hombre, a última hora había tenido que instalar a una familia ucraniana que había sido trasladada a Moscú y en todo el edificio sólo quedaban dos habitaciones disponibles.

—Si quiere, esto puede usar... —Señaló una manta que colgaba del techo para indicarle que podía correrla a modo de cortina.

Jack asintió resignado y ayudó al *upravidom* a extender la manta. En otra habitación del mismo tamaño se alojarían los Daniels. Joe Brown pasaría la noche en un jergón que el *upravidom* había instalado en medio del pasillo que comunicaba ambos cuartos. «No me importa —había asegurado Joe—. Deberíais conocer los lugares en los que he tenido que dormir casi la mitad de mi vida».

—Bueno. Al menos disponemos de un calentador en el centro —dijo Andrew, y señaló el extraño artilugio de cobre que descansaba sobre el suelo de mosaico.

Después de que el *upravidom* se retirara, todos se sentaron alrededor de lo que parecía un viejo calefactor y aguardaron a que Jack lo encendiera. Él lo examinó al detalle, hasta que de pronto se echó a reír histriónicamente.

—¡Por todos los diablos! ¡Pero si es un samovar! ¡Una tetera!

Había tardado en identificar el aparato porque le faltaba el grifo, pero se parecía a uno que había visto de pequeño en casa de su tío Gabriel. Por fortuna contenía residuos de té en su interior, que Jack juzgó suficientes como para extraer algo de caldo. También descubrió un hornillo eléctrico roto, que reparó con un empalme y usó para calentar el samovar y caldear la habitación. Poco después, todos compartían un par de tazas de té aguado mientras Sue improvisaba una cena con las provisiones que Jack había adquirido en la frontera.

La paladearon con la delectación del primer alimento del día. Jack observó cómo las viandas que tanto le había costado conseguir desaparecían como si las hubiera olvidado en el tranvía, pero no le importó.

—A partir de mañana nos daremos un banquete con los tiques de comida que nos han proporcionado en Intourist —anunció, y todos asintieron con una sonrisa.

Ninguno imaginaba lo poco que iba a durarles en los labios.

A la mañana siguiente, Jack y Andrew se presentaron a primera hora en las oficinas del Comisariado del Pueblo para legalizar sus contratos de trabajo, tal y como les habían indicado en Amtorg. Sin embargo, tras guardar cola durante más de dos horas, el funcionario encargado de aprobar los contratos extranjeros negó con la cabeza y se los devolvió a Andrew sin siquiera mirarlos.

—Lo siento, ciudadanos. El cupo de personal foráneo asignado al Autozavod ya está al completo. Deberán aguardar tres meses hasta la apertura del próximo cupo.

Jack miró a Andrew imaginando que se trataba de una broma, pero su rostro estupefacto le confirmó lo contrario. Debía de tratarse de algún error. En la oficina soviética de Nueva York les habían asegurado que los aceptarían en el Autozavod de inmediato. Cuando Jack le hizo saber al funcionario que apenas si disponían de recursos para mantenerse una semana, éste repitió la misma frase sin emitir un pestaño. Jack exigió la presencia de un superior, pero por toda respuesta el funcionario se limitó a avisar a un guardia armado, quien le ordenó que se apartara de la cola para dejar paso a los siguientes demandantes.

Una vez alejados, Jack, preso de la indignación, le exigió explicaciones a Andrew.

—Quizá ha habido un malentendido —intentó excusarle Andrew.

—¿Malentendido? ¿Acaso no le has oído? Ese tipo asegura que nuestros contratos no valen nada. Que esperemos tres meses. ¿Qué vamos a hacer mientras se soluciona? ¿Comernos los codos o morirnos de frío? Deja. Ya lo adivino: comernos los codos y morirnos de frío. —Jack se maldijo por confiar en los soviéticos. Comenzó a dudar si la promesa de trabajo de Wilbur Hewitt no sería también papel mojado.

—Tu pesimismo no arreglará las cosas. Ignoramos cómo funciona todo esto, pero déjame pensar... Conozco a un moscovita con el que me carteo desde mis tiempos de sindicalista, que tiene contactos en el Comisariado del Pueblo para la Industria. Quizá él pueda ayudarnos.

—¿Sí? Pues más nos vale, o nos veo compitiendo por un sitio en el andén de los pedigüños.

Emplearon toda la tarde en encontrar a Dimitri, el amigo de Andrew, al que finalmente localizaron cuando éste regresó a su domicilio situado a orillas del Moscova. El hombre, un georgiano apocado que se desenvolvía en un inglés burdo, lamentó los inconvenientes y ofreció a sus inesperados huéspedes una taza de té caliente. Mientras entraban en calor, les aseguró que en dos días conseguiría que los recibiera el comisario de contratos para la Industria, con el que le unía una gran amistad. De un modo u otro, lograrían resolver el asunto. Andrew lo celebró con un par de abrazos. Jack, por su parte, siguió desconfiando.

De regreso al hostel, Andrew informó a Sue de lo ocurrido y tranquilizó a los Daniels al asegurarles que su conocido les conseguiría un trabajo pronto. Jack se mantuvo en silencio. Cuando por fin apagaron la luz, Jack se recostó sobre el sofá de madera y dio un par de vueltas intentando acomodar sus huesos. No podía creer que fuera cierto lo que les estaba sucediendo. Solos, en el otro extremo del mundo, agazapados en una nevera, con los bolsillos medio vacíos y el desempleo como horizonte, por mucho que se empeñara Andrew en negarlo. Inspiró con fuerza, sólo para congelarse un poco más. Quiso pensar que, al menos, él aún guardaba en la manga la oferta de Hewitt. Se preguntó qué sería del ingeniero y de su sobrina. Entonces evocó la figura de Elizabeth. Con los ojos cerrados, sintió como si su rostro resplandeciera junto al suyo y de algún modo disipara el frío glacial que penetraba como un cuchillo por los resquicios de las ventanas. Intentó conciliar el sueño, pues deseaba madrugar para salir en busca de un buen regalo. Al fin y al cabo, acudir de vacío a la fiesta de cumpleaños de la señorita Hewitt no sería lo más apropiado.

Después de dos horas recorriendo puestos, soportando el griterío de la gente y los codazos de decenas de mirones, Jack llegó a la conclusión de que en los mercados de Moscú podía adquirirse toda la basura que alguien fuese capaz de extraer de un estercolero y depositarla sobre un mostrador. Desperdigados por el suelo convivían marcos de cuadros astillados, retales de vestidos,

suelas agujereadas y restos de muebles absolutamente inservibles con cacerolas abolladas, vajillas huérfanas, uniformes del ejército o pedazos de cañerías de plomo. En definitiva, nada digno de ser regalado a una dama ni aunque buscarse durante un año.

Decidió tomarse un respiro y buscar una cafetería en la que calentarse. Durante la noche había seguido nevando, y el aire gélido que soplaba había cambiado el color de sus orejas, tiñéndolas de un doloroso rubí que debía de contrastar con el idílico paisaje nevado.

El té hirviendo le abrasó los labios, pero no le importó. Dejó que sus dedos se impregnaran del vapor que despedía la bebida y miró a su alrededor para advertir que se había convertido en el centro de todas las miradas. Un comerciante de rostro rubicundo se le acercó y le ofreció la mitad de su cargamento de quesos a cambio de su indumentaria americana. En otras circunstancias quizá hubiera aceptado, pero había vestido harapos demasiado tiempo y no iba ahora a desprenderse de su traje ni por una tonelada de roquefort puro. Sin embargo, aprovechó para preguntarle en qué lugar podría comprar un ramo de flores. El quesero le miró con la misma extrañeza que si una de sus cabras le hubiera hablado.

—¿Flores en Moscú? Aquí nadie vende flores.

Cuando Jack le preguntó el motivo, el otro le respondió que nadie compraría algo que no servía para nada.

Jack se encogió de hombros y apuró su taza de té. Se disponía a abandonar el local cuando una de las camareras le detuvo.

—No le haga caso. Es cierto que nadie vende flores en el mercado, pero dos manzanas más adelante, en dirección al río, encontrará varios puestos en los que casi las regalan.

Afortunadamente, Jack llegó minutos antes de que las vendedoras recogieran su mercancía y huyeran de la nevada. Por un par de rublos se hizo con un ramillete de violetas y alelíos blancos que le envolvieron en una hoja del *Pravda*. Miró las flores y sonrió. Quizá el envoltorio no fuera el más adecuado, pero al menos le serviría para leer el periódico del régimen durante el camino de regreso. Ahora sólo restaba dejar los ramilletes en agua, arreglarse como un dandi y acudir al hotel Metropol para obtener un baile con la sobrina de Wilbur Hewitt.

Quizá Jack Beilis careciera del *glamour* suficiente como para que un portero de librea le franqueara la entrada sólo con verle, pero, desde luego, sabía bien cómo aparentarlo. Descendió del *droshky* luciendo una sonrisa impecable, pagó el trayecto al cochero y se dirigió con indolencia a través de los jardines nevados hacia la imponente entrada del hotel Metropol, procurando que en todo momento el portero se fijase en él y pensara que el recién llegado que se acercaba con ademanes de aristócrata y gesto displicente venía dispuesto a cerrar un importante negocio. Nada más llegar a la altura del portero, Jack se detuvo para echar un vistazo al maravilloso mosaico que culminaba el frontis del edificio.

—¡Espectacular! ¡*La princesa de los sueños* supera cualquier otra obra anterior de Mijaíl Vrúbel! —dijo agitando su ramo de flores y hablando al cielo. Y sin dar tiempo a que el portero abriera la boca, avanzó, decidido, hacia dentro.

Jack tiritó al percibir la calefacción. Soportar el frío moscovita sin abrigo había resultado casi tan osado como intentar colarse en el Metropol sin invitación, pero el fugaz paseo en el carruaje de caballos había merecido la pena si consideraba que en los cinco rublos que había costado el trayecto, el cochero había incluido los detalles del frontis del edificio con los que había impresionado al portero.

Una vez en el interior del opulento vestíbulo, saludó a cuantos huéspedes

se le fueron cruzando como si los conociera de toda la vida, se dirigió hacia el mostrador de recepción, donde, sin levantar la vista, se apoderó de uno de los ejemplares del *Izvestia* y tomó asiento en un aparatoso sillón que se le antojó como un colchón en comparación con el sofá en el que había pasado la noche.

Ya estaba dentro. Miró hasta el último detalle a su alrededor. El reloj de la conserjería marcaba las seis menos cuarto, de modo que aún disponía de un rato para entretenerse leyendo los sucesos. Declinó la oferta de té de uno de los camareros y echó un vistazo al periódico, advirtiendo que la principal diferencia con los diarios norteamericanos consistía en que el soviético carecía de publicidad, y que todo su contenido, incluidas las esquelas, se presentaban siempre como buenas noticias.

Tras ojear un par de artículos propagandísticos, desvió su atención hacia los invitados que comenzaban a hacer acto de presencia. Cerca de él se apostó un hombre maduro acicalado como un pavo, que conversaba con otro más anciano engalanado con un esmoquin atravesado por una banda azul. A los dos se unió un joven enjuto, enfundado en una guerrera marrón exquisitamente planchada, que los cumplimentó como si les debiera pleitesía. La mayoría de los invitados aparentaban ser diplomáticos, hombres de negocios y dignatarios extranjeros, pero también abundaban militares soviéticos y responsables políticos del régimen. Comparó sus atuendos con el traje que él llevaba y decidió esperar sentado hasta que el tumulto disimulara un poco su presencia.

Poco a poco, el vestíbulo se fue atestando de hombres y mujeres ataviados de fiesta y las conversaciones solemnes fueron dejando paso a los chismorreos sobre el menú previsto o los últimos avances de la moda parisina. Finalmente, a las seis en punto se abrieron las puertas del salón de baile, dejando a la vista una extraordinaria estancia flanqueada por columnas de mármol marrón con capiteles dorados, coronada por una cúpula de cristal multicolor que hizo enmudecer a los presentes.

Jack palideció, no tanto por la magnificencia del extraordinario salón, sino por la visión de la deslumbrante figura que avanzaba hacia él, cogida del brazo de un oficial soviético.

Elizabeth Hewitt estaba realmente cautivadora. Cuando pasó a su lado, la

joven le regaló un atisbo de sonrisa, para luego seguir de largo sin volver la cabeza. Jack esperó una ocasión para abordarla, pero el perro guardián que la acompañaba la seguía allá donde ella fuera. Se fijó en él. No es que hubiera imaginado a nadie en concreto, pero el hombre engominado que parecía babear por la joven no era el tipo de acompañante que él hubiera puesto al lado de ella. Sobre su rostro de facciones esculpidas a cincel sobresalía un bigote perfectamente rasurado que impresionaba casi tanto como su mirada de pupilas negras. Supuso que rondaría la cuarentena. Jack se sirvió un poco de vodka y desde un segundo plano siguió sus evoluciones con atención. El oficial se desplazaba enérgico, altivo, seguro de sí mismo, y Elizabeth parecía disfrutar junto a él del mismo modo que él junto a ella.

Para hastío de Jack, el cuarteto de músicos soviéticos encargado de amenizar la velada comenzó a interpretar aburridas piezas de Tchaikovsky, Prokófiev o Borodín, que, sin embargo, fueron celebradas con aplausos por las numerosas parejas que irrumpieron en el centro del salón para disfrutar de la fiesta. Elizabeth y su acompañante inauguraron el primer baile.

Jack apuró su copa y se dedicó a engullir la fuente de gambas junto a la que había abandonado su ramo de alelíos blancos y violetas. Se preguntó qué habría visto Elizabeth en un hombre tan maduro, aparte de su ridícula gorra de plato ribeteada.

Se sirvió otra copa de vodka y se sentó en un sillón de la sala.

Los vales continuaron sucediéndose al mismo ritmo con que Jack vaciaba la botella. De vez en cuando, Elizabeth le dirigía alguna mirada fugaz entre los revoloteos de los danzarines, pero no con la frecuencia ni con la intención que él habría deseado. Aun así, cada encuentro visual le punzaba el estómago como si se lo abrieran con un garfio, provocando que su corazón se agitara con violencia.

Casi agotada la botella, Jack comenzó a preguntarse qué demonios hacía en una fiesta a la que nadie le había invitado, rodeado de carcamales de impostadas sonrisas, y enfundado en una pantomima de vestimenta que no engañaría ni a un ciego. Pensó en levantarse e irse, pero una última mirada de Elizabeth lo detuvo.

¿Por qué seguía mirándole de reojo? ¿Qué era lo que pretendía?

Intentaba aclarar sus ideas cuando se le acercó un hombre cuyo rostro le

resultó vagamente familiar. Intentó recordar quién era su dueño, pero no lo consiguió. Afortunadamente, el recién llegado le ayudó.

—¡Por todos los diablos! Tú eres Beilis, el del barco, ¿no? ¡Qué sorpresa encontrarte aquí! ¿También te alojas en el Metropol?

Su voz aflautada permitió a Jack identificarlo como Louis Thomson, el periodista del *New York Times* con quien había compartido mesa a bordo del *S. S. Cliffwood*. Se levantó y le saludó, al igual que a los dos hombres que le acompañaban, y que el periodista presentó como colegas de trabajo.

—Dejadme que os diga que, de no ser por este joven, el famoso Wilbur Hewitt sería hoy Hewitt *el Manco* —rio Louis, mientras alzaba la copa para celebrar el encuentro.

Jack agradeció el brindis sin demasiado entusiasmo mientras estrechaba la mano a los recién llegados. Creyó ver que sus cabezas bailaban sobre sus hombros y comprendió que había bebido demasiado.

—Sí. He de admitir que se me da bastante bien hacer de héroe —dijo Jack, continuando el tono jocoso del periodista—. De hecho, justo ahora me estaba salvando a mí mismo de morir de aburrimiento. —Señaló la botella de vodka, y llenó las copas de sus interlocutores.

De repente, sin pretenderlo, Jack se encontró en medio de una entretenida conversación, en la que lo mismo se vitoreaban los últimos resultados de los Giants de Nueva York, que se mofaban de las carnes blancas que se escondían bajo las faldas de las mujeres soviéticas.

Jack saboreó el momento como si inspirara una intensa calada de un buen cigarro tras un copioso almuerzo. Por primera vez se encontraba a gusto en Rusia, divirtiéndose como un americano y rodeado de americanos. Pero no de americanos menesterosos, sino de americanos de verdad. Americanos de éxito. Conforme pasaba el tiempo, comenzó a hablar del milagro americano como si fuera partícipe de él, casi con el mismo ímpetu que criticaba el sistema soviético. Entre risas y chanzas, se sentía uno más de aquellos privilegiados que bebían y reían sin límite, sin caer en la cuenta de que el milagro al que se refería era el que le había conducido a la miseria que tanto detestaba. Pero no era el momento de pensar, con las copas desbordándose a cada poco. De repente, hasta los tediosos vales clásicos le parecieron menos molestos, aunque Jack se preguntó si aquellos músicos rusos conocerían

algún foxtrot que de verdad animara la fiesta. Decidió solicitar uno y sus nuevos amigos le apoyaron encantados.

Se dirigía hacia la orquesta, cuando se cruzó con Elizabeth Hewitt. La contempló tan sereno como pudo. Estaba realmente radiante, con un vestido de tul que, al ceñirse sobre su cintura, la convertía en un cisne. Y por primera vez, la encontraba sola, sin la compañía del oficial soviético. Había esperado tanto aquel instante, que no supo qué decir. Por un segundo volvió la cabeza hacia el ramillete que yacía desperdigado junto a la fuente de gambas y comprendió que no sería una buena idea. Se volvió de nuevo hacia Elizabeth y sonrió.

—Te prometí que volveríamos a vernos —dijo al fin Jack.

—Y he de reconocer que ha sido toda una sorpresa —examinó someramente su aspecto—. Incluso diría que ese espantajo de chaqueta que llevas no te sienta mal del todo. —Sonrió.

—Bueno. Cosas de Rusia. A mi sastre soviético se le congelaron las manos —le devolvió la sonrisa—. Tú en cambio estás impresionante. Por cierto, te había traído un regalo... —cambió de idea y señaló lo que quedaba de los alelíos y las violetas—, pero tendré que dejarlo para otro momento.

—¿Cosas de Rusia? —volvió a sonreír.

—Más o menos. ¿Cómo sigue tu tío? ¿Continúa en Helsinki? —deseó equivocarse.

—¿Mi tío Wilbur, en Helsinki? —Soltó una carcajada que llamó la atención de cuantos los rodeaban—. Se nota que no nos conoces. A un Hewitt no le detiene un incidente tan nimio.

—Sí. Ya lo he comprobado.

—¿Qué es lo que has comprobado?

—Pues que nada te detenía y bailabas todo el tiempo. Lo cierto es que esperaba que te tomases un respiro para pedirte una pieza.

—Bueno... Me estaba divirtiendo.

—Yo también, viendo esos bailes para abuelos.

—Pues no parecía que lo pasaras bien.

—¿Me vigilabas?

Elizabeth sonrió.

—En fin. He de marcharme.

—Espera. —La sujetó por la mano. Sintió que ella no la retiraba—. No me has contado qué tal está tu tío.

Elizabeth vio que Jack se tambaleaba un poco y volvió a sonreír.

—Mejor que tú. Está alojado aquí, en el Metropol. ¿Me devuelves mi mano?

Jack la soltó con suavidad. Esperó a que se marchara, pero ella permaneció frente a él durante un instante que a Jack se le antojó eterno. Iba a pedirle una cita cuando una figura se presentó de repente.

—Perdona el retraso. Asuntos de política —dijo el recién llegado, y tomó a Elizabeth por el brazo—. Disculpe. ¿Y usted es...?

—Él es Jack... Jack... —se apresuró a presentarle Elizabeth, advirtiendo con rubor que no recordaba su apellido.

—Beilis. Jack Beilis —terminó él, tendiendo su mano al oficial soviético con el que Elizabeth había estado bailando. El oficial le devolvió el saludo enérgicamente.

—Eso. Jack Beilis —dijo Elizabeth—. Le conocí en el *S. S. Cliffwood*. Es un emigrante americano.

—Así es. —A Jack le dolió que ella le presentara como un simple emigrante y en cambio omitiera el detalle de que había salvado a su tío Wilbur—. Un emigrante americano —repitió.

—Beilis... ¿No tendrá usted nada que ver con...?

—No. Seguro que no —le atajó—. Es curioso. Últimamente me preguntan tanto por mi apellido, que no sé si debería cambiármelo. ¿Y su nombre es...?

—¡Oh! Disculpa mi torpeza —intervino Elizabeth—. Jack: te presento al comisario de finanzas Viktor Smirnov. Viktor es primo lejano de Stalin. Nos conocimos durante mi primer viaje a la Unión Soviética, y desde entonces se ha convertido en el anfitrión perfecto. —Sonrió.

—Querida Elizabeth: contigo es un placer serlo. Además, resultaría descortés no redoblar la tradicional hospitalidad soviética con quienes visitan nuestro país para contribuir a su desarrollo —le devolvió la sonrisa, mostrando sin tapujos una dentadura de anuncio—. Y hablando del perfecto anfitrión. —Hizo una pausa dramática, que Jack juzgó de actor aficionado—. Ten. Un pequeño detalle de nuestro gobierno. —Acto seguido, extrajo un

delicado estuche forrado de terciopelo que le entregó a Elizabeth.

La joven no pudo impedir que sus ojos se abriesen tanto como su boca cuando descubrió su contenido.

—Pero Viktor..., es..., es preciosa. —Elizabeth cogió la esmeralda del tamaño de una almendra y la colocó alrededor de su cuello. Viktor la ayudó.

—El collar perteneció a Anastasia, la hija de la zarina. Yo mismo la cogí de su tocador el día que los derrocamos. —Y miró al americano, con aire petulante.

Jack reprodujo un simulacro de sonrisa a la que ni siquiera él encontró sentido. Pensó en comentar algo ingenioso, pero no se le ocurrió nada. De repente, al ver que Elizabeth desbordaba felicidad y a Viktor tan triunfal y seguro de sí mismo, comprendió que sobraba. De hecho, estaba convencido de que, para Viktor, él tan sólo era un ridículo insecto que ni siquiera alcanzaba la consideración de rival. Lo intuía porque de vez en cuando Viktor le miraba, pero no le veía. Miró a Elizabeth, bella, sonriente, distante. Por un segundo había creído que su elevada estatura, su sonrisa y sus ojos claros bastarían para esconder la humildad de su chaqueta de tercera mano y de sus zapatos remendados, pero parecía obvio que para Elizabeth no era suficiente.

Decidió que lo mejor sería despedirse. Al fin y al cabo, el avión en el que viajaban Elizabeth y Smirnov volaba perfectamente sin necesidad de más ocupantes.

Regresaba junto a sus compatriotas, cuando las notas del último vals comenzaron a desvanecerse y, como por arte de magia, el rancio escenario de opereta soviética se transformó en el luminoso Cotton Club de Nueva York. De pronto, los compases de un frenético foxtrot inundaron el salón y los invitados saludaron el cambio con regocijo, consiguiendo que por un momento Jack olvidara sus problemas y se volviera hacia Elizabeth. No le quedó más remedio que tragarse su envidia al advertir que la joven concitaba todas las miradas con sus sensuales movimientos mientras Viktor ensayaba unos ridículos pasos en un intento de seguirla.

Imaginó que lo mejor que podía hacer era regresar a su pensión. Al menos, allí, aunque tuviera que soportar las aburridas conversaciones políticas de Andrew, la noche se le haría más llevadera.

Había comenzado a despedirse de los periodistas, cuando al fondo del

salón distinguió a un hombre con el brazo en cabestrillo que le saludaba en la distancia. Por su monóculo, adivinó que se trataba de Wilbur Hewitt. Terminó con los cumplidos tan rápido como pudo y se dirigió hacia él para saludarle.

—¡Caramba, muchacho! Eres la última persona a la que habría imaginado encontrar entre esta banda de burgueses metidos a revolucionarios. ¿Qué diablos haces tú aquí? —dijo el tío de Elizabeth.

—Me alegro de verle, señor. Estaba charlando con Louis Thomson y...

—¡Ah, sí! ¡Ese periodista! Ya he visto cómo hacíais migas.

Jack prefirió evitar referir más detalles sobre su presencia en el Metropol y preguntó al ingeniero por su brazo.

—¡Todavía lo tengo! —Rio—. Esos médicos finlandeses son unos auténticos artistas. Con extraños métodos, pero artistas. —Y articuló torpemente su muñeca para demostrar su mejoría—. Por cierto, ha sido verdaderamente providencial encontrarte aquí. De hecho te estaba buscando. ¿Recuerdas a Serguéi, el oficial soviético que me acompañaba en el *S. S. Cliffwood*? Pues lo han ascendido a director de Operaciones y, entre otras cosas, ahora se encarga de la seguridad del Autozavod. Le pedí que averiguara tu paradero en Intourist y estaba a la espera de sus pesquisas.

A Jack se le erizó el vello. En realidad, cada vez que pensaba que alguien pudiera indagar sobre él, se alertaba.

—¿Y qué ha averiguado?

—Si te parece, pasemos a la biblioteca. Lo que quiero proponerte no es algo que pueda contarse en una sala de baile rusa.

Al cuarto sorbo de café cargado, Jack comenzó a despejarse. No obstante, aún no daba crédito a la propuesta de Hewitt, de modo que le pidió que se la repitiera.

—Es sencillo —le resumió el ingeniero—. Si aceptas mi nueva oferta, estaría dispuesto a pagarte doscientos dólares a la semana.

Jack carraspeó al constatar que, pese a lo mareante de la cifra, las palabras de Hewitt no eran imaginaciones producidas por el vodka. Sorbió de nuevo un poco de café y miró al mánager general del Autozavod.

Ochocientos dólares mensuales era el sueldo de un ejecutivo de la Ford Motor & Co. en los Estados Unidos de América.

—Durante seis meses. Un año a lo sumo. Después podrías desempeñar un trabajo normal, conforme a tus aptitudes. Bien pagado —añadió el industrial.

Jack sonrió. La última vez que alguien le ofreció algo así, él tenía siete años y enfrente se encontraba alguien parecido a Santa Claus. Por fortuna, él era judío y no creyó al hombre barbudo. Le preguntó a Hewitt dónde estaba el truco.

—¿Sabes, Jack? Eso es precisamente lo que me gusta de ti: que eres listo y dices las cosas a la cara. —Plegó el ejemplar del *New York Times* que siempre le acompañaba y lo dejó sobre la mesa—. Si te soy sincero, estuve dándole vueltas a aquello que comentamos cuando desembarcamos en Helsinki. Lo de que quizá los soviéticos necesitaran de unos americanos con arrestos para...

—Sí. Para que las cosas funcionaran de una vez por todas. Pero yo me refería al trabajo en la fábrica, a reparar la maquinaria que se estropeó durante la tempestad, y eso no tiene nada que ver con lo que ahora usted me está proponiendo. Yo no entiendo de política...

—Olvida esa maquinaria, Jack. Sé que no guarda relación, pero ¿qué tienes que perder? Además, nadie habla aquí de política. Sólo te estoy pidiendo que durante tu jornada como supervisor en la cadena de montaje, mantengas los ojos bien abiertos.

—¿Y delate a mis compatriotas? —intentó desembotar su cabeza.

—No. Yo no he dicho eso.

—Usted ha mencionado que se están produciendo sabotajes y pretende ofrecerme un puesto de tapadera para averiguar quién está tras ellos.

—Pero no he afirmado que los responsables sean americanos. Tan sólo he señalado que los soviéticos son capaces de acusar a cualquiera para ocultar su incompetencia. Lo más probable es que los autores sean trabajadores rusos descontentos con sus condiciones laborales. Respecto a los sabotajes, puede que lo sean, o puede que simplemente se trate de accidentes. En cuanto a lo de calificar tu puesto como tapadera, tampoco estaría de acuerdo, máxime teniendo en cuenta que tus conocimientos técnicos resultarían imprescindibles para descubrir el origen de los daños.

Jack contempló a Hewitt. Ochocientos dólares mensuales era mucho dinero. Ambos lo sabían, y por eso continuaban pegados a sus asientos. Quizá fuese demasiado.

—Supongo que no me ofrecería tanto... —se sirvió un poco más de café mientras valoraba lo que iba a decir—, si no tuviera sus riesgos.

Hewitt enarcó una ceja.

—Es como todo. No puedes tener las mejores vistas, si no escalas la montaña primero.

—¿Y si me descubren?

—¿Quiénes?

—Los soviéticos.

—Bueno. Si te soy sincero, deberías procurar que eso no ocurriera. Muchos soviéticos no se andan con remilgos. —Hizo una pausa—. Pero no te preocupes. Nadie sabrá que tu trabajo consiste en investigar los incidentes y, obviamente, tú no serás tan estúpido como para ir por ahí contándolo. Además, cuando se produce cualquier fallo en la factoría, ellos se limitan a culpar de ineficacia a las instalaciones americanas, a los trabajadores americanos o a los procedimientos americanos. Si sospechan algo extraño, detienen a alguien, lo interrogan y lo sueltan, pero no quieren oír hablar de sabotajes que corroboren la existencia de grupos antisoviéticos. Henry Ford no piensa lo mismo y por eso me ha encomendado que la fábrica de Gorki funcione a pleno rendimiento. Para eso estoy en Rusia, y por eso te ofrezco tanto dinero.

Jack volvió a beber de su taza. Hacía rato que había dejado de oír la música que seguía resonando en la sala contigua. No lograba pensar con claridad.

—¿Y si no averiguo nada?

—Ése es un riesgo que debo asumir. Aquí todos corremos riesgos, Jack. Tu riesgo es que te descubran. El que no averigües nada y pierda dinero, el mío.

—Comprendo. —Frunció los labios.

El americano parecía honesto en su propuesta, aunque no comprendía por qué confiaba una tarea de tanta trascendencia a un desconocido. Cuando se lo preguntó, Wilbur Hewitt fue bastante explícito.

—¿De verdad quieres saberlo? ¡Pues porque no me quedan más cojones, hijo!

Hewitt le confesó que en Estados Unidos había preparado a un ingeniero para ese mismo cometido, pero justo antes de embarcar en el *S. S. Cliffwood* había enfermado de forma repentina.

—De apendicitis, creo. De hecho, ese enclenque de George McMillan debería estar ahora sentado donde tú estás, y yo hablando con él, en lugar de contigo. Menos mal que Dios es compasivo y de repente apareciste tú, que no sólo me has salvado de perder un brazo, sino que, además de ser despierto, conoces al dedillo la maquinaria de Ford y hablas ruso. ¡Ni buscando debajo de las piedras habría encontrado un candidato más propicio!

Jack tableteó los dedos. No sabía qué responder. Quizá fuera el efecto del vodka o quizá su propio pensamiento, pero no veía clara la situación. Demasiado inesperado. Demasiadas complicaciones. Demasiado dinero...

—No sé, señor Hewitt. Necesitaría tiempo para pensarlo. —Se levantó y le ofreció la mano.

—¡Claro, muchacho, claro! Piénsalo con calma y, si te parece, mañana nos vemos.

—Sí. De acuerdo. Mañana nos vemos.

—Muy bien. —Le agarró la mano y le devolvió el saludo—. ¡Oye! ¡Ahora que lo pienso! ¿Dónde te alojas?

—En una pensión. Bueno. En realidad, es un edificio de inquilinos que...

—¿Te gustaría quedarte aquí?

—¿Cómo?

—Pregunto si te gustaría alojarte aquí, en el Metropol. La habitación de McMillan estaba pagada con antelación y permanece vacía. Podrías ocuparla tú, sin coste alguno.

—Pero yo...

—¡Vamos, muchacho! ¡No seas tímido! Dormir en un colchón mullido no te comprometerá a nada. Tómalo como un regalo por haberme escuchado y mañana por la mañana hablamos durante el desayuno.

De camino hacia la habitación situada en la cuarta planta del hotel Metropol

de Moscú, Jack se asombró con la amplitud de las salas y pasillos, cuyas paredes forradas en tela dorada contrastaban con el enmoquetado de rombos azules del suelo. Las falsas columnas corintias y las figuras de leones en madera de ébano proporcionaban a las estancias tal aspecto de riqueza, que se sentía como un ladrón al que le hubiesen dado permiso para robar lo que quisiera.

Comprobó la numeración de su alcoba. 428. Buscaba la llave en sus bolsillos cuando al fondo del pasillo vio aparecer a Elizabeth. La joven avanzaba sola, con la vista puesta en el suelo, sumida en sus pensamientos. Dejó la llave en el bolsillo y la observó con detenimiento. Caminaba descuidadamente, con sus zapatos de medio tacón colgando de una mano y su bolso de piel de cocodrilo meciéndose en un ligero vaivén en la otra. Jack pensó que nunca había contemplado antes veintidós años tan preciosos.

—Hola —le dijo, a un metro de que se tropezaran. Ella se sobresaltó.

—¡Oh!, hola, Jack. Perdona. No te había reconocido.

—Sí. Admito que en cuanto me quito la chaqueta parezco un camarero.

—Sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa, pero una sonrisa de compromiso, cansada y somnolienta.

—¿Qué haces aquí? Esta parte del hotel está reservada a los huéspedes.

—Sí. Ya lo sé.

—¿Y no temes que te echen?

—No.

—¿No? ¡Qué valiente! En fin. Yo estoy reventada. Estrenar zapatos en una noche de baile es la mayor estupidez que puede cometer una mujer. Y sin embargo, yo la repito año tras año.

—Bueno. Por el modo en que te miraba todo el mundo, yo diría que ha merecido la pena.

La sonrisa de Elizabeth, aunque cansada, fue más sincera. Se dejó caer en una silla y se masajeó suavemente los pies. Jack la contempló.

—Aún no me has dicho qué haces aquí.

—Te esperaba —mintió él.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Aún me debes un baile. Lo prometiste, ¿recuerdas?

—¿Eso hice? No sé. Pero ahora estoy sin zapatos y no me gustaría que me pisaras con esos pies tan grandes. Tendremos que dejarlo para mi próximo cumpleaños.

—Soy muy cuidadoso —dijo con voz persuasiva.

Ella se lo quedó mirando, cerró los ojos y sonrió.

—Tal vez en otro momento. Hoy ha sido un día muy largo y...

Jack no la dejó terminar. La abrazó y buscó su boca. Sintió por un instante que ella se abandonaba. Pero fue sólo un instante. Lo justo para que Elizabeth se separara bruscamente y le cruzara la cara de un guantazo.

—¿Cómo te atreves? —La dulzura de su rostro era ahora la hiel de la indignación.

—Yo... No sé cómo he podido... —Jack no supo qué disculpa esgrimir.

—¿Estás loco? ¿Acaso crees que porque te sonría un par de veces puedes pensar que me atraes?

—¡Por Dios, no alces la voz! Ya te he dicho que lo siento. Además, mientras te besaba, no me ha dado la sensación de que te desagradara.

—¿Cómo dices? ¡Pero qué patético eres! ¿De veras has podido pensar que alguien como yo podría fijarse en un muerto de hambre como tú? ¿En algún momento has creído que podrías gustarme y que acabaría retozando contigo en la pensión de mala muerte en la que seguramente vives?

Jack permaneció en silencio con la cabeza gacha, mordiéndose con rabia los mismos labios que un instante antes habían paladeado los de Elizabeth.

—Tienes razón. He sido un estúpido —dijo retirándose unos pasos—. Y también has acertado al pensar que me gustas, y en que creí que podrías fijarte en un muerto de hambre como yo. —Enmudeció unos segundos—. Pero al menos te has equivocado en una cosa. —Sacó la llave de su bolsillo lentamente y abrió la puerta de la magnífica habitación del hotel Metropol—: No te habría llevado a ninguna pensión de mala muerte. Tenlo por seguro.

Paseó por la exquisita habitación del Metropol, asombrándose con cada detalle. La delicadeza del juego de café de porcelana admirablemente decorada, las paredes tapizadas en raso, la preciosa pareja de sillones estilo Imperio, la confortable calefacción... Admiró el techo abovedado, ornamentado con motivos florales y un exuberante paisaje de caza y sintió que el lujo le abrumaba. Un lujo tan ajeno e inalcanzable como la sobrina de Wilbur Hewitt. Se apoyó en el radiador y permitió que el calor se apoderara de su cuerpo. Olía a algodón limpio y almidonado, un aroma tan profundo y embriagador como el que desprendía la sección de camisería de los almacenes Hamilton en Detroit. ¡Tanto tiempo y aún lo recordaba! Se dejó caer sobre una cama que le acogió como si su madre le abrazara. ¡Qué confusa era su vida! La suerte le sonreía o le abandonaba sin remordimientos, como si por mucho que se esforzara, alguien a su capricho manejase los hilos de su destino.

El tacto de la colcha de terciopelo le erizó el vello. Lo imaginó parecido a la piel de Elizabeth: suave, cálida, delicada...

La había besado. Aunque se le antojara algo inverosímil, había sucedido, y el recuerdo de su boca opacaba cualquier otra emoción que no fuera la de sus labios. Quizá obedeciese a que no se parecía a ningún otro beso que hubiera saboreado antes. El calor que desprendían sus labios aún le quemaba; aún degustaba su sabor dulce y húmedo, y la forma en la que durante ese

instante tan fugaz la había paladeado... Pero por más que se empeñara, le resultaba difícil memorarlo con nitidez, y su mente se ofuscaba en volar de nuevo hacia su boca entreabierta para perderse en su suavidad, en su trémula calidez, a la vez sorprendida y entregada. Y aquel corto segundo, frugal, minúsculo y escaso durante el que la había besado, se expandía y se eternizaba hasta el instante en que ambos labios se separaban para detenerse a tan sólo un suspiro de distancia, como si anhelasen seguir pegados, y así, casi rozándose, robarse un último aliento y conservarlo con ellos para siempre.

Jamás había besado antes de aquel modo y dudaba que a ella nadie le hubiera besado de la misma forma. Y por esa misma razón no entendía la rabia con la que Elizabeth le había abofeteado.

Cerró los ojos. En algún momento soñó con ella. Soñó que bailaban juntos, que acudían juntos a fiestas y a espectáculos, que cenaban en lujosos restaurantes y que Wilbur Hewitt lo aprobaba. A veces, en su delirio, Elizabeth aparecía cobijada entre sábanas de hilo, retorciéndose con malicia, consciente de su belleza y de su desnudez, racionándole cada porción de piel para alimentar su desbocado deseo, un deseo que crecía en cada insinuación, en cada gesto.

Y de repente, el rostro de Elizabeth se transformó en el de Sue, y él retrocedió asustado y vio a Kowalski escondido, acechándole, amenazándole de nuevo con el desahucio, acercándose a él con sus matones, y él se aferró al brazo que enarbolaba una pistola, y lo contuvo con todas sus fuerzas hasta que aquellos estampidos resonaron en sus oídos, una y otra vez. Toc, toc, toc.

TOC, TOC, TOC.

Jack se despertó de golpe, vestido con la misma ropa con la que se había desplomado hacía unas horas sobre la cama. Tocaban a la puerta. Se arregló el pelo como pudo y corrió a abrirla. Al advertir quién llamaba, se sorprendió casi tanto como se ruborizó.

—¡Sue!, pero ¿qué haces tú aquí?

—¡Eso mismo me pregunto yo! —Y entró en la habitación hecha una furia—. ¿Se puede saber dónde te habías metido? Tenías que habernos acompañado al Comisariado del Pueblo esta mañana.

—¿Qué? ¿Al Comisariado? ¡Maldita sea! ¡Lo había olvidado! Pero ¿qué hora es? —Jack pareció recordar. Todo le daba vueltas.

—Las diez. —Y abrió las cortinas sin ninguna contemplación para dejar que el sol hiriese los ojos enrojecidos de Jack—. ¡Virgen santísima! ¡Vaya habitación! —agregó, y paseó por ella como si danzara—. ¡Pero si es más grande que mi casa! ¿Qué has hecho? ¿Has timado a alguien?

—Es largo de contar. —Fue al baño para lavarse la cara—. ¡Mierda, no llego a la cita!

—¿Qué cita? —se extrañó ella, pero Jack no contestó.

Se miraba de arriba abajo: los pantalones estaban demasiado arrugados, y la camisa, lo mismo. Se dirigió al armario y lo abrió de par en par para comprobar que estaba vacío.

—¿Y ese baúl? —Le señaló Sue.

Jack observó el arcón que descansaba al pie de la cama, y que hasta entonces había confundido con un elemento más del mobiliario. Rápidamente comprobó las iniciales inscritas en el mismo. «G. McM.». Coincidían con las de George McMillan. Supuso que sería su equipaje y que desde el hospital en el que estuviera recuperándose de su apendicitis no lo extrañaría. Necesitaba ropa limpia, así que examinó la cerradura.

—¿Tienes una horquilla? —le preguntó.

Sue se desprendió de una.

—¿Qué vas a hacer? ¡Qué bien! ¿Vas a abrirla? —Rio nerviosa, como si se tratara de chiquillos dispuestos a cometer una travesura.

—¡Silencio! —le ordenó.

Jack cogió la horquilla y hurgó repetidamente en la cerradura, hasta que un clic resonó en la estancia. Miró a Sue con gesto de desconcierto, como si esperase su aprobación para abrirlo, y ella asintió.

Fue como si hubieran encontrado una caja sorpresa. El baúl contenía todo lo que un viajero pudiera necesitar y mucho más de lo que Jack hubiera podido imaginar: una carpeta con documentación variada, una caja de tabaco, un encendedor de plata, un peine, un conjunto de afeitado, tres botes de píldoras para el dolor, dos pares de zapatos, dos pantalones, un traje, tres camisas, un abrigo magnífico y varias mudas de ropa interior que Sue fue entregando de una en una a Jack y éste fue desparramando sobre la cama como si se tratara de trofeos.

—¿Serán de tu talla? —le preguntó.

—No sé. Diría que sí. ¿Has visto esto? Este tipo viajaba hasta con perfume. —Y le enseñó el bote de loción Floïd que acababa de descubrir—. Voy a asearme. —Cogió el conjunto de afeitado, unos pantalones, una camisa y una muda y se dirigió al baño. Sue miró a través de la puerta entreabierta cómo Jack se desprendía de su camisa y se quedaba con el torso al aire—. Por cierto..., ¿cómo me has encontrado? —le preguntó mientras comenzaba a enjabonarse la cara.

—Joe Brown me dijo que el ramo de flores que compraste era para una fiesta en el Metropol, así que supuse que estarías aquí. ¿Para quién eran?

—¿El qué? —Sólo le había dado tiempo a pensar que Joe Brown era un bocazas.

—Las flores. ¿Para quién eran? —dijo mientras se sentaba en la cama y acariciaba las sábanas.

—¡Ah! Para Hewitt —mintió sin saber por qué—. Me enteré de que estaba convaleciente en el Metropol y se las traje como detalle.

—¿Flores para un hombre? —La cara de Sue dibujó un mohín.

—Sí. Aquí en Rusia se considera un gesto de cortesía también entre hombres. Ya se lo expliqué a Joe. ¿Y cómo has encontrado la habitación? —intentó desviar la charla.

—¡Ah! Pues precisamente en el jardín vi al tipo importante ese al que salvaste en el barco. ¿Cómo has dicho que se llamaba? ¿Hewitt? Sí, eso, Hewitt. Y como era la única persona a la que conocía, le pregunté por ti. No veas la cara que se me quedó cuando me dijo que te alojabas en esta habitación. Creo que me asombré casi tanto como la primera vez que vi a un chico bajarse los pantalones. Así que, en fin, le di las gracias, y subí. ¡Oye! Lo que aún no me has contado es cómo has hecho para dormir en una habitación que no es tuya —dijo fijándose en el baúl de McMillan.

Jack no le contestó. Sue imaginó que se debía al ruido de la ducha, que llevaba un rato abierta. Se levantó y se dirigió hacia la puerta del aseo que Jack se había cuidado de entornar.

—Jack, ¿me oyes?

Sue abrió un poco la puerta, a sabiendas de lo que hacía. Jack, con los ojos cerrados en la ducha, no lo advirtió. Sin embargo, en lugar de cerrar la puerta, Sue permaneció unos segundos mirando el cuerpo desnudo de Jack

mientras éste dejaba que el agua acariciara su piel. A Sue le sorprendió su cuerpo espigado y fibroso, tan diferente del flácido de Andrew. No dejó de admirarlo hasta que Jack hizo amago de volverse. En ese momento, Sue dio un respingo y se retiró.

Cuando Jack salió del aseo, vestido, peinado y perfectamente afeitado, Sue volvía a estar sentada a los pies de la cama. A Jack le extrañó que ella bajara la cabeza, como azorada.

—¿Qué te pasa? ¿Tan mal me sienta? —Y se ajustó la cintura del pantalón hasta dejarla apretada.

Sue le tranquilizó, asegurándole que parecía un figurín recién salido de un anuncio de *Charles Atlas*. Se levantó y le ayudó a colocarse la chaqueta. Le quedaba un poco ancha, pero a excepción de la corpulencia, parecía que el tipo al que le pertenecía tuviera su misma talla. A Jack le agradó el cumplido y completó la transformación aplicándose en el rostro unas gotas de loción de afeitado.

—¡Vamos! ¡Deja ya de acicalarte! Andrew estará como loco, esperándote en el Comisariado con su amigo Dimitri, el que iba a ayudarnos.

—¿Qué? ¡Ah! Sí. Diablos, lo olvidé por completo. Esto... Lo siento, Sue, pero no podré acompañarte —se excusó.

—Pero ¿qué dices? Si he venido hasta aquí sólo para buscarte.

—Lo sé, pero me es imposible. Por favor, ve tú a su encuentro y dile que nos veremos luego en la pensión.

—¡No!

—¿Cómo?

—¡Que no voy a irme de esta habitación sin ti! No te hemos estado esperando sin saber si estabas vivo o muerto, ni he atravesado Moscú en un tranvía piojoso, para que ahora salgas con que lo sientes y no vienes al Comisariado. ¡Te necesitamos, Jack! Nosotros, los Daniels y Joe. Ellos también te están esperando.

Jack se mordió los labios. Le sabía mal defraudarlos, pero una oportunidad como la que le ofrecía Hewitt no se le volvería a presentar en la vida.

—Te repito que no puedo. Además, no me necesitáis. En el Comisariado había traductor de inglés y lleváis los contratos de Amtorg. Andrew podrá

resolverlo solo. ¡Por el amor de Dios! No pretendáis que os lo solucione yo todo.

—¡No puedo creer que nos hagas esto, Jack!

La cara de la joven era una mezcla de asombro y desengaño, como la de una niña a la que acabaran de revelarle la identidad de Santa Claus. Retrocedió hacia la puerta con pasos vacilantes. La vergüenza hizo enmudecer a Jack, que sin embargo, no varió su posición.

—Piensa lo que quieras, Sue. No puedo decirte de qué se trata, pero tú en mi lugar harías lo mismo.

A Hewitt no pareció importarle el hecho de que Jack se presentara ataviado con un traje que pertenecía a su empleado McMillan. De hecho, cuando Jack le confió que encontró abierto el baúl del ingeniero enfermo, Hewitt no sólo lo aprobó, sino que le animó a usar sus prendas.

—Al fin y al cabo, McMillan las adquirió con el dinero de la Ford Motor & Co., ¿no? De no haberlas cogido, igualmente habría tenido que comprarte algo. En fin. Luego mandaré a alguien para que se haga cargo de sus efectos personales. ¿Ya has desayunado? —No le dio opción a contestar. Dejó el ejemplar del *New York Times* sobre la mesa y llamó al camarero—. ¿Qué quieres tomar?

—Lo mismo que usted. —Aunque de origen judío, Jack no respetaba sus preceptos alimentarios. De hecho, en Detroit había comido costillares de cerdo completos.

—¡Buena elección! ¡Por favor! Café para dos, y huevos fritos con beicon, salchichas y patatas fritas. ¡Los míos troceados y poco hechos! —añadió—. ¿Sabes, Jack? Los periódicos americanos siempre llegan a Moscú con semanas de retraso, pero no puedo vivir sin ellos. Por eso los conservo como oro en paño. —Señaló el diario atrasado.

Jack no prestó atención al periódico. Aún le dolía la cabeza pero no había perdido el apetito. Hewitt pareció advertirlo.

—Y bien. ¿Has pensado algo sobre nuestra conversación de ayer? —Se desprendió de su monóculo.

—¿Algo, señor? Si le soy sincero, no he pegado ojo.

—Ya. —Se interrumpió un momento para permitir que el camarero les sirviera—. ¿Y eso es bueno o malo?

Jack inspiró con fuerza. Realmente aún no había tomado una decisión.

—Señor Hewitt, he de reconocer que su propuesta es tentadora, pero antes de decidirme, hay varios aspectos que me gustaría comentar con usted.

—¡Por supuesto! Para eso estamos aquí, ¿no? —Engulló una salchicha prácticamente de un bocado.

De inmediato Jack interrogó a Hewitt sobre las responsabilidades que tendría como supervisor, en qué consistiría su trabajo habitual y de qué forma le trasladaría sus descubrimientos. El ingeniero le explicó que ocuparía el puesto previsto para McMillan, y en consecuencia, trabajaría directamente bajo sus órdenes.

—Aunque en teoría, también bajo las de Serguéi —añadió—. Como ya te comenté, le han nombrado jefe de seguridad del Autozavod.

A Jack se le atragantó el bocado que estaba comiendo. Sus encontronazos con el soviético a bordo del *S. S. Cliffwood* no hacían presagiar un buen matrimonio. Sin embargo, Hewitt le tranquilizó.

—No te preocupes. Es una cuestión de burocracia. Al fin y al cabo, aunque los americanos ocupemos puestos relevantes, la factoría pertenece a los soviéticos.

Le explicó que, tres años atrás, cuando Stalin decidió construir una fábrica en Gorki a imagen y semejanza de la existente en Dearborn, todo fueron facilidades.

—Iósif Stalin siempre fue un fanático de los coches, dispuesto a motorizar el país a costa de lo que fuera. Imagínate la alegría del viejo Henry Ford cuando los soviéticos se lo propusieron: Stalin no sólo le pagaba cuarenta millones de dólares por implantar la fabricación de un modelo obsoleto, sino que además aceptaba adquirir una maquinaria decrépita que Ford ya había desechado de sus factorías en Alemania. —Se limpió con torpeza el mostacho—. Eso sí: los soviéticos se aseguraron de que Ford, además de edificar la factoría y suministrar el adecuado stock de piezas, les proporcionara suficientes técnicos americanos como para poner en marcha la fábrica. Al principio, toda la responsabilidad recayó en nosotros, pero conforme avanzaban las obras, los soviéticos fueron usurpando los cargos a

los americanos.

—¿Usurpando?

—Bueno. Es una forma de llamarlo, pero lo cierto es que cualquier soviético inepto podía ser nombrado jefe por el simple hecho de pertenecer al partido, y al día siguiente este nuevo jefe podía otorgarle un puesto de responsabilidad a su cuñado.

—Tampoco suena demasiado extraño. Según acaba de comentar, la fábrica les pertenece, ¿no?

—Sí, claro, pero antes las cosas funcionaban. Si por casualidad una tuerca se caía por una rendija, un operario americano perdía el culo por encontrarla y colocarla en su sitio, y ¡demonios! ¡Vaya si lo conseguía! En cambio, ahora, si quieres que un soviético se agache a coger una tuerca, que posiblemente haya tirado él a propósito, es necesario movilizar a media fábrica para autorizárselo. ¡Pardiez! Hay jefes para todo: ¡jefes de sección, jefes de cadena, jefes de línea, jefes sindicales, jefes del aparato, jefes del comité, jefes de turno, encargados, delegados, responsables!... Al final, los pocos que trabajan son unos pobres desgraciados: campesinos sin formación, sin iniciativa y sin ilusión venidos del Cáucaso, o de los Urales o de Mongolia. En fin. De seguir así, pronto habrá más jefes que operarios.

—Pero no entiendo. Si la fábrica es soviética, cada vez hay más jefes soviéticos, y las cosas se hacen según quieren los soviéticos, ¿por qué se preocupa usted tanto?

—Acabo de decírtelo. Ellos contrataron una fábrica que funcionara, y hasta que no alcance las cifras de producción acordadas, no se habrá cumplido el contrato.

—¿Quiere decir que los presuntos sabotajes podrían obedecer a motivos políticos?

—No estoy seguro. Podría ser una causa. Ellos lo achacan a elementos contrarrevolucionarios o a venganzas aisladas de trabajadores descontentos. Pero también podrían responder a simples hechos accidentales, atribuibles a una falta de especialización en los operarios o a un mantenimiento inadecuado... Cualquier cosa. El caso es que mi deber como ejecutivo de Ford es averiguarlo. Acércame el café.

Jack permaneció pensativo, mirando a los ojos a Hewitt.

—¿Y qué papel juega en todo esto Serguéi? —Le colmó la taza.

—¿Serguéi? Serguéi es el típico ruso perseverante y callado. Me lo asignaron este año como oficial de enlace y desde entonces me ha seguido a todos lados como un perro de presa. —Hizo un movimiento con la barbilla, señalando la entrada de la sala. Jack miró hacia el lugar que le indicaba y reconoció la barba blanca de Serguéi, quien leía el *Pravda* algo alejado—. Aunque le hayan ascendido, en principio no debería preocuparte. Ten en cuenta que tu trabajo consistirá en supervisar el mantenimiento de la cadena de montaje, nada que pudiera despertar sus recelos, y algo para lo que, según me he informado, estás suficientemente preparado.

—¿Se ha informado? —Dejó de masticar.

Hewitt abrió el *New York Times* con su única mano útil, extrajo de las páginas centrales una carpeta y la plantó sobre el plato de beicon de Jack, estropeándolo.

—¡Sírvelo tú mismo!

Jack, sorprendido, abrió la carpeta y examinó el informe que encontró en su interior. Era un burofax fechado tres días antes en Helsinki, procedente de Dearborn.

—Pero esto es...

—En efecto. Tu expediente laboral. Lo pedí nada más ingresar en el hospital. Ahí figura todo, desde el día que ingresaste en la Ford, hasta el día en que te echaron: cursos, ascensos, permisos, lo que comías, con quién te relacionabas y cuánto rato empleabas en el baño. Según parece, y pese a que me aseguraste que sólo trabajaste en la Buick, eres un tipo espabilado. —Y le guiñó un ojo.

Jack inspiró con fuerza mientras su corazón latía desbocado. Imaginó que si Hewitt había investigado tan a fondo, tal vez supiera algo sobre el fallecimiento de Kowalski. No obstante, sería poco probable que estuviese al tanto y aún quisiera hacer tratos con él.

—Veo que no deja nada al azar.

—Desde luego que no, muchacho. Aunque me impresionaste en el *S. S. Cliffwood*, debía asegurarme de que podías reparar la maquinaria deteriorada. Y ahora esos informes me han venido de perlas para saber que voy a pagar doscientos dólares semanales a la persona adecuada.

—Trescientos.

—¿Cómo dices?

—Digo que trescientos. Trescientos dólares semanales si quiere que me ocupe de esto. Según me ha dicho, hay mucho dinero en juego, no hay nadie más que pueda hacerlo. Yo viajo con mi mujer y aunque usted no quiera admitirlo, todo apunta a que será arriesgado.

Jack permaneció en silencio. No había solicitado aumentar su sueldo por ambición. Tan sólo quería comprobar si Hewitt sabía que huía por asesinato. En el caso de que lo supiera, Hewitt tendría la sartén por el mango y podría obligarle a trabajar para él incluso gratis, pero si accedía a sus pretensiones económicas, significaría que sólo disponía de dinero para convencerlo. Hewitt se mantuvo mudo, mirando fijamente a Jack.

—De acuerdo, joven. ¡Trescientos!

Jack no tardó en demostrar a Hewitt que se tomaba muy en serio su trabajo. Aún no había acabado su café, y ya había solicitado los planos constructivos de la factoría, una relación detallada de la maquinaria, la capacitación de los operarios soviéticos y americanos, los turnos de trabajo, y por supuesto, un informe exhaustivo sobre el número y clase de incidentes ocurridos y los trabajadores implicados.

—¡Caramba! Intentaré reunir lo que me pides.

—Perfecto. Respecto a la coartada... —Jack le hizo saber que, o revestía de credibilidad su inesperado nombramiento, o despertaría sospechas entre los mismos soviéticos.

—Eso no será necesario —le tranquilizó Hewitt—. Contaré a Serguéi la verdad: que necesitaba a alguien para sustituir a McMillan, que pedí informes a Detroit y que tú eras el más indicado para el cargo. Lo único que ocultaré será el verdadero propósito de tu trabajo. Él supondrá que le mantendrás al tanto de cuanto averigües, pero en realidad sólo le trasladarás lo que nos interese.

—Entonces, ¿Serguéi conocía el problema de McMillan?

—Hay pocas cosas que ignoren los soviéticos. Ellos siempre solicitan por adelantado una relación de los especialistas americanos que la Ford va a

destinar a su factoría. Y por esa misma razón tiene sentido el que contrate a un sustituto para la vacante de McMillan.

—Bien. En ese caso sólo resta la cuestión de mis amigos.

—No comprendo. ¿Qué tienen que ver ellos?

Jack le confesó los problemas que habían encontrado tanto él como sus compañeros para hacer valer los contratos que les había proporcionado Amtorg en Estados Unidos.

—Siento escucharlo, pero ése es un asunto ajeno al que nos ocupa. No veo en qué forma podría ayudarlos.

—Es fácil. Son sólo cinco personas: mi esposa, mi amigo Andrew, Harry Daniels, su hijo mayor y Joe Brown. Todos están cualificados, y contribuirían a mi integración como supervisor. Su presencia me permitiría hacer preguntas sin despertar sospechas.

—¿Cinco, dices? —resopló—. La verdad. No creo que sea necesario.

—Mire, señor. No se trata de que contrate a unos inútiles. Como le he dicho, todos venían con un contrato apalabrado, pero por lo visto los soviéticos acaban de cerrar el cupo y no lo abrirán hasta dentro de tres meses. Lo único que le estoy pidiendo es que adelante usted su entrada. Un hombre con su influencia no tendrá problemas para lograrlo.

—Jack... Eso, además de complicado, resultaría caro. Lo siento, pero para poder contratarlos tendrías que proporcionarme un argumento de más peso.

—¿Acaso no le parece suficiente peso el de la máquina que levanté para salvar su brazo?

Wilbur Hewitt tomó aire y apretó los dientes antes de dar un último bocado a su salchicha.

—De acuerdo, muchacho. Pero no digas que yo los he contratado.

No es que Jack esperara que sus compañeros le recibiesen con salvas y confeti, pero tampoco imaginaba que, tras entrar en la pensión, hasta Joe Brown le negaría el saludo. Todos estaban en la habitación con cara de entierro: los Daniels y sus dos hijos, Joe Brown, Sue y Andrew. Preguntó qué sucedía, pero nadie le respondió. Jack se acercó en silencio al pequeño Danny para entregarle una galleta que había cogido del bufé del Metropol, pero cuando el crío fue a atraparla, la madre lo apartó de su lado. Harry Daniels bajó la cabeza. Sue simplemente le ignoró. Cuando Jack insistió en saber qué ocurría, Andrew estalló.

—¿Y todavía tienes la desvergüenza de presentarte sin más y preguntarnos qué nos pasa? ¿A nosotros? ¡Pregúntate qué es lo que te sucede a ti! O mejor aún: que te lo diga Joe, que hasta última hora te ha estado defendiendo diciendo que era imposible que nos hubieses abandonado... O pregúntale a Harry, ¡joder!, que se ha quedado sin comer, esperando a que en el último momento aparecieras; o a Sue, que se empeñó en ir a buscarte al Metropol por si te había ocurrido algo. O pregúntame a mí, a tu amigo del alma, Andrew. Pregúntame por qué, mientras tú te divertías en un hotel de lujo, yo rogaba e intercedía por todos vosotros en el Comisariado para conseguiros un trabajo. ¡Para todos, tú incluido!

—¡Vaya! ¡Cómo está el ambiente!... Ya veo que no puedo dejaros ni unos minutos solos. —Intentó echar el brazo por encima del hombro de

Andrew, gesto que éste rechazó.

—¡Qué huevos tienes, Jack! ¿Por qué no te guardas tus jodidas bromas para tu amigo Hewitt? Seguro que a él no le escuecen en los oídos.

Jack comprendió que no era momento de sarcasmos.

—Está bien... Sé que debí avisaros pero...

—¡No! ¡No está bien, Jack! ¡Está jodidamente mal! ¡El trabajo está jodidamente mal! ¡Los pasaportes están jodidamente mal! ¡La comida está jodidamente mal, y esta puta pensión está jodidamente mal! Y mientras nosotros nos esforzamos por que eso cambie, aunque sea sólo para saber que mañana seguiremos entre estas cuatro paredes en vez de en un parque, congelados sobre un somier de nieve, tú te dedicas a acudir a fiestas, a dormir en suites y a renegar de los mismos amigos que un día te ayudaron.

—Espera, Andrew. No sabes lo que ha sucedido. Yo...

—¿Que no lo sé? ¡Claro que no lo sé! ¿Y sabes por qué? Porque aunque Sue te lo ha preguntado en el hotel, tú no le has respondido.

—¡Por lo que más quieras! ¡Deja que te explique!

—No vas a convencerme con tu palabrería. Joe Brown y los Daniels ya saben lo de los billetes de tren. Saben cómo te aprovechaste de todos. Aquí nadie quiere ya tus explicaciones. Te creías muy importante, ¿no? Eras Jack el imprescindible. Jack el consiguelotodo, pero eso sí: siempre y cuando pagaras lo suficiente... Pues entérate. Yo he conseguido puestos de trabajo para ellos, gratis. ¿Me oyes? Gratis.

—¡Caramba, Andrew!... Me dejas asombrado. —La ironía acudió de nuevo a su garganta.

—Mira, Jack. No tengo ganas de seguir hablando contigo.

—No, no... ¡Hablemos! —continuó con el sarcasmo—. Has conseguido trabajo para todos, ¿eh? ¡Vaya! ¡Qué buena noticia! Y supongo que bien pagado, ¿no?

—Bien pagado o no, eso es lo de menos.

—¿Cuánto, Andrew? ¿Ciento ochenta dólares al mes? Porque eso fue lo que aseguraste que cobraríamos, ¿no?

—No. —Bajó la cabeza—. Esos sueldos son sólo para los obreros especializados que vienen con contrato...

—Nosotros teníamos un contrato.

—Que ya no vale. Nos lo prepararon de un día para otro y no estaba contrastado. ¡No me preguntes por qué, pero es papel mojado!

—¡Ya! Y los sueldos que prometiste sólo son para obreros especializados, ¿no? Entonces Joe Brown ¿qué es? ¿Bracero? Que yo sepa, hasta la maldita crisis estuvo trabajando en una metalúrgica de Kosciusko donde entró antes de echar los dientes. ¿Y Harry Daniels? ¿Tampoco Harry está especializado? Porque según tengo entendido, en Massachusetts manejaba un torno como si montara en bicicleta. ¿Y su hijo Jim? ¿Acaso su hijo no estudió en el Instituto Tecnológico y trabajó en Stamps Jason & Brothers? No sé a ti, Andrew, pero a mí me parece que están suficientemente especializados.

—Las cosas aquí no son como creía. Ahora cada vez hay más soviéticos expertos, y los emigrantes que vienen sin contrato contrastado tienen que aguantarse con...

—¿Con cuánto, Andrew? ¿Con ciento cincuenta? ¿Con ciento veinte al mes?

Andrew no contestó. Jack buscó una respuesta entre los presentes, pero todos permanecieron en silencio.

—¡Cincuenta! —espetó finalmente Joe Brown, y escupió al suelo—. ¡Cincuenta míseros dólares!

—¿Y qué queréis por media jornada? ¡Menos es nada! —gritó Andrew—. ¿Qué has conseguido tú, Jack? ¿Qué has conseguido tú para nosotros?

Jack los miró a todos de uno en uno, antes de responder.

—Doscientos. Doscientos dólares al mes, para cada uno de vosotros.

El traslado en tren a Gorki no desentonó del resto de los trayectos que anteriormente habían cubierto en ferrocarril: los mismos atestados vagones de tercera, los mismos retrasos, el mismo traqueteo insoportable y el mismo horizonte nevado. La única diferencia consistía en que Andrew no viajaba con ellos. Jack miró el banco de madera desportillado sobre el que llevaba diez horas dejándose las posaderas. Apretado hombro con hombro contra Sue, le preguntó por qué en un país en el que se glorificaba la igualdad entre sus ciudadanos, mantendrían tres clases de acomodaciones en los trenes.

—¿Acaso aquí tienen tres tipos de culos? —añadió.

—Supongo que es porque estos vagones son de la época de los zares —respondió Sue, intentando razonar de la misma manera en que lo habría hecho Andrew. Jack se rascó la cabeza.

—No lo creo. Si fuera ése el motivo, tendría fácil remedio. Podrían establecer un precio único y asignar los mejores asientos por orden de reserva.

—¡Ay, Jack! —sonrió ella—. Yo no entiendo de política. Seguro que Andrew te habría dado una respuesta. No sé. Quizá mantengan las clases superiores para los ricos turistas extranjeros, ¿no? Además, ¿qué importa? ¡Lo verdaderamente importante es que ya estamos llegando a las Puertas de los Urales! —Y se levantó para señalar a través de la sucia ventanilla las dos grandiosas torres eléctricas que se percibían en la lejanía.

Jack limpió un poco el vaho del cristal y miró a su través. En efecto, las dos gigantescas torres gemelas coincidían con la descripción que algunos viajeros locales les habían anunciado. Un escalofrío le sacudió el espinazo. Apenas faltaban veinte kilómetros para alcanzar Gorki. Para que comenzara su nueva vida. Y aunque no temía al destino, por primera vez la ausencia de Andrew le inquietaba. Aún no comprendía por qué razón no les había acompañado.

La misma noche antes de la partida, Andrew había mostrado su despecho afirmando que él jamás aceptaría limosna de un cerdo capitalista. De nada le había valido insistirle en que Wilbur Hewitt había sido contratado por el propio Stalin para ayudar a la Unión Soviética. Se diría que Andrew no había digerido el que su gestión con Hewitt hubiera dado tan buen fruto y por esa razón había decidido permanecer unos días en Moscú para buscar sus propias oportunidades en Gorki a través de su contacto moscovita. No quiso que Sue le acompañara para evitarle incomodidades. Se había dado de plazo una semana. Si no obtenía resultados, viajaría a Gorki con el rabo entre las piernas y aceptaría la oferta de Hewitt.

Cumplido el mediodía, el tren detuvo su marcha en la estación de Gorki.

Nada más apearse, los sesenta y ocho emigrantes americanos escucharon al oficial de Intourist encargado de conducirlos a los pabellones en los que iban a hospedarlos. El agente les sugirió que depositaran sus equipajes en los carros que aguardaban junto al río para facilitarles el traslado, pero nadie

movió un músculo. Tras recorrer medio mundo, no iban a separarse de lo único que poseían.

Jack se frotó a sí mismo en un intento de retener el calor que se le escapaba por la boca a vaharadas. Miró a su alrededor. Apenas si había gente sobre una avenida interminable donde la nieve sepultaba por igual la calzada y las casas. Sobre la fachada de la estación, el termómetro marcaba treinta y cinco grados bajo cero, cifra que parecía corresponderse con las cuchilladas que sentía en sus pulmones cada vez que respiraba. Abrazó a Sue, que tiritaba como un perrillo. Nadie les había advertido que el último paraíso sería también un infierno helado.

Como un rebaño de renos, los inmigrantes americanos siguieron al oficial de Intourist hasta la parada del tranvía de la línea 8, donde escucharon que tardarían cuarenta y cinco minutos en recorrer los doce kilómetros que separaban el centro de la ciudad del suburbio donde se levantaba la factoría. Una vez encajonados como ganado, el conductor hizo sonar la campana y el tranvía arrastró los dos vagones por las desoladas calles de Gorki. Mientras se apretaban unos contra otros, Jack imaginó que los ateridos habitantes de Gorki desconocerían el significado de la palabra *felicidad*.

Poco a poco, los últimos edificios fueron dejando paso a un monótono páramo nevado, interrumpido de vez en cuando por postes de la luz hincados en la nieve como sombríos arpones sobre la piel de una inmensa ballena blanca. Tras media hora de camino, el tranvía se fue acercando a un gigantesco complejo de naves protegidas por decenas de alambradas. De inmediato, los murmullos se vieron reemplazados por comentarios de admiración, al comprobar las asombrosas dimensiones de un recinto que a simple vista, parecía más grande que la propia ciudad.

A Jack le impresionó. La factoría de Ford en la que había trabajado en Dearborn englobaba las naves de ensamblaje, de energía, las de fundición, las de chapistería, las de fabricación de motores y un sinfín de almacenes y empresas auxiliares que se extendían sobre una extensión de cuatrocientas hectáreas, pero el Autozavod no sólo parecía poseer unas instalaciones similares, sino que, además, tras cada una de sus verjas hacía guardia un ejército de vigilantes armados.

Cuando el tranvía se detuvo en la última parada, rotulada como «Distrito

Oriental», Jack fue de los primeros en acceder a la oficina de registro que los soviéticos parecían haber instalado para la ocasión en una improvisada garita de madera. Le recibió un empleado de ojillos achinados a resguardo bajo un gorro de piel casi tan grande como el abrigo que le ocultaba. El hombre tiritaba, parapetado tras un pequeño mostrador sobre el que descansaba una gorra que Jack encontró parecida a la que lucía el acompañante de Elizabeth durante el baile. Se preguntó a qué sección del ejército pertenecería. Cuando le llegó su turno y el empleado le solicitó que se identificara, Jack dejó caer sobre el mostrador la carta de recomendación de Amtorg y el contrato de trabajo que le había proporcionado Wilbur Hewitt. El encargado obvió la carta de recomendación y prestó atención al contrato, cerciorándose de que junto a la firma de Hewitt figurara la de Serguéi Loban, selló el documento y apuntó el nombre de Jack en un libro de registro. Cuando el soviético le pidió el pasaporte, Jack le informó que se lo habían requisado en la frontera de Finlandia.

—El oficial que me lo retuvo me aseguró que me lo entregarían en el Comisariado del Pueblo para la Industria de Moscú, pero cuando acudí a recogerlo, me indicaron que lo enviarían directamente a esta factoría.

El empleado giró sus ojillos achinados hacia Jack, como si en lugar de a una persona, hubiese escuchado el zumbido de un abejorro. Miró de nuevo el nombre que aparecía en el contrato y buscó en su cajón. Mientras lo hacía, Jack advirtió que rebosaba de pasaportes americanos.

—Jack Beilis. Sí. Aquí está. —Lo sacó del cajón, cotejó la fotografía con el rostro de Jack y lo dejó junto a la gorra. Su inglés era como el de todos—. ¿Le acompaña algún familiar?

Jack recordó que en la aduana había mostrado el certificado que acreditaba su matrimonio con Sue. En aquel momento se alegró de que Andrew hubiera decidido permanecer en Moscú, pues de lo contrario seguramente se habría producido una disputa.

—Sí. Viajo con mi esposa. —Hizo un gesto a Sue para que se adelantara—. También tiene contrato de trabajo. —Se lo mostró.

La joven sonrió y agarró a Jack como si le perteneciera y esbozó un mohín cuando hubo de soltarle para entregarle al vigilante su pasaporte.

—De acuerdo. Rellenen este cuestionario, firmenlo y esperen afuera hasta

que les asignen sus alojamientos —dijo.

—Y nuestros pasaportes, ¿cuándo nos los devolverán? —preguntó Jack.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? Para trabajar en la Unión Soviética, no van a necesitarlos.

Los Daniels y Joe Brown también perdieron sus pasaportes. Sin embargo, y al igual que al resto de emigrantes, les entregaron un resguardo mecanografiado con el que, llegado el momento, les aseguraron que podrían recuperarlos.

Con los trámites cumplimentados, los sesenta y ocho americanos fueron conducidos a pie a través de los dos kilómetros nevados que separaban la parada del Distrito Oriental, del denominado Fordville, el complejo de barracones prefabricados, edificados para alojar a los trabajadores extranjeros del Autozavod.

Según se aproximaba, Jack observó las naves de apartamentos. Aunque de reciente construcción, las maderas de las paredes y tejados, junto a lo achaparrado de sus proporciones y a la alambrada que bordeaba el recinto, les conferían la apariencia de unos gigantescos establos. Desde luego, no se asemejaban a las viviendas unifamiliares descritas por Andrew, pero guarecerse en un tonel habría sido preferible a permanecer un segundo más a la intemperie, de modo que olvidó su aspecto desangelado y al igual que el resto de trabajadores, se apresuró a buscar refugio dentro. Finalmente, tras semanas de penalidades, las risas y el júbilo desbordaron a los viajeros mientras el frío y los temores desaparecían como por ensalmo. Joe Brown le pidió a Jack que le pellizcara, pero Sue se le adelantó, propinándole un empujón que no borró la sonrisa bobalicona que se había instalado en su rostro oscuro. El hombre no alcanzaba a dar crédito a lo que veía. En sus cincuenta y tres años de existencia, trabajando de sol a sol, sin vacaciones ni domingos, jamás había llegado a estrenar un mísero colchón, y ahora, delante de él, como un regalo navideño, allí estaban esperándole: viviendas nuevas y gratuitas, y un sueldo de doscientos dólares por trabajar atornillando tuercas.

A Jack le habría encantado visitar el campo de béisbol, el club social y las demás comodidades que los americanos veteranos que habían acudido a

recibirlos deseaban enseñarles, pero se lo impidió un joven guardia soviético que le salió al paso. Dijo venir en nombre de Wilbur Hewitt, y añadió que el ingeniero le aguardaba ya en su despacho.

Jack comprendió que no se trataba de una invitación de cortesía. Les cedió el equipaje a los Daniels para que lo trasladaran a sus aposentos y se despidió de todos.

—¡Pero Jack! ¡Te perderás la fiesta de bienvenida que nos han preparado!
—se lamentó Sue.

—¡Pues guárdame un poco de pastel! —gritó él mientras salía a la ventisca y retrocedía hacia el viejo camión en el que el operario ya le esperaba con el motor encendido.

La camioneta rugió como un león decrepito al tiempo que sus pesadas ruedas giraban sobre los ejes, esforzándose por liberarse de la asquerosa mezcla de fango y nieve en la que se había convertido el camino. Conforme adquirían velocidad, Jack observó cómo el jovenzuelo imberbe disfrutaba extrayendo los últimos arrestos que pudieran quedarle al vehículo, derrapando por los viales helados de la factoría como si se tratara de un enorme juguete de hierro. Entre bache y bache, Jack se fijó en la cinta azul que guarnecía su gorra de plato, advirtiéndole que era distinta a las que lucían los guardias de las puertas y las garitas. Pensó en preguntarle el motivo de tanta vigilancia, pero algo le dijo que su curiosidad podría resultarle tan beneficiosa como lavarse las manos en una palangana de ácido, de modo que se aferró a su asiento y esperó a que el joven guardia terminase su alocada carrera.

Finalmente, frenó el vehículo junto a un puesto de vigilancia con un chirrido que a Jack se le antojó como si los palieres acabaran de exhalar su último suspiro. El conductor apagó el motor, saludó al centinela, y tras mostrarle sus credenciales pidió a Jack que le acompañara. Atravesaron un edificio de oficinas atestado de trabajadores y se detuvieron frente a un despacho en cuya puerta destacaba la leyenda:

SERGUÉI LOBAN
Director de Operaciones

Jack enmudeció. Miró al conductor como si demandase una explicación, pero el chófer se limitó a llamar con los nudillos y a esperar a que contestaran. Cuando Jack oyó la voz de Serguéi, no pudo evitar un ligero estremecimiento.

El director de Operaciones recibió a Jack retrepado en su sillón y escoltado a su espalda por los mismos hieráticos retratos de Lenin y Stalin que parecían presidir cualquier estancia a la que pudiera accederse en la Unión Soviética. Junto al sillón, de fieltro deshilachado, descansaba un perchero del que colgaban un grueso abrigo de piel y una gorra de plato orlada con una cinta azul. Serguéi Loban apagó su cigarrillo en un vaso de té a medio consumir, despidió al conductor y le pidió a Jack que tomara asiento en uno de dos sillones de cuero rojo. Jack obedeció, ansioso por conocer el motivo por el que se encontraba en aquel despacho, en lugar de en el de Hewitt.

—Debería procurar confiar más en sus anfitriones —respondió Serguéi cuando Jack le interpeló al respecto—. El señor Hewitt tenía que resolver un asunto urgente y, dado que usted va a desempeñar la labor que anteriormente había sido encomendada al señor McMillan, he considerado adecuado aprovechar la ocasión para saludarle de forma oficial y darle la bienvenida.

Jack no supo si creerle. No obstante, prefirió continuar alerta, dada la primera impresión que le había causado Serguéi en el *S. S. Cliffwood*.

—Le ruego acepte mis disculpas —trató de reconducir la situación—. Le aseguro que mi actitud es de agradecimiento hacia el pueblo soviético, y mi intención no es otra que la de colaborar al máximo en las tareas para las que he sido contratado. Mi desconcierto tan sólo obedece a que el señor Hewitt me había informado del enorme trabajo pendiente, sobre todo en la cadena de montaje y en la sala de prensas, e imaginaba que esta visita serviría para ponerme al día. Me he encontrado con usted y por eso me he sorprendido.

—Le comprendo. Está bien. Aguarde un momento mientras compruebo si el señor Hewitt ya está libre. —Levantó el teléfono y marcó un número.

Mientras esperaba, Jack observó un portarretratos que exhibía la figura de Stalin estrechando la mano a Serguéi, en lo que parecía ser la inauguración de la factoría. Escuchó a Serguéi preguntar si el ingeniero americano había concluido los asuntos que le ocupaban. Cuando colgó, regaló a Jack una

modalidad de sonrisa en él desconocida.

—Me comunican que Wilbur Hewitt se encuentra en disposición de recibirle. Como comprobará, Jack, los bolcheviques no somos esos ogros de los que todo el mundo habla. —Se levantó para dar por concluida la conversación y señalarle la salida—. No obstante... —Se detuvo en medio del despacho.

—¿Sí, señor Loban?

—No obstante, procure respetarnos. Esto no es Estados Unidos. —Y de súbito perdió la sonrisa.

—No te dejes atemorizar por las bravuconadas de los soviéticos —dijo el ingeniero mientras apartaba a la esforzada enfermera que intentaba aplicarle yodo sobre las cicatrices de su maltrecho brazo.

Jack observó que Wilbur Hewitt se bajaba la manga con dificultad y se encaminaba hacia el sillón de su despacho en medio de histriónicos aspavientos. Quizá fuera un tipo presuntuoso y excéntrico, pero aunque sólo le conociese de un par de conversaciones, tenía la sensación de que el directivo americano era de esa clase de hombres capaz de poner a trabajar a medio mundo con tan sólo despojarse de su monóculo y soltar un par de exabruptos. Y eso le admiraba. Imaginó que, al igual que él, nadie en la Unión Soviética discutiría su eficacia como dirigente. Sin embargo, en aquel preciso instante, quien concitaba toda su atención no era Wilbur Hewitt, sino la joven enfermera que recogía su instrumental con el mismo cuidado con el que una madre ordenaría las medicinas de un hijo enfermo. De hecho, Jack no había dejado de admirar cada uno de los movimientos de la sanitaria, desde que la encontró curando al ingeniero.

Natasha se le antojó particularmente atractiva. En realidad, era la primera mujer rusa que a su juicio merecía aquel apelativo, aunque tal consideración sólo obedeciera al hecho de que a las restantes soviéticas que había conocido las había visto por la calle, abrigadas hasta las cejas. Por eso aprovechó que Hewitt se eternizaba al acomodarse en su sillón para recrearse contemplándola. Quizá su belleza no fuera la de una actriz de cine. Más bien, al contrario, sus rasgos suaves y limpios parecían los de una joven sencilla

que, pese a saber de su atractivo, le prestara sólo la atención necesaria como para exhibir una imagen seria y cumplidora. Una imagen que Jack comparó con la de la típica joven estudiante de provincias que pasase habitualmente inadvertida hasta el día en que, arreglada para el baile de fin de curso, deslumbrase a todos con su presencia.

Le calculó unos veinticinco años. Quizá menos. Su rostro recién lavado, sin rastro de maquillaje, sus largas trenzas recogidas sobre las sienes como dos nidos de serpientes, sus ojos esmeralda, enfocados únicamente en la tarea médica para la que parecían estar entrenados, o la bata blanca de corte masculino con apariencia de infinitos lavados le conferían un aspecto serio y cuidado. Admiraba sus ademanes delicados y su nombre inscrito en la chapa de su pechera cuando Hewitt carraspeó con fuerza.

—Disculpa este alboroto, muchacho. ¡Tratamientos a todas horas! Está visto que estos rusos no van a permitir que me muera hasta que haga funcionar esta factoría.

La joven enfermera volvió a ruborizarse al darse por aludida. Terminó de recoger el instrumental a toda prisa y se despidió de Hewitt, emplazándole a la mañana siguiente para una nueva cura.

—Sí, sí. Mañana... —La saludó con hastío y esperó a que se marchara—. Y bien, Jack. ¿Ya te has instalado?

—A medias, señor. Me disponía a acomodarme en los barracones cuando un guardia soviético me ha conducido a su presencia. Por cierto, antes de traerme aquí me llevó al despacho de Serguéi.

—¿Qué? ¡Ah, sí! Ya te advertí que se encargaba de la seguridad del Autozavod. Serguéi trabaja, come y duerme en la factoría. Le encanta que todo el mundo sepa que hace su trabajo.

—¿Y qué significan esas gorras con cintas azules? Parece que sus dueños miran a todos los demás como si les debieran obediencia.

—Ya te has fijado, ¿eh? Pues has hecho bien, porque prácticamente es tal y como lo has descrito. Esas cintas son el distintivo de los miembros de la OGPU, o para que nos entendamos, de la policía secreta. Algunos todavía siguen llamándola «la Cheka». En general, hay que tener cuidado con ellos. No te imaginas los quebraderos de cabeza que pueden llegar a ocasionarnos.

Jack recordó al policía corrupto que sobornó en Leningrado para

recuperar al hijo de Constantin.

—¿Secreta? ¿Por qué secreta?

—Cosas de las revoluciones, supongo... —Se repantigó en el sillón, cruzó las piernas sobre la mesa y encendió un cigarrillo del que inspiró una profunda calada—. Cuando los bolcheviques derrocaron a los zares, crearon diferentes organizaciones para garantizarse tanto el control interno como el internacional. Por lo visto, hubo potencias extranjeras que trataron de detenerlos mediante conspiraciones de todo tipo, incluso apoyando a los grupos contrarrevolucionarios rusos para que socavaran el avance de la Revolución desde la clandestinidad. La Checa aglutinó a elementos del Ejército Rojo y a dirigentes del partido en una especie de organización policial y militar para dirigir la inteligencia del país y eliminar a los opositores. —Bajó los pies de la mesa y se incorporó, haciendo ademán de acercar su cabeza hasta la oreja de Jack y contarle una confidencia—. ¡Para liquidar a quienes los contradijeran, vamos!

—Eso suena peligroso...

—Depende... —Volvió a reclinarse—. Yo no he tenido problemas con ellos, aunque supongo que se debe a que me ando con cuidado. No te preocupes por Serguéi. A él, lo único que le preocupa es dotar a la factoría de una pátina de normalidad, y para ello necesita terminar con los saboteadores. Ya sabes: muerto el perro, se acabó la rabia. En fin, vayamos a lo que nos concierne, que es este dinosaurio de factoría. —Abrió un cajón y sacó una carpeta marrón que depositó sobre la mesa—. Aquí tengo la información que no pude entregarte en Moscú: planos, relación de maquinaria, empresas subsidiarias que trabajan para nosotros, y un dossier con el listado de incidentes y los empleados implicados. Como te comenté en su momento, la mayoría de los problemas se han concentrado en las plantas de estampación y de montaje. Lamentablemente, no dispongo del censo completo de operarios.

—¿Y podrá conseguirlo?

—La verdad, lo veo complicado. En el Autozavod trabajan más de treinta mil empleados distribuidos en tres turnos y debemos ser discretos. Si solicitara un listado tan exhaustivo, despertaría las sospechas de cualquiera relacionado con los sabotajes.

—Bueno. En realidad, sólo necesito el censo de las plantas en las que se

han producido los incidentes...

—Veré lo que puedo hacer, pero por ahora tendrás que apañarte con esto.

—Le acercó la carpeta con todos los documentos y se levantó para dar por concluido el encuentro.

—¿Cuándo empezaré? —Jack también se levantó todo lo rápido que pudo.

—Mañana a las ocho se inicia el primer turno. A las siete pasarán a recogerte a ti y a tus compañeros. Por cierto: he de reconocer que tu idea de colocar a tus amigos en los distintos lugares donde ocurrieron los incidentes es la excusa perfecta para recabar información sin despertar recelos.

—Esperemos que sea de ayuda. Como le dije en su momento, podré hablar con ellos las veces que necesite y me contarán todo lo que vean.

—Bien. Pues entonces, todo correcto. Dedicar estos primeros días a familiarizarte con la fábrica y a entrar en contacto con los empleados mientras diriges las reparaciones de la maquinaria deteriorada durante la travesía. A menos que descubras algo importante, volveremos a reunirnos en este mismo despacho la próxima semana.

—De acuerdo, señor Hewitt. Esto... Una cosa más. Si me permite la indiscreción, me gustaría preguntarle por su sobrina. No sé si en un lugar tan apartado del mundo y desconociendo el idioma, le apetecería algo de compañía, y me preguntaba si...

—¡Caramba, muchacho! Pero ¿tú no estabas casado?

—Sí, señor. Bueno, no, señor. Quiero decir...

—¡Diablos! ¡Aclárate! El matrimonio no es algo en lo que se esté o no se esté.

—Verá... —Supuso que lo mejor consistiría en sincerarse—. Lo cierto es que para ayudar a una pareja de amigos a entrar en la Unión Soviética hube de simular un matrimonio de conveniencia. Una vez aquí, hemos mantenido la farsa, pero le aseguro que mi propósito es resolver cuanto antes este asunto y...

—¡Ja! Por mi sobrina no te esfuerces, chico. Elizabeth sólo tiene ojos para adinerados como Smirnov, el tipo de hombre con el que ella se siente a gusto. De hecho, no creo que a mi sobrina le importara compartir su vida contigo si tú fueses un sultán, harén incluido.

—Perdón. Yo sólo pretendía ser amable —carraspeó—. Una última cuestión. —Jack se detuvo bajo el quicio de la puerta—. En la oficina de recepción, a mis amigos y a mí nos han retenido los pasaportes. ¿Sabe algo al respecto?

Wilbur Hewitt permaneció en silencio mientras apuraba la última calada de su cigarrillo. Apretó los dientes y se sentó.

—Algo sé. Lo que ya desconozco es si a ti te gustará saberlo.

Jack ignoró los derrapes y frenazos de la camioneta que le conducía de regreso a la villa americana, porque en su cabeza aún reverberaban las últimas palabras pronunciadas por Wilbur Hewitt en su despacho.

«La OGPU retiene los pasaportes a los americanos, porque pretenden que sus dueños permanezcan para siempre en la Unión Soviética. —Y había añadido—: Pero no te preocupes: si cuando todo acabe necesitas regresar, yo te echaré una mano».

Cuando todo acabara... Pero ¿y si las cosas no se desarrollaban como Hewitt pretendía? ¿O si éste regresaba a América antes de que averiguara nada y se olvidaba de su compromiso? O simplemente, ¿y si él desease cambiar de aires y comenzar una nueva vida en otro país distinto?... Entonces, ¿cómo haría? Quizá, a los inmigrantes venidos desde el otro extremo del mundo dispuestos a echar raíces en una tierra que les garantizaba un jornal seguro, la pérdida de sus pasaportes les supusiese un inconveniente ridículo, pero a él le inquietaba tanto como echarse una siesta junto a un nido de víboras. ¿Por qué los soviéticos les retiraban sus pasaportes? ¿Acaso temían algo de los americanos?

Un golpetazo en los bajos de la camioneta le causó el mismo efecto que el de un profesor propinándole un cogotazo por distraído.

¿Por qué se preocupaba tanto? En aquel instante, no sólo no tenía la más mínima intención de abandonar la Unión Soviética, sino que además, por su

condición de fugitivo, le estaba vedado el regreso a Estados Unidos.

Inspiró una bocanada del viento gélido que se colaba por la rendija de la ventanilla, en busca de un hálito de cordura que le permitiera reflexionar adecuadamente sobre su futuro. El conductor, al verle, le dedicó una sonrisilla estúpida, como si imaginara que los vaivenes de la conducción hubieran mareado a su pasajero y eso le enorgulleciera.

Jack cerró los ojos. Si lo pensaba con detenimiento, en realidad debería considerarse afortunado. Al fin y al cabo, el país que le había acogido era la tierra de sus padres, una nación grande y poderosa, de gentes trabajadoras y hospitalarias, como demostraba el hecho de que en aquel instante un chófer le estuviese conduciendo hacia un plato de sopa caliente y una habitación regalada. Además, conocía el idioma, estaba rodeado de amigos y compatriotas e iba a percibir un sueldo como nunca habría soñado. ¡Mil doscientos dólares mensuales! Si conseguía prolongar su relación, en cinco años poseería una auténtica fortuna.

Sí. Sin duda era afortunado.

Aunque más violento que los demás, el último frenazo al menos sirvió para detener la camioneta. Habían llegado. El conductor le sonrió con cara de vencedor de una carrera competida y le invitó a que se bajara. Jack se despidió y aceptó su emplazamiento para la mañana siguiente frente al barracón en el que acababa de dejarle. Luego corrió hacia el interior del edificio para evitar morir de frío.

Una vez dentro del comedor, Jack creyó encontrarse de nuevo en América. Decenas de compatriotas abarrotaban una sala de madera decorada para la ocasión con banderolas americanas y globos de papel artesanales, en medio de un jolgorio que le sorprendió volver a disfrutar. La gente cantaba y reía al ritmo de la tradicional música *hillbilly* de las montañas, interpretada a banjo y violines por un trío de borrachos que parecían rivalizar con los gritos de los bailarines.

Jack advirtió la presencia de los Daniels y se dirigió hacia ellos con el ánimo de participar tanto de su alegría como de las viandas y la botella de vodka que descansaban sobre su mesilla, pero antes de conseguirlo, un grupo de trabajadores le incorporó a su corro de baile como si fuera uno más de la cuadrilla y le obligaron a tararear un desentonado *Cripple Creek* al que le

estaban inventando la letra. Por fin se deshizo de sus nuevos amigos con una sonrisa y se sentó junto a los Daniels. Harry parecía disfrutar de la fiesta y se empeñó en que ingiriera una jarra de vodka de un solo trago, «como los hombres antiguos». Jack se contagió rápidamente del regocijo general, que en gran parte obedecía a la ingente cantidad de salchichas con tomate, lonchas de beicon, costillas de cerdo a la barbacoa y tortitas con crema de queso que los cocineros habían reservado para la fiesta de bienvenida.

Después de apurar la jarra de vodka, no permitió que sus tripas siguieran azuzándole y se abalanzó sobre lo que quedaba del festín. Asestó un mordisco a una especie de perrito caliente que le ofreció Harry y echó un trago de vodka para empujar el bocado, mientras paseaba la vista por toda la gente desconocida que disfrutaba a su alrededor. Le extrañó no ver a Sue, pero cuando preguntó por ella a Harry Daniels, éste le confesó que había bebido demasiado y se había retirado a su cuarto.

Jack dejó de lado sus preocupaciones y se unió al grupo de baile como si los conociera de toda la vida. Comió y bebió sin medida hasta que, sobre las nueve de la noche, las mujeres comenzaron a recoger, primero las bandejas, y luego a sus maridos, arrastrándolos a la fuerza hacia sus habitaciones. Jack y los Daniels fueron de los últimos en retirarse. Apenas si podían articular palabra por los efectos del alcohol, pero entre balbuceos y risas, coincidieron de camino a sus dormitorios en que viajar a Rusia había sido la mejor decisión que hubieran tomado nunca.

Tras haber intentado introducirla por tercera vez en la cerradura, Jack miró con perplejidad la llave que acababa de entregarle Harry. La acercó a la bombilla del pasillo para asegurarse de que no estaba torcida e intentó encajarla de nuevo en su alojamiento. Cuando parecía que iba a conseguirlo, se le escurrió de entre los dedos. Consciente de su estado etílico, sonrió como un idiota. Por último, logró meterla y hacerla girar. Entró en el dormitorio a oscuras y tropezó contra una maleta que identificó como suya. Volvió a reír. Harry se había ocupado de custodiar su equipaje, pero lo había depositado en el lugar menos oportuno. Tanteó en el tabique en busca del interruptor de la luz cuando, sin previo aviso, un repentino fogonazo iluminó la estancia y le hirió la vista. Jack se protegió los ojos con las manos y a través de la rendija de los párpados observó desconcertado a la figura que se incorporaba en la

cama que estaba plantada en medio de la habitación. Al punto imaginó que se había equivocado de dormitorio, pero cuando ya retrocedía, advirtió que la persona que le miraba igualmente sorprendida era Sue.

Pensó en disculparse, pero ella se le adelantó.

—¡Pasa y cierra la puerta! ¡Vas a despertar a los vecinos!

Jack se encogió de hombros y obedeció sin pensar.

—¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí? —acertó a decir.

—Pues intentaba dormir hasta que tú me has despertado. ¿Ya acabó la fiesta? ¿Qué hora es?

Jack no respondió. Tan sólo se fijó en Sue, medio desnuda sobre su cama.

—No entiendo. Harry me dijo que ésta era mi habitación. Me dio la llave y aquí está mi equipaje, y...

—Claro. La habitación es para los dos.

—¿Cómo? Pero ¿cómo?...

—Estamos casados, ¿recuerdas? Esta habitación es la que nos han asignado. Las individuales aún son más pequeñas.

—¿Más pequeñas? —Abrió los ojos, como si eso fuera imposible—. Pero ¿por qué no les has explicado que nosotros...?

—¿El qué, Jack? ¿Que los hemos engañado a todos?

—No, claro. Eso no, pero Andrew... —Jack no consiguió concentrarse.

—Venga. Vente a la cama y mañana ya veremos cómo solucionamos esto.

—Pero Andrew...

Por toda respuesta Sue apagó la luz y cogió a Jack de la mano para atraerlo hacia sí.

Jack lo permitió. Le resultaba difícil pensar con la cabeza embotada y el contacto con Sue no le ayudó. Quiso resistirse, pero el «ven» pronunciado suavemente por ella reverberaba en la oscuridad, atrayéndole como un remolino a una balsa a la deriva. Sin saber cómo, se despojó de la ropa hasta quedarse en calzoncillos. Sue le arropó con la manta y se pegó a él. No se veía nada. En el silencio, Jack tan sólo percibía la respiración de la joven pegada a su oído, pesada, temblorosa, junto a la suya, profunda y alterada. Lentamente sintió cómo las piernas desnudas, suaves y calientes de Sue se enredaban sobre las suyas al tiempo que sus brazos le atraían. Intentó pensar,

pero las manos de ella, que acariciaban su pecho y su pelo, se lo impidieron, arrastrándole hacia un precipicio de confusión y deseo en el que los rostros de Sue, Elizabeth y Natasha se entremezclaban, aparecían y desaparecían, se ofrecían y se alejaban.

No logró hilar su pensamiento, y sin más, se dejó llevar.

No recordaba una resaca similar, con la cabeza como un cóctel de cuchillas que al más mínimo vaivén le atravesaran el cerebro. Permaneció en silencio intentando recordar lo sucedido, pero sólo esbozó un conjunto de imágenes vagas en las que se fundían la música de banjo y el vodka con un tornado de besos y caricias. Sin embargo, el cuerpo desnudo de Sue junto a las sábanas que yacían desmadejadas al pie de la cama no dejaba lugar a dudas. Se levantó y la despertó. Debían apresurarse. Apenas si faltaban quince minutos para que el vehículo que debía trasladarlos partiera hacia la factoría y no quería perderlo. Se vistieron a toda prisa y corrieron al baño común situado en el pasillo, que, gracias a lo tardío de la hora, estaba desierto. Luego bajaron por las escaleras mientras terminaban de peinarse y subieron a la camioneta justo cuando ya salía. Ninguno de los dos comentó nada sobre lo sucedido. Aguantaron en silencio el trayecto, y ni siquiera se despidieron cuando hubieron de separarse para marchar hacia sus respectivos destinos: ella, a una brigada de limpieza, y él, con su peligroso cometido.

La primera jornada de trabajo resultó tan agotadora como acarrear una montaña de piedras, pero al menos permitió a Jack olvidar las consecuencias de su encuentro nocturno con Sue y conocer los diferentes edificios que componían la gigantesca factoría.

Conforme a lo dispuesto por Wilbur Hewitt, en primer lugar había acudido al almacén de equipamiento para procurarse el mandilón blanco que debería vestir en todo momento como indumentaria de trabajo, y que lo identificaría como supervisor americano. El delantal, de tejido basto y usado, lucía sobre la pechera una chapa identificadora con el nombre de George McMillan, el ingeniero enfermo al que estaba sustituyendo, y que Jack juzgó oportuno conservar hasta que le proporcionaran la suya. También le suministraron una libreta, un lápiz, una goma de borrar, un metro articulado

de madera, un calibre, unos guantes de lana, un gorro del tipo *ushanka* con orejeras y unas botas de fieltro.

Desde allí, y en compañía de Anatoli Orlov, el operario soviético que le habían asignado como guía mientras se familiarizaba con sus obligaciones, se había desplazado a la nave de prensas, donde tenían lugar los procesos de estampación. Al igual que en la factoría de River Rouge en Dearborn, el ruido de las prensas resultaba ensordecedor. Pese a que Jack conocía sobradamente el proceso, Orlov se empeñó en explicarle que la chapa de acero llegaba en enormes bobinas a las guillotinas, donde éstas se cizallaban en planchas rectangulares que se trasladaban a lo largo de la cadena de matrices para ser recortadas, embutidas y troqueladas, dando forma a las distintas piezas que conformarían las carrocerías. Sin embargo, a partir de aquel punto, cualquier parecido entre ambas fábricas se reducía a una entelequia.

El complejo de River Rouge en Detroit era un gigantesco prodigio de eficacia y tecnología, donde cada elemento —ya fuera hombre, suministro o maquinaria— encajaba con la misma exactitud que un mecanismo de relojería. Pero no sólo eso. De los más de cien mil obreros empleados en las naves de Dearborn, cinco mil se dedicaban exclusivamente a mantener las instalaciones impecables, baldear los suelos, vaciar los bidones de basura cada dos horas, limpiar las ventanas y repintar paredes y columnas en los colores azul y blanco de la compañía. En River Rouge se podía lamer el suelo sin temor a tragar una brizna de basura. Si intentabas lo mismo en el Autozavod, lo más probable era que murieses envenenado antes de que la saliva te alcanzara la garganta.

No era una exageración. Mirara por donde mirara, le resultaba difícil encontrar un rincón que no pareciese un basurero. Las virutas de metal cubrían los suelos; los recortes acumulados y las piezas oxidadas convivían con carros de transporte desordenados; y decenas de cajas de repuestos yacían amontonadas por los pasillos, como si llevaran años olvidadas. Daba la impresión de que aspirar al orden y a la limpieza en el Autozavod era como meter a una piara de cerdos en un quirófano y pretender que lo mantuvieran immaculado.

Sin embargo, y pese a la evidente repercusión de la limpieza en el

discurrir de los procesos productivos, lo que a su juicio resultaba más llamativo era la ineficacia y la desidia con la que los empleados soviéticos parecían abordar cada tarea. A su juicio, más que obreros cualificados, quienes se ocupaban de la producción bien podrían pasar por un ejército de pastores enfundados en gorros y chaquetas de lana que manejaran los sopletes con el mismo conocimiento que si varearan un rebaño de cabras.

Entre los chasquidos y el penetrante olor a soldadura que se adhería a la garganta, Jack los contempló con atención. Muchos de ellos no superarían los veinte años, pero sus rostros consumidos por el trabajo aparentaban la cuarentena. Las mujeres, casi tan numerosas como los hombres, se cubrían los cabellos con pañuelos blancos para protegerlos del peligro de la maquinaria. Junto a los más viejos aparecían botellas de vodka abiertas, pese a los carteles que prohibían su consumo durante el horario de trabajo y a la omnipresente vigilancia que parecía más pendiente de otros problemas. El frío era verdaderamente atroz, hasta el punto de que en los pasillos se distinguían placas de hielo formadas por las goteras.

En América, el mineral de hierro entraba por los muelles de River Rouge en la mañana del lunes y estaba transformado en un automóvil de cuatro cilindros listo para la venta el jueves por la tarde. Eso era eficacia. Un término que en el Autozavod aún ignoraban.

Tomó nota de lo que veía y dejó las reflexiones para el futuro. Luego se desplazó hasta el almacén donde habían amontonado las máquinas estropeadas durante la tormenta y empleó el resto de la mañana en explicar a los operarios qué habían de hacer para repararlas.

Al término de la jornada, Jack se encontró con los Daniels en el comedor social de la nave de estampación, consistente en una especie de almacén con cientos de mesas alineadas. Mientras hacían cola para adquirir los tiques de la comida, Jack se interesó por el desempeño del primer día.

—No ha ido mal —respondió el viejo Harry—. Un frío de cojones, pero felices de volver a manejar las prensas.

Jack asintió. Había convencido a Hewitt para que colocara a Harry y a su hijo mayor, Jim, en el taller de reparación de matrices, el lugar en el que los operarios con más conocimientos solventaban los desperfectos que se originaban en los moldes. No le había resultado difícil. En técnicas de

estampación, la familia Daniels derrochaba tanta experiencia, que hasta las mulas de su antigua granja podrían haberse despojado de sus arneses para ponerse a fabricar ruedas a coces.

—¿Y los compañeros soviéticos? ¿Son amigables? —les tiró Jack de la lengua.

—Por ahora sólo son soviéticos. De compañeros, casi nada. —Avanzaron en la fila.

—¿Y qué quiere, padre? —terció el joven Jim—. Nosotros no hablamos ruso, y ellos lo único que dicen en inglés es «*camarrada*».

—Cierto —concedió Jack—. El idioma es un problema, pero por las tardes imparten clases gratuitas a las que puede asistir quien quiera. —Y se colocó frente a la caja registradora.

—¿Estudiar? —Harry dejó escapar una risa sarcástica—. ¿Has visto mis manos? —Se las mostró a Jack, totalmente encallecidas—. En marzo cumpliré cincuenta y cinco años. A los seis aprendí las cuatro letras y desde entonces no he necesitado saber nada más. ¡Que estudien mis hijos si quieren! Yo, cuando acabe mi faena, me iré con mi mujer a disfrutar de un vaso de vodka y a contemplar cómo nieva.

Jack interrumpió momentáneamente la conversación para comprar los tiques de la cena. Le atendió un hombre bajito de tez morena y nariz aguileña, tocado con un curioso gorro rojo similar a un calcetín. El americano le saludó y le preguntó qué clases de menú despachaban.

—Americanos, ¿verdad? Es que les he oído hablar en inglés. —Sonrió—. Yo lo chapurreo algo, de atender a los extranjeros, aunque ya veo que usted habla bien el ruso. Imagino que habrán llegado al Autozavod hace poco, ¿no? Lo digo porque no les había visto antes. —Volvió a sonreír con ganas—. Aquí estarán bien. Con las cocinas ahí pegadas, el frío ni se nota.

Jack puso cara de comprender por qué la cola se había eternizado. El cajero lo advirtió.

—¡Ah, sí! ¡El menú! ¡Claro! Es que no se ven muchas caras nuevas por aquí, ¿saben?, y a mí me encanta charlar. Bien. Me preguntaba qué tipo de menú servíamos. Sí, bien. ¿Qué clase de talones les han asignado? ¿Obreros? ¿Oficiales? ¿Del partido?

Jack enarcó una ceja casi al tiempo que lo hacían Harry Daniels y su hijo.

Lo cierto era que, cuando se los entregaron por la mañana, ninguno había reparado en que existieran talones diferentes. Jack encontró en el suyo un rótulo que decía «mando intermedio». En los de los Daniels tan sólo ponía «operario». Preguntó qué significaba cada uno.

Al hombre del gorro rojo se le iluminó el rostro, como si le hiciese feliz poder explayarse de nuevo.

—Según el talón adjudicado, les corresponderá ración sencilla o doble. A ver... —Comprobó los diferentes talones—. Para usted serán tres platos a un coste de cinco rublos. —Señaló a Jack—. Los otros talones son del cupo normal, que consiste en sopa y segundo. Igualmente, serán cinco rublos cada uno.

—Disculpa, pero debes de haberte confundido —intervino Harry—. ¿Acabas de decir que a mí y a mi hijo nos corresponden sólo dos platos?

—Así es.

—Entonces, ¿cómo es posible que pretendas cobrarnos lo mismo que a él, si le van a servir un plato más?

—¡Ah! Ya veo que no se lo han explicado. Verá: el gobierno subvenciona todos los menús, independientemente de su cantidad y contenido, de forma que el precio siempre sea el mismo para todos.

Harry Daniels miró el mostrador donde descansaban varias filas de platos a la espera de ser recogidos. Se rascó la nariz sin comprender. La sopa era un líquido verduzco del que poco más podía apreciarse, y los segundos consistían en una especie de puré acompañado por algo similar a un arenque salado. Imaginó que, si resultaban tan nutritivos como repulsivo su aspecto, tendría suficiente con el segundo, pero supuso que no sería el caso. Echó un vistazo a los filetes que componían el tercer plato destinado a los mandos intermedios y sintió cómo su estómago emitía un gorgoreo de envidia.

—De acuerdo. —Sacó dos rublos más y los añadió a los cinco—. Ponme también un tercero. He trabajado sin parar toda la mañana y me merezco un trozo de esa vaca, aunque tenga que pagarlo a precio de oro.

—Lo siento, pero eso no es posible.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no ves los dos rublos que he añadido?

—No es cuestión de dinero, señor. El problema es que no hay suficiente comida.

Harry miró la hilera de filetes. Contó más de cuarenta.

—¿Estás de broma?

—Ya me gustaría señor, pero esos filetes son sólo para los mandos.

Harry prorrumpió en una serie de increpaciones que el cajero fue incapaz de interpretar. El hombrecillo enrojeció, aunque mantuvo su discurso.

—Por favor, señor. No alborote o todos tendremos problemas. Son cinco rublos cada uno. Tomen sus tiques y luego entréguenlos cuando retiren sus platos.

Harry no se calmó. En América su dinero valía tanto como el de los demás y no estaba dispuesto a consentir que en la Unión Soviética fuera distinto. Dejó los siete rublos sobre la bandejita del dinero, se apoderó de uno de los filetes y le propinó un bocado antes de que el enorme guardia soviético que vigilaba el comedor pudiera impedirselo.

—*Prisoyedinit'sya ko mne!* —le gritó el guardia, agarrándole por el brazo.

—¡Déjeme en paz! —se zafó Harry.

Jack se adelantó y se interpuso entre el hijo de Harry y el guardia, cuando el último se disponía a utilizar la fuerza para lograr su objetivo.

—Discúlpele, señor. Este hombre no entiende su idioma. Todo se trata de un malentendido —le aseguró Jack en ruso.

—¿Malentendido? ¿Este americano muerto de hambre cree que puede hacer lo que le venga en gana y quedarse tan tranquilo?

Jack se alegró de que Harry no comprendiera lo que hablaban.

—Lo siento si le ha parecido otra cosa, pero le aseguro que este pobre diablo no ha hecho nada malo. Simplemente, yo no tenía apetito y le he cedido mi plato de carne. Mire. No le engaño. Tengo derecho a ese plato. — Le enseñó su talón en el que constaba su calificación de mando intermedio. El guardia lo miró de reojo sin cambiar de gesto.

—¿Es eso cierto? —le preguntó al cajero.

Jack suplicó al hombre del gorro con la mirada.

—Sí... Sí, señor —afirmó—. Ese hombre... —miró a Jack un instante—, ese hombre le cedió su tercer plato al viejo.

El guardia gruñó como un oso que acabase de comprobar que su panal recién capturado estaba vacío. Se dio la vuelta y volvió a su sitio. Jack se

sentó en el banco corrido junto al lugar donde se había instalado Harry, quien seguía devorando como si nada hubiera sucedido.

—¿Qué quería ese imbécil? —dijo Harry. Jim también atendió.

Jack los miró sin saber bien qué contestarles.

—Nada. Vosotros seguid comiendo.

Nada más terminar sus platos, los Daniels abandonaron precipitadamente el comedor para alcanzar el tranvía que cubría el trayecto entre la nave de prensas y la villa americana. Jack, por su parte, prefirió consumir su taza de té con tranquilidad. No tenía prisa por reencontrarse con Sue, y había asuntos de trabajo sobre los que juzgó preferible recapacitar junto al agradable calor de las cocinas. Encendió una *papirosa* y sorbió un poco de té.

Durante un largo rato comprobó sus anotaciones hasta que una voz áspera le arrancó de sus pensamientos.

—Vamos a cerrar.

Jack alzó la vista para toparse con una limpiadora del tamaño de un armario que, paño en mano, invadía el espacio que ocupaban sus notas sin aguardar a que las retirara. Las recogió a toda prisa y comprobó la hora en el reloj del comedor. Marcaba las siete. Demasiado tarde para utilizar los servicios del chófer loco, y el siguiente tranvía no pasaría hasta el cambio de turno. Se disponía a abandonar el comedor, cuando oyó que alguien le llamaba.

—Señor. Tenga. Sus dos rublos.

Jack se volvió extrañado. Era el cajero bajito, con su extraño gorro rojo ladeado sobre la oreja izquierda. Observó que le tendía la mano, ofreciéndole las dos monedas.

—¿No lo recuerda? Su amigo pagó dos rublos de más por su filete, pero en realidad se comió el que le pertenecía a usted, de modo que este dinero es suyo.

—¡Ah! No importa. Quédatelo.

—Gracias, señor, pero no puedo aceptarlo.

—¿No? ¿Por qué?

—En la Unión Soviética no se aceptan las propinas. Si excepcionalmente se aceptaran, significaría que se merecen, y eso sería lo mismo que admitir que excepcionalmente se ha hecho un buen trabajo.

—Así es. ¿Y qué hay de malo en ello?

—Nada, imagino. Simplemente, se supone que los soviéticos siempre hemos de hacer bien nuestro trabajo.

Jack volvió a alzar una ceja. Por un instante creyó que, de seguir descubriendo curiosidades soviéticas, sería su rictus más empleado.

—Bueno. En tal caso, podrías aceptarlo por dos razones. La primera, porque a juzgar por tu aspecto y tu acento, no pareces soviético. Y la segunda, porque estos dos rublos no son una propina, sino una recompensa por habernos ayudado. ¿O acaso olvidas que confirmaste mi versión al guardia que pretendía detener a mi amigo?

El hombre balbuceó sin saber qué decir. Antes de que respondiera, Jack le obligó a que cerrara la mano y conservara el dinero.

—Gracias, señor...

—Jack. Puedes llamarme Jack. Y no te preocupes. Nadie sabrá que los has aceptado. —Y se volvió para abandonar el comedor.

Nada más salir al exterior, un frío asesino le golpeó el rostro. Se arrebujó en su abrigo para protegerse de la ventisca y miró el desfile de farolas que se perdía en la lejanía. Era el mismo camino que había empleado su chófer, de modo que si las seguía, tarde o temprano alcanzaría los barracones americanos. Había comenzado a caminar en medio de la nieve cuando oyó unos pasos apresurados a su espalda.

—¡Señor Jack! ¡Espere, señor Jack!

Jack se dio la vuelta y se encontró de nuevo al cajero del gorro rojo.

—Tenga, señor —dijo, y le ofreció un envoltorio hecho con papel de periódico—. Son unos filetes. No es cierto que no haya comida. Bueno, sí, pero estos filetes nadie los echará de menos.

—¡Vaya! Ya decía yo que no eras soviético. ¿Cómo te llamas?

El hombre sonrió.

—Agramunt. Miquel Agramunt, señor.

—Pues gracias, Miquel. Y no me llames «señor».

Jack había conseguido evitar cualquier nuevo encuentro con Sue, durmiendo en un jergón sobre el suelo de la habitación de Joe Brown. De eso hacía ya

cinco noches, las suficientes como para apreciar que sus huesos comenzaban a resentirse, y que sus pulmones, acostumbrados a climas menos extremos, tosían más de lo deseado. Cuando Sue le preguntó por el motivo de su rechazo, él respondió que la naturaleza de sus sentimientos se limitaba a una amistad y a un aprecio, y que lo sucedido en la noche de la fiesta sólo podía achacarlo al exceso de vodka. Ella le abofeteó. A partir de aquel instante, Jack procuró esquivarla. Las veces que le resultó imposible, la saludó con sequedad, pues cualquier gesto de amabilidad ella lo interpretaba como un conato de acercamiento que luego era preciso zanjar. A la sexta noche, Jack la encontró haciendo guardia frente a la habitación de Joe Brown. Zapateaba impaciente con la puntera y su rostro aparecía como encendido por una peligrosa mezcla de rabia y alcohol. Sue le pidió que volviese con ella o, de lo contrario, le contaría a Andrew que había intentado forzarla. Se tambaleaba por la bebida y balbuceaba. Jack no la escuchó. Quiso creer que su amenaza era consecuencia de la borrachera, pero aun así, percibió el peligro, y aunque ignorara cómo resolver el problema, se propuso no dirigirle la palabra hasta el regreso de su amigo Andrew.

A quien no había vuelto a ver era a Elizabeth. Por boca de su tío Wilbur, sabía que habían renunciado a una modesta casa prefabricada en el pueblo americano para instalarse en una suntuosa mansión en la zona alta de Gorki, que los sóviets cedían ocasionalmente a los ejecutivos norteamericanos. Según el ingeniero, su sobrina consumía los días de celebración en celebración, algo que reprobaba, pero que no tenía más remedio que consentir, pues le resultaba imposible controlar su temperamento. Los padres de Elizabeth habían muerto siendo ella niña, y él y su esposa, que no habían tenido hijos, la habían criado lo mejor que habían sabido. Sin embargo, tras el ataque de meningitis que condujo a su esposa a un sanatorio mental, Elizabeth se había vuelto desobediente, frívola e indolente. No la culpaba por ello, pues era joven y disfrutaba de demasiado tiempo libre, pero eso no impedía que, en ocasiones, censurara su comportamiento.

—Su dama de compañía era la única capaz de contenerla, y tal vez por eso mi sobrina no puso reparos cuando Gertrud solicitó regresar a Estados Unidos —había añadido Wilbur.

Nada más escucharle, Jack se ofreció de inmediato para hacer de profesor

y enseñar ruso a Elizabeth en su tiempo libre, pero Hewitt ni siquiera lo consideró. Su sobrina sabía muy bien lo que quería y, desde luego, entre sus preferencias no contemplaba el estudio de nuevos idiomas. No, a menos que quien se los enseñase poseyese suficientes riquezas como para considerarle atractivo.

—¿Y cuánto dinero supondría eso? —le preguntó Jack.

Al comprobar que el interés de Jack por su sobrina iba más allá del de un atento empleado esmerándose por contentar a su jefe, Hewitt soltó una carcajada.

—Te aseguro que más de lo que puedas ganar en toda tu vida, hijo.

Su respuesta no impresionó a Jack. Estaba listo para demostrar a los Hewitt que, pese a la existencia de Smirnov, Jack Beilis podía ser un buen partido.

Sólo uno de veintidós.

Tras estudiar exhaustivamente los informes, Jack había llegado a la conclusión de que, de los veintidós accidentes ocurridos en las distintas plantas del Autozavod, veintiuno parecían obedecer a la pésima organización de la factoría. Sin embargo, para el último no había encontrado ninguna explicación.

Le trasladó sus conclusiones a Wilbur Hewitt en la primera ocasión que encontró.

—¿Estás absolutamente convencido? —le preguntó el ingeniero, tras echar un vistazo a su informe.

—Del todo. Por un lado separé los incidentes en los que se habían visto involucrados obreros, de aquellos que únicamente perjudicaron a la maquinaria o a la producción. He tenido ocasión de comprobar los expedientes de los operarios heridos. —Se los mostró—: Igor Pavlov, veintiséis años, ucraniano, brazo izquierdo amputado al introducirlo en una de las prensas mientras estaba operando. Consecuencias: detención de la línea de producción durante veintiséis horas para la limpieza y puesta en funcionamiento de las matrices.

—¿Y bien? —Se manoseó su brazo en cabestrillo, feliz de conservarlo.

—Ahora viene lo preocupante. Profesión anterior: campesino. Experiencia como operario: dos semanas de formación y una como

trabajador.

—Ya...

—Olga Moskovskaya —dejó el expediente sobre la mesa—, treinta y cuatro años, azerbaiyana, diversos cortes en rostro y pecho que requirieron puntos de sutura al engancharse el cabello en la cinta transportadora de motores. Consecuencias: interrupción de la producción durante una hora para liberar sus ropas y cabello. Profesión anterior: granjera. Experiencia como operaria: una semana de formación y un día como trabajadora.

»Mijaíl Lenovski, dieciocho años...

—También sin experiencia, imagino. ¿Son todos los casos iguales? —le interrumpió.

—Casi calcados: campesinos, agricultores, amas de casa, ganaderos... Accidentes que jamás habrían ocurrido con el entrenamiento adecuado.

—Bien. Imprudencias sin más. ¿Y el resto?

—Señor, yo no denominaría *imprudencias* a unos accidentes que podrían haberse evitado si...

—Sí, claro, pero no es el asunto que nos ocupa. Continúa, por favor.

Jack carraspeó. Apartó los expedientes de los heridos y pasó a los que afectaban a las instalaciones. Le explicó que la mayoría de los incidentes podían atribuirse a la ausencia de mantenimiento en la maquinaria, a desajustes, a la falta de lubricantes, a cojinetes corroídos, a correas sin sustituir, a deterioro en los materiales, a fallas en el diseño o a un menoscabo en la limpieza de los distintos mecanismos.

—Pero hay uno —apartó los restantes expedientes— para el que no he hallado explicación. Sucedió el 1 de enero de 1933 en la nave de motores, justo el día en que el mismísimo Iósif Stalin acudía a Gorki para inaugurar la cadena de producción. Según los informes que me suministró, durante el turno de tarde se produjo un corte en el suministro eléctrico debido a una parada programada, del que he podido comprobar que no existe constancia en los partes de averías. Sin embargo, según se recoge en los protocolos de actuación, cada vez que se produce una detención no programada, es obligatorio registrar, no sólo el incidente, sino las posibles causas que lo originaron.

—Así es.

—Bien. Pues ni en las copias de los boletines de incidencias que me proporcionó, ni en los de suministro eléctrico generado en la nave de turbinas, ni en el del transformador que controla la cantidad de energía consumida en la nave de motores, consta interrupción programada alguna.

—Extraño, sí. Sin embargo, eso no prueba nada. Podrían haber olvidado reseñarlo.

—Podría ser, pero lo raro es que estos soviéticos tienen la buena costumbre de apuntarlo todo. Apuntan cómo te llamas, la hora a la que entras y a la que sales, la maquinaria que manejas y el número de piezas producidas en tu turno, así que parece imposible creer que olvidaran reflejar algo de tal calibre. Además, no hablamos de una parada puntual. La producción de motores estuvo detenida más de cinco horas, con Stalin allí, observándolo todo. Y aunque en el informe oficial se atribuya la detención a una parada programada en la planta de energía, he comprobado que es falso. Mis informantes me han asegurado que aquel día no estaba prevista ninguna interrupción. Obviamente, Stalin montó en cólera y pidió explicaciones.

—Ya. Recuerdo haber sido informado de ese incidente. —Apretó los dientes—. Precisamente adelantaron la inauguración de la factoría una semana antes de nuestro desembarco para llevarse ellos todo el mérito. ¿Insinúas con esto que los responsables de la factoría inventaron la excusa de la parada para ocultar otro problema?

—Así es. Y de ser cierta mi teoría, la única explicación es que, en un día tan especial, quisieran tapar los efectos de un sabotaje ante los ojos de Stalin.

—Es extraño. Estos informes me los proporcionó directamente Serguéi Loban. Debería haberme avisado de que tal parada programada nunca existió. ¿Qué interés podría tener él en ocultármelo?

—Eso ya lo desconozco. Quizá debería usted preguntárselo.

Jack sonrió satisfecho cuando escondió su primera paga de trescientos dólares en el doble fondo que había confeccionado en su cinturón. Hewitt le había indicado que cada semana le pagaría lo acordado de forma privada y sin recibo, toda vez que, conforme a su categoría, no podía justificar por nómina un salario tan elevado. A Jack le pareció perfecto. Aquella semana

había pensado visitar a Iván Zarko, el contacto que le había facilitado el contrabandista Constantin en la estación de Leningrado, para cambiar algunos dólares por rublos y así poder gastarlos. Recordó que el tal Zarko trabajaba como *upravdom* en la avenida de Tverskaya, y se preguntó si su domicilio quedaría cerca de la mansión donde residía Elizabeth. De hecho pensó que, si pretendía visitarla, antes debería proveerse de un atuendo más adecuado.

Pese a las arrugas que bruñían su rostro, Iván Zarko resultó ser uno de esos ancianos de ojos de hielo y pulso de hierro, capaz de meterle el garrote por el culo al primero que intentara traicionarle sin que le temblara la mano. Jack lo comprendió nada más preguntar por él, cuando, bajo su vigilancia, sus dos hijos le cachearon para comprobar que no portaba ninguna arma.

—De modo que te envía Constantin... —murmuró el patriarca—. ¿Y qué diablos quiere un extranjero de un pobre viejo como yo?

Jack le explicó que Constantin le había asegurado que en el mercado negro obtendría un buen rédito por sus dólares, y que él podría facilitárselo.

—Hace años que no me dedico a esos negocios —afirmó el anciano, dirigiendo la vista hacia el infinito—. Las penas por contrabando de divisas me impedirían volver a ver a mis nietos. Y dime: ¿cómo se encuentra Constantin? —preguntó parapetado tras una mesa desvencijada en el pasillo de entrada al edificio que regentaba.

Jack intuyó que las palabras de Zarko simplemente respondían a la desconfianza de un viejo resabiado frente a un perfecto desconocido.

—Constantin haría cualquier cosa por mí.

—Puede que él sí. Pero yo no te conozco. Mira, hijo: si quieres un buen consejo, olvida el mercado negro, di en el banco que desconocías la normativa y confórmate con los rublos que te entreguen. Perderás dinero, pero ganarás salud. Y la salud es importante en un clima tan frío.

—Serían trescientos dólares semanales —dijo Jack.

Los dos hijos de Zarko se miraron sorprendidos.

—Escúchame bien, americano. A los Zarko no nos gustan los bromistas...

Por toda respuesta, Jack se desprendió del cinturón en el que los había escondido y depositó un fajo de billetes verdes sobre la mesa. Al advertirlo, el anciano agarró el dinero y lo ocultó bajo su abrigo.

—¿Estás loco? Podrían detenernos.

Jack miró a un lado y a otro para cerciorarse de que el lugar estaba desierto.

—Jamás bromeo. Y en cuestiones de dinero, menos.

El anciano dirigió por primera vez su mirada a los ojos azules del espigado joven que aguantaba firme frente a él.

—Condenado extranjero... ¿Cómo sé que de verdad conoces a Constantin y no trabajas para la OGPU?

Jack permaneció en silencio, al igual que los hijos de Iván Zarko. Observó que éstos comenzaban a mirarse, nerviosos, entre ellos.

—Porque él me concedió *blat* —contestó, y sin esperar a que Iván Zarko respondiera, extrajo de un bolsillo el papel rubricado por Constantin y lo dejó en el mismo lugar en el que había depositado antes el fajo.

Con nueve mil rublos calientes en el bolsillo, a razón de treinta rublos el dólar, Jack se dedicó a admirar los escaparates de la avenida Sverdlovka con la misma codicia que un niño al que hubiesen olvidado dentro de una tienda de caramelos. «La Gran Intercesión», como la denominaban los lugareños, y que él había bautizado como «la calle de los ricos», era una avenida tan amplia que podrían circular por ella diez coches en paralelo. Aun así, tan sólo la recorrían algunos carruajes de caballos y los vagones del tranvía. Mientras caminaba, admiró la continua sucesión de hoteles, iglesias, museos y palacios que parecían disputarse el título al edificio más suntuoso. Pese al frío, Jack desdeñó el tranvía y ascendió a pie hacia la plaza del Monasterio en busca de una sastrería que le confeccionara un traje similar al que siempre vestía el ingeniero Hewitt. Sin embargo, de los tres establecimientos que visitó, en ninguno alcanzaron a darle satisfacción.

—Pero ¿cómo es posible que no dispongan de tejido?

Por toda respuesta, el último sastre que le atendió se encogió de hombros antes de repetirle la misma cantinela que Jack había escuchado en las dos

sastrerías anteriores.

—Tiempo atrás aún nos llegaba suministro de lana de buey almizclero, e incluso a veces conseguíamos *pashmina* de cabra de Cachemira, pero hace tiempo que no disponemos del material adecuado para fabricar trajes a medida, señor. Lo único que podemos hacer son arreglos sobre trajes viejos que usted nos proporcione, o venderle piezas usadas. Tenemos abrigos de astracán y algún *vatnik* que podría ponerse debajo para protegerse aún más del invierno.

A Jack se le antojó inconcebible que, disponiendo de dinero, no le atendiesen como se merecía.

—Y los trajes que lucen los mandos soviéticos en las recepciones de la fábrica, ¿no es aquí donde los confeccionan?

—Así es, señor. Pero en esos casos, ellos nos proporcionan el tejido.

Al observar que la chaqueta del propio sastre estaba remendada, Jack perjuró para sus adentros. Después de evaluar todas las posibilidades, finalmente acordó traerle algunas piezas que había conservado del baúl de McMillan para arreglarlas en una próxima visita. Se despidió y volvió a la avenida dispuesto a resarcirse comprando algo de vodka y un par de tartas para celebrar su primer sueldo con sus amigos. Echaría de menos a Andrew, pero en su último cable, aseguraba que regresaría pronto.

No le fue fácil encontrar una tienda de alimentos. Finalmente, entró en una en cuyo escaparate se exhibían numerosas piezas de carne, aves y repostería, sorprendiéndose al comprobar el numeroso grupo de hombres y mujeres de aspecto hastiado que aguardaban en la cola para acceder a la caja registradora. Observó que los mostradores sólo exhibían un puñado de patatas, algunas tarrinas con manteca, sardinas ahumadas y un cajón con cereal molido. Las demás estanterías estaban tan desabastecidas que parecía que llevasen años vacías. Jack se dirigió a un dependiente que limpiaba tras una caja registradora y le pidió algunos de los productos del escaparate.

—Para comprar debe dirigirse a la otra caja. Esta es sólo para miembros del partido.

Jack contempló la interminable cola, y en aquel instante le recordó la de los días de hambre en Nueva York. Con todo, en Rusia, aunque hubiera que guardar turno, podía salir uno con comida. Iba a colocarse el último, cuando

el dependiente le llamó.

—De todas formas —dijo el empleado—, si lo que pretende es comprar alimentos como los del escaparate, no podrá hacerlo.

Jack enrojeció. No quería pensar que aquellas viandas también estuviesen reservadas para algunos privilegiados. Sin embargo, la respuesta del dependiente le llenó de estupor.

—No es que no queramos vendérselas. Es que la mercancía expuesta en el escaparate es de cartón pintado. Sólo es un reclamo que hace bonito.

Dos horas después, Jack emprendió el regreso a la villa americana cargado con una docena de huevos, un poco de azúcar y varios sacos de increpaciones incluidos en el precio. Había visitado más de diez tiendas de comida y en todas, no sólo era preciso guardar unas colas interminables, sino que además, sus despensas se hallaban prácticamente vacías.

Mientras el tranvía avanzaba por el paisaje nevado, se preguntó de qué iba a servirle ganar dinero a espuestas si luego no tenía dónde gastarlo. Él no deseaba subsistir como un avaro, viviendo en el extremo del mundo, comiendo pan negro, vistiendo trajes remendados y viajando en un tranvía como una oveja camino del matadero. Así jamás conseguiría que Elizabeth le valorara. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Meter sus ganancias en un saco y enseñárselas a la sobrina de Hewitt para demostrarle su valía? Sacudió la cabeza y blasfemó para sus adentros. Hacía tanto frío que temía estornudar por si se le congelaban las fosas nasales. Envidió a los demás viajeros que se cubrían las cabezas con gorras de todo tipo. Afortunadamente, el tranvía ya estaba llegando a su destino.

En la cocina común, le entregó el azúcar y los huevos a la mujer de Harry Daniels para que preparase un dulce.

—No pude comprar la harina —se disculpó Jack—. En toda la condenada ciudad no encontré un lugar donde la vendieran.

—¿Y por qué no la has comprado aquí?

—¿Aquí? ¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? ¡En el economato de los americanos!

La cara de Jack adquirió el aspecto de quien emplea una mañana

intentando abrir a tirones una puerta y al final se entera de que abre hacia dentro. Al parecer, los extranjeros disponían de tiendas específicas en las que no era preciso guardar colas ni sufrir las privaciones de la falta de existencias, algo que él desconocía. Eso sí, los precios eran tres veces más elevados que en las tiendas soviéticas. La señora Daniels añadió que el economato americano situado a la espalda de los barracones era una de esas tiendas.

—Aunque caro, podrás encontrar casi de todo, no como esos pobres campesinos rusos, que sólo dan de comer a sus hijos gachas aguadas —dijo la mujer con cara de pena.

Era su día libre, así que Jack decidió conocer de primera mano los productos que se vendían en el poblado. Se despidió de la señora Daniels, y le aseguró que le traería de vuelta la mejor harina de toda la Unión Soviética.

El economato americano resultó ser un exiguo almacén ligeramente mejor provisto que las tiendas que había visitado por la mañana en la ciudad, pero con menos mercancía que un colmado de Brooklyn tras ser desvalijado por una banda de delincuentes. Deambuló entre los estantes desabastecidos, preguntándose si realmente la señora Daniels se habría referido a aquel erial como el lugar donde podía conseguir cualquier producto, hasta que descubrió tras el mostrador a un empleado soviético de frente huidiza que le saludó con desgana. Jack le pidió un paquete de harina sin demasiada esperanza, pero para su sorpresa el empleado desapareció por una puerta y a los pocos segundos regresó con la mercancía bajo el brazo. A la vista de los resultados, Jack añadió al pedido un par de botellas de vodka, cigarrillos americanos, un costillar de cerdo y un paquete de rosquillas. El empleado soviético volvió a desaparecer y regresó con el vodka y las rosquillas. Los otros productos no estaban disponibles. Cuando Jack le preguntó si podría encargarlos, el tipo le dedicó una sonrisa de suficiencia, como si quien le acabara de preguntar fuera el retrasado del pueblo.

—Señor, me jubilo dentro de cinco años, y la verdad, ni aunque me jubilase en diez creo que llegase usted a ver su pedido en este puesto.

Le explicó que el economato sólo expendía productos de primera necesidad, y que, pese a estar mucho mejor surtido que los comercios de la ciudad, cada vez resultaba más complicado conseguir algunos alimentos.

—Las últimas salchichas se vendieron hace dos semanas, cuando se

celebró la fiesta de bienvenida. Desde entonces es como si los suministros se hubieran esfumado.

Jack no pudo evitar un estremecimiento. Cuando le preguntó por la causa de la interrupción, el hombre negó con la cabeza.

—Roguemos por que no llegue al Autozavod.

—¿Porque no llegue, quién?

—La hambruna, señor. La hambruna.

A la salida del economato, una voz que le resultó familiar le detuvo a grandes voces.

—¡Señor Jack! ¡Señor Jack! ¿Me recuerda?

Jack se volvió para encontrarse con un gorro rojo con forma de calcetín enfundado sobre una cabeza de tez oscura.

—¡Diablos! Tú estabas de cajero en el comedor de la nave de prensas, ¿no?

—¡Me alegro de que me recuerde, señor! Ya no he vuelto a verle por el comedor. ¿Se lleva la tartera al trabajo?

—No. No es eso. —Obvió explicarle que desde su único encuentro, había estado comiendo en el comedor de la fundición—. ¿Y tú qué haces por aquí? ¿Has cambiado de trabajo?

—¡Oh, no, señor! Lo que sucede es que simultaneo la tarea de cajero con la de mozo de carga y descarga. A veces nosotros surtimos de productos al economato americano desde el economato central, y otras, al contrario, sacamos los productos de aquí para llevarlos a nuestro comedor. Depende de los arqueos.

—¡Ah! Bien. Pues me alegro de verte... ¿Michael?

—Miquel, señor. Miquel.

—Bien, Miquel. Vuelvo a los barracones, que aquí uno se convierte en un muñeco de nieve.

—Sí, señor. Claro... —E hizo amago de despedirse—. ¡Un momento, señor! —llamó a Jack antes de que desapareciera.

—¿Sí?

—Le he escuchado antes..., cuando hacía el pedido en el economato, y

bueno..., por lo que he podido apreciar, es obvio que dispone usted del suficiente dinero como para encargarse de un costillar de cerdo.

Jack desconfió. Había oído hablar de la existencia de timadores profesionales y le pareció demasiada casualidad que aquel hombre se interesara por su dinero.

—No creo que ése sea un asunto de tu incumbencia. —Se giró para regresar a los pabellones.

—Señor, siento si le he importunado. Tan sólo quería que supiese que a lo mejor yo podría proporcionárselo.

Jack se detuvo para contemplar al hombrecillo que le proponía lo que se diría que nadie era capaz de conseguir en aquellas lejanas tierras. Su sonrisa parecía sincera. Frunció los labios y se dio un instante para reflexionar.

—Dime una cosa. ¿Ese extraño gorro que te cae sobre la oreja es algún símbolo de la OGPU?

—¡Ja, ja, ja! ¿De la policía secreta? —Rompió a reír—. ¡Por las barbas de Lenin! ¡No, señor! ¡Esto es una barretina!

—¿Y eso qué significa?

—Si tuviera que contarle toda mi historia aquí afuera, antes del primer capítulo moriríamos congelados. —Y señaló con poco disimulo la cantina social de la villa americana.

—De acuerdo. Tomemos una copa y hablemos de esas costillas. Y deja de llamarme señor, que me incomoda.

Al tercer vodka, el hombrecillo de tez morena olvidó los rigores del clima y comenzó a hablar de los pistoleros que le obligaron a emigrar de su querida Barcelona. Le refirió que en su adolescencia había frecuentado amistades de tendencias anarquistas con las que fabulaba un futuro más justo para todos. Aún no había cumplido los dieciocho, y cada tarde, a la salida del ateneo libertario al que acudía, corría a cuantas reuniones y mítines sindicalistas se celebraran para disfrutar de las soflamas que sus líderes lanzaban sobre la solidaridad, la igualdad y la lucha. Durante aquellos encuentros, su corazón se encendía y clamaba contra los empresarios como los demás obreros que le rodeaban, pese a que todo su trabajo se limitaba a ayudar a su padre

vendiendo *mongetes* en la botiga familiar que regentaban en la rambla de Cataluña. Pero aquel detalle no le impedía ayudar a sus camaradas trabajadores para doblegar a los patronos que los oprimían.

—Con el tiempo adquirí cierta relevancia en la CNT y me significué en huelgas importantes, como la de La Canadiense, donde conseguimos que los patronos aceptaran la jornada de ocho horas. Pero luego las cosas se pusieron feas. Algunos empresarios malnacidos contrataron a pistoleros para que asesinaran a nuestros compañeros sindicalistas. Aparecían tras cualquier esquina y les descerrajaban un tiro en la nuca... Me dijeron que yo sería el próximo. Unos conocidos decidieron huir a París y me convencieron para que los acompañara. Allí conocí a una chica rusa que trabajaba para el Komintern, ya sabe, la Internacional comunista. Me enamoré y me vine a vivir con ella. Al final me dejó por un soldado soviético y yo me quede aquí, en el Autozavod, trabajando más o menos de lo mismo que hacía en mi botiga.

Jack tuvo que esforzarse para evitar un bostezo. Miquel le parecía un tipo simpático, pero hablaba demasiado de asuntos que no le interesaban.

—¿Y el gorro? ¿No te lo quitas nunca? —fue lo único que se le ocurrió sacar a colación.

—¿La barretina? —Se descubrió para enseñársela con una sonrisa—. Pertenece a mi abuelo. A la gente siempre le llama la atención, me preguntan, y yo aprovecho para hablarles de mi tierra.

Jack le rebosó otro vaso de vodka con la esperanza de que callara mientras bebía. Aprovechó el receso y le preguntó por el precio y la procedencia del costillar de cerdo que le había asegurado que iba a proporcionarle. Miquel se acercó al oído de Jack.

—Ése es mi secreto —susurró—. Si lo revelo, estoy perdido.

Añadió que tenía contactos en algunas de las cooperativas ganaderas que suministraban a las cocinas del Autozavod, pero que el comercio de ese género estaba terminantemente prohibido. A los que sorprendían los enviaban presos a Siberia.

—Por eso es tan caro —agregó.

—¿Cuánto?

Miquel simuló echar la cuenta.

—Doscientos rublos.

Jack lo miró. Aunque dispusiese de dinero de sobra, doscientos rublos suponía algo más del sueldo mensual de un obrero. Quiso tantear a cuánto podría rebajar el pedido.

—Puedo ofrecerte cien.

Miquel meneó la cabeza. Echó un trago más, miró a ambos lados de la mesa para comprobar que nadie los escuchaba y volvió a acercarse hasta casi besar la oreja de Jack.

—Suba la oferta.

—¡Pero si en el economato me han asegurado que me costaría cincuenta!
—se quejó Jack.

—Pues encárguelo allí y espere un par de años a que le sirvan. Mire, Jack. El problema no está en el coste del cerdo. Está en pagar a los que tienen que hacer la vista gorda y mantener la boca cerrada, y eso sólo ya asciende a cien rublos, igual sea para un costillar que para una chuleta.

—Y tú te llevas otros cincuenta. No suena muy comunista.

—Usted desconoce mis problemas. Si no le interesa... —Apuró el vaso y se levantó.

Jack lo detuvo.

—Está bien. Cuatrocientos rublos. Pero tendrás que conseguirme el cerdo completo. De las pezuñas a la cabeza.

Durante las siguientes semanas, la vida de Jack se asemejó a la de un ratón perdido en un laberinto.

Cada mañana acudía al Autozavod enfundado en su delantal blanco para practicar la ronda de inspección. Comenzaba por la planta de vapor donde se generaba toda la electricidad demandada por la factoría de fundición, de allí pasaba a la nave de motores, en la que se forjaban los propulsores y las cajas de cambio y continuaba por la planta de estampación, donde se formaban las diferentes partes de la carrocería que, tras ser pintadas, se ensamblaban en la nave de montaje sobre un bastidor de largueros y travesaños al que ya se le habían acoplado las ruedas. No obstante, y pese al frenético ritmo de trabajo, Jack apenas si lograba completar el examen de las cuatro naves en una semana. En la Unión Soviética, la semana laboral consistía en cinco días de trabajo por uno de libranza, de modo que su día de asueto no siempre cuadraba en domingo, sino que iba rotando. Como Joe Brown y los Daniels tenían turnos distintos, nunca coincidía con ellos en sus días de descanso, y por ese motivo, dedicaba sus libranzas a analizar los informes recopilados durante la semana.

Últimamente sentía que no avanzaba.

La mayor parte de sus conclusiones apuntaban a que los problemas de la factoría provenían de implantar un proceso industrial en un país con un idioma y una cultura atascados en el medievo. Las situaciones absurdas —

como el hecho de que unas carísimas prensas importadas desde Estados Unidos se hubieran tomado por material de relleno y empleado como refuerzo del hormigón en la construcción de una estación ferroviaria, o que toda una partida de troqueladoras hubiesen sucumbido al óxido, debido a que, al desconocer su funcionamiento, los rusos las habían amontonado en un almacén al aire libre— eran el pan nuestro de cada día. En su análisis había constatado que algunos ingenieros americanos de la Austin Company de Cleveland, la empresa montadora de la factoría, ya estuvieron bajo sospecha, y que un gran número de operarios soviéticos fueron deportados a Siberia. Por otro lado, Jack estaba al tanto de que la Ford había experimentado dificultades similares durante la instalación de su filial en Berlín, en 1926. Sin embargo, el carácter alemán —organizado, metódico y disciplinado—, junto a un desarrollo tecnológico similar al estadounidense, habían propiciado que el experimento en Alemania fluyera sin problemas.

Todo lo contrario de lo que, en su opinión, sucedía en Gorki, y no porque los soviéticos fueran menos laboriosos que los alemanes. Lo que ocurría era que si los alemanes habían respondido al reto como un ejército de abejas, los rusos parecían haberlo hecho como un rebaño de cabras.

Atizó el brasero que había adquirido para combatir el frío y continuó examinando sus papeles.

Según los informes, el desatino parecía responder al empecinamiento del mismísimo Stalin, quien tras desoír los consejos de los expertos, había decretado emular la construcción del gigantesco complejo que la Ford poseía en Detroit, incluyendo fábricas, acometida de redes de alcantarillado, escuelas, hospitales, locales sociales y alojamientos, de una sola tacada y sin apenas infraestructuras previas, lo que sumado a su precipitada inauguración para hacerla coincidir con la clausura de su primer plan quinquenal, determinaba que la construcción del Autozavod distara mucho de estar concluida.

Un simple dato confirmó su análisis: de las cadenas de producción soviéticas todavía no había salido ni un solo automóvil ruso, ya que las pocas unidades ensambladas procedían del stock de setenta y cinco mil unidades averiadas del modelo A que Stalin había adquirido para canibalizarlas.

El otro gran problema consistía en que el noventa por ciento de los treinta

mil empleados en el complejo industrial eran agricultores y ganaderos sin ninguna experiencia. En varias ocasiones, durante sus rondas de inspección, Jack había sorprendido a operarios encendiendo hogueras en el suelo de sus apartamentos para cocinar alimentos, abrigándose con pieles de oso mientras manipulaban maquinaria susceptible de atrapar cualquier prenda holgada, o abandonando sus puestos de trabajo para hacer sus necesidades en el descampado más próximo, en lugar de acudir a las letrinas. Pretender que trabajadores procedentes de las estepas respetasen las medidas de seguridad, de limpieza o de disciplina resultaba una cuestión peliaguda, y así no era de extrañar que se produjeran accidentes. No obstante, había sucesos que a duras penas podrían calificarse como tales.

Cada noche, Jack apartaba los expedientes relativos a descuidos y negligencias, para centrarse en los que, por su naturaleza misteriosa, podrían calificarse de sabotajes. Y lo más curioso era que todos ellos habían ocurrido en la nave de estampación.

El primero hacía referencia a una correa de transmisión seccionada en la cadena de carrocerías. En los informes de mantenimiento constaba que la correa la había sustituido un operario cualificado con anterioridad al accidente, por lo que sorprendía su deterioro. Aunque no se lamentaron daños personales, la producción se mantuvo interrumpida por falta de piezas durante dos días. Pero lo raro no era tanto que una correa nueva se hubiera partido, como el hecho de que precisamente se hubiera roto la única de la que no existían repuestos en toda la fábrica.

El segundo incidente respondía a la rotura del gancho de una de las grúas responsables del traslado de los motores. El propulsor que en aquel instante danzaba por el aire cayó al suelo desde una altura de tres metros y aplastó a dos trabajadores. Jack lo sintió por los fallecidos. Conocía bien el funcionamiento de aquel tipo de grúas, y sabía que el gancho cementado con el que estaban equipadas no se partiría ni poniéndolo en el camino de una apisonadora. Además, las labores de mantenimiento constaban como satisfechas conforme a lo estipulado por el fabricante.

El último había consistido en la explosión de una bombona de acetileno. Aquel tipo de eventos ocurría cuando novatos sin experiencia en soldadura dejaban abiertas las bombonas de oxígeno y encendían una cerilla, pero

casualmente, quien manejaba el equipo la noche del accidente era una operaria con diez años de experiencia en metalurgia y minería. La mujer falleció a los dos días, abrasada por completo. Aunque Jack no disponía de pruebas, la horrible forma en que murió y la amplia experiencia de la fallecida motivaron que incluyera su expediente entre los de posibles sabotajes.

Desafortunadamente, y debido a la perezosa burocracia soviética, Jack comprobó que no había mucho más que pudiera hacer al respecto. Wilbur Hewitt no le proporcionaba los datos que le solicitaba con la premura suficiente y tampoco podía ir preguntando sin más a los presuntos implicados sin riesgo de revelar su doble juego. Por esa razón, había días en los que arrinconaba la investigación y dedicaba sus energías a reparar las máquinas o a resolver asuntos más prosaicos.

Y de entre todos, el que más le preocupaba era el de Sue.

El hecho de que la prometida de Andrew trabajase en una brigada de limpieza favorecía que apenas coincidieran. Sin embargo, su mayor problema procedía del estado civil con el que ambos se habían registrado. Jack había averiguado que mientras figurase como casado, no podría solicitar una habitación individual, cosa que ambicionaba, pero si admitía la falsedad del certificado matrimonial para reclamar su soltería, se arriesgaba a ser descubierto y deportado por falso testimonio. Por esa razón había convencido a Joe Brown de que su matrimonio era un desastre y que necesitaba la tranquilidad de una habitación individual para reflexionar por las noches mientras tramitaba el divorcio. Joe Brown se mostró de lo más comprensivo cuando, a los motivos sentimentales, Jack añadió la cantidad de treinta rublos mensuales a cambio de que le cediera su cuarto. El reglamento soviético prohibía taxativamente cualquier tipo de subarriendo, pero por fortuna, dentro del poblado americano algunas cosas aún funcionaban como si estuvieran en Estados Unidos, y Joe Brown se alegró de destinar la mitad de los honorarios de Jack en financiar una habitación compartida con otro colega de la factoría. A partir de ese momento, Jack pudo dormir solo en un dormitorio algo más grande que un armario y que apestaba a boñiga de caballo.

Cuando lo consultó con la recepcionista de los barracones, ésta le explicó que, durante la construcción de los edificios, rellenaron los huecos existentes

entre los tabiques de madera con una mezcla de paja y excrementos y que, pese al repugnante olor, resultaba fantástico como aislante.

Una vez resuelto el tema del alojamiento, sólo restaba esperar el regreso de Andrew. Las últimas noticias lo situaban aún en Moscú, donde al parecer había encontrado un trabajo especial como ayudante de la OGPU que estaba causando su retraso.

Por lo demás, había dedicado el resto de su tiempo libre a planificar su futuro. Desde su llegada al Autozavod, dos meses atrás, había conseguido ahorrar la suma de dos mil dólares, de los cuales había empleado unos doscientos en sufragar los tres meses de alquiler de su nueva habitación, que había pagado por adelantado, y en adquirir un par de abrigo usados y un hornillo rudimentario con el que sobrellevar mejor los rigores del invierno.

Se sentía satisfecho. Si todo continuaba igual, en un año dispondría de una fortuna de unos doce mil dólares, o lo que era lo mismo, trescientos sesenta mil rublos libres de impuestos si los cambiaba en el mercado negro. Con semejantes perspectivas, sólo le restaría decidir a qué país de Europa trasladarse para gastar aquella montaña de dinero.

Y hasta que llegara ese día, se dedicaría a consumir buenos alimentos.

Pese a corresponderle raciones de categoría superior, había comprobado que las raciones que servían en los comedores del Autozavod no sólo menguaban a diario, sino que, además, su variedad se había ido reduciendo hasta limitarse a pucheros de *valanda*, una sopa de verduras en la que predominaba el agua salada, tortas de una carne picada cuyo origen nadie se atrevía a aventurar y tortillas confeccionadas con huevos en polvo. Jack desconocía cuál de aquellos platos era el que le producía diarrea, así que decidió cortar por lo sano y adquirir, previo pago desorbitado, las salchichas y chuletas ya cocinadas que Miquel Agramunt lograba proporcionarle al término de cada jornada.

Lo que más le incomodaba era tener que esconderse para comer. Lo hacía a hurtadillas, rezando por que sus convecinos no detectaran el aroma que los alimentos despedían cuando los calentaba en el hornillo de su habitación, y que por suerte se disfrazaba con el hedor de los tabiques. Lo hacía así para evitar la envidia de sus compañeros, a quienes lentamente, pero día a día, veía adelgazar mientras él se robustecía.

Parecía inevitable que el fantasma de la hambruna atacase por fin el Autozavod, donde miles de almas aguardaban pacientes a la espera de ser devoradas.

Pronto se cumpliría su tercer mes como supervisor en Gorki y todo continuaba más o menos igual. Todo, a excepción del mensaje que aquella misma noche alguien había introducido por debajo de su puerta. Comprobó que se trataba de la letra de Sue. La nota anunciaba que al día siguiente llegaba Andrew.

Tomó aire con fuerza. No le acobardaba realizar su trabajo bajo el escrutinio de miles de ojos vigilantes, ni adquirir ilegalmente alimentos, ni confiar en un traficante para cambiar dólares por rublos. No temía nada de eso. Sin embargo, le encogía el corazón afrontar que debería mirar a los ojos de Andrew como si no hubiera sucedido nada.

Le encontró muy desmejorado. Desconocía si Sue le había revelado algo sobre el *affaire* que habían mantenido la noche de la fiesta de bienvenida, pero el rostro de su amigo se había afilado aún más, y bajo sus gafas, las ojeras oscurecían una mirada seria y meditabunda. Jack evitó mencionar cualquier asunto relacionado con Sue y se centró en conocer su situación laboral mientras tomaban juntos un té en la cantina.

—¡Tres meses! Apenas sabíamos de ti. Intentamos contactar con tu colega el moscovita, pero no pudimos localizarlo. Nos tenías preocupados — dijo Jack, sin lograr sostenerle la mirada.

Andrew ingirió la taza de té de un trago, como si fuera lo primero que engullía en una semana. Jack le preguntó si quería acompañarlo con el único trozo de pastel que quedaba en el mostrador, y su amigo asintió.

—Debería haberos llamado, pero las comunicaciones con Gorki son complicadas y ya sabes que sólo chapurreo alguna palabra rusa. Os escribí. Anduve un par de semanas en Moscú, de acá para allá con mi amigo Dimitri. —Engulló de un bocado su trozo de pastel, de forma que casi no se le entendió lo que contaba—. Él me estuvo buscando trabajo en el Komintern, como enlace con el CPUSA, el Partido Comunista de los Estados Unidos de América, pero todos los puestos estaban ya ocupados.

—¿Y por qué no viniste a Gorki?

—Porque soy un tozudo, ya lo sabes. Dimitri me aseguraba que era cuestión de semanas que quedara alguna vacante. Lo pasé bastante mal, Jack —concluyó.

—¡Caramba! ¡Créeme que lo siento! De haberlo sabido, yo...

—No. No te disculpes. La culpa fue toda mía. —Se chupó los dedos de uno en uno—. No sé por qué me sentí intimidado por tu comportamiento en Moscú, cuando conseguiste unos trabajos mejores que los míos. En realidad, nos estabas ayudando a todos. Mi estúpido orgullo... Fui un necio al creer que pretendías amargarme la vida.

Jack sintió cómo el estómago se le encogía al recordar su noche con Sue. Tuvo que apurar su taza de té para conseguir que se le deshiciera el nudo. Esperó para proseguir.

—Bien. ¿Y en qué situación te encuentras? Seguramente, aún pueda hablar con Hewitt...

—No, no será necesario. Al final Dimitri consiguió que en el Comisariado del Pueblo para la Industria reconsideraran la oferta que había rechazado en Gorki. Fue complicado, porque los soviéticos son muy estrictos con los asuntos laborales, pero al final logramos arreglarlo y voy a trabajar como auxiliar de enlace para las relaciones entre los soviéticos y los americanos. Un empleo de chupatintas, pero empleo, al fin y al cabo.

—De todas formas, si tu sueldo es el habitual, podríamos intentar negociarlo.

—No. De verdad, Jack. Quizá más adelante. Cincuenta rublos de más o de menos no van a arreglarme la vida, y ya he pedido demasiados favores como para ahora decir que cambio de trabajo. Sólo me queda agradecerte que hayas cuidado a Sue. Ya me he enterado de que has solicitado el divorcio y que te has pagado una habitación para que pudiera estar sola. Eres un auténtico amigo.

—Sí. Bueno, no pienses en ello. —Jack se alegró de haber encontrado el valor suficiente como para inscribir en el Zapis Aktov Grazhdanskogo Sostoyaniya, la oficina de registro rusa, la demanda de divorcio—. En fin... Supongo que entonces todo vuelve a ser como antes.

No había acabado aún la frase cuando Sue apareció de la nada. Jack,

sorprendido, creyó que ella le dirigía la mirada de un felino al acecho. Andrew los contempló a los dos, en silencio.

—Eso espero, Jack. Eso espero.

Aquella noche, Jack soñó que Andrew le rebanaba el cuello. Se despertó empapado en sudor, algo que hacía tiempo que no le sucedía. Necesitaba respirar. Se incorporó y se cubrió con el abrigo para salir al retrete común. Allí se lavó la cara con fruición, como si de alguna forma el agua helada pudiera limpiar su conciencia. No lo logró. Lo único que consiguió fue ensuciarse los pies con restos de detritus procedentes de una fuga en una cañería. Mientras se limpiaba con un periódico viejo, se sintió igual que las heces de las letrinas.

Con la llegada de la primavera, las cosas en la factoría cambiaron a peor. El alto mando de los sóviets había ordenado poner el Autozavod a pleno rendimiento antes del verano, lo cual había incidido en un incremento de la carga de trabajo que, sin embargo, no se había visto acompañada de un aumento en el cupo de alimentos. En consecuencia, los dispensarios comenzaron a recibir a legiones de trabajadores cada vez más extenuados, a quienes reenviaban a sus puestos de trabajo tras suministrarles un reconstituyente junto con un apercebimiento. Harry Daniels había sido uno de los últimos operarios en requerir la asistencia médica, pero su debilidad no se trataba con pastillas. Lo único que precisaba, según su esposa, era un buen plato de legumbres estofadas, y así se lo pidió a Jack, tras llamar a su puerta.

Cuando escuchó su petición no supo qué decir.

—Te lo ruego por Dios, Jack —insistió—. Mi Harry apenas tiene fuerzas para respirar. Por las mañanas vomita no sé el qué, porque sólo cena el agua teñida que le dan en la fábrica. Desayuna un vaso de té y no consiente comer más que su galleta, por no quitarme a mí de la mía. Por favor, te lo suplico. En Boston vi morir de hambre a mi hermano y sé de lo que hablo.

—Pero, señora Daniels, usted sabe igual que yo que el economato está prácticamente desabastecido. Yo no puedo...

—Hijo mío —le interrumpió—, distinguiría el aroma que sale de tu habitación a una milla de distancia. Mírate. Quizá no te sobren carnes, pero se

te ve fuerte como un toro. Tú sabes cómo conseguir comida, y seguro que algo te sobra. Escucha. —Unas lágrimas brotaron lentamente de sus ojos—. Enviamos cuanto ganamos a mi madre, que está enferma en Detroit, pero aun así hemos ahorrado doscientos rublos. Es cuanto tenemos. Ten. Cógelos. — Se los tendió en un manojito arrugado.

Jack inspiró con fuerza intentando sofocar el rubor de su vergüenza. Rechazó los billetes y le ofreció un pañuelo a la pobre mujer para que se enjugara las lágrimas. Lo de menos era el dinero. El problema consistía en que si ayudaba a la señora Daniels, se correría la voz de que conseguía alimentos y todos en la villa acabarían suplicándole lo mismo. Frunció los labios y lamentó el día en que se le ocurrió invitar a todos sus conocidos al asado de cerdo.

—Señora Daniels, si me encuentra con buen aspecto, es porque me han arreglado este traje. Además, en el comedor tratan mejor a los mandos intermedios. Yo... Lo siento, pero no puedo ayudarla.

La mujer se arrodilló ante Jack antes de que éste pudiera impedirlo y rompió a llorar.

—Por lo que más quieras, te lo ruego. Piensa en tus padres. Si estuvieran aquí, seguro que los ayudarías.

Al escuchar la mención a sus padres, Jack se estremeció. Pensó que, de no haber fallecido ambos, ahora él no se encontraría en un país ajeno, pasando frío, y con una anciana arrodillada a sus pies rogándole algo de comida. Levantó a la mujer como pudo y la acompañó hasta la puerta. Le dijo que esperara fuera. Luego se dirigió a su baúl, cogió quinientos rublos y salió al pasillo para entregárselos.

—Tenga. Es todo cuanto puedo hacer por ustedes.

—Pero ¿qué haremos nosotros con este dinero? —La mujer balbuceó con lágrimas en los ojos—. Nosotros no sabemos...

—Lo lamento, señora Daniels. Pregunte por ahí. De verdad que me es imposible ayudarles. Lo siento.

Un minuto después, Jack se dejó caer sobre la cama y cerró los ojos en un intento de apagar los lamentos de la señora Daniels que aún se percibían en la lejanía. No lo logró. Veía el rostro de su madre en el cuerpo de la anciana arrodillada y el corazón le temblaba. Masculló un juramento. Le gustaría

poder ayudar a aquella pobre gente, pero si lo hacía, aliviaría sus sufrimientos por un día, y al día siguiente él acabaría en la cárcel, detenido. Acudió de nuevo a la mesa para coger una botella de vodka junto a la que descansaban los restos del guiso de ternera que se había cenado. De repente, una arcada le sacudió y vomitó sobre el plato, ensuciando toda su ropa. Se limpió como pudo. Luego abrió la botella y comenzó a beber de ella. Cuando consiguió conciliar el sueño, un niño podría haber apurado el envase sin temor a que nadie le reprendiera.

Jack nunca imaginó que el simple hecho de comer caliente a diario y ganar dólares a espaldas pudiera llegar a apesadumbrarle tanto. Terminó de asearse en el baño común, justo en el instante en que entraba el señor Daniels. El hombre le saludó con un suspiro de voz. Cuando el viejo se despojó de su camiseta, Jack pudo apreciar en su espalda más costillas de las que hubiera deseado. Le devolvió el saludo y salió de allí. De camino a su reunión semanal con Wilbur Hewitt, intentó discurrir cómo ayudar al viejo Daniels sin que ello le comprometiera, pero por más que lo intentó, no encontró el modo. A través del ventanal de hierro que precedía a las oficinas, observó cómo un sol tímido disputaba un pedazo de cielo a los nubarrones que se cernían sobre el Autozavod. Preparó los informes que había elaborado durante toda la semana y llamó a la puerta del despacho. Eran las diez en punto, y como en otras ocasiones, salió de la oficina la joven enfermera rubia que semanalmente atendía la evolución del brazo de Hewitt. Jack le devolvió la sonrisa que ella le había regalado nada más verle. Recordó que se llamaba Natasha. Por un instante le apeteció saber más de ella, y se preguntó durante cuánto tiempo seguiría tratando al ingeniero.

De repente, la voz ronca de Hewitt le sacudió como si le acabaran de sorprender robando unas manzanas. Jack dio un respingo, sacó sus notas y las ordenó sobre la mesa. Hewitt depositó su monóculo sobre un ejemplar atrasado del *New York Times* y aguardó a que Jack le trasladara los resultados

de sus pesquisas. Sin embargo, Jack dejó de lado los informes y miró a Hewitt a los ojos. Meditó si trasladarle lo que estaba sucediendo con sus compatriotas. Finalmente se decidió.

—Señor Hewitt, si me lo permite, antes de concentrarnos en la investigación, me gustaría comentarle un asunto que nos concierne a todos.

—¿A todos? ¡Caramba! Tú dirás. —Apagó su cigarro y se inclinó sobre la mesa para prestar atención.

—Se trata de las raciones de alimentos. No sé si lo sabrá, pero cada vez son menores, y el abastecimiento en el economato de la villa también ha disminuido.

—Pues no, no estaba al tanto. Lo cierto es que yo siempre almuerzo aquí, en el despacho, y la verdad, encuentro que el menú sigue siendo tan abundante y rematadamente malo como siempre. Pero si ése es el problema, veré la forma de que te proporcionen un par de tiques adicionales y...

—Perdone, señor Hewitt. Quizá no me he expresado bien. El problema no lo tengo yo. Como le decía, es algo que afecta a todos los operarios.

—¡Ah! En tal caso, lo mejor sería formalizar una queja al respecto. Te pasaré el nombre del delegado de intendencia. Éstas ya son cuestiones ajenas a mis responsabilidades.

—Disculpe si me entrometo, señor, pero no creo que ver a compatriotas que comienzan a enfermar por causa del hambre sea ajeno a sus responsabilidades.

Hewitt dibujó la misma expresión de incredulidad que la de un sargento insultado por un recluta. Tosió como si hubiera encajado un puñetazo y se incorporó sobre la mesa.

—Bien. Dejemos las cosas claras, Jack. Esto funciona así: nosotros no olemos el culo de los rusos y los rusos no nos lo huelen a nosotros. Desde luego, no sé por qué estarán recortando las raciones, pero si lo hacen, te aseguro que tendrán sus motivos. Además, según cuentas, los recortes afectan por igual a todos, y no creo que los soviéticos disfruten viendo cómo sus propios compatriotas pasan necesidades, de forma que no creo que haya demasiado que pueda hacer al respecto.

—Y entonces, ¿eso es todo?

—Eso es todo.

—Pero...

Hewitt se abalanzó sobre la mesa y de un manotazo arrambló con el montón de informes que Jack había colocado.

—¡Escucha, muchacho, y escúchame bien porque sólo hay dos cosas que puedas hacer! —dijo agitando su dedo índice ante las narices de Jack—: Si te gusta esto, continúas trabajando en silencio como hasta ahora y embolsándote un magnífico sueldo. Si no te gusta, recoges tus informes, sales por esa puerta y aprendes a pasar penalidades como el resto de tus compañeros.

Jack enmudeció al observar el rostro enrojecido de Hewitt. Jamás lo había visto así. Tragó saliva y volvió a ordenar cuidadosamente sus informes.

—Lo lamento si me he sobrepasado, señor. —Por primera vez en su vida se sintió como un perro con el rabo entre las patas.

—¡Desde luego que lo has hecho!

—Bien. Si lo desea, aún puedo informarle de mis últimos descubrimientos —dijo con voz queda.

Hewitt frunció los labios mientras se recomponía el chaleco con el brazo sano. Contempló a Jack como si lo juzgara y se dejó caer de nuevo sobre su sillón.

—Está bien, muchacho. Dime una cosa. ¿Tus conclusiones de esta semana resultan esclarecedoras?

—De algún modo, eso creo.

—Pues echémosles un vistazo y esperemos que realmente lo sean, porque esta discusión me ha retrasado y en diez minutos tengo que ofrecerle explicaciones a Serguéi. —Comenzó a recoger las notas que Jack le había traído.

—Espero que le vaya bien, señor.

—¿Que me vaya bien, muchacho? Deberías incluirte en tus deseos, porque hoy vas a ser tú mismo quien le traslade tus avances a Serguéi.

Pese a acudir acompañado por Hewitt, Jack no pudo evitar sentir el mismo estremecimiento que le había recorrido el espinazo la primera vez que entró en el despacho de Serguéi Loban. Mientras tomaba asiento en uno de los sillones de cuero rojo, aspiró el ambiente enrarecido por el olor a tabaco, a

humedad y a madera vieja proveniente de una oficina que parecía que no se hubiera ventilado en años. A diferencia de su anterior visita, las cortinas estaban echadas; una bombilla cuyo filamento languidecía como los ojos de Serguéi alumbraba con luz tenue. El resto del mobiliario —una máquina de escribir con dos teclas hundidas, un teléfono de baquelita negro y un par de archivadores metálicos— cobraba un aspecto siniestro en medio de la penumbra. Una vez acomodados, Serguéi se dejó caer sobre su butacón y resopló como un viejo caballo harto de tirar de un pesado carro. A su espalda, los omnipresentes retratos de Stalin y Lenin vigilaban atentos desde sus atalayas. El soviético se llevó un cigarro a la boca y ofreció otro a Hewitt. A Jack ni le miró.

Hewitt aspiró una calada como si realmente la necesitara. Acto seguido sacó la carpeta de guardas amarillas donde custodiaba las notas de Jack y procedió a referir su contenido de forma pormenorizada. Cuando terminó, dio otra calada y esperó la aprobación de Serguéi.

—Un trabajo excelente. Sin embargo, esto son sólo datos, y lo que yo necesito son culpables —murmuró Serguéi.

Hewitt miró a Jack, como si le correspondiera a éste proporcionar al ruso el resto de las explicaciones. Jack se acercó las notas y las repasó.

—Señor, las conclusiones a las que he llegado indican que existe un alto porcentaje de accidentes que obedecen a descuidos y...

—No me interesan los accidentes.

—Bien —carraspeó Jack—. Respecto a los casos de sabotaje, habría que diferenciar dos tipos de acciones, con objetivos y métodos de ejecución totalmente diferentes. Por un lado, tenemos los pequeños deterioros: tornillos que se sueltan, máquinas que se desajustan o materiales que desaparecen, y que de no ser por su reiteración, podrían achacarse a acciones accidentales. Estos sabotajes suelen producir daños escasos y son difíciles de evitar. Como digo, sus causantes son operarios codiciosos o descontentos que...

—¡En la Unión Soviética no existen operarios descontentos! —le interrumpió de nuevo.

Jack frunció el ceño. Por un instante pensó en replicarle, pero comprendió que porfiar sólo le conduciría a un callejón sin salida.

—En cuanto a los segundos... —carraspeó mientras ordenaba sus notas

—, los segundos son todo lo contrario: operarios preparados, que se cuidan de no ser descubiertos y planifican con detenimiento sus acciones para causar el mayor daño posible. —Le entregó una de las notas—. Fíjese: partidas de rodamientos fabricadas fuera de tolerancia, y cuyos devastadores efectos no se descubrirán hasta que miles de motores revienten —le entregó otra—, impurezas metálicas en las matrices que durante el proceso de estampación se soldarán con los moldes de acero, volviéndolos inservibles —le pasó la tercera—, o roturas de elementos de fabricación, de los que curiosamente no existen repuestos en los almacenes.

—Interesante... —Serguéi sacó unas lentes deteriorados de su cajón y tras colocárselos, leyó con detenimiento los informes—. ¿Y respecto a los responsables?

—Ése es el problema. Como le decía, estas personas saben muy bien lo que hacen. Sus sabotajes no provocan los daños de inmediato, lo cual complica su seguimiento.

—Entonces, ¿hablaríamos de operarios muy cualificados?

—Sin duda alguna.

—Bien. En tal caso...

No logró terminar la frase, porque la puerta de su despacho se abrió de pronto y un hombre uniformado con una ajustada guerrera marrón irrumpió en la sala sin reparar en los presentes.

—¡Serguéi! Necesito que algún condenado mecánico me arregle de una vez por todas el Buick —espetó.

Serguéi bufó como si quien acabara de interrumpirle fuese un rebelde hijo adolescente. Sin embargo, se trataba de Viktor Smirnov, el comisario de finanzas a quien Jack había conocido como pareja de baile de Elizabeth.

—¡Te he dicho mil veces que llames antes de entrar! —bramó el director de Operaciones.

Viktor dio un respingo, pero no se disculpó. Miró a los americanos con suficiencia y salió, dando un portazo, sin despedirse.

—¡Por las barbas de Lenin!... Estoy hasta las narices de burócratas ineptos. ¡A ver! ¿Por dónde íbamos?... ¡Ah, sí!: por los operarios muy cualificados. Bien. Pues entonces dejémoslo aquí. Muchas gracias a los dos. Jack: has sido de una ayuda enorme. —Y le tendió la mano para felicitarle.

Nada más salir del despacho, Jack y Hewitt se toparon con Viktor Smirnov, quien esperaba a Serguéi paseando de pared a pared como un felino enjaulado. Jack supo que iba a cometer una imprudencia, pero no pudo resistirse.

—¿Su Buick no será un Master Six Roadster del 28?... —le preguntó a Viktor. Al escucharle, el oficial se detuvo en seco.

—Así es, pero ¿cómo demonios sabe...?

—Motor de seis cilindros, cuarenta y ocho caballos, carrocería descapotable... No pude evitar fijarme cuando lo vi aparcado abajo.

—¿Entiende de automóviles? —Los ojos de Viktor brillaron como si acabasen de descubrir un diamante.

—Es mi profesión. Trabajé un tiempo con este mismo modelo en Estados Unidos. Un vehículo precioso, pero delicado como una damisela, señor... —simuló no recordar su nombre.

—Smirnov. Viktor Smirnov. ¿No nos conocemos? —intentó hacer memoria; era obvio que no había prestado atención a su encuentro en la fiesta del hotel Metropol.

—No... No lo creo. En fin. Disfrute de su vehículo antes de que se desmorone.

—¿Qué casualidad! Precisamente el mío tiene la culata estropeada. ¿Sabría usted repararla?

Jack pensó en Elizabeth antes de contestar.

—Por supuesto. Podría desarmarla con los ojos cerrados.

De regreso a su oficina, Hewitt, que se había mantenido en silencio durante todo el trayecto, pegó un portazo y arrojó los informes de Jack a la papelera.

—¡Por todos los santos! ¿En qué estabas pensando? Lo único que necesitaba Serguéi era una excusa, y tú se la has puesto en bandeja. ¿A qué diablos venía asegurar que los sabotajes obedecían a operarios especializados? Te advertí que reservaras cualquier avance en ese sentido.

Jack balbuceó. Había imaginado que Hewitt le felicitaría por su investigación, pero en lugar de hacerlo, le gritaba como un poseso.

—Yo..., yo no he acusado a nadie —se defendió.

—Pero ¿es que no te das cuenta? Los soviéticos jamás reconocerán que entre sus filas existan renegados. Ahora Serguéi agarrará tu informe, lo presentará a sus superiores y responsabilizará de los sabotajes a los norteamericanos.

Hewitt se derrumbó sobre su sillón. Sacó de un cajón una botella de vodka y bebió un largo trago. Dio la impresión de que el alcohol le tranquilizaba. Luego le ofreció la botella a Jack. El joven le imitó.

—Serguéi es un perro viejo —continuó Hewitt—. Necesita demostrar que mantiene la fábrica bajo control, y sabe que la mejor forma de hacerlo es desviando la atención del verdadero problema.

—Y si conoce cuál es ese problema, ¿por qué no lo ataja?

—¡Diablos! Porque no puede. Los saboteadores están diseminados entre sus propios trabajadores: operarios hartos de ser explotados, campesinos a los que sacaron de sus tierras para emplearlos en el Autozavod a la fuerza, gente hambrienta sin más. Cuando empezaron los sabotajes, intentaron contenerlos mediante la represión, pero en lugar de disminuir, los incidentes han aumentado. Ahora Serguéi se justificará deteniendo a norteamericanos.

Jack receló de la argumentación de Hewitt. El ingeniero responsabilizaba de los sabotajes a campesinos soviéticos descontentos, pero sus hallazgos apuntaban a autores con una cualificación técnica de la que los soviéticos sin duda carecían. Cuando se lo hizo saber, Hewitt montó en cólera.

—Pues si no quieres ver cómo tus compatriotas van cayendo de uno en uno, tendrás que demostrar que te has equivocado. ¡Ah! Una cosa más. Respecto a tu salario, siento las inconveniencias que pueda producirte, pero los soviéticos están fiscalizando mis cuentas y me encuentro con dificultades para justificar los pagos en metálico. Esto no significa que vaya a retirarte tu sueldo, no..., pero te lo iré entregando según te lo vayas ganando.

El joven del gorro rojo se aseguró de que nadie le viera descargar el último saco que había acarreado hasta el economato americano.

—No sé por qué va a arreglarle su juguete —masculló Agramunt, tras conocer que Jack había accedido a repararle a Smirnov su Buick—. Ese Viktor es una deshonra para los soviéticos, un estirado que sólo piensa en sus caprichos. Según dicen, el mismísimo Stalin le protege. No sé si será verdad, pero desde luego está muy relacionado dentro del partido. Y debe de ser cierto, porque ya lo ve: anda todo el día de acá para allá, presumiendo como un pavo en su magnífico descapotable, con su uniforme impoluto y sus modales de amo.

Jack no prestó atención a la cháchara. En lo único que pensaba era en la posibilidad de acercarse a Elizabeth.

—Pues lo mejor que se puede hacer con los inútiles es mantenerlos entretenidos —repuso, y escondió el costillar en el carro de herramientas que iba a emplear para trasladar la carne y los embutidos—. ¿Lo de siempre?

—Sí. Lo mismo.

Jack pagó a Miquel lo convenido y se despidió. Luego empujó el carrito hasta la leñera, donde le esperaba Jim, el hijo mayor de Harry Daniels, a quien había convencido para que le ayudara con la venta al menudeo en la villa americana a cambio de una parte de los alimentos.

Tras confirmarse la advertencia que le hizo Hewitt respecto a las

dificultades en el pago de su salario, Jack había comprendido que el contrabando podía suponerle unos ingresos que enjugaran de algún modo los retrasos. Quizá obtener beneficios a costa del hambre no estuviera bien visto, pero a su juicio todos salían ganando: él prestaba un servicio de primera necesidad, obtenía un beneficio lícito, y sus compatriotas conseguían un trozo de tocino con el que aliviar la alarmante disminución de las raciones alimenticias. Imaginaba que más pronto que tarde Hewitt regularizaría los pagos, pero mientras tanto no estaba de más cubrirse las espaldas. Respecto al trueque, Jack lo había planificado para evitar cualquier indiscreción que pudiera alertar a los soviéticos. Como los centinelas de la villa americana permanecían apostados a la entrada de su perímetro alambrado, había dispuesto que el pago se efectuara en los dormitorios, y la entrega, en las letrinas de los patios, a través de un hueco practicado en la pared que daba a las alcantarillas sin que comprador y vendedor se vieran las caras.

Entre él y Jim terminaron de descuartizar el cerdo y enterraron las porciones bajo la nieve.

—Ya sabes. Cobra por adelantado y vende las raciones de una en una — le recordó Jack, tras ocultar la última pieza.

—Los Robertson no han conseguido reunir el dinero. ¿Qué hago con su pedido? —dijo Jim. Tenía diecinueve años, pero pensaba como un hombre adulto.

—¿Cómo sigue su hija? ¿Se ha recuperado?

—No. Aún arrastra la pulmonía.

—Pues entrégale la ración correspondiente a la cría. El resto véndeselo a los Philips. —Jack acostumbraba a primar como clientes a los trabajadores con familia—. Y dile que si no mejora, que venga a verme. Conozco a una enfermera con la que podría hablar para que la atiendan.

Jim siguió al pie de la letra las instrucciones, la voz se corrió, y durante los siguientes días Jack surtió de carne y embutido al poblado. Desafortunadamente, las indiscreciones traspasaron los lindes de la villa y al poco los soviéticos incrementaron los controles en busca de mercancía que pudiera implicarlos.

Aunque el sueldo de Hewitt seguía retrasándose, Jack decidió evitar riesgos. Sin embargo, cuando le comunicó a Jim el cese del negocio, éste

reaccionó como si acabaran de robarle lo único que le quedaba.

—¡No puedes hacernos esto! Mira cómo estamos. —Le mostró sus brazos desnutridos—. Necesitamos esas costillas. Mis padres las necesitan.

Jack se mantuvo firme. Era cierto que en el poblado americano cada vez se pasaba más hambre, pero los trabajadores soviéticos soportaban las mismas carencias sin apenas rechistar. Además, ni siquiera entendía cómo se le había ocurrido meterse a traficante, gozando de un trabajo privilegiado.

—Tú en mi lugar harías lo mismo —se justificó.

—Ya. Y tú en mi lugar, ¿qué harías? —le espetó el joven. Su rostro enrojeció por la impotencia.

Jack contempló a Jim. Realmente había adelgazado, al igual que toda su familia. En cambio, él se había hecho un nuevo agujero en el cinturón para que no le apretara. De buena gana le habría ayudado, pero ignoraba cómo hacerlo sin perjudicarse a sí mismo. Miquel no negociaría directamente con unos desconocidos sin recursos. Lo meditó un momento. Finalmente maldijo su estampa, escupió el trozo de carne ahumada que estaba mascando y se volvió hacia el joven.

—Está bien. Te diré lo que haremos. Mantendré el negocio con las mismas condiciones, pero tú serás el responsable. Si por lo que sea nos descubren, tú asumirás la autoría. Es cuanto puedo hacer por vosotros.

Jim asintió con un tartamudeo y Jack hizo lo propio con firmeza. Dejó al joven a cargo de la limpieza y subió a su habitación para asearse. Llegaba tarde a su cita, pero quería estar presentable por si conseguía que el motor del Buick Master Six volviera a la vida. Mientras se secaba el cabello, se dijo que acababa de perpetuar el acuerdo más estúpido de su vida.

Con sus llamativas cúpulas azules campeando sobre dos pequeños torreones, Jack consideró que la dacha en la que vivía Viktor Smirnov era lo más parecido a una iglesia bizantina que hubiera visto nunca. Mientras aguardaba a que alguien atendiera la llamada de la campanilla, se dedicó a admirar los jardines y fuentes que rodeaban el imponente edificio de dos alturas, desde el que se divisaba, colina abajo, el lugar donde el curso del Volga engullía las aguas de su afluente, el Oká. Más allá, una infinita extensión helada parecía

perpetuarse hasta el horizonte.

Se disponía a accionar de nuevo la campanilla, cuando advirtió que Smirnov salía de su mansión envuelto en un llamativo batín de seda roja para invitarle a que entrara.

—Unas vistas majestuosas, ¿verdad, Jack? —le saludó con un apretón de manos.

Ya en el interior, Jack se embelesó con la miriada de cuadros y tapices que forraban las paredes, y que proporcionaban a la estancia el aspecto de un exquisito salón palaciego. Tomó asiento sobre un sofá aterciopelado junto a una mesita en la que descansaba un antiguo fonógrafo y paladeó la taza de té que le ofreció una asistenta mientras escuchaba a Viktor alardear de la aparatosa estufa central que caldeaba todo el edificio.

El oficial soviético definió aquella dacha como su reducto. Había pertenecido a un pariente del zar Nicolás II. Un antiguo palacete que, cuando él lo ocupó después de la Revolución, era poco más o menos un establo.

—Pero poco a poco he conseguido que aquella pocilga se convirtiera en este palacio. Aquí, frente al antiguo Kremlin, en el mejor lugar de Gorki. Fíjate: cristalería de Bohemia, mobiliario francés genuino, alfombras persas Ziegler, lienzos de Levitán y Serov... Costoso, sí, pero extraordinario. Entiendo que no todo el mundo sepa apreciar estas maravillas, pero si has sido propietario de un Buick Master Six, sabrás bien de lo que hablo —dijo Viktor, dando por sentado que era un ingeniero norteamericano de gustos refinados.

Jack se alegró de haberse enfundado el traje de McMillan, que los sastres de la avenida Sverdlovka le habían ajustado como un guante. De hecho, Viktor se fijó.

—¿Ojo de perdiz?

—¿Perdón?

—Me refiero al tejido del traje. Es ojo de perdiz, ¿no?

—¡Ah, sí! —afirmó Jack por puro reflejo—. ¿Te gusta? —Se atrevió a tutear, también, a Viktor.

—¡Desde luego! No demasiado apropiado para este clima, pero elegante y perfectamente cosido. Yo adquiero mis trajes en el GORT, nuestros almacenes privados. Pero bueno, termina el té y hablemos de mi automóvil,

que es a lo que has venido.

Viktor no esperó a que Jack apurase su taza para pedirle que le acompañara al garaje donde guardaba su bien máspreciado. Con su pintura beige reluciente, el Buick lucía impoluto, como si acabaran de fabricarlo. Le aseguró con orgullo que hacía que lo limpiasen dos veces al día con agua del Oká. Jack observó que junto al Buick descansaban un viejo Ford A cubierto de polvo, y un Ford B burdeos, recién importado.

—Conseguí las herramientas que me pediste —le señaló Viktor.

Jack las examinó. Además de los usuales juegos de llaves de tubo, sobre el tablero de trabajo aguardaban un mango dinamométrico, unos alicates y varios destornilladores. Se dirigió al Buick, y mientras abría el capó, le pidió a Viktor que volviera a describirle los síntomas que le habían alarmado. Cuando concluyó, hurgó en el interior del motor.

—El calentamiento y el consumo de agua parecen indicar una fuga a través de la culata. —Jack desenroscó la tapa del radiador y la miró. Deslizó el dedo por el interior del tapón para recoger una pizca de la untuosa mezcla café con leche que acumulaba en su base—. Esta especie de crema lo confirma.

—Eso mismo me indicó mi mecánico.

—Ya. E imagino que te propondría extraer la culata y repararla mediante soldadura.

—En efecto. Pero me aseguró que esa reparación no duraría mucho, y por eso decidí posponerla.

Jack inspeccionó los demás órganos del motor. Simuló meditar un momento.

—Es un problema de diseño. La culata de este vehículo sufre un problema de corrosión debido al diámetro y posición de los conductos de refrigeración. La soldadura sólo sería un parche. Incluso aunque fresáramos una culata nueva, tarde o temprano se reproduciría la avería.

—¡Diablos! ¿Y eso qué significa? ¿Puede o no arreglarse? —Viktor aguardó el diagnóstico de Jack como si hablaran de una enfermedad incurable.

Jack aplazó su respuesta. Quizá en la obsesión de Viktor por su Buick hubiera encontrado un tesoro.

—Desde luego, la reparación sería posible. Pero harían falta varias cosas difíciles de conseguir y no creo que pudieras asumir su coste. —Esperó que Smirnov picara su anzuelo.

Viktor respondió al desafío con la misma soberbia que si Jack hubiera dudado de lo genuino de su linaje.

—Nadie ha hablado de dinero. Tú dime qué necesitas —le exigió.

Jack guardó un largo silencio. Finalmente miró a los ojos a Viktor.

—De acuerdo. Pues lo que precisaría sería tiempo para trabajar, herramientas adecuadas, un medio de transporte con el que desplazarme... —Hizo una pausa—. Y un lugar tranquilo donde repararlo.

De regreso a la villa americana, Jack no daba crédito a lo que había conseguido. Agramunt le había prevenido sobre los intrincados contactos que permitían a Viktor Smirnov disfrutar de sus caprichos sin que la maquinaria comunista se abalanzara sobre su pescuezo, pero la realidad superaba todo cuanto hubiera podido imaginar al respecto. O al menos, así se desprendía de los fantásticos beneficios que iba a obtener por el simple hecho de repararle su adorado automóvil.

Cuando confesó a Joe Brown que le devolvía su antigua habitación porque él se mudaba a una de las viviendas unifamiliares de la villa americana, éste no le creyó.

—Pero si esas casas están reservadas para los mandamases —dijo sorprendido.

Por toda respuesta, Jack sonrió con un guiño, y añadió que en la puerta le esperaba su propio vehículo.

Joe dejó escapar un suspiro de asombro cuando contempló cómo Jack introducía sus maletas en un viejo Ford A para dirigirse a su nuevo domicilio.

Con la excusa de necesitar un espacio tranquilo donde acometer la reparación del Buick, había persuadido a Viktor para que le permitiera alojarse en una de aquellas viviendas vacías, y como, además, cada vez que necesitase algún material, precisaría cubrir los diez kilómetros que separaban Gorki del asentamiento americano, también le había convencido para que le prestara el Ford que tenía en desuso.

La noticia corrió como la pólvora, y Jack pronto apreció la agradable sensación de sentir que sus paisanos comenzaban a tratarle con el respeto que

se reserva para los potentados. Detalles como descubrirse a su paso, derrochar simpatía o interesarse por su vida empezaron a formar parte de su día a día, lo que unido a su puesto como supervisor y a su control sobre el contrabando de comida motivó que sus propios compatriotas acabaran por considerarle el capo del poblado. Lo que Jack ignoraba era que, pareja a la admiración que parecía despertar entre sus amigos, crecía en ellos un peligroso sentimiento de envidia.

Durante un corto período de tiempo, Jack disfrutó de lo que cualquiera en el Autozavod habría calificado como una vida placentera. Pese a los reparos iniciales, Viktor había convencido a Wilbur Hewitt para que relevara temporalmente a Jack de algunas de sus obligaciones, lo que permitía a éste desayunar en el club social rodeado de una cohorte de admiradores, que no cesaban de adularle. Allí, con la calefacción encendida y sin abrigos que disimularan la delgadez provocada por la hambruna, se evidenciaban las diferencias entre los afortunados y los desfavorecidos. Por esa razón, y aunque compartiera su desayuno con los demás, sorbía el café con premura y corría a encerrarse en el cobertizo de su nueva vivienda para acometer la reparación del Buick con la precisión de un cirujano que interviniera sobre una herida. A las doce, cubierto de sudor, paraba para almorzar, y a continuación se desplazaba hasta el Autozavod para cumplimentar las preceptivas rondas en busca de pistas que le permitieran avanzar en la investigación. Al anochecer, acudía a informar de las novedades a Viktor Smirnov, su flamante aliado soviético, cenaba algo con él mientras compartían charlas sobre vehículos deportivos, y de paso le sonsacaba información, tal y como Hewitt le había encomendado que hiciera, a cambio de su tiempo libre. De ese modo averiguó que, además de comisario de finanzas, Viktor ocupaba un puesto intermedio en la OGPU que él mismo se apresuró a calificar de «testimonial».

En una de aquellas cenas, estuvo presente Elizabeth.

Cuando Jack se topó con ella, ambos perdieron el habla. Viktor presentó a Jack como el ingeniero del Autozavod que estaba reparándole su Buick, y ella comprendió que el oficial soviético había olvidado por completo su encuentro en el Metropol. Durante la cena, Jack y Elizabeth mantuvieron las formas hasta el instante en que Viktor se retiró al piso superior para buscar el

micrómetro que Jack llevaba tiempo demandándole. Entonces, nada más desaparecer, la joven se le encaró.

—¿Ingeniero? Pero si tú no eras más que un simple operario.

Por toda respuesta, Jack depositó un manojó de llaves sobre la mesa. Elizabeth enarcó una ceja cuando Jack le sonrió.

—¿Qué son? —preguntó ella con fingida indiferencia.

—Lo que parecen: las llaves de mi automóvil y de mi nueva vivienda. Quizá un día te apetezca dar una vuelta en él y conocerla. —Y agitó las llaves en alto.

Elizabeth advirtió el regreso de Viktor.

—Quizá —dijo ella en un susurro, y volvió a centrarse en su plato de lubina.

Cinco meses después de la llegada de Jack Beilis a la Unión Soviética, desapareció el primer americano del Autozavod.

Se trataba de Alex Carter, un ensamblador del turno de mañana, a quien todos conocían como «el Expreso de Milwaukee» por haber trabajado un tiempo en la factoría de motocicletas Harley-Davidson. Su mujer, Harriet, había denunciado su desaparición el día anterior, pero las autoridades no le habían prestado demasiada atención. Por eso, a la hora del desayuno, se había presentado en la cantina para pedirle a Jack que lo encontrara.

Jack se removió sobre su asiento y recordó el consejo que le dio Hewitt en relación a no meter la nariz donde oliese mal.

—La verdad, Harriet. No entiendo por qué acude a mí. Tal vez debería preguntar a sus compañeros. A veces, después de una agotadora jornada de trabajo, los hombres se acercan a la ciudad y gastan su paga en bebida y en..., y en entretenimientos. —Aunque Jack pensó en un prostíbulo, prefirió no mencionarlo. Sin embargo, la mujer enrojeció.

—Mi Alex jamás se mezclaría con ninguna lagarta, si es eso lo que insinúa —lo dijo con poca convicción.

Jack frunció los labios. Le incomodaba sentirse como un capo de la mafia al que cualquiera se sintiese con el derecho de acudir para que le solventara sus cuitas. Inspiró con fuerza, liquidó la rebanada de pan negro y se levantó.

—Está bien. Si me entero de algo, se lo diré en cuanto lo sepa.

La mujer dejó escapar una lágrima y apretó la mano de Jack en señal de agradecimiento. Cuando desapareció, Jack se limpió la palma de la mano en la que Harriet había depositado su última esperanza.

Aunque la ausencia de Alex Carter fuera la comidilla entre los americanos del Autozavod, ninguno de sus compañeros de faena se dignó atender las cuestiones que Jack les formuló durante su ronda vespertina. Sólo Tom Taylor, el mejor amigo del Expreso, se le encaró con una llave inglesa en la mano.

—¿Por qué no les preguntas a tus amigos los soviéticos? —Escupió al suelo.

—Sí. ¿Por qué no les preguntas a ellos? —le empujó otro operario americano de cuello de bisonte.

—*Ruki nazad!* —gritó un guardia armado.

—Las manos atrás —tradujo Jack a sus compatriotas, y retrocedió.

—Sí. Vete con ellos. Pero ten cuidado —le amenazó Tom Taylor, mientras daba un paso atrás junto a su compañero—. No siempre va a protegerte tu dinero.

El 28 de mayo desapareció el segundo ciudadano americano, y el 6 de junio, el tercero. Por la villa se propagó el rumor de que «los cuervos», el apodo con el que los soviéticos denominaban a los esbirros de la OGPU, acudían por la noche y se llevaban a los obreros que protestaban demasiado. Según decían, los tres habían denunciado que, debido a los altos impuestos, los sueldos pactados no se estaban respetando. Cuando Jack interpeló a Wilbur Hewitt sobre el particular, el ingeniero se limitó a negar con la cabeza.

—Te advertí que si responsabilizabas de los sabotajes a operarios especializados, acabaríamos pagándolo los norteamericanos —fue lo único que mencionó al respecto.

A Jack le hirió que Hewitt le comprometiera por un asunto que le resultaba ajeno. A su juicio, no existía relación entre sus descubrimientos y las desapariciones. Además, los tres americanos de los que no se tenían noticias no estaban implicados en ningún incidente que él hubiera investigado. Se disponía a replicarle, cuando inesperadamente se abrió la puerta del despacho. Jack enmudeció al advertir que quien entraba era

Natasha, la joven enfermera que trataba a Wilbur Hewitt de las heridas de su brazo. La joven se disculpó por la interrupción y alegó que tan sólo deseaba entregar las pastillas contra el dolor que le estaban administrando. Hewitt gruñó como un perro al que pretendieran arrebatarle su hueso, pero aceptó la píldora y la tragó delante de ella. Luego eructó y pidió a Jack y a Natasha que le dejaran solo.

Una vez fuera del despacho, Jack recordó a la hija pequeña de los Robertson, enferma de pulmonía, y aprovechó la ocasión.

—Quizá le suene a atrevimiento, pero la niña lleva meses enferma y sus padres están preocupados. Al verla a usted me he preguntado si conocería la forma de que alguien la atendiese, aunque fuera pagando.

—¿No la ha visitado el médico que tienen asignado los americanos? —se interesó la enfermera.

—Supongo que sí. Lo que ignoro es si el tratamiento será el adecuado. Ella le dedicó una mirada tranquilizadora.

—No se preocupe, señor Beilis. Esas cosas tardan en remitir. Dele esto — sacó de su bolsillo un caramelo y se lo entregó— y confíe en la sanidad soviética. Esa niña está en buenas manos. —Y se despidió con una sonrisa.

Jack se quedó mirando cómo la joven se marchaba bamboleándose dentro de su bata blanca. Le sorprendió su amabilidad, pero aún más el hecho de que, después de tanto tiempo, aún recordara perfectamente su apellido.

Jack pateó una piedra cuando, al salir de su nueva vivienda, se encontró con su automóvil de nuevo inutilizado. Era la segunda vez que las ruedas del Ford A amanecían pinchadas, pero en esta ocasión, alguien había pintado sobre los cristales con tintura roja la leyenda «Amigo de los soviéticos». Jack limpió como pudo el parabrisas, cambió las ruedas por otras de repuesto que por precaución había almacenado en el cobertizo y arrancó el automóvil. Luego, procurando que todos los presentes escucharan el rugido del motor, se dirigió a toda velocidad hacia el lugar donde trabajaba Andrew.

Su amigo se sorprendió al ver entrar a Jack en su modesta oficina situada en los cuarteles generales de la OGPU. Apartó la montaña de papeles que le desbordaba y le ofreció asiento. Jack rehusó la invitación y permaneció de

pie, caminando de un lado para otro.

—Tienes que aclararme qué está sucediendo. Tú trabajas con los rusos — le espetó.

Pese a que no había nadie más en el despacho, Andrew miró a su alrededor, como si temiese que le espieran. Hizo un gesto a Jack para que callara y salió con él al patio. Afuera, el altavoz emitía la misma cantinela propagandística que sonaba mañana y tarde en la fábrica.

—Pero ¿cómo se te ocurre venir aquí a preguntarme eso? —Se apartó el escaso pelo que le caía por encima de las gafas.

—¡Joder! Han desaparecido tres hombres en dos semanas y la gente me trata como si yo fuera el responsable. Han destrozado las ruedas de mi coche. Si esto continúa así, en cualquier momento me romperán los huesos.

Andrew se mordió los labios, como si le costase revelar lo que sabía.

—¿Y por qué crees que yo podría saber algo?

—¡Venga, Andrew! Si en lugar de mudarte a la ciudad te hubieras quedado con nosotros en el poblado, verías que allí no se habla de otra cosa. Los de la OGPU se presentaron a medianoche en sus coches negros y se llevaron detenidos a dos hombres, sin más. Sin acusarlos de nada. Y del primero que desapareció, Alex Carter, no hemos vuelto a tener noticias.

Andrew exhaló un suspiro como una balsa rajada que se desinfla.

—Vi sus expedientes por casualidad —le confesó en un hilo de voz—. Mi ruso aún es bastante precario, pero me llamaron la atención sus nombres escritos en inglés, y le pedí a un camarada que me informara.

—¿Camarada?

—Así es como nos llamamos entre nosotros.

—Ya... ¿Y qué decían los informes?

—No me proporcionó todos los detalles, pero por lo visto los acusan de participar en varios sabotajes.

—Pero ¿qué estupidez es ésa? Hablamos de padres de familia cuya mayor preocupación es conseguir que sus hijos coman cada día. ¿En qué cabeza cabe que se dedicaran a sabotear a quienes tienen que proporcionarles la comida?

—¡Shhh! ¡Por Dios, baja la voz!

—¿Y adónde los han llevado? ¿A los campos de trabajo? —Jack se había

informado de la existencia de un gigantesco correccional denominado Ispravdom, a las afueras de Gorki.

—Eso no puedo decírtelo.

Las cejas de Jack se levantaron. Le preguntó a Andrew si al menos podía informarle si iban a ser juzgados y éste asintió con la cabeza, pero cuando Jack se interesó por el tribunal que se encargaría del caso, Andrew enmudeció.

—Los enjuiciará la propia OGPU —dijo sin alzar la mirada.

—Pero eso es ilegal. ¿Cómo van a juzgarlos los mismos que los han detenido?

—¡Despierta, Jack! Ya no estás en América. Aquí hay una revolución que aún no ha terminado, y nuestros enemigos son numerosos.

Jack carraspeó. Cada vez estaba más confundido con la posición que parecía haber adoptado Andrew. Sin embargo, cuando le recordó que conocían a la gente que había desaparecido, a sus mujeres y a sus hijos, su amigo adoptó una actitud distante, como si de repente le estuvieran hablando de una historia del pasado.

—Me tuve que ir del poblado por lo mismo que deberías irte tú. Los americanos son unos desagradecidos. Se quejan de que la comida es escasa y el trabajo duro, sin considerar que es así para todos. Ya no recuerdan que huyeron de su país porque se morían como ratas. Los soviéticos nos acogieron con los brazos abiertos, y ahora, si congeniamos con ellos, nuestros compatriotas nos tachan de enemigos.

—Escucha, Andrew. —Apoyó las manos sobre los hombros de su amigo—. No estamos discutiendo sobre un mayor o menor descontento por las condiciones de trabajo o la escasez de alimentos. ¡Estamos hablando de que están desapareciendo nuestros compatriotas!

—No, Jack. —Le quitó las manos de los hombros—. Quizá sean compatriotas tuyos, pero no míos.

Jack enmudeció por un instante.

—No comprendo. ¿Qué quieres decir?

—Que he renunciado a mi pasaporte. Ahora soy un ciudadano soviético —afirmó Andrew.

Pronto se corrió la voz de que los desaparecidos habían sido deportados a Siberia. Sin embargo, nadie tuvo ocasión de comprobarlo. A las familias de los inculpados se les informó de que los detenidos habían sido acusados de actividades contrarrevolucionarias y condenados a trabajos forzados, añadiendo que cualquier protesta sería considerada y castigada del mismo modo. Las mujeres ni siquiera pudieron despedirse de sus esposos, pero en las dependencias de la OGPU les aseguraron que no sufrirían daños y que regresarían cuando estuvieran reinsertados. Harriet Carter no los creyó. De haber tenido la intención de hacer algo bueno con ellos, les habrían informado de su lugar de destino, cosa que, a su juicio, era lo mínimo que se podía hacer por alguien que de verdad siguiese vivo.

Durante las siguientes semanas no se produjeron nuevas desapariciones, lo que facilitó que paulatinamente la calma regresara al Autozavod, hasta el punto de que los operarios comenzaron a acudir a la factoría como si nada hubiera sucedido. Por otra parte, y aunque sólo obedeciese a la necesidad de adquirir alimentos, los americanos de la villa devolvieron a Jack la consideración de aliado. No obstante, los ataques a su vehículo le habían alertado lo suficiente como para comprender que debía preocuparse por su seguridad y la de su dinero, inquietud que le trasladó a Iván Zarko, el cambista que negociaba con sus dólares. Zarko no dudó en alquilarle sus servicios.

—Te enviaré a mi sobrino Yuri. Ni un oso se atrevería a acercarse a su trasero —le aseguró el viejo.

Cuando Jack conoció a Yuri, no pudo estar más de acuerdo. El sobrino de Zarko era una mole que, de no ser por los monosílabos que emitía de vez en cuando, bien podría confundirse con el pariente de un plantígrado. Establecieron que Yuri haría guardia en su casa por las noches, aunque disfrazaría su actividad con la de auxiliar mecánico durante el tiempo que tardase en reparar el Buick Master Six de Viktor. Después ya le encontrarían otro oficio.

Con el paso de los días, Yuri no sólo se reveló como un vigilante eficaz. Por lo visto, también ejercía el contrabando, y sugirió a Jack algunas ideas para aumentar su negocio.

—¡Zapatos! La gente mataría por tener zapatos.

Jack se sorprendió al escuchar la propuesta, y por un instante pensó que, de no ejercer una ocupación tan rentable como la de supervisor en el Autozavod, quizá los conocimientos que su padre le inculcó de niño podrían haberle servido para algo.

A finales de junio arrancó por primera vez el Buick Master Six, y Jack se alegró de que Viktor Smirnov no estuviera presente. El motor ronroneó unos minutos como un reloj, pero inesperadamente, la junta de cobre que había fabricado reventó, y el motor exhaló un bufido similar al de una cafetera. Yuri alzó una ceja y rio.

—Vaya porquería de coche.

Jack no le encontró la gracia. Había asegurado a Viktor que dispondría de su automóvil para la inauguración del campo de tiro que los soviéticos habían construido en las cercanías del Autozavod, y no estaba seguro de poder cumplirlo. Afortunadamente, Viktor y Serguéi habían tenido que partir para Moscú por un asunto político y no regresarían hasta septiembre, de modo que disponía del tiempo necesario para reparar el Buick e intentar avanzar con las investigaciones. Dejó a Yuri a cargo de la limpieza y salió a dar un paseo. Por primera vez en meses, lucía un sol precioso. Tan precioso, que siendo su día libre, pensó que merecería la pena disfrutarlo con Elizabeth.

Nada más conocer la marcha de Viktor, había aprovechado para citarse con la joven y no quería llegar tarde, de modo que aceleró su Ford A recién lavado a través de las callejuelas de Gorki.

La encontró sentada en el porche de su mansión, entretenida en desenredarse el cabello. La buena temperatura había propiciado que Elizabeth se desembarazara de sus abrigos, y su figura volvía a mostrarse en todo su

esplendor para deleite de quien la mirase. Jack hizo sonar la bocina de su automóvil y le mostró la canastilla de pícnic que había preparado. Ella se levantó con una sonrisa y acudió a ver las chuletas de cerdo recién cocinadas por Miquel. Saludó a Jack, abrió la portezuela del acompañante y ocupó su asiento como si se escaparan de aventura.

—¿Adónde vas a llevarme? —dijo.

Jack no lo dudó.

—Vayamos al río.

—No llevo bañador. —Le guiñó un ojo, a sabiendas de que, incluso en verano, nadie en su sano juicio se bañaría en las frías aguas del Volga.

—Pues tendremos que nadar desnudos. —Sonrió y arrancó el coche sin esperar a que Elizabeth pudiera rebatírsele.

En las horas que siguieron, Jack admiró la tersura y suavidad de su piel. Se habían detenido en una colina cercana al río Oká desde la que se divisaba Gorki como un lejano parque salpicado de ladrillitos blancos. La temperatura era tan agradable, que de no ser por la botella de vodka que asomaba sin recato bajo el mantelito de la canasta, Jack habría jurado que se encontraba de vuelta en América. Elizabeth reía refiriendo los progresos que había hecho con el idioma ruso, y que su instructor calificaba de retrocesos. Jack estaba feliz. Notaba a Elizabeth cercana y relajada, como si llevaran saliendo juntos desde siempre y la sensación le encantaba. Charlaron durante largo rato sobre sus vidas, sus rutinas y sus proyectos. Al final, ella le confesó que estaba harta de la Unión Soviética, y que lo único que deseaba era que terminara de funcionar la fábrica para que a su tío Wilbur le concedieran el traslado.

—Y cuando regreses a Nueva York, ¿qué sucederá con Viktor? —preguntó Jack, que al instante advirtió lo extemporáneo de su ocurrencia.

—Pues nada. ¿Qué tiene que ver él con esto?

Él carraspeó. Le confesó que por un momento había dado por supuesto que el oficial y ella estaban comprometidos. Elizabeth rompió a reír con descaro.

—No seas antiguo. ¡Estamos en el país de la liberación! ¿No has visto que aquí no es necesario casarse para tener hijos?

Jack se sentía cada vez más confuso.

—Pero ¿es que piensas tener niños?

Elizabeth miró a Jack como si éste no comprendiera nada.

—Venga, volvamos a Gorki —dijo ella mientras se arreglaba el sombrero —. No vaya a ser que pienses que lo de bañarnos desnudos iba en serio.

Volvieron a encontrarse las semanas siguientes. En sus días de libranza frecuentaban las frías orillas del Oká, paseaban por las calles comerciales de Gorki o asistían a las fiestas que algunos altos oficiales ofrecían en sus domicilios. Durante sus encuentros, Jack intentaba profundizar en su relación con Elizabeth. Sin embargo, ella cambiaba de actitud sin motivo aparente, como si sus deseos variasen al capricho del viento. Tan pronto se mostraba interesada y efusiva como se distanciaba y hablaba a Jack con arrogancia, tratándole del mismo modo que a un desconocido que de buenas a primeras pretendiera cortejarla. Cuando eso sucedía, algo dentro de Jack se revelaba, haciendo que se cuestionara la razón por la que continuaba interesado en aquella joven tan voluble. Pero en el momento en el que Elizabeth le regalaba una sonrisa, él se desarmaba ante su belleza.

—¿Y tú cuándo regresarás a Estados Unidos? —le preguntó ella al salir del teatro. Aquel sábado habían ido a ver *El jardín de los cerezos*.

Jack se había formulado la misma cuestión en multitud de ocasiones. Añoraba las salas de fiesta de Nueva York, su bullicio y sus avenidas atestadas de coches de colores, pero por su condición de fugitivo era consciente de que jamás volvería a disfrutarlos. La pregunta de Elizabeth le hizo plantearse por qué permanecía en el Autozavod cuando ya disponía del dinero suficiente como para emigrar a cualquier otro país europeo. Supuso que seguía en Rusia porque la vida le estaba resultando sencilla, pero su propia respuesta no le satisfizo. Al fin y al cabo, lo único que le gustaba de la Unión Soviética era salir con Elizabeth y continuar amasando dinero.

—Cuando reúna lo suficiente como para que accedas a prometerte conmigo —le dijo sin pensarlo.

Ella rio como si le hubiera gastado una broma. Se ajustó el collar de esmeraldas que le había regalado Viktor y lo miró a los ojos.

—Querido Jack, si pretendiese casarme con un viejo millonario, podría hacerlo ahora mismo.

Para sorpresa de Jack, el último domingo de agosto Elizabeth aceptó cenar con él en la villa americana. Cuando acudió a su mansión a recogerla, ella apareció bajo el porche, ataviada con un sencillo vestido ajustado y una botella de vodka entre los dedos. Jack le cogió la bebida y aprovechó para besarle la mano. Luego la ayudó a subir a su coche y condujo despacio hasta el poblado.

Le había concedido el día libre a Yuri a cambio de que limpiara con esmero la vivienda y decorara el salón con flores, pero a la vista de los resultados, era obvio que el joven no había comprendido la palabra *esmero*. En cuanto a las flores, Jack no habría encontrado diferencia si en lugar del destartalado ramo que el sobrino de Zarko había plantado sobre la mesa hubiese soltado una fuente con ensalada. Por fortuna, Elizabeth no le prestó atención y se acomodó en una silla mientras Jack encendía unas velas. El joven le sirvió una copa de vodka y alzó la suya con decisión.

—Por el amor en la Unión Soviética —brindó él.

—Por el amor, a secas. —Y se bebió el vodka de un trago ella.

Habían consumido media botella cuando la cena se quedó apartada y Jack se levantó para servir el postre. Aprovechó para rozar su cuello con un beso.

Pese a habérselo robado, sintió que a ella se le erizaba la piel. Elizabeth se incorporó para corresponderle, pero él la mantuvo abrazada por la espalda, impidiéndole que se volviera. Conforme besaba su nuca, escuchó la respiración de ella tornarse profunda y sincopada. Él prolongó el instante hasta que ella no aguantó más y se giró para buscar su boca. Cuando sus labios se encontraron, Jack creyó enloquecer. La apretó contra él, como si el momento fuera irreal e imaginase que no se volvería a repetir nunca, la besó con ímpetu y delicadeza, deleitándose con el sabor de su boca, que se entreabría y permitía que sus lenguas se encontraran, cálidas y embriagadas, ávidas de caricias más profundas.

Se dejaron caer sobre un sofá sin deshacer el abrazo, como si separarse un segundo significase una pérdida irrecuperable, y siguieron comiéndose los labios, mordiéndose y acariciándose, buscando con sus manos los bocados de piel que aún desconocían. Jack deslizó los dedos bajo un vestido cada vez más encogido, que con el deseo parecía querer apartarse por sí solo. Desabrochó sus botones y buscó su pecho con los labios. Ella se lo ofreció, y

gimió cuando él se lo apropió hasta convertirlo en un volcán. Se deslizaron sobre la alfombra de lana que protegía el suelo mientras la piel desnuda de Elizabeth, ansiosa y evasiva, se apretaba contra el torso de Jack, contra sus piernas y sus brazos, que no dejaban de acariciarla.

Cuando Jack se adentró en ella, pensó que moriría. Mientras disfrutaba de su calor y de su mirada, entregada a ratos, lasciva por momentos, quiso pellizcarse para asegurarse de que realmente estaba poseyéndola, pero sus gemidos eran tan reales como su boca, como las manos que le atraían y le sujetaban, como las delgadas piernas que se enlazaban a su cintura o el sudor fresco que perlaba sus mejillas. La besó hasta que le dolieron los labios, y siguió haciéndolo sin dejar de moverse, alternando el frenesí con la calma, el ardor con la ternura, el amor con el deseo, mientras sus cuerpos se incendiaban, se encabritaban y se convulsionaban cada vez más rápido hasta explotar el uno en el otro. Luego, agotados, se abandonaron hasta quedarse dormidos, abrazados como dos novios enamorados.

Jack nunca antes había deseado a nadie de igual modo. Se despertaba soñando con Elizabeth y se acostaba con su recuerdo. Las horas restantes eran un calvario del que su trabajo no lograba rescatarle. Por las mañanas deambulaba por las naves de ensamblaje procurando no granjearse más enemistades con sus compañeros norteamericanos, pero le resultaba difícil. El descontento en el Autozavod se extendía como el agua de una cañería que hubiera reventado bajo la tierra, anegando el espíritu de unos trabajadores cada vez más hambrientos, pobres y extenuados. Sin embargo, Jack no lo apreciaba. Sus sentidos yacían embotados, cautivos de una mujer cuya belleza casi irreal parecía haberse adueñado de los hilos de su destino. Constantemente la imaginaba a su lado, desnuda de nuevo; recordaba cada mirada, cada gemido y cada beso, y el recuerdo le torturaba durante las horas vacías e interminables que mediaban hasta que volvía a verla. Entonces, a su lado, el deseo le agujoneaba con violencia, hambriento y desesperado, pero ella se mostraba distante, como si hubiese borrado de su recuerdo la noche que pasaron juntos, o peor aún, como si nunca hubiese sucedido. Y aun así, Elizabeth reía y le hablaba con amabilidad, con la vacía amabilidad que le

dedicaría a un conocido, y no con el amor y la pasión que debería profesarle a un amante enamorado. Sin saber por qué, Elizabeth había vuelto a levantar un muro entre ellos. Y Jack sospechó que el inminente regreso de Viktor era la causa de su distanciamiento.

El verano pasó en un suspiro. Poco a poco, los zapatos fueron dejando sitio a las botas de fieltro y las gruesas *ushankas* sustituyeron a los sombreros. Y con la llegada del frío, regresaron las desapariciones de nuevos compañeros.

La más llamativa fue la de Harriet Carter. Desesperada ante el convencimiento de que los soviéticos habían asesinado a su marido, la esposa del Expreso de Milwaukee había emprendido una campaña de protestas que, si bien en principio fueron ignoradas, finalmente encontraron respuesta. Una mañana Harriet salió para entrevistarse con Serguéi Loban y ya no regresó. Algo similar sucedió con Robert Walkins. En su caso se comentó que había armado un escándalo en la fundición tras enterarse de que los soviéticos se negaban a devolverle su pasaporte para regresar a Estados Unidos. La misma noche del suceso fue detenido por los cuervos y nunca más se le vio.

No fueron los únicos. La familia Collins fue detenida al completo acusada de actividades contrarrevolucionarias. Sin embargo, en el poblado americano se sabía que su único delito había consistido en intentar informar a los reporteros del *New York Times* desplazados a Moscú de la precariedad de su situación.

Jack observaba los acontecimientos en silencio, como un espectador frente a una pantalla de cine. Era la recomendación que le había hecho Hewitt, y seguirla a rajatabla parecía la medida más segura. Además, había postergado la reparación del automóvil de Smirnov para concentrarse en su

trabajo en la factoría después de que el propio Wilbur Hewitt le advirtiese de que si no progresaba en su investigación, se vería obligado a revisar las condiciones de su contrato. Sin embargo, aunque fuese cierto que durante las últimas semanas apenas había avanzado, Jack se defendió, reprochando a Hewitt que no le permitieran husmear durante el turno de noche.

Al escucharle, Hewitt se mantuvo inflexible.

—Te lo he repetido mil veces. —Apartó el periódico, harto de las excusas del joven—. Una inspección nocturna llamaría la atención, y lo último que autorizaría Serguéi sería cualquier acción que pudiera alertar a los saboteadores. Y si el máximo responsable de la seguridad dice *niet*, entonces es *niet*.

—Pero aprovechando que Serguéi sigue en Moscú, usted podría encontrar la forma de...

—¡De dar directamente con nuestros huesos en la cárcel! ¡Dime! ¿Es eso lo que pretendes?

Jack prefirió dar por concluida la discusión. Creía tener fundados motivos para sospechar que el propio Serguéi estaba implicado en los sabotajes, pero sin las pruebas necesarias carecía de sentido trasladárselos a Hewitt.

Se convenció de que si pretendía avanzar en sus pesquisas, debía hallar la forma de sortear la prohibición de Serguéi. Sin embargo, no encontró el modo hasta el día en que Viktor Smirnov, a su regreso de Moscú, se presentó en el poblado americano para comprobar la reparación de su Buick.

—Pero ¿cómo que aún no está listo? ¡Llevas con él meses! —vociferó el ruso al enterarse.

Jack le aseguró que lo habría reparado de haber dispuesto del instrumental necesario, ya que el problema procedía de la junta de cobre.

—Intenté fabricar una con los medios que me proporcionaste, pero a la primera explosión se derritió como la mantequilla. En el Autozavod existe una máquina que solucionaría el problema, pero su uso está prohibido. Por eso esperaba a que volvieras.

—Ya... ¿Y qué máquina es ésa? —rezongó.

Jack intentó sacar adelante su plan, asegurándole que necesitaría acceder a una prensa específica situada en el departamento de ensamblaje.

—Sólo la precisaría un par de horas. El inconveniente es que siempre está

en funcionamiento.

—¡Pues haré que la detengan! —resolvió, con el rictus de un dictador al que alguien hubiera contradicho.

—Me temo que no es tan sencillo. Esa máquina es única, e interrumpir su actividad supondría un enorme quebranto en la producción. No obstante, se me ocurre que... —Jack simuló meditar una alternativa.

—¿Sí?

—Una vez a la semana, durante el turno de noche, detienen la máquina coincidiendo con el cambio de matrices. Si pudiera usarla entonces, dispondría del tiempo suficiente como para tener listo tu Buick antes de la inauguración del campo de tiro.

—¿Con total seguridad?

—Sin ninguna duda.

—¿Y cuándo detendrán la prensa la próxima vez?

—Precisamente, esta noche.

En el mismo instante en el que franqueó la alambrada de acceso a la factoría, Jack comprendió que él solo se acababa de meter en la boca del lobo. Su esperanza para escapar indemne por contravenir las órdenes de Serguéi residía en Viktor Smirnov, quien caminaba junto a él, un paso por detrás del guardia armado que los conducía hacia la nave de ensamblaje. Había conjeturado que la presencia del oficial soviético le eximiría de cualquier responsabilidad, si bien eso le obligaba a encontrar el modo de despistarle el tiempo suficiente como para encontrar las pruebas que corroborasen sus sospechas.

A través del interminable pasillo que discurría paralelo a la cadena de montaje, alcanzaron el lugar donde se ubicaba la prensa a la que Jack había hecho referencia. El guardia armado les advirtió que no abandonaran el lugar sin su consentimiento y los dejó solos para que trabajasen. Jack se enfundó un delantal común en lugar del suyo blanco, extrajo de su petate un micrómetro, la junta de culata reventada y una plantilla de madera en la que previamente había perforado la posición de los conductos de refrigeración. Viktor se interesó por el procedimiento.

—Esta prensa puede emplearse para embutir o troquelar, dependiendo de los moldes que se coloquen entre sus mordazas. Nosotros necesitamos troquelar en la junta los huecos correspondientes a las cámaras de combustión y a los conductos de refrigeración. Pero para aumentar su dureza, antes debo reducir su grosor, comprimiéndola.

Viktor no lo comprendió.

—Está bien —intentó explicárselo de otra forma—. Imagina que utilizas un rodillo para extender la masa de un pastel rectangular. Supón que empleamos el borde de un vaso para recortar en esa masa seis agujeros alineados y extraemos sus centros. ¿Me sigues?

Viktor asintió.

—En ese punto, parecería que la junta ya estaría lista, pero si la vuelvo a aplastar con el rodillo, no sólo se reducirá su grosor, sino que, al expandirse, lo hará también hacia el interior de los agujeros, y éstos disminuirán su diámetro, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—De acuerdo. Si realmente fuera una junta, al haberse reducido su diámetro, la explosión de los cilindros quemaría el borde excedente hasta destrozarse la pieza por completo. Ahora bien...

—¿Sí?

—Si cambio el orden de las operaciones y presiono la junta antes de practicar las perforaciones, la pieza ya no se deformará más por mucho que luego la apriete, ya que previamente la habría comprimido al máximo.

—¡Inteligente, aunque soberanamente soporífero! Funcionará, ¿no?

—Sí, si lo hago con cuidado. Esta prensa incorpora un medidor micrométrico que me permitirá controlar el grado de deformación, pero es una tarea delicada que me llevará bastante tiempo.

—Pues no te entretengas y comienza. Tenemos dos horas hasta el cambio de turno.

Jack se puso manos a la obra, acompañando cada proceso con una sarta de improperios que quedaban apagados por el infernal ruido de la maquinaria en funcionamiento. Pasada una hora, el interés de Viktor comenzó a tornarse en tedio.

—¡Este trabajo es un martirio! —dijo el soviético.

Jack, con las manos engrasadas y la frente cubierta de sudor, miró a Viktor.

—Pues aún queda lo más aburrido. Al fondo hay una sala con calefacción en la que te podrás servir un té caliente. Te avisaré si te necesito.

Viktor no tuvo que pensar dos veces su propuesta. Asintió, y entre bostezos buscó refugio en la sala de descanso. Nada más desaparecer, Jack aprovechó para sacar de su petate una junta ya terminada que intercambió por la que estaba fabricando. Luego cogió el micrómetro, una libreta, y se perdió entre la miriada de coches que abarrotaban los pasillos.

Se encontraba examinando una de las ensambladoras de rodamientos que habían sufrido un sabotaje, cuando un guardia le encañonó con un fusil.

—¿Qué está haciendo en este sector? —le preguntó, con el dedo en el gatillo.

—Tengo autorización de Viktor Smirnov. Estoy...

—¿Americano? Atrás. Aléjese de esa máquina y saque lo que lleve en la bolsa.

Jack esparció su contenido sobre el suelo. Con el pie, el guardia separó las herramientas y la junta inservible.

—Le repito que estoy autorizado. Puede preguntar a...

—¡Baje el arma! ¿Qué es lo que sucede? —intervino Viktor, quien al comprobar que Jack había abandonado la prensa, había acudido en su busca.

—Este hombre afirma tener autorización suya, señor. —Se cuadró al reconocerle.

—Así es. Bueno. En realidad, debería haber permanecido al final del pasillo.

—Lo siento. Tenía que comprobar la junta con el calibrador de esta ensambladora y no quise molestarte —Jack interrumpió a Viktor al atisbar en sus ojos una sombra de sospecha—. Pero ahora da igual, porque este inútil acaba de destrozarla.

Tal y como había imaginado, al conocer el deterioro de la pieza, Viktor montó en cólera.

—¿Cuál es tu nombre, pedazo de inepto? —vociferó, cogiendo al guardia por la pechera.

—¡Tranquilo! —le detuvo Jack—. Tuve la precaución de fabricar una

junta de reserva.

Viktor respiró con alivio. Lo que el oficial soviético ignoraba era que por fin Jack tenía las pruebas que demostraban su teoría.

Jack se había concedido una semana de plazo para organizar las pruebas antes de presentárselas a Wilbur Hewitt. Sin embargo, no tuvo ocasión de agotarla. A las pocas horas de su visita clandestina, un vehículo negro se detuvo frente a la puerta de su vivienda y dos hombres uniformados le arrastraron a su interior para conducirlo a toda velocidad hasta un despacho en las oficinas de la OGPU.

Padeció una hora de absoluta perplejidad antes de que la puerta de la habitación en la que le habían encerrado se abriera con un chirrido para dar paso a Serguéi Loban. Al reconocerle, Jack dio un respingo y se levantó. Ignoraba que también hubiera regresado de Moscú. Nadie le había explicado el motivo de su detención, aunque no era necesario ser un genio para imaginar que ésta obedecía a su atrevido paseo nocturno. La voz grave de Serguéi se lo confirmó. El responsable de la OGPU se sentó en una de las sillas y clavó sus ojos en los de Jack, cuyas pupilas azules parecían resplandecer bajo la tenue luz que emitía la única bombilla de la estancia.

—Puedes sentarte —dijo Serguéi, y Jack obedeció—. Bien. Veamos. Acabo de llegar y los americanos me recibís con problemas. Según el informe que obra en mi poder, anoche, en mi ausencia y contraviniendo las órdenes, entraste de madrugada en la factoría y te dirigiste a la ensambladora de rodamientos. ¿Es correcto?

Jack ya había preparado su defensa de antemano.

—Sí. Pero no infringí orden alguna. Accedí con la autorización de Viktor Smirnov con la única intención de fabricarle una junta para su Buick. Puede preguntarle a él, si lo desea.

—Ya lo he hecho, y confirma ese extremo. Pero asegura que en su ausencia te dirigiste a la ensambladora de rodamientos, cuando él sólo accedió a acompañarte para que trabajaras en su junta.

—Quería comprobar que la pieza que estaba fabricando...

—¡Dejémonos de patrañas! Quizá puedas engañar a un timorato como

Smirnov, pero yo me gradué en ingeniería y sé perfectamente que para fabricar una junta de cobre, una máquina de rodamientos te resultaría tan útil como una servilleta a un cerdo.

Jack tragó saliva. Se maldijo por creer a Hewitt cuando éste le aseguró que la formación de Serguéi era sólo la de un sargento reenganchado. Intentó pensar rápido.

—Yo no he afirmado que pretendiera utilizar esa máquina para fabricar la junta. Necesitaba usar la calibradora para confirmar la exactitud de mi micrómetro. Seguramente, en su informe constará que llevaba uno defectuoso en mi bolsa, si es que el guardia que me encañonó con su fusil sabe lo que es eso.

—Por supuesto que lo sabe. —Lo comprobó en sus notas y rechinó los dientes—. Y en efecto, lo ha reflejado. Pero es muy casual que precisamente manipularas la misma calibradora que ocasionó uno de los peores sabotajes ocurridos en el Autozavod... A no ser que lo hicieras a propósito.

—Como usted dice, es una casualidad.

—Comprenderás, entonces, que no te crea.

—En mi descargo debo confesarle que yo a usted, tampoco.

—¡Ja! Los americanos siempre jactanciosos, aunque estén a un paso de ser enviados a Siberia.

—Ya que los menciona, me gustaría preguntarle por ellos. Por los americanos que han desaparecido sin dejar rastro —le retó.

—En eso te equivocas. Los detenidos han dejado tras de sí un tufo a traición tan profundo que podría seguirse hasta el penal donde van a pagar hasta el último de sus delitos.

—¿Qué delitos? ¿El de ser americanos?

—No, Jack. La mayoría de tus compatriotas encausados lo han sido por desempeñar actividades contrarrevolucionarias ajenas a esta investigación.

—¿Qué actividades? ¿Quejarse por unos impuestos de los que no les habían advertido? ¿Pedir comida para sus hijos? ¿Pretender regresar a su país?

—¡Maldita sea! Esos hombres han traicionado nuestra confianza. No se puede morder la mano que te da de comer. ¿Qué más da si se les denuncia por sabotaje? Al fin y al cabo, son enemigos del pueblo. Recuerda que tú

mismo me proporcionaste la excusa. ¡Aseguraste que los sabotajes evidenciaban una manipulación tan sofisticada que sólo pudieron cometerlos operarios con conocimientos específicos! —Su rostro mudó la sonrisa en un rugido.

—Pero sabe que no fueron ellos. En los informes consta el momento en el que se produjeron los accidentes, pero no el instante en que se ocasionó la manipulación. Porque si hablamos de la calibradora, el primer problema se detectó en una operación de mantenimiento rutinaria efectuada el 6 de febrero, a las ocho y diez de la mañana.

—Así es.

—Sin embargo, lo que probablemente ignora es que, para desajustar esa máquina, un operario cualificado precisaría, cuando menos, veinte minutos. Ése sería el tiempo necesario para provocar un desajuste lo bastante sutil como para evitar que el deterioro se detectase de inmediato, pero lo bastante dañino como para arruinar las piezas tras varias horas de funcionamiento.

—¿Qué pretendes insinuar?

—Que la manipulación a la fuerza hubo de producirse durante la madrugada del día 6, minutos antes del cambio de turno.

Serguéi dedicó a Jack una mirada de perplejidad, emulsionada con un punto de resentimiento.

—Eso no libera de sospechas a ningún americano.

—Yo opino lo contrario. Le recuerdo que, por orden suya, en aquellas fechas los americanos tenían prohibido trabajar en el turno de noche, y que por tanto es imposible que ninguno provocara el deterioro.

Serguéi frunció los labios y se levantó, arrojando la silla a un lado.

—¡Americanos prepotentes! Siempre creyéndooos por encima de los demás. Pensáis que los soviéticos somos estúpidos, sin percataros de que somos nosotros quienes poseemos la inteligencia, el coraje y la determinación de la que vosotros carecéis. ¿Y quién me asegura que tus informes son los correctos?

—Me da igual lo que crea. Wilbur Hewitt me contrató para averiguar la verdad sobre los sabotajes, y eso es lo que he estado haciendo. Si usted prefiere cerrar los ojos y negar la evidencia, será porque ése es su deseo.

—Pero ¿cómo te atreves? ¿Acaso no sabes con quién estás hablando?

—Hasta hace un momento, creía que con Serguéi Loban, representante de la justicia soviética. Pero, por lo visto, estaba equivocado.

El día amaneció tan frío como nublado.

Jack se levantó con la espalda dolorida. Mientras se vestía con el mandilón blanco que le identificaba como operario especializado, sacudió la cabeza. Cada vez estaba más convencido de que Serguéi ocultaba algo, por mucho que le hubiera alentado a que continuara con sus investigaciones con el apoyo de un ayudante soviético.

Cuando llegó a la nave de fundición, le recibió el oficial que Serguéi había comisionado para que le acompañara. Era Anatoli Orlov, el mismo soviético que le había guiado por la fábrica a su llegada al Autozavod. Le saludó con frialdad y comenzó su trabajo. Serguéi le había ordenado que revisase los hornos, la zona de calderas y los vagones de mineral. Empleó media mañana en completar las primeras tareas. Sin embargo, cuando se disponía a inspeccionar los trenes de vertido del mineral fundido, Jack se detuvo.

—¿Qué sucede? —le preguntó Orlov.

—No puedo inspeccionarlos mientras estén en marcha.

—Eso es imposible. La producción no puede interrumpirse.

Jack no aceptó la negativa. Los trenes de vertido consistían en un carril suspendido del que pendían unas cubetas metálicas que transportaban el mineral fundido procedente de los crisoles. Examinarlos durante su funcionamiento era una temeridad porque se corría el riesgo de que, durante el trayecto, parte del mineral fundido salpicase a quien anduviera por debajo.

—Para observarlo como Dios manda, tendría que sortear la barrera de protección y meterme en el foso —le advirtió Jack—. Y no voy a hacerlo con una lluvia de metal fundido rociando constantemente el suelo.

—Está bien. Ordenaré que lo detengan —farfulló.

Jack aguardó a que el tren se parara por completo. Pidió a un operario un mandilón protector, se enfundó unos guantes y abrió la portezuela de acceso al foso. Pese a estar detenidas, las cubetas con el metal se bamboleaban peligrosamente sobre su cabeza como si fueran columpios. Jack se protegió

los ojos y miró hacia las cubetas. En apariencia estaban bien sujetas, aunque chirriaban de una forma amenazadora. Caminó con cuidado evitando pisar los trozos de metal aún al rojo y se dirigió hacia la portezuela.

—Todo correcto. ¡Voy a salir! —avisó.

De repente, y antes de que pudiera alcanzar la barrera, el tren se puso en marcha sin previo aviso, arrastrando su mortífera carga.

Jack gritó como un poseso en el instante en el que una salpicadura ardiente pasó a pocos centímetros de su rostro, pero el tren continuó su macabra danza, escupiendo trozos de metal fundido que le hicieron retroceder.

—¡Parad el tren, malnacidos! —gritó desde el refugio provisional que había encontrado bajo un soporte metálico.

Nadie pareció oírle. El ruido de la fundición resultaba ensordecedor. Jack intentó pensar, pues el soporte no le resguardaría para siempre. Si seguía allí, perecería acribillado. Miró a su alrededor. En ese instante, la lluvia de proyectiles incandescentes iluminó en el suelo un trozo de carril roto que alguien había abandonado. Podía convertirse en su salvación, pero antes debía alcanzarlo. Miró hacia el tren y comprobó el bamboleo de las cubetas que se columpiaban sobre su cabeza. Intentó sincronizar su movimiento con el de las salpicaduras contando para sí: «Uno..., dos..., tres...». Ensayó el movimiento un par de veces y se preparó. A la de tres, abandonó de un salto su refugio y se abalanzó sobre la barra metálica, la aferró y regresó de inmediato hacia el soporte, pero antes de alcanzarlo, sintió un latigazo abrasador sobre la cadera izquierda que le hizo aullar de dolor.

Jack se miró el lugar donde el metal fundido había atravesado la zona desprotegida para incrustarse en su cuerpo. Con la esquirra al rojo devorándole la carne, sacó de su bolsillo una navaja y rajó el pantalón hasta dejar a la vista la cadera. Rugió al introducir la punta afilada entre la carne y la esquirra. Al extraerla, sintió un dolor tan insoportable que por un instante deseó que le arrancaran la pierna. Acurrucado bajo el soporte, volvió a gritar pidiendo ayuda, pero nadie le escuchó. Inspiró con fuerza, intentando no desmayarse. Apenas si podía sostenerse por el dolor. Volvió a mirar su cadera y apreció un agujero similar al cráter de un volcán. Apartó la vista. Tenía que salir de allí, pero continuaban diluviando esquirras, y justo sobre la

puerta formaban una cortina de fuego imposible de sortear. Sabía que lo que pretendía hacer era una locura, pero no le quedaba más opción. Se colocó el mandilón sobre la espalda, tomó aire y aferró la barra metálica con todas sus fuerzas. Luego, sin pensarlo, abandonó su refugio y corrió cojeando en dirección a la cadena que impulsaba el tren de vertido. Con los lingotes ardientes silbando a su alrededor, introdujo la barra entre los eslabones y volvió como pudo bajo la chapa. Rezó mientras la cadena arrastraba la palanca hasta los engranajes impulsores. Finalmente, la barra atascó la transmisión, la cadena se tensó y aulló con un chirrido estremecedor mientras sus eslabones crujían y vibraban.

Jack comprendió que sólo disponía de unos segundos antes de que la barra se partiera. Se ajustó el mandilón y corrió hacia la puerta. Cuando la alcanzó estaba cerrada. Intentó abrirla pero no lo consiguió. Sobre él, el tren trepidaba como si fuera a venirse abajo de un momento a otro.

—¡Hijo de perra! ¡Abre la puerta! —gritó.

De repente todo el tren rechinó y se retorció como si adquiriera vida propia.

—¡Abre de una vez, cabrón!

Jack intentó saltar la barrera antes de que todo el almacén se derrumbara, pero cuando trataba de encaramarse, la cadena estalló en mil pedazos y todo el andamio con las vagonetas cargadas de hierro fundido se vino abajo con un ensordecedor estruendo.

Sintió un golpetazo en la cabeza en el mismo instante en el que unas manos negras le aferraban y jalaban de él hacia fuera. Antes de desmayarse, medio asfixiado por el humo y las cenizas, reconoció la figura de Joe Brown, pidiendo ayuda como un desesperado.

De no haber sido por las molestias de su cadera, Jack habría supuesto que estaba en el cielo. Sin apenas fuerzas para moverse, observó cómo una joven de cabello rubio le regalaba una sonrisa mientras le aplicaba una pomada en la frente. Luego un sopor profundo le fue invadiendo despacio hasta conducirlo nuevamente al mundo de los sueños.

—Jack. ¿Puedes oírnos? Responde, Jack.

Le costó trabajo abrir los ojos, pero al final lo consiguió. La cabeza le daba vueltas. Cuando logró enfocar la visión, a sus pies creyó distinguir a Joe Brown y a Andrew. Miró a su alrededor. A ambos lados de su lecho parecían descansar decenas de convalecientes sobre una hilera de camas. Le dio la impresión de que Joe Brown tenía una mano vendada. Al apreciar que Jack se movía, Andrew se despojó de sus gafas.

—¿Dónde estoy? —Intentó incorporarse, pero un intenso dolor a la altura de la cadera se lo impidió.

—Procura no moverte. Los médicos han dicho que permanezcas en reposo —le sugirió Andrew.

—¿Qué ha sucedido? ¡Mierda! Me siento como si una estampida de bisontes me hubiera pateado la cabeza.

—Una viga te golpeó la sien. Fue un buen golpe. Han debido de gastar

toda el árnica del hospital contigo —sonrió Joe Brown.

—Te han sacado unas radiografías y no hay nada roto. Sólo pequeñas quemaduras por todo el cuerpo. Lo peor es la cadera. Parece que ahora tienes ahí un nuevo ombligo del tamaño de Arizona —dijo Andrew.

Jack sonrió.

—Tú me salvaste, ¿verdad? —le preguntó a Joe.

—Bueno. Oí tus gritos. Al principio no distinguí de dónde procedían, pero cuando vi que el tren de vertidos retemblaba, supuse que habría alguien debajo.

—¿Y tus manos? —Señaló los vendajes que las cubrían.

—¡Bah! Apenas unos rasguños. Esta tarde vuelvo al trabajo.

Jack respiró profundamente. Tenía los brazos y la cabeza vendados, y apósitos por todo el cuerpo. El repentino recuerdo del oficial soviético, mirándole impasible, le soliviantó.

—¿Qué sitio es éste?

—El hospital del Autozavod. No te preocupes. Es el mejor de Gorki. Estás en buenas manos —sonrió Joe Brown—. Bueno. Yo he de irme. ¿Necesitas alguna cosa?

—No, Joe. Sólo ponerme bien para darte las gracias como es debido.

—Ahora no te preocupes por eso. Recupérate, que todos añoramos tus costillas de cerdo. —Y le guiñó un ojo.

—Cuando vuelva al poblado, te invitaré a una piara.

Joe sonrió de nuevo y abandonó la sala de convalecencia.

Cuando se quedaron solos, Andrew sacó un cigarrillo y se lo ofreció a Jack.

—Buen tipo, este Joe. Suerte que pudo salvarte. En fin. Ahora he de volver al trabajo. En la próxima visita te traeré algo de tabaco.

—¡Aguarda! Coge esa silla y siéntate —dijo Jack con un hilo de voz, como si fuera a confiarle un secreto.

Andrew obedeció sorprendido. La acercó al cabecero y tomó asiento.

—¿A qué tanto misterio?

—Ha sido Serguéi. Él ha intentado matarme —dijo en un susurro.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Uno de sus esbirros puso en marcha el tren de vertido

después de hacerme bajar al foso.

—Pero eso es imposible. Si ha sido el propio Serguéi quien ha ordenado tu ingreso en el hospital...

—¡Te repito que ha intentado asesinarme! —alzó la voz, y observó cómo varios enfermos volvían la cabeza.

—Recapacita, Jack. Lo que dices es un sinsentido. Si Serguéi hubiera querido liquidarte, ya lo habría hecho. Aquí es el jefe de la OGPU. Puede hacer lo que quiera sin necesidad de justificarse. Y no lo ha hecho.

—¡Joder! ¡No ha sido ningún accidente! —Dio un puñetazo sobre el colchón—. Por alguna razón, Serguéi debe preferir que mi desaparición parezca accidental.

—Pero ¿por qué querría hacer eso?

Andrew aguardó la respuesta de Jack parapetado tras sus gruesas gafas de pasta, incapaz de comprender lo que sucedía.

—¡Y yo qué sé! Quizá porque he descubierto que deporta a americanos, bajo acusaciones falsas.

Andrew se incorporó indignado, como si acabara de escuchar una blasfemia.

—¡Ese golpe debe de haberte trastornado! ¡Serguéi es un hombre honesto! Es un representante de la Unión Soviética, y como tal sólo intenta proteger...

—¡Por lo que más quieras! ¡Mírame! —Le mostró las heridas—. ¡Quítate la venda y mira a tu alrededor! El Expreso de Milwaukee..., su mujer Harriet..., Robert Walkins..., los otros compañeros... Jamás hemos vuelto a saber de ellos. ¡Nos están exterminando, Andrew! Tienes que comprenderlo. Tienes que...

—¡De acuerdo! No te alteres. Dices que un hombre de Serguéi te obligó a bajar al foso. ¿Sabes su nombre?

—No sé. No lo recuerdo... ¡Orlov! ¡Sí! Dijo llamarse Anatoli Orlov.

—Bien. Veré qué puedo averiguar. Tú descansa y recupérate. Seguro que cuando mejores, ves las cosas de otro modo.

Mientras intentaba conciliar el sueño, Jack se preguntó por qué Serguéi le

habría enviado al hospital cuando podría haberlo matado sin ningún remilgo. No comprendía nada. La cabeza seguía doliéndole, pero lo que realmente le atormentaba era la profunda quemadura de la cadera, que protestaba ante cualquier movimiento.

Comenzó a plantearse la conveniencia de huir de Gorki. Los soviéticos aún retenían su pasaporte, pero con el dinero que había ahorrado suponía que podría encargarse a Iván Zarko uno falso.

Intentaba imaginar cómo organizaría su futura vida en un país como Inglaterra, cuando le sobresaltó el tacto suave de unos dedos que le rozaban la frente. Al abrir los ojos, distinguió el rostro amable de la misma joven rubia ataviada con un uniforme blanco que creía haber visto en sueños. Su sonrisa tranquilizó a Jack durante unos segundos, los mismos que transcurrieron hasta que le ordenó que se despojara del pantalón del pijama para proceder a su cura. Nada más saber que debía quedarse como Dios le trajo al mundo, Jack se turbó.

—¿No podría hacer su trabajo sin...? No sé... —E hizo descender la cinturilla del pijama justo por debajo de la quemadura, cuidando de que la tela cubriera sus vergüenzas.

La joven volvió a sonreír, y entonces Jack la reconoció. Era Natasha, la atractiva enfermera que había estado cuidando del brazo de Wilbur Hewitt. Si hubiera sido una vieja desdentada, quizá no le habría importunado tanto, pero su juventud y su belleza le incomodaron aún más.

—Jack Beilis —leyó Natasha en su informe médico—. Volvemos a encontrarnos.

—Sí. Y a ser posible, preferiría que para estas cosas se ocupara de mí un enfermero —dijo él, en un inesperado ataque de dignidad.

Natasha le dedicó una mirada maternal.

—Mire, Jack, necesito hacer mi trabajo, pero si le sirve de consuelo, le confesaré que cuando le curé esta mañana ya vi todo lo que tenía que ver y no me impresionó demasiado.

Jack se abochornó casi tanto como cuando su madre le sorprendió acariciándole la entrepierna a su primera novia.

La joven dejó el informe sobre la cama y sin darle tiempo a protestar, le bajó el pijama hasta las rodillas. Por un instante, Jack aferró el extremo de la

sábana para mantener ocultas sus vergüenzas.

—Lo que he de curar es su herida, no la sábana. —Y la apartó con suavidad.

Finalmente, Jack permitió que Natasha le examinara. La joven le retiró el apósito yodado y comprobó el cerco de la herida, aún en carne viva.

—No tiene buen aspecto. No se ruborice: me refiero a la herida. — Sonrió, y empapó un apósito nuevo con un líquido antiséptico.

A Jack, el comentario no le hizo ninguna gracia.

—Duele como si algo me quemara —le explicó.

—Es por el trozo de esquirla que aún permanece dentro. Mañana la extraeremos —dijo ella, mientras limpiaba la quemadura con un algodón.

—¿Mañana? ¿Y por qué no hoy?

—Hay otros enfermos más graves y los quirófanos están ocupados. En cualquier caso, ha tenido mucha suerte. De no ser por los ribetes de acero de su mandilón, ahora podría examinar sus pulmones sin necesidad de radiografías. —Y señaló la prenda agujereada que descansaba en una silla junto a lo que quedaba de su ropa.

—Sí. Una suerte tremenda. ¿Sabe cuándo podré hablar con el médico encargado?

—Claro. —Sonrió y continuó limpiando la herida con el mismo mimo que si bañara a un recién nacido.

Jack se subió el pijama e impidió que Natasha terminara la cura.

—No tengo tiempo para bromas. Por favor, avise a su jefe y dígame que necesito salir de aquí cuanto antes.

—Señor Beilis: sepa que ningún enfermo está en este hospital por gusto. Se le intervendrá cuando llegue su turno. —Volvió a sonreírle—. Que se mejore. —Se levantó y se fue por donde había venido.

Una vez a solas, Jack se dirigió a su vecino de camilla, un anciano caucásico que en lugar de pies, presentaba dos muñones vendados.

—¿Qué le ha sucedido, amigo? —le preguntó.

—El condenado frío me congeló los pies hasta los huesos. Y tú, ¿por qué estás aquí?

Por toda respuesta, Jack se bajó el pijama para mostrarle la herida.

—¡Bah! Eso no es nada, muchacho. En dos semanas volverás a corretear

como un potranco.

—El problema es que no dispongo de dos semanas. ¿Sabe quién es el responsable de este manicomio?

—¡Por supuesto! Todo el mundo lo sabe.

—¿Y qué tendría que hacer para hablar con él?

—Nada especial, muchacho. Esperar a que te practique la próxima cura.

—¿Esperar? ¿A quién?

El anciano mutilado le dedicó una sonrisa socarrona antes de responder.

—A Natasha Lobanova, la joven que te ha atendido. Ella es la cirujana jefe del hospital del Autozavod. Y la mejor persona que haya conocido nunca.

Jack descubrió que Natasha Lobanova se asemejaba a su padre, Serguéi Loban, en el apego que ambos mostraban por el régimen soviético. Los dos perseguían la igualdad, si bien cada uno la buscaba por caminos distintos. Por lo demás, parecían provenir de mundos opuestos. A los ojos de Jack, Serguéi era un fanático del comunismo que se dejaría cortar un brazo con tal de que sus ideas prevalecieran, del mismo modo que le arrancaría los dos al pobre incauto que pusiera en riesgo sus objetivos. Sin embargo, el mayor interés de Natasha parecía consistir en arrancar una sonrisa a cada paciente que visitaba. Serguéi controlaba las formas hasta el último detalle, empezando por su impecable guerrera y terminando por su barba escrupulosamente recortada. Era una cuestión de disciplina, que también exigía a sus subordinados. En cambio, Natasha apenas si prestaba atención a su aspecto, más allá de lucir un cutis limpio que, aderezado con la inocencia de su mirada, le proporcionaba un atractivo distinto al de cualquier mujer que él hubiera conocido. Él era la inflexibilidad, y ella la dulzura. Él, el miedo; ella, el cielo.

En cuanto se le presentó la ocasión, Jack se disculpó por haberla confundido con una enfermera y confesó a Natasha que conocía a su padre. Sin embargo, en lugar de favorecer su acercamiento, su confidencia provocó el recelo de la joven.

—Ya lo sabía. De hecho, él me ha pedido que ponga especial cuidado con usted —respondió con sequedad.

Jack observó cómo el semblante que segundos antes destilaba dulzura, se endurecía.

—¿Y por qué ese gesto? —intentó contemporizar.

—Nada. Sólo que no me gustan los favoritismos. —Apretó el vendaje con más energía de la acostumbrada. Jack emitió un gruñido de dolor.

—¿Cómo va la herida? —procuró desviar su atención.

—Como tiene que ir. Es una quemadura profunda. Después de extraer la esquirla, veremos si le ha afectado algún nervio. ¿Continúan los dolores? — Se inclinó para comprobar la herida.

—A todas horas. A excepción de...

—¿Sí? —Natasha le dedicó una mirada escéptica.

—A excepción de cuando la veo. —Y al instante Jack enrojeció por la vacuidad de su comentario.

Natasha enarcó una ceja y se incorporó.

—Bien. En tal caso veré si puedo proporcionarle alguna foto —dijo seria, y cogió la libreta con los informes—. Luego vendrá un enfermero a asearle para la intervención. De todas formas, lamento informarle que aunque vuelva a verme esta tarde, sacar esa esquirla le va a doler un poco.

Jack hubo de reconocer que Natasha llevaba razón. Al parecer, la dosis de procaína que le había inyectado cerca de la ingle antes de la intervención no estaba cumpliendo totalmente su trabajo, y en el momento en el que las pinzas hurgaron en la quemadura, se retorció de dolor. Cuando finalmente extrajo la esquirla, la joven se disculpó.

—Lamento haber tardado más de lo previsto. Había administrado suficiente anestésico para una intervención corta, pero el metal estaba rozando una rama del nervio crural y no quería que se quedara cojo.

—Pues por el dolor que me ha causado, diría que casi lo consigue —dijo Jack, mientras un enfermero le secaba el sudor de la frente.

—Bien. Supongo que todo transcurrirá con normalidad, aunque aún es pronto para decirlo. Mañana, cuando se reduzca la inflamación, comprobaremos la movilidad y el dolor que presenta. Ahora debe reposar.

—Y en lugar de permanecer en esta sala, ¿no podría recuperarme en mi

casa?

—¿Tiene casa? —se sorprendió Natasha mientras se lavaba las manos en un palangana.

—¿Acaso le extraña?

—No... Bueno, sinceramente, sí. Como no lleva anillo y no le ha visitado ninguna mujer, supuse que era soltero.

—¿Eso es lo que mira cuando me examina? —A Jack le sorprendió que Natasha se interesara por cuestiones de su vida privada.

—¡Por supuesto que no! —se ruborizó.

—Pues sí. Soy soltero. —Por un instante olvidó su certificado de matrimonio falso.

—Y entonces, ¿cómo es posible que le hayan concedido una casa? —Se arregló el recogido, que había extraviado un mechón rebelde sobre su cara—. En la Unión Soviética ningún soltero puede adquirir una.

—Bueno. Digamos que me van bien las cosas. —Jack omitió explicar que Viktor Smirnov había tenido mucho que ver en la concesión de la vivienda.

—Pues es usted afortunado. Sobre todo, considerando que la suerte no es algo que abunde en el Autozavod. —Señaló la multitud de enfermos que abarrotaban la sala de convalecencia—. En fin: procuraré acelerar al máximo su recuperación. Hay muchos otros que necesitan más esa cama. —Y volvió a endurecer el gesto—. ¡Ah! Y por favor, no se queje demasiado cuando se le pase la anestesia. Aquí hay gente que de verdad está enferma.

Durante su convalecencia, Jack dispuso del tiempo suficiente como para comprobar que su estado de salud no parecía interesarle ni siquiera a quienes, según él, pretendían acabar con su vida. Elizabeth no se había dignado aparecer, y aparte de Joe Brown y de Andrew, la única visita que había recibido desde su ingreso había sido la de Wilbur Hewitt, quien había acudido al Autozavod para prevenirle sobre los problemas que estaban sacudiendo a la factoría.

—Andamos todos preocupados —le confió el ingeniero en la sala de rehabilitación donde había encontrado a Jack realizando una serie de ejercicios ayudado de unas muletas—. ¡Quién iba a imaginar que se

convocaría una huelga que paralizaría la factoría! Según aseguran, Stalin ha montado en cólera, lo que significa que en cualquier momento van a comenzar a rodar cabezas como si fueran de ganado. Y puedes apostar que las primeras serán las de los americanos.

A Jack le sorprendió la confesión de Hewitt. Descansó del paseo que le había prescrito Natasha y se sentó sobre un sillón medio desfondado que acababa de desocupar un anciano.

—Una huelga... ¿Y la factoría está detenida?

—Absolutamente paralizada. Los piquetes han impedido que entraran los trabajadores, han incendiado varios coches y han cortado el suministro eléctrico. El Autozavod parece un campo de batalla.

—Pues aquí nadie ha comentado nada.

—Los trabajadores tienen prohibido difundir lo que sucede bajo pena de deportación, y tú eres un extranjero. —Hizo un tenso silencio—. El descontento venía de atrás, pero las primeras manifestaciones comenzaron hace tres días. Según he podido averiguar, la OGPU ha informado a Stalin y éste ha enviado al ejército.

—¿Y usted qué piensa hacer? —Jack observó que Wilbur Hewitt sudaba como si estuviera en una sauna.

—Aún no lo sé. He enviado un cable a Detroit solicitando instrucciones. No puedo abandonar la fábrica, porque el contrato firmado con el gobierno soviético contempla una penalización en caso de interrupción del soporte técnico. Imagino que es lo que Serguéi pretende: alegar incumplimiento de contrato y cancelar los pagos pendientes. Pero temo por mi sobrina. Por ahora le he sugerido que acepte la invitación de Viktor Smirnov y se aloje en su dacha mientras se resuelven las hostilidades.

—Vaya. —La noticia le incomodó—. ¿Y hay algo en lo que yo pueda ayudarle?

—Deberías recuperarte lo antes posible. En el poblado americano la gente está soliviantada. Muchos se están organizando para emprender el regreso a Estados Unidos, pero se rumorea que los soviéticos no van a devolverles sus pasaportes. Por eso he pensado que quizá tú... Bueno. La gente dice que tienes contactos.

—No sé de qué me habla.

—¡Vamos, Jack! ¡Confía en mí! ¿Los tienes o no los tienes?

Jack constató su desesperación.

—No sé. Quizá podría hablar con alguien que conozca a alguien... Pero sólo quizá.

—Bien. Eso es lo que necesitaba saber. ¿Cuándo crees que podrás caminar?

—A ciencia cierta, lo ignoro. La doctora asegura que en un par de días me retirará las muletas, pero no estoy seguro.

—¿La doctora?

—Sí. Natasha Lobanova. La que...

—¿Natasha? ¡Caramba! ¡Has caído en buenas manos! Nada que ver con el ogro de su padre. De acuerdo. Acelera tu recuperación tanto como puedas. Te necesito fuera, y estoy dispuesto a pagar lo que sea necesario.

—Pero ¿qué es lo que pretende?

En ese instante, Wilbur advirtió la cercanía de un enfermo que parecía prestar más atención de la conveniente.

—Ahora sería peligroso decirte más, pero en cuanto abandones el hospital, ve a verme a mi casa.

—¡Vamos, señor Hewitt! ¿De qué se trata? ¿Acaso no le parece peligroso lo que me ha sucedido?

—¿Te refieres a tu accidente?

—¡Ja! ¡Curiosa forma de denominarlo! Tal vez yo debería calificar su huelga como una pelea de patio de colegio ¡Por lo que más quiera! ¡Intentaron matarme! Un tal Anatoli Orlov aguardó a que me metiera bajo el tren de vertido y lo puso en funcionamiento.

—Lo siento, Jack. Desconocía ese extremo. Serguéi me aseguró que se había tratado de un accidente. Incluso me enseñó la declaración de algunos testigos en la que aseguraban que fuiste tú quien provocó el volcado del tren al destrozar el engranaje con una barra de hierro.

—Pero ¿no se da cuenta? Serguéi es quien lo ha preparado todo. Seguramente me ha internado para tenerme controlado mientras me acusa de sabotaje.

—Ese soviético sospecha de mí. Por eso debes salir cuanto antes. En cualquier caso, y respecto a ese Orlov, no creo que debas preocuparte. Según

parece, trabajaba para Serguéi, resolviéndole asuntos turbios. Era su mano derecha.

—¿Trabajaba? ¿Es que ya no lo hace?

—No creo que esté en condiciones.

—¿Por qué? ¿Qué le ha sucedido?

—Apareció muerto esta mañana en la nave de prensas, con la cabeza machacada. Dicen que fue un accidente. Como el tuyo.

Aunque Jack jamás hubiera pisado una prisión siberiana, imaginó que su régimen disciplinario no diferiría mucho del que le exigían en el hospital cada mañana.

Pese a haber sido rapados a su entrada, todos los días un enfermero revisaba las cabezas de los pacientes en busca de piojos para evitar que el tifus se propagara. Seguidamente, escoltaban a los que podían caminar hasta las duchas, y a los impedidos como él los aseaban un par de enfermeros vigorosos que les volteaban con los mismos miramientos que si descargarán sacos de patatas. Los apósitos se los cambiaban a diario, pero aunque aseguraban emplear un autoclave para desinfectarlas, Jack habría jurado que sus mudas procedían de los vendajes de una mortaja.

La carencia de medios contrastaba con la sofisticación de la maquinaria empleada en el Autozavod. Para construir automóviles, los soviéticos disponían de carísimas máquinas importadas, costosas fundiciones y una inversión inagotable, pero daba la sensación de que alimentar y cuidar a sus trabajadores parecía una cuestión secundaria. A juicio de Jack, ésa y no otra era la verdadera causa de la huelga que paralizaba el Autozavod, una huelga que amenazaba con encontrar culpables escondidos en cualquier rincón. Por esa razón necesitaba abandonar cuanto antes el hospital. En un primer instante se había planteado la posibilidad de escapar, pero al impedimento de su cojera debía añadir la vigilancia que ejercían los guardias de sala, cuya

pertenencia a la OGPU se había encargado de advertirle uno de sus vecinos de cama. ¿La alternativa?: presionar a Natasha Lobanova para que le facilitara el alta.

Decidió aprovechar el momento de la cura nocturna para insistirle. Aquella noche, la hija de Serguéi tenía guardia y parecía haberse sentado con ganas de charla. Sin embargo, por más que lo intentó, ella se mostró inflexible ante sus demandas.

Mientras observaba la cicatrización de la herida, Natasha le preguntó a Jack por América, y éste, acostumbrado a fascinar a sus interlocutores soviéticos con historias maravillosas, se lanzó a describir su país con la astucia de un zorro que rondara a una gallina.

—¿Debería conocerla! En sus ciudades, los edificios rozan el cielo iluminándolo con sus luces de neón; los coches son los dueños de las calles, y en las aceras la gente va y viene de comercio en comercio, disfrutando entre mostradores atiborrados de lo que uno desee: comida, bebida, tabaco, ropa, herramientas, gramófonos. Cualquier cosa que imagine, allí puede comprarla.

—¿Y si no tiene dinero?

—Pues haría por ganarlo. Con dinero es como se consiguen las cosas.

—Respóndame a una pregunta. ¿En esos mostradores venden dignidad?

—Levantó el apósito y aplicó una solución sobre la herida. Jack dio un respingo al sentir el picor del permanganato en la quemadura.

—¿Disculpe?

—Le preguntaba si en esos maravillosos almacenes de los que usted habla venden dignidad.

—No sé bien adónde quiere llegar, pero en cualquier caso, ¿de qué sirve la dignidad si uno no puede acompañarla de una comida digna? —Y señaló el plato en el que le habían servido un cazo de *sascha*, o la «asquerosa papilla de avena», como él prefería llamarla.

—Sirve para mirar a los ojos a las personas. —Le dedicó una mirada clara como el agua.

Jack carraspeó. Imaginó que la discusión se encaminaba hacia un terreno pedregoso.

—Seguramente, Natasha, a usted le resulte difícil imaginar los millones de hambrientos que, antes que una mirada digna, preferirían tener delante un

buen plato de lentejas.

—¿Y por qué no habría de imaginarlos? —Natasha se soltó un par de horquillas y su recogido se derramó sobre sus hombros en una catarata de cabellos rubios. A Jack le impresionó su seguridad.

—Dígame usted: cirujana joven, bien parecida, con un puesto de responsabilidad en el Autozavod y perteneciente a una familia que a buen seguro le habrá proporcionado estudios con todas las comodidades que tal situación conlleva. La verdad: no veo que sea la persona más indicada para ponerse en la piel de unos miserables que ni pueden elegir qué comer.

—¿Algún reproche más?

Natasha se retrepó en su silla adoptando una pose distendida que Jack no había visto antes nunca. Al cruzar las piernas, se las miró de reojo el tiempo suficiente como para perder el hilo de la conversación. Titubeó al intentar retomarla. Le desconcertaba que aquella joven le replicara con unos argumentos tan profundos. Tras unos segundos que se le antojaron minutos, recordó la pregunta.

—Pues quizá el que su puesto puede permitirle cualquier capricho: vivir en una buena dacha, vestir a la moda o comer un buen asado con pan blanco. Al menos eso es lo que hacen algunos de sus dirigentes.

—¿Sí? Veo que está mejor informado que yo. Nuestros dirigentes son personas honestas que...

—Como Viktor Smirnov. No sé si le conoce... —la interrumpió.

Nada más oír su nombre, el rostro de Natasha se endureció.

—Viktor y yo tenemos formas distintas de entender la vida.

—Le conoce, entonces. ¿Y de qué, si no es demasiada indiscreción?

—Lo es, aunque para no parecer descortés le responderé que, simplemente, a mí no me interesan los trajes de seda ni los vehículos deportivos. —En su rostro se dibujó un amago de sonrisa—. Pero hablemos de usted. —Hizo una pausa—. Si acudía al despacho de Wilbur Hewitt, supongo que será uno de esos ingenieros que cobran su jornal a precio de oro.

—¿Y qué hay de malo en ello? —Jack mostró un punto de presunción—. Al fin y al cabo, los soviéticos necesitan de nuestra ayuda, y nosotros se la prestamos.

—¿De qué forma? ¿Esquilmando un país que intenta salir de la miseria?

—No pretenderá que crucemos el océano por una muda y un plato de sopa.

—Podría ser... Hay personas que lo han hecho. Compatriotas suyos que se han establecido aquí para ayudar a construir un mundo más justo. Fíjese: por un instante, cuando antes me reprochó mi formación o mi situación laboral, pensé que ése podía ser su caso. Pero según parece, usted goza de los mismos privilegios de los que me acusa. De hecho, trabaja como ingeniero y por su aspecto no parece que esté pasando hambre. Sin embargo, hace unos momentos me ha tratado como si yo fuera una rica ilusa y usted un indigente revolucionario.

Jack enmudeció. Por un instante sopesó confesarle su verdadera situación, pero se contuvo. Pese a inspirarle confianza, sólo conocía de ella que era la hija de Serguéi.

—Mire, Natasha. —Se acercó hacia ella lo poco que le permitió su postura en la cama—. Usted no puede entender lo que personas como yo hemos padecido. Y mucho menos criticarlo. Le aseguro que me he ganado el derecho a disfrutar de hasta el último rublo que pueda pagarme su gobierno. —Y se levantó el pijama para mostrarle la quemadura.

—Quizá. Pero me da la impresión de que los rublos que consiga no solucionarán los problemas que acumula.

—¿Qué quiere decir? —Jack pensó que Natasha se refería a su intento de asesinato.

—Que usted cree que el dinero le solucionará todas sus cuitas.

—No lo creo. Lo sé.

—¿Y cómo puede estar tan seguro?

—Porque en cierta ocasión tuve una vida acomodada, y le puedo asegurar que en aquella época fui el hombre más feliz de la tierra. —Apretó los puños. Natasha lo advirtió—. Usted no puede imaginar lo que significa que a uno le arrebaten todo cuanto tiene, sin motivo, sin derecho a reclamar, sin compensaciones. Que todo por lo que ha luchado, todo lo que ha conseguido con su esfuerzo desaparezca de la noche a la mañana. —Empezaba a perder el control de sus emociones.

—Claro que puedo, Jack. Aquí estoy rodeada de gente que ni siquiera ha tenido la oportunidad de luchar por eso que usted dice que perdió.

—No me entiende. Yo no estoy hablando de personas desconocidas. Hablo de mí. De lo que me hicieron. Desde que tengo uso de razón me he deslomado para ser algo en la vida, y ahora que de nuevo lo estoy consiguiendo, aparece usted, una señoritinga protegida de su familia, pretendiendo darme lecciones de moralidad que...

Natasha se levantó sin dar tiempo a que Jack terminara su comentario.

—En fin, señor Beilis, quizá tengamos ocasión de continuar esta conversación en otro momento... Cuando hayan cicatrizado sus heridas.

Jack asintió sin prestar demasiada atención. Permanecía ensimismado, recordando los días en los que el hambre era su única compañera. De repente pareció recapacitar.

—Discúlpeme... No sé qué me ha ocurrido. Sí. Espero recuperarme pronto. Los bordes de la quemadura parecen estar cerrando y...

—No hablaba de su cadera. Me refería a las de su alma.

Durante los siguientes días, Natasha no apareció.

Al principio, Jack imaginó que su ausencia obedecía a la espinosa discusión que mantuvieron la última noche que ella le atendió, pero pronto se convenció de que aquella mujer jamás abandonaría a un paciente por un motivo tan fútil. Además, en la sala de convalecencia había comenzado a rumorearse que durante los enfrentamientos sobrevenidos tras la huelga, habían resultado heridos numerosos saboteadores que habían sido trasladados a los campos de trabajo, y que Natasha Lobanova se había desplazado para atenderlos. En cualquier caso, a Jack le preocupaba mucho, porque ella era la encargada de autorizar su salida del hospital.

En lo referente a la evolución de su herida, ésta mejoraba a diario. El dolor ya no era constante y, aunque cojeando, había comenzado a caminar con la ayuda de unas muletas. Las mañanas las dedicaba a practicar ejercicios de recuperación y a pasear por un pequeño jardín interior al que tenían acceso. Después de comer le practicaban las curas y a continuación empleaba el resto de la tarde en estudiar con ahínco alguno de los libros bolcheviques de la biblioteca, imaginando que conocer mejor a sus enemigos le permitiría aprovecharse de ellos. El último hojeado se titulaba *La economía y la política*

en la época de la dictadura del proletariado, un opúsculo escrito por Lenin, el padre de la Revolución soviética, que le había resultado tremendamente desconcertante. En él se propugnaba la abolición de toda propiedad privada, que, en representación de todos los trabajadores, pasaría a pertenecer al Estado.

Después de meditarlo un rato, Jack llegó a la conclusión de que aquellas ideas eran una barbaridad. Quizá fuesen apropiadas para una sociedad medieval como la antigua Rusia, en la que los grandes terratenientes trataban a sus empleados como esclavos, pero desde luego no era la situación de Estados Unidos. Allí, la crisis terminaría, y entonces su país volvería a ser una tierra rica llena de oportunidades, donde cualquier emprendedor que poseyese entusiasmo a raudales y dos centavos en el bolsillo podría construir su propio imperio si trabajaba con denuedo. Y obviamente, cualquiera en su sano juicio consideraría una injusticia que después llegara el Estado y le arrebatara a ese emprendedor cuanto hubiera conseguido.

Lo pensaba así porque se imaginaba a sí mismo regresando a América libre de amenazas de cárcel y con los bolsillos llenos, e inaugurando un taller de reparaciones que con el tiempo podría ampliar a una red más extensa. Desde luego eran sólo sueños, pero soñar era de las pocas cosas que aún podía permitirse en la Unión Soviética.

Leyó asimismo un volumen ajado sobre la igualdad entre hombres y mujeres, con el título de *Discurso sobre la emancipación de la mujer*, y quedó sobrecogido. Antes de eso, nunca se había detenido a pensar sobre el particular. Las mujeres eran mujeres, y parecían felices desempeñando su papel de madres y esposas. Y no es que él se opusiera a que las mujeres trabajaran fuera de casa: en Estados Unidos había limpiadoras, secretarias, telefonistas o maestras, y a él le parecían ocupaciones apropiadas para ellas. Lo que sucedía era que nunca se había planteado la posibilidad de que las mujeres pudiesen desempeñarse adecuadamente trabajando como mineras, conductoras de ferrocarril, aviadoras o directoras de hospitales. Sin embargo, en Rusia, casos como el de Natasha Lobanova, o el numeroso contingente femenino que desempeñaba los mismos trabajos y con idénticos sueldos que el resto de los operarios del Autozavod, le demostraban lo contrario. Al observar sus resultados, Jack no sólo hubo de coincidir con Lenin en la

conveniencia de otorgar a las mujeres los mismos derechos que a los hombres, sino que además le sorprendió el hecho de que los soviéticos hubiesen popularizado tan rápida y eficazmente unos principios que, pese a la obviedad de su justicia, nunca antes se habían aplicado en ningún país.

Pensó que quizá alguno de aquellos descubrimientos pudiera sacarle de algún apuro. Pidió papel y lápiz, y se dedicó a escribir todos los asuntos que le llamaban la atención, incluidos aquellos con los que discrepaba. La lista fue creciendo, al tiempo que su interés por algunos aspectos de la Revolución.

El último libro que cayó en sus manos fue una reproducción del discurso pronunciado por Lenin en la Universidad Sverdlov, en el que se analizaban las relaciones de poder que habían ido conduciendo a las distintas sociedades a lo largo de la historia.

Lo leyó con desgana. A Jack nunca le había interesado la historia, pues las cosas del pasado pasadas estaban. De hecho, lo único que recordaba de sus tiempos en la escuela era que los Estados Unidos de América se habían formado el 4 de julio de 1776 y que tras la guerra de Secesión se había abolido la esclavitud. Sin embargo, el discurso de Lenin exponía situaciones que nunca antes había considerado, como por ejemplo constatar que, independientemente de la época o el tipo de gobierno que se contemplase, quienes habían ocupado el poder siempre lo habían ejercido en beneficio propio.

No volvió a leer más. La ausencia de Natasha le inquietaba.

Por fin, la joven doctora apareció una semana después, con sus trenzas rubias anudadas sobre su cabeza y un simulacro de sonrisa que resultaba insuficiente para maquillar el cansancio del rostro. La joven apenas si le devolvió el saludo a Jack cuando procedió a retirarle el vendaje de su cadera. Tan sólo comprobó que el agujero de la quemadura continuaba cerrándose. Jack imaginó que su silencio respondía a la discusión que habían mantenido la última vez que se vieron y se excusó por ello.

—No se preocupe. No es culpa suya. Es sólo que estoy agotada. La herida está cicatrizando bien y no presenta signos de infección. ¿Usted qué tal se encuentra?

—Mucho mejor. Apenas me duele y ya camino sin muletas —mintió.

—Supongo que estará deseando recuperarse. —Terminó de vendarle la cadera. Jack se dejó abrazar—. Bien. —Se separó al dar por concluido el vendaje—. Mañana por la mañana firmaré su alta. Le prescribiré una serie de ejercicios que le ayudarán en su recuperación.

—Aguarde. No se vaya aún. Quería preguntarle...

—¿Sí?

—Es sobre estos libros. —Se los mostró—. He estado leyendo, y la verdad, debo reconocer que no todo son patrañas.

—¡Vaya! Eso sí que es una mejoría.

—Sin embargo, hay ciertos aspectos que no entiendo. Según Lenin, hubo un tiempo en el que reyes, emperadores, tiranos, obispos, nobles y dictadores unieron sus fuerzas para aumentar sus riquezas y privilegios a costa de aquellos a los que sometían, pero afirma que esos tiempos acabaron con la Revolución francesa.

Las palabras de Jack parecieron ejercer de calmante en el rostro fatigado de Natasha.

—Así es. Hasta entonces, el pueblo estaba preso de su propia incultura, pero Voltaire, Diderot y D'Alembert crearon la *Enciclopedia*, un compendio del saber que cuestionaba la autoridad política y religiosa, y que junto a los tratados de Descartes fueron la yesca que prendió en un pueblo harto de pobreza y opresión.

—Sí. Eso relata. Por primera vez, la plebe unida derrocaba a los esclavistas que la habían tiranizado para adueñarse de su propio destino. Pero entonces, ¿cómo es posible que tras una conquista tan grande, los tiranos volvieran a dominar el mundo?

—Por la ambición y el egoísmo, Jack. Como si de gérmenes se tratara, los explotadores volvieron a unirse. Medraron, manipularon y prosperaron, encontrando su perfecto caldo de cultivo en la revolución industrial. Y como gérmenes, infectaron la sociedad vestidos de burgueses, creando fábricas, monopolios y bancos cuyo último propósito consistía en apoderarse de nuevo del poder y la riqueza, mientras el resto de la humanidad, presa de sus tentáculos, volvía a quedar esclavizada. Finalmente, los Estados, incluidos los que se autodenominaban democráticos, se convirtieron en los cómplices ideales para apoyar y mantener ese obscuro reparto de poder: todo para unos

pocos, y nada para el resto. Es triste, ¿verdad?

Jack asintió sin saber bien lo que hacía. La convicción de Natasha era tan inmensa que por un momento se sintió atrapado en sus redes. Intentó reaccionar.

—Pero si no hubiera empresarios, ¿quién nos daría el trabajo?

—Nadie. Por esa razón era preciso que un nuevo Estado revolucionario se adueñara de los medios de producción y destinara sus rendimientos a los propios trabajadores.

Jack guardó silencio. No le cabía duda de que en algunos aspectos, Natasha decía verdades como puños. Sin embargo, después de palpar de cerca las terribles condiciones de vida del pueblo soviético, tampoco le cabía duda de que ningún americano habría emigrado a la Unión Soviética, de haberlas conocido de antemano.

—¿Volverá para la cura de esta noche? —fue lo único que se le ocurrió decir.

—No. He tenido unos días muy ajetreados y necesito un descanso, pero me sustituirá el doctor Dimitrenko. Si necesita algo, él podrá...

—¿Y mañana por la noche?

—¿Mañana? Pero si mañana ya no estará aquí.

—Pero tendrá usted que cenar, supongo.

—¿Trata de coquetear conmigo? —Sonrió.

—¡Por supuesto que no! —bromeó—. En realidad, sólo pretendía continuar esta conversación para impulsar un mejor entendimiento entre la Unión Soviética y Norteamérica.

—¡Caramba, Jack! Me alegra que se preocupe por fomentar las relaciones diplomáticas entre nuestros países. —Volvió a sonreír. Calló por un instante, como si de repente considerara la invitación de Jack, pero inesperadamente congeló su sonrisa y se levantó—. Lo cierto es que no me importaría cenar con usted y charlar un rato, pero no creo que eso sea posible.

—¿Y por qué no? Usted tendrá que cenar, y en mi casa puedo preparar unas viandas estupendas.

—Pero entonces, ¿no se ha enterado? Pensé que le habrían informado mis compañeros. —Su rostro se ensombreció.

—¿Enterarme? ¿De qué?

—No debería ser yo quien se lo dijera, pero... Lo siento, Jack. El motivo por el que le he adelantado el alta no es por la mejoría de su herida. Es porque mañana van a enviarle preso a un campo de trabajo.

Se cumplía su tercer día de detención en la zona uno del Ispravdom y Jack aún ignoraba por qué le habían encerrado. Lo único que había averiguado a través de uno de sus carceleros era que en aquel lugar custodiaban a otros doscientos cincuenta presos políticos, separados de los tres mil quinientos reclusos comunes que subsistían en el campo de trabajo. Imaginó que a él lo debían de considerar el peor de todos, pues desde su ingreso había permanecido en régimen de aislamiento, sin recibir más atención médica que la inspección ocular que le practicó un enfermero a su llegada.

Se incorporó para caminar los tres pasos que le permitía la longitud de su celda, un cubículo del tamaño de una caja de zapatos en cuyas paredes carcomidas por la humedad se apreciaba el punto donde habían tapiado una ventana. Por todo ajuar, disponía de un jergón, una manta y un cubo en el que aliviarse, además de la palangana de agua helada que le entregaban por las mañanas junto con algún periódico atrasado.

Volvió a sentarse para contemplar el cazo de *chai* que le habían proporcionado para desayunar. En lugar de té, aquella bazofia sólo podía catalogarse como un par de cucharadas de puré de harina de cebada disueltas en agua sucia, pero apuró hasta la última gota. Luego se apretó el estómago, a la espera de que a mediodía le suministraran el consabido plato de *valanda*, con la esperanza de que la sopa de verduras le alimentara más que las gachas de avena con arenques que la noche anterior le habían hecho vomitar.

Recordó a Natasha. Por un lado le costaba imaginar que estuviera involucrada, pero por otro, no podía evitar desconfiar de la hija del hombre que le había encerrado.

El sonido del cerrojo le alertó. Antes de que abrieran, se incorporó hasta la posición de firmes. Al enderezarse, la cadera le atormentó. Tras la puerta apareció un guardia uniformado que con la compasión de un matarife lo conminó a que lo siguiese. Después de obligarle a que se aseara en los baños comunes, le condujo a un patio al aire libre en el que paseaba un grupo de prisioneros rusos a los que aún no habían adjudicado un trabajo dentro del correccional. Todos presentaban un aspecto famélico y se rascaban como si les comieran los piojos. Jack cojeó hasta un rincón donde encendió una *papirosa* y le dio una calada. Nada más hacerlo, un detenido con la cabeza rapada y grandes ojeras se le acercó y le pidió un cigarrillo. Jack examinó al tipo un instante. Luego extrajo el paquete que le habían permitido conservar y dejó que se apropiara de uno.

—¡Extraña vestimenta, amigo! —Le palpó la hombrera de la chaqueta—. ¿Extranjero?

Jack afirmó con la cabeza. No tenía ganas de conversación, pero era la primera persona que le dirigía la palabra y pensó que podría conseguir alguna información.

—Americano.

—Yo, ucraniano, de Odesa. ¿Por qué te han encerrado? ¿Por lo del Autozavod? —Se sentó a su lado.

—Ojalá lo supiera. ¿Dónde estamos? Me trajeron de noche en un furgón y lo único que sé es que es un campo de trabajo.

—Así es como lo llaman, pero es un campo de esclavos. Detienen a gente, la sacan a diario a desbrozar campos y a la noche vuelven a encerrarlos. Así hasta que los enjuician, y entonces, a Siberia, a reventar como cucarachas.

—Y tú, ¿por qué estás aquí?

—Ven. —Lo cogió del brazo—. Alejémonos de los altavoces. Escuchar cada día las mismas arengas acaba por atontarte.

Jack se dejó conducir. Mientras caminaban hacia el extremo más alejado del patio, el recién llegado se presentó como Kuzmin, un minero de la cuenca

del Donbáss al que habían expulsado del Partido Comunista por planificar actividades contrarrevolucionarias.

—Eso es de lo que me acusan, pero en realidad sólo protesté contra sus métodos explotadores.

A Jack no le interesó demasiado, pero Kuzmin parecía incapaz de permanecer callado. Le explicó que en su antigua ocupación, todos los mineros tenían un sueldo estándar que podían incrementar según el rendimiento de su trabajo. A más carbón extraído, mayor bonificación.

—Parece justo que gane más el que más se esfuerce —contemporizó Jack, y se calentó los pulmones con una calada profunda.

—¡Desde luego! El problema vino cuando algunos desesperados se mataron a trabajar y en lugar de las siete toneladas diarias, que era la media estipulada, extrajeron hasta cien toneladas de carbón por jornada.

—Si trabajaron como animales, veo normal que los recompensaran.

—No lo entiendes. Las autoridades de la explotación concluyeron que si algunos hombres eran capaces de picar cien toneladas, el resto de los mineros deberían extraer un mínimo de cuarenta si querían que su sueldo se mantuviera. Cuando yo y mis compañeros protestamos por el incremento de trabajo sin ningún tipo de compensación, fue cuando nos detuvieron.

—Ya... Visto desde esa perspectiva, sí que os hicieron polvo. ¿Y qué haces aquí, tan lejos de Ucrania? —Pensó que tal vez Kuzmin poseyese información de utilidad. Le ofreció otra *papirosa* para que siguiera soltando la lengua. Cuando la aceptó, observó que le faltaban tres dedos de una mano.

—Me tienen a la espera de juicio. —Besó el cigarro y se lo guardó en un bolsillo—. A mis compañeros los juzgaron de inmediato y los encerraron en el correccional de Odesa, pero a mí me trajeron a Gorki. Estoy convencido de que acabaré fusilado.

—¿Tardan mucho en celebrarse los juicios?

—Lo que esos cabrones quieran. Aquí hay gente que lleva esperando un año, aunque lo normal son tres o cuatro meses. Depende de si quien lleva tu caso es un tribunal popular, o la condenada OGPU —Kuzmin advirtió que al oír la mención a la policía secreta, Jack se sobresaltaba—. ¿Han sido ellos? Entonces, malo...

—¿Malo? ¿A qué te refieres?

—A que ni siquiera tendrás juicio. Nadie controla a la OGPU, ¿me oyes? ¡Nadie! Tendrás suerte si sales vivo.

—Pero si ni siquiera sabes de qué me acusan.

—Mira, lo siento pero no puedo seguir hablando contigo. Los prisioneros de la OGPU no traen más que problemas. Si quieres un consejo, cuando te interroguen nunca cuestiones sus leyes ni sus métodos. Al contrario, aprovéchate de ellos. Los policías de la OGPU trabajan como autómatas, siguiendo al pie de la letra las leyes soviéticas. Si encuentras la forma de acogerte a sus propias leyes, no te tocarán hasta que lo consulten con Moscú, y entretanto, ganarás meses de vida. Al final acabarán condenándote de todos modos, pero mejor pasar tres meses en Gorki, arando la tierra, que picando piedras en un gulag siberiano. Suerte, y gracias por los cigarrillos.

Tras una hora de paseo en solitario, un nuevo guardia le condujo hasta la enfermería, donde fue auscultado por un médico que le interrogó sobre el origen de su cojera. Jack recitó las mismas respuestas que había dado a su ingreso. Cuando el médico se dio por satisfecho, le administró unos polvos para la herida y le ordenó que aguardara en una salita contigua. Él esperó sobre la única silla de la estancia hasta que, pasada una media hora, se abrió la puerta y apareció Natasha Lobanova. Nada más verla, Jack se levantó, pero ella le indicó que continuara sentado.

—¡Natasha! ¿Qué hace usted aquí?

—Intento no abandonar a mis pacientes. ¿Cómo se encuentra?

—¿Usted qué cree? —le espetó Jack—. ¿Ha sido su padre?

—No le comprendo...

—Le pregunto que si ha sido Serguéi quien ha ordenado que me encierren. No sé por qué estoy aquí, ni de qué se me acusa, ni cuándo van a soltarme. Varios presos me han comentado que si la OGPU detiene a alguien, ya puedes darte por condenado.

—La verdad, desconozco las circunstancias que han podido rodear su detención. Jamás me entrometo en los asuntos de mi padre, pero puedo asegurarle que él es un hombre honesto, y...

—¿Sí? Pues cuando le vea, dígame que, *honestamente*, ha encerrado a un

hombre por el único delito de llamar las cosas por su nombre.

—Mire: no he venido con la intención de discutir. Pensé que le agradaría la visita, pero si prefiere que me marche, encargaré su cuidado a otro médico.

Jack la miró mientras ella aguardaba su respuesta. No sabía a qué se debía, pero había algo en la actitud de Natasha que le resultaba conciliador. Se desprendió muy despacio de la venda y permaneció en silencio. Ella deslizó los dedos por el borde de la herida, presionando apenas la piel.

—O sea, que está usted aquí por decir verdades —dijo Natasha.

—Ya le he dicho que no sé por qué me han encerrado. Lo único cierto es que al día siguiente de asegurar a su padre que estaba deteniendo a los trabajadores equivocados, cayó sobre mí una tormenta de hierro fundido. ¡Uff! —se quejó al tratar de moverse.

—¿Y piensa que está relacionado? —Se interrumpió en su tarea—. Quiero decir... ¿Cree que mi padre está detrás de ese incidente?

—¿Quién si no?

—No sabría qué responderle, pero conozco bien a mi padre. Debe tener paciencia. —Dio por concluido el examen—. Si de veras es usted inocente, saldrá de aquí por sus propios medios.

Jack no pudo evitar cierto rezongo. De la respuesta de Natasha, la única conclusión que extraía era que había quienes no salían por sus propios medios. La joven se disponía a marcharse cuando él se levantó y la sujetó por la muñeca.

—Natasha, ¿por qué se interesa por un delincuente extranjero? —Su rostro limpio carecía de cualquier atisbo de maldad.

—Supongo que no tiene aspecto de delincuente. Además, ha asegurado que sólo está aquí por decir verdades, ¿no? —sonrió ella, dejando que Jack le mantuviese cogida la mano.

—Mire. Le aseguro que agradezco su presencia, pero necesito que de una vez por todas alguien me cuente la verdad. ¿Por qué insiste en visitarme?

Natasha enmudeció mientras lo miraba sin parpadear a los ojos.

—Sinceramente, Jack: me apena usted. —Se soltó de su mano—. No se lo tome a mal. Lo que quiero decir es que me apena que esté usted aquí sin nadie cerca. Que no tenga ningún familiar que se ocupe de usted.

Jack sintió el remordimiento aferrado a su estómago. Pese a haberle

manifestado lo contrario días antes, decidió revelarle su situación personal. Natasha le escuchó en silencio. Cuando supo que Jack había entrado en la Unión Soviética como un hombre casado, su vista se clavó en las baldosas de la celda.

—¡Vaya! De modo que el hecho de vivir en una casa era porque tenía esposa —dijo sin levantar la mirada—. ¿Y..., y también tiene hijos?

—¡Perdón! No me he explicado bien. En realidad, ni siquiera tengo mujer. Quiero decir que nuestro matrimonio obedeció a una terrible confusión. De hecho, ya cursé la demanda de divorcio —se apresuró a aclararle.

—Ya. En fin. A veces todos nos confundimos. Yo la primera. —Y sin más dilación se despidió con un suspiro de voz y salió por donde había venido.

Aquella noche Jack apenas si durmió. Le alegraba haber visto a Natasha, pero le inquietaba que fuera hija de la persona que parecía manejar las cuerdas de su incierto destino. Antes de irse, le había pedido que avisara a su amigo Andrew, y ella se había comprometido a hacerlo. El sonido de una explosión lejana le alertó. Al parecer, los disturbios aún continuaban. Se abrigó con la manta raída y aguardó a que amaneciera.

El bramido del carcelero hizo que Jack diera un respingo y abandonara la lectura del periódico *Izvestia*, para colocarse, tal y como acababan de ordenarle, en posición de firmes.

—Tienes visita —le anunció.

Jack avanzó a través del corredor que conducía a la sala de comunicaciones, imaginando que su amigo Andrew habría recibido el recado. Sin embargo, cuando los cerrojos de la puerta se descorrieron, se sorprendió al encontrarse con Sue, de pie, enfundada en un abrigo raído. Tras unos segundos de estupor, Jack se sentó junto a ella en un banco, bajo la atenta mirada del guardia que los estaba vigilando. Le preguntó cómo había conseguido acceder al correccional.

—Aún soy «tu mujer», ¿recuerdas? —Y le mostró el certificado falso de matrimonio.

Jack carraspeó. Le contrariaba que, aunque el divorcio estuviera pendiente de resolución, ella insistiera con una copia falsificada que podía colocarlos en un apuro. Sin embargo, no se encontraba en disposición de escoger qué visitas recibir, y en aquel momento Sue era su único contacto con el exterior. Obvió el asunto del matrimonio y le preguntó por qué no había venido Andrew.

—Cuando desapareciste del hospital cundió la alarma en el poblado. Los que creían que simpatizabas con los rusos no se preocuparon, pero Andrew intentó localizarte. Ya sabes que ahora trabaja para la OGPU —dijo, pavoneándose un poco.

—Sí. Lo sé. Pero ¿por qué no ha venido él?

—Deseaba hacerlo, pero no quería arriesgarse a que lo vinculasen con alguien acusado de contrarrevolucionario. En realidad, no tiene ni idea de por qué te han detenido, aunque cree que podrías estar acusado de «enemigo de los trabajadores».

—¿Y eso qué significa?

—¿No has leído el Código Penal soviético?

—No. ¿Debería haberlo hecho?

—Andrew me pidió que te trajera éste. —Lo sacó de una talega—. Creo que a él se lo dio una doctora. Ten. Es la edición de 1927. Lo estuvimos hojeando anoche, pero no entendimos casi nada porque está en ruso. A ver, espera, que lo busco... —Abrió el volumen con nerviosismo en busca del separador de papel en el que había apuntado algo—. Sí. Aquí está: artículo 58.1. «Se declara acción contrarrevolucionaria cualquier acto destinado a destruir, debilitar y sustituir el poder de los trabajadores». Dice más cosas, pero éste es el párrafo que nos han traducido.

Con la aquiescencia del guardia, Jack cogió el volumen y le echó un vistazo. Comprobó que, además de lo referido por Sue, en el artículo 58.7 se hacía mención expresa a los sabotajes a la industria, y en el 58.9, a los daños. Le sorprendió comprobar que los dos delitos estaban castigados con la pena de muerte.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, al verlo empalidecer.

—Sí, sí —carraspeó levemente—. ¿Y vosotros?

—Vamos tirando. Andrew parece contento con su nuevo cargo. Dice que

los rusos le tienen en consideración, y está pensando en afiliarse al partido porque quizá así nos cambien la cartilla de racionamiento por otra con más alimentos.

—Oye, Sue... En realidad, todo esto obedece a una confusión. Si pudiera hablar con Andrew, seguro que él podría...

—Ya te he dicho que no puede venir. Cuéntame a mí lo que sea y ya se lo digo yo a él. —Miró de reojo al guardia, como si temiera que comprendiese lo que estaban hablando.

Jack sacudió la cabeza. Le disgustaba implicar a Sue en sus problemas, pero comprendió que no le quedaba otro remedio. Le reveló que Wilbur Hewitt le había contratado para investigar los sabotajes que asolaban el Autozavod y que en el transcurso de sus investigaciones había descubierto que se estaba deteniendo a americanos mediante falsas acusaciones.

—Dile a Andrew que ande con cuidado. Estoy convencido de que Serguéi Loban, el responsable de la OGPU, está detrás de todo —le susurró.

Sue tosió al escucharlo.

—¿Loban? Pero si Loban es el jefe de la OGPU.

—Tú díselo.

—De acuerdo. Se lo comentaré, pero no sé cómo podrá ayudarte. Al fin y al cabo, él es un recién llegado.

—¡Por Dios! Tenéis que sacarme de aquí. Si no es a vosotros, ¿a quién voy a acudir?

—¡Jack, recapacita! Andrew es sólo un ayudante. ¿Qué quieres? ¿Que nos detengan a todos? Andrew dice que en noviembre abrirán la embajada americana en Moscú. Quizá ellos puedan...

—¡Dicen, dicen!... Llevan con ese rumor desde que Roosevelt ganó las elecciones en marzo. —Aporreó la mesa. Además, aunque se establecieran relaciones diplomáticas, él no podría recabar ayuda de la embajada porque en América lo buscaban por asesinato.

—Bueno. No te preocupes. Encontraremos el modo de sacarte. En fin, tengo que irme —dijo Sue, al advertir la indicación del guardia para que acabase—. Debería darte un beso, o al vigilante le parecerá extraño.

Jack accedió, con la mente en otro sitio. Cuando ella le besó, él se sorprendió.

—Cuídate —dijo Sue.

—Sí. Vosotros también. Dale las gracias a Andrew por el Código. ¡Y recuérdale que hable con Hewitt! Quizá él logre socorrerme.

Después de que Sue desapareciera, Jack pensó que nunca escaparía con vida de aquel campo de trabajo.

Jack jamás olvidaría la noche en la que, sin mediar palabra, un par de guardias soviéticos entraron en su celda y lo sacaron a rastras hasta el mismo coche negro en el que unas semanas antes le habían arrancado del poblado americano. Aunque preguntó adónde lo conducían, ninguno de los escoltas le contestó. Se limitaron a meterlo en el asiento trasero y se situaron uno a cada lado. Mientras el conductor hacía avanzar el vehículo por las oscuras calles de Gorki, Jack recordó las siniestras historias que circulaban por el *Ispravdom* sobre los paseos nocturnos que los detenidos políticos sufrían de tanto en tanto. Según aseguraban, los cogían en medio de la noche, los montaban en un coche que se perdía en la lejanía, y un fogonazo era lo último que veían. Al imaginar lo que le esperaba, se le encogió el corazón.

Conforme el vehículo se adentraba en el bosque y las luces de la ciudad desaparecían, el temor de Jack se acrecentó. Desconocía dónde se detendrían, o si habría más personas esperándole, pero aguardar podría resultar fatal. Pese a estar esposado y escoltado por dos hombres, presumiblemente armados, se dijo que debía intentar escapar. Él era fuerte. Si atacaba a sus guardianes en el interior del vehículo, el conductor no podría ayudarlos. Quizá dispusiera de una oportunidad.

Miró a sus captores. El de su izquierda parecía el más fuerte. Le golpearía en primer lugar con las esposas y acto seguido se enfrentaría al de su derecha antes de que lograra detenerle.

En el instante previo a su ataque, sintió cómo su cuerpo se cubría de sudor. El vehículo continuaba la marcha mientras Jack retrasaba el primer golpe, a la espera de un momento adecuado que parecía no llegar nunca. Supuso que palpaba la cercanía de la muerte y no quería adelantarla. Pese a no considerarse creyente, se encomendó a Yahvé. Inspiraba con fuerza antes de asestar el primer golpe cuando de repente el coche frenó en seco hasta detenerse al filo de un abismo, junto a una caseta abandonada donde aguardaban otros dos hombres con linternas en las manos. No tuvo ocasión de reaccionar. El escolta de su derecha le agarró por el hombro y lo arrastró fuera del vehículo como si fuese un saco de desperdicios mientras el haz de una linterna le enfocaba hasta cegarle. Jack se protegió los ojos para identificar a sus enemigos pero no lo consiguió. De pronto, los soviéticos se apartaron y lo dejaron solo frente a la silueta de un hombre cuyo pelo canoso le resultó familiar.

—Buenas noches. —La voz de Serguéi Loban reverberó en el silencio de la noche.

—Lo serán para usted. —Si iban a matarle, sobran los formalismos.

—Jack, Jack... —Paseó alrededor del joven—. He de tomar una decisión complicada y me gustaría que me ayudaras a hacerlo.

—¿Qué tipo de decisión? ¿Pegarme un tiro o arrojarme por el barranco? —Y escupió al abismo sobre el que se asomaba el vehículo. Al decirlo, le pareció advertir que Serguéi sonreía.

—¡Pero qué dramáticos sois los americanos! Vosotros dos, alejaos —ordenó a sus hombres—. Verás. Mi dilema es muy fácil, al igual que espero lo sea el tuyo. Sólo necesito saber si estarías dispuesto a volver a tu antiguo trabajo.

Jack desconfió al escuchar la sorprendente propuesta de Serguéi. Le resultaba imposible creer que le hubiera sacado a rastras de la prisión para decirle en medio de la noche que de repente todo se había arreglado.

—¿Es una broma? —acertó a decir.

—Nunca bromeo —respondió con gesto serio—. Ahora escucha con atención. Te propongo que regreses a tu puesto como si nada hubiera sucedido. Si aceptas, deberás mantener esta conversación en secreto. Podrás contar que te detuvimos por error y que ante la inminente llegada del

embajador William C. Bullit, decidimos soltarte.

Jack miró a su alrededor. Los fusiles de los esbirros de Serguéi relucían en la oscuridad. Si intentaba escapar, lo acribillarían antes de dar un paso. Fuera cierta o falsa, esa oferta era su única opción, por lo que no le perjudicaría mostrarse curioso.

—¿Y cuál será mi trabajo? ¿Esperar que me atropelle un camión o que me aplaste en su caída una viga de hierro?

—Te garantizo que nada de eso va a suceder. Un hombre de confianza te escoltará todo el tiempo.

—¿De confianza, como Orlov?

—Olvida a Orlov. Te asignaremos a alguien más competente. La única diferencia con tu trabajo anterior consistiría en que, en lugar de trasladar tus descubrimientos directamente a Wilbur Hewitt, deberás reportármelos a mí, en exclusiva.

—¿Y por qué ese secretismo?

—Tenemos razones para sospechar de él. Por lo visto ha utilizado su cargo para desviar fondos soviéticos en su beneficio.

Jack recordó la conversación que había mantenido con Hewitt en el hospital. El ingeniero le había expresado su temor ante la posibilidad de que a él también le acusaran.

—¿Y qué le hace pensar que voy a traicionar a un compatriota?

—Jack, Jack... Tú siempre tan suspicaz. ¿Por qué no lo consideras de otro modo? Si tus investigaciones confirman nuestras sospechas, estaríamos hablando de un estafador que merece un castigo. —Paseó a su alrededor—. En cambio, si tus descubrimientos descartan la implicación de Hewitt en los sabotajes, habrás contribuido a que su honor quede a salvo.

Jack simuló meditar. Precisaba ganar tiempo.

—Pero si no informo a Hewitt, creerá que no hago el trabajo y perderé mi sueldo —debía mostrar preocupación para aparentar credibilidad.

—Pues inventa averías, elabora hipótesis, propón mejoras. Entretenle el tiempo que puedas. Eres un tipo listo. Seguro que no tienes problemas para conseguirlo.

—Hewitt también lo es. Tarde o temprano descubrirá el engaño y entonces me despedirá.

—Bueno. Siempre podrás continuar trabajando en el Autozavod como operario cualificado.

—¿Con el ruinoso jornal que ganan mis compañeros?

—Peor estabais en América. Además, tú traficas con alimentos, ¿no?

Jack enrojeció.

—No..., no sé de qué me habla. El contrabando está prohibido, y...

—Ya... Hablo de las costillas que te suministra Miquel Agramunt y que un empleado tuyo vende en el poblado americano. Ya te dije que los soviéticos no somos estúpidos, Jack. Si he permitido ese asqueroso comercio ha sido por contener el descontento que la hambruna podría provocar en tus compatriotas. —Volvió a pasear—. Bien. Si aceptas mi propuesta, ocurra lo que ocurra con Hewitt, seguirás trabajando para mí y haré la vista gorda con tu negocio de contrabando. Es más: incluso podría autorizar que vendieras tus productos en el economato del poblado. Al fin y al cabo, todos sois capitalistas, de modo que la forma en la que os estaféis los unos a los otros no es asunto mío.

—¿Y si me niego? —se atrevió a preguntar Jack.

—No creo que estés en condiciones de negociar. —Le hizo un gesto para que se fijara en las armas que le apuntaban. Jack las contempló.

—No me asustan sus bravuconadas.

—Ya... Quizá a ti no, pero no querrás que tu «esposa» y tu amigo acaben como tú, tirados en un barranco.

—¡Cabrón malnacido! —Jack hizo ademán de golpear a Serguéi, pero un culatazo en la espalda lo detuvo.

Serguéi se inclinó sobre Jack mientras éste permanecía arrodillado, intentando no desmayarse por el dolor.

—Por favor, Jack... No me obligues a comportarme como un bárbaro... Decide ya lo que prefieres. ¿Trabajar para mí o compartir un tiro con tus amigos?

Jack blasfemó. Después de aceptar la propuesta de Serguéi, comprendió que había pactado con el mismísimo diablo.

Cuando los cuervos lo apearon en la travesía central del poblado americano,

Jack exhaló un suspiro de alivio. Esperó a que el coche negro desapareciese en la lejanía y sólo entonces aferró su petate. Luego se dio la vuelta cojeando y se encaminó hacia su vivienda. Para su sorpresa, encontró a Yuri en la escalerilla, sentado a la intemperie y enfundado en un abrigo de pieles que le confería el aspecto de un oso agazapado. Al principio el ruso le dio el alto, pero nada más reconocerle emitió un rugido de alegría que se transformó en una risotada cuando Jack le invitó a que le siguiera para echar un trago. Él también lo necesitaba, y la media botella de vodka que reservaba para los grandes momentos apenas les duró un asalto. Finalmente, ya entrados en calor, conversaron sobre lo sucedido en su ausencia.

—Mi tío Iván me ordenó que siguiera vigilando la casa por si no estabas mucho tiempo preso. Tiene contactos hasta en el infierno, y cuando se enteró de que te habían encerrado en el Ispravdom, supuso que no corrías demasiado peligro.

—¡Caramba! ¿Y por qué lo dedujo? —preguntó intrigado.

Yuri apuró su vaso y sonrió.

—Porque los otros americanos que desaparecieron jamás pisaron el Ispravdom. Simplemente se esfumaron.

Cuando Yuri se despidió, Jack deambuló por las estancias de su vivienda con la sensación de encontrarse en un palacio. Comprobó que todo estaba conforme lo había dejado: los informes en su sitio, los alimentos en la despensa, los libros apilados y los muebles ordenados. Incluso las herramientas que habían quedado desperdigadas sobre el suelo del cobertizo cuando le detuvieron permanecían desordenadas junto al Buick.

Le resultó imposible conciliar el sueño. Se mantuvo sobre la cama con los ojos abiertos, como si los párpados se hubieran soldado a sus cuencas, mirando a oscuras el techo de la habitación. No comprendía nada. No entendía por qué le habían detenido y menos aún por qué le habían liberado. No se explicaba por qué Natasha Lobanova había demostrado tanto interés por él. Ni siquiera alcanzaba a imaginar cómo era posible que aún conservara aquella estupenda casa en la que nadie había entrado para mover ni un solo cuadro. No encontró respuesta. Cerró los ojos e intentó descansar, pero sólo consiguió dar tumbos sobre la cama. Finalmente, los débiles rayos de sol que penetraban por la ventana le avisaron de la llegada de una nueva jornada.

Aunque le costara, tenía que levantarse. Su trabajo de traidor le aguardaba en el Autozavod.

Wilbur Hewitt se incorporó del sillón de su despacho sin dar crédito a lo que escuchaba. Sin embargo, en lugar de mostrarse receloso, abrazó a Jack como si acabara de recuperar a un hijo que volviera de la guerra. El ingeniero le aseguró que había intentado liberarle por todos los medios a su alcance.

—Pero resultó imposible. Hasta me prohibieron que te visitara —dijo compungido.

—Le aseguro que no se ha perdido nada en ese sitio. —Jack disimuló su incomodidad.

—¡Te advertí que lo olvidases! —vociferó como un energúmeno—. Te lo dije: nosotros no olemos el culo de los rusos y los rusos no nos lo huelen a nosotros... En fin. Lo importante es que ya estés de vuelta. ¿Y dices que el propio Serguéi reconoció que todo se debía a un error? ¡Es inconcebible! Pero bueno. Al menos te han soltado. ¿Qué tal llevas la herida?

—Mejora despacio. Por cierto: ¿qué era aquello que quería contarme? En el hospital le noté muy nervioso —intentó averiguar si la preocupación de Hewitt tenía que ver con los recelos de Serguéi.

—¡Shhh! ¡Baja la voz! —le susurró, y le señaló un altavoz como si el artilugio tuviera la capacidad de escucharlos—. No sé si te lo había comentado antes, pero además de leer el *New York Times*, disparar es una de mis aficiones favoritas —exclamó, alzando el tono a propósito—. ¿Sabes disparar?

—No.

—¿Ni siquiera un revólver? ¿Y tú te llamas americano? No importa —dijo casi gritando—. Yo te enseñaré. Pasado mañana inauguran el campo de tiro, así que serás mi invitado. Te parecerá algo frívolo pero habrá un buen banquete, y en estos tiempos de carencias, no hay que desaprovechar ciertas ocasiones. —Hizo una pausa y a continuación se acercó al oído de Jack para susurrarle—: Intenta aparentar normalidad. Quizá, tras la celebración encontremos el momento de hablar sin levantar sospechas.

Al escuchar a Hewitt, Jack recordó que Viktor Smirnov pretendía acudir a

la inauguración del campo de tiro con su Buick Master Six reparado. Imaginó que Elizabeth acompañaría al oficial soviético y su corazón palpitó con fuerza. Aunque la cadera le impidiese desenvolverse con normalidad, supuso que si trabajaba día y noche, y Joe Brown le echaba una mano, quizá lograra arreglarlo.

Respondió a Hewitt que contara con él para el evento.

De camino a la factoría, se preguntó si realmente debería aprender a disparar un revólver por su cuenta.

A Jack le sorprendió que la inauguración de un campo de tiro soviético pudiera superar en bullicio a un rodeo americano. La apertura de las nuevas instalaciones había congregado a cientos de personas que pululaban por la explanada de tiro, disfrutando del descampado como si los rodearan atracciones de todo tipo. Sin embargo, en el lugar sólo se veían unas cuantas cabinas de madera dispuestas en hilera y decenas de dianas desperdigadas frente a ellas. No tardó en localizar a Wilbur Hewitt, quien, pertrechado con un fusil, mantenía una animada charla con Viktor Smirnov en torno a un tablón sobre caballetes surtido con canapés variados. Elizabeth estaba con ellos. Cuando se acercó, Viktor lo recibió como si fueran grandes amigos.

—¡Hombre, Jack! Precisamente hablaba de ti. Comentaba a los Hewitt que esta mañana, al salir de casa, me encontré el Buick con las llaves puestas. ¡Rueda perfecto! Desde luego, tienes unas manos mágicas.

—¡Desde luego! —intervino Elizabeth, y con una sonrisa cómplice le tendió a Jack su mano para que se la besara.

Jack disimuló como pudo. Tras cumplimentar a la joven, se dirigió a Viktor.

—Me alegra que estés satisfecho. Aun así, me gustaría seguir pendiente de su mantenimiento. Ya sabes... Es un vehículo delicado que requiere constantes atenciones —dijo Jack, con la intención de prorrogar la beneficiosa relación que había entablado con el soviético.

—¡Ja, ja, ja! No te preocupes. Te has ganado el derecho a conservar la vivienda —respondió Viktor, como si le hubiese leído el pensamiento y tuviese potestad para concedérselo—. Y ahora, divirtámonos. —Cogió el rifle

que descansaba a sus pies y lo mostró orgulloso—. Es un Mosin-Nagant 1891/30 modificado. Posee un alcance de tres kilómetros y es capaz de disparar diez veces por minuto. Perteneció a mi padre. En mi familia todos practicamos. —Hizo ademán de apuntar a una diana—. ¿Sabes disparar?

—Pues no. Confieso que lo más cerca que he estado de un arma ha sido en una feria de atracciones. —Jack omitió mencionar las ocasiones en las que los soviéticos le habían encañonado.

—Entonces eso hay que remediarlo. —Y tras engullir un último canapé, Viktor los condujo hacia las cabinas de tiro para demostrarles sus habilidades.

Tras una docena de andanadas, Jack siguió el plan convenido con Hewitt y simuló una repentina indisposición que achacó a las secuelas de su accidente. De inmediato, el mánager general del Autozavod se apresuró a atenderle. Smirnov aceptó las disculpas sin apenas prestar atención y continuó demostrando a Elizabeth su excelente puntería mientras Jack y Hewitt se retiraban hacia unas sillas. Una vez apartados, Hewitt desplegó un ejemplar del *Pravda* para simular que leía.

—Jack, esto va de mal en peor. He hablado con la cúpula de Detroit, pero sólo ofrecen buenas palabras, mientras que aquí la gente continúa desapareciendo. Temo que en cualquier momento nos toque a nosotros.

—Pero ¿qué tendrían los soviéticos contra usted?

—Te lo mencioné en el hospital. Sospecho que pretenden hacerme pasar por responsable de los sabotajes. A diferencia de esos utópicos comunistas que sueñan con la igualdad entre todos los seres humanos, Serguéi es un hombre pragmático. Persigue el triunfo de sus ideas como un oso a su presa: sin descanso, sin desfallecimiento. No se limita a pensar. Actúa y actúa. Y creo que ha fijado su objetivo en nosotros, los americanos.

—Pero ¿por qué? Nosotros les estamos ayudando a construir el Autozavod. Sin nosotros...

—¡Qué equivocado estás! Los soviéticos nos valoran lo mismo que un periódico viejo. Les hemos servido mientras aprendían; ahora ya están en disposición de conseguir sus objetivos sin más ayuda que sus manos y el miedo que imponen a sus obreros.

—Pero aunque así fuera, ¿por qué querrían aniquilarnos? Aún podemos

ayudarles.

—¡Jack, Jack! Crees que los soviéticos actúan conforme a tu lógica, pero tu lógica no es la suya. Necesitas abrir tu campo de visión. Para ellos, los trabajadores americanos se han convertido en unos invitados incómodos. Los americanos se quejan, piden que se les pague lo acordado en lugar de la miseria que se les abona tras los impuestos, reclaman comida decente, ropa decente... Y algunos hasta se atreven a exigir que les devuelvan sus pasaportes para regresar a Estados Unidos. ¿Crees que van a permitirlo? ¿Crees que van a dejar que unos extranjeros siembren la semilla del descontento? ¿Que dejarán que un puñado de trabajadores desilusionados proclamen en sus países de origen las mentiras del comunismo? No, hijo, no. Los callarán como sea porque, para ellos, el fin justifica los medios.

—De acuerdo. Los medios consisten en exterminar a los americanos disidentes y en responsabilizarle a usted de los sabotajes. ¿Y el fin?

—Ya te hablé de ello en el hospital. El fin serían millones de dólares. Los que se ahorrarían al justificar la cancelación de los pagos pendientes por el contrato de construcción del Autozavod.

—¿Simplemente por culparle a usted?

—¡Diablos, Jack! ¡No estamos hablando de la compraventa de un solar! El contrato firmado entre Henry Ford y Stalin, además de contemplar el suministro del material necesario para poner en marcha una gigantesca factoría, también incluía cláusulas sobre el apoyo técnico que deberían proporcionar los ejecutivos americanos y, por supuesto, cuantiosas penalizaciones en caso de incumplimiento.

—Pero si esa acusación es falsa, supongo que Henry Ford los demandaría.

—¡Despierta de una vez! Para Stalin, el Autozavod es algo personal. Si han derrocado un imperio, ¿crees que un pleito asustará a esta gente? ¡Fabricarán pruebas falsas para acusarnos a todos y salirse con la suya! Empezaron eliminando a pobres obreros a los que tildaron de contrarrevolucionarios para propiciar un caldo de cultivo que justificara sus posteriores desmanes. Y no porque pretendan escudar sus acciones ante un eventual litigio, que a buen seguro les importa un bledo, sino por aparentar un aura de legalidad que los respalde ante las potencias extranjeras con las que

aún no han establecido relaciones diplomáticas.

—Ya. Lo que no entiendo es qué pinto yo en todo esto.

—Tienes que ayudarnos a salir de Rusia. A mí y a mi sobrina. Yo tengo el dinero y tú los contactos. Te pagaré lo que me pidas.

—Pero ¿por qué yo? ¿Acaso no puede abandonar el país, sin más? Usted es un ejecutivo importante. Henry Ford le ayudará.

—¡Ja! ¡El viejo Henry es un zorro! No me sacaría de aquí ni aunque apuntara a su propio hijo con una pistola.

—Pero si le informa de los planes de Serguéi...

—¡Precisamente eso es lo que me condenaría! En cuanto Ford sospechara que los soviéticos traman romper el contrato, me dejaría a mí como cabeza de turco. ¿No lo comprendes? Si achaca la responsabilidad de los sabotajes a una única persona, y no a la organización, mi condena supondría su salvación.

—Pues coja su pasaporte y escape por su cuenta.

—¿Qué pasaporte? Nos los retiraron, igual que a vosotros. ¡Precisamente por eso te necesitamos! ¿Acaso crees que Serguéi permitiría que huyéramos? —señaló disimuladamente a una pareja de tiradores apostados en un puesto cercano—. Nos tienen constantemente vigilados. Por eso te cité aquí. Cuando no me siguen a mí, escoltan a mi sobrina, siempre detrás, como sabuesos.

Jack intentó encontrar una solución que no le comprometiera. Ya había tenido bastante con un atentado.

—Podría acudir a la embajada. Los soviéticos aseguran que la abrirán el mes que viene.

—La embajada y Ford son las mismas hienas con distintas sonrisas. ¿Crees que moverían un dedo por salvar a alguien cuya detención evitaría unas pérdidas millonarias? —Dejó caer el periódico, abatido.

Jack lo contempló en silencio. Apenas quedaba en Hewitt un ápice de su arrogancia.

—¿Y no tiene amigos a quien apelar?

—¿A quién diablos voy a pedir ayuda, Jack? ¿A mis subordinados? Están todos atemorizados, como corderos en la fila del matadero. Ninguno movería un dedo por mí.

—No sé. Quizá Smirnov podría ayudarle. —Le señaló—. Parece

ilusionado con Elizabeth, le sobran el dinero y los contactos, y por lo que he podido saber, desprecia a Serguéi.

—No me fío. Trabaja para Serguéi. Para la OGPU.

Jack trató de pensar. Por un instante se planteó revelarle a Hewitt el chantaje al que Loban le estaba sometiendo. Sin embargo, ayudar al ingeniero sólo podía depararle graves perjuicios.

—¿Y si demostrase que quien está detrás de la conspiración es el propio Serguéi?

—¿Ante quién, si él es el jefe? Además, ¿crees que serviría para algo? Los soviéticos se arropan los unos a los otros como una camada de lobos. Aunque tuviera pruebas, fabricarían nuevas evidencias para tapar su impostura.

—Entonces, ¿cuál es su plan?

—¡Ojalá lo tuviera! Lo único que se me ocurre es que nos proporcionen pasaportes falsos para mí y para Elizabeth.

—Pero ¿sabe lo peligroso que resultaría para mí? Además, ¿qué le hace pensar que podría conseguirlos?

—Mira, Jack. Pongamos las cartas sobre la mesa. No estoy pidiéndote caridad. Te ofrezco dinero a cambio. Montañas de dinero. Podría pagarte más de lo que jamás hubieras soñado conseguir. Incluso, si lo deseas, estaría dispuesto a financiar tu huida hasta América con nosotros.

Jack enmudeció. Montañas de dinero... Su sueño, al alcance de la mano. Podría escapar de Rusia y comenzar una nueva vida que...

Una andanada resonó en el ambiente, arrancando a Jack de su ensoñación. Palideció. Desde que zarpó de Nueva York no había pasado un día sin que soñara en regresar con los bolsillos repletos, pero la propuesta de Hewitt era un sinsentido.

Pese a imaginar que quizá se arrepintiera, miró al ingeniero con determinación.

—Lo siento, señor Hewitt, pero es demasiado peligroso.

Se levantó y abandonó el campo de tiro renqueante, dejando al ingeniero tan herido como si las dianas a las que disparaban los soviéticos las hubiera situado Jack sobre su corazón.

Durante el mes de noviembre, las discusiones entre los americanos que apoyaban al régimen soviético y los desengañados que pretendían regresar sin éxito a Estados Unidos se recrudecieron hasta dividir el asentamiento americano en dos bandos enfrentados. Jack procuró mantenerse al margen, pero cuando el hijo de Harry Daniels se negó a vender un paquete de costillas de cerdo a Paul Farmer y éste, en respuesta, le golpeó con una botella en la cabeza, no le quedó más remedio que intervenir.

—¡Encima de que nos impiden regresar a casa, ese cabrón se mofa de nosotros! —bramó el joven Daniels, con la cara ensangrentada. Jack lo contuvo como pudo. Le dolía la cadera: Jim Daniels le había golpeado accidentalmente al intentar separarlos.

—¡Jodido contrabandista! Así aprenderás que pasamos hambre tanto los unos como los otros —se defendió Paul Farmer.

Jack consiguió hacer retroceder al joven Daniels hasta las letrinas próximas al economato donde se había producido la discusión. Cuando Jim le juró que se mantendría alejado, regresó cojeando al lugar donde permanecía su agresor.

—¡No deberías haber hecho eso! ¡No a un compatriota! —se le enfrentó. Jack le sacaba una cabeza a Paul Farmer, pero los brazos de Paul eran dos troncos fibrosos.

—Mi hijo pequeño ha nacido aquí, y su madre rusa tiene el mismo

derecho a comer caliente que los renegados que pretenden volver a Estados Unidos.

—Los mismos derechos... —Cogió el paquete que le había arrebatado a Jim Daniels y se lo arrojó a Paul—. Ten. ¡Largo de aquí! ¡Y si te vuelvo a ver empuñar una botella, te juro que te la haré tragar sin que te dé tiempo a abrir la boca!

Paul aferró el paquete y apretó los dientes. Su desafío duró unos segundos, los justos para comprobar que las costillas estaban envueltas dentro del papel de periódico. Luego se dio la vuelta y se marchó entre exabruptos. De inmediato, Jack regresó a las letrinas para atender al joven Daniels, que permanecía sentado junto a una puerta. Al llegar, advirtió que le recorría la frente una brecha que sin duda permanecería allí el resto de sus días. Sacó un pañuelo y restañó la herida.

—¡Serás imbécil! ¿Crees que estamos en disposición de provocar enfrentamientos? —le recriminó Jack.

—¡Pero si fue él! El muy cabrón se pavoneó de pertenecer al partido. Dijo que o nos hacíamos rusos o nos pudriríamos en un campo de trabajo — se justificó.

—¿Y crees que contrariándoles conseguirás algo? —gritó Jack soliviantado.

—Al menos me he dado el gusto de dejarle sin costillas. —Miró las manos vacías de Jack—. Pero ¿dónde están? No se las habrás dado...

—Regresa a casa y que tu madre te mire la herida —le ayudó a levantarse.

—No te preocupes, Jack. Estoy bien. Limpiaré los cristales y volveré al trabajo...

—No será necesario, Jim.

—En serio, es sólo un rasguño. Me lavaré y...

—He dicho que no será necesario. Lo siento, muchacho, pero estás despedido.

No se arrepintió. Supuso que, más pronto que tarde, algún soviético aparecería por el poblado para pedirle explicaciones y meter en problemas a Jim. Apenas se equivocó, porque Andrew ya se consideraba a sí mismo como soviético de pura cepa y aquella misma tarde se presentó ante él exigiendo

una disculpa. Jack no se inmutó. Aseguró a Andrew que ignoraba el motivo del enfrentamiento entre el hijo de los Daniels y Paul Farmer, pero que en cualquier caso ya estaba solucionado, y continuó limpiando el distribuidor Delco-Remy que Smirnov le había pedido que revisara.

—Yo lo único que hice fue separarlos. Deberías preguntarles a ellos.

—¡Vamos, Jack! Todos en la villa saben que eres tú quien maneja la compraventa de alimentos. Los soviéticos comienzan a estar indignados.

—¡No me digas! ¡Pues que se indignen! Ya te he dicho que lo único que hice fue evitar una pelea. —Y frotó el distribuidor hasta hacerlo brillar, como si fuera la única cosa del mundo a la que hubiera de prestar atención.

—Quizá pondrías más interés si supieras que a mí también me indigna — le dirigió una mirada recriminatoria a través de los cristales de sus gafas metálicas.

Jack dejó a un lado el distribuidor.

—¡Vaya! ¿Tú, indignado? ¿Tú, que desde que te afiliaste al partido disfrutas de doble ración de alimentos?...

—Mira, Jack. Sólo he venido a advertirte. Cada vez hay más enfrentamientos con los americanos, y la OGPU no va a consentir que por culpa de...

—¡Basta, Andrew! Hablemos claro. —Se levantó ayudándose de una muleta, y un latigazo de dolor le atravesó la cadera—. En primer lugar, no sé en calidad de qué te has presentado aquí, pidiendo explicaciones. ¿Vienes como el viejo amigo que desea ayudar, o eres el nuevo soviético al que le molesta que alguien gane más dinero que él?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí. Lo cierto es que me encantaría —su tono se endureció.

—Pues entérate: he sido nombrado responsable jefe para la seguridad del campamento americano, y no voy a permitir que en mi villa...

—¡Oh!... ¡Tu villa!... No sé si debería hacerte una reverencia.

—¡Déjate de ironías! Mejor que venga yo a que aparezcan los cuervos. ¡Joder! Lo único que pretendo es que en este asentamiento podamos convivir en armonía. Y tal y como está la situación, con alborotadores y sabotajes por todos lados, lo que menos necesitamos es pelearnos entre nosotros.

—¿Entre nosotros? Pero si lo primero que hicisteis tú y Sue fue largaros

del poblado.

—Pues si quieres que te dé un consejo, deberías hacer lo mismo y mudarte a la ciudad. Así dejarías de provocar envidias, viviendo en una casa majestuosa mientras los demás trabajadores se hacinan en habitaciones del tamaño de un armario.

—¡Vaya! ¿Y quién pagará la mudanza? ¿Tú, o los que te han proporcionado esas gafas nuevas y ese uniforme tan estupendo?

—Es sólo un consejo. —Se colocó bien los anteojos con el dedo índice.

—Perfecto. Pues deja que te dé a ti otro: harías bien en mirar menos por los soviéticos y más por tus compatriotas. Desde que te convertiste en ayudante de la OGPU las cosas parecen irte viento en popa, pero para los americanos a los que se les impide el regreso, o los que desaparecen, o los que se mueren de hambre por las miserables raciones que entregan los soviéticos, esto no es ningún paraíso.

—¡De acuerdo, Jack! ¿Quieres hablar claro? ¡Pues hagámoslo, porque no parece que todas esas calamidades te hayan impedido convertirlas en tu particular negocio! ¿Quién eres tú para erigirte en defensor de una gente de la que sólo te acuerdas cuando se trata de ganar dinero?

Jack comprendió que aquella conversación sólo le conducía a un enfrentamiento que ni deseaba, ni le convenía. Lo más probable era que Andrew, como el resto de los americanos del Autozavod, pensase que sus ganancias procedían exclusivamente del contrabando, algo que sin duda debía provocar su envidia y su rechazo. Sin embargo, no podía revelarle que sus ingresos procedían de los honorarios que Hewitt le satisfacía en pago a la peligrosa misión que le había encomendado, ni que el mismísimo Serguéi Loban conocía y consentía su «actividad comercial», como él prefería denominarla.

Por otro lado, y aunque le doliera reconocerlo, la acusación de Andrew estaba de algún modo teñida de razón. Por más que intentara dotar de un aura de servicio público a su actividad como contrabandista, lo cierto era que se estaba beneficiando con la necesidad de sus compatriotas. Y quizá Andrew también acertara en que lo más apropiado consistiría en abandonar el poblado americano. Podía permitírsele, y si llegaba a un acuerdo con el sobrino de Iván Zarko, la mudanza no le impediría mantener el negocio del economato.

Supuso que si le daba la razón a Andrew, éste se sentiría complacido.

—Quizá... —carraspeó, como si le costara arrancar las palabras—. Quizá debería pensar en ello. No sé... Puede que el traslado no sea tan mala idea —dijo finalmente.

—Desde luego que no —asintió Andrew con el gesto de satisfacción de quien hubiera derrotado a un adversario—. Avísame cuando lo tengas todo dispuesto. Verás como todos salimos ganando.

Dos días después, el propio Andrew ayudaba a Jack a subir al coche que debía trasladarle al Autozavod. Una vez acomodados en los asientos traseros, Jack miró por la ventanilla. El día había amanecido lluvioso, como si augurase una nueva etapa llena de problemas. El chófer arrancó y Jack se arrebujó en su chaqueta.

—Gracias por recogerme, Andrew. Serguéi me ha llamado con urgencia. El otro día me golpeé en la herida y casi no puedo caminar.

—No tiene importancia. Me pillaba de paso. ¿Has pensado ya qué vas a hacer con tus trastos? —No se interesó por la herida de su cadera—. Me refiero a todos los artilugios que has ido acumulando en tu vivienda: el calefactor, el samovar, la mesa de billar... ¿Vas a venderlos o vas a llevártelos? Cuando comenté a Sue que habías decidido mudarte a la ciudad, pensó que quizá te sobrara algo.

Jack negó con la cabeza.

—La verdad, no lo había considerado. Puede que me deshaga de alguna cosa, pero aún no he visitado el alojamiento que me han buscado. Hablé con un amigo soviético y por ahora voy a mudarme a una casita vacía que tiene en el centro de Gorki.

—¿Una casita? Deberías tener cuidado con tus amigos. En la Unión Soviética está prohibido poseer vivienda propia.

—Ni sé a quién pertenece, ni me importa. Al fin y al cabo, yo sólo voy a alquilarla. Aunque, si te interesa, conozco a unos cuantos mandos de la OGPU que viven en unas dachas formidables. —Aprovechó que el vehículo transitaba frente a unos almacenes incendiados para cambiar de tema—. ¿Y esos nuevos destrozos? ¿Qué ha sucedido?

—Grupos de incontrolados contrarrevolucionarios. Los piquetes antisoviéticos han conseguido paralizar la fábrica durante unos días, pero las milicias de la OGPU los han obligado a entrar en vereda —lo dijo orgulloso, como si realmente se considerara miembro de la policía secreta.

Jack se fijó en los estragos.

El coche se detuvo ante la oficina de Serguéi Loban, adonde Jack había acudido para justificar su ausencia del trabajo. Andrew le acompañó hasta la puerta del despacho y aguardó hasta que el director de Operaciones autorizó su entrada.

—Bueno, Jack. Yo debo irme. Si cambias de opinión con los muebles...

—Sí. Pierde cuidado. Y saluda a Sue.

Andrew sonrió. Se despidió de Jack y regresó al coche en el que le había trasladado. Jack observó desde el ventanal cómo Andrew indicaba al chófer su destino. Enarcó una ceja. Andrew disponía de chófer propio. Sin duda, había progresado.

—¿Vas a quedarte ahí toda la mañana? ¡Vamos! ¡Pasa adentro!

La voz imperiosa de Serguéi provocó que Jack entrase en su despacho más rápido de lo aconsejado y volviera a resentirse de su herida. Al advertirlo, Serguéi se incorporó.

—¿Aún sigues cojeando? ¿Se puede saber qué tratamiento está haciendo mi hija contigo?

Jack agradeció a Serguéi que le ayudara a tomar asiento.

—Lo cierto es que hace días que no veo a la doctora Natasha. De hecho, estaba prácticamente recuperado y pensaba reincorporarme hoy, tal y como habíamos acordado, pero volví a lastimarme y apenas puedo caminar.

—¡Por los bigotes de Stalin! ¡Los americanos parecéis de mantequilla! Aún recuerdo el día en que recibí tres tiros en el asalto a San Petersburgo. Uno en la barriga, aquí, justo en el centro, otro en el brazo, y otro en el muslo. Me atendió un veterinario y al día siguiente ya estaba otra vez en primera línea, bebiendo vodka y disparando.

—Es posible que estemos hechos de pasta diferente. El caso es que deseaba explicarle personalmente mi situación.

—No es necesario que te excuses —le interrumpió—. Estaba al tanto de tu indisposición, no te he hecho venir para darte los buenos días. Sé que

hablaste con Hewitt en el campo de tiro. ¿Te contó algo?

—Nada en particular. Por lo visto, le gusta disparar y me invitó a la inauguración.

—¿Y para hablar de tiros os apartasteis de su sobrina y de Viktor?

—Estaba agotado. Había trabajado durante la noche anterior para acabar el coche de Smirnov y necesitaba sentarme. Hewitt tuvo la gentileza de acompañarme y no vi por qué negarme.

—¿No te comentó nada sobre la factoría? ¿Sobre las detenciones? ¿Sobre lo que está sucediendo con algunos americanos?

—Sólo de pasada, para interesarse por sus compatriotas —mintió—. ¿De qué se les acusa? —Aprovechó para interesarse por sus compañeros.

—¡Contrarrevolucionarios! —dijo con gesto avinagrado mientras arrugaba un informe—. ¡Gente desagradecida que de un modo u otro ha intentado entorpecer el imparable destino bolchevique!

—Resulta extraño. Los habitantes del poblado americano parecen gente honrada, que sólo piensa en su familia y en su trabajo. —Jack intentó excusarlos.

—¿A qué tipo de honradez te refieres? ¿A la de quien antepone sus intereses personales a los de la Gran Familia soviética? Porque yo hablo de canallas; de individuos que con la esperanza de conseguir sus negros objetivos no han dudado en apoyar con insidias y sabotajes a los pocos insurgentes que aún añoran los tiempos de los zares.

Jack escuchó en silencio la arenga de Serguéi, comprobando que era un calco de los reclamos que constantemente se emitían por los altavoces del Autozavod. Desistió de pedir más explicaciones, porque hacerlo sólo serviría para acercar su postura a la de los saboteadores.

—Bien. Pues si no quiere nada más de mí...

—Sí que quiero. —Se atusó su bigote cano, como un felino relamiéndose antes de saltar sobre su presa—. He ordenado una vigilancia exhaustiva sobre Wilbur Hewitt, de forma que, a partir de este instante, cualquier conversación que desees mantener con él, ya sea telefónica o directa, deberás formalizarla en presencia de uno de mis hombres o serás detenido. Respecto a tu repentina incapacidad laboral, creo que habría que encontrar una solución. Aunque en la Unión Soviética se pague un subsidio a los trabajadores enfermos, su

importe es poco menos que testimonial, y me resultaría difícil justificar un sueldo como el que te prometí.

—No comprendo. Usted aseguró que mantendría...

—Sí, sí... Sé lo que dije, pero también mi hija pronosticó que te recuperarías en un par de semanas y has aparecido hecho un guiñapo, de modo que para solventar este inconveniente y hasta que termines de restablecerte, voy a hacer dos cosas: la primera, autorizar la apertura de un despacho de alimentos Torgsin en el mercado americano y la segunda, nombrarte su responsable directo.

—¿Así sin más? —Jack desconfió. En Gorki no existía ningún Torgsin, pero Iván Zarko le había hablado de los que conocía en Moscú. Se trataba de establecimientos autorizados en los que se podían adquirir mercancías restringidas a cambio de joyas y divisas.

—Bueno. —Sonrió—. Entre venta y venta, no creo que te haga mal algo de conversación. Seguro que existen rumores o noticias que podrían ser de mi interés. Quizá ellos sepan algo que nosotros desconocemos, y no les importe compartirlo contigo.

El dirigente soviético aguardó una respuesta sin pestañear. Jack contempló su mirada pétrea, insondable, imaginando que, fuera cual fuese el plan trazado por Serguéi, existirían pocos hilos sueltos susceptibles de ser manejados. Pero quizá hubiera quedado alguno. Decidió seguirle el juego.

—Necesitaría ayuda de confianza. Me cuesta sostenerme de pie. Si no puedo trabajar en el Autozavod, ¿cómo voy a ocuparme de un economato? —preguntó, dando por sentado que aceptaba su propuesta.

—Tienes amigos. Elige a un par que estén dispuestos a echarle una mano. Mientras dure tu convalecencia los liberaré de sus quehaceres. Percibirán el mismo salario, pero tendrán un trabajo más cómodo y dispondrán de mejores alimentos. Probablemente te estarán agradecidos.

—Bien. Creo que con una semana tendré suficiente para recuperarme y dejarlo todo dispuesto.

—Cuenta con ella.

—Respecto al local... No pretenderá que haga negocios en las letrinas.

—¡Por supuesto! Había pensado en uno de los almacenes de repuestos que lindan con el poblado americano. Ordenaré que lo habiliten. ¿Alguna

pregunta más?

—Sí. La mercancía. ¿Quién me la suministrará, y a qué precio?

—¿Mercancía? No hay mercancía.

—No comprendo —pensó que Serguéi jugaba con él—. ¿Cómo aspira a que alguien compre en un economato vacío?

—Dímelo tú. Hasta ahora no te ha supuesto problema alguno.

Cuando Jack salió del edificio vio que le aguardaba un vehículo con el motor encendido. Le contrarió hallar de nuevo a Andrew acomodado en su interior, y pese a su aparente cordialidad, comenzó a verle menos como a un amigo y más como a un perro guardián a las órdenes de Serguéi. Durante el trayecto, Andrew se interesó por los resultados de la reunión, pero Jack se mostró esquivo mientras el coche recorría el mismo camino por el que había transitado media hora antes desde el poblado americano. Se hallaba sumido en sus pensamientos cuando al ingresar en el recinto, advirtió que algunos de los barracones estaban siendo clausurados.

—¿Y eso? —Le señaló a Andrew el cobertizo que una grúa motorizada estaba derribando.

—Realojos. Has elegido un buen momento para trasladarte. —Le señaló a la pareja que dos guardias conducían hacia un vehículo negro—. John Selleck y su esposa Lisa. Intentaron escapar ayer pero los interceptaron en el primer control de estaciones.

—¿Adónde los llevan?

—Al Ispravdom, supongo. Por lo visto se habían asociado con unos renegados que pretendían salir del país. ¡Pobres estúpidos!

Jack observó a la pareja a través de la ventanilla trasera. La mujer lloraba desconsolada, suplicando a sus guardianes que no los separaran, pero los hombres tiraban de ellos desoyendo sus ruegos.

Una vez frente a la vivienda de Jack, Andrew abrió la portezuela para que éste se apeara. Jack, apoyado en su muleta, le agradeció su ayuda.

—Para eso están los amigos, ¿no? —dijo Andrew. Se introdujo de nuevo en el coche y cerró la puerta. Antes de que arrancara, bajó la ventanilla—. ¡Ah, Jack! Una última cosa. Comunicué al comité de vivienda tu intención de abandonar el poblado y me pidieron que acelerara el proceso. Por favor, procura sacar todos tus trastos antes de esta noche. Mañana quiero

reassignarla.

Consciente de los problemas que se avecinaban, Jack se retrepó sobre el sofá de cuero de su casa y permaneció en él, abatido, tratando de comprender por qué perdía el tiempo intentando organizar una estúpida mudanza en lugar de planificar una huida cada vez más ineludible. Para cualquier americano, permanecer en la Unión Soviética se estaba convirtiendo en algo tan peligroso como pisotear descalzo un nido de víboras. Y Serguéi, sin duda, resultaba la más venenosa.

En su cabeza resonaron los lamentos que cada noche sacudían el poblado americano cuando los hombres de Loban irrumpían como chacales para detener a los trabajadores y llevárselos. Las súplicas de clemencia de las mujeres se mezclaban con los sollozos de los niños, que sólo se extinguían cuando los coches arrancaban y se alejaban con su botín humano. Odiaba a aquel ruso. No contento con atentar contra su vida, había tenido la desvergüenza de proponerle que espicara a sus compatriotas con el propósito de conseguir las pruebas con las que justificar la detención de Wilbur Hewitt. Y todo, según el ingeniero americano, para ahorrarse las cuantiosas cifras que aún adeudaban por la construcción de la factoría.

Se sintió como un trapo sucio por no haber ayudado a Hewitt. Debería haber aceptado su propuesta y unirse a él para organizar una fuga conjunta, pero mientras la herida de su cadera le obligara a desplazarse con muletas, cualquier intento resultaría una quimera. Incluso una vez recuperado, escapar de Gorki requeriría de una cuidada planificación y mucho dinero. Durante su arresto en el Ispravdom, varios presos le habían asegurado que la ciudad ucraniana de Odesa era la mejor opción para abandonar el país, porque desde su puerto zarpaban muchos navíos en dirección a Europa. El problema consistía en llegar hasta allí. Por lo que sabía, los trenes estaban férreamente vigilados y, durante el invierno, el transporte por carretera desaparecía por las nevadas.

Fuera como fuese, cualquier intento requeriría de la colaboración de Iván Zarko. Seguramente él podría proporcionarle pasaportes falsos. Lo que ignoraba era su coste, y el tiempo que necesitaría para proporcionárselos.

A la espera de encontrar el momento adecuado para trasladarle sus intenciones, decidió elaborar un listado de aliados y confrontarlo con el de sus enemigos.

En primer lugar situó a Andrew. Pese a ser su amigo, no sabía bien qué pensar sobre él: se sentía en deuda por la ayuda que le había prestado al huir de Estados Unidos, pero su cada vez más incondicional fidelidad al régimen soviético le inquietaba. Lo mismo le sucedía con Sue.

Los dejó de lado para considerar a Joe Brown.

Aunque nunca hablara de regresar a América, el viejo Joe era un hombre de fiar, y su discreción, más que por recelo, parecía obedecer a una estrategia defensiva. Algo similar ocurría con los Daniels. Harry controlaba a sus hijos con mano de hierro para que mantuvieran la boca cerrada, pero en cierta ocasión él mismo le había confiado que se dejaría cortar un brazo con tal de volver a casa. Rebuscando entre sus conocidos se le ocurrió considerar a Miquel Agramunt. Pese a sus orígenes libertarios, su suministrador de costillas no había dudado en proponerle una actividad ilegal con tal de mejorar su precaria situación económica, algo que directamente lo colocaba como candidato a una posible fuga. Pensó que podría sondear sus voluntades, proponiéndoles formar parte del equipo que iba a necesitar para gestionar el nuevo economato.

De quien no tenía dudas era de Iván Zarko. Mientras dispusiera de los dólares suficientes, contaría con su ayuda.

Como miembro de la OGPU, Viktor Smirnov entraría directamente en la categoría de enemigo, pero en varias ocasiones había manifestado su animadversión contra Serguéi, lo que llegado el caso podría colocarle en posición de aliado. Además, su afición por el lujo y el dinero le acercaba más a los ideales capitalistas que a los comunistas, de modo que tal vez pudiera sacar partido de su amistad de conveniencia.

Por último aparecían Serguéi y su hija. Del primero tenía formada una imagen definida que prefería no recordar. Con Natasha estaba confundido. Se acordaba de ella a menudo, y aunque por el momento sólo podía afirmar que sus cuidados le habían sido de ayuda, algo en su interior le empujaba a pensar que era una mujer digna de confianza.

Inspiró con fuerza mientras releía la lista. Sus enemigos eran poderosos, y

paradójicamente, la única persona con cierta capacidad para hacerles frente era el mismo a quienes ellos señalaban como el peor de los americanos: Wilbur Hewitt y su montaña de dólares.

Llegó a la conclusión de que no tenía elección. Confesaría a Hewitt los siniestros planes de Serguéi y aceptaría su oferta de huida. Después negociaría con Iván Zarko, y mientras se recuperaba de su cojera, aguardaría agazapado, regentando el economato, tal y como el propio Serguéi le había ordenado, pero con una sutil diferencia: en lugar de espiar a sus compañeros, averiguaría más sobre el responsable de la OGPU, aunque para ello hubiera de hacerlo valiéndose de su propia hija.

Provisto de un vistoso ramo de rosas y violetas, Jack aguardó impaciente a que Natasha saliera de su consulta. Mientras esperaba, observó cómo los lánguidos rayos de sol barnizaban de oro la fachada del hospital, en un vano intento de prolongar el otoño que ya se desvanecía. Su desinteresada calidez contrastaba con el premeditado motivo que le había llevado a concertar una cita, y aunque no le enorgulleciera, no había encontrado mejor forma de averiguar más sobre Serguéi que sondear a su hija.

Cuando finalmente apareció Natasha Lobanova, ataviada con su uniforme blanco y un pañuelo azul cubriéndole la cabeza, Jack no pudo evitar un ligero galope en el corazón, que combatió tendiéndole precipitadamente las flores. Ella sonrió y aceptó el regalo, sorprendida. Al preguntarle a qué obedecía el detalle, Jack le devolvió la sonrisa. En realidad, nada más verla había olvidado a Serguéi y todas sus inquinas.

—Me sorprendió recibir tu llamada. ¿Qué era eso tan importante que tenías que contarme? —le tuteó ella, al comprobar que permanecía mudo.

—¿No lo recuerdas? Teníamos pendiente una cena —le correspondió en el trato. Al decirlo, Jack creyó apreciar que un suave rubor teñía el rostro de Natasha.

—¡Ah! Pensé que se trataría de algo relacionado con tu herida. ¿Y quieres que me coma este ramo?

Ambos rieron. Ella declinó la invitación porque tenía que recoger un

nuevo instrumental en la estafeta de correos, pero Jack no se dio por vencido y recurrió a la conversación que habían mantenido sobre la Revolución francesa, asegurándole que no encontraría mejor oportunidad para conseguir un futuro adepto.

—No puedes abandonarme así. ¡Y además, cojo! —sonrió él, con un impostado gesto de pena.

Ella le miró el tiempo suficiente como para que los ojos claros de Jack le hicieran titubear. Luego echó un vistazo a su pequeño reloj y torció los labios, como si valorara cometer una travesura. Finalmente aceptó, pero con una condición.

—Yo elijo el lugar —dijo.

Siguiendo las indicaciones de Natasha, Jack condujo el Ford A por diferentes carreteras y senderos hasta llegar a una granja desvencijada varios kilómetros al norte de Gorki. Cuando se detuvieron, ella se apresuró a bajar del coche para saludar al granjero, que había dejado de cavar al advertir la llegada de extraños.

—¡Por las barbas de Lenin, Natasha! ¡Pero si eres tú! —El hombre soltó la azada y abrazó a la joven con la misma alegría que si hubiera visto a una hija—. ¡Pasad, pasad a la casa! ¿Quién es tu amigo?

Natasha se mantuvo sonriente mientras el hombre se inclinaba ante ella una y otra vez, como si le debiera la vida. Cuando finalizó los aspavientos, la joven le presentó a Jack. El granjero le saludó y los guio hasta el interior de la pequeña vivienda en la que una mujer rodeada de chiquillos se afanaba en remover un puchero en la chimenea. Cuando la mujer advirtió la llegada de Natasha, apartó la olla del fuego y corrió a besarla.

—Ten. Son para ti —dijo la joven, y le entregó el ramo de flores a la mujer, que lo celebró como si le hubieran regalado un tesoro—. Lo siento, Jack, pero es el precio de nuestra cena —le murmuró con una sonrisa.

Ambos se sentaron a la mesa, entre los gritos de unos chiquillos alborotados por los caramelos que Natasha había sacado de sus bolsillos. Mientras degustaban un plato de sopa caliente, Jack escuchó una y otra vez los cumplidos que el matrimonio le dedicaba a la chica. Según supo, la doctora había salvado la vida de los más pequeños, tras una epidemia de varicela.

—¡Es un ángel! —repetían los dos granjeros, entre cucharada y cucharada.

Jack sonrió. Además de sincera, aquella gente parecía feliz. Los cuatro críos no paraban quietos, jugando entre ellos mientras sus padres los alentaban con sus risas, y Natasha participaba cogiéndolos en su regazo y haciéndoles cosquillas. Cuando terminaron la cena, el granjero se empeñó en abrir su única botella de vodka, y aunque Natasha se negó, le resultó imposible impedirselo. Brindaron por el futuro, por la familia y por los niños. Natasha rio cuando el vodka calentó su estómago. Luego, mientras la mujer rebuscaba algún dulce, ella se dedicó a comprobar que los críos no tenían piojos.

—¡Así me gusta! ¡Limpios! —dijo orgullosa.

Cuando la granjera regresó con tres galletas, se excusó por la escasez. Casi todo lo que se recolectaba en el *koljós* se destinaba a surtir al Autozavod.

—En la cooperativa apenas nos quedamos con nada —se lamentó el granjero, pero en lugar de profundizar en su queja, se levantó y cogió una vieja balalaica—. ¿Tu amigo sabe bailar?

Sin esperar a que Jack respondiera, el granjero se arrancó con una melodía pegadiza, que provocó que los chiquillos formaran un corro e improvisaran un divertido baile consistente en dar vueltas y más vueltas.

—¡Vamos, Jack! No podemos consentir que estos mocosos nos den lecciones. ¡Demostrémosles de lo que somos capaces! —dijo Natasha, y agarró a Jack por las manos para que diera algunos pasos, aún entorpecidos por su cojera.

Jack casi no notó el dolor. Sólo tenía ojos para la sonrisa de Natasha, que parecía disfrutar de la música igual que de su presencia. La abrazó hasta sentir su pecho y ella se dejó llevar. Danzaron y rieron hasta que un pinchazo en la cadera obligó a Jack a detenerse. Al advertirlo, ella se separó.

—¿Te encuentras bien? He sido una insensata. Yo...

—Me encanta tu insensatez —dijo él sin soltarla.

—Y a mí verte feliz, con tan poco.

—¿Quién dice que es poco?

Por un momento Natasha se sonrojó, pero al instante se dejó llevar por la

algarabía de los niños que tiraban de su uniforme para que continuara bailando y regaló a Jack una sonrisa de despedida. Jack tomó asiento y siguió disfrutando del espectáculo mientras la noche se les echaba encima. Cuando los críos se desplomaron exhaustos, Natasha volvió junto a Jack, que celebró su regreso ofreciéndole un trozo de galleta. Ella, con el rostro enrojecido y la respiración entrecortada, la mordisqueó y bebió de su vaso de agua. Le faltaba el aliento, pero reía entusiasmada. Jack creyó descubrir en su semblante un bienestar que él nunca había experimentado. Pensó en decírselo. Sin embargo, cuando se disponía a hacerlo, la granjera se acercó a su marido para rogarle que interpretara la *Danza de las doncellas*. Observó que la mujer entrecruzaba las manos sobre su pecho, y aguardaba, absorta.

—Presta atención —susurró Natasha al oído de Jack—. Es una música maravillosa.

Jack asintió. El campesino guardó silencio mientras afinaba cuidadosamente la balalaica, se despojaba de la gorra y acariciaba las cuerdas con un ligero temblor. Después, acompañado por el crepitar de las llamas, comenzó a desgranar un torrente de notas que resbalaron unas sobre otras para entonar la melodía más nostálgica y sentida que Jack hubiera escuchado jamás. Durante un rato, la música siguió inundando la habitación de tristeza y añoranza, como si cada acorde se empapara de la fragancia de los recuerdos. Cuando el granjero concluyó la interpretación, buscó con sus ojos humedecidos los de su esposa, que enjugaba los suyos con un pañuelo. Aunque los años hubiesen marchitado el rostro de su mujer, Jack comprendió que el granjero la veía tan hermosa como el primer día.

—Preciosa, aunque triste —Jack devolvió el susurro a Natasha.

—No es triste. Es una canción de amor. Quizá melancólica, pero llena de esperanza.

—¿Eso dice la letra?

—No tiene letra. La esperanza se escucha con el corazón.

Jack contempló la miseria que le rodeaba. Aunque la pareja de labradores se amase tan inmensamente como las llanuras nevadas que los rodeaban, no concebía que aquella gente pudiera albergar esperanza alguna. Cuando se lo observó a Natasha, ésta dibujó una mueca de compasión.

—Así es como se ama en Rusia, Jack. Si te enamoras de verdad, nunca se

pierde la esperanza.

Se despidieron con un nuevo brindis. Los granjeros brindaron por la familia; Natasha, por el futuro de la Unión Soviética; y Jack, por Natasha.

De regreso a Gorki, siguió las indicaciones de la doctora para encontrar la céntrica calle de las Cooperativas.

—¿Es aquí donde vives?

—Sí. Es una casa algo anticuada, pero bonita. —Y señaló la fachada decimonónica de un edificio de dos alturas.

Jack asintió y permaneció unos instantes mirándola en silencio, sin saber qué decir. Cuanto más miraba a la joven, más extrañamente le cautivaba. Ella aguardó en el asiento como si esperase que sucediera algo, pero sólo transcurrió el tiempo. Finalmente hizo ademán de abrir la puerta, y Jack, al advertirlo, salió y corrió a ayudarla.

Mientras ella buscaba las llaves del portal, Jack le preguntó cuándo volvería a verla. Natasha sonrió. Le contestó que pronto y le dio un beso en la mejilla. Sus labios le quemaron. Él buscó los de ella y por unos segundos los saboreó como si fueran los primeros de su vida. Luego se separaron, azorados, mudos.

De regreso a su domicilio, aún en el poblado americano, Jack se sorprendió por su comportamiento. Había olvidado preguntarle por su padre, pero a cambio había disfrutado de una de las mejores veladas de su vida.

Con la excusa de entregar una pieza del Buick, Jack se presentó en la dacha de Viktor Smirnov. Sabía que Elizabeth se refugiaba en su casa y pretendía revelarle las intrigas que Serguéi pergeñaba contra su tío, para de ese modo burlar la vigilancia que la OGPU había acentuado sobre Wilbur Hewitt. Cuando se apeó frente a la ostentosa casa, rogó por que su plan funcionase.

Viktor, ataviado con un uniforme marrón recién almidonado, celebró la visita de Jack, aunque prestó más atención al reluciente distribuidor de su Buick que al renqueante norteamericano con muletas que trataba de superar los escalones de acceso a la vivienda. Como de costumbre, le ofreció un vaso de vodka mientras se interesaba por el resultado de la reparación. Jack, acomodado en un sillón de estilo Imperio, le pormenorizó las dificultades que

había encontrado para obligarle a que rellenara las copas. Tenía que prolongar la atención de Viktor para dar ocasión a que Elizabeth apareciera, así que desvió la charla y se interesó por su afición por las armas. Sin embargo, Viktor sólo parecía tener lengua para sus automóviles. Sólo después del quinto trago, el oficial soviético cedió en su pose jactanciosa, se sentó sobre el sofá y apoyó los pies sobre la mesita. Luego olvidó los coches y se quedó mirando a Jack en silencio, con la vista perdida, como si de repente se le hubiera paralizado el cerebro. Jack imaginó que obedecía al efecto del alcohol y al sofocante calor que desprendía la aparatosa estufa central que presidía la sala. Comprendió que Viktor podía dar por concluida la reunión en cualquier momento, por lo que se apresuró a alabar su excelente gusto señalando los flamantes tapices que engalanaban las paredes.

—Cada vez resultan más complicados de conseguir —despertó Viktor, al tiempo que su vanidad—. Los burgueses lo perdieron todo. Todo, menos su endiablada capacidad para esconder bien sus riquezas. —Y rompió a reír estrepitosamente.

—Supongo que sí —simuló concederle la razón—. Y a propósito de burgueses: tengo entendido que se ha mudado a tu casa una verdadera joya burguesa... —Y le guiñó un ojo en un gesto de complicidad.

Jack rezó por que el alcohol hubiera reblandecido el entendimiento de Viktor lo suficiente.

—Así que ya te has enterado... Su tío la envió aquí para que la protegiera. —Rio—. ¿Te imaginas? ¡Un granjero enviando a la cueva del zorro a su mejor gallina! Guapa, sí, pero fría como un témpano. Si te digo la verdad, no cambio a esa chica por la mejor joya de mi casa. —Señaló con orgullo la espléndida estufa central de manufactura alemana.

—El viejo desvaría con la edad. Sólo piensa en trabajar en vez de disfrutar de la vida —rio Jack, y sirvió a Viktor otra copa de vodka que éste apuró antes de que Jack la colmara—. ¿Sabes? Precisamente mañana celebra sus cuarenta años de trabajo en la compañía.

—¿Tantos? ¡Caramba! De haberlo sabido, habría sugerido a Elizabeth que le comprara algún detalle. O que lo ingresara en un asilo —rio.

—Bueno. Según tengo entendido, Hewitt no es muy propenso a los reconocimientos —acompañó a Viktor en las risas—. Por eso, los chicos del

poblado americano habían pensado organizarle una fiesta de homenaje. Entonces pensé que quizá Elizabeth podría ayudarnos a sorprenderle.

—¡Me parece una excelente idea! Ahora ella está descansando, pero se lo comentaré cuando se levante.

Jack percibió el palpitar de su corazón. Si Viktor hablaba con Elizabeth sin estar él delante, averiguaría que todo era una farsa.

—La verdad, no sé qué serían capaces de hacerme los chicos si regreso con las manos vacías. Están ilusionados con la celebración y si postergamos los preparativos, todo resultará un desastre.

—Está bien. Si insistes, haré que el servicio la avise.

Jack dejó escapar un suspiro de alivio. La primera parte de su plan había funcionado, pero precisaba hablar con la joven antes de que Viktor descubriera que el aniversario de Hewitt era sólo una argucia.

Cuando Elizabeth apareció por la escalera que comunicaba con el piso superior, Jack volvió a encontrarla tan arrebatadoramente hermosa como el día que la descubrió comprando en el mercado de salazones. Lucía una bata de color burdeos que con el descenso de los peldaños se ceñía a sus caderas y bailaba al compás de sus rodillas. Jack no pudo evitar recordar la noche en que disfrutó su cuerpo. Sin embargo, en aquel instante, la sobrina de Wilbur Hewitt se le antojó como un juguete caro en manos de un niño caprichoso que tarde o temprano sería abandonado por otro con mejor envoltorio. Antes de que Viktor pudiera saludarla, Jack olvidó sus muletas y se acercó a ella tan rápido como su cadera se lo permitió.

—Si quieres que tu tío Wilbur viva, sígueme el juego —le susurró al oído.

Elizabeth se estremeció. Viktor, al advertirlo, levantó los pies de la mesita y se aproximó a la pareja.

—¿Tanto te atrae Elizabeth, que es capaz de curarte la cojera? —rió, y arrebató a Elizabeth del lado de Jack, abrazándola por la cintura, para conducirla hacia el sofá y sentarla a su lado—. No me habías dicho nada acerca del aniversario de tu tío.

Elizabeth miró a Jack, intentando encontrar en sus ojos una respuesta.

—Lo olvidé —acertó a decir con un hilo de voz.

—¡Cuando se trata de regalos, las mujeres sólo recuerdan sus propias

celebraciones! —intervino Jack con una sonrisa que luchaba contra el dolor producido por el esfuerzo—. Pero ¿cómo has podido olvidar que tu tío cumple mañana cuarenta años de trabajo?

—¡Oh! No me refería a que lo hubiera olvidado. Quería decir que olvidé mencionárselo a Viktor —respondió Elizabeth con una altivez tan convincente, que por un momento hasta el propio Jack creyó en su improvisada respuesta.

—Por lo visto, Jack y unos chicos del poblado americano pretenden celebrar una fiesta sorpresa y querían que los ayudases, no sé bien a qué —le aclaró Viktor a Elizabeth—. Por cierto: si os gusta la música, os podría prestar mi antiguo fonógrafo. —Señaló un aparato del tamaño de una máquina de coser, del que surgía una especie de trompetín—. Suena como una camada de gatos hambrientos, pero ayudaría a animar la velada.

A Jack le interesó la propuesta. El artilugio era un modelo americano de la firma Edison Records, similar a uno que él había tenido en Detroit. Constaba de una manivela que, al comprimir un resorte, hacía girar un cilindro de cera en el que unos surcos previamente labrados reproducían las distintas melodías. El sonido, capturado a través de una aguja, lo amplificaba el trompetín de forma un tanto rústica.

Comprobó su estado. La cera de los cilindros era muy delicada, y por esa razón los fonógrafos habían dejado paso a los gramófonos, que utilizaban discos de pizarra mucho más duraderos. Había reparado varios fonógrafos similares en el club de baile de Dearborn, por lo que, de haberlo precisado, podría haber puesto a punto el modelo que le ofrecía Viktor. El problema consistía en que en realidad no había pensado celebrar homenaje alguno, pero ante la insistencia de Viktor, y para no descubrirse, aceptó su oferta de buen grado.

La oportunidad para quedarse a solas con Elizabeth se presentó cuando Viktor anunció que se ausentaba para buscar unos antiguos cilindros musicales que conservaba en el piso superior. Nada más desaparecer, Jack se apresuró a susurrarle a Elizabeth los planes que Serguéi reservaba a su tío Wilbur. La joven escuchó boquiabierta sin perder detalle, como si le resultara imposible de creer.

—Te aseguro que es cierto. Serguéi pretende encarcelar a tu tío y me ha

encargado a mí que encuentre las pruebas para justificarlo. Yo no puedo hablar con él, de modo que tienes que avisarle cuanto antes.

—¿Y qué vamos a hacer? Lo que cuentas es terrible.

—Aún no lo sé. Dile a tu tío que reúna todo el dinero que pueda, sin levantar sospechas, y que hasta el momento en que yo pueda hablar con él, continúe haciendo una vida normal, como si nada sucediese. Yo contactaré con unos amigos para ver si me pueden conseguir unos pasaportes.

—Y la fiesta de la que hablabas, ¿qué tiene que ver?

—Fue lo único que se me ocurrió para poder conversar contigo sin levantar las sospechas de Viktor.

—Pero si Viktor nos está protegiendo. Precisamente por esa razón me hospedo aquí.

—No podemos fiarnos de nadie. Por bien que se esté portando con vosotros, Viktor también pertenece a la OGPU —le dijo al oído—. ¡Cuidado! ¡Ahí viene!

El oficial soviético bajó cargado con una caja repleta de cilindros cuyo tamaño era similar al de una lata de conservas.

—Hay un poco de todo: valeses, jazz... La verdad es que hace años que no lo uso.

—Servirán. Muchísimas gracias —dijo Jack.

—Bien. Y en cuanto a la sorpresa de tu tío, ¿qué idea has sugerido a nuestro buen amigo Jack para que le sorprenda, querida?

Elizabeth enmudeció.

—Aún no se lo había preguntado —intervino Jack—, pero la verdad: con el fonógrafo en la fiesta, y la presencia de su sobrina, estoy convencido de que Hewitt disfrutará igual que si estuviera en su querida Norteamérica.

—¡Perfecto! Entonces haré que te lo envíen a la villa. Nosotros, mientras, nos entretendremos eligiendo el vestuario que llevaremos a la celebración. ¿Qué te parece, Elizabeth? Mañana por fin asistiremos a una fiesta americana, de esas que tanto añorabas.

De regreso a la villa americana, Jack rumió lo estúpido de su idea. Disponía de menos de veinticuatro horas para organizar una farsa pública ante las mismísimas narices de un oficial de la policía secreta.

Para la organización del homenaje, Jack decidió contar con la misma cuadrilla con la que había pensado poner en marcha el economato. Joe Brown, Miquel Agramunt, Harry Daniels y su hijo Jim acogieron la oferta de trabajo como si les hubiera tocado el boleto premiado de la lotería. Serguéi Loban autorizaba a relevarlos de sus respectivos quehaceres laborales sin pérdida de sueldo, percibirían un pequeño jornal y tendrían prioridad para adquirir a precio reducido los alimentos que despacharan. En cuanto al motivo de la celebración en sí, Jack había fingido que obedecía a la inauguración del economato para asegurarse la asistencia de suficientes invitados a los que, una vez borrachos, podría sacarles un brindis por el aniversario de Wilbur Hewitt sin demasiados reparos.

Joe Brown pronto demostró que valía su peso en oro para el puesto de responsable de almacén que Jack le había adjudicado. A los diez minutos de su nombramiento ya había organizado una brigada de limpieza que adecentó el antiguo almacén de repuestos cuyo inventario aún aguardaba su traslado, organizó una suerte de expositores con cajas de madera y colocó sobre ellas el par de cerdos abiertos en canal que Miquel Agramunt había logrado que le suministraran sus contactos. Por su parte, Harry Daniels, su mujer y sus hijos se ocuparon de preparar las sillas de madera, la hoguera central para la enorme parrilla y las guirnaldas confeccionadas con tiras de cartón y trozos de saco coloreados. Pese al coste que iba a suponerle el evento, Jack lo dio

por bien empleado. Había invitado a Iván Zarko a la fiesta, y si lograba distraer a los guardias, aprovecharía para ponerle en contacto con Wilbur Hewitt y negociar juntos el precio de los pasaportes falsos.

Aunque la fiesta estuviera anunciada para las seis de la tarde, una hora antes, un nutrido grupo de curiosos ya aguardaba frente a la puerta del almacén bajo las gélidas temperaturas de noviembre. Jack advirtió a través de la ventana que entre los improvisados asistentes figuraban algunos de los viajeros con los que había coincidido en el *S. S. Cliffwood*, y al verlos apiñados para combatir el frío, con sus rostros demacrados maquillados por la pizca de ilusión que suponía asistir a una fiesta en la que se llevarían algo caliente a la boca, se preguntó cuántos de ellos soñarían con estar en aquel momento en América.

Comprobó los últimos detalles. Tras arder durante horas, la hoguera encendida sobre unas planchas de metal depositadas en el suelo había caldeado el interior del almacén y comenzaba a transformarse en una montaña de ascuas similar a pequeños volcanes preñados de lava. Miquel Agramunt había macerado los cerdos con aceite, pimienta, sal y romero, un aderezo de su tierra que había tenido la suerte de encontrar en Ucrania, y que, según el catalán, proporcionaría al asado un sabor excelente. Para acompañar los alimentos, había elaborado una bebida típica de su tierra consistente en una mezcla de vino tinto, polvos de soda, corteza de limón, azúcar y canela, a la que bautizó con el extraño nombre de «sangría» y que estaba deliciosa. Mientras los Daniels se afanaban en colocar las últimas guirnaldas artesanales, Jack revisó los cilindros musicales que le había proporcionado Viktor. Los más antiguos, fabricados con cera sólida de carnauba, reproducían interpretaciones de tan sólo dos minutos de duración, pero los últimos de baquelita contenían éxitos modernos y alcanzaban los cuatro minutos. Introdujo un cilindro de Bing Crosby en el fonógrafo, giró la manivela para cargar el mecanismo y depositó la aguja sobre el surco helicoidal que ya giraba a cien revoluciones por minuto. De repente, la poderosa voz del cantante americano inundó las paredes del almacén, que por un instante abandonaron su aridez para transformarse en una sala de baile de Detroit. Sólo faltaban los bailarines.

Pensó en Natasha. Le habría encantado disfrutar de la fiesta con ella, pero

cuando la llamó para invitarla, se encontró con que tenía programada una operación para aquella misma noche. Mientras escuchaba la melodía, no pudo evitar recordar sus besos cortos y fugaces, pero tan intensos y verdaderos que le habían prendido como un cebo envenenado del que no pudiera librarse.

A las seis en punto, Jack se ajustó su chaqueta de ojo de perdiz, echó un último vistazo al gigantesco cartel en el que Jim Daniels había rotulado primorosamente la leyenda ECONOMATO AMERICANO con los colores azul, rojo y blanco de la bandera nacional, y descorrió el cerrojo para dar por inaugurado el negocio. Los invitados que aguardaban afuera, incitados por la alegría de la música y el aroma de los primeros churrascos, saludaron a su anfitrión y entraron en tropel para coger sitio cerca de la parrilla.

Al poco de la apertura, los rostros decrepitos que diez minutos antes aguardaban en el exterior ya se habían transformado en un puñado de camaradas que volvían a cantar y sonreír como si no existiera el mañana. El tema de conversación era la añoranza de su país. Bailes de las montañas interpretados al violín se alternaban con las melodías americanas que surgían mágicamente del fonógrafo de Smirnov. Mientras deambulaba entre los invitados, Jack se encontró con Andrew y Sue cogidos de la mano. Nada más verlos los saludó con efusividad y los animó a que bailaran, pero Sue apenas sonrió y Andrew le retiró la mirada. Pese a insistir, no logró alterar su frialdad.

—Aún no te has mudado —fueron las primeras palabras de su amigo.

Desde que Andrew comenzó a trabajar para la OGPU, era como si apenas le conociera. Tal vez le guardase rencor por su éxito económico, o quizá nunca hubiera sido tan amigo como aparentaba. Al fin y al cabo, su amistad sólo era la de dos compañeros de pupitre, y de eso hacía ya diez años. Se fijó en su nueva casaca soviética sobre la que había prendido una pequeña etiqueta de cartón donde se leía «Jefe de Seguridad de Fordville». No supo qué pensar.

Cuando se dieron la vuelta, procuró olvidar aquellos pensamientos. Andrew era su amigo. Le había salvado en Nueva York y no merecía sus recelos.

Media hora más tarde aparecieron Iván Zarko y su sobrino, quienes según

el guion acordado, rápidamente se mezclaron con los familiares de algunas de las mujeres soviéticas que habían contraído matrimonio con trabajadores norteamericanos. Poco después hacía acto de presencia Wilbur Hewitt, acompañado de su sobrina Elizabeth, y del protector de ella, Viktor Smirnov. Al contrario que en otras ocasiones, Elizabeth apenas si despertó su interés: lo achacó a sus sentimientos hacia Natasha. Respecto a Hewitt, Jack comprobó que el ingeniero interpretaba a la perfección su papel de falso homenajado y correspondía a las muestras de afecto y saludos de los demás invitados. Tras dejar pasar un tiempo prudencial, Jack acudió a su encuentro, luciendo una sonrisa de vendedor de dentífricos.

—¡Cuarenta años de servicio! ¡Espero poder decir lo mismo algún día! —le dijo a Hewitt, y le estrechó la mano con fuerza.

—Siempre es un orgullo trabajar para América. ¡Por todos los diablos! ¡Menuda fiesta has montado!

—Espero que la disfruten. Pasen y prueben los platos de Miquel. Viktor, bienvenido.

Viktor Smirnov aceptó el saludo de Jack y se adentró entre los invitados con un rictus de desdén, como si temiese que al rozarse con alguno pudiera contaminar su impecable uniforme. Elizabeth le siguió cogida a su brazo, presumiendo del precioso vestido azul cobalto que contrastaba con los modestos atuendos del resto de los asistentes. Hewitt dejó que se adelantaran y aprovechó para acercarse a Jack, que caminaba detrás, ayudado de una muleta.

—Pero ¿cómo has tenido esta idea tan descabellada? —le susurró—. Si los soviéticos hurgan en mi historial profesional, comprobarán que sólo llevo en la Ford veinticinco años.

—Lo dije al azar. Fue lo único que se me ocurrió para poder hablar con usted a solas. Imaginé que, tratándose de una fiesta, Serguéi le retiraría a los guardias y encomendaría a Viktor su vigilancia. De todas formas, lo importante ahora es actuar cuanto antes.

—Mi sobrina me advirtió de que planeaban encarcelarme. ¿Es eso cierto?

—Sí. Serguéi le acusa de estar detrás de los sabotajes y de las muertes que éstos han acarreado. Incluso le culpa del atentado que estuvo a punto de acabar con mi vida. Cree que, o bien trabaja en su propio beneficio desviando

fondos de la factoría, o lo que es peor, que lo hace para el gobierno capitalista de Estados Unidos con la intención de retrasar al máximo la industrialización soviética.

—¡Pero ese hombre está loco! Si precisamente soy yo el más interesado en evitar cualquier quebranto en la factoría. ¡Yo soy el responsable de...!

—Lo sé. Y precisamente por ello me he visto en la obligación de avisarle.

—Pero ¿cómo has logrado enterarte?

Jack permaneció en silencio un instante. Miró a Hewitt y finalmente suspiró.

—Porque Serguéi me obligó a que le espiera.

Hewitt se detuvo en seco.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir? —Su rostro se endureció.

Jack volvió a coger aire.

—Ya se lo he dicho. Me exigió que averiguara cuánto hay de cierto en sus sospechas.

—¿Y entonces ya trabajabas para él cuando te pedí ayuda en el campo de tiro?

—¡Dejemos ahora las monsergas! —le atajó Jack—. Lo verdaderamente importante es conseguir que usted y Elizabeth escapen de aquí, antes de que Serguéi se canse de esperar y fabrique cualquier prueba.

—¡Te lo avisé! ¡Ese hijo de perra está obsesionado con responsabilizar a alguien de su propia ineptitud! ¡Pastores y ganaderos metidos a dirigentes!...

—¿Pastores? ¡Ja! Serguéi se graduó en el Instituto Tecnológico de San Petersburgo. Si me lo hubiera advertido, me habría ahorrado multitud de problemas.

—¿Y quién le enseñó? Supongo que alguien con una pistola.

Jack observó que desde la lejanía Viktor los buscaba con la mirada y condujo a Hewitt hacia un cuarto trastero en el que almacenaban las patatas.

—¿Le dijo Elizabeth lo del dinero?

—Sí. Dispongo de diez mil dólares que he ido sacando poco a poco de mi cuenta.

—Está bien. Aguarde aquí. Voy a buscar a un amigo y regreso enseguida.

Jack hizo oídos sordos a los lamentos de Hewitt y le obligó a que esperara escondido. Después de comprobar por el ojo de la cerradura que nadie los

vigilaba, abrió la puerta y salió del trastero. Poco después regresaba acompañado de Iván Zarko y su sobrino Yuri, quien permaneció de guardia al otro lado de la puerta. Tras las presentaciones, Jack explicó someramente a Zarko la situación. Necesitaban tres pasaportes y una ruta de fuga segura. Obvió señalar el dinero de que disponían, pese a que el hampón soviético lo preguntó en repetidas ocasiones.

—Olvida el precio y di si puedes asegurar la fuga —intervino Hewitt en un simulacro de idioma ruso.

—Pero ¿con quién cree este saco de mierda que está negociando? ¿Con un expendedor de la estación de ferrocarriles? —gruñó Zarko.

Jack se abstuvo de traducir las palabras del hampón.

—¡Por favor, señor Hewitt! ¡Guarde silencio! ¡Este hombre no es uno de sus empleados! —Luego Jack se volvió hacia Zarko—. Discúlpale. No conoce el idioma —excusó a Hewitt—. Pagaremos lo que consideres justo.

—¿Por qué? —dijo Zarko con cara de pocos amigos—. ¿Por qué debería ser justo con él? A ti te respeto por mi antigua amistad con Constantin. Él te dio *blat*. A tu amigo no le debo nada.

—Yo pagaré por él —zanjó la cuestión Jack.

—Mmm... No sé si podré ayudaros. —Negó con la cabeza—. Los pasaportes que permiten la salida del país sin demasiadas comprobaciones son los de nacionalidad polaca, rumana o búlgara. Si os detuvieran, lo primero que harían sería interrogaros en el idioma del país que figura en vuestro pasaporte.

—La chica y su tío hablan alemán, y yo también me defiendo. —Jack se alegró de haber tomado clases con motivo de sus viajes a la feria de maquinaria de Berlín—. ¿Serviría?

—No lo sé, pero es tu dinero. Tres mil dólares. Dos mil quinientos por los suyos y quinientos por el tuyo.

—¿Incluido el transporte?

—No. De gastos calcula otro tanto. Tardaré unas tres semanas en obtener los documentos. Quizá cuatro. Pero antes de la llegada de la primavera os resultará imposible partir.

—Demasiado tiempo. Yo podría aguardar, pero esta gente necesita salir ya.

—Te repito que es imposible. El ferrocarril es un pasaje directo al gulag. Los controles son continuos. Dos y hasta tres veces entre estación y estación. Si los fugitivos fueran ciudadanos anónimos quizá pudieran sortearse, pero tratándose de americanos de quienes se habría dado la voz de alarma, olvidaos. Os detendrían nada más poner un pie en el vagón. En cuanto al transporte de línea por carretera, en invierno desaparece.

—¡Diablos! Pues consigue un vehículo privado.

—¡Ja! ¿Y cómo repostarás? ¿Con vodka y orina? No localizarás un surtidor abierto en mil kilómetros a la redonda. Intentarlo sería un suicidio.

Jack recordó el matrimonio americano que habían capturado y sacudió la cabeza. Tenía que encontrar el modo.

—Está bien. Tú consigue los pasaportes. Del resto ya nos ocuparemos nosotros.

Zarko asintió. Se despidió de Jack con un apretón de manos y a Hewitt le dedicó una mirada despectiva. Luego salió del cuarto y desapareció junto a su sobrino. El ingeniero aguardó noticias.

—Nos conseguirá los pasaportes. Le costará seis mil dólares.

—¿Seis mil? ¡Pero eso es un robo!

—Tres mil son para Zarko. Por adelantado. El resto es lo que ha calculado que necesitaremos para sobornos, hospedaje, transporte e imprevistos.

Hewitt miró a Jack como si desconfiara. Sin embargo, echó mano a su bolsillo.

—¡Seis mil! —Se los entregó al joven—. Espero que sepas lo que estás haciendo.

Jack paseó por el almacén, sintiéndose seis mil dólares más comprometido y seis mil dólares menos seguro. En realidad, no tenía claro si estaba haciendo lo correcto. Sabía que debía huir, pero la imagen de Natasha acudía a su mente para retenerle. Mientras se servía un trago de vodka sintió como si de repente todos los invitados dejaran de bailar para clavar sus ojos en él y vigilarle. Azorado, se abrió paso entre la muchedumbre y avanzó hasta la esquina donde se habían acomodado Viktor y Elizabeth junto al fonógrafo

para escuchar bien la música. Le extrañó no encontrar a Hewitt con ellos. Viktor parecía haber bebido más de la cuenta y le costaba mantenerse firme. Jack llenó su vaso y brindó con la pareja para disimular su nerviosismo.

—¡Por la fiesta americana!

—¡Por la fiesta americana! —respondieron ellos al unísono.

Viktor entrechocó su vaso con tanto ímpetu que derramó el vodka sobre su uniforme, y al apartarse, golpeó el fonógrafo con la espalda y lo hizo caer al suelo.

Jack recogió el aparato y lo colocó en su lugar, pero al tratar de hacerlo funcionar comprobó que se había destrozado.

—Lo siento, yo... —balbuceó Viktor.

—No os preocupéis. ¡Que suene el violín! —conminó Jack a los músicos.

—Tú también te has puesto perdido —le observó Elizabeth.

—¿Eh? ¡Ah, sí! —Jack se sacudió la pechera—. ¡Menudo estropicio! Iré a casa para cambiarme y de paso me llevaré el fonógrafo para intentar arreglarlo.

Viktor asintió sin prestar demasiada atención al posible destino del aparato y se volvió hacia Elizabeth para besarla. Ella dejó los labios muertos.

—Seguid disfrutando. Ahora vuelvo —dijo Jack.

Jack encargó a Harry Daniels que se ocupase de los invitados y les recordara que en el nuevo economato, además de patatas y costillas, dispondrían de servicio de reparación de zapatos y se aceptarían ventas a crédito. Aprovechó para pedirle a Jim que le ayudara a transportar el fonógrafo. Cuando llegaron a su casa, Jack agradeció al joven su ayuda.

—Deja el aparato ahí y vuelve a la fiesta. Ya puedo apañarme solo. —Y cerró la puerta para buscar un traje limpio.

Nada más llegar a su habitación, sacó los seis mil dólares del bolsillo de su chaqueta y separó los billetes mojados. Mientras se secaban al calor de la estufa, se dirigió hacia el armario para cambiarse de traje. Sin embargo, al abrir la puerta recordó que Yuri había guardado su chaqueta de vestir en el baúl de McMillan.

Miró a lo alto del armario. El baúl seguía allí encima, demasiado alto como para alcanzarlo con la mano. Arrastró una silla y la situó junto al armario. Luego colocó su pie izquierdo en el asiento y se aupó hasta

agarrarse a un asa del baúl, pero al tratar de desplazarlo, se desestabilizó y el baúl cayó al suelo en medio de un enorme estruendo.

Jack blasfemó para sus adentros. Por más que intentara ignorarlas, le enfurecía comprobar la terquedad de las limitaciones que le ocasionaba la herida de su cadera. Se bajó de la silla y accionó la cerradura, pero al hacerlo, advirtió que, con el impacto, la tapa inferior del baúl se había desprendido y dejaba a la vista lo que parecía un doble fondo. Extrañado, utilizó una percha como palanca para terminar de arrancar la tapa y observó que, en efecto, el baúl albergaba en su interior un compartimento camuflado. Rápidamente vació el baúl y lo volcó para extraer su contenido. Entre los objetos escondidos encontró una libreta repleta de anotaciones, documentación contable variada y planos del Autozavod. Sin embargo, ése no fue el hallazgo que le paralizó el corazón.

Casi sin atreverse, apartó los planos y cogió el cuadernillo rojo sobre el que relucía el membrete dorado de Estados Unidos.

Jack lo miró boquiabierto, sin apenas conceder crédito a lo que leía. Aquel cuadernillo era el pasaporte de George McMillan, el ingeniero que según Wilbur Hewitt había permanecido en Nueva York aquejado de una apendicitis repentina. Incrédulo, lo abrió despacio y pasó las páginas con cuidado. Cuando finalmente leyó la última, lo dejó caer de golpe, como si le hubieran disparado, y su corazón se detuvo.

En su última hoja, sellado con tinta negra, aparecía el visado de entrada en la Unión Soviética fechado el 26 de diciembre de 1932, una semana antes del desembarco del *S. S. Cliffwood* en Helsinki. Y si George McMillan había entrado en la Unión Soviética, eso significaba que Wilbur Hewitt llevaba mintiéndole desde el primer día.

Aunque las pruebas acusaran a Hewitt, Jack quiso creer que existiría alguna explicación.

Desde luego, la fecha sellada en el pasaporte acreditaba de forma fehaciente la entrada de McMillan en la Unión Soviética. Sin embargo, no alcanzaba a entender la razón por la que, una vez pasada la frontera, McMillan habría ocultado su pasaporte. Y lo que era aún más intrigante: ¿dónde se encontraba ahora ese hombre?

Se fijó en el rostro que aparecía en la foto del pasaporte: gafas de intelectual, ojos muy separados, bigote rizado..., un semblante distinguido que, pese a lo particular de sus rasgos, estaba convencido de no haber visto nunca.

Recordó entonces las sospechas de Serguéi. El responsable de la OGPU aseguraba sin atisbo de duda que, atendiendo a la naturaleza de los sabotajes, su autor debía de ser por fuerza un técnico experto en maquinaria compleja, características que encajaban como anillo al dedo con McMillan. Quizá fuera él el hombre al que Serguéi buscaba, y Wilbur Hewitt, su mano encubridora.

Un hecho era evidente: Hewitt le había mentado al asegurarle que McMillan se había quedado en Nueva York. Sin embargo, había un aspecto que no casaba. Si Hewitt sabía que McMillan había entrado en la Unión Soviética, ¿por qué le habría permitido a él quedarse con su baúl y sus pertenencias? Carecía de sentido, a menos que Hewitt estuviese convencido

de que McMillan jamás lo reclamaría.

Le resultó imposible encontrar una explicación lógica, más allá de la evidente traición de Hewitt. Acercó todos los papeles a una bombilla y los escrutó con fruición. Sus manos temblaban mientras hojeaba cada apunte y leía cada transacción, sin encontrarles ningún sentido. Los apartó de un golpe mientras se compadecía de sí mismo. ¿Hasta qué punto su vanidad y su propia ambición le habían cegado? ¿Cómo había sido tan necio de creer que alguien como Hewitt podría contratar y pagar una suma fabulosa a un perfecto desconocido? A menos, claro estaba, que para sus planes, Hewitt necesitara a un auténtico imbécil.

Apenas si lograba pensar. Sin embargo, aún le quedaba el suficiente entendimiento como para comprender que el miedo de Hewitt y la razón de su huida sólo obedecían a su propia culpabilidad. El dilema consistía en que ahora no podía delatarle sin resultar él mismo implicado. Acababa de revelar a Hewitt sus contactos, le iba a facilitar documentación falsa y había cobrado por ello. Si Hewitt caía, le acusaría de complicidad y él también resultaría condenado. Además, estaba Elizabeth. Ella no tenía la culpa de que su tío fuera un corrupto.

No encontró mejor solución que dejar las cosas como estaban y esperar a que transcurriera el tiempo. Convencería a Hewitt de que hasta la primavera resultaría imposible emprender la huida y, mientras tanto, trataría de encontrar su propia salida. Hasta entonces se preocuparía de sí mismo. Trabajaría en el economato, se recuperaría de su cadera, ganaría dinero y planificaría su fuga. Tras comprobar que sólo estaba rodeado de alimañas, eso era lo único que le importaba.

El mes de diciembre irrumpió tan cargado de nieve como de malas noticias. La hambruna, que parecía haberse cebado con Ucrania, el granero de la Unión Soviética, extendía sus tentáculos sobre el Autozavod en forma de racionamientos tan escasos que no engordarían ni a un mirlo. Por fortuna, el economato gestionado por Jack suponía un alivio para los americanos, no tanto por los exiguos alimentos que le suministraba el almacén oficial, como por los que Agramunt era capaz de negociar con algunos granjeros.

Con la aquiescencia de Serguéi, Jack había conseguido transformar un almacén de cucarachas en un colmado en el que, además de patatas, legumbres y tocino, se podían adquirir los sabrosos adobos que elaboraba Miquel y las comidas que la esposa de Harry Daniels cocinaba para quienes preferían dedicar su tiempo a trabajar horas extra. Harry y Jim se dedicaban a limpiar y sanear los víveres que llegaban del economato general, a fin de proporcionarles un aspecto más apetitoso. Añadido a esto, la idea de vender a crédito había atraído clientes desde el primer día, convirtiendo a Joe Brown en el contable encargado de anotar hasta el último rublo, y a Jack, en un avezado hombre de negocios que suscitaba el asombro de sus vecinos.

Pero a quien de verdad quería Jack impresionar era a Natasha.

En cuanto se lo permitían sus quehaceres, acudía a verla con la ilusión de un colegial. En la mayoría de las ocasiones, sus encuentros se limitaban a un breve paseo por los alrededores del hospital, pero si el trabajo se lo permitía, montaban en el Ford A y huían a Gorki para disfrutar de sus monumentos y avenidas. A su lado, las dificultades parecían desvanecerse como por ensalmo. El problema consistía en que éstas regresaban en cuanto volvía a su casa y cerraba la puerta.

La principal afectaba a su relación con Hewitt, si bien, desde el descubrimiento de su engaño, había procurado pensar en él lo menos posible.

Otro asunto que hubo de resolver en diciembre fue el de la mudanza. Aunque Andrew se había mantenido alejado y los recelos de sus compatriotas habían disminuido, Iván Zarko había encontrado una casa en la ciudad, y no quería postergarlo.

Estaba intentando decidir qué muebles conservar, cuando un insistente golpeteo de nudillos le arrancó de sus pensamientos. Al abrir la puerta, Jack se topó con el sobrino de Iván Zarko, a quien el día anterior había enviado recado para que le ayudara con el traslado. Le hizo entrar y le indicó los enseres que debía sacar hasta el carro de caballos con el que iba a realizar la mudanza. Mientras el joven iniciaba el acarreo, él introdujo sus últimas pertenencias en el baúl de McMillan y rezó por que el palacio que Zarko le había prometido fuera realmente de su agrado.

Sin embargo, cuando descubrió la bandada de murciélagos que surgía de los agujeros del techo de su nueva casa, se preguntó si Zarko conocería la

diferencia entre *palacio* y *estercolero*. Yuri le había asegurado que cambiaría de opinión tras una buena limpieza pero Jack lo dudó. Cuando el ruso terminó de descargar, Jack se acercó cojeando hasta el pequeño balcón de la primera planta que daba a la calle Aleksejewskaya, cerca del Kremlin de Gorki. Desde su atalaya observó las torres de la antigua fortaleza erigida por los zares, y cuyo majestuoso aspecto, pese a carecer de la imponentia de su homónima moscovita, dejaba patente el poder que éstos habían ostentado.

Volvió la mirada hacia las viviendas colindantes. De apariencia similar a la que acababa de ocupar, se alzaban también sobre dos alturas. Según Yuri, la mayoría habían pertenecido a miembros de la burguesía antes de que la Revolución las transformara en almacenes y talleres. Concretamente, y en palabras de Zarko, la que le había alquilado había servido antes de carpintería, aunque por su estado, Jack imaginó que en algún momento debían de haberla usado como almacén de basura. Cerró el balcón y volvió dentro para despedir a Yuri. Una vez a solas, se sentó en una silla y descorchó una botella de vodka de la que bebió un buen sorbo. El calor le revivió. Al tercer trago comenzó a ver la vivienda de otro modo. Quizá, para evitar sospechas en caso de visita, debería retirar la mezcla de serrín y astillas que impedían ver el embaldosado y darle una mano de pintura a las paredes. Así adquiriría el aspecto de un hogar tradicional, cuyo inquilino en lo último que estaría pensando sería en emprender la huida.

Lo que por desgracia no iba a poder cambiar era la empinada escalera que comunicaba la planta baja con el piso superior y que le había arrancado un par de lamentos de su cadera.

Se aplicó sobre la cicatriz la crema de lanolina que le había suministrado Natasha en su último encuentro y flexionó la pierna. Luego intentó elevar la rodilla hasta la altura del ombligo, pero antes de lograrlo sintió como si una cuchilla le atravesara las tripas.

Inspiró con fuerza antes de engullir un nuevo trago de vodka. Hewitt, un traidor. Serguéi, un fanático. McMillan, desaparecido. Anatoli Orlov, muerto... Todo le daba vueltas. Decidió echarse a dormir y esperar a que amaneciera.

Le despertó un dolor insoportable aferrado a su cadera, que atribuyó en parte al terrible frío que a mediados de diciembre atacaba con virulencia. Sin embargo, la habitación se percibía extrañamente caldeada. Cuando se incorporó, se encontró con la figura de Yuri deambulando por la sala. Por lo visto, el joven disponía de otra llave y había madrugado para limpiar la casa, aprovechando las astillas y tablones sobrantes para alimentar el fuego de la chimenea. Jack se enfundó en una bata, se lavó la cara con el agua de una palangana y miró a su alrededor. Después del baldeo, el lugar había mejorado bastante, aunque igualmente seguiría confundándose con una porqueriza. Yuri, que parecía devorar algo, le saludó entre dientes y le ofreció una especie de salchicha asada encerrada entre dos mendrugos de pan negro. Jack la cogió y la engulló sin protestar. Estaba tan hambriento que se habría comido hasta los murciélagos que seguían revoloteando por el tejado de la casa.

—¿Un baño? —dijo Yuri, y sin apartar la vista de su salchicha le señaló una tina de madera repleta de agua humeante.

—Vosotros los rusos sabéis cómo encarar el invierno. —La sonrisa le duró lo justo que tardó en sentir los efectos de la resaca.

Miró la tina y dudó. Le apetecía sumergirse en el agua caliente y olvidar por un rato sus problemas, pero no estaba convencido de que su herida se lo agradeciera. Desde el atentado no se había mojado la zona, aunque la cicatriz parecía capaz de soportar la prueba.

Observó que Yuri se disponía a bajar las escaleras.

—¿Te vas?

—Dejé cosas tuyas en un almacén de mi tío. Voy a traerlas, él necesita el espacio.

—De acuerdo, pero no tardes. Tendrás que ayudarme para bajar. Ayer me hice un daño horrible. —Jack lamentó haber decidido pasar la noche en el piso superior.

Cuando se quedó solo, se deshizo de su ropa interior y se desprendió del vendaje que había vuelto a usar después de su recaída. Luego, lentamente, y pese a las molestias que le provocaban los movimientos, se introdujo en el

agua. Aunque le molestó la herida, su calidez le reconfortó. Buscó acomodo en la tina y cerró los ojos mientras inspiraba el vaho como si fuese un alimento. Por un instante, al tiempo que su cuerpo se amodorraba, su mente voló hacia Detroit y se vio a sí mismo de nuevo en Norteamérica. Una bañera con agua caliente..., un trabajo que le contentase..., la ausencia de problemas... y Natasha. Se sorprendió con lo poco que podría llegar a ser feliz.

Estaba a punto de volver a dormirse cuando advirtió que en el piso inferior alguien llamaba a la puerta. El confort desapareció para transformarse en alerta. No podía tratarse de Yuri porque él tenía llave. Preguntó a gritos sin obtener contestación. Intentó incorporarse, pero un dolor intenso le sacudió el espinazo. Aferrándose al borde de la tina, encogió las piernas y se balanceó hacia un costado. De repente oyó el sonido de pasos ascendiendo por la escalera.

—¿Yuri?

Los pasos continuaron. Fue la única respuesta.

Trató de elevarse. Pese al sufrimiento, logró alterar su posición para colocarse de rodillas. Luego echó la espalda hacia atrás hasta quedarse en cuclillas y finalmente comenzó a incorporarse. Estaba a punto de conseguirlo, cuando una figura le sorprendió. Jack tartamudeó al comprobar que la persona que le contemplaba desnudo, con el agua por las pantorrillas, era Natasha. Entonces, muy despacio y sin parar de maldecir, volvió a sumergirse en la bañera.

—¡No! —dijo ella, y corrió a impedirselo.

Con la ayuda de la joven, Jack salió de la tina e intentó cubrirse con su ropa interior, pero ella le obligó a tumbarse en la cama y palpó la cicatriz con preocupación.

—Te advertí que no lo hicieras. Pero ¿cómo se te ha ocurrido mojarla?

—¿Y tú qué haces aquí? —dijo él, azorado, mientras se cubría con una manta—. ¿Te ha enviado tu padre?

—¿Mi padre? ¡Claro que no! Bueno, mencionó lo de tu recaída, pero la idea de venir ha sido mía... Pregunté tu dirección en el economato. La puerta estaba sin cerrojo, llamé y como no contestabas, pensé que podrías necesitar ayuda.

Jack supuso que Yuri habría olvidado cerrar con llave. Todavía aturdido, miró a Natasha, cuyo rostro lucía más bello con las trenzas sueltas que con el pelo recogido.

—¿Y has venido a propósito desde la factoría?

—No ha sido necesario. Vivo a tres manzanas de aquí, ¿no te acuerdas?

—Pues no muy bien, la verdad. Recuerdo que la vez que te acompañé, aparqué frente a un antiguo edificio, pero había bebido más de la cuenta. Aún no sé ni cómo acerté para regresar al poblado, pero, a ver, déjame pensar... ¡Ah, sí! La calle de las Cooperativas. Ahí tienes tu casa.

—¿Una casa, yo? ¡Qué va! Sólo una habitación con derecho a baño y cocina, como cualquier chica soltera.

—Pues no lo entiendo. Para alguien de tu posición, vivir en una casa compartida debe de resultar un poco bochornoso, ¿no?

—¿Por qué? —Sonrió—. No veo que yo tenga más manos, más piernas o más cabezas que requieran más espacio que el de cualquier otra persona.

—No sé. Eres una cirujana importante. Deberías tener derecho a...

—¿A una casa como ésta? —Miró a su alrededor—. Desde luego es grande. E incluso si se limpiara bien, podría quedar bonita, pero lo sería más si en ella vivieran un par de familias que lo necesitaran, ¿no crees?

A Jack le sorprendió el entusiasmo con el que Natasha parecía aceptar unas condiciones de vida que no se correspondían con la responsabilidad de su cargo. No sabía bien qué decir, de modo que prefirió callar y dejar que la joven le atendiera. Estaba a punto de terminar de adherirle el apósito que había sacado de su maletín, cuando Jack se atrevió.

—Estás... No sé. Diferente...

—¡Vaya! ¿Eso es un halago o un reproche? —Ella dio un leve respingo por la sorpresa.

—No. Me refiero a... No sé. Es que verte así, sin el uniforme...

—¿Tan mal me queda? —Natasha se levantó riendo y se giró como si fuera un maniquí.

—No. Te queda precioso —dijo Jack—. Es simplemente que... ¡hoy pareces una joven normal!

—¿¡Cómo dices!?!... —Simuló enfadarse—. Y entonces ¿qué es lo que parecía antes?

—Pues... ¡Pues parecías una doctora rusa! —respondió, como si eso la encuadrara en una supuesta categoría de fenómenos de feria—. ¡No! ¡No quería decir eso! Es que es la primera vez que te veo ejercer de doctora sin tu bata —advirtió su error de inmediato.

—¿No? Yo creo que sí querías decirlo. —Mantuvo indemne su sonrisa.

—De veras lo siento. Esto... —carraspeó—. ¿Te importa darte la vuelta? —Hizo ademán de querer vestirse.

Natasha obedeció sin dejar de sonreír mientras Jack se enfundaba los pantalones.

—En fin. ¿Cómo has visto la herida? —Terminó de vestirse.

—Pues esta doctora rusa cree que meterte en la bañera no ha sido la mejor idea. Por fortuna la cicatriz apenas se ha reblandecido. —La presionó levemente—. Imagino que en un par de semanas volverás a caminar sin ayudas.

—El endemoniado dolor sigue ahí.

—La esquirra te dañó los nervios. Quizá debas ir acostumbrándote. Por cierto, ¿a qué huele aquí? —Y se volvió hacia el lugar en el que Yuri había dejado un plato con restos de salchichas.

—Al desayuno. ¿Te apetece acompañarme?

—¡Uf! ¡Me encantaría! Hace mucho que no como un bocado así, pero no sé si tengo tiempo...

—¡Vamos! ¡Ayúdame! Yo solo no podré preparármelas. —Simuló un gesto de dolor.

Natasha no pudo negarse y le auxilió en sus labores de cocinero. Asaron dos salchichas del paquete que había dejado Yuri y tostaron sendos trozos de pan negro. El aroma se extendió por toda la vivienda, mezclado con el calor de las ascuas. Luego se sentaron junto al fuego y se deleitaron con el bocado.

—Estás más delgada sin el uniforme. —Jack la escrutó con la mirada: comprobó que, en realidad, la joven simplemente estaba delgada.

—Yo no me veo tan flaca. Es por el racionamiento —respondió con un rictus de vergüenza—. ¡Y por el trabajo! —se apresuró a justificar.

—¿Y qué pensará de ello tu novio? —bromeó Jack.

—¿Mi novio? ¿Y qué te hace imaginar que lo tengo? —le siguió el juego.

—Bueno. No sé. Simplemente me resulta extraño que una chica tan

guapa, y de tu posición, en fin... Que viva en un piso compartido y pendiente sólo de su trabajo...

—Sí. Quizá sea una rara. Pero te aseguro que si tuviera novio, me besaría aunque fuese la más flaca de la tierra. —Rio, y se dejó besar por Jack, cuando él la abrazó muerto de risa—. ¿Y tú? ¿No has tenido novia? Quiero decir..., aparte de tu falsa esposa.

—Claro. Ven, que te la presento. —Y la acercó a un espejo para que se viera.

—No. Me refiero a una novia americana. —Su semblante se cubrió de un tono más serio—. Mi padre me comentó que habías frecuentado a la sobrina de Wilbur Hewitt.

—¿Eso te dijo? Pues no tienes por qué preocuparte. Esa joven es agua pasada.

—Pero entonces ¿es cierto?

—¿Qué más da? Oye, ¿a qué viene esta insistencia? No estarás celosa...

—¿Yo? ¡Qué va! ¡Oh, vaya! ¡Si hasta tienes un fonógrafo! —interrumpió el interrogatorio y se dirigió alegremente hacia el aparato. Sin embargo, al observarlo de cerca, mudó su expresión en una mueca de estupor—. ¿De dónde...? ¿De dónde lo has sacado?

—¿Te gusta? Es un Edison Records de...

—¡Sé lo que es! Te pregunto que de dónde has sacado este trasto.

Jack advirtió la dureza de su tono.

—Bueno... Un oficial me lo dejó para que se lo reparara —dijo Jack, como si de repente se sintiera acusado de algún delito desconocido.

—¿Un oficial?...

—Sí. Viktor Smirnov, un oficial de la OGPU a las órdenes de tu padre. ¿Pasa algo?

—No... Es sólo que... Que harías bien en apartarte de ese hombre. —Su voz tembló.

—¿De Viktor? Pero si desde que llegué no ha hecho más que ayudarme.

—Viktor sólo sabe ayudarse a sí mismo.

—¿Vas a decirme de qué le conoces?

—Lo siento, pero prefiero no hablar sobre ello. Ha sido un error mencionarlo.

Jack tuvo que esforzarse para tragarse la curiosidad. No supo qué decir. Lo único que se le ocurrió fue interesarse por la evolución de los lesionados durante los altercados. Al escucharle, Natasha pareció recobrar la calma.

—Fue terrible —dijo la joven—. Había decenas de heridos: jóvenes, viejos, mujeres... No entiendo cómo pudo la policía emplearse con tanta dureza. —Dio un último bocado que ya no paladeó.

—Puede que tuvieran razones para hacerlo. Me refiero a que es posible que esos jóvenes, esos viejos y esas mujeres estuviesen tan desesperados que no temieran las posibles represalias. O eso, o...

—¿O?

—O que, simplemente, la policía se sobrepasara.

—¡Tú y tus prejuicios contra la Unión Soviética! —Se levantó—. Esos heridos son contrarrevolucionarios que pretenden destruir cuanto los sóviets han construido. Además, mi padre jamás autorizaría...

—¡Vale! ¡Vale! ¿Sabes? No sé por qué, pero esa acusación sobre los contrarrevolucionarios me suena a una cantinela que os tenéis aprendida como si os la hubieran inculcado desde el parvulario. La escucho de ti, de Serguéi, de Viktor, de la policía, de los funcionarios, de los operarios... ¡Y de la irritante radio esa, que emite en el Autozavod día y noche, te metas en el rincón que te metas!

—He de irme. Gracias por la salchicha —dijo Natasha.

—¡Espera! No pretendía ofenderte. Es sólo que...

—¿Qué?...

—Que cuando no son contrarrevolucionarios, son los capitalistas, y si no, los imperialistas. Veis enemigos por todos lados y... ¡Y por todos los diablos, hemos venido a ayudaros!

—Ya... En fin, Jack. Ha sido un placer sacarte de esa bañera. —Le dio un beso fugaz.

—Espera, ¿vas a dejarme así? —le gritó al advertir que comenzaba a descender por las escaleras.

—No. Los soviéticos no somos tan malos como imaginas. —Le sonrió—. Puedes pasar por el hospital cuando quieras. —Y se volvió de nuevo para abandonar definitivamente la vivienda.

Jack pasó la siguiente semana entretenido con la puesta a punto de su casa. Poco a poco la había ido limpiando y ordenando, y las obras de reparación que había acometido Yuri consiguieron que finalmente la antigua carpintería luciese como una auténtica vivienda. Sin embargo, ocupaba la mayor parte de su tiempo en la gestión del economato, que, con la llegada de las fiestas, estaba en plena efervescencia.

La víspera de la Navidad de 1933, Joe Brown cerró la caja y le mostró a Jack las ganancias. Tras volver a sumar los rublos, Jack negó con la cabeza.

—¿Por qué esa desgana, señor Beilis? Es bastante más de lo que habríamos podido imaginar.

Jack tardó en responder. Se acordaba de su padre. Justo hacía un año de su muerte.

—No es eso, Joe. Y ya te he dicho que no me trates de usted.

—¿Otra vez? Si es por la gente a la que vendemos, permítame que le diga que si no fuera por este economato, aún pasarían más hambre. Y no insista con lo del tuteo. Ahora es usted mi jefe, y mientras lo sea, tendrá que aguantarse.

—Ya. Ten. —Le entregó la parte de la gratificación semanal que había decidido repartir entre sus empleados—. Pero la señora Newman no tiene para alimentar a sus hijos enfermos, y Burton se ha contagiado del tifus, y...

—Y usted miró para otro lado cuando sorprendió a su hijo mayor robando

cuatro piezas de carne. ¿Cree que no me fijé?

—Se habrían podrido de todos modos.

—Ya... Pues sé de gente que habría matado por esa carne «podrida».

Jack dio por concluida la conversación y continuó apilando cajas vacías. El ejercicio estaba fortaleciendo su cadera y, tal y como vaticinó Natasha, ya podía valerse sin muletas. Sin embargo, sus recuerdos seguían plagados de heridas.

Anhelaba ver a Natasha sin cortapisas. Tras el episodio de la bañera, habían vuelto a encontrarse, y aunque la joven se mostraba amable, por alguna extraña razón parecía que sus citas fueran encuentros clandestinos. Natasha siempre elegía parques solitarios para pasear, donde compartían besos y caricias cuando nadie los miraba, arrebujados el uno contra el otro para combatir el frío, pero se negaba a ir a su nueva casa, alegando excusas que él no comprendía. Sin embargo, la joven le pidió que confiara en ella, y él lo hizo.

Por esa misma razón se sorprendió cuando, aquella tarde, justo antes de cerrar el economato, Natasha se presentó a la puerta forrada con un abrigo y una *ushanka*, que no impedía que sus trenzas rubias cayeran sobre sus hombros.

—¡Hola! —dijo él sorprendido.

Ella aguardó unos instantes bajo la nevada, hasta que él reaccionó y la invitó a que entrara.

—¡Creía que iba a morir congelada! —dijo ella, con una sonrisa—. ¿Qué tal todo?

—Bien, bien. Pasa y siéntate junto a la barbacoa. Acabamos de apagarla, pero aún caliente. —Le señaló el pequeño horno de terracota que Miquel y Joe Brown habían construido en una esquina—. Vaya sorpresa. ¿Qué te trae por aquí? —Al desprenderse de la *ushanka*, Jack admiró en su plenitud el rostro limpio y afable de la joven.

—Mañana es 25. Aquí sólo es un día más, pero imaginé que para ti sería distinto: que añorarías a tu familia y los regalos, y todo eso. —Sacó un paquete envuelto en papel de periódico de su maletín y se lo entregó—. Pensé que te agradecería.

Jack desenvolvió el paquete con curiosidad, sin confesarle que él tampoco

acostumbraba a celebrar la Navidad porque, aunque no practicara, era judío. Cuando rasgó el último trozo, descubrió la preciosa cubierta de un ejemplar de *El gran Gatsby*, de F. Scott Fitzgerald.

—¡Caramba! Muchas gracias. Pero ¿cómo...?

—Recordé que en el hospital te entretenías leyendo. Hace unos años, un paciente americano me regaló esta novela con la esperanza de que su lectura me ayudara a amar su país, pero nunca he dispuesto de tiempo para leerla. Además, aunque me hubiese gustado, apenas entiendo el inglés. —Rio—. Me comentó que hablaba de una bonita historia en Nueva York, y supuse que te gustaría rememorarlo. Y quizá, compartirlo conmigo.

—Ya... Pues gracias de nuevo. La verdad es que me ha sorprendido verte aquí, en medio del poblado. Últimamente, con eso de andar ocultándonos, me estaba acostumbrando a tener una novia clandestina.

Ella sonrió al escuchar cómo etiquetaba Jack su relación. Aunque fuera medio en broma, le plantó un beso de recompensa y se sentó a su lado.

—Entonces, ¿me lo leerás?

—Haré algo mejor que eso. —Dejó el libro a un lado y le devolvió el beso—. Te llevaré a Nueva York para que lo conozcas.

Natasha rio como una chiquilla.

—No sé si debería. Dicen que allí coméis cosas tan asquerosas como los perritos calientes.

—¡Bah! No deberías hacer caso a la propaganda comunista. —Rio—. Además, después de probar las salchichas el día que me sorprendiste en mi casa, no creo que ya nada te espante... ¡Dios! Te confieso que jamás había comido unas salchichas tan horribles.

—¡Ja, ja, ja! ¡No te lo dije, pero yo tampoco!

Jack no la dejó terminar. Se acercó a ella y la besó con un beso que le brotó del alma. Mientras sus labios se rozaban, Jack comenzó a desnudarla despacio, como si desenvolviera un delicado regalo envuelto en seda. A un botón le siguió otro, y otro más. Y a cada ojal que abría la besaba, y a cada beso le seguía una caricia más ávida. Cuando apartó la bata y rozó su pecho se detuvo, como si de repente percibiera que iba a cometer un acto prohibido. Sin embargo, los ojos de Natasha aún permanecían cerrados, y su boca le esperaba entreabierta. Jack volvió a besarla y cerró los suyos. Su corazón

tembló, y a aquel beso le siguieron cientos, perdidos por su cuello y por su pecho. Saboreó sus pezones, que le respondieron irguiéndose y ofreciéndose a su lengua cada vez más hambrienta y atrevida. Jack buscó sus rincones, los paladeó como si fuesen los primeros y los últimos, y se abrazó a ella con frenesí para hundirse en su interior. Sus lenguas se fundieron entre abrazos y gemidos cada vez más ansiosos, cada vez más atrevidos, y cuando él percibió la respiración de ella, agitada y ronca, cuando su cuerpo suave se engarzó con el suyo, Jack se abandonó para vaciarse, para olvidar cuanto sabía y perderse en la profundidad de aquella mirada esmeralda, y en el rubor de unas mejillas que por un instante pensó que le pertenecían.

Jack aún dormía cuando ella se despertó al alba. Natasha le miró con cariño. Se fijó en la medalla que colgaba de su pecho poderoso y la cogió entre los dedos, sonriendo al recordar que mientras le hacía el amor, la medalla le había golpeado varias veces en la barbilla. Al dejarla de nuevo sobre su pecho, Jack se despertó.

—¿Nunca te la quitas? —le preguntó ella.

—Antes moriría.

—Tiene un grabado curioso. ¿Qué significa?

—No lo sé. Me la regaló mi madre de niño. Recuerdo que por las noches, al arroparme, acariciaba la medalla en mi cuello y me decía... —Enmudeció.

—¿Qué te decía?

—Nada. Olvídalo. Es una tontería.

—¡Vamos, Jack! ¡Seguro que no! ¿Qué te decía?

Jack guardó silencio mientras fijaba sus ojos en los de Natasha.

—Pues me decía... Me decía que, sin amor, vivir no merecía la pena. Ya ves. Quizá por eso se murió. Porque no estaba yo a su lado para quererla.

—No digas eso.

—«Sin amor, vivir no merece la pena...». Ya te he dicho que era una tontería.

—No. No lo es.

—Sí que lo es. —Se incorporó con brusquedad.

—Perdona. No debí preguntarte.

—Perdóname tú. Es una historia triste. ¿Sabes? Muchas veces he pensado que si me desprendiera de esta medalla, perdería lo único que hay de valor en

mi vida.

—De veras lo siento. Yo...

—No. No te preocupes. —Sonrió—. Menos pedirme que me la quite, puedes hacer conmigo lo que quieras.

A Jack le gustó comprobar que, además de beber vodka, en la Unión Soviética existían otras formas de divertirse, y le encantó que fuera Natasha la anfitriona que se las descubriera. Cada tarde, cuando terminaba su consulta, la joven acudía en tranvía hasta el economato de la villa americana, y aunque a aquellas horas ya hubiera anochecido, para Jack era como si amaneciera. Cada minuto junto a ella eran meses de felicidad atesorada. Charlaban, reían, cocinaban o se besaban. Y luego jugaban, y se dejaban arrastrar por un torrente de caricias preñadas de sentimientos tan intensos como desconocidos, mientras sus cuerpos se enredaban, atrapados el uno en el otro, ajenos al frío y a la soledad que rodeaba el Autozavod. Sólo existían el uno para el otro, y deseaban continuar así, avivando el calor de una piel contra la otra, con la respiración entrecortada por el cansancio y por la turbación, acelerados y confusos. Y cuando se detenían, permanecían juntos, abrazados, ajenos al sueño y al cansancio, mientras las horas avanzaban buscando el confín de la madrugada. Y entretanto, las risas interrumpían sus besos, y sus besos, las risas. Así, hasta el momento en que la placidez terminaba porque Jack debía acompañar a Natasha a su casa. Luego, cuando regresaba a la suya, se preguntaba por qué ella nunca aceptaba quedarse con él, y en esos momentos, la sinrazón le atormentaba.

A menudo, Jack encargaba a Miquel alguna cena especial con la que sorprenderla, y al calor de las brasas, pasaban las horas en el economato, degustando las sabrosas raciones mientras ella disfrutaba rememorando su juventud como miembro del Komsomol, la organización juvenil del Partido Comunista donde descubrió su vocación por la medicina, o contándole los desvelos de su padre Serguéi, quien tras enviudar, se había empeñado en hacer de ella una buena soviética.

Una de esas noches, Jack se interesó por su afición al tiro.

—¿Es que todos los rusos disparáis en vuestro tiempo libre? —preguntó.

—Tan cierto como que los americanos sólo coméis hamburguesas — contraatacó ella con picardía—. No. La verdad es que era una actividad común entre los chicos del Komsomol. ¡De hecho soy una experta tiradora! —presumió.

Jack pensó en deslumbrarla hablándole de Nueva York. Le describió las moles de acero y hormigón que en aquel momento estarían reluciendo como gigantescos árboles de Navidad, iluminando a los bulliciosos habitantes que pulularían por los bulevares de Broadway en busca de los últimos estrenos, o aprovisionándose en los puestos de perritos calientes o en los de donuts, o disfrutando de los villancicos y de la iluminación que embellecería la infinidad de escaparates engalanados con guirnaldas y regalos navideños.

Natasha advirtió que las palabras de Jack provenían de la añoranza de un emigrante y no de la vanidad de un presuntuoso.

—Y si tanto lo echas de menos, ¿por qué no regresas?

En ese instante, Jack recordó a sus padres y su rostro se entristeció. Apretó los labios antes de suspirar.

—Supongo que por la misma razón por la que vine. Nadie abandona su tierra por gusto. —Obvió revelar el verdadero motivo de su huida—. Pero ¿sabes? Me encantaría que conocieras América. Al fin y al cabo, tenemos más cosas en común de las que imaginas. ¿O no has oído hablar de los hermanos Marx? Vosotros tenéis a Karl y nosotros, a Groucho. —La miró a los ojos, como si buscara en ellos algo más que una respuesta.

—Yo... Bueno. Tengo que volver a casa. —Rio sin comprender bien el juego de palabras, y se levantó para despedirse.

—¡Espera! —La sujetó de la mano—. ¿Y qué hay de mi cadera? Prometiste que le echarías un vistazo.

—¿Te duele ahora? —Le besó ligeramente los labios.

Jack volvió a mirar el rostro limpio de Natasha.

—La verdad es que tus besos son el mejor láudano. —Y apagó la luz para sumergirse en el ardor de sus labios y el danzar de sus caderas.

A finales de febrero de 1934, las exitosas ventas del economato de la villa americana y el afianzamiento de su relación con Natasha comenzaban a

sembrar en Jack dudas sobre sus planes de huida. Por primera vez en su vida podía sentir que empezaba a poseer todo lo que cualquiera pudiera desear: un trabajo que le reportaba los suficientes beneficios como para permitirse los caprichos que le apetecieran; una mujer a la que no sólo amaba, sino que admiraba; y aunque resultara paradójico, una sensación de seguridad que sin duda provenía de un Serguéi Loban resignado a los deseos de su hija. Y sin embargo, cuanto más se convencía de que existía un futuro para él en la Unión Soviética, mayor era su anhelo por regresar a América. Añoraba pequeñas cosas como levantarse y ver el sol, pasear por avenidas repletas de ajetreados viandantes, poder gastar unos centavos en un puesto de perritos, mirar un escaparate rebosante de productos o asistir al último estreno de la Metro-Goldwyn-Mayer. Quizá su añoranza obedeciera a motivos irracionales, pero cuando en las noches gélidas de Gorki recordaba Estados Unidos, le invadía un calor vivificante y su felicidad parecía no agotarse nunca.

Añoraba su país. El país de la libertad.

Tal vez Norteamérica no fuese el país perfecto. De hecho, la crisis propiciada por un sistema financiero insaciable había acabado con las esperanzas de millones de familias, pero él seguía creyendo en la tierra que le vio nacer.

Eso no le impedía valorar las cosas buenas de Rusia. Entre las primeras, Jack reconocía la rapidez con la que sus dirigentes estaban sacando a los suyos de la miseria. Tras pasar todo un año rodeado de trabajadores soviéticos, había aprendido que la Revolución emprendida por sus dirigentes había transformado un país medieval de nobles y plebeyos en una nación poderosa en la que cualquier hombre, al margen de su raza, religión u origen, tenía derecho al trabajo, a vivienda y a comida. Sin embargo, esos mismos dirigentes, capaces de repartir tierras y trabajo entre los desheredados, eran asimismo fanáticos que hacían de la Unión Soviética un lugar peligroso para quien osara discrepar de sus creencias.

Los rusos de a pie eran trabajadores infatigables, gente reservada, noble, comprometida y sincera. Al menos así era Natasha Lobanova, la ciudadana soviética que mejor conocía. La mujer a la que amaba... Y sin embargo, pese a amarla profundamente, en ocasiones le perturbaba el recuerdo de Elizabeth.

No comprendía por qué le sucedía. De vez en cuando, su sofisticada imagen sacudía su mente como una bofetada. Era como si por alguna razón inexplicable le siguiera atrayendo, pero no por una belleza que ya había saboreado, ni por su carácter frívolo y volátil que desaprobaba, sino por todo cuanto la rodeaba. Envidiaba su posición, sus amistades, su educación, incluso sus ridículos modales y sus ademanes impostados le resultaban tan seductores como inaccesibles. Sabía que era estúpido, y precisamente por ser consciente de su estupidez, no podía evitar que le atormentara.

No había vuelto a ver a Elizabeth desde la noche en la que descubrió el pasaporte de McMillan. Sabía que continuaba viviendo con Viktor Smirnov, y aunque en alguna ocasión había sugerido a Natasha visitarlos, ésta se había negado. Aún no había conseguido averiguar el motivo de su rechazo, pero cada vez que oía el nombre de Viktor, la mirada de Natasha se tiznaba de odio. A quien sí había vuelto a frecuentar era a Andrew, quien parecía haber recobrado su antiguo apego después de enterarse de que salía con la hija del jefe de la OGPU.

Una noche en la que su amigo hacía una ronda por la villa, entró en el economato para proponerles que cenaran en su casa.

—Tenéis que probar la cocina de Sue. No imagináis cuánto ha aprendido.

Jack intentó excusarse, pero Natasha, que en ese momento ayudaba a Jack a cerrar la caja, se le adelantó.

—Dile a Sue que iremos encantados.

En cuanto Andrew se fue, Jack recriminó a Natasha el que hubiera aceptado.

—No me gusta que decidas por mí —le dijo en un tono que sorprendió a la joven.

—¡Sólo pretendía ser amable! Muchas veces te has quejado de que añorabas tu vida en América. Siempre estamos solos y pensé que te gustaría que las dos parejas compartiéramos una velada. Además, tengo ganas de charlar con la que fue tu *esposa*, ahora que sé que todo fue una pantomima.

Jack protestó entre dientes mientras echaba el candado a la puerta del economato. No podía explicarle que, pese a haber tramitado el divorcio, la presencia de Sue le incomodaba.

—Lo siento. Es sólo que parece que siempre eres tú quien decide a quién

frecuentamos. Aún recuerdo cómo te ofuscaste cuando te propuse encontrarnos con Viktor Smirnov... —dijo para desprenderse de su frustración—. Ese hombre podría ayudarme en el futuro. Está muy bien relacionado y...

—¡No! Ya te he dado mi opinión otras veces al respecto. No necesitas ninguna ayuda de ese hombre. Si precisaras algo, mi padre...

—¡Tu padre!... ¿Y qué sucederá si un día tu padre cambia de opinión y decide quitarme el economato, o lo destinan a otra factoría, o se molesta por cualquier nimiedad y vuelve a encerrarme en el Ispravdom? ¡Por todos los diablos! Si ni siquiera sabe que me acuesto con su hija. —Le abrió la puerta del Ford para llevarla a su casa.

—Pero ¿es que no te das cuenta? ¡Viktor jamás mirará más allá de su propio ombligo!

—¿Y cómo puedes estar tan segura? Gracias a él pude disfrutar de una vivienda mientras mis compañeros se hacinaban en porquerizas. Y el coche con el que te traigo y te llevo tan ricamente es suyo. Deberías estar agradecida.

—¿Sí? ¡Pues mira lo que hago con tu coche! —Se bajó del vehículo y dio un portazo—. Disfrútalo, pero no cuentes conmigo para visitarle. —Y se marchó caminando en dirección al tranvía.

Aquella noche, Jack apenas concilió el sueño. Le disgustaba haber discutido con Natasha, pero le soliviantaba aún más el tener que ceder a sus deseos sin conocer las razones de su enfado. Se sirvió un poco de vodka para sosegar. El calor del alcohol le quemó la garganta pero luego le alivió. Mientras se servía otro trago, se preguntó por qué las mujeres serían tan complicadas. En ocasiones había pretendido entender sus comportamientos, desmenuzándolos como si se tratara de las piezas de un complejo mecanismo, pero por mucho que se esforzara en desarmarlas y engranarlas, jamás lograba que la máquina funcionase.

Desvió su atención hacia Wilbur Hewitt, quien dos días atrás, durante un descuido de sus escoltas, se había presentado en el economato para interesarse por la gestión de los pasaportes.

Le había dado largas. Aún ignoraba qué responsabilidad tendría realmente Hewitt en los sabotajes, pero carecía de sentido que le hubiera contratado para investigar los delitos de los que presuntamente él sería responsable. A menos, claro estaba, que necesitara un cabeza de turco en el que escudarse. Apuró el vaso de vodka. Guardó la botella y se desplomó sobre el sofá frente a la chimenea para contemplar las pequeñas ascuas que flotaban como extraños duendecillos ígneos. Le preocupaba haber llegado a una conclusión tan sencilla en la que no había caído antes. Un cabeza de turco... Y McMillan... ¿Dónde estaría? ¿Y qué relación podría tener con los sabotajes? Por un momento pensó en volver a examinar los documentos que había encontrado en el baúl, pero le dolía la cabeza. El vodka y las discusiones no hacían buena pareja. Cerró los ojos lentamente y se dejó llevar con la ansiedad de desconocer el rumbo que tomaría su vida.

Un insistente ruido de golpes le despertó como si le taladraran la cabeza. Jack se incorporó y miró su reloj. Marcaba las cinco de la mañana. Aún le palpitaban las sienes, pero los golpes insistían, insensibles. Se enfundó en una bata y bajó por las escaleras tan rápido como pudo, para evitar que echaran abajo la puerta. No tenía idea de quién podría ser, y menos, a unas horas en las que ni los lobos se atreverían a salir de sus madrigueras. Al abrir se encontró con Elizabeth Hewitt, empapada, con el maquillaje desvaído y los ojos enrojecidos por las lágrimas. Antes de que pudiera preguntarle qué sucedía, la joven entró en la casa y sin dar explicaciones se echó en sus brazos y rompió a llorar desconsolada. Jack intentó calmarla y la cubrió con una manta. Cuando Elizabeth logró hablar, le dijo a Jack que habían detenido a su tío.

—Estábamos durmiendo y nos despertó el teléfono. Viktor lo atendió y se levantó de inmediato. No quiso alterarme, pero su rostro le delataba. Le insistí para que me confesara qué ocurría y finalmente me lo dijo. ¡Oh, Jack! ¡Ha sido ese Serguéi! Ha enviado a tío Wilbur al Ispravdom, acusado de actos contrarrevolucionarios. Yo... Viktor no quiso decirme nada más. ¡Dios! Temo que le haya pasado algo malo.

—¡Caramba! ¡Cálmate! Pero ¿por qué has venido aquí? Seguramente

Viktor podrá...

—Viktor me ha echado.

—¿Cómo?

—Me dijo que tendría que irme, que no podría acoger en su casa a la sobrina de un traidor capitalista.

—¿Y te echó, en plena noche?

—Bueno, no. Me fui yo. Le llamé de todo. No sabía a quién acudir y vine aquí. No conozco a nadie más. ¡Tienes que ayudarme, Jack! Tú puedes hablar con Serguéi.

—¿Yo? Pero si yo sólo gestiono un economato. No sé por qué piensas que podría...

—¡Jack! ¡Por el amor de Dios, te lo suplico! Tú sales con su hija. A ti te escuchará.

Jack se azoró.

—¿Olvidas de quién estás hablando? En cuestiones de Estado, Serguéi Loban no escucharía ni a su propia madre. Además..., si lo han detenido, tendrán sus razones.

Elizabeth se separó de Jack, como si de repente hubiera escuchado al diablo.

—¿Por qué...? ¿Por qué dices eso? —tartamudeó.

Él trató de sosegarla, pero ella volvió a retroceder.

—Por favor, tranquilízate. Por lo que yo sé, Serguéi llevaba tiempo investigando a tu tío, y si finalmente ha decidido acusarlo será porque ha encontrado las pruebas que lo atestigüen. Además... —Jack recordó cómo Wilbur Hewitt le había engañado con el asunto de McMillan—. Además, hay cosas que desconoces —se limitó a decir finalmente.

—¡Te lo ruego, Jack! ¿Qué voy a hacer yo sola?

—Te comprendo, pero no veo el modo...

—Por favor. Si no quieres comprometerte, al menos ayúdame a encontrar un abogado. Yo no domino el idioma, y no sé a quién acudir.

—Ése no es el problema. Es simplemente que yo...

—¿Qué sucede, Jack? ¿Tan pronto me has olvidado? ¿Qué es lo que quieres? ¿Me quieres a mí? Haré lo que me pidas, ¿oyes? Lo que me pidas —dijo con determinación.

Jack se convenció de que Elizabeth realmente lo haría. Permaneció callado por unos segundos mientras meditaba qué decisión tomar. Acoger a Elizabeth en su casa le colocaría en una situación delicada a los ojos de Serguéi. En cuanto a Natasha... Natasha sabía que había frecuentado a Elizabeth y tampoco lo aprobaría. Sin embargo, no podía dejarla en la calle.

—De acuerdo. Por la mañana iré a ver a Loban. Puedes quedarte en mi habitación hasta que encuentres alojamiento. Yo me apañaré aquí. —Señaló el sofá, frente a la chimenea.

Elizabeth asintió sin dejar de suspirar. Jack la contempló en silencio. Pese a conservar su belleza, parecía una muñeca rota. Le preparó una infusión de valeriana y melisa de las que él tomaba para combatir el dolor y la acompañó al piso superior. Elizabeth se sentó sobre la cama y se bebió la infusión como una autómatas. Jack le retiró la taza de las manos y la ayudó a recostarse. Después la arropó y apagó la luz. Cuando ya se retiraba, escuchó a Elizabeth despedirse.

—¡Por favor, Jack! Devuélvenos a América.

Poco antes del amanecer, Jack ya aguardaba impaciente en la antesala del despacho del director de Operaciones. No había podido conciliar el sueño. Si eran capaces de encarcelar a Hewitt, ningún americano podía considerarse a salvo. Cuando vio aparecer a Serguéi, apuró la taza de café y se tragó su nerviosismo. El ruso le saludó sin atisbo de sorpresa, abrió su despacho y le hizo pasar. Mientras Jack tomaba asiento, el jefe de la OGPU dejó sobre la mesa una carpeta con informes y se quitó su vieja gorra. Su rostro aparecía más serio de lo habitual, como si soportara un grave pesar del cual no pudiera desprenderse. Se sentó y escrutó a Jack en silencio.

—¿Y bien? —No dijo nada más.

—Gracias por recibirme sin avisar, señor. Sé que está muy ocupado, pero como le dije a su secretario, el motivo es urgente.

—Tú dirás.

Jack carraspeó. Sin duda Serguéi imaginaba el motivo de su visita.

—Esta madrugada acudió a mi casa Elizabeth Hewitt. Afirma que anoche, unos desaprensivos se presentaron en casa de su tío y se lo llevaron sin más

explicaciones.

—Ya. Supongo que esos desaprensivos cumplirían órdenes.

—Yo también lo supongo. Lo que le agradecería es que me dijera quién se las dio y de qué se le acusa.

—No tengo inconveniente en satisfacer tu curiosidad. —Dejó de mirar el informe que había sacado de la carpeta—. La orden la cursé yo.

Jack enarcó una ceja. Por un instante pensó en replicar a Serguéi, pero se contuvo. En realidad, ni siquiera sabía qué hacía él allí, intentando pedirle cuentas al jefe de la policía secreta del Autozavod, y menos aún, referentes a Hewitt, el hombre que había intentado engañarle. Contrariar a Serguéi sólo podía perjudicarlo, de modo que intentaría averiguar el paradero del ingeniero y dejaría el resto de las preguntas para la propia Elizabeth.

—Comprenda mi postura. No intento ni mucho menos cuestionarle, pero de algún modo me siento comprometido con esa familia. La sobrina de Hewitt está desesperada. Sólo le pido que me informe de la situación de su tío, del motivo de su detención y de si es posible visitarlo. Al fin y al cabo, fue él quien me contrató —intentó justificarse.

—¿Que fue él quien te contrató? ¡Ja! —Se levantó dando un golpe sobre la mesa—. ¡Pero qué iluso eres! ¿De veras crees que los soviéticos habríamos permitido que un recién llegado como tú metiese sus narices en nuestros asuntos, sin más, por muy capacitado que estuviera? ¿O que el propio Hewitt habría pagado a un desconocido por un puesto tan relevante?

—No... No comprendo —balbuceó Jack.

—Hewitt no tuvo nada que ver con tu contratación. Fui yo quien se lo ordenó en Moscú, al descubrir que McMillan había desaparecido.

—¿Desaparecido? Pero ¿no estaba internado en un hospital de Estados Unidos? —Trató de hacerse el sorprendido.

—Ya... ¿Eso es lo que te contó Hewitt? Mira, Jack. Aunque seas americano te tengo por un tipo honesto. De lo contrario, te aseguro que no te habrías acercado a mi hija a menos de diez kilómetros. Y por esa misma razón creo que te debo una explicación. —Dio una calada al cigarro, como si sopesara bien qué revelar. Tomó aire y continuó—: Comencé a sospechar de Wilbur Hewitt al poco de ser destinado a esta factoría. Te hablo de tres años atrás, cuando se iniciaron las obras del Autozavod y él fue elegido para

llevarlas a cabo. Hewitt emprendió la construcción con gran entusiasmo, no voy a negarlo. Su equipo trabajaba día y noche, y en pocos meses transformaron un erial en el impresionante complejo que hoy es el orgullo del pueblo soviético. Pero cuando las primeras máquinas se pusieron en marcha, también comenzaron los problemas. —Dio otra calada—. Al principio, Hewitt achacó los incidentes a la escasa preparación de los obreros nativos, así que, para solventarlo, un grupo de técnicos soviéticos se desplazó a Detroit a recibir formación, al tiempo que se gestionaba un trasvase de operarios americanos al Autozavod. Sin embargo, en lugar de disminuir, los problemas se acrecentaron en forma de sabotajes. La OGPU y la Ford acordaron conjuntamente el nombramiento de dos supervisores especiales con la misión de descubrir a los criminales. Por parte soviética, el designado fue Anatoli Orlov, y por la americana, George McMillan. Ambos trabajarían codo con codo, y sus hallazgos me serían directamente reportados — comprobó que Jack seguía su explicación.

»McMillan era un tipo raro, una rata de biblioteca que pasaba meses enteros entre balances e informes. Desconfiaba de todo el mundo, apenas si hablaba con Orlov y mantenía sus descubrimientos en secreto. Imagino que en algún momento McMillan averiguó que Hewitt estaba implicado en los sabotajes y se vio sobrepasado. Debió de guardarse un tiempo la información, pero estando en Moscú, al poco de vuestra llegada a la capital, recibí una llamada suya para confesarme que había encontrado las pruebas que andaba buscando.

—Y ahora se las ha proporcionado.

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir?

Por toda respuesta, Serguéi Loban abrió un cajón y sacó una carpeta roja que dejó caer sobre la mesa. Jack la cogió y la abrió lentamente. En su interior encontró un recorte del diario *Pravda*, fechado el 6 de enero de 1933, la misma fecha en la que Wilbur Hewitt le ofreció el puesto de supervisor. Su titular rezaba en negrita:

Desconocido se suicida arrojándose al río Moscova

Y bajo el texto, la fotografía de un cadáver cuyo rostro coincidía exactamente con el que Jack había visto en el pasaporte de George McMillan.

Cuando Jack confesó a Elizabeth el resultado de su entrevista, la joven retrocedió hasta tropezar con un sillón sobre el que se dejó caer como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas. Jack titubeó antes de arrodillarse para cogerle las manos y consolarla. Al levantarte la barbilla, advirtió que en sus ojos enrojecidos apenas si restaba un hálito de la belleza que le había cautivado. En su lugar, sólo mostraba una mirada perdida.

Preparó un té para los dos. Mientras calentaba el agua se compadeció de ella igual que de sí mismo. Sin duda, Elizabeth se sentía desamparada, pero Wilbur Hewitt también le había dejado a él en la estacada. Esperó a que la joven bebiera un par de sorbos para anunciarle que Serguéi les había autorizado una visita con su tío. Al oírlo, Elizabeth pareció regresar a la vida.

—No le creo. No creo a esa panda de soviéticos mentirosos. ¿Dónde lo tienen?

—Me ha dicho que lo han llevado al Ispravdom. No te preocupes. También me llevaron a mí y es un sitio seguro —le mintió para no alarmarla—. Abrígate. Está en las afueras.

Mientras conducía en dirección al campo de trabajo, Jack meditó sobre la macabra maquinación tejida por Wilbur Hewitt, y sobre el atentado sufrido en el tren de lavado con el que, según Serguéi, el dirigente americano había intentado asesinarle. Cuanto más lo pensaba, más sentido cobraban las acusaciones de Serguéi. De hecho, si en aquel instante estaba acompañando a

Elizabeth, no obedecía tanto a un acto caritativo, como a su propio deseo de enfrentarse cara a cara con el ingeniero. Aceleró bruscamente, y el Ford dio un bandazo sobre la carretera helada antes de encarar la última curva que desembocaba en la siniestra alambrada de espinos en torno al Ispravdom.

Nada más exhibir la autorización extendida por Serguéi, el centinela les franqueó el paso y los condujo a una salita desnuda, sin más muebles que una mesa metálica atornillada al suelo y cuatro sillas dispuestas a su alrededor. Mientras aguardaban, unos gritos desgarradores provocaron que Elizabeth diera un respingo.

A los diez minutos se descorrió un cerrojo y de la puerta situada al fondo de la estancia surgió un centinela y, tras él, un guiñapo que caminaba arrastrando una pierna. Al advertir que se trataba de Hewitt, Elizabeth corrió a ayudarle, pero el guardia le impidió a gritos que se acercara.

—¿Qué dice? —preguntó ella, sin comprender.

—Dice que nos sentemos y permanezcamos en las sillas. Obedece.

—Tienen cinco minutos —sentenció el guardia, en inglés, y se situó a un lado de la mesa.

Elizabeth miró a su tío con los ojos muy abiertos, como si en lugar de a Wilbur Hewitt, estuviera contemplando a un desconocido.

—¿Tío Wilbur?... ¡Dios! ¿Qué le han hecho estos salvajes?

Wilbur Hewitt oprimió los labios y alzó la cabeza, intentando aparentar un ápice de dignidad. Miró al guardia de reojo, como si le responsabilizara de las numerosas heridas que presentaba en la cara, y volvió la vista hacia su sobrina.

—No te preocupes. Estos hijos de puta soviéticos sólo...

—¡Silencio! —gritó el guardia, en inglés. Su voz resonó igual de amenazadora que si los encañonara con una pistola.

Hewitt volvió a mirar al guardia y escupió al suelo.

—Disculpad... Quería decir que estos amables anfitriones me tratan excelentemente —espetó con ironía—. Escuchadme con atención. He solicitado hablar con el embajador sin éxito. Dicen que los teléfonos no funcionan, pero me han permitido que os entregue esta carta. Tenéis que hacérsela llegar. —Sacó un manuscrito arrugado de uno de los bolsillos y se lo entregó a Jack.

Jack lo recogió sin molestarse en leerlo y se lo pasó a Elizabeth.

—Tío Wilbur, Jack dice que le acusan de conspiración, de sabotaje, de malversación de fondos...

—Sí, sí... Y de la muerte de mis compatriotas. Nada les agradaría más a estos cabrones —aprovechó que el guardia conversaba con un compañero—. ¡Soy inocente! Os juro que...

—Señor Hewitt —intervino Jack—. Serguéi Loban asegura tener pruebas.

—Serguéi es un mentiroso compulsivo que habrá inventado cualquier historia. Mira, hijo...

—No soy su hijo, señor —le cortó Jack. Elizabeth le miró sorprendida.

—¡Silencio! —les interrumpió de nuevo el guardia, que volvía a prestar atención—. Si el detenido continúa difamando a nuestras autoridades, se cancela la visita.

Pese a la repulsa que le provocaba la hipocresía de Hewitt, Jack se levantó para exhibir ante el oficial la orden expedida por Serguéi en la que se autorizaba una conversación privada. El oficial le echó un vistazo con el rabillo del ojo.

—Y yo tengo orden de fiscalizar sus conversaciones —respondió sin inmutarse.

Jack, tras un instante de duda, asintió con la cabeza y regresó a su asiento.

—Está bien, señor Hewitt. Por lo visto no podemos evitar que este hombre nos interrumpa cada vez que entienda que criticamos a sus superiores. Sin embargo...

—¿Sí? —inquirió el ingeniero.

—Sin embargo, nada impide que continuemos la conversación en alemán —dijo Jack en ese idioma—. Dudo que el guardia conozca el idioma. No se detenga y responda a mis preguntas.

—Desde luego —respondió Hewitt también en alemán, casi tan extrañado como su sobrina.

—Bien. ¿Por qué me mintió?

—¿Yo? No sé a qué te refieres. Yo no...

—Señor Hewitt, no tengo tiempo para juegos. ¿Por qué me mintió al decirme que McMillan se había quedado en Estados Unidos?

—Verás, muchacho. Eso no tiene nada que ver con...

—*Niet!* —gritó el guardia—. ¡Se terminó la conversación!

—¡No tan rápido! —Se levantó Jack—. El mismísimo director comisario, camarada Serguéi Loban, puntualiza que podemos hablar durante diez minutos, diez, sin especificar la lengua en la que nos comuniquemos, y usted ya me ha hecho perder dos de ellos. Si cree que puede demostrar que durante nuestra conversación criticamos al régimen, adelante, interrúmpala. Pero si desconoce el idioma alemán, le recomiendo que se abstenga o busque a quien lo entienda. Cualquier cosa, antes que contravenir la orden del responsable de la OGPU. —Jack rogó por que la costumbre soviética de cumplir al pie de la letra cualquier orden recibida por un superior jugara a su favor.

El oficial enrojeció. Jack, al ver que dudaba, le evitó la tarea.

—Gracias —le dijo—. Olvidaré mencionar al camarada Loban la pérdida de esos dos minutos. —Y volvió rápidamente hacia el asiento.

—¡Por favor, Jack! ¿Quieres explicarme por qué atacas a mi tío? —preguntó Elizabeth.

Jack se dirigió a Hewitt de nuevo en alemán, sin prestar atención a Elizabeth.

—Señor Hewitt, ese guardia está llamando por teléfono. En menos de cinco minutos aparecerá por esa puerta un ruso que entienda este idioma y acabará con cualquier oportunidad, de modo que escuche: sé que McMillan entró en la Unión Soviética el 26 de diciembre de 1932, una semana antes de que el *S. S. Cliffwood* arribara a Helsinki. ¿Por qué me mintió?

Hewitt agachó la cabeza.

—¡Hewitt! —insistió Jack.

—¡No fui yo, demonios! Fue Serguéi quien lo ideó. —Hizo un silencio y resopló—. McMillan embarcó en el *S. S. Leviathan* con una semana de antelación para llegar a Rusia antes que nosotros. Tenía trabajo en Moscú, pero se esfumó misteriosamente. Al no aparecer, Serguéi me sugirió que te contratara para sustituirle.

—Pero ¿por qué me engañó usted? ¿Por qué me ocultó la desaparición de McMillan?

—También fue cosa de Serguéi. Ese ruso es un viejo zorro. Aseguró que si te contaba la verdad, si te mencionaba la misteriosa desaparición de

McMillan, te asustarías y rechazarías el puesto. ¡Por todos los diablos! Él jamás habría permitido que un desconocido merodeara en su empresa y yo estaba atado de pies y manos. —Calló un momento—. Mira... ¿Recuerdas cuando te presenté a Serguéi como oficial de enlace a bordo del *S. S. Cliffwood*? Pues te mentí. Serguéi nunca fue un oficial escolta. Ésa fue su tapadera durante su periplo por Estados Unidos, pero en realidad siempre perteneció a la OGPU. Me obligó a engañarte por la misma razón. Para que aceptaras el trabajo. Por eso en el Metropol te dije que lo acababan de nombrar responsable de seguridad del Autozavod.

En esta ocasión fue Jack el que guardó silencio. Por un momento comenzó a dudar sobre quién le engañaba.

—¡No! ¡Maldita sea! ¡Usted me mintió! ¡No ha parado de mentirme desde que me conoció!

—¡Por Dios, Jack! ¿Y qué opción crees que me quedaba? Aquí la gente hace lo que dicen los soviéticos. Tú, yo, el guardia, ¡todos! ¡Tienes que creerme, Jack! ¡Tienes que hacerlo!

Jack lo miró a los ojos. El viejo ingeniero temblaba, incapaz de sostenerle la mirada.

—Ya... Y según usted, ¿por qué motivo querría contratarme Serguéi?

—¿Y yo qué sé? Serguéi es un paranoico. Ve enemigos por todas partes. En mí; en los americanos; en los contrarrevolucionarios... Puede que pensara que yo era el responsable de los sabotajes, o quizá no, quién sabe. Tal vez buscara un sustituto hasta que apareciera McMillan. ¡Maldito McMillan! No sé qué diablos puede haberle sucedido.

—Pues resulta extraño que no lo sepa, porque Serguéi asegura que fue usted quien lo mató.

—¿Cómo dices? ¿McMillan está muerto? —balbuceó.

—Vamos, Hewitt. No se haga de nuevas.

—McMillan, muerto... ¡Dios mío! Que Dios lo acoja en su seno... —Su monóculo cayó sobre su pecho.

—¡Ya está bien! Nada de lo que dice tiene sentido, y menos aún, la excusa de que Serguéi le obligó a contratarme. Muerto McMillan, ¿para qué querría un sustituto?

—Dios. McMillan, muerto... Ahora lo comprendo...

—¿Qué es lo que comprende? —Jack se levantó, exasperado.

—Todo, Jack. Por qué te contrató, por qué no quiso que te hablara de la desaparición de McMillan y tu accidente en el Autozavod.

—¿Sí? Pues entonces dígamelo —alzó la voz.

Wilbur Hewitt guardó su monóculo y se mesó los cabellos. Permaneció en silencio unos segundos. Luego miró a Jack con los ojos muy abiertos. Se disponía a responder, cuando en ese instante irrumpió un oficial en la sala y con grandes aspavientos ordenó al guardia que interrumpiera la comunicación de inmediato.

—¿Por qué me contrató Serguéi? ¿Por qué? —gritó Jack, siempre en alemán.

El recién llegado aferró a Hewitt por un brazo y le obligó a levantarse. Entonces el ingeniero salió de su estupor y se dirigió a Jack.

—¿No lo comprendes? Le daba igual lo que averiguaras. Te contrató para utilizarte. Si, como dices, McMillan está muerto..., tú eras el cebo con el que atrapar a su asesino. Tú eras su señuelo.

De regreso a la ciudad, Jack intentó tranquilizar a Elizabeth, asegurándole que su tío Wilbur estaría a salvo hasta que tuviera lugar el juicio.

—Sospecho que pretenden hacer de este proceso un auto de fe con el que legitimar la ruptura del contrato con la Ford y ahorrarse el pago de millones de dólares.

—¿Y qué vamos a hacer para impedirlo?

—Pues no sabría decirte. Si tal y como afirma Serguéi, disponen de pruebas irrefutables que demuestran la culpabilidad de tu tío, no creo que podamos hacer nada. Yo, en tu lugar, viajaría a Moscú de inmediato para entregarle al embajador la carta de tu tío.

—¿Y dejarle solo?

—Mira, Elizabeth. A su lado, sólo conseguirás ponerte en peligro. Vete a Moscú, deja que la embajada se ocupe de esto y no regreses a Gorki hasta que todo se haya solucionado.

—No voy a hacer eso. Seguro que juntos encontramos el modo de... ¿Qué pasa, Jack? ¿Por qué bajas la cabeza?

Jack no contestó. Sacó un cigarrillo, lo encendió y le dio una calada. Permaneció en silencio, pero la joven insistió.

—¿Qué sucede? ¿Es que no vas a ayudarme?

—Eso es lo que he estado haciendo, ¿no?

—¡Vamos! ¡No tengo a nadie más! Tú sabes que es inocente, ¿verdad?

Jack volvió a dar otra calada. Luego apagó el cigarro y apretó los dientes.

—Lo siento, Elizabeth. Tú haz lo que tengas que hacer. Yo ya he hecho cuanto he podido.

Jack volvió a apilar los cuatro sacos de patatas congeladas, antes de aceptar que repetir una y otra vez la misma tarea no iba a solucionar sus problemas. Echó un vistazo a los despojos del género que permanecían sobre las baldas. Durante el mes de enero, los suministros prácticamente se habían interrumpido y ahora el economato sobrevivía gracias a las exiguas ventas de los zapatos que Jim Daniels, Joe Brown y Miquel Agramunt confeccionaban con retales de cuero y neumáticos gastados según lo que él les había enseñado. Lamentó su mala suerte. Con Hewitt encarcelado y la hambruna apretando, su porvenir se tornaba cada vez más oscuro. Que Serguéi le despidiera sólo era cuestión de tiempo.

Arrojó uno de los sacos al suelo y se sentó sobre él mientras se preguntaba cuál debería ser su conducta. Aunque lo lamentaba por Elizabeth, no podía evitar sentirse manipulado por unos y por otros: Serguéi, Hewitt..., incluso la propia Elizabeth habían acudido a él sólo cuando le habían necesitado. No sabía qué hacer. Si intentaba ayudar a Hewitt, Serguéi lo interpretaría como un posicionamiento contra el régimen soviético y tomaría represalias, pero por otra parte, si rechazaba atender las demandas de Elizabeth, tarde o temprano Hewitt desvelaría su implicación en la adquisición de pasaportes falsos y en la organización de su fuga. En cuanto a Natasha, sólo sabía que la echaba de menos.

Salió al exterior para disfrutar de la paz que reinaba en la explanada de acceso a la villa. Se arrebujó en su abrigo e hinchó los pulmones con la esperanza de que el viento helado le ayudara a despejarse. Aunque añorara reencontrarse con Natasha, había decidido interrumpir sus citas hasta que

mejoraran las cosas. En aquel instante, carecía del ánimo necesario como para compartir sus preocupaciones con ella, a sabiendas de que en cualquier instante las figuras de Serguéi o de Elizabeth los enfrentarían. Se subió al viejo Ford, accionó el contacto y el motor tosió como un enfermo antes de que su corazón resucitara. Introdujo la marcha, pisó el acelerador e hizo que se deslizara sobre la superficie nevada en dirección a su casa. Por ahora, contentar a Elizabeth le proporcionaría tiempo para pensar, aunque ello significara mantenerse momentáneamente apartado de Natasha.

Encontró a la joven americana pegada a la chimenea del salón, con el aspecto de no haberse levantado de la silla en toda la mañana. Huellas de pintura de ojos afeaban su rostro como goteras sucias en una pared encalada. Jack depositó sobre sus piernas un trozo de papel de periódico con una porción de pan negro y ella lo contempló con el mismo interés que si le hubiera dejado una piedra. Finalmente se volvió hacia él. Sus ojos humedecidos brillaban bajo el crepitar de las llamas.

—¿Qué voy a hacer, Jack?

Él no contestó. En realidad, ni siquiera sabía cómo afrontar sus propios problemas. Se sentó a su lado para contemplar un fuego que devoraba los leños hasta sus cenizas, pero sólo vio un calco de lo que la Unión Soviética estaba haciendo con sus vidas.

—He pensado en pedirle a un amigo que haga llegar el mensaje a la embajada. Trabaja para la OGPU, pero es americano. Supongo que sabrá encontrar la forma.

—¿Qué amigo? ¿Aquel con el que hablaste en la fiesta del economato?

—Sí. Andrew.

—Me parece bien —dijo sin convicción.

Jack la miró. Parecía un juguete roto. Comprobó que su reloj marcaba las ocho de la tarde.

—¡Venga! Lávate la cara y abrígate. Aprovecharemos la oscuridad para acercarnos a la casa de tu tío. Quizá encontremos algo que nos ayude.

—Los soviéticos ya la habrán registrado.

—Seguramente, pero no perdemos nada por intentarlo. —Y la ayudó a decidirse cogiéndola del brazo.

Quince minutos después, Jack detenía el vehículo a una manzana de la

mansión asignada a Hewitt y cubría a pie la distancia restante. Tras comprobar que nadie vigilaba la vivienda, se embozó en una sábana para camuflarse en la nieve, corrió hacia la puerta e hizo una señal a Elizabeth para que se acercara. La joven se apresuró a obedecerle, pero resbaló sobre la calzada helada y gritó al dar con sus huesos en el suelo. Al instante, una luz se encendió tras una ventana vecina. Tan rápido como pudo, Jack se abalanzó sobre Elizabeth para ocultarla.

—Lo siento —susurró ella, acurrucada bajo la sábana—. ¿Nos han descubierto?

—Shhh. —Miró a través de un pliegue para cerciorarse—. Han apagado la luz. ¡Vamos!

Corrieron hasta el umbral de la vivienda. Jack advirtió a Elizabeth que respirara suavemente o el vaho delataría su presencia.

—¡La llave!

Ella la sacó, abrió y entraron. A tientas, Jack comprobó que los postigos de las ventanas estuvieran totalmente cerrados. Aun así, se aseguró de correr las cortinas antes de encender la linterna.

—¡Dios! —exclamó ella.

Jack permaneció en silencio y continuó alumbrando.

—Las hienas no han dejado ni los huesos —dijo.

En lugar del salón de una casa, la estancia se asemejaba a los restos de un campo de batalla. Jack apartó las sillas caídas y caminó entre sofás y sillones con las tripas abiertas. Tras una inspección por las habitaciones superiores, llegó a la conclusión de que en el caso de que Hewitt hubiese guardado algún documento de valor, Serguéi ya lo custodiaría. Descendió de nuevo al nivel principal para reunirse con Elizabeth.

—Al menos lo hemos intentado —murmuró, y apagó la linterna.

—¡Espera! Alumbra allí. —Sujetó la muñeca de Jack para dirigir de nuevo el haz de luz hacia un rincón, junto a la chimenea.

—Sólo son periódicos viejos.

—¡Son los periódicos de mi tío Wilbur! —alegó ella, como si se tratara de una afrenta.

—Como quieras. Pero ahora hemos de irnos.

—Nos los llevamos. A mi tío le reconfortará leer alguno la próxima vez

que lo visite.

—¿Estás loca? Necesitaríamos una carretilla para transportar esa montaña. Si quieres, coge unos cuantos y salgamos de aquí.

—Podemos con ellos. Los colocaremos encima de la sábana y los arrastraremos hasta el coche.

Jack advirtió por el ceño fruncido de Elizabeth que no desistiría. Lo último que precisaba era una discusión dentro de la casa. Soltó un exabrupto y enfocó otra vez hacia el montón de periódicos. No eran tantos como pensaba. «¡Mierda de botín!», se dijo.

—De acuerdo. Cojámoslos.

Entre los dos, hicieron un fardo con la sábana y lo arrastraron hasta la puerta. Jack abrió con cuidado. No había nadie fuera. A su señal, corrieron, agazapados, tirando del fardo hasta el coche. Arrancó al segundo intento y regresaron a su casa.

Jack madrugó para coger el funicular que ascendía hasta la oficina que la OGPU había habilitado a la entrada del Kremlin, donde, según le habían informado, habían destinado ahora a Andrew. Encontró a su amigo en una caseta provisional, enfundado en un uniforme marrón y enfrascado sobre una montaña de informes. Imaginó que a Andrew le agradaría tomarse un respiro, pero cuando lo saludó, éste, en lugar de alegrarse, se despojó de sus lentes y se incorporó como si hubiera visto al diablo. Sin darle tiempo a hablar, aferró a Jack por el brazo y lo sacó de la caseta ante el estupor del oficinista soviético con quien compartía escritorio.

—¡Pero cómo se te ocurre venir sin avisar! —le espetó afuera, en un patio.

—Disculpa. No sabía que hubiera que pedir audiencia para visitar a un amigo. ¡Qué elegante te veo!

—Ya... —Miró a un lado y a otro—. No me malinterpretes, Jack, pero esto no es el Autozavod. Lamento tener que ser yo quien te lo diga, pero ahora mismo no estás bien considerado.

—¿A qué te refieres?

—A tu relación con Hewitt. La OGPU cree que podrías tener algo que ver

con sus actividades contrarrevolucionarias.

—Bueno. Pero afortunadamente, tú no eres como los de la OGPU, ¿no?
—sonrió Jack.

Andrew mantuvo su gesto circunspecto.

—Está bien. ¿A qué has venido? Tengo mucho trabajo.

—Es sobre Hewitt. Ayer fui a visitarle con su sobrina y nos pidió que le hiciéramos llegar esta carta al nuevo embajador americano.

—¡Guarda eso! —dijo Andrew al ver que se acercaba un oficial—. Ven. Sígueme.

Andrew le condujo a través de un interminable corredor verde deslucido, equipado con un par de bancos de madera. Abrió una puerta desvencijada y le apremió a que entrara a un despacho, como si alguien los persiguiera. Una vez dentro del cuartucho, se ajustó sus lentes y le pidió a Jack la misiva.

—No refiere nada en particular —Jack trató de influenciarle—. Tan sólo mantiene su inocencia y pide que envíen a un abogado para que le asista durante el proceso.

—¿Nada en particular? ¡Aquí tacha de confabuladores a quienes le acusan! ¿Y quieres que yo envíe esto? ¡Debes de haber perdido el juicio!

—Precisamente por eso te lo he traído. Si tú aprecias algún inconveniente, imagínate lo que harían con la carta los de la OGPU.

—¿Y por qué no la envías tú?

—Tú mismo acabas de mencionarlo. No estoy bien considerado. —Dio por sentado que Andrew entendería los peligros de tan incómoda distinción.

—Y sólo se te ocurre que yo asuma el riesgo.

—No, Andrew. Sólo te pido que ayudes a que un compatriota tenga una defensa justa.

—Pero es que no comprendo tu obsesión con ese hombre. Implicarte únicamente te traerá problemas, te lo aseguro.

—Mira. Si no quieres hacerlo por Hewitt, hazlo por Elizabeth. Su sobrina no tiene nada que ver con él.

—¿De veras? Pues a juzgar por sus joyas, bien que se ha aprovechado de todo lo que su tío ha robado.

—Deberías intentar ser más ecuánime. Aún no lo han juzgado como para que ya lo estés condenando.

Andrew resopló. Leyó de nuevo la carta y contempló a Jack. Éste le aguantó la mirada. Finalmente, Andrew se guardó la misiva en un bolsillo.

—No puedo garantizarte nada. En los correos soviéticos se registra cualquier carta sospechosa. En cuanto vean que su destino es la embajada, la interceptarán, y si la reenvío a otra persona para que a su vez la remita a la embajada, la abrirán en el momento de su entrega. —Hizo un alto para pensar—. La única opción consistiría en enviársela a Dimitri, mi contacto en Moscú, y pedirle como favor especial que la entregue en mano a algún miembro del personal americano cuando salga de la embajada.

—Gracias, Andrew. Yo...

—¡No me las des! Simplemente, te ruego que no vuelvas a pedirme más favores. —Y sin darle opción a que respondiera, salió del cuartucho y dejó a Jack dentro, plantado.

La noticia de la detención de Hewitt corrió como la pólvora por el poblado americano, provocando un temor general que desplomó las ventas del economato. Sin embargo, a Jack le traía sin cuidado la cuenta de resultados. Su único afán residía en conseguir los pasaportes que le había encargado a Iván Zarko, y que pese a haber abonado por adelantado, se estaban retrasando. Según el hampón, la OGPU había intensificado los controles y su suministrador decía sentirse vigilado. Sin otro remedio que la espera, Jack contaba los días con el mismo desasosiego que durante su estancia en el Ispravdom. Mataba el tiempo tras el mostrador del economato, estudiando el Código Penal soviético que en su día le entregó Sue, limpiaba y volvía a limpiar las baldas cada vez más vacías y buscaba la forma de evitar que Natasha se presentara en su casa sin avisar y descubriera que la sobrina de Wilbur Hewitt dormía bajo su mismo techo.

—¿Y por qué no quieres que vayamos? Antes me invitabas a tu casa a cada instante, y ahora que yo te lo propongo, te niegas —le preguntó Natasha, tras volver a recibir una excusa.

Jack tomó aire como pudo. Hasta aquel momento había logrado esquivar sus recelos, aduciendo el inicio de unas obras que habían convertido la vivienda en un estercolero, pero Natasha insistía en que lo de menos era el aspecto que tuviera.

—La casa está ahora en ruinas. ¿Qué tiene de malo el que pretenda que

estés cómoda? —repuso Jack.

—¿Y este cuchitril lo es? —Y señaló el interior del almacén en el que Jack había instalado el colchón sobre el que estaban tumbados.

Jack alzó las cejas y se incorporó para atizar la estufa que empezaba a desfallecer. Desde luego, el economato de la villa americana podía calificarse de cualquier cosa menos de romántico. Intentó callar a Natasha con un beso, pero ella apartó los labios.

—No, Jack. La semana pasada prometiste que esta semana podríamos ir a tu casa, y... —Enmudeció.

—¿Y?...

Natasha rompió a llorar. Jack enrojeció. Era la primera vez que veía una lágrima rodar sobre sus mejillas. Intentó consolarla, pero Natasha le apartó.

—¡No! He querido pensar que era mentira, que todo eran hablaturías, que no me importaba, o qué sé yo... —El llanto la ahogó.

—Pero es que no sé de qué me hablas —balbuceó.

—¡Lo sabes perfectamente! —Se levantó y comenzó a vestirse—. ¡Hablo de esa furcia americana! ¡La que escondes en tu casa! ¡La sobrina del capitalista corrupto!

—Yo no escondo a...

—¿No? —Cogió los pantalones de Jack y se los arrojó a la cara—. ¡Pues entonces vayamos ahora! ¡Vayamos allí y veamos si tengo o no razón!

Jack la observó, incrédulo. Balbuceó de nuevo.

—Tú no comprendes... —acertó finalmente a decir.

—Es verdad... ¿no? ¡Es verdad, cabrón malnacido! —sollozó.

—¡Por todos los diablos! ¡Deja de comportarte como una histérica! Es cierto que Elizabeth duerme en mi casa, pero no por el motivo que imaginas. Yo... —Intentó sujetarla para que no se fuera.

—¡Suéltame! ¡Dios! No sé qué vi en ti para... ¡Qué estúpida he sido!

—Pero ¿quieres hacer el favor de calmarte? —gritó Jack—. Cobijé a esa mujer porque no tenía adónde ir. Han detenido a su tío. Acudió a mí, desesperada, en medio de la noche y no tuve valor para dejarla en la calle.

—¿Y por eso no me contaste nada? ¿Por eso me mentiste diciendo que estabas de obras?

—¿Y qué demonios querías que hiciera? ¿Decirte que protegía en mi casa

a la sobrina del hombre a quien tu padre considera Lucifer? ¡Joder! ¡Estáis todos locos! Tu padre, tú, Hewitt, Elizabeth... Dime: ¿qué querías que hiciera?

—¿Qué quería? ¡Que confiaras en mí! ¿Tan difícil era? —Se soltó de su brazo.

—¡Mira quién habló! La perfecta soviética, amante de la honestidad pero capaz de engañar a su padre ante la vergüenza de confesarle que se acuesta con un americano...

Un guantazo interrumpió su frase. Jack enmudeció. Jamás habría esperado de Natasha una reacción así.

—¡Largo de aquí! —dijo él.

Natasha no respondió. Terminó de vestirse, cogió su maletín y salió del almacén dando un portazo que hizo temblar hasta la última de las baldas.

A la espera de los pasaportes que debía proporcionarle Zarko, Jack empleó las siguientes noches en repasar la documentación hallada en el baúl de McMillan.

Por un lado aparecían informes referidos a los trabajadores más cualificados, en los que se detallaban los estudios cursados, la experiencia y el área de especialización de cada uno. El listado abarcaba unos ciento cincuenta nombres de ciudadanos americanos, completados por otros veinte súbditos rusos que habían recibido cursillos de formación en Estados Unidos. Estudió los nombres americanos uno por uno y los cotejó con sus propios informes. Concordaban con sus conclusiones previas, que parecían excluir cualquier vínculo con los sabotajes. Respecto a los soviéticos, aunque sólo eran nombres desconocidos, le llamó la atención un pequeño punto sobre uno de ellos, tan inapreciable que pensó que sería una brizna de polvo, pero que al intentar apartar sin éxito, advirtió que en realidad obedecía a una marca de lápiz. Leyó el nombre señalado: «Vladimir Mamáyev». Quiso pensar que tendría algún significado especial, pero sin la colaboración de Serguéi Loban le resultaría imposible averiguarlo.

Por otra parte estaba la documentación contable, en la que se relacionaban transferencias monetarias satisfechas por los soviéticos, correspondientes a

partidas de maquinaria importadas de Berlín y Detroit. De su lectura sólo reparó en un apunte discordante, ya que, a excepción del mismo, el resto de los pagos parecían proceder de un único organismo.

Escondió los apuntes y se dejó caer sobre el sofá.

«Vladimir Mamáyev...».

¿Por qué McMillan lo habría señalado con un punto casi imperceptible? Posiblemente jamás lo sabría. En cualquier caso, le importaba poco. Según Andrew, el juicio de Hewitt se celebraría a finales de mayo, y para esas fechas él ya habría huido a Inglaterra, el país que se había fijado como destino.

Elizabeth apenas le importunaba. Permanecía encerrada en su habitación a la espera de noticias, matando el tiempo seleccionando de entre los antiguos periódicos americanos los que imaginaba que complacerían a su tío Wilbur. Hasta el momento de la huida, él simularía interesarse por el caso del ingeniero y procuraría mantener a salvo las ganancias que había acumulado hasta la fecha.

Aquella noche soñó con Natasha. Se despertó de madrugada, añorándola. Se sentía culpable por haberle ocultado la presencia de Elizabeth. Intentó conciliar el sueño, pero le resultó imposible.

El estruendo ocasionado por los motores de los vehículos que atravesaban a toda velocidad el centro de Gorki hizo que Jack se abalanzara sobre la ventana con la sensación de estar asistiendo a la invasión de un ejército. Elizabeth bajó las escaleras en camisón, con el rostro desencajado. No eran los únicos inquietos. Todos los vecinos parecían haber hecho lo mismo.

—¿Qué sucede? —le preguntó. Observó el continuo trasiego de camiones repletos de soldados. Jack nunca había visto tanta gente armada junta.

—No lo sé, pero a juzgar por el tamaño de la comitiva, seguro que nada bueno. ¡Vístete y permanece preparada! Yo voy hasta el Kremlin a preguntarle a Andrew.

Una hora más tarde y pese a identificarse como amigo de Andrew Scott, en las oficinas de la OGPU le impidieron el paso y hubo de aguardar afuera hasta convencer a un soldado para que le diese el recado. Poco después

aparecía su amigo con gesto preocupado.

—¿Qué está ocurriendo, Andrew? La gente comenta que han llegado refuerzos para contener los disturbios y todo el mundo anda loco de un lado para otro.

—Lo siento, Jack. Estamos muy ocupados y ahora no puedo atenderte.

—Yo también lo estoy. ¡Por el amor de Dios! ¿Tanto te cuesta decirme lo que pasa?

Andrew no soportó la mirada exigente de Jack.

—Mira, no puedo darte detalles, pero te confiaré una cosa. —Bajó la voz para que nadie le escuchara—: El juicio de Hewitt se ha adelantado, así que dudo que la carta que envié a la embajada sirva de algo.

—¿Adelantado? ¿Para cuándo? —Pensó en Elizabeth.

—No estoy seguro. Para mañana o pasado.

—Pero si me dijiste que se celebraría en mayo.

—Y ésas eran las previsiones. Pero eso fue antes de que el mismísimo Stalin se presentara de improviso para atajar personalmente lo que está sucediendo con los sabotajes. No te puedes imaginar el temor que inspira este hombre, Jack. En la oficina todos van de un lado para otro como conejos asustados.

—Pero si vosotros sois su policía.

—Stalin no se casa con nadie, y menos con los traidores. La última vez que estuvo en Gorki decretó el fusilamiento de cien contrarrevolucionarios, y con ellos, diez miembros de la OGPU, acusados por sus propios compañeros. Mira. Nos han entregado un pasquín para que lo recordemos. —Sacó de su chaqueta un recorte en el que aparecían las fotografías de los policías condenados y se la mostró—. Pero bueno... Ovejas negras hay en cualquier rebaño. En fin... Si necesitas cualquier otra cosa, estaré en la oficina del Autozavod.

Nada más conocer la noticia, Jack intentó sin éxito que Serguéi Loban le recibiera. Según le confirmó un subordinado, el responsable de la policía secreta estaba reunido con Stalin, y continuaría a su lado mientras el Presidente de Todos los Sóviets permaneciera en Gorki, al mando.

Jack regresó a su casa para relatarle a Elizabeth lo que había averiguado. La encontró tras la puerta, con la respiración agitada y el rostro empalidecido. Cuando la joven supo que, a causa del adelanto del juicio, ningún abogado americano acudiría en defensa de su tío, agachó la cabeza y rompió a llorar, como si por fin comprendiera que nadie libraría a Wilbur Hewitt del patíbulo.

—No te preocupes. Hablaré con Natasha. Quizá ella consiga que su padre me reciba —dijo Jack en un arrebató de inconsciencia. Sabía a ciencia cierta que nada de lo que intentara ayudaría al tío de Elizabeth.

No se atrevió a dejarla sola. Buscó los apuntes en inglés que había extraído del Código Penal soviético y se los entregó para que los ojeara, indicándole los párrafos que podrían resultarle útiles. Ella lo rechazó con un ademán y volvió a sollozar.

—Léelo —insistió—. Probablemente te llamarán a declarar. Quizá no sirva para liberarle, pero podría evitar que te impliquen.

A Elizabeth no pareció interesarle.

—Y tú, ¿qué harás?

—Quiero ir al economato para aprovisionarme de alimentos. La verdad, no creo que los de la OGPU pasen por allí, pero dadas las circunstancias, cualquier precaución es poca. Además, olvidé preguntar dónde se celebrará el juicio, así que aprovecharé para informarme sobre el funcionamiento del jurado y la defensa. Regresaré en cuanto termine. Hasta entonces, no se te ocurra abrir la puerta a nadie.

La joven asintió sin demasiada convicción.

Jack se abrigó a conciencia antes de dirigirse al domicilio de Iván Zarko para pedirle que escondiera el Ford A en algún lugar seguro. Quizá lo precisara en algún momento, pero con una legión de policías pululando ávidos de detenciones, el que un americano se desplazara de un lado a otro en un vehículo privado únicamente podía depararle problemas.

—Será sólo hasta que se calmen las cosas —le aclaró a Zarko.

El viejo escupió una retahíla de improperios antes de acceder a encerrar el coche en un taller abandonado, pero advirtió a Jack que si los de la OGPU lo localizaban, antes de que le interrogaran daría razón de su propietario. Jack no se molestó en discutir. Asintió, se despidió y cogió un tranvía inusualmente atestado de civiles vestidos de domingo en dirección al

Autozavod.

No encontró a Andrew, de modo que se dirigió a la puerta del hospital, donde una pareja de policías solicitaba identificación a cuantos entraban y salían. Jack dejó que le adelantaran algunos de los visitantes mientras él cavilaba cómo evitar interrogatorios inoportunos. Imaginó que si preguntaba directamente por la doctora Lobanova, se arriesgaba a que le dieran largas o a que la propia Natasha se negara a recibirle. Al reparar en la pequeña aglomeración formada por los familiares que pretendían visitar a sus parientes enfermos, aprovechó para pedirle ayuda a uno de los que ocupaban los últimos puestos, simulando su antigua cojera.

—¿Quiere un cigarrillo? —le ofreció Jack al hombretón que había accedido a que se apoyara en su hombro para soportar el dolor de su pierna—. ¡Este condenado frío se clava como un cuchillo en mi cadera!

El desconocido celebró la oferta como si acabara de encontrar un tesoro y se plantó la *papirosa* entre el hueco de los dientes, moviéndola con la lengua. Jack aprovechó para aferrarse a él, como si realmente lo necesitara y avanzó cojeando hacia los policías mientras entablaba una conversación con tal familiaridad, que cualquiera que los hubiese visto habría jurado que eran parientes cercanos o amigos de toda la vida. Una vez ante los policías, ambos mostraron sus credenciales. El hombretón iba a visitar a su hijo y no tuvo problemas para que le franquearan el paso. Sin embargo, al escuchar el acento extranjero de Jack, uno de los guardias le ordenó que se detuviera.

—¿Americano? —preguntó al leer su nombre en la antigua prescripción médica que Jack le había ofrecido como prueba.

—De nacimiento, por desgracia —contestó Jack en un ruso perfecto—. Afortunadamente pude regresar a la madre patria. —Y alzó un brazo al cielo, como si le mostrara al centinela las maravillas de aquella tierra.

—Esto es una simple receta —dijo el guardia soviético. Sus ojos permanecían ocultos bajo la sombra de su visera.

—Sí. Olvidé el pase en mi casa. Con la cojera... —Advirtió que el hombretón sobre el que se apoyaba intentaba adentrarse en el hospital y lo sujetó para que aguardara.

—Pues lo siento, pero su nombre no aparece en el listado de pacientes —dijo el joven.

—Oiga, estoy muerto de frío y apenas puedo andar. La verdad es que tenía que venir la semana que viene, pero el dolor...

—Ya le he dicho que no aparece en el listado. Tendrá que regresar otro día.

El hombretón volvió a hacer ademán de pasar, pero Jack lo sujetó con una firmeza impropia de un convaleciente.

—¡Aguarde un instante! —le dijo al hombretón—. Mire —se dirigió al guardia—, no sé si ha leído bien el membrete del firmante de esta prescripción, pero Natasha Lobanova no sólo es la directora de este hospital. También es la hija de Serguéi Loban, el responsable de la OGPU en cien kilómetros a la redonda. Y puedo asegurarle que si no me deja entrar, la doctora Natasha estará encantada de recomendarle a su padre que se encargue usted de patrullar día y noche esos cien kilómetros, por el perjuicio que le está causando a mi pierna.

El joven guardia perdió su mueca de seguridad y miró a su camarada en busca de una respuesta. Al no encontrarla, se volvió hacia Jack.

—De acuerdo. Pero dese prisa. —Y cogió la documentación del siguiente en la fila, para proseguir su tarea.

Nada más perder de vista a los centinelas, Jack se despidió de su eventual samaritano para perderse por uno de los pasillos que conducían al despacho de la doctora Lobanova. Se disponía a entrar sin llamar, cuando advirtió que en su interior alguien mantenía una agria discusión. Reconoció la voz de Natasha, cuyo tono parecía elevarse para responder a las airadas palabras de su interlocutor, de modo que aguardó en el exterior sin discernir el motivo de la disputa hasta que el estrépito de un cristal al romperse en mil pedazos le aceleró el corazón. Al instante percibió que el picaporte se movía y se apresuró a ocultarse tras un biombo cercano. A través de un hueco, observó que del despacho salía un oficial soviético uniformado. Intentó fijarse en su rostro, pero el militar le daba la espalda. En ese momento, alguien le tocó el hombro haciendo que Jack se girara con el corazón en la boca, para darse de bruces con una anciana que le preguntaba por la sala de rehabilitación. Él se la indicó por gestos y se volvió de nuevo hacia la rendija, apreciando entonces la identidad del oficial que, puño en alto, parecía amenazar a Natasha. No dio crédito a lo que vio. Era Viktor Smirnov, con el rostro

transformado en el de una fiera acosada.

Esperó tras su parapeto hasta convencerse de que Viktor no regresaría. Luego abandonó su escondrijo y entró sin llamar en el despacho de Natasha. La encontró acucillada en el suelo, recogiendo los restos de varios matraces y probetas.

—¡He dicho que te vayas! —gritó Natasha, antes de advertir de quién se trataba. Al reconocer a Jack, disimuló—. ¡Oh! ¿Qué haces aquí? —intentó recomponerse.

—Siento presentarme sin avisar. ¿Qué ha pasado?

—¿Eh? No..., nada. Tropecé con el carrito de los análisis. ¿A qué has venido? —Terminó de limpiar el suelo y se sentó en su sillón, aparentando una normalidad inexistente.

A Jack le dolió que le mintiese. Se sentó frente a ella, meditando si preguntarle por lo sucedido, pero prefirió ser prudente.

—Quería verte. —Se había prometido no hablar de sus sentimientos, pero le resultó imposible—. ¿Cómo estás?

—Atareada, como todos en el Autozavod.

—Sí. Ya me he enterado de la llegada de Stalin, pero aparte del trastorno, no sé... ¿Cómo te encuentras?

—¿Te refieres a nosotros? —Sacó un cigarrillo y lo encendió. A Jack le sorprendió, porque Natasha sólo fumaba cuando estaba muy preocupada.

—Sí. A nosotros.

—Pues la verdad, Jack: mal. —Dio una calada que fundió media *papirosa*—. Aunque con toda la gente enferma que hay a mi alrededor, mermar mis fuerzas preocupándome de mi malestar es un lujo que no puedo permitirme.

—Hizo un silencio largo—. ¿Y tú? —Tabaleó sobre el brazo del sillón.

—Supongo que igual. Te echo de menos. —No imaginaba lo profundo de su malestar hasta el instante en que la había visto de nuevo.

—Te acostumbrarás, igual que yo. Yo tengo mi trabajo, y tú, a tu amiguita.

—¡Por favor, Natasha! ¡Dejémoslo! Ya te dije que Elizabeth no tenía adónde ir. En cuanto se solucione lo de su tío, volverá con él.

—¿Y entonces yo volveré contigo?

—Mira. Esta discusión es estúpida. ¿Qué crees que debería hacer?

¡Dímelo tú! Déjame ver tu cacareada solidaridad y seguiré tu consejo a pies juntillas.

Natasha calló. Dio una calada que acabó con el cigarrillo y se levantó para consultar unas radiografías colgadas del marco luminoso.

—¿Algo más? Estoy muy ocupada —dijo ella, para dar por concluida la conversación.

Jack también se levantó.

—Ya que lo mencionas, necesitaría que me informaras sobre los procedimientos habituales para enjuiciamientos contrarrevolucionarios: tiempos, defensas, recursos...

—¿Por qué? ¿Es que temes que te arresten?

—No es para mí. Es para Wilbur Hewitt. Un amigo me ha asegurado que su juicio se celebrará de inmediato.

—Lo siento, Jack, pero no estoy al tanto.

—¿No has hablado con tu padre? El juicio del dirigente americano es la comidilla del Autozavod.

—Pues no. El juicio del americano me trae sin cuidado. Sólo me interesa la evolución de mis pacientes.

—¿Sabrías quién podría informarme? Por favor...

—Dime una cosa, Jack. ¿Por qué debería ayudar a ese americano?

—Sólo se me ocurre responderte que porque yo te lo pido —su voz denotó un ligero temblor.

Natasha lo miró. Se acercó en silencio y le besó en los labios levemente, de una forma que a Jack le supo como si se despidiera para siempre. Luego le escribió en un papel el nombre y la dirección de un abogado del partido, se lo entregó, y con los ojos humedecidos le pidió que abandonara su despacho.

Cuando salió, no pudo evitar preguntarse por qué Viktor Smirnov habría amenazado a Natasha, y por qué razón ella se lo había ocultado.

Dudó entre ocultar las mercancías del economato o trasladarlas a su domicilio. Finalmente no hizo ni lo uno ni lo otro. Tomó lo imprescindible, dejó algunas provisiones sobre las estanterías y repartió el resto entre Joe Brown, Miquel y la familia Daniels, aconsejándoles que, para mantener las apariencias, continuaran acudiendo al economato aunque estuviera casi desabastecido.

Una semana. Ése era el tiempo que el jurista facilitado por Natasha había estimado que duraría el juicio. Según el abogado, no podía dilatarse mucho más porque Stalin debía regresar a Moscú por asuntos de Estado.

El mismo letrado le había advertido sobre las singularidades que rodearían el juicio contra Wilbur Hewitt.

—Por lo general, a los delincuentes comunes los juzga un comité ciudadano formado por doce hombres elegidos en asamblea popular, mientras que los crímenes contrarrevolucionarios los dirime en privado la cúpula local de la OGPU. En principio, un asunto de malversación debería resolverlo directamente la OGPU, pero tratándose de un acusado de tanta relevancia, imagino que el propio Stalin presidirá el juicio y le conferirá carácter público para dar un escarmiento.

Así se lo transmitió Jack a Elizabeth.

—¿Un abogado de oficio, perteneciente al partido? ¿Y alguien en sus cabales cree que ese comunista a sueldo va a posicionarse a favor de un

americano, teniendo delante a Stalin y media cúpula del Sóviet Supremo?

Jack se encogió de hombros. Era lo que había intentado hacerle comprender todo el tiempo.

—La otra posibilidad es que Wilbur recuse a su abogado de oficio y elija al defensor que estime oportuno. El problema es que no creo que nadie esté dispuesto a asumir ese riesgo.

—¡Pues hagámoslo nosotros!

—¿Qué?

—¡Nosotros! ¡Defendámosle, Jack! ¡Encarguémonos nosotros!

Jack negó despacio. Definitivamente, Elizabeth había perdido la cabeza.

—¿Hablas en serio? Estarías firmando su condena y la nuestra. Nosotros no sabemos...

—¡Acabas de decir que nadie querrá defenderlo! Tú has estudiado su Código Penal. Pagaremos a ese abogado que te ha ayudado para que nos asesore en la sombra. Con los seis mil dólares que te proporcionó mi tío, podríamos...

—No creo que sea buena idea. Además, ese dinero era para los pasaportes.

—¿A quién le importan los pasaportes? Ni los hemos visto, ni los necesitamos por el momento.

—Elizabeth, ya no disponemos de ese dinero. Lo entregué a cuenta. Ahora no puedo presentarme ante mi suministrador para exigirle que devuelva lo que ya habrá repartido. Y ese abogado del que hablas se prestó a ayudarme porque Natasha se lo pidió. Sólo por eso. Ni por todo el oro del mundo accedería a asesorarnos. ¿No comprendes que quien lo haga quedará marcado?

—Dame su nombre.

—¿De quién?

—De tu suministrador. Hablaré con él. O hablaré con tu amigo Andrew. Pero por todos los santos, Jack, te juro que aunque tenga que remover cielo y tierra, recuperaré ese dinero.

Jack apretó los puños. Comprendió que si no ayudaba a Elizabeth, su testarudez acabaría por implicarlos a todos. El problema consistía en que ignoraba cómo defender a un hombre a quien en su fuero interno creía

culpable. Suspiró con fuerza antes de pedirle que trajese el Código Penal que había dejado en el piso de arriba. Para cuando Elizabeth regresó, Jack ya había sacado de su escondrijo los documentos de McMillan. Observó su rostro, que le imploraba esperanzado.

—No te prometo nada —dijo él.

—Pues yo a ti, sí. Si me ayudas a salvar a mi tío, te daré lo que quieras. ¿Lo entiendes bien? Lo que quieras.

Ni los ruegos, ni las lágrimas de Elizabeth lograron conmover al oficial que hacía guardia en las oficinas de la OGPU. El hombre, una especie de leñador uniformado con una guerrera desteñida, alegó que ni por orden del mismísimo diablo molestaría a Serguéi Loban, pero cuando Jack dejó caer al suelo un sobre con quinientos rublos y el oficial, tras comprobar su contenido, se lo guardó en su guerrera, supo que no habría problemas. El oficial telefoneó a su superior y le transmitió la petición de Elizabeth. Después de una breve conversación, colgó.

—Deben esperar a que el camarada Loban haga unas gestiones —fue lo único que dijo.

Jack y Elizabeth aguardaron, sumidos en sus pensamientos. Ella, suspirando por su tío Wilbur, y Jack, rogando por que el oficial con aspecto de leñador no los hubiera denunciado por soborno. Finalmente el teléfono sonó con estridencia. El oficial descolgó y atendió la llamada. Cuando la concluyó se dirigió a ellos.

—El camarada Loban autoriza que la sobrina de Wilbur Hewitt asuma personalmente la defensa de su tío y que Jack Beilis ejerza las funciones de traductor. Me ha pedido que les comunique que el juicio dará comienzo esta tarde, a las tres en punto, en el Palacio de Justicia de los Sóviets de Gorki. —Carraspeó—. Si lo desean, puedo avisar al Ispravdom para que les permitan visitar al detenido antes de su comparecencia ante la comisión. —Y sin esperar a que contestaran, se palpó el bolsillo de la guerrera en el que había guardado el sobre con el dinero.

No hizo falta añadir más explicaciones. Jack extrajo otros quinientos rublos de su cartera y se los entregó.

A las dos y media, una pareja de celadores procedió a la apertura del salón de audiencias del Palacio de Justicia. Jack y Elizabeth hubieron de esperar a que ocupase sus asientos la delegación soviética encabezada por Serguéi Loban, quien en calidad de jefe de la OGPU iba a dirigir la acusación. A éste le seguía un nutrido grupo de señalados miembros de la policía secreta recién llegados de Moscú, una representación del Komsomol y los afortunados representantes sindicales y miembros locales del partido que habían logrado obtener una acreditación para compartir recinto con el mismísimo Presidente Supremo de los Sóviets, Iósif Stalin. Tras todos ellos, Jack atisbó la presencia de Viktor Smirnov. Una vez ubicados en las hileras de sillas que parecían haberse dispuesto para la ocasión, un oficial de la OGPU acompañó a Elizabeth y a Jack hasta un pupitre situado a la derecha del estrado, justo enfrente de la posición que ocupaba Serguéi Loban.

Desde su asiento, Jack observó la sobriedad de la sala de audiencias, cuyo mejor adorno consistía en un gigantesco retrato del omnipresente Stalin, que presidía la totalidad de la pared situada a la espalda del estrado. El órgano deliberante, compuesto por una nutrida representación de comisarios de la OGPU y de miembros del Comité del Partido Comunista, ocupaba dos grupos de sillas dispuestas a ambos lados de un sillón central vacío, destinado a Stalin. Jack buscó con la mirada a Natasha con la esperanza de reconocerla entre el público presente, pero sólo advirtió la presencia de Andrew al fondo

de la sala.

Instantes después, un soldado del Ejército Rojo conducía al empresario norteamericano hasta una silla situada a mitad de camino entre el pupitre de la defensa y el adjudicado a la acusación. Jack saludó con un gesto a Hewitt, con quien habían logrado conversar poco antes de que le trasladaran desde el *Ispravdom*. Sin embargo, la falta de tiempo le había impedido encontrar a un abogado soviético de confianza que los asesorara en la defensa. Finalmente, un portavoz de uniforme se acercó al estrado y a viva voz anunció la llegada de Iósif Stalin, el Presidente de Todas las Rusias, quien fue recibido con un aplauso ensordecedor.

Jack no pudo evitar sentirse sobrecogido ante la presencia del hombre que, en palabras de cuantos conocía, sería capaz de quemar viva a su propia familia con tal de conseguir el triunfo de la Revolución. Enfundado en una guerrera marrón con charreteras en rojo, su mirada poseía la determinación de una fiera, y sus gestos decididos no hacían sino confirmar que quien no le temiera, o bien era un loco, o bien un insensato. Cuando los aplausos se apagaron, el portavoz continuó con la presentación de los restantes componentes del jurado, pero Iósif Stalin le interrumpió y gesticuló con la mano para que Serguéi Loban emprendiese la lectura de los cargos que pesaban contra el reo.

Serguéi se levantó, agradeció el gesto a Stalin y se dirigió al auditorio.

—Camarada Stalin... —Una nueva salva de aplausos interrumpió el inicio de su alocución—. Camarada Stalin..., camaradas del Directorio Político Unificado del Estado, camaradas comisarios miembros del Sóviet, representantes del Komsomol, miembros señalados de la OGPU, asesores populares... —Los aplausos se repitieron.

»Antes de comenzar mi intervención debo manifestar que el acusado de nacionalidad norteamericana, Wilbur Hewitt, ha renunciado voluntariamente y por escrito al derecho que le asiste de ser juzgado en su propio idioma. Asimismo, ha renunciado al abogado de oficio que le ha sido asignado, y en su lugar ha designado como defensora a su sobrina Elizabeth Hewitt, quien ejercerá su labor auxiliada por el señor Jack Beilis, en calidad de traductor. Así hago constar que en este juicio únicamente se encausa al ingeniero Wilbur Hewitt, y que, por tanto, queda fuera de él toda estimación de

responsabilidades derivadas de su posible culpabilidad. Si las hubiere, éstas serán dirimidas en juicio civil separado, y por tanto no afectarán en modo alguno al resultado del proceso que nos concierne.

Nada más escucharle, Jack dejó escapar un exabrupto. Precisamente, el principal argumento de su defensa iba a basarse en demostrar una confabulación pergeñada por la cúpula directiva del Autozavod para anular el contrato firmado con Henry Ford, cancelar los millonarios pagos pendientes y evitar una penalización.

Mientras Serguéi enumeraba el listado de delitos por los que Hewitt iba a ser juzgado, Jack repasó sus apuntes en busca de una nueva estrategia.

—Como todos los presentes conocen —continuó Serguéi—, entre las trascendentales funciones de la policía del Estado se encuentra la persecución, captura, enjuiciamiento y condena de todos aquellos elementos antisoviéticos cuya peligrosidad amenace el triunfo de la dictadura del proletariado. Sin embargo, considerando la especial naturaleza del caso que nos ocupa, su posible repercusión internacional y, sobre todo, la presencia de nuestro líder y presidente, el camarada Iósif Stalin, se ha resuelto otorgar a este proceso carácter público extraordinario. —Hizo una pausa para obtener la aquiescencia de Stalin—. No obstante, esta decisión no impide que, siendo tan numerosos sus delitos y tan extensos los daños producidos, se acuse al reo de maquinación contrarrevolucionaria y por tanto solicite para el mismo su inmediata ejecución.

Jack comprendió que, tras semejante calificación, Stalin jamás admitiría una rebaja en la condena. Carraspeó e hizo una seña a Elizabeth para que expusiera los argumentos de su defensa. La joven siguió las instrucciones acordadas previamente con Jack y se levantó para que todos pudieran ver su rostro compungido, sin rastro de maquillaje, y con el pelo recogido en un moño al estilo soviético.

—Estimados señores. Señor presidente... —Tal y como había acordado con Jack, la joven hizo una pausa dramática que no conmovió a Stalin—. Yo... Yo no sé expresarme con la facilidad con la que lo hacen ustedes. —Jack fue traduciendo cada palabra, dejando el tiempo suficiente como para que los hombres y mujeres que abarrotaban la sala pudieran fijarse en la fragilidad de Elizabeth—. Mi tío, el señor Wilbur Hewitt, vino a la Unión

Soviética con la ilusión de hacer bien su trabajo. Quizá él no quisiera ayudarlos a ustedes o ayudar a su Revolución, eso no lo sé. Pero les aseguro que estaba dispuesto a dejarse la piel por hacer que esta factoría fuese el orgullo de la Unión Soviética. —Miró a Jack para obtener su aprobación—. Yo no entiendo de leyes, pero Jack Beilis las ha estudiado y me ha asegurado que, a diferencia de otros sistemas legales, en esta nación lo verdaderamente importante, más allá de lo que digan las leyes, es que triunfe la verdad. — Esperó a que Jack les trasladara sus palabras—. Siguiendo los deseos de mi tío Wilbur, le he pedido al señor Beilis que argumente la defensa sin la necesidad de traducir cada una de mis palabras. No obstante, les ruego que todo cuanto diga lo consideren como salido de mi boca. Nada más. Gracias por su atención... Gracias —dijo con voz temblorosa.

Stalin aceptó la petición sin rastro de misericordia, hojeó el informe que acababa de entregarle uno de sus asistentes y ordenó que llamaran al primero de los testigos. Se trataba de un trabajador soviético que afirmaba haber sufrido en sus carnes uno de los sabotajes. Cuando Serguéi le pidió que enseñara al auditorio el muñón en el que se había convertido su brazo, un murmullo recorrió toda la sala.

Al testigo manco le sucedieron otros dieciséis testimonios de heridos que se manifestaron en términos semejantes. Jack sabía que sus declaraciones no aportaban ningún valor incriminatorio contra Hewitt, pero Serguéi estaba construyendo una animadversión que, si no la contrarrestaba rápidamente, calaría en el ambiente. Cuando terminó el último de los testigos, él pidió la palabra, pero Serguéi le interrumpió, solicitando un aplazamiento debido a lo avanzado de la tarde.

—Permiso concedido —respondió Stalin con hastío—. El proceso se reanudará mañana a las diez de la mañana.

Cuando Jack abandonó la sala, se dirigió irritado a Elizabeth.

—¡Ruso del diablo! Ese cabrón ha prolongado los testimonios para evitar que hiciéramos alegaciones y Stalin lo ha consentido.

—Bueno. Pero podrás presentarlas mañana.

—Sí. Después de que toda esa caterva soviética haya rumiado durante toda la noche que tu tío Wilbur es un mutilador en serie.

Una vez fuera del Kremlin, Jack le pidió a Elizabeth que volviera sola a

casa. Él necesitaba entrevistarse con el experto en leyes que le había recomendado Iván Zarko y, según sus exigencias, debía acudir solo.

Le llevó una hora encontrar el edificio de apartamentos medio derruido cerca de Monastyrka, al sur de la ciudad. Cuando comprobó que la dirección se correspondía con una habitación sin puerta en la que no viviría ni un leproso, pensó que se había equivocado, pero una voz pastosa procedente de un bulto envuelto en mantas le conminó a que pasara.

—¿Eres el americano? —preguntó.

Jack advirtió que de debajo de las mantas emergía el cuerpo de algo parecido a un anciano. Apestaba a alcohol y orina. Asintió. Cuando el hombre le dijo que se sentara sobre un montón de harapos sucios, declinó la oferta.

—¿Has venido solo?

—Sí. ¿Es usted Valeri Pushkin?

—¡Silencio! —aulló—. Nadie te ha pedido que pronuncies mi nombre.

Por un instante Jack pensó que Iván Zarko se había confundido. Sacó la nota para comprobar de nuevo la dirección, pero el viejo le arrancó el papel de la mano.

—Sí. Soy yo. ¿Qué esperabas? ¿Un leguleyo engominado? —Se despojó del gorro de lana que le cubría hasta las cejas y dejó a la vista una cara surcada de cicatrices—. Iván Zarko me mandó recado diciendo que pagarías mis consejos.

—Sí, así es, pero... —Jack enmudeció. Pensó que aquel viejo furibundo no lograría defenderse ni a sí mismo.

—Bien. ¿Te dijo cuánto?

—No.

—Mil rublos. Mil rublos y una botella de vodka del bueno, no esta mierda que venden en el extrarradio. —Y pegó un puntapié a un casco vacío, que rodó hasta detenerse junto a otra docena de recipientes viejos.

—Tenga. —Sacó los mil rublos—. Y otros cien para el vodka —dijo. No tenía más opción.

—Perfecto. —Se los guardó dentro de la bragueta y sonrió como si

acabara de hacer el negocio del siglo—. En fin... Zarko ya me puso al tanto del asunto. —Rebuscó entre la porquería en busca de algo de vodka en alguna de las botellas vacías—. Ese americano poderoso va a ser juzgado y tú quieres defenderle para follarte a su sobrinita, ¿no es eso? —Encontró un culo de vodka y lo bebió de un trago.

—No. No es eso. —Jack pensó si merecería la pena perder un segundo más con aquel tipo desfigurado.

—Bueno. Para el caso es igual. —Volvió a empinar la botella vacía con la ilusión de que escurriera alguna gota perdida—. Quieres defender a un americano que está condenado de antemano. —Y rio como un mentecato—. Dime una cosa, muchacho, y piénsalo bien, porque de tu respuesta quizá dependa tu futuro: ¿qué es exactamente lo que buscas?

—No le comprendo.

—¡Americanos!... —Sacudió la cabeza, desaprobándolo—. Tienes suerte de que sea el viejo Zarko quien te haya recomendado. Mira, chico: sea cual sea tu propósito, tienes dos opciones, a cual menos halagüeña, y digo *tienes* porque, se salve o no se salve el capitalista, no puede decirse lo mismo de ti. Si consigues que lo declaren inocente, te granjearás la enemistad de toda la OGPU. Quizá te respeten por un tiempo, pero en cuanto se olvide el asunto, irán a por ti como si fueras su peor enemigo. Esta gente no perdona una derrota, te lo aseguro.

—¿Y si le condenan?

—Si le condenan, a él le fusilarán, y a ti te pegarán un tiro.

—¿A qué se refiere? —Jack vaciló.

—A que a menos que abandonases el país, tarde o temprano correrías su mismo destino. Defender a un culpable ante el mismísimo Stalin no está bien visto.

—Mire, no sé bien por qué estoy perdiendo el tiempo escuchándole, pero...

—¡Silencio! —bramó—. No he acabado. Te he dicho que el viejo Zarko me pidió que te ayudara y eso es lo que voy a hacer, de modo que escucha con atención porque hay varios asuntos que debes conocer para tratar con éxito a esos cretinos. Sé muy bien lo que estás pensando... Crees que un viejo como yo, sucio y borracho, no va a procurarte ningún beneficio, pero en

su día fui uno de los abogados más envidiados de San Petersburgo. En fin: una triste historia que ahora no viene a cuento. ¿Tienes algún informe? ¿Alguna documentación que pueda sernos útil?

Jack meditó hablarle de los papeles de McMillan, pero la prudencia le atenazó. No obstante, le aseguró que intentaría proporcionarle cuanto necesitara.

—Bien. Pues hasta entonces, lo que has de hacer es retrasar al máximo el momento del veredicto. Seguramente la policía secreta querrá cerrar el caso delante de Stalin y apuntarse el tanto, pero Stalin no permanecerá en Gorki mucho tiempo. Ese hombre es un demonio, te lo aseguro. Aparece en medio de la noche, ataca a dentelladas a sus enemigos y regresa a su guarida de Moscú para seguir maquinando y urdiendo. Si quisieras dar con él, lo único que tendrías que hacer sería seguir el rastro de los cadáveres que deja por el camino. —Tosió—. Para dilatar el proceso, pide testigos difíciles de localizar, interpela a implicados ya interrogados, solicita pruebas escritas, reclama, protesta, escúdate en el idioma, lo que se te ocurra, pero consigue que las obligaciones reclamen a Stalin y abandone la ciudad antes del veredicto, o presenciarás cómo tu amigo Wilbur recibe una salva de tiros, y a ti te sucede lo mismo.

De repente, la opinión de Jack sobre el borracho cambió como por ensalmo.

—De acuerdo. ¿Alguna otra cosa?

—Sí. Los comunistas son los maestros de la propaganda. El *Pravda*, el *Izvestia*, Radio Moscú, panfletos, pasquines, mítines, reuniones sindicales... Si dedicasen sus habilidades a la venta por correspondencia, serían los mayores negociantes del mundo. Y tú, para gozar de una mínima oportunidad, deberías hacer lo mismo.

—¿Yo? ¿Cómo? ¿Pegando carteles en los muros del Kremlin?

—No seas sarcástico —escupió—. Un juicio soviético es diferente a cualquier otro que hayas podido presenciar. Olvida las garantías, las leyes y las pruebas porque no te servirán de nada. Harán lo que quieran y como quieran. Intenta contactar con tus compatriotas en Moscú. Quizá eso te ayude.

—Fue lo primero que hice. Envié una misiva a la embajada americana

para...

—¡Por las barbas de Lenin! Pero ¿quién habla de la embajada, si acaban de abrirla? Los diplomáticos no moverán un dedo para no contrariar a Stalin. Llama a los periodistas. Esa gente está hecha de otra pasta. Consigue que los periodistas americanos destinados en Moscú se interesen por el caso, y si lo difunden en Estados Unidos, tal vez la embajada se plantee tomar cartas en el asunto.

Jack se quedó boquiabierto. No comprendía cómo un hombre con tanto sentido común podía vivir como un pordiosero. Supuso que el vodka sería el culpable de su deterioro, y haberlo agotado, la causa de su transitoria lucidez. Recordó los últimos días de su padre y lo que el alcohol había hecho con su vida.

En cualquier caso, ignoraba cómo sacar adelante sus consejos. Intentaba explicarle la dificultad, cuando, de repente, recordó al hombrecillo de la pajarita.

—¡Un momento! Quizá haya una posibilidad. Conocí a un tal Louis Thomson en el barco que nos llevó a Helsinki y coincidí con él más tarde, ya en Rusia. Sé que trabaja para el *New York Times* en Moscú, pero no sabría cómo localizarle. Quizá usted pueda ayudarme.

—Lo siento, muchacho. Si la OGPU se enterara de que he vuelto a las andadas... —le señaló las cicatrices de su cara—, lo que me hicieron entonces sería ahora un juego de niños.

Jack sacó otros quinientos rublos y se los mostró. El abogado se relamió al verlos. Cuando finalmente los aceptó, el joven supo que serían los quinientos rublos mejor empleados durante su estancia en el Autozavod.

De vuelta a casa, durante el transcurso de la cena, Jack consensuó con Elizabeth la estrategia que seguirían con su tío Wilbur. Cuando ella se retiró a dormir, él permaneció despierto, pensando en Natasha, añorando sus caricias y maldiciéndose por haberse enamorado de la hija de su mayor enemigo.

La segunda sesión se inició con el mismo protocolo que el día previo. Jack aguantó impertérrito los desfiles de dirigentes, los saludos y los vítores que ensalzaron al Presidente Supremo de los Sóviets y el ominoso silencio que se extendió por la sala en el mismo instante en que Stalin ordenó que se reanudara la sesión. A su lado, el asiento de Elizabeth permanecía vacío. Cuando Serguéi preguntó por el paradero de la defensora, Jack aprovechó para solicitar un aplazamiento.

—Honorables representantes del pueblo soviético. Lamento informarles que la señorita Elizabeth Hewitt ha caído repentinamente enferma, presa de un ataque de histeria derivado del inesperado procesamiento de su tío y de la dificultad de su defensa. Hoy permanece postrada en cama y le resulta imposible articular palabra, por lo que solicito de este tribunal la concesión de un aplazamiento hasta su plena recuperación.

Serguéi no pareció inmutarse. Se mesó su barba cana, perfectamente recortada y miró a Stalin, que negaba con la cabeza.

—Señor Beilis, comprendo las razones que le impelen a tal solicitud, pero los hechos revisten tal gravedad que cualquier demora en su resolución supondría una debilidad que el pueblo soviético no puede tolerar.

—Señor Loban, le recuerdo que el Código Penal de su país establece el principio de defensa de todo encausado.

—Y yo le recuerdo a usted que el principio de defensa de un encausado

está sometido y subordinado al principio de defensa nacional.

—¿Pretende expresar entonces que debería continuar la sesión, pese a que el señor Wilbur Hewitt se encuentre absolutamente indefenso? —Jack esperó que su presunción hiciera reflexionar a Serguéi. Sin embargo, a quien perturbó fue a Iósif Stalin, que se levantó de su sillón con el rostro enrojecido por la ira.

—¡Señor Beilis! —bramó—. Quizá usted esté acostumbrado al sistema judicial norteamericano, donde las garantías individuales son respetadas como si fueran las únicas, pero ahora se encuentra usted en la grandiosa Unión Soviética. Aquí, lo colectivo prevalece sobre lo individual, el interés social sobre el particular, y el derecho nacional sobre las execrables aspiraciones contrarrevolucionarias. Ayer mismo, la señorita Hewitt afirmó que había acordado acometer la defensa de su tío junto a usted, y que usted sería quien se haría cargo de trasladarnos sus intereses sin necesidad de traducción directa, por lo que no encuentro el motivo para que en este momento no siga siendo así. Es más: le advierto que interpretaré cualquier maniobra dilatoria como un entorpecimiento a los intereses del Estado, y si se obstina en su proceder, ordenaré que le detengan.

Jack contempló a Wilbur Hewitt sentado en su silla, ajeno a las amenazas que acababa de proferir Stalin. Cada vez, todo se tornaba más complicado. Imaginó que su única opción pasaba por intentar desacreditar a Serguéi. Ordenó sus papeles y se dirigió a él.

—Señor Loban, Wilbur Hewitt es un ciudadano norteamericano. El principio de extraterritorialidad garantiza que determinados ciudadanos sean juzgados en su país de origen, aunque el delito del que se les acuse se haya cometido en territorio soviético. Wilbur Hewitt...

—¡Señor Beilis! Wilbur Hewitt no es diplomático, y por tanto no es de aplicación el principio que menciona. Al contrario, nuestro Código Penal, en su artículo cuatro, establece con meridiana claridad la aplicación de nuestra jurisdicción.

—En efecto, no es diplomático, pero debido a que cuando se entablaron relaciones comerciales entre la Ford Motor Company y la Unión Soviética aún no existían relaciones diplomáticas entre nuestros países, por el principio de analogía, y dada su posición y el tipo de relación laboral y comercial que

ha estado desempeñando, el estatus de Wilbur Hewitt podría asociarse perfectamente con el de un verdadero diplomático, con todas sus consideraciones.

Serguéi sonrió, como si se jactara de la falta de preparación judicial de Jack.

—Permítame que me ría ante su ignorancia. El principio de analogía no es aplicable aquí, ya que hace referencia a los delitos y no a la jurisdicción. Quizá debería dejar de formular peticiones incoherentes y adelantar en su trabajo, o nos veremos obligados a dar por concluida su intervención.

Jack suspiró. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Miró sus apuntes llenos de ideas estúpidas. Ni siquiera sabía qué hacía allí, intentando defender al mismo hombre que le había mentido al contratarle. Recordó los consejos del abogado borracho y se dirigió al jurado.

—Está bien. Llamo a declarar a Stanislav Prior.

Al escuchar aquel nombre, Wilbur Hewitt no pudo evitar una mueca de asombro. Stanislav Prior era el mismo testigo mutilado que había iniciado la ronda de declaraciones el día anterior, y su sola presencia no podía más que perjudicarlo. Sin embargo, Jack le hizo un gesto para que se tranquilizara.

Una vez en el estrado, Jack obligó a Stanislav Prior a relatar con todo lujo de detalles cada uno de los acontecimientos que precedieron a su accidente. Empleó quince minutos. Cuando el testigo terminó, Serguéi se le adelantó.

—No nos haga perder el tiempo con declaraciones que ya hemos escuchado. Si quiere repasarlas, puede pedir las actas del proceso —le avisó.

—Señor Loban, necesito que el jurado retenga frescos todos los detalles para que comprendan su relación con el acusado. —Y sin otorgarle un segundo de réplica, se dirigió de nuevo a Prior—. Dice usted que la prensa que le mutiló, un modelo americano adquirido por el Autozavod a la Ford Motor Company, descargó su golpe de forma inesperada, seccionándole el brazo derecho. ¿Es correcto?

—Acabo de relatarlo —respondió el hombre.

—Según el señor Loban, la máquina formaba parte de un lote que en principio debía haber sido suministrado desde Detroit, pero que finalmente fue sustituido por otro procedente de la desmantelada fábrica que la Ford poseía en Berlín, y achaca el fallo que propició su terrible accidente al

deterioro de la máquina. Dígame, ¿tenía usted constancia de que dicha sustitución se realizó para ahorrar costes con la aquiescencia de los directivos soviéticos del Autozavod?

—No. Yo sólo me limito a operar la maquinaria. Bueno. Ya no... —Y le mostró el extremo del muñón.

—Ya. Y dígame, esa prensa que le seccionó el brazo, ¿acaso no dispone de un mecanismo de seguridad que obliga a accionar simultáneamente dos pulsadores distanciados entre sí, de forma que cuando se descargue el golpe, las manos estén alejadas de la zona de impacto?

—Sí, así es.

—Entonces, ¿cómo es posible que le atrapara?

—Ya lo he dicho. La máquina falló.

—Sí. Pero ¿qué es lo que falló? Conozco esa prensa, y si se sigue el protocolo de seguridad, es imposible que ocurra un accidente semejante. Es imprescindible accionar los dos botones...

—No, señor.

—¿Qué quiere decir? Le aseguro que esa máquina...

—Esa máquina tenía dos botones, al principio. Luego, sólo un pulsador.

—¿Un único pulsador? No entiendo... Permita que repase mis papeles. Según el informe que me proporcionó la acusación, estamos hablando de un modelo Cleveland Z25.

—No lo sé. No entiendo de modelos de prensas.

—Pero ¿redactó usted este parte de deterioro? —Se lo acercó para que lo leyera. Jack lo había encontrado entre los documentos que él mismo había elaborado durante sus inspecciones como supervisor.

—No lo recuerdo.

—Aquí pone «Stanislav Prior». Mi conocimiento del alfabeto cirílico es limitado, pero se lee «PRIOR» bien claro. En este parte, usted informa a sus superiores de la rotura del mecanismo de seguridad, con fecha anterior a su accidente. Una semana antes, si no me equivoco.

El operario manco miró a Serguéi, pero Jack le conminó a que respondiera.

—Sí. Pero la máquina se reparó —dijo el operario.

—¡Ah! Perfecto. ¿Y en qué consistió la reparación?

El hombre volvió a mirar a Serguéi.

—Por favor, responda —insistió Jack.

El operario carraspeó.

—Se puenteó el pulsador roto para eliminar su función, de forma que la prensa funcionara con un único botón.

—¿Y por qué no se sustituyó el viejo por uno nuevo?

—Porque no había repuestos.

—¡Vaya! ¿Y sabe usted quién era el encargado del suministro de repuestos?

—No. Lo desconozco. —Y miró a Serguéi con el rostro asolado por una repentina lividez.

—Señor Loban —Jack se dirigió al responsable de seguridad del Autozavod—, ¿sabe usted quién era el encargado del suministro de repuestos? ¿Sabe si era el señor Wilbur Hewitt?

Serguéi enrojeció. Miró a Jack, con el desprecio de quien contemplara a un mosquito indeseado.

—El responsable era un cargo soviético que ya fue convenientemente depurado. Pero si ésa es toda su argumentación, le recomiendo que explore otras vías. Éste es sólo uno de los numerosos testigos que han acreditado el deterioro de la maquinaria suministrada por Wilbur Hewitt.

—Comprendo. Pero si se hubiese cambiado el botón roto en lugar de hacer una chapuza, nada de esto habría sucedido.

Serguéi pensó bien su respuesta antes de contestar. Miró a Jack desafiante y señaló al acusado.

—Y si en lugar de enriquecerse, Wilbur Hewitt hubiese proporcionado un material en condiciones, ese botón no se habría roto jamás y Stanislav Prior podría sostener hoy a su hijo con sus dos brazos —rugió Serguéi, antes de cosechar un aplauso atronador.

A sabiendas del riesgo que corría, a lo largo de la mañana Jack intentó estirar su estrategia tanto como pudo, pero cuando procedía a llamar al cuarto testigo, Serguéi estalló.

—¡Es suficiente! Solicito del presidente que impida cualquier declaración que, en lugar de aportar nuevos datos, se limite a ralentizar el desarrollo del juicio.

—Señores representantes del pueblo soviético —replicó Jack—, el señor Loban no tuvo ayer impedimento para hastiarnos con unos testimonios que lo único que demostraban era la concurrencia de unos desgraciados accidentes, sin que en ningún momento, y más allá de una generalización sesgada y pertinaz, evidenciaran relación con el acusado. Precisamente es la situación que pretendo aclarar, y por tanto solicito...

—¡Señor Beilis! —La sala enmudeció al observar que el mismísimo Stalin apagaba su puro y se ponía en pie—. No dispongo de todo el día para escuchar unos testimonios que ya están reflejados en las actas, de modo que concluya su turno u ordenaré que le callen por otros medios.

Jack comprendió que si tensaba demasiado la cuerda, Stalin clausuraría el proceso. Sin embargo, no le quedaba más remedio que arriesgarse. Sin duda, las sospechas del abogado borracho eran acertadas. Si le estaban permitiendo afrontar la defensa de Wilbur Hewitt, era porque Stalin quería legitimar aquella pantomima de juicio, pero en cuanto éste concluyera, lo liquidarían de un tiro. Dejó a un lado la lista de testigos e intentó disculparse.

—Señor presidente, le aseguro que mi único interés consiste en defender la verdad, todo lo contrario que el señor Loban, quien parece empeñado en achacar responsabilidades y accidentes al señor Wilbur Hewitt, sin que en momento alguno haya aportado una sola prueba que lo demuestre. Máquinas rotas que provocan accidentes, o interrupciones o fallos en la producción. Máquinas rotas, sí —esgrimió sus informes—, pero no por culpa del acusado, sino por una inexcusable falta de mantenimiento, por un negligente manejo o por un absoluto desconocimiento de las advertencias de seguridad cuya responsabilidad corresponde, según contrato, al propio Autozavod. —Sacó un volumen de un maletín y se dirigió a Serguéi—. Acusa usted al señor Wilbur Hewitt de actitud contrarrevolucionaria, de enriquecimiento fraudulento, e incluso de lesionar de forma deliberada a unos obreros a los que jamás ha visto. Bien. ¿Conoce usted este apéndice? —Le mostró el volumen de tapas marrones, en cuya portada figuraba en inglés la leyenda *Reglamentación sobre mantenimiento y procedimientos de seguridad de los trabajadores en las factorías Ford Motor & Co.*

—Por supuesto.

—Por supuesto. Y lo conoce, porque Wilbur Hewitt se lo entregó

personalmente a los directivos soviéticos, ¿no es cierto?

—Así es. En efecto.

—Bien. ¿Dónde está su traducción?

—¿Cómo?

—¿Que dónde está su traducción al ruso? Este ejemplar es un original americano, y no creo que los operarios del Autozavod sean capaces de leerlo.

—Ha habido algunos problemas con la comprensión de ciertos términos. Pero la traducción está en curso. —Carraspeó—. En cualquier caso, su contenido no afecta a los hechos que se juzgan.

—¿No? Bien. ¿Sabe qué es esto? —Sacó de su cartera otro ejemplar similar, aunque con las tapas verdes—. Se trata del *Verordnung über Wartung und Sicherheitsmaßnahmen für die Arbeiter in den Ford-Fabriken*, la traducción de ese mismo apéndice al alemán, que el gobierno germano puso a disposición de todos sus trabajadores en mayo de 1928, tres meses antes del arranque de la producción del Ford A en Berlín.

—Ese dato es irrelevante.

—¿Irrelevante? ¿Considera irrelevante que, en el caso alemán, el respeto de los plazos y tareas de mantenimiento así como las restantes medidas de seguridad contempladas en este manual tuvieran como consecuencia que en los cuatro años que se mantuvo la producción en Berlín tan sólo se produjeran tres accidentes graves, es decir, casi los mismos que se han venido produciendo aquí semanalmente? ¿Considera irrelevante que esos accidentes pudieran haberse evitado?

Serguéi frunció el ceño, pero más con gesto de extrañeza que de preocupación.

—¿Nos está acusando de algo, señor Beilis?

—Sólo he hecho una pregunta. Si algo puede acusarlos, sería su respuesta.

—Camarada Loban —tomó la palabra el comisario encargado de administrar los tiempos—, ¿desea usted disfrutar de un receso? Quizá debiera consultar...

—¿Serguéi no necesita consultar nada! —le interrumpió Stalin—. ¡Prepotentes americanos!... —murmuró—. Está bien, señor Beilis, ya que insiste, responderé yo a su pregunta —alzó la voz y la sala enmudeció—. Los

soviéticos hemos levantado una inmensa factoría partiendo de la nada. Hemos invertido gigantescas sumas para transformar una llanura congelada en un centro tecnológico que impulse el despertar proletario. Hemos arrancado a miles de campesinos de sus yermos campos, de su pobreza y de su funesto destino y los hemos traído aquí, a un lugar en el que labrarse su propio futuro. Donde antes existía desesperanza, explotación y muerte, ahora surgen ciudades, factorías, salarios, hospitales, escuelas... Y todo eso requiere algunos sacrificios. ¿Y ahora usted, un inmigrante que abandonó su país porque se moría de hambre; usted, un inmigrante a quien nuestro gobierno acogió con los brazos abiertos; usted, a quien se le concedió trabajo y vivienda por el simple hecho de necesitarlo, se atreve a cuestionar nuestros métodos?

Jack tragó saliva. Stalin, en un alarde de astucia, estaba personalizando el enfrentamiento haciéndole parecer un enemigo de los logros sociales del comunismo. Si no lo contrarrestaba, sus restantes alegaciones pesarían tanto como una brizna de polvo en el viento.

—Supongo que en tal caso, todos esos mutilados entraban dentro de los sacrificios previstos.

Stalin le lanzó una mirada asesina. El joven americano estaba resultando un adversario avezado.

—Señor Beilis... Sus alegatos resultan patéticos. Compara usted Alemania con la Unión Soviética, apelando a su pulcra traducción de un manual y al respeto a los plazos de mantenimiento. Sin embargo, se afana en ocultar el resto de los argumentos.

—¿Qué argumentos?

—Los que desmontan toda la falacia de su defensa. Usted, que tantos datos maneja, evita mencionar las diferencias entre las fábricas de Gorki y de Berlín, pero yo las conozco porque firmé personalmente hasta el último de los contratos. Olvida señalar que el Ford A que se construyó en Berlín no era el primer vehículo que la Ford fabricaba en Alemania. Olvida reseñar que en 1912 se estableció la primera delegación comercial en Hamburgo, que desde 1924 se vendían tractores Ford en Berlín, y que ese mismo año se puso en marcha una factoría en Westhafen para fabricar el modelo T. Oculta señalar que ese modelo T estuvo fabricándose en esa factoría berlinesa hasta que su

producción fue sustituida en 1928 por la del modelo A. Y oculta, a propósito, revelar a este auditorio que esa maquinaria nueva, tan perfectamente mantenida, es la que después de trabajar sin descanso durante cuatro años fue desmantelada para enviarse al Autozavod de Gorki. De modo que no me hable usted de mantenimiento alemán, ni de traducciones alemanas, ni de trabajadores alemanes. Allí llevaban años de experiencia, con maquinaria nueva y manuales heredados de antiguos modelos. No nos exija como a un país capitalista, cuando lo que su defendido, Wilbur Hewitt, nos vendió fue chatarra a precio de acero.

Jack aprovechó el receso para acudir al economato del poblado americano. Allí encontró a Joe Brown y a Miquel Agramunt, asustados como conejos. Ni Harry Daniels ni su hijo mayor habían acudido al trabajo.

—Creemos que están entre los detenidos —le informó Miquel—. Los cuervos aparecieron esta mañana y se llevaron a una docena de americanos.

Jack pateó un saco medio vacío, que rodó por el suelo, dejando escapar las pocas patatas que aún conservaba. Que a él mismo no le hubieran detenido sólo venía a confirmar que todo formaba parte de una confabulación para otorgar visos de legitimidad al juicio. En cualquier caso, todo comenzaba a desmoronarse. Aconsejó a Joe y a Miquel que permanecieran en sus casas hasta que las cosas se calmaran. Luego corrió a encontrarse con el viejo Iván Zarko. Ya era obvio que su única oportunidad pasaba por escapar de la Unión Soviética antes de que se emitiera un veredicto.

Encontró al hampón comiendo junto a su sobrino Yuri en un almacén cercano al taller donde habían escondido su viejo automóvil. Cuando Iván advirtió su presencia, torció el gesto como si acabara de morder un hueso. No obstante, invitó a Jack a que los acompañara y se interesó por el desarrollo del proceso.

—Las cosas están complicadas —le respondió Jack—. Gracias por la dirección de ese abogado. Lástima que sea un alcohólico...

—¿Alcohólico? Aun borracho, ese viejo truhan dejaría en pañales a

cualquiera de los abogados que pululan como piojos en busca de un sillón en el partido. Además, en la Unión Soviética beber vodka no es una desgracia. ¡Es un privilegio! —Y se sirvió un trago—. Dime, Jack, ¿qué más puedo hacer por ti?

—Necesito los pasaportes. No sé cuántos días más se prolongará el juicio, pero puede que las cosas se desencadenen antes de lo previsto.

—Ya... —Sacudió la cabeza—. Precisamente iba a enviarte a Yuri para hablarte de ello...

—¿Sí?

—Es en relación con el precio. Los pasaportes ya están casi listos, pero mi suministrador dice que ha debido afrontar gastos inesperados...

—¿Qué tipo de gastos?

Iván Zarko miró a su sobrino Yuri, como si tuviera que pararse a calcularlos.

—No sé... Mil..., quizá dos mil.

Jack carraspeó. Se hurgó en la chaqueta y sacó mil quinientos rublos.

—Ten. Es lo que llevo encima. Mañana te entregaré el resto.

Iván Zarko rompió a reír. Yuri le miró sin comprender, y el segundo le imitó, carcajeándose aún con mayor estruendo. Jack pensó que ambos tenían un punto de imbéciles.

—Rublos, no. Dos mil dólares, chico —le aclaró Iván, y borró su sonrisa para echar otro trago.

Jack apretó los dientes. No tenía más remedio que confiar en Zarko. Accedió a entregarle lo solicitado.

—¿Qué día dispondrás de los pasaportes?

—En una semana —respondió Iván—. ¿Y el dinero?

—En una semana. Cuando los tenga entre mis manos.

Se disponía a abandonar el almacén, cuando de repente se detuvo para meditar lo que iba a hacer. Al final, se volvió de nuevo hacia el hampón y le miró fijamente a los ojos.

—Y no importa lo que cueste, pero prepara otro más para una mujer rusa de veinticinco años. Ya te proporcionaré los datos.

El juicio se reanudó sin la presencia de Elizabeth. Aunque ella había insistido en acudir, Jack le había hecho ver que una recuperación tan repentina restaría credibilidad a su enfermedad, igual que al resto de sus argumentaciones. Sin embargo, la verdadera razón obedecía a que no deseaba que presenciase el linchamiento organizado en torno a Hewitt. Elizabeth finalmente había aceptado y se había quedado atareada, clasificando los periódicos que había recuperado de la mansión de su tío.

La sesión comenzó con la consabida avalancha de vítores al paso de Stalin y sus adláteres. Una vez que tomaron asiento, Jack devolvió el saludo a Viktor Smirnov cuando éste se acercó para interesarse por su papel como defensor de Wilbur Hewitt.

—Ignoraba que poseyeras esas cualidades de picapleitos —le dijo el oficial soviético, menos peripuesto que de costumbre para no desentonar con sus compañeros.

—Yo también. Sólo lo hago por ayudar a Elizabeth.

—Te entiendo, perillán. Un buen bocado..., pero cuida que no se te atragante.

Para cuando Jack quiso preparar sus notas, Serguéi ya había subido al estrado y ordenaba las suyas. El responsable de la OGPU solicitó la venia al presidente Stalin y dio comienzo su arenga. Jack apenas le prestó atención, preocupado aún por el paradero de los Daniels. Sin embargo, su desasosiego se convirtió en estupor al apreciar que la sesión había comenzado y Wilbur Hewitt aún no ocupaba su asiento.

—Estimados camaradas —exclamó Serguéi como si diera un mitin—. Me he permitido abusar de vuestra paciencia en la misma medida en que he propiciado que la defensa del acusado revelara por sí misma su falta de argumentos. El señor Beilis ha intentado responsabilizar a los soviéticos, a nosotros, que somos sus clientes y anfitriones, de los desmanes cometidos por sus propios jefes americanos. Nos ha acusado de imprevisión, de negligencia, de abandono y de mil cosas más, a sabiendas, repito, *a sabiendas* de que la mayoría de los sabotajes hubieron de ser cometidos por personal altamente especializado, como él mismo reconoce y firma en este informe. —Mostró un

documento en el que se apreciaba la rúbrica de Jack Beilis—. Es curioso: primero nos tacha de inútiles negligentes, y sin embargo, carece de reparo al achacarnos acciones propias de expertos americanos como los que entrena y dirige el propio Wilbur Hewitt.

»Camaradas. Ha llegado el momento de demostrar hasta el último de los crímenes cometidos por el acusado, de forma que no exista atisbo de duda sobre su total y absoluta culpabilidad, lo que haré empezando por el más grave de ellos: el de conspiración para lucrarse de los recursos públicos de la Unión Soviética. Recursos que con tanto esfuerzo y con tanta sangre han tenido que pagar sus hijos. —Una salva de aplausos obligó a Serguéi a hacer un alto, que aprovechó para beber de un vaso.

»Wilbur Hewitt —señaló el asiento vacío del ingeniero, sin que el dedo le temblara ni un milímetro— concibió un maquiavélico plan en el que involucró a algunos de sus compatriotas que a estas horas ya están siendo detenidos. Wilbur Hewitt confabuló, mintió y sobornó para sustituir una partida de maquinaria procedente de Detroit, pagada como nueva, por otra de similar aspecto, usada, deteriorada y peligrosa, procedente del desmantelamiento de la fábrica de Berlín en la que anteriormente había trabajado, que nos aseguró cumpliría igualmente su función. La diferencia de precio, millones de rublos soviéticos, fueron a parar a su bolsillo y a los de los traidores que le apoyaron.

En ese instante, Jack recordó de nuevo a los Daniels. Quiso pensar que la locura de Serguéi no los hubiera alcanzado también a ellos. El oficial de la OGPU extrajo una nota y prosiguió.

—Para demostrarlo voy a proceder a la lectura de la transcripción de una conversación telefónica que yo mismo mantuve con el señor George McMillan, a la sazón, supervisor e ingeniero jefe de Wilbur Hewitt, pero asalariado a sus espaldas por la OGPU para la investigación de los comportamientos anómalos de su superior, desde el mismo instante en que éstos fueron detectados. La transcripción se corresponde con una llamada realizada desde el hotel Metropol de Moscú, el 5 de enero de 1933, hace poco más de un año, y recibida en mi despacho de la sede central de la OGPU en el Kremlin. Como mis camaradas ya conocen y es habitual en estos casos, la conversación fue registrada taquigráficamente por el equipo oficial de

intervención de comunicaciones.

Lo leyó en alto:

Buenos días. Por favor, comuníqueme con el despacho de Serguéi Loban.

¿Quién le llama?

George McMillan. Es urgente.

Un momento, señor. Compruebo y le paso...

Serguéi Loban al habla. Dígame.

Señor Loban. Soy George McMillan. He encontrado las pruebas que buscaba respecto al desvío de fondos.

¿Las tiene con usted?

Sí. Lo tengo todo. Los apuntes de las transferencias, las cantidades, todo...

De acuerdo. ¿Dónde está ahora?

En mi habitación del Metropol.

Bien. Deje lo que esté haciendo y baje a recepción. Le enviaré un vehículo para recogerle de inmediato.

—Como ven, la conversación inculpa de forma inequívoca a Wilbur Hewitt, a quien estaba investigando. En cualquier caso, como quizá su defensor esté tentado en hacernos ver lo contrario, para evitar mayores dilaciones, voy a cederle el uso de la palabra por si deseara alegar algo.

Jack se levantó. Miró la silla vacía correspondiente al acusado y volvió los ojos hacia Serguéi.

—Muchas gracias, señor Loban. Sí. Desde luego que quiero hacer constar algo que a buen seguro muchos de ustedes ya habrán notado. ¿Por qué no está aquí el señor Hewitt?

—El acusado está indispuerto. Debe de ser cosa de familia —añadió con cierta ironía Serguéi.

—¿Y es que acaso no piensa interrogarlo?

—Por ahora no será necesario. El acusado ya ha declarado por escrito.

—¡Vaya! —Jack rogó por que Hewitt no le hubiera implicado en el asunto de los pasaportes falsos—. Disculpe mi ignorancia, pero ¿y si el acusado deseara retractarse?

—Señor Beilis —intervino Stalin—, si se retractara de su declaración anterior, significaría que en una de las dos declaraciones habría mentado, con

lo que cualquier testimonio suyo quedaría invalidado.

—¿Y si deseara interrogarle yo?

—Se tendría en cuenta. Pero continúe con sus preguntas. Quizá, a la vista de las pruebas, no lo estime necesario.

—Bien, señor presidente. Entonces seguiré su consejo. —Miró sus últimas anotaciones y se volvió para dirigirse al jefe de la OGPU—. Señor Loban, he escuchado con atención el relato de lo que usted denomina «prueba», pero de la lectura de esa conversación telefónica que asegura haber mantenido no infero la participación de Wilbur Hewitt. Es más, su nombre no aparece en ningún momento. ¿Cómo puede entonces afirmar que se trata de él?

Serguéi sonrió, como si dispusiera en su manga del as definitivo.

—Por dos razones. La primera: porque las transferencias a las que hacía referencia George McMillan en su llamada tuvieron como destino la cuenta personal de Wilbur Hewitt: cincuenta mil dólares detraídos de las arcas de la Unión Soviética. —Mostró una copia de los apuntes contables—. Y la segunda y más importante: porque un testigo vio con sus propios ojos cómo Wilbur Hewitt asesinaba y arrojaba el cadáver de McMillan por el Gran Puente de Piedra del río Moscova la misma tarde de la llamada.

Jack dejó escapar un suspiro de estupor.

—¿Y se puede saber quién es ese testigo? —balbuceó.

—Por supuesto. Lo tiene usted seis asientos a su derecha. Es el oficial Viktor Smirnov.

Jack apenas pudo contener su estupor. Mientras recogía sus notas al término de la sesión, comprendió que el destino de Hewitt ya estaba sellado. De hecho, todas las pruebas le incriminaban: la llamada telefónica de McMillan, los apuntes contables y, sobre todo, el inesperado testimonio de Smirnov. Aún le resultaba difícil creer que el mismo acaudalado zángano, cuyo máximo interés consistía en exhibirse a bordo de su Buick Master Six, hubiera presenciado el asesinato de McMillan. Pero ése había sido su testimonio. Sin embargo, si tal y como afirmaba Viktor, Serguéi disponía de las pruebas incriminatorias desde hacía un año, ¿por qué había esperado tanto

para detener a Wilbur? ¿Para preparar la cancelación del contrato firmado con la Ford? Carecía de sentido. La única explicación podría consistir en el intento de encontrar a los cómplices soviéticos del ingeniero. Al fin y al cabo, ésa era la razón que Wilbur Hewitt había esgrimido cuando le contrató como sustituto de McMillan, bajo el auspicio del propio Serguéi, y con el oculto propósito de utilizarlo como señuelo.

Poco a poco, la sala de audiencias se fue desalojando como si se tratara de la salida de un velatorio. Recogió las copias de las actas y las guardó en su maletín. No sabía bien qué iba a contarle a Elizabeth. En realidad, su única certeza consistía en que su autorización como defensor de Hewitt sólo había sido una pantomima pergeñada por el régimen soviético para legitimar un proceso cuya sentencia parecía dictada de antemano. Tan pantomima como la desempeñada por el astuto Viktor Smirnov, con su papel de inútil y frívolo.

Imaginaba que Elizabeth se negaría a admitir que, en el mejor de los casos, su tío Wilbur acabaría sus días encarcelado en un campo de trabajo, y que si ella se empeñaba en permanecer en Gorki, tarde o temprano también la detendrían. Ya no cabían paños calientes. O Elizabeth le acompañaba en su huida, o escaparía sin ella. Aunque remota, él aún tenía la oportunidad de emprender una nueva vida junto a Natasha.

Se disponía a acudir al encuentro de Elizabeth, cuando distinguió a Andrew caminando por la acera de enfrente, de charla con un soviético. Jack le llamó a voces. Al advertirlo, Andrew se despidió apresuradamente de su acompañante y se acercó a él.

—Por favor, ¡no me comprometas! —Ni siquiera aceptó la mano tendida que Jack le ofrecía como saludo.

—Perdona. Sólo quería preguntarte por la carta...

Andrew suspiró de mala gana. Miró a su alrededor.

—Está bien. Entremos en ese zaguán. Pero sólo un momento.

Antes de hablar, Andrew comprobó que nadie los oía. Luego le aseguró a Jack que había enviado el mensaje de Hewitt, pero aún no tenía confirmación de que Dimitri lo hubiese entregado en la embajada.

—Pero el juicio va a terminar pronto y van a condenarlo. Quizá, si telefonaras a los periodistas americanos desplazados a Moscú, ellos podrían...

—No puedo hacer más. Demasiado te he ayudado.

—¿Y qué hay de la solidaridad? ¿De tus principios? Por muy capitalista que sea, Wilbur Hewitt es inocente.

—Pero ¿es que no te das cuenta? Lo que aquí está en juego es mucho más que la simple vida de un ciudadano. Lo que está en juego es el éxito de la Unión Soviética. El éxito de nuestra lucha y de nuestra revolución depende de nuestra fuerza. Si titubeamos, los países imperialistas se nos echarán encima y nos devorarán.

—No..., no te entiendo —balbuceó.

—Mira, Jack. No sé por qué insistes en su inocencia. Olvida a Hewitt o acabarás como él. Es un consejo de amigo.

Andrew no dejó que Jack le replicara. Abrió la puerta del zaguán y se marchó sin despedirse.

De regreso a su casa, Jack encontró a Elizabeth sentada junto a la chimenea, hojeando uno de los viejos ejemplares del *New York Times* rescatados de la mansión de Hewitt. Nada más verle, la joven dejó el periódico junto al montón que ya había revisado y preguntó por su tío. Cuando Jack le refirió su ausencia en la sala, su rostro se ensombreció.

—Además, han presentado pruebas contundentes. Lo acusan de delitos muy graves —intentó explicárselo con suavidad.

Ella apenas si prestó atención. Parecía tener la mente en otro sitio.

—Probablemente mañana concluirá el proceso —agregó—. Supongo que llevarán a tu tío para que preste declaración. Deberías acudir.

—Sí... Claro...

—Y estar preparada. Antes de venir he hablado con Iván Zarko. Aún no están listos los pasaportes, pero se ha ofrecido a escondernos en un piso franco hasta que los consiga. Podríamos mantenernos ocultos y luego intentar alcanzar Odesa.

—¿Has planeado todo eso sin contar con mi tío? ¿Sin esperar a conocer la condena?

—Elizabeth, ¿es que no me has escuchado? Yo sólo intento cumplir la voluntad de tu tío. Si lo declaran inocente, no habrá ningún problema, pero en

caso contrario... —Negó con la cabeza—. Él sabe que si lo condenan, no podrá hacer nada por ayudarte.

Elizabeth le cortó.

—No te entiendo, Jack. ¿De veras supones que voy a abandonarle?

—No. Claro que no. —Carraspeó—. Andrew envió la carta a la embajada. Seguramente ellos podrán suavizar su condena...

—¡Dios! ¡Hablas como si ya lo hubieran culpado! ¿De qué son esas nuevas pruebas?

Jack enmudeció. Tomó aire y buscó un cigarrillo que no encontró. Prefirió no revelarle que lo acusaban de asesinato.

—Técnicismos. Está bien. Repasaré una vez más mis informes —dijo—. Quizá haya pasado por alto algún detalle. Mientras tanto, podríamos cenar algo.

Elizabeth aceptó su propuesta. Se levantó y se dirigió hacia la pequeña cocina para remover el hervido preparado con los restos de comida que había ido encontrando. Le sirvió un plato a Jack mientras él sacaba de su maletín las actas del juicio. Jack advirtió que en medio del caldo apenas flotaba un pequeño trozo de patata.

—Olvidaste traer provisiones del economato —se excusó ella—. Yo no tengo hambre.

—No es que lo olvidara, es que casi no quedan —murmuró, y extendió las actas que le habían proporcionado en busca de los movimientos contables. Los contempló entre cucharada y cucharada y tomó notas en los márgenes. Cuando terminó, le pidió a Elizabeth que subiera a su cuarto.

—No tengo sueño —dijo ella.

—Por favor, necesito estar solo.

Elizabeth obedeció a regañadientes. Cuando por fin desapareció, Jack se acercó a la chimenea y sofocó el fuego con una manta húmeda. Luego, con la ayuda de un agitador apartó las ascuas y colocó sobre las cenizas un tablón de madera ancho para resguardarse, se tumbó encima y desde esa posición hurgó en el interior de la chimenea. Lentamente apartó unos ladrillos refractarios y accedió al hueco que había construido a modo de caja fuerte. Sacó los informes, y volvió a colocar los bloques. Después se limpió de cualquier manera, apartó el tablón y volvió a encender la chimenea. Cuando prendió,

contempló el fuego con satisfacción. Nadie podría sospechar que los ladrillos refractarios que habían sobrado de la parrilla del economato protegían su dinero en aquel escondite.

Calentó un poco de té y comenzó a sorberlo junto a la sopa. La bebida le hizo sentir mejor, no tanto por su sabor, sino porque su calor le recordó el que le proporcionaba la sonrisa de Natasha.

No encontraba el momento de volver a abrazarla. Cada vez que disponía de un segundo de tranquilidad evocaba sus besos, sus miradas, sus caricias. Llevaba tiempo planeándolo. En cuanto la viera, le suplicaría que huyera con él. Eso era lo único que realmente le importaba.

Cuando terminó el té, repasó los documentos de McMillan. Al releer el listado de ingenieros soviéticos que habían viajado a Detroit, se detuvo en el nombre que en un primer instante le había llamado la atención.

«Vladimir Mamáyev».

El hecho de que Vladimir Mamáyev fuera el único ingeniero del que no tenía constancia en sus informes previos no habría dejado de resultar algo anecdótico, de no ser porque, según esos mismos informes, el resto de los técnicos que figuraban en el listado se hallaban en un curso de capacitación en Moscú durante las fechas en las que se habían producido los sabotajes más importantes.

Se sirvió más té mientras meditaba al respecto.

Dejó de lado los nombres y colocó los apuntes contables de McMillan junto a los anotados en el acta judicial que le habían entregado. Cuando los cotejó, enarcó las cejas con asombro.

Ambos informes coincidían punto por punto, lo que demostraba que las pruebas de Serguéi eran ciertas. Sin embargo, las numeraciones correspondientes al ordenante que había transferido los cincuenta mil dólares americanos en la cuenta privada de Wilbur Hewitt diferían en una cifra. Curiosamente, el mismo apunte señalado por McMillan con una leve presión de lápiz. Jack buscó la identidad del ordenante en el acta judicial, pero sólo halló la palabra *confidencial* en el casillero correspondiente.

Apuró la taza. Algo no cuadraba, y quizá fuera más simple de lo que

parecía. Cincuenta mil dólares... ¿Por qué un hombre extremadamente rico como Wilbur Hewitt arriesgaría su posición por una cantidad que para él representaría una minucia?

Repasó de nuevo los extractos. Ciertamente era que Hewitt había detruido dinero de su cuenta, pero en ella figuraban ingresos y gastos correspondientes a pedidos de suministros formalizados en el Autozavod, lo que indicaba que en realidad no era una cuenta privada, sino de empresa. Y dado el volumen de movimientos, bien podría haberse pasado por alto un ingreso ajeno.

Tomó nota de la numeración y apuntó el nombre de Vladimir Mamáyev, diciéndose que quizá Wilbur Hewitt mereciese una última oportunidad. No por él, sino por su sobrina Elizabeth.

Para no apagar la chimenea escondió los informes bajo un armario. Luego se abrigó tanto como pudo. Debía hablar cuanto antes con la única persona de confianza con acceso a la documentación de la OGPU que conocía, y esa persona era Andrew Scott.

Jack se abotonó el abrigo mientras el frío gélido penetraba en sus pulmones como un cuchillo en la gelatina. Tosió de dolor. Comprobó que nadie vigilaba el exterior de la casa y echó a andar pertrechado con un paraguas viejo con el que engañar a la ventisca. Volvió a consultar su reloj. Marcaba las seis de la tarde. Supuso que a aquellas horas, Andrew ya estaría en su domicilio. Residía en Sotsgorod, un barrio obrero formado por hileras de bloques de hormigón dispuestos como gigantescos ladrillos.

Llamó con los nudillos y esperó a que abrieran. Al otro lado de la puerta apareció Sue, que dio un respingo al reconocerle.

—¡Caramba, Jack! ¡Cuánto tiempo! —Carraspeó—. Pero..., pero no te quedes ahí parado, que vas a congelarte. Pasa, pasa.

Jack comprobó que el apartamento consistía en una única estancia que hacía a la vez de salón y dormitorio. Sue se apresuró a desplegar la cortina que discurría por el medio de la habitación para ocultar una cama deshecha. La mujer tenía mal aspecto, pero Jack no lo comentó. Cuando preguntó por Andrew, ella le respondió que llegaría enseguida.

—Un sitio confortable —mintió.

—Bueno. Un poco pequeño, pero estamos contentos. —Forzó una sonrisa mientras se recogía el pelo con una horquilla—. ¿Recuerdas cuando dejamos Nueva York, pensando que en Rusia nos concederían una casita con jardín? —Rio—. ¡Qué tiempos aquellos! Ten, siéntate. —Le ofreció una silla desvencijada—. Disculpa que no te invite a un vodka, pero con la hambruna, hay ciertos lujos que no podemos permitirnos. A Andrew le dan una botella semanal en el trabajo, pero la intercambia en el mercado por huevos y un par de huesos con los que hacer un caldo. ¿Quieres un té mientras le esperas? Eso sí puedo ofrecértelo.

Jack asintió. Llevaba sin ver a Sue desde la fiesta de inauguración del economato. En aquella ocasión no se había fijado, pero bajo la mortecina luz de la bombilla, su rostro se veía marchitado y surcado por pequeñas arrugas.

—Bueno. ¿Y a ti cómo te va? Andrew me ha dicho que andabas metido a abogado, liado con la defensa del capitalista que salvaste en el barco.

—Sí. Un compromiso. —No quiso dar más detalles—. Y vosotros, ¿qué tal estáis?

—Bien, bien... Toma. Ten cuidado con el té. Está hirviendo.

Permanecieron en silencio un rato, mientras Jack daba pequeños sorbos.

—¿Sabes si tardará mucho en llegar?

—No, no... Ahora está un poco más atareado. Con Stalin, todo el mundo lo está, pero vendrá enseguida. ¡Mira! —Se oyó una llave en la cerradura—. Ya está aquí. —Y se levantó para recibirle. Jack la imitó.

Andrew abrió la puerta y se despojó de su *ushanka* de lana, espolvoreando sobre el suelo la nieve que traía acumulada. Aún se sacudía, cuando reparó en la presencia de Jack y se detuvo como si acabara de ver una aparición.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! ¿Qué diablos te trae por aquí? —Andrew miró la taza de té que descansaba junto a Jack y dedicó un gesto de reproche a Sue. Jack lo advirtió.

—No te preocupes. Me iré enseguida. No quiero ponerte en ningún compromiso. Es sólo que tengo algunos datos. Datos extraños...

—Ya... Sue, por favor, ve con la vecina, a ver si te da alguna patata.

—Pero, Andrew. Sabes que ellos no tienen ni...

—¡Ve por una puta patata! —le gritó.

Sue corrió a abrigarse y salió de la habitación. Acto seguido, Andrew se sentó frente a Jack, con cara de pocos amigos.

—¿Y bien? ¿Qué datos son éstos?

Jack abrió la cartera y sacó las actas que le habían entregado en el juicio. Le explicó lo que eran y por qué las tenía en su poder.

—Sí, sí. Estoy al tanto. Asistí a las sesiones como público.

—¿Sí? Con el jaleo no te vi. Bien, pues entonces ya sabrás que, antes de morir, el tal McMillan elaboró un listado con apuntes de transferencias. Éste de aquí. Y el que reseña la cifra de cincuenta mil dólares es el que atribuyen a Wilbur Hewitt. —Se lo señaló.

—Sí. Hoy comentaron en la oficina que habían cruzado la relación de transferencias, y además de contrastar que el destinatario de los cincuenta mil dólares era Wilbur Hewitt, éste había extraído parte de los fondos.

—¡Caramba! ¿Y no se habían percatado antes? Lo digo porque todo el dinero que entra en un banco soviético está tan controlado que luego es imposible de sacar sin que se entere hasta el barrendero.

—En la mayoría de las transacciones, sí. Pero la cuenta de Hewitt a la que fue el dinero contaba con autorización en un banco alemán. Estaba abierta por asuntos de pagos de contratos y suministros.

—¡Vaya, Andrew! Estás muy enterado.

—Bueno. —Entornó los párpados—. Aunque los soviéticos no lo crean, mi ruso ha mejorado bastante. En los últimos días, en la OGPU no se habla de otra cosa. Sólo hay que tener los oídos abiertos.

—Pero ése no es el asunto por el que he acudido a ti. Es por esto otro. Fíjate. —Le señaló el número de cuenta del ordenante—. Necesitaría saber a quién corresponde esa referencia. Quién ordenó la transferencia.

Andrew leyó con desgana el documento.

—Lo pone ahí: CONFIDENCIAL. Esa información la custodian como oro en paño.

—Sí, pero no te pregunto por el número reflejado en el acta. Me refiero al que he corregido debajo, con lápiz rojo.

Andrew se quitó sus gafas de carey para leerlo con atención.

—¿De dónde lo has sacado? —Frunció el ceño, como si estuviera profundamente sorprendido.

—Prefiero no implicarte.

—Ya lo has hecho viniendo aquí. Si alguien te ha seguido, todo el mundo me relacionará con el defensor de un asesino.

—Piensa bien lo que dices. ¿No te parece extraño que a mitad de juicio aparezca el testigo de un crimen ocurrido hace un año? Si desde entonces disponían de esa prueba, ¿por qué no detuvieron antes a Hewitt? Y además, no un testigo cualquiera. No. Alguien con un nombre. Viktor Smirnov... Pero ¿cómo un tipo al que sólo le preocupan sus coches, sus trajes y sus lujos, se presta a este juego? No sé. Lo único que se me ocurre es que le amenazasen con quitarle sus privilegios. ¡Maldito cínico!

—Pues ya que me pides que piense, podrías también plantearte que, sea cual sea el motivo de su testimonio, eso no implica que Hewitt sea inocente. McMillan murió, el dinero desapareció y están las grabaciones.

—¡Por Dios, Andrew! Hewitt no es el típico asesino que vaya arrojando a sus empleados por los puentes. Y si han mentido en eso, podrían mentir en todo.

—Siguiendo ese razonamiento, tampoco tú habrías asesinado a Kowalski. De verdad, Jack. ¡Qué fácil resulta mirar para otro lado cuando se trata de defender a quien te ha proporcionado toda clase de lujos!

A Jack le dolió que Andrew le recordara la muerte del casero, pero percibió el aguijón de la envidia clavado en su estómago. Por su vieja amistad, trató de contemporizar.

—Comprendo que puedas sentirte agraviado, pero no es justo que me lo recrimines. Lo que tengo lo he conseguido trabajando, y tu propio jefe, Serguéi Loban, lo ha autorizado. Además, ignoraba que Sue y tú os encontrarais en una situación tan precaria. ¡Joder, Andrew! Si necesitabais ayuda, un préstamo, no sé... Lo que fuera, no teníais más que habérmelo dicho, y yo...

—¡Caramba, Jack! ¡Ahora te has vuelto un jodido prestamista! Con lo que odiabas a tu tío el banquero.

—¡Por favor! No te tomes al pie de la letra lo que he dicho. Sólo intentaba... En fin, es que no tenía ni idea de que vivierais en estas condiciones. Cuando os marchasteis del poblado americano, pensé que os mudabais a un sitio mejor.

—Sí... A una mansión como la de Wilbur Hewitt.

—¡Basta, Andrew! De veras que lo siento. Mira. Ten. No es mucho pero... —Hizo ademán de sacar unos billetes de su cartera, pero Andrew se lo impidió.

—No necesito limosnas, Jack. Al contrario, quien parece necesitar mi ayuda eres tú, o de otra forma no estarías ahora aquí, en casa de tu amigo el fracasado, suplicando. —Se levantó y paseó unos instantes por la habitación —. En fin, dejémoslo. ¿Vas a decirme de dónde has sacado esa numeración?

Jack inspiró con fuerza y contempló el rostro atribulado de Andrew. Dudó mientras su corazón se aceleraba. Se trataba de Andrew. Su amigo Andrew.

—Lo encontré en un baúl que perteneció a McMillan —dijo finalmente —. Hewitt me cedió su equipaje, desconociendo que en su interior se ocultaban decenas de informes con datos sobre el Autozavod. Entre ellos, los movimientos contables que se han esgrimido en el juicio para acusar a Hewitt. Los del juicio coinciden en todo con los informes de McMillan, a excepción del número de cuenta del ordenante, que como ves, es distinto. Y los de McMillan no son unos papeles cualesquiera. Te hablo de un balance oficial, sellado por el Vesenjá, el Consejo Supremo de Economía Nacional de la Unión Soviética.

—Y todo eso, ¿dentro de un baúl?

—Tenía un doble fondo. Mira, Andrew, estoy convencido de que el documento que he encontrado es el mismo que McMillan pretendía entregar a Serguéi cuando le llamó por teléfono. Por eso no entiendo que Serguéi alterara luego el número del ordenante.

—Ya... Sí que es extraño. —Andrew se levantó y se mesó sus escasos cabellos—. La verdad, Jack, ignoro la trascendencia que puede tener tu descubrimiento. Ni siquiera sé si podría averiguar algo. ¿Dónde está el original?

—Escondido en casa.

—Bien. Pues tráemelo mañana y veré qué puedo hacer.

—Mañana será demasiado tarde. Necesito conocer la identidad del ordenante antes del juicio.

—Lo comprendo. El problema es que tendría que salir ahora, buscar a

alguien en la oficina, intentar que me atendieran, y mostrándoles sólo un número escrito a lápiz rojo. Si hubieras traído los originales, todavía...

—Escucha, si es cierto que Serguéi ha modificado la numeración, ese informe es la única prueba que podría demostrarlo, así que no voy a ser tan necio como para entregárselo a esos chacales. Había pensado presentarlo en el juicio, delante de Stalin, pero antes debo saber por qué se han alterado los números.

—Tienes razón. Lo que pasa es que... —Sacudió la cabeza, como si no encontrara la solución—. Lo que pasa es que no creo que pueda ayudarte. Quizá deberías hablar con alguien con más poder en la OGPU. Al fin y al cabo, yo sólo soy un *seksot*, un informador..., por mucho que Sue se empeñe en creer lo contrario. Sólo soy un don nadie.

Jack no supo bien qué decir. Apuró el té y pensó en las palabras de Andrew. Finalmente se levantó para despedirse de su amigo.

—Una cosa más. ¿Te suena de algo el nombre de Vladimir Mamáyev?

—No. —Negó con la cabeza—. Es la primera vez que lo oigo. ¿Por qué?

—Por nada. En fin, gracias de todas formas. Despídeme de Sue. Estoy en deuda contigo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Jack se enfundó en su abrigo de piel y se caló la *ushanka* tanto como pudo.

—Hablar con Viktor Smirnov. No sé si servirá de algo, pero ha llegado el momento de averiguarlo.

Desde que abandonó el humilde bloque de apartamentos de Andrew, no había dejado de cuestionarse el papel de Smirnov en todo el proceso. Con anterioridad al juicio, su indolencia ante cualquier asunto distinto de su propio placer lo habían alejado de sus sospechas. Sin embargo, su repentina aparición como testigo lo colocaba directamente en el disparadero.

Cuando Jack aporreó la puerta de entrada de la dacha de Viktor Smirnov, no pudo evitar que un escalofrío le sacudiera el espinazo. Mientras aguardaba, admiró el nutrido grupo de vehículos aparcados frente a la casa, vigilados por el mismo centinela que hacía un minuto le había cacheado antes de franquearle el paso. Hasta el jardín llegaban las risas y la música procedente del interior. Sin duda, quienes fueran los que estuvieran adentro se estaban divirtiendo. Volvió a llamar con insistencia y aguardó.

En el momento en que el propio Viktor Smirnov abrió la puerta con la bata medio desabrochada y una copa de champán en la mano para darse de bruces con la inesperada visita, perdió su sonrisa como si se la hubieran arrancado de un guantazo. Jack le saludó con frialdad, presintiendo que había llamado a la guarida del diablo.

—¡Jack! ¿Qué haces aquí? —Miró a un lado y a otro, como si no diera crédito a que hubiera acudido solo.

—Disculpa que me presente a estas horas sin avisar, pero necesitaba consultarte un asunto de gravedad.

—Ya. Pues, la verdad, ahora no es buen momento. Estoy celebrando el reencuentro con unos amigos de Moscú y nos disponíamos a hacer un brindis.
—Se oyeron taconeos y risas de mujeres.

—Será sólo un instante...

—¿Y de qué se trata? —Con un gesto apaciguó al centinela que vigilaba para indicarle que todo estaba correcto y se arregló el batín.

—Es sobre la declaración de Serguéi. Hay algo que no cuadra y pensé que deberías saberlo.

—¿Sí? —Miró hacia el interior de la casa, como si valorase elegir entre la diversión que le aguardaba o la imprevista revelación de Jack—. De acuerdo. Entonces vayamos arriba. Estaremos más tranquilos.

Mientras sorteaban el vestíbulo para dirigirse al piso superior, Jack apreció las risas de las mujeres que, ligeras de ropa, bailaban y se besuqueaban con algunos oficiales a los que nunca había visto. Una de las jóvenes apareció tambaleándose con los pechos al aire y llamó a Viktor para que bajara. Su lengua se le trababa, pero insistió.

—¡Enseguida! —respondió a la chica—. Viejas amigas —se justificó ante Jack, como si quisiera ocultar que se trataba de mujeres de alterne—. Bien. Tú dirás. —Cerró la puerta de su despacho y tomó asiento en un magnífico sillón de cuero.

Jack aceptó la invitación de Viktor y le imitó. No sabía por dónde empezar. Se quitó la *ushanka* y deslizó la mirada por la estancia. La música del gramófono le puso nervioso.

—Menuda fiesta. Lamento haberla interrumpido.

—Y yo. —Se sirvió de la botella de champán que había cogido del vestíbulo. Pese a haber copas próximas en un aparador, no le ofreció a Jack—. Y bien. ¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme?

—Creo... —Inspiró con fuerza antes de decirlo—. Creo que Serguéi miente.

—¿Sí? ¿Y en qué te basas para afirmarlo? —Paladeó un sorbo de champán muy despacio, sin dejar de mirar a Jack.

Jack titubeó. Algo en su interior se resistía a revelar la verdad.

—No sé. Lo mismo es una estupidez. Yo...

—Vamos, Jack. No habrás venido hasta aquí en medio de la noche sólo

para fastidiar nuestra celebración.

—No, claro. —Se secó el sudor de las manos—. Yo... ¿Te suena de algo el nombre de Vladimir Mamáyev? —dijo al fin, y Viktor tosió como si el champán le hubiera encharcado los pulmones.

Lo que quedaba de bebida se derramó sobre su escritorio. Jack se apresuró a ayudarlo. Sin embargo, mientras limpiaba el vertido con su propia *ushanka*, divisó un portarretratos que le heló el corazón.

—Perdona —se excusó Viktor—. Esta noche he bebido demasiado. No. No conozco a ningún Mamáyev. ¿Por qué? ¿Te sucede algo?

—No. Claro que no.

Jack permaneció en silencio, mientras miraba, absorto, la fotografía en la que una joven acaramelada abrazaba a Viktor Smirnov. No supo disimular. Era Natasha, la hija de Serguéi Loban, luciendo en su mano un enorme anillo de compromiso.

Un repentino dolor de cadera, tan intenso como simulado, le brindó la excusa perfecta para zanzar su encuentro con Smirnov. Ahora caminaba dando tumbos por las solitarias avenidas de Gorki como un sonámbulo, con la nieve azotándole el rostro hasta embozárselo en un sudario de hielo.

Imaginó a Natasha y Smirnov, confabulando los dos junto a Serguéi. Todos le habían engañado. Todos, incluido Hewitt. ¡Hatajo de cabrones!...

De camino a su casa, se preguntó por qué Natasha le habría ocultado su relación con Smirnov. Aunque en los últimos días se hubiera distanciado de ella, le resultaba imposible evitar sentirse traicionado. Le mortificaba aceptar que su rostro agradable, sin rastro de doblez, y aquella mirada limpia, preñada de honestidad, fueran la máscara de una tremenda mentira. Que en sus besos, en sus abrazos y suspiros sólo hubiese la verdad de la fugacidad de un encuentro. Pero entonces, ¿por qué la había sorprendido discutiendo con Smirnov en su despacho?

Apenas si lograba pensar. ¿Y acaso realmente importaba? Le flagelaba tener que afrontar una encrucijada en la que, cualquiera que fuese la senda escogida, parecía estar abocado al abismo. Maldijo a todos con rabia, aferró su corazón, se lo guardó en un bolsillo y apresuró el paso. De no habérselo

impedido la ira, quizá hubiera derramado una lágrima por su propia alma, pero no disponía de tiempo para lamentos. Sólo la huida podía salvarle. Había llegado el momento de emprenderla, o morir en el intento.

Se encontraba en las inmediaciones de su domicilio, cuando advirtió la presencia de grupos de incontrolados que corrían por las calles de una vivienda a otra destrozándolo todo. Intentó preguntarle a un viandante qué sucedía, pero éste le esquivó y se refugió en un portal cercano. Cuando se volvió para interrogar a otro, resonó un estampido seco. Jack se detuvo. Se oyeron unos alaridos y el sonido de un vehículo arrancando a toda velocidad, seguido de un chirrido de frenos. Los gritos comenzaron a sucederse, seguidos de nuevos disparos.

Jack corrió hacia su casa. Nada más entrar, gritó a Elizabeth para que bajara al salón. Mientras la joven se vestía, él empezó a reunir los únicos objetos que iba a precisar durante su fuga: ropa de abrigo, sus ahorros, los informes comprometedores y el pasaporte de McMillan. Cuando ella bajó, le preguntó qué sucedía.

—No hay tiempo para discusiones. Recoge tu ropa. Sólo lo imprescindible. Y mira qué puedes salvar de la cocina. Cualquier cosa que pueda masticarse: patatas, galletas, lo que sea.

—¿Ahora? ¿Adónde vamos?

—No lo sé. Le pediré a Iván Zarko que nos esconda en algún lugar seguro.

—Pero ¿por qué? ¿Y qué son esos estampidos?

—Parecen disparos. Un vecino acaba de decirme que los hombres de la OGPU están haciendo una redada indiscriminada.

—¿Sabes algo de mi tío?

—Ahora no podemos hacer nada por él. Coge el abrigo y haz lo que te he dicho. Rápido. Ya pensaremos en tu tío más tarde.

—No voy a huir como una ladrona, dejando aquí a mi única familia. Mi tío Wilbur no ha cometido ningún delito, y...

—¿No? ¿Y cómo estás tan segura? ¿Acaso sabes de dónde sacó el dinero para los pasaportes? ¡Qué vas a saber tú! Wilbur Hewitt me mintió. Él me metió en todo este lío. Mató a George McMillan, la persona a quien sustituí en el Autozavod y...

—¿Qué? —Una muñeca de estupor se apoderó de Elizabeth.

—Lo que oyes. No te lo conté para ahorrarte el disgusto, pero ya que te empeñas, un testigo vio a tu tío matar a George McMillan.

—¿A George? ¡Eso es un auténtico sinsentido! Mi tío no mataría ni a una mosca. No sé ni siquiera cómo puedes creerlo.

Unos disparos cercanos hicieron que ambos dieran un respingo.

—Pues lo creo porque hay un testigo que describió cómo a los pocos días de llegar a Moscú, tu tío estranguló a ese hombre con sus propias manos en el Gran Puente de Piedra y arrojó su cadáver al río.

Elizabeth se quedó estupefacta mientras contemplaba a Jack con la misma incredulidad que si fuese una aparición...

—Pero, Jack, ¿es que ya no te acuerdas?

—Si no me acuerdo, ¿de qué?

—De las terribles heridas que se produjo mi tío en el *S. S. Cliffwood*. ¿Cómo un inválido que apenas podía sostener una taza en la mano iba a estrangular a un hombretón veinte años más joven, y arrojar su cadáver por encima de un balaustre?

Jack se maldijo antes de propinar un puñetazo a la pared más próxima. Pero ¿cómo había sido tan necio para no haberlo advertido él antes? Lo que decía Elizabeth era tan obvio que hasta un niño lo habría considerado. Volvió a maldecirse. Sin duda, Smirnov había testificado en falso a instancias de Serguéi para inculpar a Hewitt de un delito tan infame que diluyera cualquier atisbo de inocencia. No supo qué responder a Elizabeth, pero fuera como fuese, en aquel instante su hallazgo carecía de relevancia, al igual que los apuntes contables de McMillan y el nombre de Vladimir Mamáyev. Ningún informe secreto iba a detener a quienes habían mentido y pergeñado una gigantesca confabulación, ni iba a impedirles que acabaran también con ellos. Cuando intentó explicárselo a Elizabeth, ella se revolvió.

—¿De qué informes secretos hablas?

—Te repito que ya da igual. Tu tío está sentenciado. Tenemos que huir.

—¿Huir? ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—¿Y qué pretendes que hagamos? ¿Plantarnos en la habitación de Stalin y exigirle que garantice un juicio justo? No seas ilusa. ¡Vamos! —La cogió de la muñeca para que le acompañara en su huida.

—¡Suéltame!

—Pero ¿puede saberse qué diablos te sucede? Si no escapamos ahora...

—Sólo sabes huir. Sí. Igual que huiste de Nueva York para que no te condenaran por el tiroteo...

—¿Qué? —Jack empalideció. No podía creer las palabras que acababa de escuchar a Elizabeth.

—Creías que nadie se enteraría, ¿verdad? Creías que nadie sabría que eras un fugitivo.

—Pero ¿cómo...? —Jack imaginó que Andrew le habría revelado los detalles del homicidio de su casero.

—Viene todo aquí —se adelantó ella. Sacó del interior de su bata un antiguo ejemplar del *New York Times* y lo esgrimió—. En la sección de sucesos..., fechado el día anterior a que zarpase el *S. S. Cliffwood*.

Jack permaneció en silencio, mientras percibía cómo la sangre pulsaba sus sienes a un ritmo delirante.

—Fue... Fue un accidente... —acertó a balbucear.

—¿Sí? Pues aquí dice que un tal Kowalski te denunció por dispararle y huir con su dinero.

—¿Qué has dicho? ¿Que me denunció? —Jack no comprendió. ¿Cómo diablos iba a denunciarle un muerto?—. ¡Trae aquí!

Le arrebató el ejemplar de un tirón y leyó con atención toda la noticia. Cuando terminó, se dejó caer sobre un sillón como si le hubieran arrebatado el aliento. No era posible. El último párrafo del artículo relataba que Kowalski sólo había sufrido una herida leve, y la denuncia que había interpuesto contra él era por robo.

El tronar de una ráfaga de disparos logró que saliese de su asombro. ¡No era ningún asesino! De haber conocido la recuperación de Kowalski, podría haber permanecido en Estados Unidos y demostrar su inocencia; demostrar que no había robado a su casero, y menos aún, que le hubiera disparado a propósito. Y si no lo había matado, ¿por qué le mintió Andrew? ¿Por qué le aseguró que Kowalski había muerto?...

Jack dejó escapar un alarido que retumbó por toda la casa. De haber tenido a Andrew frente a él, le habría golpeado hasta matarlo. Maldijo su estampa y la de toda su familia. Aquel malnacido al que consideraba su

amigo, aquel que se había brindado a huir con él a la Unión Soviética para salvarle de la cámara de gas, aquel desalmado había sido capaz de engañarle y hacerle creer que era un asesino sólo para conseguir que le acompañara en su insensata aventura, para valerse de su conocimiento del ruso, para utilizarle sin considerar que le estaba arruinando la vida.

Jamás había odiado a alguien tan fría y profundamente. Jamás se había sentido tan traicionado. Guardó el artículo en su abrigo y volvió a rugir de rabia, mientras Elizabeth contemplaba atónita la transformación de Jack, de hombre acobardado a bestia sedienta de venganza.

Unos golpes en la puerta le hicieron volver en sí. De inmediato se levantó y corrió hacia una ventana para comprobar quién llamaba. Era un desconocido que imploraba ayuda. No tuvo tiempo de reaccionar. Un coche se detuvo en seco a su lado, alguien salió de su interior y le disparó en la cabeza. El disparo retumbó en la casa como si la bala hubiera recorrido la estancia. Jack cerró la ventana y se volvió hacia Elizabeth, que gritaba como una histérica.

—¡Tenemos que irnos!

—¡No! No me iré sin mi tío —dijo aterrada.

Jack comprendió que tendría que sacarla a la fuerza pero se dijo que sería preferible aguardar a que se calmara.

—Está bien. Iré a por el coche, pasaré por el economato para coger lo que quede y volveré a buscarte. Tú aguarda aquí. Veremos lo que podemos hacer por tu tío —le dijo para tranquilizarla—. Ten. Quédate con la llave. Ahora, en cuanto salga, cierra la puerta, escóndete arriba y no abras a nadie. ¿Me has entendido? ¡¿Me has entendido?! —le gritó.

Ella asintió con los ojos llenos de lágrimas. Jack la abrazó. Le aseguró que todo saldría bien, le repitió que se escondiera y abandonó la casa en dirección al taller abandonado de Iván Zarko.

Pese a la helada, el motor del Ford A rugió con fuerza. Jack esperó a que Yuri abriera el portalón del almacén, luego hizo que el automóvil rodara despacio hasta el empedrado de la calle.

—Nos encontraremos después en mi casa. Allí te pagaré el resto —le dijo

Jack.

Yuri asintió y él aceleró. Condujo a través de la noche, a toda velocidad, con las luces apagadas, siguiendo el leve resplandor de una luna que parecía erigirse en el único testigo al que la OGPU respetaría. Los disparos y los gritos seguían sucediéndose, como si en todo Gorki se perpetrara una matanza. Conforme se acercaba al poblado americano, advirtió el fulgor de unas hogueras. Pensó en regresar, pero necesitaba aprovisionarse de víveres, o él y Elizabeth perecerían como ratas. Finalmente rodeó la villa y se dirigió hacia la entrada trasera, que daba al almacén del economato. Aparcó el coche y entró. En el exterior, los disparos continuaban recordándole que cualquier paso en falso acabaría con su vida. Sin embargo, le impulsaba un ansia inhumana. Aunque fuera lo último que hiciese en la Unión Soviética, antes de huir estaba decidido a encontrarse con Andrew, y cobrarse justa venganza.

Se adentró en el almacén y encendió la linterna que había cogido del vehículo. El haz de luz iluminó las paredes desnudas. Alguien había estado allí antes que él. En las estanterías no quedaba nada. Se disponía a marchar cuando de repente apreció una forma que se agazapaba frente a él.

—¿Quién es? —gritó. Sintió que se le desbocaba el corazón.

No obtuvo respuesta. Enfocó la luz hacia el lugar de donde provenía un balbuceo. Se disponía a retroceder cuando de repente unos brazos poderosos le aferraron por la espalda y comenzaron a asfixiarle. Jack forcejeó. Intentó liberarse, pero quien le aprisionaba tenía la fuerza de un oso. Apenas podía respirar. Empuñó la linterna a modo de maza y golpeó hacia atrás con todas sus fuerzas, aunque sus movimientos espasmódicos no encontraron blanco. Comenzó a sentir cómo la vida le abandonaba. En un último intento lanzó un mandoble desesperado que impactó contra la cabeza de su agresor. El hombre, aturdido, soltó su presa y cayó al suelo. Entonces Jack se abalanzó sobre él con la intención de hundirle la linterna en la cabeza, se sentó a horcajadas sobre su pecho, y cuando se disponía a hacerlo, lo iluminó.

—¿Joe? —Incrédulo, detuvo en el aire el mortífero golpe.

De inmediato alumbró a su alrededor para descubrir a la familia Daniels y a Miquel, agazapados en un rincón como cachorros asustados.

Entre todos explicaron a Jack que decidieron esconderse allí cuando los agentes de la OGPU irrumpieron en el poblado y comenzaron a disparar de

forma indiscriminada.

—Lo siento, señor Beilis —se excusó Joe Brown—. Le confundí con uno de ellos.

—Pero ¿qué está sucediendo? —preguntó Jack.

—Ha sido Smirnov, ese oficial atildado. Parecía un diablo, riendo y soltando amenazas —contestó Harry Daniels—. Esta mañana vimos cómo acribillaba a los Petersen cuando intentaban escapar. ¡Dios mío! ¡Les disparó sin contemplaciones, y los remató como a alimañas! ¡Esto es una locura! Corrimos con lo puesto y nos escondimos en el bosque.

—¿Qué vamos a hacer, Jack? —le preguntó la mujer de Harry Daniels entre lágrimas. Abrazaba a su hijo pequeño, casi asfixiándolo.

—No lo sé. Tendréis que huir. Aquí nadie está a salvo.

—Pero ¿cómo? ¿Adónde?

—No lo sé. Tened. —Sacó cinco mil rublos de su chaqueta y se los entregó—. Es cuanto puedo hacer por vosotros.

—Jack, ¡por el amor de Dios! No tenemos dónde ir.

Él guardó silencio mientras contemplaba los rostros asustados de aquellas personas. Por un instante comprendió que sus vidas estaban en sus manos. Clamó por su mala suerte.

—¡De acuerdo! ¿Tenéis alimentos?

—Una bolsa con arenques ahumados, unas galletas, patatas y nabos —dijo Miquel—. Lo que quedaba.

—Bien. Entonces coged lo imprescindible y seguidme. ¿Qué lleva ahí?

—Jack señaló la caja de mimbre que la señora Daniels intentaba cargar en el automóvil.

—Es mi vajilla del ajuar. La necesito para...

—He dicho que sólo lo imprescindible. —Arrojó la caja afuera. Seguidamente cargó el coche con los alimentos que Miquel había conseguido salvar, ropa de abrigo, mantas, un bidón con gasolina y un par de cuchillos y dejó abandonado en el suelo el resto de sus pertenencias—. ¡Vamos! ¡Arriba!

Sin encender las luces, Jack condujo el Ford A hacia el sur con su cargamento humano. Durante el trayecto, el sonido de los disparos dejó paso al retumbar de algunas explosiones. Jack desvió su atención al advertir que, en la lejanía, una de las naves de ensamblaje comenzaba a ser pasto de las

llamas. Cuando retornó la vista a la carretera, descubrió con horror una barricada surgida de la nada. Dio un volantazo y se salió de la carretera con la fortuna de no golpear contra ningún árbol. Una andanada de disparos silbó a su alrededor.

—¡Agachaos!

No hizo falta que lo repitiera. Como pudo, recuperó el control del vehículo y aceleró hasta llegar al sendero por el que solía perderse con Natasha, lo tomó derrapando y se adentró en el bosque. Tras unos kilómetros, disminuyó la velocidad.

—Por aquí cerca hay una cabaña abandonada. Os bajaréis con vuestras pertenencias y aguardaréis mi regreso. No encendáis ninguna luz. Yo he de volver a Gorki, a por Elizabeth.

—Te acompaño —se brindó Miquel.

—No. Es demasiado peligroso. Además, eres el único que domina el ruso y conoce los alrededores. Si te pasara algo, ellos estarían sentenciados.

Miquel asintió, pero Joe Brown se ofreció en su lugar.

—Aunque sea negro, conduzco mejor que un blanco —dijo Joe.

Jack le agradeció el gesto.

—Recordad —dijo—. Permaneced en silencio. Si a mediodía no hemos regresado...

No terminó la frase. Si a mediodía no habían regresado, todos sabrían lo que significaría.

Jack detuvo el vehículo cerca de su casa. No había tiempo para mayores precauciones. Le pidió a Joe que aguardara en el coche, con el motor en marcha.

—Si ves que alguien se te acerca, acelera tan fuerte como puedas.

Joe asintió. Se cambió al asiento del conductor y le deseó suerte.

Jack corrió hacia su domicilio mientras rogaba por que Elizabeth hubiera reconsiderado su postura. En aquellos instantes, la calle se veía desierta. Cuando alcanzó la puerta, extrajo la copia de la llave y la introdujo en la cerradura. Sin embargo, el picaporte cedió sin necesidad de accionarla.

Jack se alertó. Empuñó un cuchillo en una mano y la linterna apagada en

la otra y avanzó a oscuras por el salón. La única luz procedía de los rescoldos que aún chisporroteaban en la chimenea. Estuvo tentado de llamar a Elizabeth, pero se contuvo. De repente tropezó contra una silla tumbada en medio de la sala y al trastabillarse, perdió la linterna. Se agachó para buscarla a ciegas, gateando como podía. Finalmente la encontró y decidió encenderla. Oyó un ruido a su espalda y se volvió para enfocarlo. El haz de luz iluminó unas figuras distorsionadas. Jack retrocedió sin dejar de enfocar con la linterna. Los identificó. Eran Andrew y Elizabeth. Él la sujetaba por la espalda, y apoyaba contra su nuca un revólver.

—¿Andrew?

—¿Dónde están, Jack?

—Pero ¿qué haces? ¡Suéltala!

—¡Quieto o la mato! ¡Los informes! ¿Dónde los guardas?

Jack lamentó haber dejado sola a Elizabeth y se culpó por no haber descubierto antes la verdadera cara de Andrew; habría disfrutado arrancándole el corazón.

—¡Hijo de perra! Pero ¿qué es lo que pretendes? ¿No tuviste bastante con hacerme creer que era un asesino?

—¡Vaya! De modo que al final lo averiguaste. —Sonrió—. Pobre estúpido. Tú, que siempre te creíste tan listo. Tanto como para deslumbrar a Sue con tu porte distinguido, tu altura y tu dinero...

—Yo jamás me creí mejor que tú.

—Desde luego que lo hiciste. ¿Recuerdas el puñetazo que me diste en el café, el primer día que nos vimos? ¡Ja! Lo que pude reírme cuando te tragaste lo de la muerte de Kowalski y la pérdida de tu pasaporte. Picaste como un palurdo.

—¿Por qué lo hiciste, Andrew? Podías haber embarcado solo.

—Te equivocas. Cuando fuimos a Amtorg ya sabía que sólo aceptaban a técnicos especializados. Saúl Bron únicamente me estaba dando largas. Por eso te di aquel panfleto. Si en aquel momento tú no hubieras intervenido, habría sacado yo a colación tu condición de técnico. Te necesitaba, Jack. Sin ti, jamás habría conseguido mi sueño.

—¡Has perdido el juicio! Pero ¿cómo pudiste?... ¿Cómo nos haces esto, Andrew? ¿Qué dirá de ti Sue?

—¡A ella ni la nombres! —Le apuntó directamente a la cabeza.

—¿Qué le contarás, Andrew? ¿Que alguien nos disparó? ¿Te inventarás otra mentira como la de Kowalski?

—¡He dicho que te calles! —bramó—. ¿Acaso crees que le importas? No le importas nada, Jack. Ni lo más mínimo.

—Eso no es cierto. Ella me ayudó cuando...

—¿Cuando apareció por la cárcel? ¿Era eso lo que me ibas a decir? Porque si era eso, te convendría saber que fui yo quien la envió para sondear cuanto supieses.

Jack guardó silencio. La situación se tornaba insostenible. Miró a los ojos a su adversario.

—¿Cuánto te pagan? ¿Qué te han prometido?

—¿De veras quieres saberlo? ¡Estima, Jack! ¡Estima! Aquí nadie se ríe de mis ideas. Aquí soy alguien considerado. Se acabó ser el pobre idealista, el sindicalista del que se mofaban en su país por sus creencias. Se acabó ser un don nadie, ser invisible y despreciado...

De no haber temido que disparase contra Elizabeth, Jack habría saltado contra Andrew para destrozarlo con sus propias manos. Andrew temblaba como una rata asustada. Intentó ganar tiempo.

—¡Por lo que más quieras! ¿De verdad crees que eres importante para ellos? ¿Acaso piensas que ocuparás un lugar en los libros de historia? Vamos, Andrew. Suéltala. Suéltala y...

—Te lo digo por última vez. ¡Dame los informes! —aulló y amartilló el revólver—. ¿Crees que estoy de broma? La mataré a ella y luego te mataré a ti.

Jack comprendió que cumpliría su amenaza. Bajo la luz de la linterna, el rostro de Andrew dibujaba grotescas muecas, como las de un endemoniado.

—¡De acuerdo! ¡Ten! ¡Los tengo aquí! —Sacó los informes del armario y se los enseñó.

—Déjalos ahí, en el suelo, y retrocede.

Jack hizo lo que Andrew le pedía.

—Éste no es el modo de construir un mundo mejor, Andrew.

—¿No? ¿Y quién eres tú para afirmarlo? ¡Atrás! Y tú, recógelos —le ordenó a la chica.

La joven obedeció y se los entregó. Jack logró vislumbrar el rostro aterrorizado de Elizabeth.

—Ya los tienes. ¡Ahora suéltala!

—Tranquilo, Jack. Veamos qué hay aquí. —Como pudo, examinó los papeles para comprobar que era lo que buscaba. Luego se dirigió hacia la chimenea, arrastrando consigo a Elizabeth.

—¡Te digo que la sueltes! —gritó Jack.

—Claro... Enseguida me ocupo de ese asunto. —Y arrojó los informes a los rescoldos. Los papeles adquirieron un tono anaranjado hasta que, de repente, se tornaron de un amarillo intenso y prendieron en una llama que los consumió en un momento. Cuando apenas quedaron cenizas, Andrew se retiró.

—Ya has conseguido lo que querías. Ahora, suéltala.

—No tan rápido, Jack. Restan dos asuntos. —Señaló con el revólver las cabezas de Jack y Elizabeth.

—¡Aguarda! —Metió la mano en su abrigo y sacó un fajo de billetes verdes—. ¡Mira! Son miles de dólares. Sue y tú podréis comprar lo que queráis... Cógelos. Son tuyos.

Andrew titubeó, como si de repente se enfrentase a una opción que jamás se habría planteado.

—No necesito dinero capitalista —balbuceó.

—Nadie se enterará, Andrew. Tú y Sue os lo merecéis por tantos años de sufrimiento... Vamos. Si no lo coges tú, los cogerá otro. —Amenazó con arrojarlos a las ascuas. A Jack le temblaba la linterna. Sus opciones se agotaban.

—Está bien. Deja el dinero en el suelo. Sin trucos.

—Claro. Pero primero suéltala a ella. —Se desplazó lentamente hacia la chimenea.

—¡Te digo que lo dejes en el suelo! —bramó.

—Y yo te digo que la sueltes. —Dio un par de pasos hasta situarse junto a los rescoldos, que avivó echando unas tablas.

Un disparo estalló en la habitación. Jack sintió cómo la bala astillaba el embaldosado delante de sus pies y los fragmentos golpeaban su pantalón. El olor le atenazó la garganta. Hubo de toser para dirigirse de nuevo a Andrew.

—O la sueltas, o quemaré el dinero. Aunque me dispares, juro que lo quemaré. —Lo agitó sobre los rescoldos.

—¡Capitalista del demonio! Está bien. Voy a soltarla. —Apuntó directamente a la cabeza de Jack—. ¡Voy a soltarla! —repitió mientras dejaba que Elizabeth avanzara lentamente hacia Jack—. ¡No! ¡Hacia él no! A un lado, donde pueda veros. Y ahora dame el dinero.

—De acuerdo, Andrew. Es tuyo. Ten. —Se lo lanzó al cuerpo.

Justo en el instante en el que le arrojaba el fajo de billetes, apagó la linterna y la lanzó también contra él. Andrew disparó dos veces.

—¡Hijos de puta! Voy a acabar con vosotros. —Y volvió a disparar. Varios fogonazos iluminaron el salón.

De repente todo quedó en silencio.

Jack aguardó tumbado en la oscuridad, con su cuerpo protegiendo el de Elizabeth, mientras su corazón trepidaba intentando escapar de su pecho. No sabía qué había ocurrido, pero Elizabeth permanecía inmóvil. Iba a incorporarse, cuando la luz de la linterna le iluminó. Jack pensó que iba a morir.

—¿Estáis bien?

Jack no pudo identificar la voz que surgía detrás del cegador haz de luz. Se incorporó despacio y ayudó a Elizabeth a levantarse. Luego la luz cambió de dirección e iluminó el cuerpo sin vida de Andrew. Al acercarse al desconocido, Jack advirtió que se trataba de Yuri.

—Habíamos quedado. ¿Recuerdas? Ese cabrón iba a lograr que quemases mi dinero —masculló el sobrino de Iván Zarko—. Me encontré afuera con Joe Brown. Os estábamos esperando pero tardabais demasiado, así que decidí acercarme a echar un vistazo. Vamos. Tenemos que salir de aquí antes de que vengan los chequistas de la OGPU.

De camino hacia el vehículo, Jack se interesó por el origen del estallido de violencia que sacudía el Autozavod. Yuri olvidó su hosquedad.

—Era cuestión de tiempo. La hambruna está masacrando a los soviéticos. La gente está desesperada y la presencia de Stalin ha terminado de encolerizarlos. Varios grupos de saboteadores armados se han atrincherado

en el Autozavod y han quemado algunas naves, así que el ejército actuará pronto.

Llegaron al coche y tomaron asiento. Joe Brown hizo que el Ford despertara y avanzó por el empedrado de Gorki a toda velocidad en dirección a la cabaña donde se habían refugiado Miquel y los Daniels. Al advertir que abandonaban la ciudad, Elizabeth protestó.

—¡No podemos irnos!

—Permanecer en la ciudad sería un suicidio —le aseguró Yuri. Una explosión en la lejanía confirmó su consejo.

El automóvil continuó su camino.

Poco después se desviaban por una senda escondida que conducía a la cabaña. En sus inmediaciones detuvieron el automóvil. Todo estaba en silencio. Bajaron con cautela y llamaron a la puerta con tres golpes rápidos y dos más espaciados. La puerta se abrió y entraron deprisa. Una vez sentados, a oscuras, Jack relató a sus compañeros todo lo sucedido.

—¡Serguéi Loban! Por culpa de ese tirano nos vemos en esta situación —lo maldijo Elizabeth.

—¿Serguéi? Dudo que él tenga algo que ver con lo de esta noche —declaró Yuri.

—Pero ¿cómo le defiendes? Ese hombre es un auténtico demonio.

Yuri enarcó una ceja, como si le extrañara la opinión de la joven.

—Elizabeth tiene razón. Serguéi es el causante de toda esta destrucción —intervino Jack.

Yuri se volvió hacia él. Se rascó la cabeza y escupió a un lado.

—Creo que no sabéis de lo que habláis. Puede que Serguéi sea un hombre rudo, pero aquí le tenemos por justo. Todos te dirán lo mismo. De no ser por él, lo peor de la OGPU camparía a sus anchas en Gorki.

—Y por esa razón está dirigiendo esta matanza indiscriminada, ¿no?

—Te repito que él no tiene nada que ver.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Ya veo que aún no te has enterado —dijo Yuri, exhalando un largo suspiro—. Serguéi Loban fue detenido a primera hora de la tarde, acusado de alta traición. Lo han destituido de su cargo y trasladado al Ispravdom. Viktor Smirnov es el responsable de esta masacre. Él es ahora el jefe de la OGPU.

Jack decidió regresar a Gorki en el mismo instante en que comprendió que la vida de Natasha Lobanova corría grave peligro. Tal vez la foto en la que aparecía junto a Smirnov le hubiera ofuscado, pero algo en su interior le impulsaba a creer en ella. Yuri intentó hacerle ver la locura que estaba a punto de cometer, pero Jack no cedió un milímetro. Por primera vez en su vida, lo que le ocurriera a él le daba lo mismo.

—De acuerdo. Entonces te acompañaré.

Una vez en el exterior de la cabaña, Yuri detuvo a Jack.

—No he querido preguntarte antes, pero ¿qué piensas hacer con toda esa gente? Sólo encargaste tres pasaportes, más el de esa chica rusa.

Jack no contestó. De hecho, no lo había meditado. En aquel momento lo único que le preocupaba era el bienestar de Natasha.

—Ya lo solucionaremos. —Y arrancó de nuevo el vehículo.

Gracias a las indicaciones de Yuri, alcanzaron las inmediaciones del domicilio de Natasha sin ser interceptados. Durante el trayecto habían acordado que Jack aguardaría en el vehículo mientras Yuri intentaba averiguar su paradero. El joven ruso estaba convencido de que si Natasha seguía libre, se habría refugiado en alguna vivienda cercana. Conocía a casi todo el vecindario y si preguntaba, le darían razón sin impedimentos.

Jack vio partir a Yuri en medio de la oscuridad. Cuando por fin desapareció, permaneció agazapado mientras intentaba reordenar una mente

exhausta por los acontecimientos.

Aún ignoraba el papel exacto que tanto Serguéi como Hewitt habían desempeñado en aquella trama de corrupción, pero lo que relucía como una verdad irrefutable era la astucia criminal de Viktor Smirnov. Su falso testimonio implicando a Hewitt en el asesinato de McMillan era sólo la punta del iceberg de una urdimbre arteralmente concebida, en la que Andrew encajaba como anillo al dedo.

Lo maldijo mil veces. Cuando acudió a casa de Andrew para pedirle ayuda, Serguéi ya había sido detenido, de modo que desde un primer momento, el que creía su amigo trabajaba a las órdenes de Smirnov. Sólo así se explicaba que, tras confesarle a Andrew la existencia de los informes secretos, éste irrumpiera en su casa para hacerse con ellos.

Pensó en Natasha y Smirnov. Le resultaba difícil imaginar la relación que los unía y la causa por la que Viktor conservaba una fotografía de ambos en su despacho, pero lo cierto era que Natasha le había prevenido contra Viktor y él no le había hecho caso.

Quiso creer que ella seguiría albergando hacia él los mismos sentimientos que a él le mortificaban; que volvería a disfrutar de su piel y sus besos; de aquella contagiosa mirada bañada de ideales. No entendía qué clase de extraño hechizo le hacía sentirse cautivo de una mujer tan distinta a todas aquellas con las que siempre había soñado. Natasha no era insultantemente bella, no disfrutaba del lujo ni soñaba con una posición social; no le preocupaban las mansiones, ni las apariencias, ni el dinero. Al contrario, ella recibía el día a día sin ambiciones mundanas, parecía feliz desempeñando su trabajo con honestidad y recibiendo la gratitud de sus pacientes como el mejor de los honorarios. Y sin embargo, cuando la tenía cerca, su sonrisa le embrujaba, le enredaban sus conversaciones espontáneas, le conmovían sus suspiros y sus bromas le desarmaban. Sabía que la amaba porque su sola presencia convertía a Jack Beilis en alguien mejor, en alguien diferente. Y porque en su ausencia, el viejo Jack Beilis, con sus ambiciones y sus frustraciones, siempre regresaba.

Rogó por que Yuri la encontrara. Sin embargo, cuando la silueta del ruso apareció solitaria al final de la calle, sintió que se le revolvían las entrañas. Aún no había terminado de subir al coche cuando Jack, temiéndose lo peor, le

preguntó por la joven. Yuri cerró la puerta y le indicó un lugar donde esconder el vehículo.

—¡Rápido! Está a salvo en el apartamento de unos vecinos.

Jack exhaló un suspiro.

Con las primeras luces del alba, los dos hombres atravesaron unos bloques de viviendas de construcción reciente que aún no conocían una mano de pintura y se internaron por una escalera oscura de paredes desconchadas. Mientras ascendían, se cruzaron con un matrimonio cargado de fardos que abandonaba su domicilio. Yuri urgió a Jack a que continuara subiendo. En el quinto piso, Yuri se acercó a una puerta con la cerradura violentada y llamó con insistencia. Se escucharon cuchicheos. Yuri se identificó y el quejido de un mueble pesado desplazándose indicó que liberaban la entrada. Al final, la puerta chirrió sobre sus goznes y se abrió muy despacio, dejando entrever el rostro ensangrentado de Natasha. Jack no aguardó a que le invitara. La besó angustiado y ella le correspondió. Luego se separó y comprobó que la sangre que cubría su cara y sus manos no manaba de ninguna herida. De inmediato se adentró en la vivienda para darse de bruces con varias familias apiñadas al fondo de la estancia. Natasha, sin decir nada, le guio rápidamente hasta una pequeña cocina, donde Jack quedó sobrecogido por la escena. Sobre una mesa de madera agonizaba una niña con una horrible herida, mientras una mujer que quizá fuera su madre intentaba salvarle la vida con la ayuda de unas vendas.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué está sucediendo?

Natasha apenas si le miró. Apartó a la mujer que sollozaba desconsolada e intentó cortar de nuevo la hemorragia. La niña, con los ojos espantosamente abiertos, se sacudía y boqueaba como un pez atrapado buscando aire. El suelo era un charco de sangre. Natasha trabajaba con denuedo.

—Hubo una explosión y esta gente vino a buscarme. Es una locura, Jack —lloró—. Todo por lo que hemos estado luchando parece derrumbarse. ¡Por lo que más quieras, ayúdame!

Jack sujetó a la niña para contener sus estertores mientras las manos de Natasha desaparecían entre el torbellino de líquido rojo que brotaba del vientre de la pequeña. De repente, la niña tiritó como si se congelara, llamó a su madre y agarró su mano con fuerza. Un segundo después, dejó de moverse

y, ya sin vida, giró lentamente la cabeza. Por un instante eterno se hizo un silencio absoluto hasta que fue interrumpido por el desgarrador alarido de la madre. Natasha pareció no admitirlo y continuó vendando a la chica, que permanecía exangüe. Jack comprendió que, pese a ser consciente del desastre, la doctora se negaba a aceptar el destino de la pequeña.

—Déjala. Está muerta —le musitó Jack, e intentó apartarla con suavidad.

Natasha rompió a llorar. Jack la mantuvo abrazada hasta que ella se separó con suavidad, como si de repente hubiera recuperado la cordura.

—Salgamos —le pidió ella.

Jack la siguió. Abandonaron la vivienda y se dirigieron al pasillo. Natasha, con los ojos enrojecidos, miraba a través de un ventanuco las columnas de humo que surgían del Autozavod.

—Mi padre...

—Sí. Yuri me ha contado que lo han detenido. Lo siento. Yo...

—Ha muerto, Jack. Mi padre ha muerto. —Y rompió a llorar, desconsolada.

Jack sintió que la sangre se le helaba en las venas. Yuri sólo le había comentado que lo habían encarcelado. Pensó que se trataría de un error. Sin embargo, cuando Natasha se volvió hacia él, más desvalida que nunca, comprendió la realidad.

—¿Qué..., qué ha sucedido?

—Me lo dijo un compañero del hospital. Apareció en mi casa para decirme que se había suicidado. Que mi padre había confesado su implicación y que se había pegado un tiro en el Ispravdom. ¡Hatajo de bastardos! ¡Lo han matado, Jack! Lo han asesinado... —Las lágrimas le impidieron continuar.

Jack volvió a abrazarla. Cuando percibió que sus sollozos se ahogaban, apretó las manos de ella entre las suyas y le pidió que le siguiera.

—Ven conmigo a América.

Ella le miró, como si le resultara imposible comprender sus palabras.

—¿Contigo?

—Huyamos de aquí y emprendamos una nueva vida. Te he encargado un pasaporte. Sólo necesito una foto tuya y...

—¿Y abandonarlos? —Señaló la habitación donde había atendido a la

niña—. ¿Abandonar todas las cosas por las que luchó mi padre?

—Aquí corres peligro. Yuri asegura que irán a por ti.

—No, Jack. No voy a permitir que esa gente mancille el nombre de mi padre. Averiguaré lo que ha sucedido. Encontraré las pruebas y haré que los culpables paguen sus crímenes.

—Pero ¿es que no te das cuenta? Nada de lo que intentes impedirá sus propósitos.

—¡Me da igual! —Se soltó de Jack—. Buscaré bajo las piedras. ¡Los maldigo, Jack! ¡Yo los maldigo!

Jack aspiró el aire que le faltaba. Advirtió la silueta de Yuri, que aguardaba impaciente en el descansillo de la escalera, y le hizo un gesto para que esperara.

—Aunque no sirva de nada, encontré unos documentos —dijo finalmente—. Unos informes en los que se detallaban las transacciones que el supuesto traidor hizo a Hewitt.

—¿Las transacciones de las que acusaban a mi padre? Ésas fueron las mentiras que esgrimieron para detenerle. Dijeron que había sido él quien había transferido los fondos a Hewitt para luego repartírselos. ¡Pero es falso, Jack! Yo conocía a mi padre. De niña vi cómo pasaba hambre con tal de repartir las raciones entre sus hombres. Vi sus cicatrices, las que le produjo una explosión cuando protegía a un soldado adolescente. Se dejaba la piel por la Revolución. Soñaba con el bienestar común, con un mundo mejor. Él me lo inculcó. Mi padre era... —Rompió a llorar—. Era un gran hombre, Jack... Un gran hombre.

Jack permaneció callado. Miró de nuevo a Yuri, quien movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Ya... Los informes de los que te hablo, los documentos a los que tuve acceso, eran unos resguardos oficiales. Del Vesenjá. Pero con un llamativo detalle: la numeración de las cuentas no coincidía con las que se esgrimieron en el juicio.

—¿Qué quieres decir?

—Que demostraban que el ordenante no era tu padre. No sé quién, pero, desde luego, procedían de una cuenta diferente.

—¿Y dónde están esos informes? —Sus ojos destellaron con un fulgor de

esperanza.

Jack sacudió la cabeza.

—Me los arrebataron y los quemaron. —Omitió hablarle de las copias que había realizado. Dárselas sólo propiciaría que ella misma se colocara en el disparadero.

—¡Dios! —Se dejó caer abatida.

—Natasha, ahora que sabes que tu padre es inocente, ya nada te retiene. Puedo sacarte de aquí. ¡Huyamos ahora que estamos a tiempo!

—¿Es que no lo comprendes, Jack? Antes sólo lo sospechaba, pero ahora hay una prueba. Podemos demostrar que...

—¡No podemos demostrar nada! ¡Por todos los diablos! ¡Te digo que esos informes ardieron! ¿Quién piensas que iba a creerte?

—Pero tú podrías declarar lo que acabas de contarme.

—Si lo hiciera, sólo conseguiría que nos mataran.

—¡Pero cómo puedes ser tan cobarde! ¡Ahora no puedes esconderte!

Pese a saber que la ofuscación era la que hablaba por Natasha, Jack no pudo evitar sentir que se le desgarraban las entrañas.

—¿Esconderme, yo? ¿Y qué has hecho tú todo este tiempo? Esconderte y avergonzarte de mí. Ocultarme ante todos, ante tus amigos, ante tu propio padre. Y ahora me pides que salga y me inmole para defender la honra del mismo hombre al que jamás le confesaste lo nuestro. ¿Por qué te callaste? ¿Por qué?

Natasha contempló a Jack, como si no le conociera.

—Yo... Yo nunca me avergoncé de ti, Jack.

—Ya. Eso dices ahora... —Dibujó una mueca de amargura—. ¿Sabes? Hubo momentos en los que soñé que podría ser feliz a tu lado. Sólo tenías que haber confiado en mí, en lugar de esconder tus sentimientos, como si fuera unapestado.

—No es cierto, Jack... Tú no sabes...

—Sí. Hay tantas cosas que desconozco... —Recordó la foto en la que aparecía junto a Viktor Smirnov, luciendo un anillo de compromiso.

—¡Jack! —les interrumpió Yuri—. ¡Tenemos que largarnos! ¡Vienen soldados!

—Mira. Todo esto ha sido una equivocación. —Natasha temblaba—. Yo

pensé que te conocía, pero en realidad siempre fuiste un extraño.

—Sí. Eso es lo que he sido. —Los ojos de Jack se humedecieron.

—¡Tenemos que irnos! —les urgió Yuri.

Jack asintió. Se disponía a acompañar a Yuri cuando de repente recordó algo y se detuvo.

—Por cierto. Había olvidado un detalle. —La miró—. Hubo un ingeniero soviético que viajó a Estados Unidos para formarse, el mismo que ejecutó la mayoría de los sabotajes. No conseguí localizarle, pero por si te sirve de algo, se llamaba Mamáyev.

—¿Mamáyev?... ¿Vladimir Mamáyev?

—Sí. ¿Acaso te dice algo su nombre?

Natasha hundió la cabeza entre sus hombros y permaneció encogida mientras un llanto desgarrador se apoderaba de su cuerpo. Cuando la alzó de nuevo, su rostro lucía desencajado por el dolor.

—Yo tuve una relación con ese hombre, y Dios sabe cuánto me arrepiento. —Miró a Jack, como si buscara su comprensión—. Vladimir Mamáyev era el apodo que empleaba Viktor Smirnov para que mi padre no le reconociera cuando me llamaba por teléfono. Si no hice pública nuestra relación, fue para protegerte.

—¡Jack, están subiendo por las escaleras!

—¡Joder! ¡Ya voy! —gritó Jack, y se dirigió de nuevo a Natasha—. Por lo que más quieras, ven conmigo. Juntos nos espera una vida.

—Lo siento, Jack. No puedo.

—¡Estás loca! Pero ¿es que no ves que permaneciendo aquí, estás sellando tu destino?

—No, Jack. Eres tú quien olvida que aunque el destino nos empuje al abismo, siempre existe un resquicio para la esperanza.

Un disparo resonó en el rellano del piso inferior.

—¡Natasha!...

—Vete. Vete y sálvate. Ahora no lo comprendes, pero cuando estés lejos y mi voz se apague, cierra los ojos y escucha tu corazón.

Jack condujo a toda velocidad por los atajos que Yuri le había indicado. El joven ruso se había apeado en las inmediaciones de la vivienda de su tío Iván para comprobar si éste podría proporcionarle más pasaportes falsos, y habían acordado reencontrarse al anocheecer en el refugio donde se ocultaban.

Cuando Jack llegó a la cabaña, aparcó el vehículo en el granero y llamó según lo acordado. Dentro aguardaban todos como conejos asustados: Elizabeth, los cuatro miembros de la familia Daniels, Miquel Agramunt y Joe Brown. Contándose él, ocho personas. Si venía Natasha, nueve. Serían muchos. Demasiados.

Les puso al tanto de la situación. Deberían permanecer escondidos en la cabaña hasta que Yuri regresara con noticias, y continuarían allí hasta el momento en que les facilitaran los pasaportes. No se lo preguntaron, así que Jack evitó mencionar la dificultad para conseguirlos y el coste de los documentos. Hicieron recuento de las provisiones y se repartieron un paquete de galletas rancias. Cuatro galletas para todos. Las comieron con desgana y se sentaron a esperar, acurrucados unos contra otros. En el exterior rugía el viento de la mañana.

Se acababa la aventura soviética; el último paraíso. Jack sonrió con amargura. Recordó los viejos titulares del *New York Times* que pregonaban las bondades nacidas de una revolución, más allá de los océanos. Los mismos titulares que habían cautivado a Andrew y a miles de desesperados. Los

mismos que habían acabado con su vida y con la de tantos otros.

Quiso creer que aquel infierno concluiría. Por un instante se imaginó a sí mismo de regreso a América, sin miedo a la justicia, paseando por Nueva York en su vehículo nuevo, vistiendo un traje de cien dólares y asistiendo al último espectáculo. Volver a bailar, a disfrutar y a sonreír. Al menos eso era a lo que podría aspirar con todo el dinero ahorrado. Se palpó los fajos de billetes que había distribuido bajo su abrigo, algunos próximos al corazón. Mientras lo hacía, percibió un vacío justo sobre él, en el lugar que debía ocupar Natasha Lobanova, la mujer de la que estaba enamorado.

Rezó por que la joven recapacitara. Por que comprendiera que continuar en Gorki carecía de sentido y por que acompañara a Yuri a la cabaña. La imaginó radiante, paseando de su mano por Central Park, ascendiendo a los gigantescos rascacielos para mirar el horizonte, disfrutando de la vida, los dos juntos.

A aquellas horas ya habría comenzado el juicio. Viktor Smirnov completaría su pantomima aplaudido por los mismos acólitos que, sin duda, le habían impulsado para provocar la caída de Serguéi. Condenarían su vileza, la de Hewitt, la de su sobrina y hasta la del traductor que habían salido huyendo. Una evidencia más de su culpabilidad, al igual que el resto de las pruebas que ellos mismos habían fabricado.

Miró a los Daniels. Parecían muertos en vida: sin pasaporte, sin ahorros, sin alimentos... Joe Brown tiritaba bajo una manta raída. El hombre se había imaginado en un mundo feliz, y ahora aguardaba congelado y hambriento, con la esperanza de regresar al mismo pueblo en el que le habían llamado «negro» cada día de su vida. Miquel tarareaba una cancioncilla que Jack imaginó procedería de su tierra. Acariciaba su barretina roja como si fuese su bien máspreciado. Elizabeth sólo suspiraba. No había dejado de hacerlo ni un momento. Seguramente su tío Wilbur también habría muerto. Jack se apiadó de todos ellos, pero de quien más se apiadó fue de sí mismo. Dejó que su espalda se deslizara por la pared de troncos hasta dar con sus posaderas en el suelo. Añoraba a Natasha. Sólo esperaba que Yuri la trajera.

Permanecieron horas en silencio, asustados por las detonaciones de disparos en la lejanía. Poco después del anochecer, el sonido de unos pasos los puso en alerta. Jack cogió un cuchillo y se acercó a la puerta. Joe Brown

le imitó. Aguardaron conteniendo la respiración mientras los pasos se aproximaban. Parecían varias personas. Jack hizo una seña a Joe Brown para que se preparara. Joe se santiguó. Unos nudillos golpearon en la puerta. Pasados unos segundos, se oyó la voz de Yuri. Jack creyó que le acompañaba Natasha, pero cuando abrió, se topó con el rostro de su viejo tío, Iván Zarko. Entraron en la cabaña como si los persiguiera el diablo. Yuri traía una talega con pan negro. La abrió y repartió las hogazas bajo las miradas expectantes de Agramunt y los americanos.

—¿Sabéis algo del juicio? —los interrogó Elizabeth.

Aunque Jack ya imaginaba la respuesta, trasladó su pregunta a Iván Zarko.

—Le han condenado. Según parece, Stalin permanecerá en Gorki hasta que Smirnov aplaste la revuelta, lo que complica vuestra fuga. Y ahora, si no os importa, necesitaría discutir unos detalles con Jack, afuera —se excusó Zarko.

Después de traducirlo, Jack se caló la *ushanka* y acompañó a Iván y a su sobrino. Nada más salir, le preguntó a Yuri por Natasha. Yuri negó con la cabeza.

—Intenté convencerla, pero fue como rogarle a una piedra. El hospital estaba atestado de heridos: obreros acribillados, hombres y mujeres torturados, abrasados... Me atendió mientras ayudaba a parir a una madre medio muerta.

—Iré a buscarla.

—Es inútil. Han dictado orden de detención contra ti, y la tienen vigilada. Si vas, conseguirás que nos maten a todos.

Jack asintió con resignación. Pese a esperar aquella respuesta de Natasha, había querido imaginar otra. Le preguntó a Iván Zarko por los pasaportes. Al oírle, el viejo sacudió la cabeza.

—¡Dijiste cuatro! Uno para ti, otro para el capitalista, otro para su sobrina, y el de la chica de última hora.

—¿Cuánto costarían seis más?

—No es cuestión de dinero, Jack. Los vuestros están terminados, pero tal y como están las cosas, conseguir alguno más se me antoja imposible. Harían falta fotografías pequeñas, pasaportes en blanco, firmas nuevas... Con

Smirnov de jefe de la OGPU, cualquier desliz significa el patíbulo.

—¿Cuánto, Iván?

—Demasiado.

Jack miró al suelo. Luego dirigió la vista hacia la cabaña, donde aguardaban seis almas ajenas a su destino.

—¿Podrías conseguir una cámara?

—Supongo que sí, pero el problema no consiste tanto en las fotos, como en el soporte de los pasaportes. Los vuestros son alemanes, pero para ellos necesitaríamos cinco americanos y un español. Habría que pedirlos a Moscú, lograr las firmas adecuadas...

—Tú consigue esa cámara. Quizá podamos obtener los pasaportes más adelante, en otro sitio.

Iván Zarko sacudió la cabeza, como dando a entender que intentar escapar sin pasaportes era un sinsentido. Sin embargo, aceptó la petición de Jack.

—Respecto a la ruta de escape, mencionaste un tren de mercancías...

—Tendréis que olvidar el ferrocarril. Han vallado el acceso a la estación y reforzado la vigilancia con jaurías de perros adiestrados. Cada tren que sale de Gorki lo revisan de arriba abajo.

—Tenemos el coche. —Lo señaló—. Apretados, podríamos...

—No avanzaríais ni cien kilómetros. Han establecido controles en las carreteras y los caminos secundarios permanecen intransitables. Eso sin contar el problema del combustible. Vuestra única posibilidad consistiría en seguir el curso del Volga. Los muelles de Gorki están blindados, pero río abajo podría conseguirse pasaje en algún carguero que os conduzca a Stalingrado. Allí disponemos de amigos que os mantendrían ocultos hasta que pudierais embarcar de nuevo en dirección al mar de Azov. No obstante...

—¿Sí?

—Sois demasiados. Sería un viaje arriesgado... —Dejó entrever a Jack que las posibilidades de éxito eran escasas—. Y les costará dinero. —Señaló a los fugitivos—. Mucho.

—¡Diablos! ¡Yo lo pagaré! ¡Olvida ahora el dinero!

—Como quieras. Conseguiré esa máquina fotográfica.

—Una cosa más. —Detuvo a Yuri cuando éste ya se daba la vuelta. Se despojó de la *ushanka* y desabrochó de su cuello la medalla que le había

regalado su madre. Cuando le dio el colgante a Yuri, sintió que se desprendía de una parte de su vida—. Ten. Es el último favor que te pido. Entrégasela a Natasha. Dile que sin amor, la vida no merece la pena.

Les dijo a sus amigos que no se preocuparan, que Iván y Yuri solucionarían sus problemas y les conducirían a la libertad.

Elizabeth le creyó. Los demás imaginaron lo que los esperaba.

Jack se sentó y permaneció en silencio con la mirada perdida. Hasta el último segundo había esperado que Natasha le acompañara, pero ella había elegido luchar por sus ideales, permaneciendo en el lugar donde la necesitaban. Por un instante maldijo su integridad, su generosidad insensata y sus irrenunciables principios solidarios. Los maldijo desde lo más profundo de su alma. Y sin embargo, no podía reprochárselo. Ella rebosaba honestidad, y él, al fin y al cabo, no era más que un pobre diablo.

Mordisqueó el trozo de pan negro en lo que iba a consistir su cena mientras intentaba apartarla de su pensamiento. Debía olvidarla de una vez por todas y hacerse a la idea de que regresaba a Estados Unidos para emprender la vida que siempre envidió, al lado de una joven heredera. Las horas de aislamiento parecían haber cambiado a Elizabeth, quien ya no sólo aceptaba el destino de su tío, sino que incluso, en un momento de debilidad, le había sugerido planes de futuro.

Sonrió con amargura. Cualquiera en su lugar le envidiaría. En América le esperaba una maravillosa vida llena de comodidades y diversión junto a una mujer rica y arrebatadora. Una maravillosa vida vacía.

Transcurrió el día completo sin que ni Yuri ni Iván Zarko dieran señales de vida. Durante la espera, Elizabeth se mantuvo acurrucada al lado de Jack. Apenas si hablaba, pero se abrazaba a él, como si de alguna forma supiera que era su único asidero. De vez en cuando le preguntaba si serían felices en América y él asentía sin convicción, casi en un murmullo. Las horas transcurrían lentas y frías, con los unos mirándose a los otros en busca de un atisbo de esperanza. A media tarde abandonaron las guardias. Afuera sólo campaba el aullido de la ventisca.

Al tercer día regresó Iván con su sobrino Yuri. Se presentaron al alba, sin

apenas ruido. Jack llevaba despierto horas, sin lograr conciliar el sueño. Al advertir su presencia, se separó de Elizabeth y corrió a abrir la puerta que había atrancado con un palo. Los dos rusos entraron rápidamente y alertaron al resto. Debían emprender la huida cuanto antes: pelotones de la OGPU patrullaban el bosque en busca de fugitivos. Todos se apresuraron. Recogieron sus pertenencias y salieron de la cabaña rumbo al cobertizo donde permanecía escondido el Ford A.

Mientras los demás cargaban el vehículo, Jack se mantuvo rezagado para ultimar los detalles de la fuga. Iván Zarko le entregó la cámara fotográfica, un plano con las indicaciones necesarias para alcanzar el puerto fluvial de Lyskovo, la dirección y el nombre del contacto que los ocultaría.

—Él se ocupará de los pasajes. En Stalingrado os estará esperando Oleg, un viejo conocido. Se identificará y os ocultará hasta el momento de embarcar en el siguiente navío.

—Gracias por todo. Tú y Yuri os habéis comportado como dos amigos.

—Nos has pagado bien por ello. Ten. Los tres pasaportes.

Jack le abrazó. Sabía que el hampón estaba asumiendo riesgos impagables. Al separarse, echó mano a su abrigo.

—Lo acordado por la cámara y todo lo demás. —Jack le entregó cuatro fajos de billetes—. Respecto a los seis pasaportes restantes...

Iván Zarko negó con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo. Ya nos apañaremos —repuso Jack. Comprendió que quienes carecieran de pasaporte no lo lograrían.

Montó en el coche y giró la llave de contacto. Yuri abrió el portalón del cobertizo. Jack permaneció ensimismado, mirando a la vereda, a la espera de que en el último instante apareciera Natasha. Transcurrieron unos segundos. El tiempo pasaba y Elizabeth le urgió a que arrancara. Jack pareció despertar. Accionó el botón del salpicadero y el motor rugió. Se disponía a acelerar cuando Iván se acercó para despedirse. Mientras Jack bajaba la ventanilla, Yuri hundió la manaza en un bolsillo, sacó la medalla que Jack le había dado para que se la entregase a Natasha y se la devolvió.

—Lo siento —se excusó Yuri—. Había decidido venir.

—¿Cómo? —Creyó que no había entendido bien sus palabras.

—Natasha. Me dijo que no tenías por qué desprenderte de tu medalla

porque había decidido acompañarte a América.

—Pero ¿iba a venir? Y entonces, ¿dónde está? —Apagó el motor.

Yuri bajó la mirada.

—La estuvimos esperando, pero no apareció.

—¿Cómo que no apareció? No te entiendo. ¿Acordó encontrarse con vosotros y no acudió? ¡Por todos los diablos! ¿Quieres explicarme qué ha sucedido? —Se apeó del vehículo.

Yuri evitó la mirada de Jack.

—¡Te estoy preguntando qué ha pasado! —Agarró al ruso por la pechera mientras el joven buscaba en los ojos de Iván Zarko un gesto de aprobación.

En ese instante, el viejo hampón se aproximó a Jack y le obligó a que soltara a Yuri.

—Te advertí que no se lo contaras —le recriminó a su sobrino. Escupió al suelo, como si éste tuviera la culpa. Luego, mientras se mordía los labios, se volvió hacia Jack—. La detuvieron cuando salía de su casa. Fue Smirnov. Van a enviarla a Siberia.

El eco de unos ladridos lejanos arrancó a Jack de su consternación. No lo pensó. Se dirigió a Joe Brown, le entregó las llaves del auto y le pidió que le sustituyera al volante. Joe no comprendió. Cuando los apremió para que partieran sin él, ninguno de sus compañeros dio crédito a lo que oían. Sin embargo, Jack se mantuvo firme. Sus ojos brillaban de decisión.

Ni los ruegos de los Daniels, ni el llanto de Elizabeth lograron persuadirle. Jack permaneció fuera del coche y encareció a Miquel Agramunt que se ocupara de sus amigos.

—Solo tú puedes salvarlos. No me defraudes. —Y se abrazó a él como si se despidiera del hermano que nunca tuvo.

Agramunt asintió.

Le entregó los tres pasaportes, las indicaciones de uso de la cámara y un fajo de billetes. Los ladridos de los perros resonaron más próximos. Casi podían olerse. Jack se apartó para despedirse. El vehículo se disponía a partir cuando Elizabeth abrió la portezuela y se apeó.

—Me quedo contigo —dijo ella, intentando esconder las lágrimas.

Jack sacudió la cabeza.

—Sería peligroso. Ahora tienes que ir con ellos. Yo os alcanzaré más

tarde.

—No lo conseguirás. ¿Crees que no he visto cómo le dabas los pasaportes a Miquel?

—¿Lo dices por eso? No seas boba. —Sacó de su abrigo el pasaporte de George McMillan y se lo enseñó—. ¿De veras creerías que iba a quedarme en este país inmundo?

Elizabeth miró el documento de reojo. Algo le dijo que desconfiara.

—Jack, te lo suplico, sube al coche. Seremos felices... —Sus párpados hinchados y enrojecidos ocultaban la belleza de sus ojos.

—No puedo.

—¡Claro que puedes! ¡Por todos los santos, Jack! ¿Crees que no te he visto? Es por esa mujer, ¿no? Por esa... Por esa muerta de hambre rusa.

Jack inspiró con fuerza.

—Tengo que intentarlo.

—¿Y qué harás? ¿Gritar a los cuatro vientos que es inocente? ¡Por todos los santos! ¿Es que no lo ves? En cuanto aparezcas, Viktor te matará.

—Lo siento, Elizabeth. No puedo dejarla.

—¡Pero piensa un instante! Cuando te pedí que ayudaras a mi tío, tú mismo me aseguraste que era una empresa inútil —le imploró—. Los soviéticos no te creerán. No lo harían ni aunque Viktor confesara a gritos sus propios crímenes —se derrumbó.

Jack guardó silencio. Sabía que Elizabeth tenía razón, pero algo en su interior más poderoso que cualquier sensatez le impelía a quedarse. Levantó a la joven y la obligó subir en el coche. Le besó la mano y cerró la portezuela.

—¡Rápido! ¡Arrancad!

Joe Brown obedeció como si le hubieran fustigado. Pisó el acelerador y el vehículo derrapó antes de enderezarse para adentrarse por la vereda helada. Mientras se alejaba, Jack lo contempló como si acabara de romper con sus propias manos el último pasaje del transatlántico que habría de llevarlos a América de vuelta. Cuando el automóvil no fue más que una mancha en la lejanía, se volvió hacia Iván Zarko en busca de su comprensión, pero el hampón rezongó como una vieja.

—¿Qué es lo que pretendes? Sabes que ese pasaporte es sólo basura —le dijo.

—Lo sé. —Y lo rompió en pedazos antes de arrojarlo a la cuneta.

—¿Y qué piensas hacer?

Jack dejó que el viento azotara su rostro.

—En primer lugar, cerciorarme de que consigues que esa gente alcance sana y salva Odesa. Pasaportes..., pasajes..., lo que sea. —Sacó de su abrigo todos sus ahorros y se los entregó a Iván Zarko—. Espero que sea suficiente.

Iván contó la cifra con sonrojo. No imaginaba que Jack hubiera podido reunir tanto dinero, y menos aún, que se lo entregara. Lo guardó dentro de su pelliza y asintió.

—Desde luego, servirá. ¿Y después?

Jack contempló las rodadas que había dejado el vehículo al perderse en la nieve. Llenó los pulmones con el aire de la ventisca y exhaló una bocanada de vaho antes de regalarle a Iván una mirada preñada de tristeza.

—Después necesitaré, por última vez, tu ayuda.

Jack aguardó sentado en un rincón junto a la chimenea de su casa. Pese al calor que manaba de los rescoldos, temblaba como un niño asustado. Sin embargo, no tenía miedo. Su estremecimiento sólo era producto del nerviosismo. Sabía que su viaje tocaba a su fin. El fin de un viaje maldito. Intentó cerrar los ojos para imaginar a Natasha. Poco a poco, su rostro se fue materializando. Primero desdibujado, pálido y lánguido. Después, sus ojos cobraron vida, sus labios carnosos esbozaron una sonrisa y sus manos pálidas acariciaron su rostro con delicadeza, como ella siempre hacía. Creyó que su amor estaba allí. Sonrió.

Se frotó los ojos para combatir el cansancio. Había trabajado durante toda la noche para tenerlo todo a punto. Miró el reloj. Las diez de la mañana. Pronto aparecería Smirnov. Se sirvió un vaso de vodka que bebió de un solo trago y aguardó paciente mientras transcurría el tiempo. Diez minutos más tarde, Smirnov llamaba a la puerta.

Jack abrió. Frente a él, el nuevo jefe de la OGPU, ataviado con su impecable uniforme, lo miró desde el exterior con desprecio. A una orden suya, dos de sus hombres armados con fusiles entraron en la casa.

—¿De modo que esta pocilga es tu refugio? Te imaginaba con más gusto.
—Dibujó una sonrisa cínica, y le apartó para entrar en la casa.

Jack siguió sus pasos en silencio.

—¿Y bien? —continuó Smirnov—. La nota que me hiciste llegar decía

algo de unos informes y un número de cuenta corriente. ¿Dónde están?

—A salvo —mintió Jack.

—A salvo, claro. ¿Y puede saberse qué pretendes hacer con ellos?

—Nada en especial: que liberes a Natasha y confieses tus crímenes.

—¡Ja! —Al reír, Smirnov dejó a la vista una hilera de dientes perfectos—. Mis crímenes... Demasiado atrevimiento para un pobre extranjero a punto de ir al cementerio.

—Veo que sigues odiando a los pobres. ¿Es ésa la razón por la que quitaste de en medio a Serguéi? ¿Para poder enriquecerte a costa del Autozavod? ¿Para robar el dinero de los obreros?

—¡Vosotros, esperad fuera! —Se dirigió a sus acólitos. Desenfundó su revólver y aguardó a que obedecieran. Cuando salieron, volvió a sonreír como una hiena—. ¡Vamos, Jack! ¿Olvidas que Serguéi confesó? Fue él quien desvió una fortuna a la cuenta de Hewitt, quien permitió que los sabotajes arruinaran la producción. Por suerte, yo lo descubrí.

—Supongo que te refieres a la misma clase de suerte que te condujo a Estados Unidos bajo el nombre de Vladimir Mamáyev... El apodo que utilizabas de joven, y el mismo que empleaste para enmascarar tu formación americana. Resulta curioso, Viktor: eras el único hombre en el Autozavod con el suficiente conocimiento como para provocar los desperfectos en la maquinaria, sin riesgo de que te descubrieran. El inútil de Smirnov, que no sabía ni apretar un tornillo.

—¡Qué imaginación! ¡Me encanta, Jack! Jamás supuse que tu habilidad con las máquinas hiciera de ti un fabulador tan portentoso. —Caminó alrededor de Jack.

—Puede que te parezca un fabulador, no te lo reprocho. Pero entonces, ¿por qué has venido a mi casa acompañado de dos hombres armados? Stalin está en Gorki. ¿No tienes nada mejor que hacer? ¡Espera! Quizá yo pueda sugerirte algo. Quizá deberías estar borrando el rastro de la cuenta 660598865. La que te identifica como el verdadero ordenante de las transferencias que te han permitido acusar a Serguéi Loban y a Wilbur Hewitt de tus propios crímenes. A menos, claro, que precisamente sea eso lo que hayas venido a buscar aquí.

—Bien, Jack. Dejémonos de juegos. —Le apuntó a la cabeza—. ¿Dónde

están los informes?

—Dime, Viktor... ¿Cuándo comenzaste a urdir este plan? ¿Fue cuando George McMillan descubrió tus propósitos? ¿Por eso lo asesinaste?

—¡Estoy perdiendo la paciencia!

—¿Sabes? Cuando Serguéi presentó en el juicio la llamada telefónica de McMillan, me llamó la atención que, a su conclusión, George McMillan colgara sin despedirse. Pensé que obedecería a un recorte de la transcripción, pero según pude averiguar, esas transcripciones recogen las pausas, los estornudos..., hasta el último suspiro. Si Serguéi no leyó la despedida, fue porque la persona que en esos instantes estaba espionando a McMillan acabó con su vida antes de que pudiera delatarle. La misma persona que en el juicio hizo de testigo para acusar de su propio crimen a Wilbur Hewitt, un inválido al que le habría resultado imposible llevar su propia maleta, y a quien sin embargo, aseguraste haber visto levantar en vilo a un hombre de más de cien kilos.

—Jack..., Jack... ¿Olvidas que fue Serguéi quien presentó esas evidencias?

—Sí. Las mismas que tú le proporcionaste, justo cuando supiste que Stalin vendría a Gorki. No sé cómo conseguiste que te creyera, pero la situación era ideal, ¿verdad? El momento justo para que Serguéi, incapaz de descubrir al traidor tras el que llevaba tiempo, recibiera unas pruebas de las que hasta ese instante no había tenido noticias. Y el momento preciso para, instantes después, revelar ante Stalin que en realidad Serguéi, el jefe de la OGPU cuyo puesto tú ambicionabas, era un corrupto al que había que desenmascarar. El momento justo para postularte como el verdadero redentor de los sóviets. ¿Fue así como lo hiciste? ¿Fue así como alteraste de nuevo las cuentas? ¿Fue ése el modo en que lo planificaste para asesinarle y quedarte con todo?

—¿Y qué, si lo hice? —bramó—. Serguéi picó cuando le aseguré que postergué mi testimonio siguiendo órdenes de Moscú y calló cuando le amenacé con matar a su hija. Ese inútil era un pobre idealista, un justiciero que creía en la igualdad para todos. Menudo estúpido. ¿En la igualdad, para quién? ¿Para esos campesinos desgraciados que confundirían un tornillo con un pegote de estiércol? Además, ¿de qué sirve el poder y la riqueza si no

puedes disfrutarlos?

—¿Y qué tiene eso que ver con masacrar a inocentes, Viktor? ¿Acaso necesitabas exterminar a unos pobres diablos para conseguir tus objetivos?

—¡Ja! Esos contrarrevolucionarios eran chusma. ¡Chusma sin alma! ¿Imaginas la cara que habrían puesto de saber que era yo quien financiaba sus sabotajes?

—¿Tú?

—Vamos, Jack. Te tenía por más listo. ¿Qué mejor modo para desacreditar la labor de Serguéi?

—Y sin embargo, Serguéi respondió con mano de hierro deportando a los saboteadores. Por eso decidiste implicarle en el desvío de dinero. Para librarte de él y de Hewitt. Imagino que como comisario de finanzas te resultaría sencillo detraer fondos del Autozavod e inventar una empresa fantasma a nombre de Mamáyev para transferir el dinero a Hewitt y culpar a Serguéi. Y una vez eliminados, manejarías a tu antojo el Autozavod y los millones de rublos de sus cuentas.

—Bien, bien... Parece que la proximidad de la muerte comienza a estimular tu inteligencia. Es una lástima que...

De repente, sus ojos parecieron divisar algo. Sin dejar de encañonar a Jack, dio un ligero rodeo y se dirigió lentamente hacia la chimenea para apartar los rescoldos con la bota.

—Vaya, Jack... Pero ¿qué tenemos aquí?... —Se agachó y cogió el pedazo de papel chamuscado que acababa de descubrir entre las cenizas para examinarlo bajo el rayo de luz que entraba por la ventana—. ¡Pero si son los restos del informe que buscaba! ¡Quién lo iba a decir! Al final resultará que el inútil de Andrew cumplió su cometido. —Rio, y nada más terminar la frase, propinó a Jack un culatazo.

Jack se tambaleó. Sin embargo, pese al dolor, aguantó imperturbable mientras un hilo de sangre se deslizaba por la comisura de sus labios.

—¡Maldito americano! Debí haberte hecho matar cuando escapaste del tren de mineral fundido, como hice con Orlov.

Jack escupió un borbotón de sangre. Hasta aquel momento había creído que fue Orlov quien puso en marcha el tren.

—¿Y qué te lo impidió?

—Tu amigo Andrew. Sí. Él me convenció de que me resultarías más útil vivo, y la verdad es que acertó, porque me mantuvo informado de todas tus confidencias. —Volvió a descargar otro culatazo, que hizo que Jack hincara la rodilla—. Necio pretencioso... Te creíste el genio de la farsa cuando pensaste que comía de tu mano mientras reparabas mi Buick, pero ignorabas lo rápido que descubrí tu juego. Sí. El joven de la fiesta del Metropol a quien por un momento fingí no reconocer, y que tuvo la desfachatez de presentarse en mi casa con un llamativo traje de ojo de perdiz. Un traje que habría reconocido entre mil, porque precisamente fui yo quien se lo regaló a McMillan. Sin embargo, mis regalos no hicieron suficiente mella en él y no me quedó más remedio que matarle. —Su risa sonaba jactanciosa—. Dime, Jack... ¿En serio pensabas que porque tuvieras un burdo documento ibas ni siquiera a inquietarme? ¡Ja! Ni un millón de informes habrían servido para convencer a Stalin. Ese cretino jamás me condenaría porque siempre creará a pies juntillas lo que le diga su pariente. Pobre diablo... Eres igual de arrogante que Serguéi y Natasha.

—Deja en paz a Natasha. Ella no tiene nada que ver.

—¡Oh!, sí, sí que tiene que ver... Ella y su padre me despreciaban. ¿Sabías que Natasha me abandonó? ¡A mí! ¡A Viktor Smirnov! Puta altanera... Pero ¿cómo se atrevió a repudiarme? —gritó como si Natasha pudiera escucharle.

Jack abrió bien los ojos y retrocedió.

—Por eso ella no quería que supieras lo nuestro, ¿no? Ésa era la razón. Natasha no me ocultaba ante su padre. Era de tu ira de lo que intentaba protegerme.

—¿Sabes? Creo que deberíamos continuar esta conversación en un lugar donde puedas compartir con nosotros los nombres de quienes te han ayudado. —Amartilló el arma—. Qué ironía, Jack. Viniste a Rusia buscando el paraíso y voy a ser yo quien haga tu sueño realidad. Y no sólo eso. Para que veas que te aprecio, haré que Natasha te acompañe.

—¡Maldito cabrón! ¡Ella es inocente!

—Sin duda... —rio con cinismo—, pero no puedo permitirme que la hija de un Loban dance por ahí suelta, pensando noche y día en cómo vengar la muerte de su padre. ¡Vosotros! ¡Entrad y sujetadle! —gritó a sus hombres.

Jack sintió cómo la ira le oprimía los pulmones hasta asfixiarle. Pensó en Natasha y su recuerdo le impulsó. Aprovechando el instante de distracción propiciado por la entrada de los secuaces, se abalanzó sobre Viktor y le propinó un cabezazo que hizo que se derrumbara como un muñeco. Atolondrado desde el suelo, Smirnov chilló para que contuvieran al hombre que intentaba atacarle. Uno de los esbirros aferró a Jack para apartarlo, pero él se revolvió y lo abatió de un puñetazo. Se disponía a lanzarse sobre Viktor cuando, de repente, notó que un profundo dolor en el pecho le quemaba hasta la garganta. Entonces, sus piernas flaquearon y su cuerpo se encogió hasta arrodillarse. Incrédulo, contempló el puñal que uno de los secuaces acababa de hundirle en el pecho, y al alzar la mirada, advirtió el rostro de estupor de Viktor.

Mientras las tinieblas le asaltaban, oyó al jefe de la OGPU recriminar a sus hombres el apuñalamiento. Luego recordó los besos de Natasha. Eran dulces, con sabor a miel. Después, lentamente, la dulzura fue desapareciendo hasta volverse amarga como el vinagre, y cayó de bruces, exangüe, sobre el suelo.

Dos días después, con la rebelión sofocada y los alborotadores detenidos, la Sala de Audiencias del Palacio de Justicia se abrió de nuevo para acoger el juicio público del pueblo soviético contra Natasha Lobanova. Actuaba como acusador el nuevo comisario jefe de la OGPU, Viktor Smirnov, y como presidente, el mismísimo Stalin, quien había decidido permanecer en Gorki hasta la resolución del juicio. Tras escuchar la red de mentiras tejida por Smirnov y su petición de pena capital, Natasha permaneció de pie, impasible, a la espera de que el presidente pronunciara su veredicto.

La sala al completo enmudeció al advertir que Iósif Stalin se levantaba. Su rostro era el de un jabalí a punto de embestir a sus enemigos. Smirnov le imitó, con un gesto de satisfacción.

—Natasha Lobanova: se te acusa de conspiración contrarrevolucionaria, de conjura familiar y de alta traición, delitos, todos ellos, penados con la muerte. ¿Tienes algo que alegar? —preguntó el presidente.

Durante la vista, Natasha ya había dicho cuanto debía. Fijó su mirada en Stalin, altiva y orgullosa, a sabiendas de que nada de lo que dijera alteraría la sentencia. En otras circunstancias se habría defendido, pero después de que Yuri le dijera que Smirnov había acabado con Jack y se había llevado su cuerpo, ya nada tenía sentido. Sin Jack, todo le daba lo mismo.

—Bien. En tal caso, como presidente de este tribunal... —hizo una pausa para mirar a Natasha—, declaro a la acusada, Natasha Lobanova, culpable de

los crímenes por los que se la enjuicia, y la condeno a pena de muerte. La detenida será ejecutada en cuanto...

—¡Un momento! —se oyó una voz temblorosa, procedente del fondo de la sala.

Todo el público se volvió atónito para observar cómo un viejo con la cara surcada de cicatrices irrumpía por el pasillo, acompañado por otro hombre con pajarita que acarrea entre los brazos una caja de caoba barnizada.

—¡Por las barbas de Lenin! —masculló Smirnov—. ¡Detengan a esos hombres!

—¡Señor presidente, se lo suplico! ¡Me presento ante usted para evitar un grave perjuicio a la Unión Soviética! —El viejo y su acompañante siguieron avanzando hasta situarse a la altura de Natasha.

—¡Silencio! ¿Quiénes son ustedes? —preguntó Stalin.

—Señor presidente, con todos los respetos, solicito permiso para hablar. —Hizo un simulacro de reverencia—. Mi nombre es Valeri Pushkin, abogado retirado, y la persona que me acompaña es Louis Thomson, corresponsal del *New York Times* en Moscú. Poseemos una información de suma importancia relacionada con este caso y...

—Retírense. Todas las alegaciones han sido ya escuchadas y la acusada ha sido declarada culpable.

—Ya..., pero, señor presidente, si me permite la salvedad, usted aún no había terminado de dictar la sentencia, y como contempla nuestro Código Penal en el párrafo segundo de su artículo dieciocho, todo ciudadano soviético tiene la obligación, sí, sí..., *la obligación*, de denunciar cualquier delito de los contemplados en el artículo cincuenta y ocho. Lo dice aquí. —Abrió el Código Penal que llevaba en un bolsillo y lo esgrimió en la lejanía—. El Código Penal aprobado por usted.

—El artículo cincuenta y ocho hace referencia a delitos contrarrevolucionarios, y éstos ya han sido juzgados por este tribunal —rugió Stalin.

—Ya. No obstante, el delito al que yo me refiero, aunque relacionado con el caso de Natasha Lobanova, es otro. Por favor, le ruego que me permita...

—Pero ¿qué clase de insubordinación es ésta? —le interrumpió Smirnov—. ¡Deténganlo!

—Señor presidente —el viejo abogado se arrodilló en un gesto teatral estudiado al detalle—, nuestro Código Penal en su artículo primero señala taxativamente que la legislación penal de la República Federativa Socialista Soviética de Rusia tendrá como fin la defensa del Estado socialista de los trabajadores y campesinos. Si no me escucha, corre el riesgo de que el Autozavod quede en manos de unos criminales. —Vio que Smirnov abandonaba el estrado pistola en mano para dirigirse hacia él—. Se lo ruego, camarada presidente. No pierda la oportunidad de que los americanos sepan a través de sus propios reporteros que en la Unión Soviética realmente impera la justicia.

Stalin enrojeció. Por un instante pareció que desenfundaría su propia pistola para abatir él mismo a los recién llegados. Sin embargo, apretó los puños e hizo un ademán a Smirnov para que se detuviera.

—Está bien, Viktor. Déjele —dijo Stalin—. ¿Ha dicho usted que se llama Valeri?...

—Valeri. Me llamo Valeri Pushkin.

—Bien, camarada Pushkin. Enséñenos lo que tenga que enseñarnos y acabemos con esto de una vez por todas.

Viktor Smirnov enfundó el arma, pero antes de hacerlo, apuntó al viejo abogado como si hiciera ademán de dispararle. Valeri tragó saliva. Luego abrió la caja de caoba y con la ayuda de Louis Thomson, extrajo de su interior un extraño aparato.

—Necesitaré un enchufe. ¡Ajá! Ahí veo uno...

Smirnov palideció.

—¡Camarada Stalin! ¿Va a permitir que un viejo loco se ría de nosotros con esta pantomima? —bramó Smirnov.

—Dejémosle. Siento curiosidad. ¿Qué aparato es ése?

—Un invento americano, señor presidente. Un fonógrafo, creo que lo llaman. —El abogado enchufó el aparato y pulsó el botón de encendido.

—¿Va a poner alguna marcha rusa?

—¿Eh? No. No, señor. La verdad es que estos aparatos son antiguos, pero muy curiosos. A diferencia de los gramófonos modernos, que sólo sirven para reproducir discos comerciales, este tipo de artilugios también graba conversaciones... Se lo demostraré.

A una señal, Louis Thomson sacó de la caja una lata similar a un tarro de mermelada, la destapó y de su interior extrajo un cilindro de cera hueco. Lo situó sobre el eje del fonógrafo, colocó la punta de zafiro sobre la superficie y encendió el motor. El cilindro de cera comenzó a girar sobre sí mismo hasta que de repente inundó la sala el delicioso estribillo de las *Danzas polovtsianas del príncipe Igor*. Antes de que Stalin saliera de su asombro, el abogado retiró la aguja y sacó un cuchillo.

—Ahora observad —dijo Pushkin.

Sin detener el cilindro, aplicó la hoja cortante a la superficie del cilindro, para cepillar la capa de cera exterior en la que estaba grabado el surco con la melodía hasta dejar el cilindro completamente liso. Luego colocó la aguja de nuevo sobre la superficie de cera, accionó una palanca y permaneció en silencio.

—¡Camarada Stalin! ¡Le dije que este hombre estaba loco! —gritó Smirnov, y descendió del estrado para detener personalmente al abogado.

Sin embargo, Valeri Pushkin, lejos de amilanarse, detuvo el aparato, cambió la palanca de posición y volvió a conectarlo. Antes de que Smirnov llegase a su altura, una voz metálica procedente de la cornucopia del fonógrafo resonó en la sala de audiencias.

¡Camarada Stalin! ¡Le dije que este hombre estaba loco!
¡Camarada Stalin! ¡Le dije que este hombre estaba loco!

Al escuchar su propia voz saliendo del aparato, Viktor Smirnov se detuvo en seco. Valeri Pushkin aprovechó el desconcierto de Smirnov para extraer otra lata de la caja de nogal y sustituir el cilindro de cera. Puso de nuevo el fonógrafo en funcionamiento, y la voz de Smirnov volvió a resonar a través de su trompetilla. Sin embargo, ahora, sus palabras acompañadas por las de Jack, resultaban esclarecedoras. Stalin se levantó, incrédulo.

¿De modo que esta pocilga es tu refugio? Te imaginaba con más gusto. ¿Y bien? La nota que me hiciste llegar decía algo de unos informes y un número de cuenta corriente. ¿Dónde están?

A salvo.

A salvo, claro. ¿Y puede saberse qué pretendes hacer con ellos?

Nada en especial: que liberes a Natasha y confieses tus crímenes...

El fonógrafo continuó desgranando la confesión de Viktor Smirnov ante el estupor de los presentes. Viktor, horrorizado, intentó interrumpir la reproducción, pero a un gesto de Stalin, varios hombres se abalanzaron sobre él y lo detuvieron.

—¡Camarada Stalin! ¡Todo esto es un complot! —imploró Smirnov mientras lo sujetaban.

En ese instante, con la sala guardando un silencio sepulcral, el fonógrafo reprodujo su último pasaje.

Dime, Jack... ¿En serio pensabas que porque tuvieras un burdo documento ibas ni siquiera a inquietarme? ¡Ja! Ni un millón de informes habrían servido para convencer a Stalin. Ese cretino jamás me condenaría porque siempre creará a pies juntillas lo que le diga su pariente...

Mientras Valeri Pushkin se acercaba al estrado para mostrar a Stalin la copia del documento del Vesenjá que Jack había entregado a Yuri, aún pudo escuchar las últimas palabras de Viktor Smirnov.

—¡Es un complot! ¡Malditos seáis todos! ¡Maldito seas, Jack Beilis!

—¡Doctora Natasha! Ahí afuera hay un señor que desea verla.

—Por favor, dígame que aguarde un instante.

Natasha Lobanova terminó de vendar la piernecita del bebé que acababa de operar y se lo entregó a su madre. La mujer, una campesina ataviada con un pañuelo raído, llevaba a otro pequeño de la mano, pero con su brazo libre abrazó al bebé como su mayor tesoro. Natasha sonrió. Se lavó las manos y salió de la sala de curas. Afuera aguardaba Wilbur Hewitt. El hombre se despojó de su sombrero y dejó su maletín en el suelo.

—No quería marcharme sin despedirme —dijo Hewitt.

—Siento no haberle visitado antes. Me enteré de su absolución, pero hay tanto trabajo en el hospital que no he tenido ocasión de...

—No... No tiene por qué disculparse. —Sonrió.

—Me dijeron que su sobrina había llegado a América.

—Sí. Así es. Lograron embarcar en Odesa. —Hizo un silencio y se ajustó el monóculo—. Yo... Siento mucho lo de Jack. No sabía que usted y él...

—Ya. —Ella se mordió los labios. Sus ojos se humedecieron—. Casi nadie lo sabía.

—Bueno. Me alegro de que haya recuperado su puesto. Esta gente la necesita. En fin..., el embajador me está esperando. He de irme o perderemos el tren a Moscú. Gracias por todo y buena suerte.

—También para usted.

Wilbur Hewitt cogió su maletín y se dio la vuelta. En el exterior, rodeados de maletas, aguardaban Louis Thomson y una cariacontecida Sue.

Natasha los vio partir. Cuando el coche desapareció, volvió al despacho, comprobó el listado de pacientes y se quitó la bata. Anocheecía. Con la llegada de la primavera, las noches se habían vuelto más cortas. Se despidió de sus ayudantes y abandonó la consulta.

Seguía viviendo con lo imprescindible en la calle de las Cooperativas: una habitación con cama, mesa y silla, un pequeño armario y un aparador repleto de libros.

Cuando cerró la puerta, caminó despacio hacia el antiguo fonógrafo que Jack había querido que conservara. Se alegró de que Valeri Pushkin se lo entregase antes de marcharse a Leningrado con Iván Zarko y su familia. Acarició la caja de nogal que lo protegía y la retiró con cuidado. Como si de un ritual se tratara, destapó el tarro de metal y sacó el cilindro de cera que descansaba en su interior, lo colocó sobre el eje del fonógrafo y limpió su superficie con un pañuelo de seda. Cuando el cilindro comenzó a girar, la voz cálida de Jack Beilis flotó de nuevo en la estancia. Natasha, como siempre, cerró los ojos para verle y sentir el susurro de sus dulces palabras.

Querida Natasha. No sé qué sucederá mañana, pero pase lo que pase, no derrames tus lágrimas por mí. Al contrario, sonríe. Hasta hoy había vagado por este mundo huyendo de la pobreza como la mayor de las desgracias, sin comprender que la verdadera miseria viajaba cosida a mí, dentro de mi alma.

Quizá algunos se apenen por mi suerte, pero yo me siento afortunado. Pocos son los hombres capaces de descubrir que aunque su vida haya resultado corta, de verdad ha merecido la pena. Yo he tenido esa suerte. La suerte de encontrarte. La de aprender que aunque el destino nos empuje hacia el abismo, siempre existe un resquicio para la esperanza.

Hoy, por primera vez en mi vida, puedo ser el dueño de mi destino. Y por eso, te elijo a ti.

Prométeme que jamás cambiarás. De ese modo sabré que, cuando mi voz se apague, tú seguirás escuchándome en tu corazón.

Cuando el fonógrafo exhaló su último sonido, Natasha sonrió feliz. Pese a su ausencia, sintió que las palabras de Jack eran mucho más que palabras de

aliento. Y lo sabía porque llevaba su amor prendido tan adentro, que ya nadie, jamás, se lo arrebataría.

EPÍLOGO

Leonid Varzin apartó de la mesa los planos del motor térmico y aspiró una calada de su *papirosa* como si no existiera un placer más intenso. Al fin y al cabo, fumar era uno de los dos privilegios que le diferenciaban de los prisioneros comunes del campo correccional de Járkov. El otro consistía en conservar la vida, algo factible siempre y cuando él y sus colegas de confinamiento desarrollaran con éxito los prototipos en los que estaba trabajando. Mientras saboreaba el humo, Leonid contempló al prisionero espigado que martilleaba los anclajes de un armazón en el taller de mecanizado. Uno tras otro, los golpes se sucedían rabiosos, sin tregua, como si cada mazazo lo asestara contra las cadenas de su cautiverio.

—Deberías ahorrar fuerzas. A ese ritmo no durarás ni seis meses, y si pedí que te mantuvieran con vida fue porque necesitamos de tus conocimientos —espetó.

El prisionero no contestó. Mantuvo la vista fija en el anclaje y continuó golpeando. Quizá Leonid y sus colegas encontraran alivio a su encierro evolucionando sus proyectos, pero para él, ayudarlos sólo obedecía a su afán por sobrevivir un día más, del mismo modo que lo llevaba haciendo los últimos dos años.

Cuando terminó con el remache, se incorporó para clavar los ojos azules en las rejas que armaban las ventanas. Afuera nevaba con fuerza y el frío entumecía su pecho en el lugar donde tiempo atrás se había alojado un puñal

traicionero. Se frotó la cicatriz y, sin pretenderlo, rozó la medalla que aún colgaba de su cuello. Cuando la aferró, lentamente, los barrotes se fueron desvaneciendo.

Siguió martilleando con la misma determinación que el primer día. Para él sólo era un día más. Pero cuando el sol se pusiera, sería un día menos para volver a reunirse con Natasha. Un día menos para gozar, por fin, del último paraíso.

NOTA DEL AUTOR

Durante el verano de 2011, comencé a emborronar las primeras páginas de esta novela. Por aquel entonces me alojaba en Nueva York, adonde había viajado en busca de descanso e inspiración. Cada mañana, antes de sentarme frente al portátil, solía dar un paseo por Columbus Park, a dos manzanas del apartamento donde me hospedaba. En el transcurso de una de aquellas caminatas me detuve en un pintoresco mercadillo en el que se vendían libros al peso, a un precio tan ridículo que parecía que los regalaran. Tras curiosear un rato, llamó mi atención un antiguo ensayo titulado *Working for the Soviets*, sobre el numeroso contingente americano que tras la Gran Depresión emigró a Rusia. Lo compré de inmediato. Aquella noche, después de muchos años, volví a pensar en mi abuela Bienvenida.

Como el resto de mis hermanos, gocé de una infancia afortunada. Quizá no disfrutáramos de los mejores juguetes ni saliéramos de vacaciones cada verano, pero siempre tuvimos a nuestro lado a dos viejecitas adorables, con sus peinados de coliflor blanca y sus zapatillas de fieltro con las que fugazmente nos amenazaban cuando las hartábamos con nuestras travesuras. Eran dos, y eran gemelas.

Bienvenida nunca se casó. Al enviudar su hermana Sara, Bienvenida se fue a vivir con ella para ayudarla con sus hijos pequeños. Muchos años después, cuando nacimos nosotros, Sara y Bienvenida nos cuidaron con ese amor y esa ternura que sólo saben dar las abuelas.

Sara tenía sus nietos preferidos, y Bienvenida los suyos. Yo era el de Bienvenida.

Conforme me hacía mayor, aumentó mi intriga por saber por qué mi abuela Bienvenida nunca contrajo matrimonio. Era una mujer dulce y cariñosa, de rostro agradable y corazón enorme, y yo, a mis diez años, no comprendía que hubiera permanecido soltera. Una noche de invierno, mientras ella me frotaba las coyunturas con alcohol para bajarme la fiebre, me atreví a preguntárselo. Ella sólo me respondió que no había dado con el hombre adecuado. Sin embargo, su rostro se entristeció como nunca antes lo había visto, y sin comprender el porqué, supe que me mentía.

No me equivoqué. Años después la sorprendí llorando mientras leía una vieja carta. Cuando me acerqué a consolarla, apretó la carta contra su corazón y entre pucheros me dijo que si alguna vez me enamoraba, por duras que fuesen las circunstancias, peleara por ese amor como si en ello me fuera la vida.

Nunca volvimos a hablar de ello. Bienvenida murió a los noventa y tres años, cuando yo tenía diecisiete, y fue uno de los días más tristes de mi existencia.

Años después, mi padre me habló de la fugaz relación que marcó a mi abuela Bienvenida. Según me confió, en cierta ocasión conoció a un joven del que se enamoró perdidamente. Era tratante de ganado y acababa de regresar de la Unión Soviética. Durante los meses que permanecieron juntos, aquel joven la cautivó con sus asombrosos relatos sobre el país de los bolcheviques. Le describió los lugares donde trabajó, los inmigrantes de otros países que conoció, las maravillas que descubrió y los terribles sucesos que le obligaron a huir de Rusia.

Cuando estalló la guerra civil, él se alistó con los republicanos y sus caminos se separaron. Lo último que Bienvenida supo de él fue a través de una carta procedente del frente del Ebro, donde su amado le repetía más veces que nunca que la quería y se lamentaba del sinsentido de las guerras.

Con el paso del tiempo, aquella historia fue encontrando acomodo en los anaqueles de mis recuerdos, y permaneció allí, olvidada, hasta el día en que me detuve en aquel pintoresco mercadillo neoyorquino.

Aquella noche, en mi apartamento alquilado de Brooklyn Heights,

imaginé a los miles de desesperados que, como aquel tratante de ganado, emigraron a Rusia en busca de un futuro mejor. Aquellos que emprendieron un viaje hacia un lugar en el que cualquier hombre tenía derecho a ser feliz, sin sospechar que se encaminaban hacia su propia perdición. La vida y la muerte de toda esa gente me impulsó a escribir esta historia sobre la esperanza y el egoísmo, sobre la inocencia y la maldad, sobre los ideales y el amor. Un relato sobre las consecuencias del fanatismo y la pobreza, pero también, y al mismo tiempo, un homenaje al sacrificio y a la superación encarnados en un grupo de valientes que, pese a vivir en mundos enfrentados, lucharon por recuperar para siempre el destino de sus vidas.

No querría concluir esta reflexión sin hacer referencia al conocido premio Pulitzer que aseguró que, si se buscaba lo suficiente, tras cada vida podía encontrarse la inspiración para una bella novela. Ignoro si estaría en lo cierto, pero lo que puedo afirmar sin temor a equivocarme es que esta novela la inspiró una bellísima persona. Mi querida abuela, Bienvenida.

UNA AUTÉNTICA HISTORIA

Independientemente del necesario grado de veracidad exigible a cualquier novela cuya trama está inspirada en hechos reales, resolver las proporciones de realidad y ficción que convivirán en cada una de sus páginas siempre coloca al escritor ante una difícil tesitura. Cuando abordé esta novela, las opciones barajadas acarreaban compensaciones inciertas. Si los hechos documentados abrumaban la ficción, gozaría de la credibilidad que otorga el rigor histórico, a riesgo de contagiar la obra con la aridez propia del ensayo novelado. Si por el contrario primaban las emociones de los personajes sobre los hechos, podría suscitar el recelo de los historiadores.

A ojos profanos, una elección basada sólo en los hechos sería la alternativa menos arriesgada. Sin embargo, me disponía a empeñar tres años de mi vida en la escritura de una novela, de modo que la elección no podía basarse en términos de balances o beneficios, sino en lo que honestamente sentía que el lector se merecía. Y lo que el lector se merecía no era tanto una historia auténtica, como una auténtica historia.

Los datos macroeconómicos con los que los políticos nos bombardean no reflejan la realidad de la crisis económica. La crisis es la pobre mujer cuya desesperación la lleva a arrojar desde un balcón porque no encuentra un futuro para sus hijos, o los miles de desheredados que hurgan en los contenedores de basura en busca de algo que llevarse a la boca. Del mismo modo, el amor no es el gozo de la conquista efímera, ni un presente envuelto

a última hora por San Valentín. El amor es la mirada de la viuda que acaricia el retrato de su amado mientras añora los abrazos que compartieron, o el palpar por la cercanía de esa persona que te impulsa a vivir cada segundo como si fuera el último.

Por esa razón, en lugar de escribir sobre personajes, preferí narrar una historia sobre personas. Al fin y al cabo, de los personajes reales sólo conocía los actos que protagonizaron, pero ignoraba sus sentimientos, sus miedos, sus ambiciones, la ira que ocultaban en sus corazones o sus deseos más oscuros. Y en tal caso, ¿qué debía hacer? ¿Inventar sus pensamientos, ficcionar sus sentimientos y falsear sus actos? ¿Sería eso honesto? ¿Sería justo poner en boca de personajes históricos palabras que jamás pronunciaron o sentimientos que jamás albergaron? En lugar de mentir, ¿acaso no sería preferible crear personas ficticias de carne y hueso, cuyos actos pudieran desplegarse rodeados de aquellas excepcionales circunstancias que realmente cambiaron la vida de millones de personas? ¿De qué forma conseguiría que el lector viviera con más realismo los terribles hechos que acaecieron, y qué sería, en definitiva, más verdadero?

La decisión suponía elegir entre la razón y la emoción. Mi yo juicioso me aconsejaba que asegurara, pero mi corazón me suplicaba que me expusiera. Al final, la elección vino dictada por los sentimientos. Yo quería escribir una novela, y la novela es, por definición, ficción. ¿Y por qué amamos la ficción? Por su capacidad única para despertar emociones, de cautivar, de hacernos soñar con personajes que aman y sienten del mismo modo que nosotros. Porque sus problemas nos interesan porque son nuestros problemas, y sus vidas nos conmueven porque son nuestras vidas. Y porque si la razón es la que nos hace humanos, los sentimientos son los que nos convierten en personas.

El proceso

Pese a ser una novela, la complejidad del escenario histórico que conformó el decenio de 1930 me obligó a multiplicar el esfuerzo de documentación para imbuir de verosimilitud hasta el último detalle de los avatares que

configuraron una época tan apasionante como desgarradora. Un trabajo arduo y dificultoso, incrementado por lo contradictorio de unas crónicas que variaban sustancialmente en función de las fuentes consultadas. Y es que, por muy transparente que sea el agua de un manantial, ésta siempre arrastra los minerales del lugar en donde brota.

Para dilucidar la exactitud de los hechos, clasifiqué la documentación según la filiación política de sus autores, separando cualquier documento que revistiera carácter proselitista de uno u otro sesgo. Del mismo modo actué con los numerosos ensayos y crónicas que se publicaron en Europa durante la época, y cuyo contenido se correspondía con el sentir de quienes veían en la nueva Rusia un ejemplo de libertad y esperanza, o con el de aquellos para quienes sólo representaba una inminente amenaza. Lugar aparte merece la pena reseñar el nutrido compendio de informes, ensayos y análisis elaborados tras el advenimiento de la *glásnost*, y que de algún modo han supuesto un punto de luz en este largo y tenebroso túnel.

Respecto a los miles de emigrantes que, sin pretenderlo, se convirtieron en protagonistas de una película de terror ajena a sus vidas, cabría establecer tres grupos bien diferenciados. Por un lado, el conjunto de técnicos y obreros especialistas que prestaron sus servicios a cambio de ventajosas compensaciones económicas. Por otro, el puñado de idealistas que, identificados con los principios de igualdad y solidaridad que inspiraban a la nueva Unión Soviética, abandonaron cuanto tenían para empeñar sus vidas en una empresa tan dura como altruista. Y por último, el contingente más numeroso y el que sufrió con mayor rigor el devenir de los acontecimientos: la legión de desheredados que, deslumbrados por las promesas de prosperidad anunciadas por el mismísimo *New York Times*, abandonaron Estados Unidos en busca del pan y el trabajo que se les negaba en su país.

Para estos últimos, la aventura resultó particularmente dolorosa. La mayor parte de los americanos que viajaron a la Unión Soviética lo hicieron antes de que Estados Unidos entablara relaciones diplomáticas, lo que en la práctica supuso que, cuando caducaron sus visados, sus opciones se redujeron a ser expulsados del país o a aceptar la nacionalidad soviética a cambio de renunciar a su ciudadanía. Ante esta disyuntiva, muchos fueron los que decidieron volver a su patria, pero cuando lo intentaron, las autoridades

soviéticas se lo impidieron. Finalmente, las purgas estalinistas se encargaron de mostrar su rostro más fiero para poner término a la aventura de unos trabajadores que acudieron a la llamada de la prosperidad y acabaron convertidos en chivos expiatorios del totalitarismo soviético.

En algunos de ellos encontré inspiración para construir a los protagonistas de mi novela.

Así, de Wilbur Hewitt hallaríamos su *alter ego* en Charles Sorensen, a la sazón jefe de producción de Ford en Detroit, y responsable del contrato que ligó a la Autostroy con Henry Ford. Para la puesta en marcha del Autozavod, Sorensen se desplazó a la Unión Soviética, donde estudió *in situ* junto a Stalin y Mezhlauk los detalles de la construcción de la factoría en Gorki. Tiempo después, ya de vuelta en Estados Unidos, solicitó autorización a Henry Ford para regresar a la Unión Soviética y solucionar los problemas que asolaban el Autozavod, pero Henry Ford no lo permitió. Concretamente, sus palabras exactas fueron: «Charlie. No lo hagas. Necesitan a un hombre como tú. Si regresas a la Unión Soviética, nunca te permitirán volver. No les concedas la oportunidad».

Para el personaje de Serguéi Loban me fijé en la figura de Valery Mezhlauk, ingeniero, presidente de la Comisión Estatal de Planificación Soviética, y responsable de la firma del acuerdo de construcción del Autozavod que tuvo lugar en Dearborn el 31 de marzo de 1929, en presencia del presidente de la compañía norteamericana, Henry Ford, y del director de Amtorg, Saúl Bron. Pocos años después, tanto Valery Mezhlauk como Saúl Bron fueron ejecutados sumariamente bajo las infundadas acusaciones de «enemigos del pueblo» durante el terror ejercido por la policía secreta.

Por su parte, Viktor Smirnov bien podría ser un trasunto del siniestro jefe de la policía secreta Genrik Yagoda. Personaje catalogado por sus coetáneos de vanidoso, corrupto y adulator, amante del lujo y de las mujeres, durante sus comienzos como miembro de la *Cheká* tejió una red de espías y sicarios que infiltró en el NKVD hasta hacerse con su control. Tras asesinar a su inmediato superior, Viacheslav Menzhinski, Genrik Yagoda consiguió ser nombrado comisario del pueblo para Asuntos Internos. Seguidamente, ordenó la muerte del célebre dirigente bolchevique Serguéi Kírov, y desencadenó una carnicería política que bajo el nombre de la Gran Purga acabó con cientos

de miles de ejecutados. Durante su mandato fundó un laboratorio secreto en el que experimentó con productos químicos, venenos y otros artilugios de tortura que utilizó contra sus enemigos. Con el dinero procedente de las cuentas de los fallecidos, se hizo construir una suntuosa casa con piscina privada en el centro de Moscú. Finalmente, Genrik Yagoda corrió la misma suerte que sus adversarios y fue liquidado de un tiro en la nuca en la misma prisión que fue testigo de sus macabros crímenes.

Por último, Jack Beilis, aunque distante en su personalidad, tomó rasgos de Walter Reuther, personaje real que inició su carrera profesional en la Ford Motor & Co., donde se convirtió en experto en moldes y matricería. En 1932 fue despedido como consecuencia de la Gran Depresión y se trasladó a la Unión Soviética para trabajar como experto en la factoría del Autozavod, en Gorki. Durante los dos años en los que prestó sus servicios, Walter Reuther conoció a fondo las bondades y los sinsabores de la maquinaria política soviética. Al final logró regresar a Estados Unidos, donde, tras un largo período como activista en defensa de los trabajadores, se afilió al partido demócrata.

Al poco de la inauguración de la factoría soviética, las relaciones comerciales con Ford comenzaron a deteriorarse hasta que en 1935 se disolvieron totalmente. En palabras de Natalia Kolesnikova, directora del Museo Gorkovsky Avtomobilny Zavod en Nizhni Nóvgorod, es muy probable que si los hermanos Reuther, por entonces directivos americanos, hubieran permanecido en la Unión Soviética, habrían sido objeto de las purgas de Stalin. En 1938, el primer director de la factoría Gorkovsky Avtomobilny Zavod (GAZ), Serguéi Dakonov, fue ejecutado. Cada responsable de taller fue arrestado. Numerosos trabajadores extranjeros, principalmente americanos, fueron represaliados, y algunos desaparecieron para siempre en los campos de concentración o gulags.

AGRADECIMIENTOS

Durante el tiempo que dediqué a esta obra, numerosas personas han tenido la gentileza de compartir conmigo sus conocimientos y su amor. A todas ellas les debo mi más sincero reconocimiento, porque sin su desinteresada ayuda me habría resultado imposible escribir esta novela.

De entre las primeras, quisiera destacar al profesor Boris Mikhailovich Shpotov, miembro del Instituto de la Historia del Mundo de la Academia Rusa de las Ciencias de Moscú y experto afiliado al Instituto de Investigación Fulbright-Kennan del Centro Internacional para Académicos Woodrow Wilson de Washington. El profesor Shpotov tuvo la amabilidad de responder extensamente a numerosas cuestiones relativas a la existencia de sabotajes atribuidos de manera esporádica a los trabajadores extranjeros destinados en las factorías del Autozavod. Debo igualmente agradecer su generosa colaboración a la doctora Heather D. DeHaan, profesora asociada de Historia, directora del programa de estudios sobre Rusia y países de Europa del Este y vicepresidenta académica del Binghamton Chapter, UUP Binghamton University de Nueva York, con quien mantuve profundas conversaciones sobre la localización y peculiaridades del asentamiento de la villa americana de Gorki. También desearía extender mi reconocimiento al doctor Edward Jay Pershey, director de Proyectos Especiales del Western Reserve Historical Society de Cleveland, y a Natalia Kolesnikova Vitalievna, directora del Museo de la Historia del Gorkovsky Avtomobilny Zavod en Nizhni

Nóvgorod, por su atención al contestar a similares cuestiones. Por último, no quisiera olvidar a don Bernardo Tórtola, ingeniero en Diseño Industrial, máster en Styling y Diseño de Concepto del Automóvil, y apasionado coleccionista de vehículos históricos, quien me asesoró concienzudamente sobre las distintas peculiaridades constructivas del flamante Ford A que posee.

En referencia a quienes día a día me han apoyado con su cariño, quisiera destacar a mis padres, de los cuales me siento tremendamente orgulloso. Ellos, junto a mis hermanos, mi hija y mis nietos, han sido el complemento de felicidad que me ha proporcionado la estabilidad necesaria para escribir durante tanto tiempo sin caer jamás en el desánimo. Una felicidad que no existiría si a mi lado no estuviera mi esposa Maite, una persona excepcional a la que amo profundamente y a quien considero la mujer más maravillosa del mundo.

GLOSARIO

Amtorg: Acrónimo de Amerikanskoe Torgovlye (American Trading Corporation). Oficina neoyorquina responsable de la representación comercial soviética en Estados Unidos. Establecida durante la ausencia de relaciones diplomáticas entre ambos países, y bajo el auspicio de la OGPU (la inteligencia soviética), Amtorg simultaneó su actividad comercial con la del espionaje de empresas como la Ford Motor & Co.

Autozavod: Término ruso cuyo significado, «fábrica de automóviles», fue ampliamente utilizado para denominar a la Gorkovsky Avtomobilny Zavod, o planta de automóviles de Gorki. Como consecuencia de un interés personal en los métodos de producción tayloristas, Iósif Stalin, a través de la corporación estatal soviética Autostroy, impulsó la firma de un acuerdo con la Ford Motor & Co., para la construcción de una réplica de la factoría americana en Nizhni Nóvgorod (rebautizada posteriormente como Gorki, a finales de 1932). Dicho acuerdo contemplaba, además del suministro del utillaje necesario, el desplazamiento del personal técnico americano para la puesta en marcha de la factoría, así como la adquisición de un amplio stock de unidades discontinuadas del modelo A, procedentes de las instalaciones alemanas de Ford. Aunque la primera piedra fue

colocada el 10 de mayo de 1930, la falta de capacitación del personal soviético, la estandarización de procesos burocráticos ineficaces y el empleo de materiales de baja calidad para abaratar los costes propiciaron el retraso de la producción con la consiguiente búsqueda de responsables por parte de la policía secreta. El envío de doscientos treinta técnicos soviéticos para su formación en Detroit se reveló infructuoso. La aparición de sabotajes esporádicos y huelgas intermitentes fueron las excusas esgrimidas por los miembros de la OGPU (Directorio Político Unificado del Estado) para acusar de negligencia y espionaje a numerosos operarios y técnicos americanos que fueron arrestados, condenados y ejecutados. El montante total de la operación ascendió a cuarenta y un millones de dólares en oro. Fue preciso dirimir considerables juicios y demandas por desacuerdos en el cumplimiento de los contratos.

Blat: Término empleado para referirse al uso de acuerdos informales, conexiones personales, intercambios de servicios y contactos dentro de la estructura burocrática del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) para conseguir en el mercado negro productos racionados, o no disponibles al público en general.

Bolchevique: Grupo político radicalizado dentro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR), dirigido por Vladímir Lenin. El término se utiliza a menudo como sinónimo de comunista.

Checa: Primera de las organizaciones de inteligencia política y militar soviética. Su cometido era «suprimir y liquidar», con amplísimos poderes y casi sin límite legal alguno, todo acto «contrarrevolucionario» o «desviacionista». Por extensión, se denominaron «checas» a las diversas policías políticas secretas que posteriormente surgieron en otros países. En febrero de 1922, la Checa fue reestructurada y renombrada como GPU (Administración Política del Estado), en una sección del NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) de la República

Socialista Federalista Soviética de Rusia. Tras la formación de la Unión Soviética en 1923, la GPU se transformó en la OGPU, bajo el Consejo de Comisarios del Pueblo de la antigua URSS. El NKVD, además de otras responsabilidades, detentaba el control de la Milítsiya.

Dacha: Casa de campo que se usa estacionalmente. Se pusieron de moda entre la clase media rusa desde finales del siglo XIX. En la antigua Unión Soviética, la dacha se asociaba a las lujosas casas que usaban los altos dirigentes del Partido Comunista.

Estraperlo: Aceptación española empleada para referirse al comercio ilegal de productos sujetos a un régimen de prohibición o racionamiento. Por extensión, actividad irregular o intriga de algún tipo, y sinónimo de *mercado negro*. El origen de este acrónimo proviene del escándalo político ocurrido durante la Segunda República Española, cuando personajes afines al Partido Radical, previa aceptación de cuantiosos sobornos, consiguieron la aprobación de un juego de ruleta eléctrica de la marca Straperlo, cuyo nombre derivaba de Strauss, Perel y Lowann, apellidos de los empresarios que promovieron el negocio. Además de los pagos ilegales, quedó demostrado que el artefacto otorgaba los premios al antojo de la banca.

Fila del pan: Durante la Gran Depresión norteamericana, se bautizó con este término a las interminables colas de hambrientos que cada día aguardaban a la puerta de los comedores sociales con la esperanza de ingerir un plato de sopa. La mayoría de estos centros estaban sostenidos por instituciones religiosas y filantrópicas, aunque también se dieron casos como una fila del pan en Detroit financiada por el gánster Al Capone, en un intento de blanquear su imagen pública.

Fordville o villa americana: La villa americana fue el término empleado para denominar el complejo de barracones que se

construyeron a poco más de tres kilómetros de distancia del Autozavod con el objeto de albergar al contingente de emigrantes norteamericanos que trabajaban en la factoría. Los alojamientos eran edificios prefabricados de una o dos alturas contruidos con madera, contrachapado y barro. La mayoría de los trabajadores disponían de una habitación individual, si bien las familias con hijos podían optar por una habitación complementaria. Los aseos y las cocinas formaban parte de las dependencias comunes. Además de los barracones destinados a viviendas y de residencias individuales reservadas para los altos mandos, la villa disponía de instalaciones deportivas, club social y economato propio donde sus habitantes podían adquirir alimentos y otras mercancías. En 1937, la villa, ya sin pobladores americanos, fue derruida.

Gran Depresión: También conocida como el Crac del 29, fue una crisis económica mundial originada en Estados Unidos a partir de la caída de la Bolsa del 29 de octubre de 1929, que se extendió hasta afectar a casi todos los países del mundo y se prolongó durante la década de 1930. La Depresión tuvo efectos devastadores. Los sectores más gravemente afectados fueron la agricultura, la producción de bienes de consumo y la industria pesada. Esto provocó que ciudades como Detroit y Chicago, que dependían de la industria pesada, sufrieran la crisis con más intensidad. El desempleo alcanzó veinticinco por ciento de la población, si bien es necesario mencionar que en aquellas fechas, al no existir ningún tipo de cobertura de desempleo, la totalidad de los afectados cayó en la indigencia.

Gran Purga: Recibe este nombre la serie de campañas de represión y persecución políticas llevadas a cabo por Stalin en la Unión Soviética durante la década de 1930. Cientos de miles de miembros del Partido Comunista Soviético, integrantes del ejército, socialistas, anarquistas y opositores fueron perseguidos, enjuiciados sumarísimamente y enviados a campos de

concentración. Cientos de miles más fueron ejecutados. Otros sectores de la sociedad que sufrieron la persecución fueron los profesionales, los religiosos, los *kuláks* (campesinos burgueses) y ciertas minorías étnicas descontentas. La mayor parte de estas detenciones corrieron a cargo del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, también conocido como el NKVD.

Hambruna-Holodomor: La hambruna soviética de 1932-1933 afectó a las mayores áreas productoras de granos de la antigua URSS. La manifestación de esta hambruna en la antigua República Soviética Socialista (RSS) de Ucrania es conocida como Holodomor. Se estima que, debido a ella, perecieron ocho millones de personas, siendo el ochenta por ciento de las víctimas de origen ucraniano.

Intourist: Agencia de viajes estatal de la Unión Soviética. Fundada en 1929 por Iósif Stalin y dirigida por oficiales del NKVD, tenía como objeto controlar el acceso, la estancia y el desplazamiento de ciudadanos extranjeros en territorio soviético. En 1933 se fusionó con la compañía estatal soviética Hotel, añadiendo a sus servicios hoteles, restaurantes y transportes.

Ispravdom: En ruso, «casa de corrección». Se denominó así a cualquiera de los correccionales, presidios y campos de trabajo que los soviéticos instauraron para dar cumplimiento a las penas de reinserción. Aunque el Código Penal soviético contemplaba los trabajos forzados no como un castigo, sino como un medio para reconducir al individuo, en la práctica los campos de trabajo se revelaron como establecimientos de exterminio. El campo de trabajo de Gorki, construido para albergar a ochocientos internos, contaba en 1932 con 3 461 presos. Este incremento obedecía en primer lugar a los largos períodos de prisión preventiva que se aplicaban a los sospechosos; en segundo lugar, al hecho de que las condenas se fijaban en función de la índole del delito, y no de su cuantía, de forma que la condena por robar cientos de rublos era la misma que por robar cinco; y en tercer lugar, por el envío masivo

de prisioneros desde otros puntos del Estado. Con el paso del tiempo, los intentos por estimular la conciencia cívica de los internos mediante políticas educacionales y de trabajo (en 1932 se proporcionaron en el Ispravdom de Gorki 760 suscripciones a periódicos y 110 a revistas, instrucción a 350 analfabetos y estudios vocacionales a 263 internos que lo solicitaron) fueron dando paso a traslados masivos de presos políticos a los campos de trabajos forzados dirigidos por la OGPU y conocidos como gulag. Ubicados mayoritariamente en la estepa siberiana, las condiciones climáticas extremas, la falta de alimentos, la insalubridad y el trabajo extenuante diezmaron a los prisioneros. El total de muertes documentadas en el sistema de campos de trabajo correctivos y colonias desde 1934 a 1953 asciende a 1 053 829 personas. El historiador y Premio Nobel de Literatura Aleksandr Solzhenitsyn estimó que los bolcheviques asesinaron a cerca de 70 millones de personas, excluyendo muertes por causas de guerra, que ascendían a los 44 millones; un total de 110 millones de personas desde la revolución bolchevique de 1917 hasta la muerte de Stalin en 1953. Sólo en el año de 1937-1938 fueron condenadas a muerte más de 1 300 000 personas.

Jornada laboral: Entre 1929 y 1931, en la Unión Soviética las semanas alteraron su duración pasando de tener siete días a cinco. En consecuencia, se eliminó el domingo, el día tradicional del descanso cristiano, y en su lugar, se organizó a los trabajadores en cinco grupos a los que se les asignó un color (amarillo, rosa, rojo, morado y verde), adjudicando a cada grupo un día distinto de la semana para el descanso. De ese modo, un año constaba de 72 semanas más un período adicional de cinco días festivos, que sumaban un total de 365 días. El motivo de este cambio obedeció a un intento de favorecer la productividad y las condiciones laborales del trabajador. El turno de trabajo consistía en cuatro días de trabajo por uno de descanso. En 1931 cambiaron a la semana de seis días, sistema que fue abandonado para volver a la

semana de siete días en junio de 1940. La duración de la jornada laboral era de ocho horas, una de las cuales se consagraba al almuerzo.

Ley Seca: Término comúnmente empleado para denominar la prohibición de fabricación, importación y comercialización de bebidas alcohólicas que estuvo vigente en Estados Unidos entre el 17 de enero de 1920 y el 5 de diciembre de 1933. Dado que la ley no penalizaba el consumo, los bebedores encontraron los medios para continuar ingiriendo alcohol, bien a través del lucrativo mercado negro dirigido por el hampa, bien mediante el acopio de recetas que prescribían su consumo como si de un tratamiento médico se tratara.

NEP: La Nueva Política Económica (NEP) fue una política económica propuesta por Vladímir Lenin, quien la definió como capitalismo de Estado. El Estado siguió controlando el comercio exterior, los bancos y las grandes industrias, pero permitió el establecimiento de algunas empresas privadas y comercios. El decreto de 1921 exigía que los agricultores le cedieran al Gobierno una cantidad específica de materia prima agrícola como un impuesto en especie. Otros decretos perfeccionaron la política y la expandieron para incluir a algunas industrias. La Nueva Política Económica fue derogada y reemplazada por el Primer Plan Quinquenal de Stalin en 1928.

Sabotaje: En 1928 tuvo lugar la primera gran operación desarrollada por la OGPU contra el sabotaje industrial en la cuenca del Donéts, en la que se implicó a once directores de explotación y a un veinte por ciento de los ingenieros y técnicos. La mayoría fueron condenados a muerte. A partir de esa fecha, la policía secreta fijó su atención en los miembros del Partido Industrial (Prompartia), que sumaba más de dos mil miembros y cuyos dirigentes fueron juzgados en 1930. La mayor parte de sus afiliados fueron encarcelados. Los trabajadores extranjeros fueron objeto común

de estas acusaciones. En 1934, el vicesfiscal del Estado, Andrei Vichinsky, se vio obligado a emitir una orden para que los fiscales locales dejaran de hacer de los ingenieros y directivos de las fábricas chivos expiatorios, porque la producción comenzaba a resentirse. Los técnicos detenidos fueron trasladados a los *Sharashkis*, nombre que recibieron los laboratorios para prisioneros bajo el estricto control de la policía secreta, integrados en el Cuarto Departamento Especial del NKVD. Anteriormente denominados «Oficinas Especiales de Construcción», dieron cabida a más de un millar de científicos, ingenieros y técnicos que trabajaron en ellos encadenados a tableros de diseño.

Torgsin: Término ruso, acrónimo de *Torgovlia s inostrantsami*, cuyo significado es «Comercio con extranjeros». Se denominaba así a la red de tiendas controladas por el Estado en las que los extranjeros podían adquirir productos prohibidos o restringidos a los ciudadanos soviéticos. Entre estos productos se hallaban alimentos y artículos de primera necesidad sometidos a racionamiento, así como objetos de lujo. Aunque la práctica totalidad de los clientes de estas tiendas fueran extranjeros, excepcionalmente sus artículos también podían ser adquiridos por ciudadanos soviéticos, siempre y cuando lo fueran mediante el pago con joyas, oro o dólares, ya que el objeto de estos establecimientos era la obtención de divisas por parte del Estado. Tal circunstancia propició el desarrollo de un mercado negro de compraventa de divisas, ya que éstas permitían el acceso a artículos restringidos.

BIBLIOGRAFÍA

- BAKER, V., *American Workers in the Soviet Union Between the Two World Wars*, Virginia West University, Morgantown, 1998.
- CAHAN, A., *Yekl. A Tale of the New York Ghetto*, Dover Publications, Nueva York, 1970.
- CASTRO DELGADO, E., *Hombres made in Moscú*, Luis de Caralt, Barcelona, 1963.
- CUELLO CALÓN, E., *El derecho penal de Rusia soviética. Código Penal ruso de 1926*, Librería Bosch, Barcelona, 1931.
- DILLON, E. J., *La Rusia de hoy y la de ayer*, Editorial Juventud, Barcelona, 1931.
- FILENE, P., *Americans and the Soviet Experiment, 1917-1933*, Harvard University Press, Cambridge, 1967.
- FITZGERALD, F. S., *El Crack-Up*, Bruguera, Barcelona, 1983.
- HIDALGO DURÁN, D., *Un notario español en Rusia*, Editorial Cenit, Madrid, 1931.
- KATAMIDZE, S., *KGB. Leales camaradas, asesinos implacables*, Editorial Libsa, Madrid, 2004.
- KUCHERENKO, O., *Little Soldiers*, Oxford University Press, Nueva York, 2011.
- LEE, A., *Henry Ford and the Jews*, Stein and Day, Nueva York, 1980.
- MALTBY, R., *Cultura y modernidad*, Aguilar, Madrid, 1991.

- MINISTRY OF DEFENSE OF THE U.S.S.R., *The Official Soviet Mosin-Nagant Sniper Rifle Manual*, Paladin Press, Colorado, 2000.
- MONTERO Y GUTIÉRREZ, E., *Lo que vi en Rusia*, Imp. Luz y Vida, Madrid, 1935.
- ORJIKH, B., *Cómo se vive y se trabaja en la Rusia soviética*, Editorial Bola, Santiago de Chile, 1933.
- OROQUIETA, G., y GARCÍA, C., *De Leningrado a Odesa*, Editorial Marte, Barcelona, 1973.
- PRÓJOROV, A., *Bolshaya Soviétskaya Entsiklopédiya, BSE*, vol. 24, C.C.C.P., Moscú, 1969-1978.
- RÉPIDE GALLEGOS, P. de, *La Rusia de ahora*, Renacimiento, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, Madrid, 1930.
- REUTHER, V. G., *The Brothers Reuther and the Story of the UAW: A Memoir*, Houghton Mifflin, Boston, 1976.
- RIGOULOT, P.; S. COURTOIS; M. MALIA, *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression*, Harvard University Press, Cambridge, 1999.
- RIO, P., *The Soviet Soldier of World War Two*, Histoire & Collections, París, 2011.
- RUKEYSER, W., *Working for the Soviets: An American Engineer in Russia*, Covici-Friede, Nueva York, 1932.
- SALISBURY, H., *American in Russia*, Harper & Brothers, Nueva York, 1955.
- SCHULTZ, K., «Building the “Soviet Detroit”: The Construction of the Nizhnii-Novgorod Automobile Factory, 1927-1932», *Slavic Review*, 49, n.º 2, Oregón, 1990.
- SCOTT, J., *Behind the Urals: An American Worker in Russia’s City of Steel*, Houghton Mifflin, Cambridge, 1942.
- SHTERNISH, A., *Soviet and Kosher: Jewish Popular Culture in the Soviet Union, 1923-1939*, Indiana University Press, Bloomington, 2006.
- TIMBRES, H. & R., *We Didn’t Ask Utopia: A Quaker Family in Soviet Russia*, Prentice-Hall, Nueva York, 1939.

- TZOULIADIS, T., *Los olvidados*, Debate, Barcelona, 2010.
- VALLEJO MENDOZA, C., *Rusia en 1931. Reflexiones al pie del Kremlin*, Editorial Ulises, Madrid, 1931.
- WITKIN, Z., *An American Engineer in Stalin's Russia: The Memoirs of Zara Witkin, 1932-1934*, Michael Gelb, University of California Press, Berkeley, 1991.
- ZEMTSOV, I., *Encyclopedia of Soviet Life*, Transaction Publishers, Piscataway, 1991.



ANTONIO GARRIDO (Linares, 1963). La crítica ha calificado su narrativa de ágil y adictiva gracias a tramas asombrosas, personajes inolvidables y una esmerada documentación que le ha valido el unánime reconocimiento internacional.

Traducido a más de quince idiomas, su fulgurante carrera le ha convertido en el primer español cuya traducción al inglés alcanza el número uno absoluto de ventas en EEUU en la lista de Amazon, en todos los géneros y todas las categorías.

Su primera novela, *La escriba*, 2008, se alzó con el Prix des Lecteurs Selection 2010, y fue finalista del Prix Fulbert de Chartres. *El lector de cadáveres*, 2011, obtuvo el Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza y el Prix Griffé Noire, y fue seleccionada para los Edgar Allan Poe Awards USA en la categoría Best Paperback Original.

Con la consecución del Premio de Novela Fernando Lara 2015, Antonio Garrido se confirma como uno de los más destacados talentos de nuestra literatura y une su nombre al de ganadores de anteriores ediciones como Terenci Moix, Ángeles Caso, Francisco Umbral o Zoé Valdés.